APIANO

HISTORIA ROMANA

I

EDITORIAL GREDOS

APIANO

HISTORIA ROMANA

I

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo [1]. A esta guerra

1 «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida[2]. La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano[3]. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procŭrator Augusti o Augus-*

---

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

2 Cf. P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, 2.ª ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: Viereck, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. Miller, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. Müller, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr.* 607 A, lo editó M. Treu en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

3 H. G. Pflaum, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, 2.ª ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

torum que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le posibilitase el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo [4].

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

---

[4] Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de Naber: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de Haines, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. Viereck, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos[5]. Para Millar[6], ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

---

5 F. Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

6 Véase *ob. cit.*, pág. 8.

Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.[7]. Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»[8].

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

---

7 E. CHAMPLIN, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

8 «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.ª ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. GABBA, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes[9]. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

---

9 Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. Griffith, *The Greek Historians*, en *Fifty Years of Classical Scholarship*, 2.ª ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix*, pág. 239.

Éstos son Polibio [10], Paulo Clodio [11], Jerónimo de Cardia [12], César [13], Augusto [14] y Asinio Polión [15].

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo [16], aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón [17] y Casio Hémina [18].

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípatro, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

---

10 *África* 132.

11 *Galia* I 3.

12 *Mitrídates* 8.

13 *Galia* XVIII; *Guerras Civiles* II 79.

14 *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.

15 *Guerras Civiles* II 82.

16 *Guerras Civiles* IV 47.

17 *Galia* VI.

18 *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia [19]. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría [20]. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

---

[19] Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtíbero-lusitanas, H. Simon, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

[20] Sobre Timágenes, cf. R. Laqueur, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. Klotz, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio [21].

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

---

21 Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello[22]. El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.[23]. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

---

22 Cf. E. Gabba, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

23 *Ob. cit.*, pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. Hering, *Lateinisches bei Appian*, tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.

en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitrídates*, muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia*. Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*[24].

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

---

[24] Cf. J. Dobiáš, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Études sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokeî* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokeî moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas [25]. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

[25] Cf. Gabba, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba[26], no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

[26] *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonroso y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthḗs*, *próphasis tò phanerón* y *arkhḗ*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al unísono con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redunda en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante

de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano [27].

---

[27] Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

A) La tradición manuscrita de la «Historia Romana» de Apiano.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia*, *La guerra de*

---

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

Aníbal, Sobre África, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates y los cinco libros de *Las Guerras Civiles*. Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia»*.

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales [28]. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr.* 141 (V), de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr.* 387 (B), que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr.* 134 (V, J en Dilts), del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr.* 37 (D), del siglo XV; el *Laurentianus* 70.5 (1), del siglo XV; el *Parisinus gr.* 1672 (F), de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr.* 1642 (E), del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr.* 141, que contiene el *Prólogo*, el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia*, el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre África* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus* LXX.26, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya [29]. Respecto al *Prólogo*, Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

---

[28] Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's Historia Romana», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

[29] Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal*, Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr.* 141 sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél[30]. En cambio, P. Maas[31] en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon[32] y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis gr.* 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles.* Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) desciende del primario *Marcianus gr.* 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus gr.* 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escurialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)[33], en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)[34]. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con l, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

---

30 Véase *Prefacio,* pág. XIII.

31 En *Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles.*

32 «Questiones Appianeae», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

33 Cf. *Prefacio,* pág. XV.

34 Cf. *art. cit.,* págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis* (*O*)»[35] los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis* (*i*)»[36].

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)[37]. Según Dilts[38], las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450[39].

---

35 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

36 *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

37 Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

38 *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

39 Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus* (*Romanorum* y *gentium*), *De uirtutis et uitiis*, y *De sententiis*[40]. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana*.

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escurialensis* destruido en un incendio en 1671[41].

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus gr.* 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza, Sobre Italia, El libro samnita, Sobre la Galia, Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

---

40 Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. BOISSEVAIN, C. DE BOOR, Th. BÜTTNER-WOBST y A. G. ROOS, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

41 Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de BOISSEVAIN en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre Africa* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado [42]. Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal*, *Sobre Iberia* y *Sobre Africa*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

---

[42] Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

cerpta, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda,* pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad [43]. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia,* ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza,* acerca de Rómulo y Remo [44]. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis,* vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia,*

---

43 Cf. Viereck, 1962, *Prefacio,* págs. XIX-XX. Para el *Suda,* véase la edición de Ada Adler, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de Adler.

44 Cf. Viereck, 1962, *Prefacio,* pág. XX.

cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*[45].

B) EDICIONES DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre África*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitrídates*, y los cinco libros de las *Guerras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnoldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deteriores. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis gr.* 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

---

45 Para más detalles, VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg.* A y B, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr.* 141 (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacencis gr.* 374 (A), *Marcianus gr.* 387 (B), *Vaticanus gr.* 134 (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr.* 1642 (E, *Reg.* C en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map,* en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana,* vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles.* El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana,* vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History,* con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Clasical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la Bibliote. di Studi Super., Florencia, 1958 (2.ª ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus,* con comentario y traducción en la Bibliote. di Studi Super., Florencia, 1970.

b) *Ediciones de los «Excerpta Constantiniana».*

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta,* que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia.* Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiis,* a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980 [46].

Los *Excerpta de sententiis,* tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Ángel Mai [47], y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones [48].

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos [49].

c) *Traducciones.*

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo,* los libros *Sobre África, Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates;* el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles,* el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia».*

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

---

46 Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae,* París, 1634.

47 El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis,* edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

48 En 1830, J. Lucht publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

49 Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V [50].

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

---

50 Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. Gabba, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

BIBLIOGRAFIA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship,* 2.ª ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique.*

G. Bruno Sunseri, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni,* Roma, 1976, págs. 91-101.

P. Desideri, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.

H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.

I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.

—, «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.

H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.

P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.

A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano, *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.

A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs* I: *Die Quellen von Appians Iberica* 1-43), Munich, 1927.

—, «Viriatus» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.

—, *Geschichte von Numantia* = *Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.

W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

PRÓLOGO

SINOPSIS

1-5. Límites del imperio romano.
6. Constitución de la república romana.
7. Conservación y engrandecimiento del imperio.
8-11. Comparación del imperio romano con otros grandes imperios.
12-14. Disposición de toda la obra.
15. Referencia de Apiano acerca de su persona.

Al comenzar a escribir la historia de Roma, he juzgado necesario establecer previamente los límites de todos aquellos pueblos sobre los que mandan los romanos. Y son los siguientes: en el océano, sobre la mayor parte de los britanos, después, al penetrar en nuestro mar a través de las columnas de Hércules y circumnavegarlo hasta estas mismas columnas, gobiernan sobre todas las islas y continentes que están a orillas de este mar. De entre éstos son los primeros por la derecha los mauritanos que habitan en torno al mar y todas las otras tribus africanas que se extienden hasta Cartago. Más allá de éstos se encuentran los nómadas, a los que los romanos llaman númidas y a su país Numidia, y otros africanos que habitan en torno a las Sirtes y se extienden hasta Cirene, la propia Ci- 1

rene, los marmáridas, los ammonios y aquellos que habitan junto al lago Mareotis; a continuación, la gran ciudad que Alejandro fundó en la frontera de Egipto, y el propio Egipto hasta los etíopes orientales, según se remonta el Nilo navegando, y hasta Pelusio, si se va por mar.

2 Si se cambia el curso de la navegación y se da un rodeo, se encuentra la Siria palestina, y detrás de ella, una parte de Arabia. En vecindad con los palestinos se hallan los fenicios de la costa, y al otro lado de los fenicios, la Celesiria y, desde el mar hasta el Éufrates, en el interior, se encuentran los habitantes de Palmira y el país arenoso de Palmira, que se extiende hasta el Éufrates, así como los cilicios, vecinos de los sirios, y los capadocios, limítrofes con los cilicios, una parte de los armenios, a los que llaman Armenia Menor; a lo largo del Ponto Euxino habitan otros pueblos, llamados comúnmente pónticos, que son vasallos de los romanos. Precisamente los sirios y cilicios miran hacia este mar, en cambio los armenios y capadocios se extienden en dirección a los pueblos del Ponto y, por el interior, hasta la llamada Armenia Mayor, que no es tributaria de los romanos, sino que ellos eligen a sus propios reyes. Descendiendo desde Capadocia y Cilicia hasta Jonia, se halla la gran Península. Está bañada, por la derecha, por el Ponto Euxino, la Propóntide, el Helesponto y el mar Egeo, y por la izquierda, por el mar Panfilio o Egipcio (pues de ambas formas se le llama) y hay en ella pueblos que miran al mar Egipcio, tales como los panfilios y los licios; detrás de éstos, la Caria, que se extiende hasta la Jonia, y otros, en cambio, dan al Euxino, la Propóntide y el Helesponto, tales como los gálatas, bitinios, misios y frigios, y en el interior se encuentran los pisidios y los lidios. Tantos son los pueblos que habitan la Península y en todos ellos mandan los romanos.

Si atravesamos el mar, también ejercen su dominio 3
sobre otros pueblos en torno al Ponto, a saber: los misios de Europa y los tracios que se encuentran en torno al Euxino. Después de la Jonia se halla el mar Egeo, el otro mar Jónico, el estrecho de Sicilia y el mar Tirreno hasta las columnas de Hércules. Tal es la distancia de Jonia hasta el océano y, a su vez, en este recorrido a lo largo de la costa, tantos son los pueblos vasallos de Roma: toda Grecia, Tesalia, los macedonios y todas las demás tribus vecinas, tracios, ilirios y panonios, la misma Italia el país mayor de todos, que se extiende desde el mar Jónico, a lo largo de la mayor parte del Tirreno, hasta el país de los celtas a los que los romanos llaman galos, todas las tribus galas de las que unas miran a este mar, otras al mar del norte y otras habitan a lo largo del río Rin, toda Iberia y los celtíberos que habitan junto al mar del norte y el mar occidental y tienen como límite extremo las columnas de Hércules. Acerca de estos pueblos, y sobre cada uno en particular, daré referencias más exactas cuando mi relato se ocupe de cada cual, pero, por el momento, ya está dicho qué vastos límites abarca el imperio romano en lo que al mar respecta.

Si se va por tierra, sus límites serían la parte de 4
los mauritanos que está junto a los etíopes occidentales y toda aquella otra zona de África más tórrida y poblada de bestias salvajes que se extiende hasta Etiopía oriental. Éstos son los límites en África para los romanos. A su vez, los de Asia son el río Éufrates, el monte Cáucaso, el reino de Armenia Mayor, los colcos que habitan junto al mar Euxino y los restantes pueblos de este mar. En Europa dos ríos fundamentalmente, el Rin y el Danubio, ponen límite al imperio de los romanos y, de éstos, el Rin va a desembocar en el mar del norte y el Danubio, en el Ponto Euxino. Sin embargo, al otro lado de estos ríos, también en cierta forma ejercen su

dominio sobre algunos celtas de la margen de allá del Rin y sobre los getas de allende el Danubio a los que llaman dacios. Éstos son los límites en tierra firme con la mayor exactitud a la que se puede llegar.

5 También están bajo la órbita de Roma todas las islas que se encuentran dentro de este mar: las Cícladas, Espóradas, islas Jónicas, Equínadas, islas del Tirreno, Baleares, las que, llamadas de modo diferente, se encuentran en torno a Libia, o en el mar Jónico, Egipcio, Mirto y Sículo, y en muchas otras zonas de este mar designadas con nombres muy diversos, todas aquellas que los griegos llaman, para diferenciarlas, islas grandes, a saber: Chipre, Creta, Rodas, Lesbos, Eubea, Sicilia, Cerdeña y Córcega y cualquier otra de mayor o menor tamaño. Y atravesando el mar del norte hasta la Isla Británica, mayor que un gran continente, dominan la parte más importante de ella, más de la mitad, sin preocuparse del resto, ya que no les resulta provechosa ni siquiera la parte que poseen.

6 Con ser estos pueblos tantos y tan importantes por su magnitud, los romanos sólo consolidaron de manera firme su poder en la propia Italia tras quinientos años de penalidades y esfuerzos. La mitad de este período se gobernaron por medio de reyes y durante el tiempo restante, tras haber expulsado a los reyes y jurado no volver a aceptar jamás un poder real, implantaron la aristocracia y, desde ese momento, se gobiernan por magistrados elegidos anualmente. En especial a lo largo de los dos siglos que siguieron a ese período de quinientos años, su imperio creció sobremanera y llegaron a detentar un poderío foráneo inmenso, y fue entonces cuando trajeron bajo su dominio a la mayor parte de esos pueblos. Gayo César, aventajando en poder a sus contemporáneos, se hizo firmemente con el mando, lo consolidó y mantuvo la forma y el nombre del sistema político, pero se erigió a sí mismo como el único gober-

nante de todos. Y su forma de gobierno ha sido, hasta el presente, una monarquía a cuyos gobernantes no llaman reyes, según creo, por respeto al antiguo juramento, sino que los designan con el nombre de emperadores, que también era el nombre de los comandantes en jefe durante el tiempo de su mando, pero, de hecho, son reyes en todo.

Desde la instauración de los emperadores hasta nues- 7
tros días median casi otros doscientos años, en el transcurso de los cuales la ciudad ha sido objeto de gran embellecimiento, sus recursos aumentaron en grado máximo y, en medio de una paz duradera y segura, todas las cosas progresaron hacia un estado de prosperidad bien cimentado. Estos emperadores también anexionaron a su imperio a algunos pueblos y sometieron a otros que habían hecho defección. A pesar de que poseen lo mejor del mar y de la tierra, prefieren, en una palabra, conservar su imperio por medio de la prudencia a extenderlo de modo indefinido sobre tribus bárbaras, pobres y nada provechosas. De éstas he visto algunas embajadas en Roma que se ofrecían como vasallos, pero el emperador no quiso aceptar a unos hombres que no iban a ser útiles en absoluto. A otros pueblos, incontables por su número, les han proporcionado reyes sin someterlos a su imperio y, en algunos otros sometidos, se gastan más de lo que reciben de ellos, porque consideran una deshonra el rechazarlos, aun cuando les resultan gravosos. Han colocado en torno a su imperio grandes campamentos y custodian una extensión tan grande de tierra y de mar como si de una plaza fuerte se tratara.

Ningún imperio, hasta el presente, ha llegado a un 8
grado tal de grandeza y duración. Pues, en lo que a Grecia atañe, ni siquiera si alguien contabilizara globalmente los distintos períodos de hegemonía de Atenas, Esparta y Tebas sucesivamente, desde la expedición mi-

litar de Darío, momento a partir del que más brilló su historia, hasta la hegemonía de Filipo, hijo de Amintas, sobre Grecia, parecerían muchos años. Y sus guerras estuvieron provocadas, no tanto por afanes de expansión, como por rivalidades mutuas, y las de mayor timbre de gloria fueron las sostenidas en defensa de la libertad frente a la agresión de otras potencias. Sin embargo, quienes de entre ellos navegaron contra Sicilia, con la esperanza de otra área de dominio, fracasaron, y si algún otro cruzó a Asia, tras obtener escasos resultados, retornó con toda rapidez. En una palabra, el poderío griego, aun luchando con ardor por la hegemonía, no logró consolidarse con firmeza fuera de los límites de Grecia y, temibles como fueron para mantener a su país sin conocer la esclavitud y la derrota, en cambio a partir de Filipo, hijo de Amintas, y de Alejandro el hijo de Filipo, en verdad que es mi opinión que su historia fue menos gloriosa e indigna de ellos mismos.

9 El imperio de Asia no admite siquiera comparación, ni por sus gestas ni su valor, con los países más pequeños de Europa, debido a la debilidad y cobardía de sus pueblos. Este hecho lo pondrá de relieve, también, el transcurso de mi historia. Pues los romanos sometieron en pocas batallas a todos los pueblos de Asia a los que todavía hoy dominan, y eso que los macedonios contribuyeron a su defensa, en tanto que se desgastaron hasta la extenuación en muchas ocasiones en su lucha por África y Europa. De otro lado, la duración de los imperios asirio, medo y persa, los tres imperios mayores hasta Alejandro el hijo de Filipo, considerada en conjunto, no llegaría a los novecientos años, tope al que han llegado los romanos en la época actual. En cuanto a las dimensiones de su imperio, pienso que ni siquiera llega a la mitad del de éstos, basándome en que el imperio romano se extiende desde el occidente

y el océano occidental hasta la cordillera del Cáucaso y el río Éufrates, hasta Etiopía interior a través de Egipto, y hasta el océano oriental a través de Arabia. Es su límite el océano, tanto por donde sale el dios del sol como por donde se pone, y dominan en todo el mar interior, incluyendo la totalidad de sus islas, y la Isla Británica en el océano. En cambio, para los medos y persas, la extensión mayor de su poder marítimo comprendía el golfo de Panfilia, una sola isla, la de Chipre, y tal vez, alguna otra isla pequeña de Jonia en el Mediterráneo, ya que en el golfo Pérsico —pues también lo controlaban—, ¿cuánto hay de mar abierto?

Por lo demás, la historia de Macedonia antes de 10
Filipo, el hijo de Amintas, fue, sin duda, de muy escaso relieve e, incluso, estuvieron sometidos a otros. Sin embargo, el reinado de Filipo estuvo lleno de esfuerzos y fatigas nada despreciables, pero, con todo, estos hechos sólo afectaron a Grecia y los países vecinos. El imperio en tiempos de Alejandro, a pesar de distinguirse por su magnitud, por la cantidad de tropas, por sus victorias y la rapidez de sus conquistas, y pese a que a punto estuvo de convertirse en ilimitado y sin parangón posible, debido a la brevedad de su duración se asemejó a la luz brillante de un relámpago. No obstante, las partes de este imperio, incluso después de haberse escindido en muchas satrapías, brillaron a gran altura. Los reyes de mi propio país tenían un ejército de doscientos mil soldados de infantería, cuarenta mil jinetes, trescientos elefantes adiestrados para la guerra, dos mil carros de combate y reservas de armas para trescientos mil soldados más. Éstas eran sus fuerzas para las operaciones de tierra; para el servicio en el mar, contaban con dos mil barcos impulsados por pértigas y algunos más pequeños, mil quinientos barcos de guerra, desde una fila y media de remeros, hasta cinco filas de remeros cada uno, y aparejos para un número

de naves doble de éste, ochocientos bajeles provistos de cámaras, con la popa y el espolón de oro para la parada militar, en los que embarcaban los mismos reyes para asistir a los combates navales. En cuanto a sus riquezas, había en sus tesoros setecientos cuarenta mil talentos egipcios. A un grado tal de recursos y efectivos militares parece que llegó y dejó a su muerte, a juzgar por los registros reales, el segundo rey de Egipto después de Alejandro. Éste fue el más hábil de los reyes en procurarse dinero, el más espléndido en gastarlo y el más ambicioso en la ejecución de grandes obras públicas. Es evidente también que muchas de las otras satrapías no fueron muy inferiores en estas cosas. Sin embargo, todos estos recursos fueron consumidos en tiempo de los propios epígonos, al enzarzarse entre sí en luchas civiles, única causa de la destrucción de los grandes imperios.

11 El imperio de Roma, en cambio, los ha sobrepasado a todos en tamaño y duración, debido a sus decisiones prudentes y a su buena fortuna, pues, en su adquisición, aventajaron a todos en valor, constancia y laboriosidad, sin dejarse ofuscar por los triunfos ni abandonarse al desánimo en las horas adversas hasta haber consolidado con firmeza su poder. Y eso que perdieron, a veces, hasta veinte mil hombres en un día, en otras ocasiones cuarenta mil, e incluso en otras cincuenta mil. Además, hubo muchos momentos en los que el peligro rondó las puertas de su misma ciudad, pero ni el hambre, ni las plagas frecuentes, ni los disturbios internos, abatiéndose a la vez todos sobre ellos, lograron hacerles desistir de su ardor, hasta que, tras setecientos años de sufrimientos y riesgos de resultado incierto, lograron levantar su imperio hasta este punto y adquirieron esta situación de dicha como premio a una política acertada.

12 Muchos escritores griegos y romanos relataron estos hechos y su historia es mucho mayor que aquella de

Macedonia que, precisamente, fue la de mayor extensión de los tiempos antiguos. A mí, mientras estaba dedicado a esta tarea y quería apreciar en su justa medida el valor de los romanos en relación con cada pueblo en particular, mi historia me llevaba en numerosas ocasiones, desde Cartago hasta Iberia y desde los iberos hasta Sicilia o Macedonia, o a participar en embajadas y alianzas realizadas con diferentes pueblos. Después, de nuevo, me hacía retornar hasta Cartago o Sicilia, como un vagabundo, y otra vez hacia otro lugar, dejando sin culminar estos trabajos. Finalmente, conseguí organizar las diferentes partes mostrando cuántas veces hicieron una expedición militar contra Sicilia o enviaron embajadas, o cualquier otra acción relativa a Sicilia hasta que lograron establecerla en su situación actual; y, de otro lado, cuántas veces hicieron la guerra contra Cartago o pactaron con ella y enviaron o recibieron embajadas de su parte, o cualquier otra acción que llevaran a cabo o sufrieran a sus manos hasta que consiguieron arrasarla y se anexionaron al pueblo africano. He mostrado también cómo reconstruyeron, de nuevo, Cartago y dejaron a África en su condición actual. Y llevé a cabo esta tarea con cada pueblo, en el deseo de aprender con exactitud las relaciones de los romanos con cada uno, a fin de comprender la debilidad de los mismos o su capacidad de resistencia y, de otro lado, el valor o buena fortuna de sus conquistadores o cualquier otra circunstancia fortuita que se hubiera producido.

Pensando que tal vez otras personas querrían cono- 13
cer la historia de Roma de este modo, la he escrito tratando por separado lo relativo a cada pueblo. Omito lo que les sucedió a los otros, durante ese período, en sus relaciones con Roma y coloco estos sucesos posteriormente en el lugar debido. Me pareció superfluo enumerar con detalle la fecha de todos los hechos, pero

mencionaré las de los más destacados por períodos de tiempo. Los romanos antiguamente, como otros pueblos, tenían un solo nombre cada uno, pero después tuvieron dos y no hace mucho tiempo que se empezó a añadir a algunos un tercero como reconocimiento de algún suceso personal o, a manera de distinción, por su valor, igual que también algunos griegos poseen un apelativo además de su nombre habitual. Yo, en alguna ocasión, mencionaré todos los nombres y, en especial, en el caso de las figuras más relevantes para su mejor identificación, pero la mayoría de las veces, tanto a éstos como a los demás, los llamaré por sus nombres más característicos.

14 Los libros que reúnen las numerosas hazañas de los romanos en Italia son tres y ellos deben ser considerados como «la historia italiana» de mi historia de Roma, pero están divididos a causa de su extenso contenido. El primero de ellos se ocupa de los hechos ocurridos en tiempos de los reyes, que fueron siete, narrados de manera sucesiva en tanto pervivió la monarquía, y lo llamo «el libro concerniente a la realeza» de mi historia de Roma; el que le sigue trata de los acontecimientos del resto de Italia a excepción de la zona que bordea al mar Jónico, y para distinguirlo del anterior, éste segundo se llama «el libro italiano» de mi historia de Roma. Con el último pueblo, los samnitas, que habitan a orillas del Jónico, los romanos sostuvieron una guerra importante y difícil a lo largo de ochenta años hasta que lograron someterlos, junto con sus aliados vecinos y los griegos que habitan el sur de Italia. Este libro es, para diferenciarlo de los anteriores, «el libro samnita» de mi historia de Roma. Respecto a los demás, cada uno es designado de acuerdo con la materia que trata, a saber, el libro de los galos, el de Sicilia, el de Iberia, el de Aníbal, el de Cartago, el de Macedonia de mi historia de Roma, y así sucesivamente. El orden de estos

libros entre sí ha sido establecido según tuvo lugar el comienzo de cada una de estas guerras, aunque mediaran muchos otros hechos antes de que cada uno de estos pueblos llegara a su fin. Todas aquellas luchas internas y guerras civiles que los mismos romanos iniciaron y sostuvieron entre ellos han sido diferenciadas en razón de sus propios caudillos, la guerra de Mario y Sila, la de Pompeyo y César, las de Antonio y el otro César llamado Augusto contra los asesinos del primer César, y las que sostuvieron entre sí Antonio y Augusto. En este último período de las guerras civiles, Egipto llegó a estar también bajo el poder de Roma y el gobierno de Roma se convirtió en una monarquía.

De este modo, cada una de las guerras extranjeras 15
sostenidas con pueblos diferentes se hallan divididas en libros en razón del pueblo con el que fueron sostenidas, y las guerras civiles, en razón de sus caudillos. El último libro mostrará el poderío militar de los romanos, los tributos que perciben de cada pueblo, lo que gastan en equipo naval y otros temas similares. Es conveniente que quien va a escribir sobre el valor del pueblo romano comience hablando de su origen. Quién soy yo, el que ha escrito estas cosas, muchos lo saben y yo mismo lo he manifestado antes. Para decirlo claramente, soy Apiano de Alejandría, hombre que ha alcanzado los más altos puestos en su patria y que actuó como defensor en los tribunales de Roma en tiempos de los emperadores, hasta que tuvieron a bien concederle el cargo de procurador de ellos. Y si alguno tiene un interés especial en conocer lo demás con respecto a mi persona, existe un escrito mío sobre estas cuestiones.

I

DE LA REALEZA

(FRAGMENTOS)

1

La historia comienza con Eneas, hijo de Anquises, el hijo 1
de Capis, que floreció en la guerra de Troya. Después de la toma de Troya, huyó y, tras un largo peregrinaje, llegó a un lugar de la costa de Italia llamado Laurento, en donde aún se muestra su campamento, y a la playa la llaman «playa de Troya» en recuerdo de aquél. Entonces era rey de los pueblos aborígenes [1] de esta parte de Italia, Fauno, el hijo de Marte, que dio en matrimonio, a Eneas, a su hija Lavinia y le entregó un pedazo de terreno de 400 estadios de perímetro. Aquí fundó una ciudad que llamó Lavinio por su mujer. Tres años más tarde, a la

[1] Primitivos habitantes del Lacio, según la tradición indígena, que los considera como autóctonos. Después fueron llamados «latinos», tomando el nombre del rey Latino. Sin embargo, el problema de los primeros pobladores del Lacio, núcleo a partir del cual surgiría Roma, es bastante complejo. Otro sector de la tradición antigua consideraba a los sículos como los habitantes más antiguos del Lacio. Esta teoría arrancaba del historiador siciliano Antíoco que hacía a Sículo nativo de Roma. Timeo y la analística romana la desarrollaron a partir de Fabio Píctor. Otros entroncan a los ligures con estos pobladores primitivos del Lacio (cf. G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, vol. I, 2.ª ed., Florencia, 1956, págs. 170 sigs., en adelante citado: De Sanctis).

muerte de Fauno, Eneas recibió la realeza en virtud de su parentesco por matrimonio y dio el nombre de «latinos» a los aborígenes en recuerdo de su suegro Latino Fauno. Tres años más tarde aún, Eneas murió a manos de los rútulos, un pueblo etrusco, en una batalla por causa de su esposa Lavinia, que había sido prometida precisamente al rey de aquéllos. Le sucedió en el trono Eurileón, llamado Ascanio, que era hijo de Eneas y de Creusa, hija de Príamo que había sido su mujer en Troya. Sin embargo, hay quienes dicen que Ascanio, su sucesor en el trono, era hijo de Lavinia.

2 Al morir Ascanio cuatro años después de la fundación de Alba —pues también él fundó una ciudad, a la que llamó Alba, y la pobló con colonos de Lavinio [2]—, le sucedió en el trono Silvio. Dicen que Silvio tuvo un hijo llamado Eneas Silvio, y éste, uno llamado Latino Silvio, y éste, uno llamado Capis, y éste, uno llamado Cápeto, y éste, uno llamado Tiberino, y éste, uno llamado Agripa, y éste, uno llamado Rómulo que fue alcanzado por un rayo y tuvo un hijo llamado Aventino, del que fue hijo Procas. Todos llevaban el sobrenombre de Silvio. Procas tuvo dos hijos, el mayor se llamaba Númitor y el más joven, Amulio. Cuando el hijo mayor recibió el trono de manos de su padre, al morir éste, el más joven se lo arrebató por la fuerza y la violencia. También dio muerte a Egesto, el hijo de su hermana, y a Rea Silvia, la hija de su hermana, la hizo vestal para que no tuviera hijos. Su carácter apacible y clemente salvó a Númitor de una conspiración contra su vida. Silvia quedó embarazada en contra de la ley; Amulio la encarceló para castigarla y entregó los dos hijos que tuvo a unos pastores para que los arrojasen a un río cercano llamado Tíber. Los niños eran Rómulo y Remo. Por línea materna descendían de Eneas, pero el linaje paterno es desconocido [3].

(*Focio, Bibl.* 16b4 Bekker)

---

[2] Hay que observar aquí la fusión perfecta de la leyenda de Alba con la troyana: los fundadores de Roma proceden de Alba, que, a su vez, fue fundada por Ascanio, hijo de Eneas, emigrado de Lavinio. Arranca esta fusión de Fabio Píctor y fue seguida, en general, por los historiadores romanos (sin embargo, Nevio y Ennio difieren, cf. DE SANCTIS, I, pág. 199).

[3] Ésta es la leyenda de los orígenes de Roma que narran,

1 A

Sobre Remo y Rómulo. Después de la toma de Troya, en el día octavo del mes de diciembre, Eneas, huyendo al monte Ida, pasó a través de los aqueos que le abrieron paso, pues iba cargado con las imágenes de los dioses y con su familia. Y ellos dicen que no soportaba verlos, sino que, en repetidas ocasiones, suplicó a los bárbaros que devolvieran Helena a los aqueos. Y reuniendo allí a un puñado de frigios, partió hacia Laurento, y tras desposar a Lavinia, hija de Latino, rey de los aborígenes, fundó una ciudad y la llamó Lavinio por su mujer. Cuando murió Latino, a los tres años, al recibir en herencia el reino, dio el nombre de latinos a los aborígenes en recuerdo de su suegro. Y de nuevo, a su vez, al cabo de otros tres años, Mezencio, rey de los rútulos, entabló con Eneas una guerra, debido a que Lavinia le había sido prometida en matrimonio antes a él, y lo mató. Por tanto, Ascanio asumió en su lugar la realeza. Éste, subestimando a la ciudad de Lavinio como de poco valor, fundó otra al pie del monte Albano y la llamó Alba. A ésta, tras detentar la soberanía durante treinta años, la arrasaron los romanos hasta el punto de que no quedó en pie ni un solo edificio. A Ascanio le sucedió, en tercer lugar, Silvio, y después, en cuarto lugar, otro Eneas. A éste, en quinto lugar, le sucedió Latino, y a él, en sexto, Capis. El séptimo rey fue Cápeto y el octavo, Tiberino. El noveno rey, tras él, fue Agropas y el décimo, Rómulo, el onceavo fue Aventino, el doceavo, Procas y, en decimotercer lugar, reinaron Númitor y Amulio. El padre de éstos dejó el reino a Númitor, que era el mayor, pero Amulio, su hermano, tras rechazarlo, se hizo con la corona. Y, por miedo a su venganza, mató durante una cacería a Egesto, el hijo del que había sido rechazado, y también por temor a que la hermana de éste pudiera concebir un hijo, la hizo vestal. Pero ella quedó embarazada, según dijo, de Marte, cuando cogía agua de su fuente y dio a luz a Remo y Rómulo. Por consiguiente, Amulio la encerró y entregó sus

---

con muchas variantes de detalle pero acordes en lo sustancial, los escritores de la época de Augusto. Hay elementos bastante dispares según la época y el origen.

hijos para que fueran arrojados al Tíber, llamado Tibris en aquel entonces. Los que cogieron a los niños, que eran unos pastores, los llevaron al río y colocaron el cesto en el agua, al principio, entre sus pies, pero el río se desbordó y, al marcharse ellos, el agua se retiró poco a poco, de manera que las criaturas se encontraron en terreno seco y una loba que se acercó al cesto los alimentó.

Laurentia la mujer de Féstulo, un pastor (...).

Al hacerse hombres éstos ⟨se entregaron a⟩ la piratería, y a Remo, apresado cuando atacaba los territorios de Númitor, lo condujeron ante Amulio, el cual lo envió a su hermano Númitor pensando que, como había sido objeto de su pillaje, se vería obligado a castigarlo. Sin embargo, éste, a la vista del muchacho, conjeturando el tiempo de su exposición y lo demás, sospechó la verdad y se preocupó de su educación. Y Rómulo asustado y enterándose, por Féstulo, de lo referente a él y a su hermano y de que su madre estaba encerrada prisionera, tomó un puñado de pastores con los que llevó a cabo un ataque y, después de matar a Amulio, mostraron a los albanos a Númitor como rey y fundaron una ciudad junto al río en el que habían sido expuestos y alimentados y en el que, tras su crianza, se habían entregado al pillaje. A esta ciudad le dieron el nombre de Roma, llamada en aquel tiempo «cuadrado», porque su perímetro era de dieciséis estadios y cada lado tenía cuatro estadios.

(*Excerpta anon. biz.*, ed. por TREU a partir del *Par. suppl. gr.* 607A)

2

El libro primero contiene los hechos y obras de los siete reyes, Rómulo, Numa Pompilio, Anco Hostilio, Anco Marcio —un descendiente de Numa—, Tarquinio, Servio Tulio y Lucio Tarquinio, hijo del otro Tarquinio[4]. El primero de éstos fue el

[4] La lista de los siete reyes estaba fijada en época muy antigua, porque no se tiene en la tradición ninguna variante ni para el orden ni para los nombres, por lo que no puede ser posterior a la aparición de la historiografía oficial en el siglo IV.

fundador y colonizador de Roma y, aunque gobernó más como un padre que como un monarca absoluto, sin embargo, fue asesinado, o según refieren otros, hecho desaparecer. El segundo, después de reinar no menos que el primero, sino incluso más, murió a la edad de (...). El tercero murió por causa de un rayo. El cuarto acabó sus días víctima de una enfermedad. El quinto fue asesinado por unos pastores. El sexto también perdió la vida asesinado igualmente. El séptimo fue expulsado de la ciudad y despojado de su realeza por violar las leyes. Desde aquel momento se acabó la monarquía y el poder fue transferido a los cónsules.

(Focio, *Bibl.* 15b22 Bekker)

3

Y ella (Tarpeya), esperando a que su padre estuviera ausente, le prometió a Tacio entregarle la guarnición.

(*Suda*, s. v. *Tátios* y *phyláxasa*)

4

A una orden de Tacio, arrojaron el oro contra la joven hasta que, herida, sucumbió bajo el montón de oro.

(*Suda*, s. v. *litházo* y *éste*)

5

Cuando Tacio declaró la guerra a Rómulo, fueron las mujeres de los romanos, que eran hijas de los sabinos, las que hicieron la paz. Avanzando hasta el campamento de sus padres con las manos tendidas, les mos-

De otro lado la leyenda de la etapa regia tiende, sobre todo, a explicar de manera bastante sencilla instituciones religiosas y civiles muy antiguas.

traron a los hijos habidos ya de sus esposos y testificaron que éstos no habían cometido ningún exceso contra sus personas. Pidieron a los sabinos que se apiadaran de ellos mismos, de sus yernos, de sus nietos y de sus hijas, y que pusieran fin a una guerra impía entre familiares o mataran, en primer lugar, a aquellos culpables de la guerra. Los padres, movidos a compasión, tanto por sus propias dificultades como por piedad hacia las mujeres, y al comprender que los romanos no habían hecho estas cosas por arrogancia sino por necesidad, entraron en negociaciones con ellos. Rómulo y Tacio se reunieron en la calle conocida, a partir de entonces, como «sacra» y pactaron sobre estas condiciones: que ambos, Rómulo y Tacio, serían reyes y que los sabinos que entonces servían bajo las órdenes de Tacio y cualquier otro de ellos que quisiera podían fijar su residencia en Roma con los mismos derechos y bajo las mismas leyes que los romanos.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 1, pág. 516)

6

El general, al enterarse por uno de sus huéspedes privados, se lo comunicó a Hostilio.

(*Suda,* s. v. *idióxenos*)

7

Le censuraban a él cuán equivocadamente había arriesgado todo, confiado en el poder de los tres hombres [5].

(*Suda,* s. v. *blásphēmos*)

---

[5] Los Curiacios, tres hermanos de Alba que se enfrentaron a los Horacios, tres hermanos de Roma. Se trata de una leyenda que se inserta en la relativa a la lucha entre Roma y Alba.

8

Hacer la paz en los términos que los sabinos estimaran justos.

(*Suda*, s. v. *dikaioûn*)

9

Compró los tres libros por el precio de uno.

(*Anecd.*, ed. Bekker, pág. 180, 15)

10

Horacio era un lisiado. No pudo obtener el consulado ni en la guerra ni en la paz, a causa de la incapacidad de sus piernas.

(*Suda*, s. v. *akhrēstía* y *Orátios*)

11

Los cónsules ofrecieron los juramentos y manifestaron que cederían en todo antes que en la vuelta de Tarquinio.

(*Suda*, s. v. *prosêsesthai*)

12

Tarquinio incitó a los sabinos contra los romanos. Claudio, un sabino influyente de la ciudad de Regilo, no permitió que los sabinos violaran el tratado, hasta que, al ser condenado por esta conducta, huyó a Roma con sus familiares, amigos y cinco mil esclavos. Los romanos concedieron a todos ellos un lugar para habitar, tierra para cultivar y los hicieron ciudadanos. Claudio fue elegido miembro del senado gracias a sus glo-

riosos hechos de armas contra los sabinos. Y una nueva tribu recibió su nombre.

(*Exc. de virt.* 1, pág. 216)

13

Los latinos, aunque aliados de los romanos, hicieron la guerra contra éstos... Los latinos acusaban a los romanos de que los despreciaban, pese a que eran sus aliados y les unían lazos de consanguinidad.

(*Suda,* s. v. *énspondos* y *páresis*)

II

SOBRE ITALIA
(FRAGMENTOS)

1

Los volscos, sin asustarse de las desgracias de sus vecinos, hicieron la guerra contra los romanos y pusieron cerco a sus colonias.

(*Suda*, s. v. *klēroûchon*)

2

El pueblo no votó la candidatura de Marcio para el consulado, no por considerarlo indigno, sino porque temía su arrogancia.

(*Suda*, s. v. *apaxiôn*)

3

Marcio[1], encendido en su odio contra los romanos al ser desterrado, se pasó a los volscos proyectando una gran venganza contra aquéllos.

(*Suda*, s. v. *pímpratai*)

---

[1] Este capítulo y los siguientes relatan la leyenda de Marcio Gneo Coriolano, inserta en el marco de las luchas entre volscos y romanos. Es una de las joyas de la epopeya popular itálica, que ha llegado hasta nosotros traducida en prosa y con los

4

(Dijo) que había venido renunciando a su patria y a su linaje, que no le importaban nada y quería hacer suya la causa de los volscos en vez de la de su patria.

(*Suda*, s. v. *allaxámenos*)

5

1 Después de su destierro, Marcio se refugió entre los volscos e hizo la guerra a los romanos y, cuando se encontraba acampado a una distancia de cuarenta estadios de la ciudad, el pueblo amenazó al senado con entregar las murallas al enemigo, a no ser que enviaran una embajada a Marcio para negociar la paz. El senado, a regañadientes, envió a unos plenipotenciarios para acordar una paz ventajosa para Roma. Éstos, cuando llegaron al campamento volsco, ofrecieron a Marcio, en presencia de los volscos, la amnistía y el retorno, si ponía fin a la guerra, y le recordaron que el senado no había cometido ninguna falta contra él. Éste acusó al pueblo de las muchas ofensas que les había causado, tanto a él como a los volscos, pero, no obstante, prometió que los reconciliaría con los volscos, si devolvían la tierra y las ciudades de éstos que tenían en su poder y les otorgaban el derecho de ciudadanía como a los latinos, pero que, mientras los vencidos poseyeran lo que pertenecía a los vencedores, no veía qué clase de paz podía hacerse. Después de hacerles estas propuestas, despidió a los embajadores y les dio un plazo de treinta días para considerarlas. Entonces marchó contra las ciudades latinas y tomó siete en treinta días, al cabo de los cuales regresó para recibir la respuesta.

---

retoques pragmáticos de los analistas, entre ellos, Valerio Antias (cf. De Sanctis, II, págs. 103 y sigs.).

Ellos respondieron que, si retiraba el ejército del 2
territorio romano, enviarían embajadores para concluir una paz en términos apropiados. Al negarse él, de nuevo, enviaron a otros diez para suplicarle que no hiciera nada indigno contra su patria y que consintiera que se hiciese un tratado, no por una orden suya, sino como consecuencia de la libre voluntad, por respeto a su patria y estima a la reputación de sus antepasados, que no le habían hecho ninguna afrenta. Marcio les respondió tan sólo que volvieran al cabo de tres días con una propuesta mejor. Los romanos, entonces, enviaron a sus sacerdotes revestidos de sus ornamentos sagrados para suplicarle, una vez más, estas cosas. Pero éste contestó que debían cumplir lo ordenado, o no era necesario que volvieran a verle. Por consiguiente, los romanos se dispusieron para el asedio y llenaron la muralla de piedras y dardos con objeto de repeler el ataque de Marcio desde lo alto de los muros.

Pero Valeria, la hija de Publícola, reunió a muchas 3
mujeres y las condujo ante Veturia, la madre de Marcio, y ante su esposa Volumnia. Todas iban con vestidos de luto y habían unido a las súplicas a sus hijos, y pidieron a aquéllas que las acompañaran para ir al encuentro de Marcio y pedirle que los perdonara a ellos y a su patria. Así pues, con el permiso del senado, salieron sólo las mujeres hacia el campamento de los enemigos. Marcio sintió admiración de la ciudad por su coraje y por el temple de las mujeres de Roma, y salió a su encuentro suprimiendo las varas y hachas de los lictores, en consideración a su madre. Corrió a su encuentro, la abrazó, la condujo hasta el consejo de los volscos y la exhortó a que expusiera lo que deseara.

Ella dijo que, al ser su madre, había sido agraviada 4
como él con su destierro de la ciudad, pero que veía que los romanos habían sufrido ya mucho por su causa y que habían tenido un castigo suficiente con tanto

territorio devastado y muchas ciudades demolidas, y como último recurso para ellos, recurrían a la súplica y le enviaban como embajadores a los cónsules, a sus sacerdotes, a su madre y esposa, y querían reparar su injusticia con la amnistía y el retorno. «No quieras tú remediar una desgracia con otra irremediable ni acarres infortunios tanto a ti, como a los que te han hecho injusticia. ¿A dónde llevarás el fuego? ¿Desde los campos contra la ciudad? ¿Desde la ciudad contra tu propio hogar? ¿Desde tu propio hogar contra los templos? Concédenos tu favor a mí y a tu patria, hijo, como te lo pedimos». Éstas fueron sus palabras, y Marcio respondió que no consentía en llamar patria al país que le había desterrado, sino a aquel que le había acogido. No existe amistad, dijo, con quien te ofende ni enemistad hacia quien te beneficia. La exhortó a que pusiera su mirada en los presentes con quienes había intercambiado sentimientos de fidelidad mutua, le habían concedido el derecho de ciudadanía, le habían elegido su general y habían puesto en sus manos sus asuntos privados. Pasó revista, en fin, a todos los honores que había recibido de ellos y a los juramentos con los que se había comprometido, e invitó a su madre a que tuviera como amigos y enemigos a los mismos que aquéllos.

5 Mientras Marcio estaba todavía hablando, ella, afligida y tendiendo las manos hacia el cielo, invocó a los dioses familiares como testigos de que dos procesiones de mujeres habían salido desde Roma en épocas de gran calamidad: una, en tiempos del rey Tacio, y otra, en éstos de Gayo Marcio. De entre estas dos, dijo, Tacio que era un extranjero y un verdadero enemigo cedió por respeto a las mujeres y, en cambio, Marcio desprecia una embajada de tan gran número de mujeres, de la que, además, forman parte su esposa y su madre. «Ojalá —dijo— que ninguna otra madre, tras haber fracasado con su hijo, se vea en la necesidad de pos-

trarse a sus pies, pero yo, no obstante, también me someto a esto. Me postraré ante ti». Y al decirlo, se arrojó al suelo. Entonces, Marcio prorrumpió en lágrimas, saltó hacia delante, la sostuvo en sus brazos y exclamó profundamente conmovido: «Has vencido, madre, pero una victoria a causa de la cual matarás a tu hijo». Después de decir esto retiró al ejército con idea de dar explicaciones a los volscos y de reconciliar a los dos pueblos. Había una esperanza de que lograse persuadir a los volscos. Sin embargo, a causa de la envidia de su general Acio fue lapidado.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 1, pág. 65)

5 B

Marcio no consideraba oportuno contradecir a ninguna de estas (demandas).

(*Suda*, s. v. *edikaíou*)

6

Fueron dignos de compasión por su desgracia y de alabanza por su valor, pues ésta fue una gran calamidad para los romanos a causa del número de bajas, de la dignidad de una casa noble y su total destrucción[2]. El día en que ocurrió lo consideraron nefasto.

(*Suda*, s. v. *eleeinós* y *apophrádes hēmérai*)

7

El ejército mostraba una actitud rebelde hacia su general[3], a causa del rencor. Lucharon, dejándose ven-

[2] Se refiere al desastre de los Fabios en Cremera, en la primera guerra entre Veyes y Roma en el siglo v.

[3] Apio Claudio Sabino.

cer adrede, y huyeron, vendándose el cuerpo como si estuvieran heridos. Derribaron las tiendas e intentaron retirarse, acusando de impericia a su general.

(*Suda*, s. v. *ethelokákōs*)

8

1 Al producirse malos presagios de parte de Júpiter después de la toma de Veyes, los augures dijeron que había sido olvidado algún deber religioso y Camilo recordó que se le había olvidado apartar la décima parte del botín para el dios que dio el oráculo relativo al lago. Por tanto, el senado decretó que los que hubieran tomado cualquier cosa de Veyes hicieran una evaluación de ello y trajeran la décima parte bajo juramento. Y no vacilaron, debido a su piedad, en ofrendar una décima parte del producto de la tierra, que ya había sido vendida, así como del botín. Con el dinero obtenido, enviaron una crátera de oro sobre un pedestal de bronce al tesoro de los romanos y masaliotas en Delfos, la cual permaneció allí hasta que Onomarco hizo fundir su oro durante la guerra focense. Sin embargo, el pedestal todavía está allí.

2 Algún tiempo después, alguien acusó a Camilo ante el pueblo de haber sido el causante de aquellos augurios y portentos funestos para la ciudad, y el pueblo, que desde hacía bastante tiempo se había vuelto hostil hacia él, lo castigó con una multa de quinientos mil sestercios, sin sentir compasión por él, ni siquiera pese a que había perdido a su hijo antes del juicio. Sus amigos contribuyeron a aportar el dinero para que su persona no sufriera violencia. Sin embargo, Camilo, profundamente enojado, se trasladó a vivir a Ardea, haciendo el voto de Aquiles de que llegaría el momento en el que los romanos añorarían a Camilo. Y ello ocurrió muy pronto. Pues, cuando los galos se apoderaron de la

ciudad, el pueblo huyó al lado de Camilo y lo eligió de nuevo dictador, como está escrito en mi historia de la Galia.

(*Exc. de virt.* 2, pág. 216)

9

El patricio Manlio salvó a Roma de un ataque galo y fue objeto de los máximos honores. Posteriormente, al reconocer a un anciano que había combatido muchas veces por su país reducido a la esclavitud por un prestamista, pagó su deuda. Como esta acción le granjeó el elogio de todos, liberó de sus obligaciones a sus propios deudores, y al obtener más fama, pagó, incluso, las deudas de otros. Encumbrado en su prestigio por estas medidas demagógicas, ya proyectó la abolición de todas las deudas o juzgó conveniente que el pueblo vendiera la tierra que estaba todavía sin repartir y aplicara su producto al pago de los deudores.

(*Exc. de virt.* 3, pág. 217; de allí *Suda,* s. v. *Márkos Mállios*)

III

LA HISTORIA SAMNITA
(FRAGMENTOS)

1

1 Cuando los generales romanos Cornelio y Corvino, y el plebeyo Decio, vencieron a los samnitas, dejaron una guarnición en Campania como defensa contra las incursiones de éstos. Los soldados de la guarnición romana, debido a su convivencia con el refinamiento y lujo de los de Campania, corrompieron sus costumbres y comenzaron a envidiar las riquezas de este pueblo, dado que eran pobres y temían por las deudas que tenían contraídas en Roma. Finalmente, planearon matar a sus huéspedes, apoderarse de su hacienda y tomar como esposas a sus mujeres. Y tal vez hubieran cometido una infamia tan horrenda, de no haber sido porque Mamerco[1], otro general romano, que estaba en camino contra los samnitas, se enteró de la maquinación de los guardianes y, ocultando sus intenciones, desarmó a algunos de ellos y les dejó marchar

[1] Gayo Marcio Rutilo, cónsul en el 342 a. C., que Apiano, o su fuente, confunde con L. Emilio Mamerco, maestro de caballería de M. Valerio Corvo, dictador el mismo año (cf. Livio, VII 39, 17). Estos dos capítulos refieren la sedición militar del ejército romano durante la primera guerra samnita.

como si fueran a disfrutar de un descanso por sus muchos años de milicia; a los más viles, les ordenó apresurarse hacia Roma para una cierta misión y envió, con ellos, a un tribuno militar al que le dio la orden de vigilarlos en secreto. Ambos grupos sospechaban que sus planes habían sido descubiertos y, cerca de la ciudad de Terracina, se separaron del tribuno militar, liberaron a los prisioneros que trabajaban en los campos y, armándolos como pudieron, marcharon contra Roma en número aproximado a veinte mil.

Cuando les faltaba todavía un día de camino, les 2
salió al encuentro Corvino, que permanecía tranquilo acampado en los montes Albanos, e inspeccionando el curso de los acontecimientos, consideró arriesgado luchar contra hombres desesperados. Sin embargo, los hombres de uno y otro bando se mezclaron entre ellos a escondidas, y los guardianes reconocieron, con gemidos y lágrimas, pues se trataba de familiares y amigos, que eran culpables, pero imputaban la culpa a las deudas de Roma. Corvino, al enterarse de esto, no se atrevió a cargar con la responsabilidad de tantas muertes por motivos civiles y aconsejó al senado que condonara a los hombres sus deudas. Exageró la dificultad de la guerra, pues ponía en duda que fuera capaz de vencer a tantos hombres que luchaban a la desesperada y sospechaba de sus encuentros y reuniones, no fuera a ser que ni siquiera su propio ejército le fuera fiel en todo, puesto que eran familiares de aquéllos y no menos oprimidos por las deudas. Dijo que, si era derrotado, el peligro sería mucho mayor, y que, en caso de vencer, la victoria sería muy desafortunada para la ciudad, al haber sido obtenida sobre tantos compatriotas. El senado hizo caso de estos argumentos y decretó la condonación de las deudas para todos los romanos y la inmunidad para aquellos que entonces eran enemigos.

Estos últimos, deponiendo las armas, regresaron a la ciudad.

(*Exc. de virt.* 4, pág. 217)

2

El cónsul Manlio Torcuato fue un hombre de gran valor. Su padre, en cambio, fue un hombre mezquino que no se preocupó de él y le mantuvo en el campo, trabajando y criándose con los esclavos. Cuando el tribuno de la plebe Pomponio entabló un proceso contra él por sus muchos delitos, entre los que era su intención el mencionar el mal comportamiento con su hijo, el joven Manlio se dirigió, con una daga oculta, a la casa del tribuno y pidió entrevistarse a solas con él so pretexto de comunicarle algo de importancia en relación con el juicio. Una vez que fue recibido e iba a comenzar a hablar, cerró las puertas y, empuñando la espada, amenazó de muerte al tribuno, si no juraba que retiraría la acusación contra su padre. Aquél lo juró y la retiró explicando al pueblo lo sucedido. Manlio obtuvo fama por este hecho y fue alabado porque se mostró un hijo tal para tal padre.

(*Exc. de virt.* 5, pág. 219)

3

Éste le incitó con mofa a un combate singular[2]. Pero aquél se contuvo durante un cierto tiempo, y después, al no poder soportar ya la provocación, espoleó contra él su caballo.

(*Suda,* s. v. *eréthisma*)

---

[2] Combate entre Gémino Mecio, un jinete tusculano, y T. Manlio, hijo de T. Manlio Torcuato, cónsul en el 340 a. C.

4

Mientras los samnitas recorrían el territorio de Fregelas, saqueándolo, los romanos se apoderaron de ochenta y una aldeas pertenecientes a los samnitas y a los daunios, mataron a veintiún mil hombres y los sacaron del territorio de Fregelas. Los samnitas enviaron de nuevo embajadores a Roma llevando los cadáveres de unos hombres que habían sido ejecutados como presuntos culpables de esta guerra y cierta cantidad de dinero que dijeron había sido cogido de su hacienda. A la vista de lo cual, el senado, pensando que ellos estaban ya completamente deshechos, juzgó que un pueblo que había sufrido tantos males cedería en lo referente a la supremacía de Italia. Los samnitas aceptaron las demás condiciones y todas las otras objeciones que plantearon lo hicieron en un tono de demanda, de invitación o como propuesta a debatir en sus ciudades. Sin embargo, respecto a la supremacía, no soportaron, una vez más, ni oír hablar de ello y dijeron que no habían ido allí para rendir a sus ciudades, sino para entablar lazos de amistad. Y después de rescatar a los prisioneros con el oro, se marcharon irritados, dispuestos a persistir en su pretensión de hacer un debate acerca de la supremacía. 1

Los romanos decretaron que no recibirían ya más embajadas de los samnitas, sino que los combatirían sin tregua ni reconciliación, hasta que los sometieran totalmente por la fuerza. La divinidad, no obstante, se irritó por esta actitud altanera y, con posterioridad, los romanos fueron derrotados por los samnitas y obligados a pasar bajo el yugo. Los samnitas, a las órdenes de su general Poncio, coparon a los romanos en un lugar muy estrecho, donde estaban oprimidos por el hambre, y los generales romanos enviaron embajadores a Poncio 2

invitándole a que se hiciera acreedor de la gratitud de Roma de una forma como raras veces ofrece la oportunidad. Sin embargo, éste respondió que no era necesario que le enviaran más embajadores, a menos que se entregaran ellos mismos con sus armas. Se produjo un lamento como si la ciudad hubiera sido tomada y los generales consumieron aún varios días dudando en cometer un acto indigno de la ciudad. Pero, como no aparecía ningún otro medio de salvación, el hambre los agobiaba y había cincuenta mil hombres jóvenes cuya muerte no soportaban ver, se entregaron a Poncio y le pidieron que, tanto si había elegido matarlos, como venderlos o tenerlos bajo vigilancia a la espera del rescate, no cometiera ningún ultraje contra las personas de unos infelices.

3 Poncio se hizo aconsejar por su padre, a quien mandó venir desde Caudio en un carro a causa de su edad. El anciano le dijo: «Un solo remedio existe, hijo, para una gran enemistad, el máximo de indulgencia o de severidad. Los castigos severos espantan y la generosidad reconcilia. Ten presente que la primera y más grande de todas las victorias es conservar como un tesoro el éxito. Deja ir a todos indemnes y sin ultrajes, sin quitarles nada, para que la magnitud de tu generosidad quede intacta. Tengo entendido que son sumamente sensibles a los honores. Así pues, sólo si son vencidos por un acto de generosidad rivalizarán contigo en aventajarte en la devolución de un favor tal. Puedes hacer de tu generosidad una garantía segura de paz imperecedera. Pero si no logro convencerte con estas razones, mátalos a todos de la forma más cruel, sin que quede ni siquiera uno que lleve la noticia. Te aconsejo lo primero como elección y esto último, como una necesidad. Pues los romanos tomarán inevitablemente venganza sobre ti por cualquier ultraje que reciban de tus manos. En este caso, anticípate a asestarles el primer

golpe y no podrías encontrar un perjuicio mayor que la muerte, a un mismo tiempo, de cincuenta mil hombres jóvenes».

Tales fueron sus palabras, y su hijo respondió: «No 4
me extraño, padre, de que hayas propuesto las dos cosas más dispares entre sí, pues ya anunciaste de antemano que ibas a referirte a medidas extremas en uno y otro sentido. Yo no voy a matar a tantos hombres por miedo a la venganza del dios y por respeto al oprobio de los hombres, y no quiero quitar tampoco a ambas naciones las esperanzas de un mutuo entendimiento por causa de un mal irreparable. Sin embargo, en lo que respecta a su liberación, no me parece bien, después de habernos causado los romanos tantas desgracias y mientras todavía poseen territorios y ciudades nuestras, dejar marchar libres de todo a tantos prisioneros. No lo haré. Pues el humanitarismo irracional es una estupidez. Y observa tú también el asunto desde la óptica samnita, dejándome a mí a un lado. Los samnitas cuyos hijos, padres y hermanos han muerto por causa de los romanos y que han sido despojados de sus posesiones y riquezas, desean una satisfacción. El vencedor es orgulloso por naturaleza y busca la ganancia. ¿Quién, pues, soportará que yo no mate a éstos, ni los venda, ni siquiera los castigue, sino que los deje partir indemnes como si fueran nuestros benefactores? A la vista de esta situación, descartemos los extremismos, uno, porque no está en mi mano, el otro, porque yo no consiento un acto tal de inhumanidad. Sin embargo, para humillar de algún modo el orgullo de los romanos y no ser objeto de censura ante los demás, les quitaré las armas, que siempre utilizaron contra nosotros, y sus riquezas —pues también las tienen por habérnoslas quitado— y los dejaré ir sanos y salvos bajo el yugo, señal ésta de oprobio de la que ellos se sirvieron contra otros pueblos. Estableceré la paz entre

ambas naciones y eligiré a sus jinetes más ilustres como rehenes de estos tratados, hasta que el pueblo entero los ratifique. Actuando de este modo, pienso que haré cosas propias de un vencedor y de hombre humanitario, y que los romanos se alegrarán también con estas condiciones, ellos que, pese a que hacen gala de poseer un carácter noble, se las impusieron muchas veces a otros pueblos».

5 Mientras Poncio decía estas cosas, el anciano rompió a llorar y, subiendo al carro, regresó a Caudio. Poncio convocó a los embajadores y les preguntó si había entre ellos algún fetial. Pero no había ninguno, pues habían emprendido la campaña para una guerra sin tregua ni cuartel. Por tanto, ordenó a los embajadores que dijeran a los cónsules, a los otros oficiales del ejército y a toda la multitud lo siguiente: «Siempre pactamos con los romanos la amistad que vosotros mismos quebrantasteis al aliaros con los sidicinos, que eran nuestros enemigos. Después, cuando se concertó de nuevo la paz, hicisteis la guerra a nuestros vecinos los neapolitanos y no se nos escapó a nadie que esto formaba parte de un ambicioso plan vuestro para dominar toda Italia. En los combates anteriores, tras obtener mucho provecho frente a la inexperiencia de nuestros generales, no mostrasteis nada de mesura hacia nosotros. Y ni siquiera os bastó con haber devastado nuestro país y haber ocupado plazas fuertes y ciudades de otro pueblo y enviar colonos a ellas, sino que, al enviaros embajadores por dos veces, haciéndoos muchas concesiones, nos impusisteis otras condiciones arrogantes, como la exigencia de someteros todo nuestro imperio. Nos tratasteis no como a un pueblo que está en negociación, sino como a quién ya ha sido hecho prisionero. Y, además de esto, decretasteis esta guerra sin tregua ni cuartel contra unos hombres amigos en otro tiempo y descendientes de los sabinos a los que

hicisteis conciudadanos vuestros. Por consiguiente, no debiéramos concertar tratado alguno con vosotros por causa de vuestra ambición. No obstante, yo, por respeto a la cólera divina que vosotros despreciasteis y en recuerdo de nuestra relación familiar y amistad anteriores, os permito a cada uno que os marchéis sanos y salvos con una túnica, pasando bajo el yugo, en el caso de que queráis devolvernos nuestra tierra y todas las plazas fuertes, retirar a vuestros colonos de las ciudades y no hacer la guerra jamás contra los samnitas».

Al ser comunicadas estas condiciones al campamento, se produjo en todo él un profundo clamor de dolor, 6 pues consideraban la afrenta de pasar bajo el yugo peor que la muerte. Después, al enterarse de los jinetes que quedarían como rehenes, de nuevo se lamentaron profundamente. Sin embargo, aceptaron por necesidad estas condiciones y llevaron a cabo la ceremonia del juramento Poncio, los dos cónsules romanos Postumio y Veturio, dos cuestores, cuatro legados de las legiones y doce tribunos militares que representaban la totalidad de los oficiales que habían sobrevivido. Después de la toma del juramento, Poncio abrió una parte de la barricada y, tras clavar dos lanzas en el suelo con otra transversal encima, hizo salir a los romanos de uno en uno bajo ellas. Les dio algunos animales de carga para llevar a los enfermos y provisiones suficientes hasta que llegaran a Roma. Esta forma de liberación que llaman «los de bajo el yugo» me parece a mí que implica un ultraje similar al de si hubieran sido capturados en el combate.

Cuando se supo la desgracia en la ciudad, se produjeron 7 gemidos y lamentos de dolor como ante un duelo y las mujeres se golpeaban en señal de luto por los que se habían salvado de manera ignominiosa como si estuvieran muertos. Los senadores se despojaron de sus túnicas de color púrpura, se prohibieron las fiestas,

casamientos y otras ceremonias de esta índole por un año entero, hasta que se reparase la desgracia. Algunos de los liberados se refugiaron en los campos por vergüenza, otros entraron de noche en la ciudad, y los cónsules lo hicieron de día, porque la ley les obligaba y llevaban las enseñas de su rango, pero no ejercieron más su autoridad.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 2, pág. 517)

5

Una multitud de ochocientos jóvenes elegidos seguía a Dentato por admiración a su valor, dispuestos a todo. Esto suponía una dificultad para el senado en sus reuniones.

(*Suda*, s. v. *zêlos*)

6

1 Un gran número de senones, una tribu celta, combatió contra los romanos como aliados de los etruscos. Los romanos enviaron embajadores a las ciudades de los senones y se quejaron de que, estando bajo tratado, combatieran como mercenarios contra los romanos. Britómaris despedazó a estos embajadores y esparció los restos de sus cuerpos a pesar de sus emblemas de heraldo y sus vestidos sagrados, reprochándoles, a su vez, que los romanos habían matado a su padre mientras combatía en Etruria. El cónsul Cornelio, al enterarse de esta acción abominable cuando estaba de camino, dejó su campaña contra Etruria y marchó contra las ciudades de los senones con toda rapidez a través del territorio sabino y de los picenos, las destruyó y prendió fuego a todas; esclavizó a las mujeres y a los niños, y mató a todos los jóvenes adultos, excepto a un hijo de Britómaris, al cual, después de infligirle terribles ultrajes, se lo llevó para su triunfo.

Cuando los senones que estaban en Etruria se enteraron de esta desgracia, condujeron a los etruscos contra Roma y, después de sufrir muchos reveses al no tener tierras propias en las que refugiarse, irritados por las desgracias ocurridas, atacaron a Domicio y perecieron muchos. El resto se dio muerte a sí mismo en su desesperación. Éste fue el castigo que sufrieron los senones como consecuencia de su crimen contra los embajadores. 2

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 2, pág. 68)

7

Cornelio realizó un viaje de inspección a lo largo de la costa de la Magna Grecia con diez barcos de guerra. En Tarento, un demagogo llamado Filócaris, hombre de vida infamante, por lo que tenía el apodo de Tais, recordó a los tarentinos unos tratados antiguos en virtud de los cuales los romanos se comprometieron a no navegar más allá del cabo Lacinio. Y encendiendo sus ánimos, les convenció de que se hicieran a la mar contra Cornelio. Los tarentinos hundieron cuatro de sus barcos y apresaron uno solo con su tripulación. Acusaron también a los turios de que, a pesar de ser griegos, habían preferido refugiarse al lado de los romanos en vez de con ellos y de que eran los culpables de que los romanos hubieran traspasado los límites. Expulsaron a sus hombres más notables, arrasaron la ciudad y dejaron marchar a la guarnición romana bajo acuerdo. 1

Los romanos, al enterarse de estos sucesos, enviaron embajadores a Tarento para exigir que devolviesen a los que habían hecho prisioneros no en la guerra sino mientras estaban de inspección; que restituyeran a su ciudad a los ciudadanos turios expulsados; que devolvieran lo que habían saqueado o una indemnización por lo que se había perdido, y que les entregaran a los res- 2

ponsables de estos actos criminales, si querían seguir siendo amigos del pueblo romano. Los tarentinos hicieron pasar con muchas reticencias a los embajadores a su consejo y, cuando estuvieron dentro, se burlaban de ellos cada vez que cometían algún fallo al expresarse en lengua griega, también se mofaron de sus túnicas y de las bandas de color púrpura. Pero un cierto Filónides, hombre burlón y amigo de las bromas, acercándose a Postumio, el jefe de la embajada, le volvió la espalda, se agachó, y tirándose de la toga, ultrajó al embajador. Todos los asistentes se rieron del hecho. Postumio tendiendo hacia adelante la túnica manchada, dijo: «Lavaréis esto con mucha sangre, vosotros que os alegráis con tales bromas». Como los tarentinos no dieron ninguna respuesta, los embajadores se marcharon. Y Postumio, sin lavar el ultraje de que había sido objeto su túnica, se lo mostró a los romanos.

3 El pueblo se irritó profundamente y dio orden a Emilio[3], que estaba luchando contra los samnitas, de que dejara por el momento la campaña samnita e invadiera el territorio tarentino y les ofreciera las mismas propuestas de paz que la legación anterior, y si no estaban de acuerdo, les hiciera la guerra con todas sus fuerzas. Él les hizo las mismas ofertas y ya esta vez no se rieron, pues veían al ejército, pero estaban divididos casi por igual en sus opiniones. Finalmente, alguien, al verlos sin saber qué hacer y enzarzados en disputas, les dijo: «Entregar a ciudadanos es propio de gente ya esclavizada y hacer la guerra nosotros solos es arriesgado. Si queremos salvaguardar a toda costa nuestra libertad y luchar en igualdad de condiciones, llamemos a Pirro, rey de Epiro, y hagámosle nuestro general en esta guerra». Y así se hizo.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 3, pág. 68)

---

[3] L. Emilio Bárbula, cónsul en el 281 a. C.

8

Después del naufragio, Pirro, rey de Epiro, desembarcó en Tarento. Los tarentinos, entonces, estaban muy molestos con los oficiales del rey, que se habían instalado por la fuerza en sus casas y habían abusado abiertamente de sus mujeres e hijos. Después, Pirro puso fin a sus comidas de hermandad y a otras reuniones y pasatiempos, por no considerarlas convenientes para un estado de guerra, les ordenó ejercicios militares y estableció como castigo la pena de muerte para quienes desobedecieran las órdenes. En este punto los tarentinos, fatigados por ejercicios y tareas a las que estaban absolutamente desacostumbrados, huyeron de la ciudad, como si les fuera extraña, hacia los campos. El rey cerró las puertas y estableció guardianes. Y los tarentinos comprendieron con claridad su propia estupidez.

(*Exc. de virt.* 6, pág. 219)

9

En Regio había una guarnición romana para la seguridad y custodia de la ciudad contra los enemigos. 1
Estos soldados y su jefe, Decio, envidiando los bienes de sus habitantes, aguardaron a una ocasión en que estaban de fiesta en un día sagrado y los mataron y violaron a sus mujeres. Adujeron como excusa de su crimen que los habitantes de Regio iban a entregarle la guarnición a Pirro. Decio se convirtió en gobernante absoluto, en vez de prefecto de guardia, y estableció lazos de amistad con los mamertinos que habitaban al otro lado del estrecho de Sicilia y que, no mucho tiempo antes, habían cometido un ultraje similar con sus propios huéspedes.

Como sufría una afección de los ojos y desconfíaba 2
de los médicos de Regio, hizo venir, desde Mesina, para

que le curase, a un hombre de Regio que había emigrado a Mesina hacía tiempo, que no se conocía que era de Regio. Éste le convenció para que usase ciertos fármacos calientes, si quería un pronto restablecimiento. Le ordenó que se frotara los ojos con algunos ungüentos abrasadores y corrosivos y que aguantara el dolor hasta que él regresara. Luego retornó en secreto a Mesina. Decio, después de soportar el dolor por mucho tiempo, se lavó el ungüento y descubrió que había perdido la vista.

3 Fabricio fue enviado por los romanos para restablecer el orden, devolvió la ciudad a los habitantes que aún quedaban de Regio y envió a Roma a los guardianes responsables del motín. A éstos los azotaron en mitad del foro, los decapitaron y arrojaron sus cuerpos sin enterrar. Y Decio que, por estar ciego, fue puesto en prisión con negligencia, se suicidó.

(*Exc. de virt.* 7, pág. 219)

10

1 Pirro, el rey de Epiro, tras derrotar a los romanos, deseaba que su ejército se recuperara de la dura batalla. Como esperaba que aquéllos se avendrían, en especial entonces, a entablar negociaciones para la paz, envió a Roma a Cineas el tesalio, que gozaba de fama por sus dotes de orador hasta el punto de haber sido comparado con Demóstenes. Cineas, al ser introducido en el senado, hizo muchos elogios en un tono grandilocuente acerca de su rey y recalcó, en especial, su moderación tras el combate, porque no había atacado de inmediato la ciudad ni el campamento vencido. Les ofreció la paz, la amistad y la alianza con Pirro, si incluían en estos tratados a los tarentinos, dejaban libres y autónomos a los demás griegos que habitaban en Italia y devolvían todo lo que habían apresado en

la guerra a los lucanios, samitas, daunios y brucios. Afirmó que, si se realizaban estos tratados, Pirro les devolvería a los prisioneros sin rescate.

Ellos dudaron mucho tiempo, sobrecogidos por la 2
fama de Pirro y por la desgracia que les había ocurrido, hasta que Apio Claudio el Ciego, que se hallaba ya privado de la vista, ordenó a sus hijos que lo llevaran al senado y allí dijo: «Estoy enojado, porque he perdido la visión, pero ahora, también, porque conservo la capacidad de oír. Pues nunca pensé ver ni oír tales deliberaciones de vosotros que, por un solo fracaso, os olvidasteis, en bloque, de vosotros mismos y proyectáis hacer amigos, en vez de enemigos, a quien os hizo esto y a los que lo llamaron, y pensáis entregar la herencia de vuestros antepasados a los lucanios y a los brucios. ¿Qué es esto sino convertir a los romanos en siervos de los macedonios? Y algunos se atreven a llamar a este hecho paz, en vez de esclavitud». Apio, tras decir otras muchas cosas similares a éstas y enardecer los ánimos con ellas, expuso que, si Pirro deseaba la amistad y la alianza de los romanos, se retirara de Italia y entonces enviara una embajada, pero que si permanecía allí, no esperara ser amigo ni aliado, ni juez ni árbitro de los romanos.

El senado dio como respuesta a Cineas lo que pre- 3
cisamente había dicho Apio. Hicieron una leva de dos legiones para Levino[4] con la proclama siguiente: que se inscribiera en el ejército todo el que quisiera dar su nombre para reemplazar a los que habían muerto. Y Cineas, que todavía estaba presente, al ver que ellos se empujaban en su afán de enrolarse, se dice que al regresar junto a Pirro le dijo: «Estamos luchando contra una hidra». Hay otros, en cambio, que opinan que no fue Cineas, sino el propio Pirro, quien dijo esta frase,

[4] P. Valerio Levino, cónsul en el 280 a. C.

cuando vio un ejército romano mayor que el anterior, pues el otro cónsul, Coruncanio, llegó desde Etruria con sus fuerzas para unirse a Levino. Se dice también que Cineas, al preguntarle Pirro otras cosas sobre Roma, le respondió que era una ciudad, en su totalidad, de generales, y, como Pirro se admirara, se rectificó a sí mismo y dijo: «De reyes mejor que de generales». Pirro, al ver que ninguna propuesta de paz salía del senado, se apresuró contra Roma devastándolo todo. A la altura de la ciudad de Anagnia, con el ejército pesado por la carga del botín y la gran cantidad de prisioneros, aplazó el combate y se volvió a Campania, enviando por delante a los elefantes, y distribuyó el ejército entre los cuarteles de invierno de las distintas ciudades.

4 Embajadores romanos le propusieron rescatar a los prisioneros o canjearlos por los tarentinos y los otros aliados suyos que tenían en su poder. Sin embargo, él respondió que si, como ya había dicho antes Cineas, se avenían a hacer la paz, liberaría a los prisioneros sin rescate alguno, pero que si estaban dispuestos a proseguir la lucha, no dejaría ir a tantos hombres valientes para que lucharan contra él. No obstante, dispensó a la legación una hospitalidad regia y, enterado de que Fabricio, el jefe de la misma, tenía mucha influencia en la ciudad y era un hombre sumamente pobre, se le aproximó y le dijo que si le conseguía el tratado, le llevaría al Epiro como lugarteniente suyo y partícipe de todas sus posesiones. Le invitó a que tomara ya desde aquel momento una cierta cantidad de dinero, con el pretexto de que se la iba a dar para los que iban a arreglar la paz. Fabricio, por su parte, rompió a reír y no hizo ningún comentario sobre los asuntos públicos pero replicó: «Mi independencia no podéis tomarla ninguno de tus amigos ni tú mismo, rey, y estimo en mucho más a mi pobreza que a la riqueza y miedo a un tiempo de

los tiranos». Otros, sin embargo, afirman que no fue ésta su respuesta sino: «Ten cuidado, no sea que los epirotas, adoptando mi naturaleza, me prefieran a mí».

Cualquiera que fuese la respuesta, Pirro quedó ad- 5
mirado de la altivez de su espíritu y buscó otro camino para conseguir la paz. Permitió a los prisioneros que marcharan a las fiestas saturnales[5] sin vigilancia, a condición de que, si la ciudad aceptaba las propuestas de Pirro, se quedaran libres ya de su prisión, pero que, si no las aceptaba, regresaran a su lado al finalizar las fiestas. El senado les ordenó, aunque ellos les suplicaron e instaron fervientemente a aceptar las propuestas de paz, que se entregaran voluntariamente a Pirro al finalizar el festival en el día fijado y decretó la pena de muerte para los que pospusieran el día. Todos observaron la orden y Pirro pensó, de nuevo, que la guerra era inevitable.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 3, pág. 520)

11

A Pirro le tenía perplejo ya la marcha de los asuntos 1
romanos y también le causó cierta zozobra un levantamiento entre los molosos. Entonces Agatocles, tirano de Sicilia, acababa de morir y Pirro, que estaba casado con su hija Lanasa, empezó a mirar la isla, en vez de a Italia, como posesión particular. Sin embargo, dudaba todavía en dejar sin ningún acuerdo de paz a los que le habían llamado en su ayuda. Por tanto, aferrándose complacido al pretexto que le había proporcionado la

[5] Fiestas en honor de Saturno. Tenían lugar el 17 de diciembre. Eran fiestas más o menos licenciosas, con una mayor permisividad y relajamiento de las costumbres. Se daba una cierta libertad a los esclavos durante estos días e, incluso, había una subversión de las clases sociales. Los esclavos se sentaban a la mesa y se hacían servir por sus dueños.

devolución del traidor, testificó su gratitud a los cónsules y envió a Roma a Cineas para que corroborara dicha gratitud por la salvación de su vida, llevara como recompensa a los prisioneros y se procurara la paz del modo que pudiera. Cineas llevó muchos regalos para hombres y mujeres, pues se había enterado de que la ciudad gustaba mucho del dinero y de los regalos, y de que las mujeres tenían mucha influencia desde siempre entre los romanos.

2 Pero ellos se prevenían unos a otros contra la aceptación de los regalos y dicen que nadie, ni hombre ni mujer, cogió nada. Le respondieron igual que antes: que cuando Pirro se marchase de Italia enviara embajadores sin regalos y que no dudarían en hacer nada de lo que fuera justo. Sin embargo, dieron un magnífico hospedaje a los embajadores y devolvieron a Pirro los prisioneros tarentinos y de sus otros aliados. Pirro, a la vista de esto, partió hacia Sicilia con los elefantes (...) y ocho mil jinetes prometiendo a sus aliados que volvería a Italia desde Sicilia. Y regresó al cabo de tres años, cuando lo expulsaron de allí los cartagineses.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 4, pág. 523)

12

1 Pirro, después de la batalla y el tratado con los romanos, navegó hacia Sicilia, prometiendo a sus aliados que regresaría desde Sicilia a Italia. Y regresó al cabo de tres años, cuando lo expulsaron de allí los cartagineses y era ya una pesada carga para los sicilianos por causa del hospedaje, del suministro de víveres, de las guarniciones y los tributos que les había impuesto. Enriquecido por estos tributos, regresó a Regio con ciento diez navíos de guerra y un número mucho mayor de barcos mercantes y de transporte. Pero los cartagineses, en un combate naval, le hundieron setenta barcos y,

a excepción de doce, dejaron a los demás inservibles para navegar. Pirro huyó con éstos y se tomó venganza sobre los locrios epizefirios que habían matado a su guarnición y al jefe de ésta por los ultrajes cometidos contra ellos. Pirro los masacró y saqueó con saña cruel, sin respetar siquiera las ofrendas del templo de Prosérpina, y comentó con sorna que la piedad extemporánea era superstición y que era una buena decisión amontonar riquezas sin trabajo.

Una tormenta le sorprendió cuando se había hecho 2
a la mar con los despojos del saqueo, y hundió a algunos de sus barcos con sus tripulaciones y a los otros los arrojó contra la costa. Sin embargo, las olas llevaron de vuelta intactos, todos los objetos sagrados a los puertos de los locrios, de forma que Pirro, dándose cuenta tarde de su impiedad, los restituyó al templo de Prosérpina y trató de propiciarse a la diosa con muchos sacrificios. Pero como las víctimas no eran propicias, se enfureció todavía más y dio muerte a los que le habían aconsejado el saqueo del templo o a quienes habían asentido a su propuesta o habían tomado parte en el hecho. Tal fue el desastre de Pirro.

(*Exc. de virt.* 8, pág. 220)

IV

LA HISTORIA DE LA GALIA
(FRAGMENTOS)

1

1 Los galos tomaron la iniciativa en atacar a los romanos y se apoderaron de Roma, con excepción del Capitolio, y la incendiaron. Camilo[1] los venció y los expulsó, y con el tiempo, los volvió a derrotar en un segundo intento de invasión y celebró el triunfo por este motivo a los ochenta años de edad. Un tercer ejército galo que invadió Italia fue destruido también por los romanos bajo el mando de Tito Quintio. Después de esto, los boyos, la tribu más salvaje de los galos, atacaron a los romanos. El dictador Gayo Sulpicio en persona les salió al encuentro con el ejército y se dice que utilizó la siguiente estratagema. Ordenó a los que estaban colocados en la primera línea que, disparando a un tiempo sus lanzas, se agacharan de inmediato hasta que las lanzaran los de la segunda línea, los de la tercera y los de la cuarta, y que, a medida que las fueran lanzando, se agacharan para que no les hirieran las lanzas, y que, cuando los últimos las hubieran lanzado, se levantaran a un tiempo todos juntos y trabaran combate de inmediato dando fuertes gritos. Pues pensaba que el tener que esquivar tantas lanzas seguido de una carga rápida aterrorizaría a los enemigos. Las lanzas eran semejantes a las jabalinas y los romanos las

[1] M. Furio Camilo, dictador romano.

llamaban «pilas»[2], tenían cuatro caras, la mitad de hierro y la otra de madera y eran flexibles excepto en la punta. De esta forma, todo el ejército de los boyos fue destruido por los romanos.

Popilio derrotó a otras tropas galas y, después de aquél, 2
Camilo, el hijo del anterior Camilo, derrotó a las mismas. Emilio Papo también erigió trofeos sobre los galos. Poco antes del consulado de Mario, una horda de galos mucho mayor y más belicosa, la más temible, sobre todo por el vigor corporal de sus componentes, invadió Italia y la Galia, derrotó a algunos cónsules romanos y destrozó sus ejércitos. Mario fue enviado contra ellos y los destruyó a todos. La última y más grande de las guerras emprendidas por los romanos contra los galos fue la que se llevó a cabo bajo el mando de Gayo César. Pues durante los diez años de su campaña se enfrentó a más de cuatro millones de hombres salvajes, considerados en total, y de éstos, un millón fueron hechos prisioneros y otros tantos muertos en combate. Sometieron a cuatrocientas tribus y más de ochocientas ciudades: algunas, que habían hecho defección de su alianza, y otras, apresadas por primera vez. Antes que Mario, Fabio Máximo Emiliano con un ejército muy pequeño combatió contra los galos y mató a ciento veinte mil en una sola batalla, perdiendo sólo a quince de los suyos. E hizo esto a pesar de que sufría por causa de una herida reciente, pasando entre los cuerpos de tropas, animándolos y mostrando cómo había que combatir a los bárbaros, unas veces en carro y otras a pie, sostenido por los brazos de otros.

César, al comenzar la guerra contra ellos, venció a los hel- 3
vecios y tigurinos, que eran unos doscientos mil. Los tigurinos anteriormente habían vencido a un ejército romano mandado por Pisón y Casio y lo habían enviado bajo el yugo, según testimonia Paulo Claudio en sus anales. Labieno, lugarteniente de César, venció ahora a los tigurinos y a los demás los venció César, así como a los tricorios que les ayudaron. Después venció a los germanos acaudillados por Ariovisto, los cuales

[2] El *pilum*, como arma arrojadiza, y el *gladius*, espada corta para el combate cuerpo a cuerpo, fueron durante mucho tiempo las armas por excelencia de la legión romana.

aventajaban en estatura incluso a los hombres de mayor tamaño, eran de carácter salvaje, de enorme osadía y despreciaban la muerte pues esperaban una vida ulterior; sobrellevaban con igual paciencia el frío y el calor, se alimentaban de yerbas en tiempo de escasez y los caballos ramoneaban en los árboles. No eran, en cambio, según parece, sufridos en el combate y luchaban sin cálculo ni ciencia, con la pasión como las fieras y, a causa de ello, fueron vencidos por la ciencia y resistencia de los romanos. Aquéllos atacaron con un impulso tremendo y rechazaron a todas las legiones a la vez, pero los romanos se mantuvieron en formación y, venciéndoles con una maniobra, dieron muerte, finalmente, a ochenta mil.

4 Después, César atacó a los llamados belgas cuando atravesaban un río y mató a tantos que pudo atravesar el río sobre un puente formado por los cuerpos de los muertos. Los nervios, en cambio, le derrotaron, al atacarle de improviso cuando estaba preparando el campamento, nada más llegar de una marcha; mataron a muchos y, entre ellos, a todos los tribunos y centuriones, y al propio César, que se había refugiado en una colina con su guardia personal, le pusieron cerco. Sin embargo, al atacarles la décima legión por la retaguardia, sucumbieron pese a que eran sesenta mil. Los nervios eran descendientes de los cimbrios y de los teutones. César venció también a los alóbroges. Dio muerte a cuatrocientos mil usipetos y tencteros, armados y desarmados conjuntamente. Los sigambros, con quinientos jinetes, derrotaron a cinco mil jinetes de César, atacándoles de manera repentina, pero después lo pagaron con una derrota.

5 César fue también el primer romano que atravesó el Rin y llegó a la Isla Británica, mucho mayor que el mayor continente, y todavía desconocida para los hombres de Roma. Realizó la travesía aprovechando la oportunidad de la marea. Pues al afectarle el movimiento del mar, la flota fue impulsada, al principio despacio, luego con más rapidez, y finalmente, César llegó hasta la Isla Británica con enorme velocidad.

(*Epítome Vat.*)

2

En la olimpíada noventa y siete, según el cómputo griego, una parte considerable de los galos que habitaban a ambos lados del Rin se movió en busca de otras tierras, ya que las que ellos ocupaban no eran suficientes a causa del número de habitantes. Cruzaron los Alpes e hicieron la guerra a los clusinos, que ocupaban una tierra muy fértil de Etruria. Éstos, que hacía poco tiempo que habían concertado tratados con los romanos, acudieron a ellos en demanda de ayuda. Los romanos les enviaron como embajadores a los tres Fabios, para que instaran a los galos a retirarse de un país que era amigo de Roma y les amenazaran si no obedecían. Los galos replicaron que no temían ni las amenazas ni la guerra de nadie; que estaban necesitados de tierra y no se habían inmiscuido aún en los asuntos de Roma. Los embajadores, los Fabios, apremiaron entonces a los clusinos a que atacaran a los galos mientras estaban devastando el país sin consideración; participaron personalmente en la expedición y mataron a un gran número de galos que andaban recogiendo forraje. El embajador romano Quinto Fabio mató al jefe de aquel grupo, lo despojó de sus armas y las llevó, de regreso, a Clusio.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 4, pág. 70)

3

Brenno, el rey de los galos, después que los Fabios hubieran dado muerte a muchos galos, no recibió a los embajadores romanos, sino que, con el propósito de intimidar a los romanos, eligió como embajadores a algunos que destacaban por su estatura entre todos los demás galos, que ya de por sí son todos de gran cor-

pulencia, y los envió a Roma para quejarse de que los Fabios, mientras actuaban como embajadores, les habían hecho la guerra, en contra de las leyes de las naciones. Exigía que les fueran entregados aquéllos para castigarlos, a menos que los romanos quisieran hacer suyo el crimen. Los romanos eran conscientes de que los Fabios habían actuado ilegalmente, pero por respeto a esta familia noble pidieron a los galos que aceptaran una suma de dinero en compensación por ellos. Al no aceptarla éstos, eligieron a los Fabios como tribunos militares para ese año y dijeron a los embajadores galos que no podían hacer nada ahora contra los Fabios, pues estaban ya desempeñando un cargo oficial, pero que regresaran al año siguiente, si todavía continuaban irritados. Brenno y los galos que estaban bajo su mandato consideraron que habían sido ultrajados y, llenos de indignación por ello, enviaron emisarios a otras tribus galas para pedirles, como cosa justa, que hicieran causa común con ellos en esta guerra. Cuando estuvieron reunidos en gran número, levantaron el campamento y marcharon contra Roma.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 5, pág. 523)

4

Y él [3] prometió llevar las cartas a través de las filas enemigas hasta el Capitolio.

(*Suda,* s. v. *hyphístatai*)

5

Cuando Cedicio llevaba a Camilo el decreto del senado por el que se le nombraba cónsul, le pidió que, en las circunstancias presentes, depusiera su cólera

[3] Poncio Cominio.

contra su patria a causa del castigo sufrido. Este último le interrumpió mientras hablaba y dijo: «Nunca hubiera suplicado que los romanos me desearan, si hubiera conocido lo que había de significar para ellos su deseo, pero ahora haré una súplica más noble: ¡ojalá pueda prestar a mi patria un servicio tan grande como la desgracia en la que se ve envuelta!».

(*Exc. de virt.* 9, pág. 221)

6

Como los galos no pudieron subir al Capitolio por ningún medio, permanecieron tranquilos a la espera de reducir a los de dentro por hambre. Un sacerdote llamado Dorsón descendió desde el Capitolio con sus instrumentos sagrados a través de las filas enemigas para llevar a cabo un sacrificio anual al templo de Vesta. Éstos respetaron su osadía, su piedad o quedaron sobrecogidos por la santidad de su figura. Y él, que había escogido el riesgo a causa de sus sagrados menesteres, se salvó por esto mismo. El escritor romano Casio nos refiere que este hecho sucedió así.

(*Exc. de virt.* 10, pág. 221)

7

Los galos se atiborraban de vino y de otros alimentos hasta la saciedad, eran incontinentes por naturaleza y poseían un país que, excepción hecha de los cereales, era improductivo y carente de otros frutos. Sus cuerpos, que eran grandes y delicados, llenos de carne fofa a causa del exceso en la comida y la bebida, tendían a la pesadez y corpulencia, y se volvían incapaces por completo de correr y trabajar, así que, cuando era necesario hacer algún esfuerzo se fatigaban con rapidez por causa del sudor y la falta de respiración.

(*Exc. de virt.* 11, pág. 222, de allí *Suda*, s. v. *ádēn*)

8

Los mostró[4] desnudos a los romanos y dijo: «Ésos son los que os atacan en el combate con gritos agudos, haciendo sonar sus armas y sus grandes espadones y agitando sus cabellos. Observad su falta de temeridad y la blandura y debilidad de su cuerpo, y volved al trabajo».

(*Suda*, s. v. *hiéntes*)

9

El pueblo observaba el combate desde las murallas y enviaba continuamente otras tropas de refresco a los que estaban soportando la pelea. Los galos, cansados al tener que luchar con un enemigo en plenitud de facultades, huyeron desordenadamente.

(*Suda*, s. v. *nealês*)

10

El galo, furioso y exhausto por la pérdida de sangre, perseguía a Valerio, esforzándose por agarrarse a él y obligarle a caer; sin embargo, como Valerio seguía retirándose continuamente, el galo cayó de bruces. Los romanos se felicitaron de este segundo combate singular con los galos.

(*Suda*, s. v. *liphaimeî*)

11

La tribu de los senones, aunque tenía concertado un tratado con Roma, proporcionó, no obstante, mercenarios contra los romanos. El senado envió emisarios

4 Marco Furio Camilo.

quejándose de que, estando bajo tratado, proporcionaban mercenarios contra ellos. El galo Britómaris, irritado porque su padre, siendo aliado de los etruscos, había muerto a manos de los romanos en esta guerra, despedazó a los embajadores que llevaban las insignias de los heraldos o iban revestidos con las vestimentas inviolables de su cargo, y esparció los trozos de sus cuerpos por los campos. Cornelio se enteró por el camino de este hecho execrable y, atacando con toda rapidez a las ciudades de los senones a través del territorio sabino y piceno, las destruyó e incendió a todas, esclavizó a las mujeres y a los niños, dio una muerte cruel a todos los hombres adultos, arrasó el país por los más variados procedimientos y lo dejó inhabitable para el futuro. Sólo se llevó a Britómaris como prisionero para someterlo a tortura. Después los senones, no teniendo ya patria a donde huir, atacaron con osadía a Domicio y, al ser derrotados, se dieron muerte a sí mismos presa de la desesperación. Éste fue el castigo que sufrieron los senones por su violación criminal contra los embajadores.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 5, pág. 70)

12

Los jefes de los salios, una tribu vencida por los romanos, se refugiaron junto a los alóbroges. Los romanos los reclamaron y, como los alóbroges no accedieron a entregarlos, les hicieron la guerra bajo el mando de Gneo Domicio. Cuando éste se encontraba atravesando el territorio salio, le salió al encuentro un mensajero de Bituito, rey de los alóbroges, espléndidamente adornado y con una comitiva de lanceros engalanados a su vez y de perros —pues los bárbaros de esta región llevan perros como escolta—. También les seguía un

músico que cantaba, a la usanza bárbara, alabanzas al rey Bituito, a los alóbroges y al propio emisario, celebrando su nacimiento, bravura y riqueza. Por este motivo precisamente, los embajadores distinguidos se hacían acompañar de tales personas. Pero él, aunque pidió perdón para los jefes salios, no consiguió nada.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 6, pág. 524)

13

Una banda numerosa de teutones, que estaba entregada al saqueo, invadió el territorio de Nórico. El cónsul romano Papirio Carbón, temeroso de que invadieran Italia, tomó posiciones en los Alpes, en un lugar donde el paso era muy estrecho. No obstante, como ellos no avanzaron, les atacó bajo la acusación de que habían invadido el pueblo de Nórico, que era amigo de los romanos. Era costumbre de Roma hacer amigos a aquellos que se entregaban para ser aliados, pero sin que hubiera obligación de defenderlos como a tales. Los teutones, al aproximarse Carbón, le enviaron embajadores para decirle que desconocían la existencia de una relación tal entre los romanos y los habitantes de Nórico, y que, en el futuro, se abstendrían de molestarlos. Éste alabó a los embajadores y les proporcionó guías para el viaje de regreso, pero encargó a los guías, en secreto, que siguieran una ruta más larga. Entonces él atravesó por una más corta y atacó a los teutones de improviso, mientras se hallaban todavía descansando. Sin embargo, pagó por su perfidia con la pérdida de muchos hombres. Y tal vez hubieran muerto todos, de no haber sido porque la oscuridad y un enorme aguacero que se desencadenó en el transcurso de la batalla, acompañado de fuertes truenos, separaron a los combatientes y pusieron fin al combate por el temor que ins-

piraba el firmamento. Aún así, los romanos se refugiaron en los bosques en grupos pequeños y se reunieron a duras penas tres días más tarde. Los teutones pasaron a la Galia.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 7, pág. 524)

14

Ordenó que dejaran intactos los cuerpos de los cimbrios hasta que llegara el día, porque pensaban que estaban adornados con mucho oro.

(*Suda,* s. v. *apsaústōs* y *kímbros*)

15

Dos pueblos, los tigurinos y los helvecios, invadieron la provincia romana de la Galia. Cuando Gayo César se enteró de este movimiento, hizo construir un muro de ciento cincuenta estadios a lo largo del río Ródano. Al enviarle los enemigos unos embajadores con la intención de hacer un tratado, les ordenó entregar rehenes y dinero. Ellos le respondieron que estaban acostumbrados a recibir estas cosas, pero no a entregarlas. Entonces, César, que quería impedir la unión de ambos, envió a Labieno contra los tigurinos, que eran los más débiles, y él mismo marchó contra los helvecios con veinte mil montañeses galos. Labieno tuvo un trabajo fácil, cayó sobre los tigurinos, que estaban desprevenidos a orillas del río, los derrotó y provocó la desbandada de la mayoría.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 8, pág. 525)

16

Ariovisto, rey de los germanos de allende el Rin, pasó a este lado antes de la llegada de César y atacó a los eduos, que eran amigos de los romanos. Pero en-

tonces, convencido por éstos, que le ordenaron desistir se separó de los eduos y deseó ser amigo del pueblo romano, y así ocurrió, dado que César, que era cónsul, votó en su favor.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 9, pág. 525)

17

Ariovisto, el rey de los germanos que había llegado a ser amigo de los romanos, vino para conferenciar con César y, cuando se separaron de nuevo, manifestó su deseo de sostener otra conversación. Sin embargo, César se negó, pero envió en su lugar a algunos líderes galos. Ariovisto los hizo prisioneros y César se puso en marcha con su ejército contra él y le amenazó. Pero el miedo hizo presa en el ejército por la fama de los germanos.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 6, pág. 71)

18

Parece que los usipetes, una tribu germana, y los tencterios pusieron en fuga, sin que mediara provocación, con ochocientos jinetes, a cinco mil jinetes de César y que éste, cuando enviaron embajadores para llegar a un acuerdo con él, los detuvo, y que sufrieron un desastre tan repentino y total, que fueron despedazados cuatrocientos mil germanos. Un escritor romano[5] dice que Catón propuso en Roma que César fuera entregado a los bárbaros, como autor de este crimen llevado a cabo contra gentes que buscaban negociaciones. Pero César, en su propio diario, afirma que, tras ordenar a los usipetes y tencterios que volvieran a sus primitivos lares, le replicaron que habían enviado embajadores a

[5] Tamesio Gémino (cf. H. Peter, *Historicorum Romanorum Reliquiae*, vol. II, Stuttgart, reimp. 1967, pág. 50).

los suevos, los autores de su expulsión, y que aguardaban su respuesta; y que, mientras estaban pendientes de estas negociaciones, le atacaron con ochocientos jinetes, y por ello, pusieron en fuga a cinco mil romanos. Y que, cuando enviaron ellos otra embajada para defenderse por la violación de su buena fe, sospechando otra argucia semejante, les atacó antes de dar su respuesta.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 10, pág. 525)

19

De inmediato incitaron a los britanos a violar el juramento, quejándose de que, cuando ya tenían vigencia los tratados, todavía estaba presente el ejército.

(*Suda*, s. v. *parorkêsai*)

20

César, temiendo por Cicerón, se volvió hacia atrás.

(*Suda*, s. v. *deisantes*)

21

Brítores sedujo a los eduos para que hicieran defección de los romanos y, cuando César se lo reprochó, contestaron que tenía preferencia una antigua alianza.

(*Exc. de sent.* 6, pág. 66)

V

SOBRE SICILIA Y OTRAS ISLAS
(FRAGMENTOS)

1

Al carecer de dinero los romanos y cartagineses, los primeros no podían construir ya barcos, exhaustos por los impuestos, pero reclutaban soldados de infantería y los enviaban cada año a África[1] y a Sicilia; los cartagineses, por su parte, enviaron una embajada al rey de Egipto Tolomeo[2], hijo de Tolomeo, hijo de Lago, para solicitar un préstamo de dos mil talentos. Éste mantenía relaciones de amistad[3] con los romanos y los cartagineses y trató de reconciliar a ambos. Sin embargo, como no pudo conseguirlo, dijo que debía aliarse con los amigos contra los enemigos, pero no contra amigos.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 11, pág. 526, y *Exc. de sent.* 7, pág. 66)

---

[1] *es Libýēn* error de Apiano.

[2] Tolomeo Filadelfo (muerto en el 246 a. C.).

[3] El término griego es *philia* (cf. HOLLEAUX, *Rome, la Grêce et les monarquies hellènistiques au 3 siècle av. J. C.*, 1921, páginas 60 y sigs.).

2

Cuando los cartagineses habían sufrido dos reveses 1
a un mismo tiempo en tierra y otros dos en el mar, donde se creían netamente superiores, y andaban faltos de dinero, de barcos y de hombres, solicitaron de Lutacio un armisticio y, tras obtenerlo, enviaron embajadores a Roma para negociar un tratado con ciertas condiciones limitadas. Enviaron con los embajadores a Atilio Régulo, el cónsul, que era su prisionero, para que solicitara de su patria que llegara a un acuerdo sobre esas condiciones. Cuando éste llegó como prisionero, revestido a la usanza cartaginesa, y los embajadores le dejaron en el senado, mostró la situación desesperada de los asuntos cartagineses y aconsejó que o bien prosiguieran la guerra con toda la fuerza posible, o bien llegaran a un acuerdo sobre condiciones más satisfactorias. Los cartagineses lo mataron cuando regresó por propia voluntad a Cartago, colocándolo de pie entre planchas erizadas por todas partes de púas de hierro, para que de ninguna forma pudiera reclinarse. Sin embargo, hicieron la paz sobre condiciones más satisfactorias para ellos.

Las condiciones del tratado[4] fueron las siguientes: 2
que todos los prisioneros romanos y los desertores que estaban en poder de los cartagineses fueran devueltos a los romanos; que fueran entregadas a los romanos Sicilia y todas las islas pequeñas adyacentes; que los cartagineses no iniciaran ninguna guerra contra los siracusanos o contra su tirano Hierón; que no reclutaran mercenarios en ningún lugar de Italia y que pagaran una indemnización de guerra a los romanos de dos mil talentos euboicos en veinte años, llevando a Roma una

[4] Cf. Díaz Tejera, «En torno al tratado de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2 (1971), 109-126.

parte proporcional cada año —el talento euboico equivale a siete mil dracmas alejandrinos—. Así terminó la primera guerra entre romanos y cartagineses por la posesión de Sicilia, que se había prolongado durante veinticuatro años. Los romanos perdieron en ella setecientas naves y los cartagineses, quinientas. Los romanos entraron, de este modo, en posesión de la mayor parte de Sicilia, que antes poseían los cartagineses. Les impusieron tributos, distribuyeron ciertas cargas navales entre sus ciudades y enviaron cada año un pretor a Sicilia. A Hierón, el tirano de Siracusa, lo hicieron amigo y aliado por los favores que había hecho a los romanos en esta guerra.

3 Al acabar la guerra, los mercenarios galos reclamaron a los cartagineses la paga que les adeudaban todavía por su servicio en Sicilia y todos aquellos regalos que les había prometido Amílcar. También presentaron las mismas demandas los soldados africanos, aunque éstos eran súbditos de los cartagineses, a causa de su intervención en Sicilia, y lo hicieron de forma más orgullosa, al ver que los cartagineses estaban debilitados y humillados. Contribuía a su enojo la muerte de tres mil compañeros a quienes habían crucificado los cartagineses por su deserción a los romanos. Y cuando los cartagineses rehusaron acceder a las demandas de unos y otros, se apoderaron, ambos, de Túnez y de Útica, que es la ciudad más grande de África después de Cartago. Tomándola como base de operaciones, se dedicaron a provocar la insurrección del resto de África, se atrajeron a algunos númidas, acogieron a una gran cantidad de esclavos fugitivos y devastaron todas las posesiones de los cartagineses. Éstos, combatidos en todos los frentes, llamaron a los romanos como aliados contra los africanos. Aquéllos no enviaron ningún ejército, pero les permitieron importar provisiones de Italia y Sicilia, y reclutar mercenarios en Italia sólo

para esta guerra. Enviaron también embajadores a África para ver si podían poner fin a la guerra, pero éstos regresaron sin haber conseguido nada. Los cartagineses prosiguieron la lucha con toda energía.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 12, pág. 526)

3

Hipócrates y Epícides eran dos hermanos, ambos, generales de los siracusanos. Durante largo tiempo mantuvieron una actitud hostil hacia los romanos, pero, dado que no pudieron incitar a la guerra a Siracusa, huyeron junto a los leontinos, que eran enemigos de los siracusanos, y acusaron a su patria de haber renovado, ellos solos, un tratado con los romanos, a pesar de los que había concertado Hierón, que incluían a toda Sicilia. Los leontinos se encolerizaron por ello. Y los siracusanos hicieron la proclama de que, si alguien traía la cabeza de Hipócrates o Epícides, se le pagaría su peso en oro. Sin embargo, los leontinos eligieron a Hipócrates como su general.

(*Exc. de virt.* 12, pág. 222, de donde *Suda*, s. v. *Epikýdēs*)

4

Los sicilianos, que ya hacía tiempo estaban irritados contra el general Marcelo por su crueldad, se enojaron aún más contra él por esta acción: por haber penetrado a traición en Siracusa. Por esta razón se pasaron al lado de Hipócrates y juraron todos no hacer la paz por separado, le enviaron provisiones y un ejército de veinte mil soldados de infantería y cinco mil jinetes.

(*Exc. de virt.* 13, pág. 222)

5

A causa de su mala fama, nadie confiaba en Marcelo, excepto bajo juramento. Por esta razón, cuando los tauromenios se le entregaron voluntariamente, hizo un pacto y juró que no establecería una guarnición en la ciudad ni reclutaría soldados en ella.

(*Exc. de virt.* 14, pág. 223)

6

1 Parece que la isla de Creta estaba bien dispuesta, desde un principio, hacia Mitrídates, rey del Ponto, y se dice que le proporcionó mercenarios cuando estaba en guerra contra los romanos. Se cree también que ellos, por favorecer a Mitrídates, toleraron y se aliaron abiertamente con los piratas que surcaban el mar entonces, pese a que eran perseguidos por Marco Antonio. Cuando este último les envió una embajada, los menospreciaron y les respondieron con desdén. Por este motivo, Antonio los combatió de inmediato y, aunque no obtuvo un triunfo, no obstante se ganó el título de Crético por esta empresa. Éste era el padre de aquel Marco Antonio que combatió posteriormente contra César Augusto en Accio. Al decretar los romanos hacer la guerra a los cretenses a causa de estos hechos, éstos enviaron embajadores a Roma para negociar la paz. Los romanos ordenaron que les entregaran a Lástenes, el que había combatido contra Antonio, y la totalidad de los barcos piratas, así como todos los prisioneros romanos que tuvieran, junto con trescientos rehenes y cuatro mil talentos de plata.

2 Los cretenses no aceptaron estas condiciones y Metelo fue elegido general contra ellos. Metelo venció en Cidonia a Lástenes, que huyó a Cnoso, y Panares

entregó Cidonia a Metelo, a condición de que le garantizara su seguridad personal. Mientras Metelo estaba sitiando Cnoso, Lástenes prendió fuego a su casa después de haberla llenado de dinero y huyó de Cnoso. Entonces los cretenses enviaron embajadores a Pompeyo el Magno, que dirigía la guerra contra los piratas y contra Mitrídates, para decirle que, si venía, se le entregarían voluntariamente. Él, como estaba ocupado en aquel momento, ordenó a Metelo que se retirara de la isla, porque no era necesario ya combatir a quienes estaban dispuestos a entregarse, y comunicó que iría después, para recibir la rendición de la isla. Sin embargo, Metelo no hizo caso y persistió en la guerra hasta someterla, pactando con Lástenes lo mismo que con Panares. Obtuvo, pues, un triunfo y fue llamado Crético con más justicia que Antonio, ya que fue él quien realmente sometió a la isla.

(Fragm. VI compuesto a partir de *Exc. de las embajadas de los romanos* 7, pág. 71, y *Exc. de las embajadas de los pueblos* 13, pág. 527)

7

El patricio Clodio, apodado *Pulcher*, esto es: distinguido, estaba enamorado de la esposa de Gayo César. Se disfrazó de mujer desde la cabeza a los pies (todavía era imberbe) y entró en la casa de Gayo durante la noche, como una mujer, en una ocasión en la que sólo estaba permitida la entrada a las mujeres por celebrarse los misterios. Sin embargo, al haber perdido su guía y ser reconocido por otras por el sonido de su voz, fue expulsado.

(*Exc. de virt.* 15, pág. 223)

VI

SOBRE IBERIA

SINOPSIS

1-2. Geografía y pobladores de Iberia.
3. Argumento del libro *Sobre Iberia.*
4-5. Amílcar en Iberia. Su muerte.
6. Asdrúbal sucede a Amílcar en Iberia.
7. El Tratado del Ebro.
8. Muerte de Asdrúbal. Aníbal es elegido jefe.
9. Aníbal decide hacer la guerra a los romanos.
10. Aníbal cruza el Ebro y ataca Sagunto.
11. Embajada de los saguntinos a Roma.
12. Final de Sagunto.
13. Embajada romana a Cartago. Declaración de guerra.
14. Los Escipiones hacia Iberia.
15. Actuación conjunta de Publio y Gneo Cornelio Escipión en Iberia.
16. Muerte de los Escipiones.
17. Incremento del poderío cartaginés en Iberia.
18. Cornelio Escipión es elegido general para Iberia. Su partida.
19. Escipión en Iberia. Decide atacar Cartago Nova.
20. Ataque a Cartago Nova.
21. Escipión se da cuenta de que la marea deja desguarnecida una parte del muro.
22. La ciudad es capturada.
23. Recuento del botín conseguido en Cartago Nova.

24. Escipión prosigue su avance victorioso por Iberia.
25. Escipión acampa junto a Carmona.
26. Escipión infunde ánimos a sus soldados.
27. La batalla de Carmona.
28. Nuevos hechos victoriosos de Escipión, Asdrúbal parte hacia Italia.
29. Lelio es enviado a África.
30. Escipión acude a la corte de Sifax.
31. Hechos de armas de Marcio.
32. Cástax e Ilurgia.
33. Astapa.
34. Sedición en el ejército de Escipión.
35. Escipión toma medidas para sofocar la sedición.
36. La rebelión de las tropas es sofocada.
37. Indíbil. Masinissa se alía con Escipión.
38. Fundación de Itálica. Partida de Escipión hacia Roma. Nueva sublevación de Indíbil.
39. Catón es enviado a Iberia para sofocar una nueva sublevación.
40. Catón llega a Emporion y obtiene una victoria.
41. Estratagema de Catón para demoler todas las murallas de las ciudades a lo largo del Ebro.
42. Flaco marcha contra Complega.
43. Tiberio Sempronio Graco realiza una espléndida campaña en Iberia.
44. Segeda. Levantamiento de los belos y los titos.
45. Derrota de Nobílior y muerte de Caro.
46. Nobílior es derrotado junto a Numancia.
47. Sucesivos desastres de Nobílior.
48. Claudio Marcelo en Iberia.
49. Embajada de los celtíberos a Roma.
50. Marcelo firma un tratado de paz antes de la llegada de su sucesor Lúculo. Fin de la guerra de los belos, titos y arevacos.
51. Lúculo hace una incursión contra los vacceos.
52. Perfidia de Lúculo.
53. Asedio de Intercacia.
54. Escipión concluye la paz con los habitantes de Intercacia.
55. Intento frustado de Lúculo contra Palantia.

56. Comienzo de la guerra lusitana.
57. Hechos de Mummio.
58. M. Atilio y Servio Galba en Iberia.
59. Operación conjunta de Lúculo y Galba en Lusitania.
60. Actuación infamante de Galba.
61. Vetilio en Iberia. Viriato.
62. Viriato es elegido jefe. Comienza la guerra de Viriato.
63. Derrota de Vetilio.
64. Derrota de Gayo Plaucio.
65. Fabio Máximo Emiliano en Iberia. Su victoria sobre Viriato.
66. Viriato y Quintio. Los arevacos, belos y titos comienzan otra guerra.
67. Fabio Máximo Serviliano en Iberia.
68. Viriato en Lusitania.
69. Serviliano, copado por Viriato, concluye con él un tratado de paz.
70. Cepión rompe el tratado.
71. Sexto Junio Bruto fracasa al intentar reprimir a algunas bandas de salteadores.
72. Expedición de Bruto contra los brácaros.
73. Bruto marcha contra Talábriga.
74. Muerte de Viriato.
75. Funerales y personalidad de Viriato.
76. La guerra numantina.
77. Pompeyo asume el mando. Termancia y Malia.
78. Pompeyo fracasa en su asedio a Numancia.
79. Actuación vergonzosa de Pompeyo. Popilio Lena en Iberia.
80. Mancino hace la paz y el senado la rechaza. Emilio Lépido en Iberia.
81. Emilio emprende la guerra contra la voluntad del senado.
82. Sucesivos fracasos de Emilio.
83. El senado desaprueba el tratado de Mancino y entrega a éste a los numantinos.
84. Escipión es elegido cónsul y parte hacia Iberia.
85. Restauración de la disciplina en el ejército.
86. Escipión somete al ejército a ejercicios continuos.
87. Escipión se traslada junto a Numancia. Su carácter previsor.

Los montes Pirineos se extienden desde el mar Tirreno hasta el océano septentrional. Habitan su parte oriental los celtas, que hoy día se llaman gálatas y galos, y la parte occidental, los iberos y celtíberos, que comienzan en el mar Tirreno y se extienden formando un círculo a través de las columnas de Hércules hasta el océano septentrional. Por consiguiente, Iberia está rodeada por el mar, a excepción de los Pirineos, los montes más altos de Europa y, tal vez, los más abruptos de todos. De este entorno marítimo recorren, en sus travesías, el mar Tirreno hasta las columnas de Hércules, pero no cruzan el océano occidental y septentrional, excepto para atravesarlo hasta el país de los britanos y, para ello, se ayudan de las corrientes marinas. La travesía tiene una duración de un día y medio [1]. El resto de este océano no lo surcan ni los romanos ni 1

[1] El tiempo es increíblemente corto. El error tal vez se deba a las ideas equivocadas que los antiguos tenían sobre la posición de Iberia y de las Islas Británicas, estas últimas en los confines del mundo conocido, así como la propia Iberia.

los pueblos sometidos a ellos. La extensión de Iberia —a la que algunos ahora llaman Hispania, en vez de Iberia— es enorme e increíble como para tratarse de un solo país, puesto que su anchura se evalúa en diez mil estadios y su longitud es igual a su anchura. La habitan pueblos numerosos y de nombres variados y fluyen, a través de ella, muchos ríos navegables.

2 No es mi propósito, ya que sólo escribo una historia de Roma, preocuparme con detalle de qué pueblos se piensa que fueron sus primeros pobladores y quiénes la poseyeron después de éstos. Sin embargo, me parece que en algún momento los celtas, después de atravesar el Pirineo, la habitaron fusionándose con los nativos, lo que explica, por tanto, también el nombre de celtíberos. De igual modo, me parece que los fenicios, navegando con frecuencia hasta Iberia desde época remota por razones de comercio, se asentaron en una parte de ella. Asimismo, los griegos, al llegar hasta Tartesos y su rey Argantonio[2], también algunos se quedaron en Iberia. Pues el reino de Argantonio estaba en Iberia. Y creo que Tartesos era entonces una ciudad a orillas del mar, la que hoy día se llama Carpesos. El templo de Hércules que se encuentra en el estrecho lo erigieron, según creo, los fenicios. Y todavía en la actualidad

---

[2] Argantonio, mítico rey de Tartesos, una región del sur de Iberia situada en el curso medio y bajo del Betis (Guadalquivir). El nombre de Tartesos se le dio también al río y a la ciudad situada en su desembocadura. Tal vez fue visitada por los minoicos. Los fenicios la ocuparon temporalmente. En el 650 a. C. aprox., Coleo de Samos fue desviado hasta allí. En torno al 600 vinieron focenses que entablaron amistad con el poder de Tartesos. El comercio de Tartesos con los fenicios, cartagineses y con los britanos la hicieron, junto con su riqueza minera, proverbialmente rica. La ciudad fue destruida por los cartagineses en torno al 500. Los geógrafos la confundieron con Gades. Tartesos fue, probablemente, la ciudad bíblica de Tarshish. Carpesos puede ser una variante mal interpretada por Apiano.

se celebran ceremonias religiosas a la manera fenicia y su dios no es el Hércules Tebano, sino el Tirio[3]. Queden, sin embargo, estos asuntos para los que tratan de épocas remotas.

A este país afortunado y lleno de grandes riquezas 3
comenzaron a explotarlo los cartagineses antes que los romanos. Una parte de él la poseían ya y la otra la saqueaban, hasta que los romanos, tras haberlos expulsado, ocuparon de inmediato las regiones de Iberia que tenían los cartagineses. Y llegando a dominar el resto del país después de mucho tiempo y esfuerzo, y pese a las numerosas defecciones de los territorios ya ocupados, la dividieron en tres partes y enviaron a tres pretores. De qué modo llegaron ellos a someter a cada una y cómo lucharon con los cartagineses por su posesión y, después de éstos, con los iberos y celtíberos, lo mostrará este libro, que contiene una primera parte relativa a los cartagineses. Y puesto que este asunto era concerniente a Iberia, me fue necesario introducirlo en la historia de Iberia, por la misma razón por la que también los sucesos acaecidos entre los romanos y los cartagineses en relación con Sicilia, desde el comienzo de su invasión y su poder en la isla, se encuentran insertos en mi historia siciliana.

La primera guerra entre romanos y cartagineses fue 4
una guerra extranjera por la posesión de Sicilia, librada en la propia Sicilia, y la segunda fue ésta de Iberia y

[3] El santuario más famoso de Iberia y uno de los más importantes de toda la Antigüedad era el que, en Cádiz, estaba consagrado al Hércules Gaditano, rival del Melkart de Tiro. Su culto fue traído por los primeros colonos fenicios a finales del segundo milenio a. C. Se conoce bastante bien el templo de Cádiz y el ritual, gracias a las descripciones de los historiadores antiguos que se han ocupado de él (cf. más detalles en A. Tovar y J. M. Blázquez, *Historia de la Hispania Romana*, Madrid, 1975, págs. 178 y sigs.).

en la propia Iberia. En el transcurso de ella, también ambos contendientes, navegando con grandes ejércitos, saquearon mutuamente sus territorios, unos Italia y otros África. La comenzaron alrededor de la ciento cuarenta olimpíada más o menos, cuando disolvieron los tratados que habían concertado al final de la guerra de Sicilia. El motivo de la ruptura fue el siguiente. Amílcar, de sobrenombre Barca, cuando precisamente en Sicilia mandaba las fuerzas cartaginesas, prometió dar abundantes recompensas a sus mercenarios celtas y a los aliados africanos. Al serle reclamadas éstas por aquéllos, una vez que retornó a África, los cartagineses se vieron envueltos en la guerra de África, en el curso de la cual sufrieron numerosos reveses a manos de los propios africanos y entregaron Cerdeña a los romanos en compensación por las afrentas causadas a sus mercaderes en esta guerra de África. Por consiguiente, cuando sus enemigos lo hicieron comparecer a juicio por considerarlo, por estos motivos, el responsable de tantas calamidades para su patria, Amílcar, tras asegurarse el favor de todos los hombres de Estado —de entre los que era el más popular Asdrúbal, que estaba casado con una hija del propio Amílcar—, eludió el juicio e, incluso, cuando tuvo lugar una sublevación de los númidas, consiguió ser elegido general contra ellos en compañía de Annón, llamado el Grande, sin haber rendido cuentas todavía de su anterior generalato[4].

---

[4] Existe una gran controversia entre los autores antiguos y modernos sobre las causas de la intervención cartaginesa en Iberia. En ambos casos se observan dos bloques: los que afirman que dicha intervención se debió a un acto motivado por el afán imperialista de los Barcas, al tiempo que una vía de escape para solventar sus dificultades en la política interna de su país cara a sus rivales (así Apiano, *Ib.* 5; *An.* 2; Zonaras [Dión Casio], VIII 17; Diodoro, XXV 8, 10, y Cornelio Nepote, *Amíl.* 3, estos últimos no tan explícitos como los primeros —más

Una vez que acabó la guerra y se hizo regresar a 5
Annón a Cartago para responder de ciertos cargos, Aníbal, que se hallaba él solo al frente del ejército y tenía a su cuñado Asdrúbal como asociado suyo, se dirigió hacia Gades y, tras cruzar el estrecho hasta Iberia, se dedicó a devastar el territorio de los iberos, que no le habían causado daño alguno. Hacía de ello una ocasión para estar fuera de su patria, para realizar empresas y adquirir popularidad; en efecto, todo lo que apresaba, lo dividía, y daba una parte al ejército con el fin de tenerlo más presto a cometer desafueros en su compañía, otra parte la enviaba a Cartago y una tercera la repartía entre los políticos de su propio partido. Finalmente, los reyes iberos y todos los otros hombres poderosos, que fueron coaligándose gradualmente, lo mataron de la siguiente forma: llevaron carros cargados de troncos a los que uncieron bueyes y los siguieron provistos de armas. Los africanos al verlos se echaron a reír, al no comprender la estratagema[5], pero cuando estaban muy próximos, los iberos prendieron fuego a los carros tirados aún por los bueyes y los arrearon contra el enemigo. El fuego, expandido por todas partes al diseminarse los bueyes, provocó el desconcierto de los africanos. Y al romperse la formación, los iberos, cargando a la carrera contra ellos,

---

bien sería un acto de Cartago forzado por Amílcar), y otros historiadores que piensan que esta intervención constituyó un acto más de la política exterior de Cartago (el testimonio principal es Polibio, II 1, 5 y sigs., y Justino, XLIV 5, 4). Fabio Píctor parece ser la fuente de la que arranca la primera de estas tendencias (cf. más detalles en De Sanctis, III 1, págs. 393 y sigs.).

[5] Ya hemos dicho (cf. *Introducción*) el gusto de Apiano por introducir en su relato una serie de estratagemas. Éste es un ejemplo de ello, como otros muchos que se pueden apreciar en el transcurso de su obra.

dieron muerte a Amílcar en persona y a un gran número de los que estaban defendiéndolo.

6 Sin embargo, los cartagineses, satisfechos con el botín obtenido ya en Iberia, enviaron allí otro ejército y designaron como general en jefe de todas las tropas a Asdrúbal, el cuñado de Amílcar, que estaba en Iberia. Éste llevaba consigo a Aníbal, famoso por sus hechos de armas no mucho después, hijo de Amílcar y hermano de su propia esposa, hombre joven y belicoso que gozaba del favor del ejército. A él lo designó como lugarteniente. Asdrúbal se ganó la mayor parte de Iberia por medio de la persuasión, pues era hombre persuasivo en su trato, y en los hechos que requerían de la fuerza se servía del muchacho. Avanzó desde el océano occidental hacia el interior, hasta el río Ebro, que divide a Iberia poco más o menos por su mitad[6] y desemboca en el océano boreal a una distancia de unos cinco días de viaje de los Pirineos.

7 Los saguntinos, colonos oriundos de Zacinto, que viven a mitad de camino entre los Pirineos y el río Ebro[7] y todos los restantes griegos que habitaban en las proximidades del llamado Emporion[8] y en cualquier otro lugar de Iberia, temiendo por su seguridad personal, enviaron embajadores a Roma. El senado, que no quería que se acrecentara el poderío cartaginés, envió, a su vez, embajadores a Cartago. Y ambos llegaron al acuerdo de que el río Ebro fuera el límite del

---

[6] Imprecisión geográfica, errónea en este caso, típica de la historiografía antigua y frecuente en Apiano.

[7] Es un error geográfico de Apiano compartido por Polibio y otros historiadores, el de situar a Sagunto al norte del río Ebro. Sobre la motivación por ignorancia o intencionada de este hecho y la problemática del Tratado del Ebro, véase mi artículo con bibliografía, «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1975), 75-110.

[8] Ampurias (Gerona).

imperio cartaginés en Iberia y que ni los romanos llevaran la guerra contra los pueblos del otro lado del río, súbditos de los cartagineses, ni éstos cruzaran el Ebro para hacer la guerra, y que los saguntinos y demás griegos de Iberia fueran libres y autónomos. Estos acuerdos fueron añadidos a los tratados ya existentes entre romanos y cartagineses.

Poco tiempo después de estos sucesos, un esclavo, 8
a cuyo dueño había matado con crueldad, dio muerte a Asdrúbal, sin ser visto, en el transcurso de una cacería, cuando estaba dedicado al gobierno de aquella parte de Iberia perteneciente a Cartago. Y Aníbal mató a éste, convicto de su crimen, tras haberlo atormentado de manera terrible. El ejército, entonces, proclamó a Aníbal como su general, pues a pesar de su excesiva juventud, lo apoyaba totalmente. Y el consejo de Cartago lo ratificó. Sin embargo, todos los adversarios políticos de Amílcar, que habían temido su fuerza y la de Asdrúbal, cuando se informaron de que estaban muertos, despreciaban a Aníbal por su juventud y perseguían a los amigos y soldados de aquéllos bajo las acusaciones ya antes formuladas contra los Barcas. El pueblo, al mismo tiempo, se puso de parte de los acusadores, lleno de resentimiento contra los acusados, por causa de la severidad de la época de Amílcar y de Asdrúbal. Y les ordenaron llevar al tesoro público los regalos que en gran cantidad les habían enviado Asdrúbal y Amílcar, por considerarlos despojos tomados al enemigo. Éstos enviaron emisarios a Aníbal en demanda de socorro y le hicieron saber que también él recibiría el desprecio más absoluto por parte de los enemigos de su padre, si se desentendía de quienes podían colaborar con él en su patria.

Pero Aníbal no sólo había previsto estas cosas, sino 9
que también era consciente de que los pleitos incoados contra aquéllos eran el principio de un complot contra

su propia persona. Y decidió que no iba a soportar esta enemistad como una amenaza para siempre, al igual que su padre y su cuñado, y que tampoco iba a estar entregado de modo indefinido a la veleidad de los cartagineses, fácilmente dispuestos a mostrarse desagradecidos hacia sus benefactores. Se decía también que incluso, siendo todavía un niño, había sido requerido por su padre a jurar ante el fuego del altar que había de ser un enemigo implacable para los romanos cuando accediera a la política. Precisamente por estas razones, pensaba consolidar su posición y la de sus amigos involucrando a su patria en empresas de gran envergadura y duración, sometiéndola a dificultades y riesgos [9]. Veía, en efecto, que tanto África como los pueblos sometidos de Iberia se hallaban en paz, pero si podía hacer resurgir contra los romanos una nueva guerra, que deseaba en especial, le parecía que los cartagineses se verían aquejados por grandes preocupaciones y temores, y él por su parte, caso de tener éxito, obtendría una fama inmortal, al hacer a su patria regidora de todo el universo —pues no existía enemigo alguno para ellos después de los romanos—, e incluso, en el caso de fracasar, aun así el mero intento le reportaría una gran gloria.

10 Y presumiendo que sería un inicio brillante el cruzar el Ebro, convenció a los turbuletes, que eran vecinos de los de Sagunto, a quejarse ante él de estos últimos sobre la base de que hacían incursiones contra su territorio y les causaban muchos otros ultrajes. Y ellos le obedecieron. Entonces, Aníbal envió a los embajadores de éstos a Cartago, en tanto que él, en misivas privadas, expuso que los romanos trataban de convencer a la parte de Iberia sometida a Cartago para que hiciera defección de ésta, y que los saguntinos cooperaban en

[9] Cf. nota 4.

ello con los romanos. Y en absoluto desistía de su engaño, enviando muchos mensajes en tal sentido, hasta que el consejo le autorizó a actuar con relación a los saguntinos del modo que juzgara oportuno. Y tan pronto tuvo la ocasión, hizo que, de nuevo, los turbuletes se presentaran ante él para quejarse de los saguntinos y mandó venir embajadores de éstos. Se presentaron los embajadores saguntinos y, al exhortales Aníbal a que cada uno expusiera en su presencia los motivos de sus diferencias, estos últimos manifestaron que remitirían el juicio a Roma. Al decirle esto, los hizo salir del campamento y a la noche siguiente, habiendo cruzado el Ebro con todo el ejército, devastó el territorio y apostó sus máquinas contra la ciudad. Pero, como no pudo tomarla, la rodeó de un muro con un foso y, estableciendo alrededor a intervalos numerosos puestos de vigilancia, los inspeccionaba con frecuencia.

Los saguntinos, al verse abrumados por este ataque 11
inesperado y no anunciado por heraldos, enviaron una embajada a Roma. El senado envió con ellos a sus propios embajadores que, en primer lugar, debían recordarle a Aníbal los acuerdos existentes y, caso de no convencerle, navegar hasta Cartago para presentar quejas contra él. A estos embajadores, cuando habían efectuado su travesía hasta Iberia y se dirigían desde el mar hacia el campamento, les ordenó Aníbal que no se acercaran. Entonces se hicieron de nuevo a la mar rumbo a Cartago en compañía de los embajadores saguntinos y volvieron a recordarles los tratados a los cartagineses. Éstos culparon a los saguntinos de causar numerosas ofensas a sus súbditos. Los embajadores de Sagunto les invitaron, por su parte, a llevar el juicio ante los romanos. Pero ellos dijeron que no necesitaban de arbitraje alguno, pues podían vengar esta ofensa por sí solos. Cuando se comunicó esta respuesta a Roma, algunos exhortaban a socorrer de inmediato a

los saguntinos, otros se mostraban aún indecisos diciendo que éstos no se hallaban inscritos en sus tratados en calidad de aliados, sino como autónomos y libres, y que los que estaban sitiados eran libres todavía. Y prevaleció esta opinión.

12 Los saguntinos, una vez perdida la esperanza de ayuda de Roma, y como el hambre les acuciaba y Aníbal persistía en su asedio continuo —pues como había oído que la ciudad era próspera y rica no relajaba el asedio—, reunieron el oro y la plata, tanto público como privado, en la plaza pública por medio de una proclama y lo mezclaron con plomo y bronce fundido para que resultara inútil a Aníbal. Y ellos mismos, prefiriendo morir en combate antes que por hambre, se lanzaron a la carrera, de noche todavía, contra los puestos de guardia de los africanos que aún dormían y no sospechaban tal ataque. Por lo cual, los mataron cuando se levantaban del lecho y se estaban armando a duras penas en medio de la confusión y a algunos, incluso, cuando ya estaban luchando. El combate duró mucho tiempo y de los africanos murieron muchos, pero los saguntinos todos. Las mujeres, al ver desde las murallas el fin de sus hombres, se arrojaron unas desde los tejados, otras se ahorcaron y otras, incluso, degollaron a sus propios hijos. Éste fue el final de Sagunto, una ciudad que había sido grande y poderosa. Aníbal, tan pronto como se percató de lo que había sucedido con el oro, movido por la ira, dio muerte a aquellos saguntinos que quedaban y eran adultos, después de torturarlos, pero viendo que la ciudad estaba a orillas del mar y no lejos de Cartago y poseía una tierra buena, la pobló de nuevo e hizo de ella una colonia cartaginesa. La cual creo que actualmente se llama Cartago «Espartágena» [10].

---

[10] «Espartágena» significa productora de esparto. Entre las riquezas de Iberia citan los autores antiguos el esparto, que se

13 Los romanos enviaron embajadores a Cartago con la orden de que reclamaran a los cartagineses la entrega de Aníbal como responsable de la violación de los tratados, a no ser que todos asumieran la responsabilidad, y de que, si no se lo entregaban, declarasen de inmediato y públicamente la guerra. Los embajadores así lo hicieron y les anunciaron la guerra al no entregarles a Aníbal. Se dice que ocurrió de la siguiente manera. El embajador con una sonrisa les dijo, mostrándole el pliegue de la toga: «Aquí os traigo, cartagineses, la paz y la guerra; tomad aquella que elijáis». Ellos replicaron: «Danos tú, mejor, la que tú quieras». Cuando él les ofreció la guerra, todos prorrumpieron en un grito unánime: «La aceptamos». Y al punto, le comunicaron a Aníbal que ya podía hacer incursiones por toda Iberia sin miedo, pues los pactos estaban rotos. Y él, en consecuencia, marchando contra todos los pueblos cercanos, los puso en sumisión, ya con persuasión, ya por temor o por la fuerza, y reunió un gran ejército sin revelar su finalidad, pero con la secreta intención de invadir Italia. Envió emisarios entre los galos e hizo examinar los pasos de los Alpes. Y los cruzó (dejando) a su hermano Asdrúbal en Iberia (...).

14 ... ⟨Los romanos, pensando que⟩ tendrían que sostener la guerra en Iberia y en África —pues ni siquiera habían imaginado que los africanos invadieran jamás Italia—, enviaron a Tiberio Sempronio Longo con ciento sesenta naves y dos legiones a África —lo que hicieron

daba, sobre todo, en las regiones desérticas. Así, Plinio, *Historia Natural* III 7 y XXXVII 203, habla de los recursos de Hispania y, en el segundo de estos pasajes, menciona el esparto entre las cosas por las que Hispania vence a la Galia, muy similar a ella en otros aspectos. También Pomponio Mela, en su *Chorographia* II 86, habla del lino y del esparto de Iberia, etc. Es un error de Apiano la confusión entre Cartago Nova y Sagunto.

Longo y los demás generales romanos en África está descrito en el libro Púnico—, y a Publio Cornelio Escipión lo enviaron a Iberia al frente de sesenta naves con diez mil soldados de infantería y setecientos jinetes y, como legado suyo, enviaron con él a su hermano Gneo Cornelio Escipión. Publio al enterarse por mercaderes masaliotas de que Aníbal había cruzado los Alpes en dirección a Italia, temiendo que cayera sobre los italiotas inesperadamente, partió con las quinquerremes en dirección a Etruria después de entregar a su hermano Gneo el ejército en Iberia. Lo que hicieron en Italia él y los otros generales de este ejército con posterioridad a él, hasta que lograron expulsar a duras penas de Italia a Aníbal después de dieciséis años, lo refiere el libro siguiente que comprende todos los hechos de Aníbal en Italia y, por eso, se llama el libro «Anibálico» de la historia de Roma.

15 Gneo, por su parte, no llevó a cabo nada digno de mención en Iberia antes de que regresara a su lado su hermano Publio. En efecto, los romanos, cuando expiró el tiempo del mandato de Publio, después de haber enviado a Italia contra a Aníbal a sus sucesores en el consulado, lo enviaron de nuevo a Iberia tras nombrarlo procónsul. Y desde este momento los dos Escipiones sostuvieron la guerra en Iberia teniendo como oponente a Asdrúbal, hasta que los cartagineses, atacados por Sifax, el rey de los númidas, le hicieron regresar junto con una parte de su ejército y los Escipiones vencieron con facilidad a los que quedaron. Muchas ciudades se les pasaron voluntariamente, pues eran persuasivos en sumo grado tanto para hacer la guerra, como para atraerse aliados.

16 Los cartagineses, cuando concertaron la paz con Sifax, enviaron de nuevo a Asdrúbal a Iberia con un ejército más numeroso y con treinta elefantes. Le acompañaban otros dos generales, Magón y otro Asdrúbal

que era hijo de Giscón. Y a partir de entonces la guerra se hizo mucho más difícil para los Escipiones, pero, incluso en estas condiciones, resultaron vencedores. Perecieron muchos africanos y gran número de elefantes y, finalmente, al aproximarse el invierno los africanos invernaron en Turditania y, de los Escipiones, Gneo lo hizo en Orsón[11] y Publio en Cástulo[12]. Aquí recibió la noticia del avance de Asdrúbal. Saliendo de la ciudad con un destacamento pequeño para reconocer el campamento, se aproximó a Asdrúbal sin ser visto y después de rodearle con la caballería a él y a todos los que le acompañaban, los mató. Gneo que no tenía noticias de nada envió soldados a su hermano para que se aprovisionaran de trigo, y encontrándose con ellos otros africanos entablaron combate. Al enterarse Gneo salió a la carrera como estaba con las tropas ligeras en su auxilio. Sin embargo, ya habían matado a los anteriores y persiguieron a Gneo hasta que se refugió en una torre. Entonces le prendieron fuego a la torre, y Escipión y sus compañeros murieron abrasados.

De esta forma perecieron los dos Escipiones, hom- 17
bres excelentes en todo, y a ellos les añoraron los iberos que, gracias a su intervención, se habían pasado a los romanos. Cuando se enteraron los de la ciudad fueron presa de gran aflicción y enviaron hacia Italia a Marcelo, que había llegado de Sicilia hacía poco tiempo, y en su compañía a Claudio con (...) naves, mil jinetes, diez mil soldados de infantería y recursos suficientes. Como no llevaron a cabo ninguna empresa destacada, el poderío cartaginés se incrementó notablemente y casi llegaron a dominar la totalidad de Iberia, quedando encerrados los romanos en una pequeña franja de terreno en los montes Pirineos. Al enterarse de

11 Osuna (Sevilla).
12 Cazlona (Jaén).

esto los de Roma, cundió, de nuevo, el pánico. Existía el temor de que mientras Aníbal devastaba la zona norte de Italia estos africanos invadieran el otro extremo. Por este motivo no le era posible evacuar Iberia como era su deseo, por miedo a que esta guerra fuera transferida a Italia.

18 Fijaron, por consiguiente, con antelación el día en el que elegirían un general para Iberia. Al no presentarse nadie como candidato, el miedo se acentuó y un silencio sombrío atenazó a la asamblea. Finalmente Cornelio Escipión, el hijo de Publio Cornelio muerto en Iberia, hombre muy joven —tenía 24 años—, pero con fama de prudente y noble, avanzando hasta el centro de la asamblea pronunció un solemne discurso acerca de su padre y de su tío, y después de lamentar su aciago destino proclamó que, por encima de todo, él era el vengador familiar de su padre, de su tío y de su patria. Expuso muchas otras razones sin pausa y con vehemencia, como un inspirado, prometiendo apoderarse no sólo de Iberia, sino, tras de ella, de África y Cartago también. A algunos les pareció que hablaba a la ligera, como cosa propia de su juventud, pero al pueblo, encogido por el miedo, le volvió a infudir ánimos, ya que los que están asustados se alegran con las promesas, y fue elegido general para Iberia en la convicción de que iba a llevar a cabo algo digno de su coraje. En cambio, los de más edad no lo consideraban coraje sino temeridad. Escipión, al darse cuenta de esto, los convocó de nuevo en asamblea y pronunció otro discurso solemne en un sentido similar al anterior. Y, tras afirmar que su edad no sería para él impedimento alguno, no obstante les invitó públicamente a que si alguno de sus mayores quería asumir el mando se lo cedería de voluntad. Sin embargo, como nadie aceptó su invitación, rodeado de mayores elogios y admiración, partió con diez mil soldados de infantería y quinientos jinetes, pues le fue imposible

llevarse un ejército más numeroso, debido a que Aníbal estaba asolando Italia. También cogió riquezas, otros enseres y veintiocho barcos de guerra, con los que se hizo a la mar rumbo a Iberia.

Después de hacerse cargo del ejército que estaba 19
allí y reunirlo en un solo cuerpo de ejército con las tropas que llevaba, realizó un rito de purificación y se dirigió a ellos también con palabras grandilocuentes. Se extendió al punto por toda Iberia, molesta con los africanos y nostálgica de la noble generosidad de los Escipiones, la noticia de que Escipión, el hijo de Escipión, había llegado como su general por designio de la providencia. Al enterarse Escipión de esto, fingió que realizaba todo como inspirado por la divinidad. Se informó de que los enemigos acampaban en cuatro campamentos, distantes un gran trecho unos de otros, con veinticinco mil soldados de infantería y dos mil quinientos jinetes, pero que tenían su provisión de riquezas, de trigo, armas, dardos, naves, prisioneros y rehenes procedentes de toda Iberia en la ciudad llamada antes Sagunto y entonces ya Cartago Nova [13], y de que la custodiaba Magón con diez mil cartagineses. Decidió atacarles, en primer lugar, a causa del escaso número de tropas que estaban con Magón y de la gran cantidad de provisiones, y con la idea de tener a esta ciudad como una base segura de operaciones por tierra y por mar contra toda Iberia, ya que poseía minas de plata, un territorio fértil y mucho oro, y constituía el paso más corto a Africa.

Animado por estos cálculos y sin haberle comunica- 20
do a nadie por dónde pensaba atacar, al ponerse el sol condujo al ejército durante toda la noche hasta Cartago Nova. Al amanecer, en medio del estupor de los africanos, empezó a cercar la ciudad con una empali-

---

[13] Cartagena (Murcia); cf. lo dicho en la nota 10.

zada y se preparó para el día siguiente, apostando escaleras y máquinas de guerra por todo alrededor de la misma, excepto por una sola parte en la que el muro era más bajo y estaba bañada por una laguna y el mar, por lo que la vigilancia era menos intensa. Habiendo cargado durante la noche todas las máquinas con dardos y piedras y tras apostar frente al puerto de la ciudad a sus naves a fin de que las de los enemigos no pudieran escapar a través de él —pues confiaba absolutamente en apoderarse de la ciudad a causa de su elevada moral—, antes del amanecer hizo subir al ejército sobre las máquinas, exhortando a una parte de sus tropas a entablar combate con los enemigos desde arriba y a otra parte a empujarlas contra el muro por su parte inferior. Magón, a su vez, apostó a sus diez mil hombres en las puertas, con la intención de salir, cuando se les presentara la ocasión, con sólo las espadas —pues no era posible usar las lanzas en un espacio estrecho— y envió a los restantes a las almenas. También se tomó él el asunto con mucho celo colocando numerosas máquinas, piedras, dardos y catapultas. Hubo gritos y exhortaciones por ambas partes, ninguno quedó atrás en el ataque y el coraje, lanzando piedras, dardos y jabalinas, unos con las manos, otros con las máquinas y otros con hondas. Y se sirvieron con ardor de cualquier otro instrumento o recurso que tuvieran en sus manos.

21 Las tropas de Escipión sufrieron mucho daño. Los diez mil soldados cartagineses que estaban junto a las puertas, saliendo a la carrera con las espadas desenvainadas, se precipitaron contra los que empujaban las máquinas y causaron muchas bajas pero no sufrieron menos. Finalmente, los romanos empezaron a imponerse por su laboriosidad y constancia. Entonces cambió la suerte, porque los que estaban sobre las murallas se encontraban ya cansados y los romanos consiguieron adosar las escalas a los muros. Sin embargo, los carta-

gineses que llevaban espadas penetraron a la carrera por las puertas y cerrándolas tras ellos se encaramaron a los muros. De nuevo la lucha se hizo penosa y difícil para los romanos hasta que Escipión, su general, que recorría todos los lugares dando gritos y exhortaciones de ánimos, se dio cuenta, hacia el mediodía, de que el mar se retiraba por aquella parte en la que el muro era bajo y lo bañaba la laguna. Se trataba del fenómeno diario de la bajada de la marea. El agua avanzaba hasta mitad del pecho y se retiraba hasta media rodilla. Escipión se percató entonces de esto y comprendió la naturaleza del fenómeno, a saber, que estaría baja durante el resto del día y, antes de que el mar volviera a subir, se lanzó a la carrera por todas partes gritando: «Ahora es el momento, soldados, ahora viene la divinidad como aliada mía. Avanzad contra esta parte de la muralla. El mar nos ha cedido el paso. Llevad las escaleras y yo os guiaré».

Después de coger él, el primero, una de las escaleras, 22
la apoyó contra el muro y empezó a subir cuando aún no lo había hecho ningún otro, hasta que, rodeándole sus escuderos y otros soldados del ejército, se lo impidieron y ellos mismos acercaron, a la vez, gran cantidad de escaleras y treparon. Ambos bandos atacaron con gritos y celo e intercambiaron golpes variados, pero, no obstante, vencieron los romanos. Consiguieron subir a unas pocas torres en las que Escipión colocó trompeteros y hombres provistos con cuernos de caza, y les dio la orden de animar y causar alboroto para dar la impresión de que ya había sido tomada la ciudad. Otros, corriendo de aquí para allá, provocaban el desconcierto de igual manera y algunos, descendiendo de un salto desde las almenas, le abrieron las puertas a Escipión. Éste penetró a la carrera con el ejército. De los que estaban dentro algunos se refugiaron en sus casas; Magón, por su parte, reunió a sus diez mil soldados en

la plaza pública y cuando éstos sucumbieron se retiró de inmediato con unos pocos a la ciudadela. Pero al atacar, acto seguido, Escipión la ciudadela, como ya no podía hacer nada con unos hombres que estaban en inferioridad numérica y acobardados por el miedo, se entregó él mismo a Escipión.

23 Éste, por haber tomado en un sólo día, el cuarto de su llegada, una ciudad poderosa y rica, debido a su audacia y buena estrella, se sintió presa de un gran orgullo y daba la impresión, en mayor medida, que ejecutaba cada acción de acuerdo con los designios de la divinidad. No sólo lo pensaba así él mismo en su interior, sino que lo manifestaba públicamente en sus discursos entonces, y desde aquel momento, durante el resto de su vida. Muchas veces, en efecto, penetraba solo en el Capitolio y cerraba las puertas tras de sí, como si se dispusiera a recibir alguna información de parte de la divinidad. Y todavía en la actualidad llevan en las procesiones desde el Capitolio solamente la estatua de Escipión, en tanto que las de los demás las llevan desde el foro. En la ciudad tomada se apoderó de almacenes con enseres útiles para tiempos de paz y de guerra, gran cantidad de armas, dardos, máquinas de guerra, arsenales para los navíos, treinta y tres barcos de guerra, trigo y provisiones variadas, marfil, oro, plata —una parte consistente en objetos, otra acuñada y una tercera sin acuñar—, rehenes iberos y prisioneros de guerra y todas aquellas cosas que antes habían quitado a los romanos. Al día siguiente, realizó un sacrificio y celebró el triunfo. Después hizo un elogio del ejército, pronunció una arenga a la ciudad y, tras recordarles a los Escipiones, dejó partir libres a los prisioneros de guerra hacia sus respectivos lugares de origen con objeto de congraciarse a las ciudades. Otorgó las mayores recompensas al que subió en primer lugar la muralla, al siguiente le dio la mitad de ésta, al tercero la tercera

parte y a los demás proporcionalmente. El resto del botín —lo que quedaba de oro, plata o marfil— lo envió a Roma a bordo de las naves apresadas. La ciudad celebró un sacrificio durante tres días, pensando que de nuevo volvía a renacer el éxito ancestral y, de otro lado, Iberia y los cartagineses que habitaban en ella quedaron estupefactos por el temor ante la magnitud y rapidez de su golpe de mano.

Escipión estableció una guardia en Cartago Nova **24**
y ordenó que se elevara la muralla que daba al lugar de la marea. Él se puso en camino hacia el resto de Iberia y, enviando a sus amigos a cada región, las atraía bajo su mando de buen grado y, a las demás que se le opusieron, las sometió por la fuerza. Eran dos los generales cartagineses que quedaban y ambos se llamaban Asdrúbal; uno de ellos, el hijo de Amílcar, andaba reclutando mercenarios muy lejos entre los celtíberos, y el otro, Asdrúbal, el hijo de Giscón, enviaba emisarios a las ciudades que todavía eran fieles demandando que permanecieran en esta fidelidad a Cartago, pues estaba a punto de llegar un ejército inmenso, y envió a otro Magón a las zonas próximas a reclutar mercenarios de donde le fuese posible, mientras que él en persona se dirigió contra el territorio de Lersa, que se les había sublevado[14], y se dispuso a sitiar alguna ciudad de allí. Sin embargo, cuando se dejó ver Escipión, Magón se retiró a Bética[15] y acampó delante de

[14] El territorio de Lersa es desconocido. Se trata, sin duda, de un nombre corrupto. Se han propuesto varias correcciones. Aquí hemos traducido con cierta libertad el original *es tēn Lérsa gên* haciéndolo concertar con *tôn aphistaménōn* como si fuera *Lesargêntōn*.

[15] En Apiano aparece *Baitýkē*, que hemos recogido en la traducción como Bética; sin embargo, el nombre correcto debe ser *Baikýlē* (que ya corrigió Wesseling), es decir, *Baecula*, hoy día tal vez Bailén (Jaén). Polibio, X 38, 7, da *perì Baikyla pólin* y también Livio, XXVII 18, 1.

la ciudad. En este lugar fue derrotado de inmediato, al día siguiente, y Escipión se apoderó de su campamento y de Bética.

25 Asdrúbal, el hijo de Giscón, concentró el ejército cartaginés, que aún estaba en Iberia, en la ciudad de Carmona[16], con la intención de atacar a Escipión a la vez con todas sus tropas. Se unieron a él muchos iberos que trajo Magón y muchos númidas mandados por Masinissa. Asdrúbal acampó dentro del recinto fortificado del campamento con la infantería, en tanto que Masinissa y Magón, que estaban al frente de la caballería, vivaqueaban delante de él. Escipión, por su parte, dividió su propia caballería frente a esta disposición del enemigo y, a Lelio, lo envió contra Magón, mientras que él se opuso a Masinissa. Durante un cierto tiempo estuvo en una situación crítica y tuvo un trabajo penoso, porque los númidas lo asaeteaban a él y a sus hombres y se retiraban a continuación para volver de nuevo a la carga. Pero cuando Escipión dio la orden de perseguirlos sin tregua presentando las lanzas, los númidas, al no tener posibilidad de contraatacar, se replegaron huyendo hacia el campamento. Escipión, desistiendo de la persecución, fijó su campamento a unos diez estadios en una posición sólida que había elegido adrede. El número global de las fuerzas enemigas era de setenta mil soldados de infantería, cinco mil jinetes y treinta y seis elefantes. Escipión no contaba siquiera con un

---

16 Apiano sitúa la batalla en Carmona (pueblo al norte de Sevilla en la margen izquierda del Guadalquivir). Sin embargo, Polibio, XI 20 a 24, y Livio, XXVIII 12, 10 a 17, 1, indican —y su relato es el que ha prevalecido— que tuvo lugar en *Ilipa* (*Silpia*, en Livio), la actual Alcalá del Río al norte de Sevilla y en la margen derecha del Guadalquivir. No obstante, habría que reseñar que hay bastantes puntos oscuros y ambigüedades en cuanto a los datos topográficos en los diferentes relatos de esta batalla (cf. más detalles en De Sanctis, III 2, pág. 483, notas 86 y 87).

tercio de estas tropas. Éste fue el motivo de que estuviera indeciso durante algún tiempo y no ofreciera batalla, entablando solamente escaramuzas.

Pero, una vez que empezaron a faltarles las provisio- 26
nes y el hambre hizo presa del ejército, Escipión juzgó que no era conveniente retirarse. Antes bien, tras realizar un sacrificio, convocó al ejército para dirigirles la palabra nada más concluir éste, y adoptando una vez más el rostro y la postura de un inspirado, les dijo que le había llegado el presagio divino habitual y le había exhortado a dirigirse contra los enemigos. Y era necesario tener más confianza en el dios que en el número de tropas del ejército, pues también habían obtenido las victorias precedentes en razón al favor divino y no por su fuerza numérica. Y, con objeto de inspirar confianza en sus palabras, ordenó a los adivinos que llevasen al centro de la asamblea las entrañas de las víctimas sacrificadas. Mientras hablaba, observó que algunos pájaros estaban revoloteando y, volviéndose bruscamente allí mismo con un movimiento rápido y un alarido, los señaló y dijo que los dioses también se los habían enviado como símbolos de la victoria. Les acompañaba en sus movimientos clavando sus ojos en ellos y gritando como un inspirado. Todo el ejército seguía a un mismo tiempo las gesticulaciones de aquél, que giraba de acá para allá, y todos se sintieron llenos de ardor como ante una victoria segura. Escipión, cuando tuvo todo tal como había planeado, no vaciló ni permitió que su ardor se enfriara, sino que, como un inspirado todavía, afirmó que era necesario entablar combate al punto, después de estas señales. Dio la orden de que tomaran las armas después de comer y los condujo contra los enemigos sin que éstos los esperaran. Puso al frente de la caballería a Silano y al frente de la infantería a Lelio y a Marcio.

27 Asdrúbal, Magón y Masinissa, cuando Escipión les atacó de modo repentino, mediando tan sólo diez estadios entre ambos ejércitos, armaron a sus tropas, que aún no habían comido, con toda rapidez, confusión y tumulto. Se entabló un combate a la vez con la infantería y la caballería, y la caballería romana prevaleció por su misma táctica, persiguiendo sin tregua a los númidas acostumbrados a retroceder y volver al ataque. A estos últimos, a tan corta distancia, de nada les servían sus dardos. La infantería, sin embargo, se encontraba en situación desesperada a causa del número de los africanos y se veían superados a lo largo de todo el día. Con todo, Escipión no consiguió cambiar la suerte de la batalla, aunque corría a su lado y los animaba sin cesar. Finalmente, entregando su caballo a un muchacho y tomando un escudo de las manos de un soldado, se lanzó a la carrera, solo como estaba, en el espacio abierto entre los dos ejércitos gritando: «Venid, romanos, en socorro de vuestro Escipión que corre peligro». Entonces, al ver los que estaban cerca en qué grado de peligro se encontraba y al enterarse de ello los que estaban lejos, movidos todos de igual modo, por un sentimiento de pudor y temiendo por la seguridad de su general, cargaron a la carrera furiosamente contra los enemigos con alaridos. Los africanos, incapaces de resistir este ataque, cedieron, pues se daba además la circunstancia de que les faltaban las fuerzas al atardecer, por no haber probado alimentos. En poco tiempo perecieron en gran número. Éste fue el resultado que obtuvo Escipión en la batalla celebrada en las cercanías de Carmona y cuyo desenlace fue incierto durante mucho tiempo. En ella los romanos perdieron ochocientos hombres y las bajas enemigas fueron de quince mil hombres.

28 Después de este combate, los cartagineses se seguían retirando con toda rapidez y Escipión los seguía,

causándoles daños y bajas cuantas veces podía ponerles la mano encima. Pero cuando ellos ocuparon un lugar bien protegido, con agua y comida abundante, y no se podía hacer otra cosa que sitiarlos, a Escipión le apremiaban otras tareas, de modo que dejó a Silano para establecer el asedio y él se marchó a otras partes de Iberia y las sometió. Los cartagineses que sufrían el sitio por Silano retrocedieron y, finalmente, llegando al estrecho cruzaron a Gades [17]. Silano, tras infligirles todo el daño que pudo, se reunió con Escipión en Cartago Nova. A Asdrúbal, el hijo de Amílcar que estaba todavía levando tropas en torno al océano septentrional, le ordenó su hermano Aníbal que invadiera de inmediato Italia. Y él, con objeto de pasar inadvertido a Escipión, siguiendo por la costa del océano septentrional, cruzó los Pirineos hacia la Galia con los celtíberos que había reclutado. De este modo, Asdrúbal se encaminó hacia Italia a marchas forzadas sin que lo supieran los italianos.

Lucio, que había regresado desde Roma, le dijo a 29
Escipión que los romanos pensaban enviarlo como general a África. Él, que deseaba esto ardientemente desde hacía mucho tiempo, y esperaba que sucediera así, envió a Lelio a África con cinco naves ante el rey Sifax, llevándole regalos y el recuerdo de su amistad con los Escipiones y la petición de que se uniera a los romanos en caso de que llegaran a hacer una expedición. Él prometió hacerlo, aceptó los presentes y envió, a su vez, otros. Al enterarse de esto los cartagineses enviaron también ellos embajadores junto a Sifax en busca de su alianza. Escipión cuando lo supo, juzgando importante atraerse a Sifax y consolidar su amistad contra

---

[17] Cádiz, convertida en capital de la Iberia cartaginesa después de la caída de Cartagena.

los cartagineses, partió con dos naves en compañía de Lelio para verlo en persona.

30 Los emisarios cartagineses, que todavía estaban con Sifax, le salieron al encuentro cuando se acercaba a la costa sin que Sifax lo supiera. Pero Escipión, a toda vela, los pasó de largo con facilidad y alcanzó el puerto. Sifax los hospedó a ambos, y habiendo concertado una entrevista en privado con Escipión, lo despidió tras darle garantías y retuvo a los cartagineses, que estaban de nuevo acechando a la espera de Escipión, hasta que éste estuvo a salvo a gran distancia en el mar. Tan gran riesgo corrió Escipión, al desembarcar y al hacerse a la mar de regreso. Se dice que en un banquete dado por Sifax, Escipión compartió el mismo sofá que Asdrúbal y éste, después de haberle hecho preguntas sobre muchas cuestiones, quedó asombrado de su dignidad y dijo a sus amigos que ese hombre no sólo era temible en el combate sino incluso en el banquete.

31 Por estas fechas, algunos celtíberos e iberos cuyas ciudades se habían pasado a los romanos todavía seguían sirviendo a Magón en calidad de mercenarios. Marcio los atacó y dio muerte a mil quinientos, y el resto escapó para refugiarse en sus ciudades. A otros setecientos jinetes y seis mil soldados de infantería guiados por Annón los copó en una colina, desde donde, al carecer de todo, enviaron mensajeros a Marcio para conseguir una tregua. Éste les comunicó que pactaría cuando les entregaran a Annón y a los desertores. Entonces, ellos se apoderaron de Annón, aunque era su propio general, mientras escuchaba las propuestas, y de los desertores, y se los entregaron. Marcio reclamó también prisioneros. Cuando los hubo obtenido, les ordenó a todos que llevasen una cantidad estipulada de dinero a un determinado lugar de la llanura, pues no eran propios de los suplicantes los lugares elevados. Una vez que bajaron a la llanura, les dijo: «Acciones

merecedoras de la muerte habéis cometido vosotros que, teniendo a vuestros lugares patrios sometidos a nosotros, escogisteis combatir contra ellos al lado de los enemigos. No obstante, os concedo marcharos sin sufrir castigo si deponéis vuestras armas». Sin embargo, la indignación se apoderó de todos a la vez y gritaron que no entregarían sus armas. Tuvo lugar un combate encarnizado en el que la mitad de los celtíberos cayó tras haber opuesto una feroz resistencia, y la otra mitad consiguió ponerse a salvo junto a Magón. Éste hacía poco que había llegado al campamento de Annón con sesenta navíos y al enterarse del desastre de éste, navegó hasta Gades y, sufriendo por el hambre, aguardó el futuro giro de los acontecimientos.

Mientras Magón estaba inactivo, Silano fue enviado 32
por Escipión a someter a la ciudad de Cástax[18], pero como sus habitantes le recibieron de manera hostil, fijó su campamento ante ellos y lo comunicó a Escipión. Éste envió por delante un equipo de asedio y lo siguió, pero desviándose en su camino, atacó a la ciudad de Ilurgia[19]. Dicha ciudad era aliada de los romanos en tiempos del anterior Escipión, pero cuando aquél murió, se pasó en secreto al bando cartaginés y, después de haber acogido a un ejército romano como si

---

18 Cástax, ciudad desconocida. En Livio, XXVIII 19, aparece Cástulo.

19 Ilurgia, ciudad desconocida. En Livio aparece Iliturgi; sin embargo, tanto Cástulo como Iliturgi son menos preferibles que las que da Apiano en la medida en que, por desconocidas, tal vez las sustituyó Livio o Celio, su fuente para este pasaje, a su arbitrio por otros nombres que le eran familiares, cosa que ya hizo en otros lugares, así W. Brewitz, *Scipio Africanus Maior in Spanien*, tesis doctoral, Tubinga, 1914, págs. 21 y sigs. No es convincente tampoco la propuesta de A. Schulten, *Hermes* 63 (1928), págs. 298 y sigs., y *Fontes Hispaniae Antiquae* III, págs. 144 y sigs., de entender aquí Ilorci en vez de Iliturgi.

fuera todavía amiga, lo entregó a los cartagineses. Por este motivo, Escipión, lleno de ira, tomó a la ciudad en cuatro horas y, pese a estar herido en el cuello, no desistió del combate hasta conseguir el triunfo. Y su ejército, por la misma razón, olvidándose del saqueo y sin que nadie se lo ordenara, mató cruelmente incluso a los niños y a las mujeres, hasta dejar reducida a la ciudad a sus cimientos. Después de llegar a Cástax, Escipión dividió al ejército en tres cuerpos y mantuvo a la ciudad bajo vigilancia, pero no comenzó el combate para dar tiempo a sus habitantes a cambiar de actitud, pues había oído que estaban dispuestos a ello. Y éstos, tras atacar y dar muerte a aquella parte de la guarnición que se les oponía, entregaron la ciudad a Escipión. Este último estableció una nueva guarnición y colocó la ciudad bajo el mando de uno de sus propios ciudadanos que gozaba de alta reputación. Retornó entonces a Cartago Nova, enviando a Silano y a Marcio a la zona del estrecho para que devastaran todo cuanto pudiesen.

33 Astapa[20] era una ciudad que, siempre y en bloque, había permanecido fiel a los cartagineses. Sus habitantes, en esta ocasión en que Marcio tenía establecido el cerco en torno a ellos, convencidos plenamente de que si los romanos los apresaban los iban a reducir a la esclavitud, reunieron todos sus enseres en la plaza pública y tras apilarles alrededor troncos de madera, hicieron subir sobre la pila a los niños y mujeres. Tomaron juramento, a cincuenta hombres notables de entre ellos, de que, cuando la ciudad fuera apresada, matarían a las mujeres y a los niños, prenderían fuego a la pila y se degollarían a sí mismos. Los astapenses, poniendo a los dioses por testigos de estas cosas, se lanzaron a la carrera contra Marcio, que no sospechaba

[20] Estepa (Sevilla).

nada, por lo que hicieron replegarse a sus tropas ligeras y a la caballería. E incluso, una vez que estuvo dispuesta la legión con sus armas, las tropas de los astapenses eran, con mucho, las más destacadas por combatir a la desesperada, pero, no obstante, se impusieron los romanos por el número, ya que por el valor no fueron inferiores en absoluto los de Astapa. Y cuando todos estuvieron muertos, los cincuenta que quedaban degollaron a las mujeres y a los niños, prendieron el fuego y se arrojaron a sí mismos a él, dejando a los enemigos una victoria sin provecho. Marcio, sobrecogido por el valor de los de Astapa, no cometió ningún acto de violencia contra sus casas.

Después de estos sucesos, Escipión cayó enfermo y 34
Marcio asumió el mando del ejército. Pero todos aquellos soldados que habían gastado sus ganancias a causa de su vida disipada, juzgando que, por no tener nada, nada digno de sus fatigas habían conseguido y que Escipión los despojaba de su fama y sus hechos gloriosos de armas, hicieron defección de Marcio y acamparon por su cuenta. Se unieron a ellos muchos otros procedentes de las guarniciones, y algunos, llevando dinero de parte de Magón, intentaban persuadirlos para que se pasaran a su lado. Los amotinados tomaron el dinero, eligieron generales y centuriones entre ellos, dispusieron a su manera los demás asuntos y se pusieron a sí mismos bajo disciplina militar tomándose mutuos juramentos. Cuando Escipión se enteró, mandó decir a los sublevados que, debido a su enfermedad, no les había podido recompensar y, de otro lado, a los demás les apremió a que hicieran deponer su actitud a sus compañeros amotinados, y en común a todos les envió otra carta, como si ya estuvieran reconciliados, diciéndoles que les iba a recompensar de inmediato. Y les dio la orden de que marcharan, al punto, a Cartago Nova en busca de provisiones.

35 Cuando fueron leídas estas cartas, algunos sospechaban, otros, en cambio, les daban crédito, de modo que llegaron a un acuerdo y todos a la vez se pusieron en camino hacia Cartago Nova. Al aproximarse éstos, Escipión dio la orden a los senadores que le acompañaban de que cada uno de ellos tomase como compañero a uno de los cabecillas de la sedición, cuando se acercaran, y lo recibiese como huésped, como si fuera a aconsejarle en tono amigable, y lo retuviera a ocultas prisionero. Ordenó también a los tribunos militares que cada uno tuviera dispuestos con sus armas a los hombres más fieles al rayar el alba sin ser vistos y que, ocupando los lugares estratégicos de la asamblea a intervalos, en el caso de que alguien se pusiera de pie con idea de causar algún disturbio, lo asaetearan y mataran inmediatamente sin orden previa. Él en persona, poco después de despuntar el día, se hizo llevar a la tribuna y envió por los alrededores a los heraldos para convocar a la asamblea. La proclama los cogió de improviso y, sintiendo vergüenza de que su general, todavía enfermo, estuviera aguardándoles y creyendo que eran convocados para el asunto de las recompensas, se precipitaron corriendo en tropel desde todos los lugares, unos sin ceñirse las espadas, otros vestidos sólo con la túnica, sin haber tenido lugar de ponerse toda su indumentaria.

36 Escipión tenía en torno a él una guardia que no era visible. En primer lugar les censuró por lo sucedido, después les dijo que sólo haría recaer la culpa sobre los que comenzaron la revuelta, «a los que yo castigaré con vuestra ayuda». Y mientras decía esto, ordenó a los lictores que dividieran en dos partes a la multitud. Así lo hicieron y los senadores llevaron a los culpables al centro de la asamblea. Cuando prorrumpieron en gritos y llamaron a sus compañeros de armas para que les socorrieran, los tribunos dieron muerte al instante

a los que se hicieron eco de sus palabras. La multitud, una vez que supo que la asamblea estaba custodiada, se sumió en un silencio sombrío. Escipión, después de ultrajar a los que habían sido conducidos al centro, y en especial, a los que de entre ellos habían gritado en demanda de ayuda, ordenó que se les cortara el cuello a todos tras sujetarlos con clavos al suelo y, para el resto, proclamó por medio del heraldo el perdón. De este modo, Escipión restableció la situación en el campamento.

Indíbil, uno de los reyes que había llegado a un 37
acuerdo con él, realizó una incursión en una parte del territorio sometido a Escipión mientras estaba amotinado el ejército romano. Y cuando Escipión marchó contra él, sostuvo el combate con bravura y mató a mil doscientos romanos, pero al haber perdido a veinte mil de los suyos, se vio obligado a pedir la paz. Y Escipión le impuso una multa y llegó a un acuerdo con él. Masinissa, sin que Asdrúbal se percatase, cruzó el estrecho, y entablando relaciones de amistad con Escipión, juró combatir como su aliado, si llevaba la guerra contra África. Este hombre se mantuvo fiel en todas las circunstancias a causa del siguiente motivo. La hija de Asdrúbal, el general que entonces combatía a su lado, le había sido prometida en matrimonio a Masinissa. Pero el rey Sifax se enamoró de la joven y los cartagineses, considerando de gran importancia asegurarse a Sifax contra los romanos, le concedieron a la joven sin consultarle nada a Asdrúbal. Llevada a cabo esta acción, Asdrúbal la mantuvo oculta, por respeto a Masinissa, pero al enterarse éste hizo una alianza con Escipión. Y Magón, el almirante, habiendo perdido la esperanza en los asuntos de Iberia a juzgar por la situación presente, se hizo a la mar rumbo al país de los ligures y los celtas, y se dedicó a reclutar mercenarios. Mientras andaba ocupado en estos asuntos, los roma-

nos se apoderaron de Gades, que había sido abandonada por Magón.

38 A partir de este momento, poco antes de la olimpíada ciento cuarenta y cuatro, comenzaron a enviar anualmente, a los pueblos de Iberia conquistados, pretores en calidad de gobernadores o superintendentes para mantener la paz. Y Escipión, después de dejarles un ejército pequeño adecuado a un asentamiento pacífico, estableció a los soldados heridos en una ciudad que llamó Itálica[21], tomando el nombre de Italia. Es la patria de Trajano y Adriano, quienes más tarde fueron emperadores de los romanos. Y él partió rumbo a Roma con una gran flota, adornada con magnificencia y repleta a un tiempo de prisioneros, riquezas, armas y un variado botín. La ciudad le hizo un recibimiento espléndido, acompañado de una gloria excelsa y sin precedentes a causa de su juventud y de la rapidez e importancia de sus hechos. Incluso aquellos que lo envidiaban reconocieron que sus, en apariencia, pretenciosas promesas se habían convertido en hechos. Y Escipión, rodeado de la admiración general, celebró el triunfo[22]. Entretanto, Indíbil, una vez que Escipión había partido, se sublevó de nuevo. Los generales de Iberia lo mataron tras reunir todo el ejército que tenían en las guarniciones y otras fuerzas procedentes de los pueblos sometidos. A los culpables de la sublevación, después de hacerles comparecer en un juicio, les condenaron a muerte y confiscaron sus propiedades. A los pueblos que participaron con él en el levantamiento

---

21 Santiponce (Sevilla). Es importante esta noticia, ya que Apiano es el único historiador que nos habla de dicha fundación.

22 Debe de ser un error de Apiano, pues Escipión, al ser *priuatus cum imperio* (es el primer caso seguro de concesión del *imperium proconsulare* a un privado), no podía obtener el triunfo, como aclaran LIVIO, XXVIII 38, 4 y XXXI 20, 3, y DIÓN CASIO, frags. 56, 58.

les impusieron una multa, los despojaron de sus armas, les exigieron rehenes y les impusieron guarniciones más fuertes. Todos estos sucesos tuvieron lugar inmediatamente después de la partida de Escipión, y éste fue el resultado de la primera contienda romana en Iberia.

Algún tiempo después, cuando los romanos estaban 39
en guerra con los celtas de en torno al Po y con Filipo de Macedonia, los iberos se levantaron de nuevo, a la vista de los muchos trabajos en que estaban inmersos los romanos. Y fueron enviados desde Roma, como generales, contra ellos, Sempronio Tuditano y Marco Helvio, y después de aquéllos, Minucio. Y como refuerzo, al hacerse mayor la sublevación, fue enviado Catón con fuerzas más numerosas. Éste era aún un hombre en exceso joven, pero austero y laborioso, destacado por su sagacidad y elocuencia hasta el punto de que los romanos le llamaban Demóstenes a causa de sus discursos, conocedores de que entre los griegos éste había sido su máximo orador.

Cuando Catón arribó a Iberia en el lugar llamado 40
Emporion[23], se congregaron contra él los enemigos desde todos los lugares hasta un número de cuarenta mil. Él, a su vez, se tomó un cierto tiempo en ejercitar a sus tropas y, cuando se dispuso a trabar combate, envió de regreso a Masalia las naves que tenía e hizo comprender a su ejército que lo que había que temer no era el hecho de que los enemigos les sobrepasaran en número —pues siempre puede vencer el valor a la superioridad numérica—, sino el que no disponían de naves y que no existía otra salvación posible que la victoria. Nada más decir esto, entabló combate, tras haber animado a su ejército no, como otros, con la esperanza, sino con el temor. Cuando se llegó al combate cuerpo a cuerpo, iba de un lado para otro animando y

[23] Cf. nota 8.

arengando a sus tropas. Hacia el atardecer, como el resultado de la pelea era aún incierto y habían caído muchos de ambos bandos, corrió con tres cohortes de reserva hasta lo alto de una colina elevada para poder observar a un tiempo toda la acción. Y tan pronto como vio que el centro de sus líneas era el que se hallaba en una situación más comprometida, corrió en su ayuda exponiéndose al peligro y rompió las líneas enemigas con su acción y con sus gritos de aliento, y fue el primer artífice de la victoria. Después de perseguirlos durante toda la noche, se apoderó de su campamento y mató a muchos de ellos. A su regreso, los soldados le abrazaban y elogiaban como el autor de la victoria. Después de esto concedió un descanso a sus tropas y vendió el botín.

41 Todos le enviaban emisarios y él les exigió otros rehenes, envió cartas selladas a cada una de las ciudades y ordenó a sus portadores entregarlas, todas, en un mismo día. El día lo fijó calculando el tiempo que aproximadamente tardarían en llegar a la ciudad más distante. Las cartas ordenaban a los magistrados de todas las ciudades que destruyesen sus murallas en el mismo día que recibieran la orden y, en el caso de que lo aplazaran, les amenazaba con la esclavitud. Éstos, vencidos recientemente en una gran batalla y dado que desconocían si estas órdenes se las habían dado a ellos solos o a todos, temían ser objeto de desprecio, con toda razón, si eran los únicos, pero si era a todos, los otros también tenían miedo de ser los únicos en demorarse y, puesto que no había oportunidad de comunicarse unos con otros por medio de emisarios y sentían preocupación por los soldados que habían venido con las cartas y que permanecían ante ellos, estimando cada uno su propia seguridad como lo más ventajoso, destruyeron con prontitud las murallas. Pues, una vez que se decidieron a obedecer, pusieron el máximo celo en tener en su haber, además, una pronta ejecución.

De este modo y gracias a una sola estratagema, las ciudades ubicadas a lo largo del río Ebro destruyeron sus murallas en un solo día, y en el futuro, al ser muy accesibles a los romanos, permanecieron durante un largo tiempo en paz.

Cuatro olimpiadas más tarde, en torno a la ciento 42 cincuenta olimpiada, muchos iberos se sublevaron contra los romanos por carecer de tierra suficiente, entre otros, los lusones que habitaban en las cercanías del río Ebro. Por consiguiente, el cónsul Fulvio Flaco hizo una expedición contra ellos, los venció en una batalla y muchos de ellos se desperdigaron por las ciudades. Pero todos los que estaban especialmente faltos de tierra y obtenían su medio de vida gracias a una existencia errabunda se congregaron, en su huida, en la ciudad de Complega[24] que era de fundación muy reciente, bien fortificada y se había desarrollado con rapidez. Tomando esta ciudad como base de sus operaciones exigieron a Flaco que les entregara un *sagum*, un caballo y una espada como compensación por cada uno de sus muertos y que se marchara de Iberia antes de que le ocurriera una desgracia. Éste les respondió que les entregaría muchos *sagos* y, siguiendo a sus emisarios, acampó junto a la ciudad. Ellos contrariamente a sus amenazas huyeron en secreto de inmediato y se dedicaron a devastar el territorio de los pueblos bárbaros de los alrededores. Estos pueblos utilizan un manto doble y grueso que abrochan todo alrededor a la manera de una casaca militar y lo llaman *sagum*.

Como sucesor de Flaco en el mando, vino Tiberio 43 Sempronio Graco. Por aquel tiempo asediaban la ciudad de Caravis[25], que era aliada de Roma, veinte mil

[24] Ciudad no identificada, quizá Contrebia, ciudad de los lusones, sin identificar; se la supone en la zona del Siloca, en la comarca de Daroca (Zaragoza).

[25] Cerca de Borja (Zaragoza).

celtíberos. Como era muy probable que fuera tomada, Graco se apresuró a acudir en socorro de la ciudad, pero después de haber establecido un cerco en torno al enemigo, no pudo comunicar a la ciudad su proximidad. Por consiguiente, Cominio, uno de los prefectos de caballería, tras meditar consigo mismo el asunto y exponer su audaz proyecto a Graco, se ciñó un *sagum* a la usanza ibera y se unió secretamente a los soldados enemigos que iban en busca de forraje. De este modo penetró, en su compañía, en el campamento como si fuera un ibero y, atravesando a la carrera hasta Caravis, les comunicó que Graco venía hacia ellos. Éstos consiguieron mantenerse a salvo aguantando con fortaleza el asedio, hasta que llegó Graco al cabo de tres días, y los sitiadores levantaron el asedio. Entonces, veinte mil habitantes de Complega llegaron hasta el campamento de Graco con ramas de olivo a modo de suplicantes y, cuando estuvieron cerca, le atacaron de improviso y provocaron la confusión. Éste con habilidad les dejó su campamento y simuló la huida. Después, dando la vuelta, los atacó mientras se dedicaban al saqueo, mató a la mayoría y se apoderó de Complega y de los pueblos vecinos. Asentó a las clases más menesterosas y repartió las tierras entre ellos. Llevó a cabo tratados perfectamente regulados con todos los pueblos de esta zona, sobre la base de que serían aliados de los romanos. Les dio y tomó juramentos que serían invocados, en muchas ocasiones, en las guerras futuras. A causa de tales hechos, Graco se hizo célebre en Iberia y Roma y fue recompensado con un espléndido triunfo.

44 No muchos años después, estalló en Iberia otra guerra, difícil a causa del siguiente motivo. Segeda[26] es una ciudad perteneciente a una tribu celtíbera lla-

[26] En el término de Belmonte, a 11 km. de Calatayud (Zaragoza).

mada belos, grande y poderosa, y estaba inscrita en los tratados de Sempronio Graco. Esta ciudad forzó a otras más pequeñas a establecerse junto a ella; se rodeó de unos muros de aproximadamente cuarenta estadios de circunferencia y obligó también a unirse a los titos, otra tribu limítrofe. Al enterarse de ello, el senado prohibió que fuera levantada la muralla, les reclamó los tributos estipulados en tiempos de Graco y les ordenó que proporcionaran ciertos contingentes de tropas a los romanos. Esto último, en efecto, también estaba acordado en los tratados. Los habitantes de Segeda, con relación a la muralla, replicaron que Graco había prohibido fundar nuevas ciudades, pero no fortificar las ya existentes. Acerca del tributo y de las tropas mercenarias, manifestaron que habían sido eximidos por los propios romanos después de Graco. La realidad era que estaban exentos, pero el senado concede siempre estos privilegios añadiendo que tendrán vigor en tanto lo decidan el senado y el pueblo romano.

Así pues, Nobílior fue enviado contra ellos con un 45
ejército de casi treinta mil hombres. Los segedanos, cuando supieron de su próxima llegada, sin dar remate ya a la construcción de la muralla, huyeron hacia los arevacos con sus hijos y sus mujeres y les suplicaron que los acogieran. Éstos lo hicieron así y eligieron como general a un segedano llamado Caro, que era tenido por hombre belicoso. A los tres días de su elección, apostando en una espesura a veinte mil soldados de infantería y cinco mil jinetes, atacó a los romanos mientras pasaban. Aunque el combate resultó incierto durante mucho tiempo, logró dar muerte a seis mil romanos y obtuvo un brillante triunfo. Tan grande fue el desastre que sufrió Roma. Sin embargo, al entregarse a una persecución desordenada después de la victoria, los jinetes romanos que custodiaban la impedimenta cayeron sobre él y mataron al propio Caro, que destacó por su valor,

y a sus acompañantes, en número éstos no inferior a seis mil, hasta que la llegada de la noche puso fin a la batalla. Estos sucesos tuvieron lugar el día en el que los romanos acostumbraban a celebrar una procesión en honor de Vulcano[27]. Por este motivo, desde aquel tiempo, ningún general romano quiso comenzar un combate voluntariamente en este día.

46 Por consiguiente, los arevacos se reunieron de inmediato en esa misma noche en Numancia[28], que era la ciudad más poderosa, y eligieron como generales a Ambón y Leucón. Nobílior, a su vez, tres días más tarde marchó contra ellos y fijó su campamento a una distancia de veinticuatro estadios. Después que se le unieron trescientos jinetes númidas enviados por Masinissa y diez elefantes, condujo el ejército contra los enemigos, llevando ocultos en la retaguardia a los animales. Cuando se entabló el combate, los soldados se escindieron y quedaron a la vista los elefantes. Los celtíberos y sus caballos, que jamás antes habían visto elefantes en ningún combate, fueron presa del pánico y huyeron hacia la ciudad. Entonces Nobílior condujo a los animales contra las murallas y combatió con bravura hasta que un elefante, herido en la cabeza por una enorme piedra que había sido arrojada, se enfureció y dando un fortísimo barrito volvió grupas contra sus amigos y mató a todo aquel que se puso en su camino, sin hacer distinción entre amigos y enemigos. Los otros elefantes, excitados por el barrito de aquél, hacían todos lo mismo y comenzaron a pisotear a los romanos, a despedazarlos y lanzarlos por los aires. Esto es lo que

---

27 Se refiere a la fiesta de las *Vulcanalia*, celebrada el 23 de agosto en honor de Vulcano. En esta festividad era costumbre arrojar al fuego pececitos y, a veces, otros animales. Se creía que estas ofrendas representaban vidas humanas, para cuya conservación dichos animales eran ofrecidos al dios.

28 A 7 km. de la actual Soria.

les suele ocurrir siempre a los elefantes cuando están irritados, que consideran a todos como enemigos. Y algunos, a causa de esta falta de confianza, los llaman «enemigos comunes». Como consecuencia de este hecho, la huida de los romanos fue desordenada. Los numantinos, al darse cuenta de ello, se lanzaron desde los muros, y en la persecución dieron muerte a cuatro mil hombres y tres elefantes y se apoderaron de muchas armas y enseñas. De los celtíberos murieron alrededor de dos mil.

Nobílior, después que hubo tomado un pequeño res- 47
piro tras el desastre, llevó a cabo un intento contra cierta cantidad de provisiones que el enemigo había almacenado en la ciudad de Axinio[29], pero al no conseguir ningún resultado positivo y sufrir, por el contrario, también allí muchas bajas, regresó de noche al campamento. Desde allí envió a Biesio, un oficial de caballería, a una tribu vecina para lograr una alianza y solicitar jinetes. Ellos les dieron algunos, a los que los celtíberos tendieron una emboscada en su viaje de regreso. Descubierta la emboscada, los aliados lograron escapar, pero Biesio y, con él, muchos romanos perecieron en la lucha. Bajo la influencia de una sucesión tal de desastres acaecidos a los romanos, la ciudad de Ocilis[30], donde estaban las provisiones y el dinero de estos últimos, se pasó a los celtíberos. Nobílior, perdidas las esperanzas totalmente, invernó en su campamento guareciéndose como le fue posible. Al contar tan sólo con las provisiones que tenía en él sufrió severamente por la falta de las mismas, por la abundancia de nevadas y el rigor del frío, de modo que perecieron muchos soldados, algunos mientras estaban recogiendo

---

29 Tal vez Uxama (Soria).
30 Medinaceli (Soria).

leña, otros dentro del campamento, víctimas de la falta de espacio, y otros de frío.

48 Al año siguiente, llegó como sucesor en el mando de Nobílior, Claudio Marcelo con ocho mil soldados de infantería y quinientos jinetes. Logró cruzar con suma precaución las líneas de los enemigos que le habían tendido una emboscada y acampó ante la ciudad de Ocilis con todo su ejército. Hombre efectivo en las cosas de la guerra, logró atraerse de inmediato a la ciudad y les concedió el perdón, tras exigir rehenes y treinta talentos de plata. Los nergobrigenses, al enterarse de su moderación, le enviaron emisarios para preguntarle por qué medios obtendrían la paz. Cuando les ordenó entregarle cien jinetes para que combatieran a su lado como tropas auxiliares, ellos le prometieron hacerlo, pero, por otro lado, lanzaron un ataque contra los que estaban en la retaguardia y se llevaron algunas bestias de carga. Poco después, llegaron con los cien jinetes, como en efecto se había acordado, y con relación a lo ocurrido en la retaguardia, dijeron que algunos de los suyos, sin saber lo pactado, habían cometido un error. Entonces, Marcelo hizo prisioneros a los cien jinetes, vendió sus caballos, devastó la llanura y repartió el botín entre el ejército. Finalmente, puso cerco a la ciudad. Los nergobrigenses, al ser conducidas contra ellos máquinas de asalto y plataformas, enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo y solicitaron el perdón. Éste replicó que no lo otorgaría, a no ser que los arevacos, belos y titos lo solicitaran todos a la vez. Cuando se enteraron estas tribus, enviaron celosamente emisarios y pidieron a Marcelo que, tras imponerles un castigo moderado, se atuviera a los tratados firmados con Graco. Se pusieron en contra de esta petición algunos nativos a quienes ellos habían hecho la guerra.

Marcelo envió embajadores de cada parte a Roma 49 para que dirimieran allí mutuamente sus querellas y, en privado, mandó una carta al senado instando a la consecución de los tratados. Quería, en efecto, poner fin a la guerra por medio de su intervención personal, pues esperaba que ello le habría de reportar una gloria provechosa. Los embajadores de la facción amiga penetraron en la ciudad y fueron agasajados como huéspedes; en cambio, los del bando enemigo, como era la costumbre, acamparon fuera de las murallas. El senado desestimó la propuesta de paz y se tomó muy a mal que no hubieran querido someterse a los romanos cuando precisamente se lo pidió Nobílior, el predecesor de Marcelo, y les replicó que este último les comunicaría la decisión senatorial. Y, de inmediato, reclutaron un ejército para Iberia, ahora por primera vez mediante sorteo, en vez de por el sistema de leva habitual. Y se decidió, en esta ocasión, formar el ejército mediante sorteo, debido a que muchos culpaban a los cónsules de haber recibido un trato injusto en el enrolamiento, en tanto que a algunos los habían elegido para los servicios más fáciles. Mandaba las tropas el cónsul Licinio Lúculo. Como lugarteniente tenía a Cornelio Escipión, el que, no mucho después, tomó Cartago y, más tarde, Numancia.

Lúculo se puso en camino, y Marcelo anunció públi- 50 camente la guerra a los celtíberos y les devolvió sus rehenes como lo habían pedido. Después llamó a su lado al portavoz de los celtíberos en Roma y estuvo conferenciando con él en privado durante largo rato. En razón de esto, se empezó precisamente a sospechar ya entonces, y después fue confirmado en mayor medida por los acontecimientos posteriores, que intentaba convencerles de que pusieran en sus manos sus asuntos, buscando con ansiedad dar fin a la guerra antes de la llegada de Lúculo. Después de esta entrevista, cinco

mil arevacos ocuparon Nergóbriga[31], y Marcelo se puso en marcha hacia Numancia y acampó a una distancia de cinco estadios de ésta. Persiguió a los numantinos acorralándolos en la ciudad y, finalmente, el jefe de éstos, Litennón, haciendo un alto, dijo a voces que quería reunirse con Marcelo para negociar. Cuando estuvieron reunidos, afirmó que los belos, titos y arevacos se ponían voluntariamente en manos de Marcelo. Éste, feliz por la noticia, exigió rehenes y dinero a todos ellos y, habiéndolos tomado, los dejó libres. De este modo, terminó la guerra de los belos, titos y arevacos antes de la llegada de Lúculo.

51 Este último, que estaba deseoso de gloria y necesitado de dinero por causa de su penuria, realizó una incursión contra los vacceos, otra tribu celtíbera, que eran vecinos de los arevacos, sin haber recibido ninguna orden de Roma y sin que los vacceos hubieran hecho la guerra a los romanos, ni siquiera hubieran cometido falta alguna contra el mismo Lúculo. Después de cruzar el río Tajo, llegó a la ciudad de Cauca[32] y acampó frente a ella. Sus habitantes le preguntaron con qué pretensión llegaba o por qué motivo buscaba la guerra, y cuando les contestó que venía en ayuda de los carpetanos, que habían sido maltratados por ellos, se retiraron de momento a la ciudad, pero le atacaron cuando estaba buscando madera y forraje. Mataron a muchos de sus hombres y a los demás los persiguieron hasta el campamento. Tuvo lugar también un combate en regla y los de Cauca, semejantes a tropas de infantería ligera, resultaron vencedores durante un cierto tiempo, hasta que se les agotaron los dardos. Entonces huyeron, pues

31 Desconocida como tal. Está atestiguada Nertóbriga, la actual Riela o quizá Calatorao (Zaragoza). Existe otra *Nertobriga Concordia Iulia*, la actual Fregenal de la Sierra (Badajoz).

32 Coca (Segovia).

no estaban acostumbrados a resistir a pie firme el combate y, acorralados delante de las puertas, perecieron alrededor de tres mil.

Al día siguiente, los más ancianos, coronados y portando ramas de olivo de suplicantes, volvieron a preguntar otra vez a Lúculo qué tendrían que hacer para ser amigos. Éste les exigió rehenes y cien talentos de plata y les ordenó que su caballería combatiera a su lado. Cuando todas sus demandas fueron satisfechas, decidió poner una guarnición en el interior de la ciudad. Los de Cauca aceptaron también esto y él introdujo a dos mil hombres cuidadosamente elegidos, a quienes dio la orden de que cuando estuviesen dentro ocuparan las murallas. Una vez que la orden estuvo cumplida, Lúculo hizo penetrar al resto del ejército y, a toque de trompeta, dio la señal de que mataran a todos los de Cauca que estuvieran en edad adulta. Estos últimos perecieron cruelmente invocando las garantías dadas, a los dioses protectores de los juramentos, y maldiciendo a los romanos por su falta de palabra. Sólo unos pocos de los veinte mil consiguieron escapar por unas puertas de la muralla de difícil acceso. Lúculo devastó la ciudad y cubrió de infamia el nombre de Roma. Los demás bárbaros corrieron juntos desde los campos hacia zonas escarpadas o ciudades más poderosas, llevándose todo cuanto podían y prendiendo fuego a lo que dejaban para que Lúculo no pudiera encontrar ya nada. 52

Este último, después de haber recorrido una gran extensión de tierra desértica, llegó a la ciudad de Intercacia[33], en la que se habían reunido, en su huida, más de veinte mil soldados de infantería y dos mil jinetes. Lúculo, siguiendo un criterio estúpido, los invitó a firmar un tratado, pero ellos le echaron en cara 53

[33] Quizá Villalpando (Zamora).

su actitud vergonzosa en los sucesos de Cauca y le preguntaron si les invitaba con las mismas garantías que les dio a aquéllos. Lúculo, al igual que todos los culpables, lleno de ira contra ellos por sus reproches en vez de contra sí mismo, asoló sus campos y estableciendo un asedio, cavó en torno a la ciudad muchas trincheras y, de continuo, ponía a sus tropas en orden de combate provocando a la lucha. Sus adversarios, en cambio, no respondían de igual modo y sólo combatían con proyectiles. Con frecuencia, un cierto bárbaro salía cabalgando a la zona que mediaba entre ambos contendientes, adornado con espléndida armadura, y retaba a un combate singular a aquel de los romanos que aceptara y, como nadie le hacía caso, burlándose de ellos y ejecutando una danza triunfal se retiraba. Después que hubo ocurrido esto en varias ocasiones, Escipión, que todavía era un hombre joven, se condolió en extremo y adelantándose aceptó el duelo y, gracias a su buena estrella, obtuvo el triunfo sobre un adversario de gran talla, pese a ser él de pequeña estatura.

54 Esta victoria elevó la moral de los romanos, pero durante la noche muchos temores hicieron presa en ellos. Pues todos los jinetes bárbaros que habían salido a forrajear antes de que Lúculo llegara, al no poder entrar en la ciudad por haberla sitiado éste, se pusieron a correr alrededor del campamento dando gritos y provocaron un alboroto. Y los que estaban dentro les coreaban. Por lo cual un extraño temor invadió a los romanos. A ello se añadía el cansancio por la falta de sueño a causa de la guardia y la falta de costumbre de la comida del país. No tenían vino, sal, vinagre, ni aceite y, al comer trigo, cebada, gran cantidad de carne de venado y de liebre cocida y sin sal, enfermaban del vientre y muchos incluso morían. Finalmente cuando estuvo completado el muro de asalto y, golpeando las murallas de los enemigos, consiguieron echar abajo una

parte, penetraron a la carrera en la ciudad. Sin embargo, no mucho después, al ser obligados a retirarse, se precipitaron por ignorancia en una cisterna de agua en donde perecieron la mayoría. Durante la noche los bárbaros volvieron a construir la parte de la muralla que había sido derribada. Y como ambas partes sufrían severamente —pues el hambre los acosaba—, Escipión prometió a los bárbaros que, si pactaban, no se quebrantarían los tratados. Le creyeron en razón de su prestigio y puso fin a la guerra bajo estas condiciones: los de Intercacia entregarían diez mil *sagos* a Lúculo, una cierta cantidad de ganado y cincuenta hombres como rehenes. En cambio, no obtuvo Lúculo el oro y la plata que había pedido y por lo que precisamente hacía la guerra, al creer que toda Iberia era rica en oro y plata. Y es que, en efecto, no los tenían y ni siquiera aquellos celtíberos daban valor a estos metales.

Se dirigió a continuación a la ciudad de Palantia[34] **55**
que gozaba de gran fama a causa de su valor y en la que se habían reunido muchos refugiados. Por este motivo le aconsejaron algunos que se retirara antes del intento. Sin embargo, Lúculo no hizo caso, pues se había informado de que era muy rica, pero los palantinos lo acosaban sin cesar con su caballería cada vez que iba a aprovisionarse de comida y le impedían abastecerse de alimento. Así que Lúculo, al estar falto de víveres, se replegó con el ejército formado en cuadro. Los de Palantia le persiguieron también entonces hasta el río Duero, desde donde se retiraron durante la noche, y Lúculo después de atravesar hacia el país de los turditanos se retiró a sus cuarteles de invierno. Este fue el final de la guerra de los vacceos llevada a cabo por

[34] Palencia. Había un río llamado Palentia en el área de la actual provincia de Valencia.

Lúculo contra el decreto del pueblo romano. Pero Lúculo nunca fue llamado a juicio por ello.

56 Por este tiempo otra tribu de los iberos autónomos, los llamados lusitanos, bajo el liderazgo de Púnico, se dedicaron a devastar los pueblos sometidos a Roma, y después de haber puesto en fuga a sus pretores Manilio y Calpurnio Pisón, mataron a seis mil romanos y, entre ellos, al cuestor Terencio Varrón. Púnico, envalentonado por estos hechos, hizo incursiones por toda la zona que se extendía hasta el océano y, uniendo a su ejército a los vettones, puso sitio a una tribu vasalla de Roma, los llamados blastofenicios. Se dice que Aníbal el cartaginés había asentado entre ellos algunos colonos traídos de África y que, a causa de esto, reciben el nombre de blastofenicios. Púnico, golpeado en la cabeza por una piedra, murió y le sucedió en el mando un hombre llamado Césaro. El tal Césaro entabló combate con Mummio que venía desde Roma con otro ejército y, al ser derrotado, huyó. Pero, como Mummio lo persiguió de manera desordenada, giró sobre sí mismo y haciéndole frente dio muerte a nueve mil romanos, volvió a recuperar el botín que le había sido quitado y su propio campamento, al tiempo que también se apoderó del de los romanos y cogió armas y muchas enseñas que los bárbaros pasearon en son de burla por toda Celtiberia.

57 Mummio se dedicó a hacer ejercicios de entrenamiento dentro del campamento con los cinco mil soldados que le quedaban, temeroso de salir a campo abierto antes de que los soldados hubieran recobrado de nuevo su coraje. Esperó allí a que los bárbaros pasaran con una parte del botín que le habían arrebatado, cayó sobre ellos de improviso y, tras haber dado muerte a muchos, recobró el botín y las enseñas. Los lusitanos del otro lado del río Tajo y aquellos que ya estaban en guerra con los romanos, cuyo jefe era Cau-

ceno, se pusieron a devastar el país de los cuneos que estaban sometidos a los romanos y tomaron Conistorgis[35], una ciudad importante de ellos. Atravesaron el océano junto a las columnas de Hércules y algunos hicieron incursiones por una parte de África y otros sitiaron a la ciudad de Ocilis[36]. Mummio los siguió con nueve mil soldados de infantería y quinientos jinetes, mató a unos quince mil de los que estaban entregados al saqueo y a algunos otros, y levantó el asedio de Ocilis. Después se topó, casualmente, con los que llevaban el producto de su rapiña y los mató a todos, de tal manera que ni siquiera logró escapar un mensajero de esta desgracia. Tras haber entregado al ejército el botín que podían llevar consigo, el resto lo quemó como ofrenda a los dioses de la guerra. Y Mummio, una vez que finalizó su campaña, regresó a Roma y fue recompensado con el triunfo.

Le sucedió en el mando Marco Atilio, quien realizó 58
una incursión contra los lusitanos, dio muerte a setecientos de ellos y se apoderó de Oxtraca[37], su ciudad más importante. Después de sembrar el pánico entre los pueblos vecinos, firmó tratados con todos. Entre éstos había algunos vettones, limítrofes con los lusitanos. Sin embargo, cuando Atilio se retiraba para pasar el invierno, todos cambiaron de parecer de repente y asediaron a algunos pueblos vasallos de Roma. Servio Galba, el sucesor de Atilio, les apremió a que levantaran el cerco. Tras recorrer en un día y una noche una distancia de quinientos estadios, se presentó ante los lusitanos y entabló combate de inmediato con el ejército cansado. Por fortuna logró romper las filas enemigas, pero se puso a perseguir al enemigo con poca

35 En el Algarve (Portugal), sin localizar.
36 En el norte de Africa, Ocile, Arcila (Marruecos).
37 En la Lusitania, sin localizar.

experiencia en la guerra. Razón por la cual, al hacerlo de forma débil y desordenada debido a la fatiga, los bárbaros, al verlos diseminados y que se detenían a descansar por turnos, se reagruparon y atacándolos dieron muerte a unos siete mil. Y Galba, con los jinetes que estaban a su lado, huyó a la ciudad de Carmona. Aquí recuperó a los fugitivos y, después de reunir aliados hasta un número de veinte mil, marchó hacia el territorio de los cuneos y pasó el invierno en Conistorgis.

59 Lúculo, que había combatido contra los vacceos sin autorización senatorial y, a la sazón, se encontraba invernando en Turditania, al darse cuenta de que los lusitanos hacían incursiones contra las zonas próximas, envió a sus mejores lugartenientes y dio muerte a cuatro mil lusitanos. Mató a mil quinientos cuando atravesaban el estrecho cerca de Gades, y a los demás, que se habían refugiado en una colina, los rodeó de una empalizada y capturó a un número inmenso de ellos. Entonces, tras invadir Lusitania, se puso a devastarla gradualmente. Galba llevaba a cabo la misma operación por el lado opuesto. Cuando algunos de sus embajadores vinieron a él con el deseo de consolidar los pactos que habían hecho con Atilio, el general que le había precedido, y que habían quebrantado, los recibió, firmó una tregua y mostró deseos de entablar relaciones amigables con ellos, ya que entendía que se dedicaban a la rapiña, a hacer la guerra y a quebrantar los tratados por causa de la pobreza: «Pues —les dijo— la pobreza del suelo y la falta de recursos os obligan a esto, pero yo daré una tierra fértil a mis amigos pobres y os estableceré en un país rico distribuyéndoos en tres partes».

60 Ellos, confiados en estas promesas, abandonaron sus lugares de residencia habituales y se reunieron en donde les ordenó Galba. Este último los dividió en tres grupos y, mostrándoles a cada uno una llanura, les ordenó

que permanecieran en campo abierto hasta que, a su regreso, les edificara sus ciudades. Tan pronto como llegó a la primera sección, les mandó que, como amigos que eran, depusieran sus armas. Y una vez que lo hubieron hecho, los rodeó con una zanja y, después de enviar a algunos soldados con espadas, los mató a todos en medio del lamento general y las invocaciones a los nombres de los dioses y a las garantías dadas. De igual modo también, dándose prisa, dio muerte a la segunda y tercera sección cuando aún estaban ignorantes de la suerte funesta de los anteriores, vengando con ello una traición con otra traición a imitación de los bárbaros, pero de una forma indigna del pueblo romano. Sin embargo unos pocos de ellos lograron escapar, entre los que estaba Viriato, quien poco tiempo después se puso al frente de los lusitanos, dio muerte a muchos romanos y llevó a cabo las más grandes hazañas. Pero estas cosas, que tuvieron lugar después, las referiré más adelante. Entonces Galba, hombre mucho más codicioso que Lúculo, distribuyó una parte pequeña del botín entre el ejército y otra parte pequeña entre sus amigos, y se quedó con el resto, pese a que ya era casi el hombre más rico de Roma. Se dice que ni siquiera en tiempos de paz dejaba de mentir y cometer perjurio a causa de su ansia de riquezas. Y a pesar de que era odiado y de que fue llamado a rendir cuentas bajo acusación, logró escapar debido a su riqueza.

No mucho tiempo después, todos los que consiguie- 61
ron escapar a la felonía de Lúculo y Galba lograron reunirse en número de diez mil e hicieron una incursión contra Turditania. Gayo Vetilio vino desde Roma contra ellos con otro ejército y asumió, además, el mando de las tropas que estaban en Iberia, llegando a tener en total diez mil hombres. Éste cayó sobre los que estaban buscando forraje y, después de dar muerte a muchos, obligó a los restantes a replegarse hacia un

lugar en el que, en el caso de permanecer, corrían el riesgo seguro de morir de hambre, y en caso de abandonarlo, el de morir a manos de los romanos. Tal era, en efecto, la dificultad del lugar. Por este motivo enviaron emisarios a Vetilio con ramas de suplicantes, pidiéndole tierra para habitarla como colonos y prometiéndole que desde ese momento serían leales a los romanos en todo. Él prometió entregársela y se dispuso a firmar un acuerdo. Pero Viriato, que había escapado a la perfidia de Galba y entonces estaba con ellos, les trajo a la memoria la falta de palabra de los romanos y cuántas veces habían violado los juramentos que les habían dado y cómo todo aquel ejército estaba formado por hombres que habían escapado a tales perjurios de Galba y de Lúculo. Les dijo que no había que desesperar de salvarse en aquel lugar, si estaban dispuestos a obedecerle.

62 Encendidos sus ánimos y recobradas las esperanzas, lo eligieron general. Después de desplegar a todos en línea de batalla como si fuera a presentar combate, les dio la orden de que, cuando él se montara a caballo, escaparan disgregándose en muchas direcciones como pudiesen por rutas muy distintas en dirección a la ciudad de Tríbola [38] y que le aguardaran allí. Él eligió sólo a mil y les ordenó colocarse a su lado. Una vez efectuadas estas disposiciones, escaparon al punto, tan pronto como Viriato montó a caballo, y Vetilio, temeroso de perseguirles a ellos que habían escapado en muchas direcciones, dio la vuelta y se dispuso a luchar con Viriato, que permanecía quieto y aguardaba a que llegara el momento de atacar. Viriato, con caballos mucho más veloces, lo mantuvo en jaque, huyendo a veces y otras parándose de nuevo y atacando, y consumió aquel día y el siguiente completos en la misma llanura ca-

[38] En la serranía de Ronda, no lejos de Carteia.

balgando alrededor. Y cuando calculó que los otros tenían ya asegurada su huida, entonces, partió por la noche por caminos no usados habitualmente y, con caballos mucho más rápidos, llegó a Tríbola sin que los romanos fueran capaces de perseguirlo a causa del peso de sus armas, de su desconocimiento de los caminos y la inferioridad de sus caballos. De esta manera, de modo inesperado, salvó a su ejército de una situación desesperada. Cuando esta estratagema llegó al conocimiento de los pueblos bárbaros de esta zona, le reportó un gran prestigio y se le unieron muchos desde todos los lugares. Y durante ocho años sostuvo la guerra contra Roma.

Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato, 63
que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo.

Vetilio, en su persecución, llegó hasta la ciudad de Tríbola. Pero Viriato, habiendo ocultado una emboscada en una espesura, continuó su huida hasta que Vetilio estuvo a la altura del lugar y, entonces, volvió sobre sus pasos y los que estaban emboscados salieron de su escondite. Por ambos lados empezaron a dar muerte a los romanos, así como a hacerlos prisioneros y a arrinconarlos contra los barrancos. Incluso Vetilio fue hecho prisionero. El soldado que lo capturó, al ver que se trataba de un hombre viejo y muy obeso, no le dio valor alguno y le dio muerte por ignorancia. De los diez mil romanos lograron escapar, a duras penas, unos seis mil y llegar hasta Carpessos, una ciudad situada a orillas del mar, la cual creo yo que se llamaba antiguamente Tartessos por los griegos y fue su rey Argantonio, que dicen que vivió ciento cincuenta años. A los soldados que habían huido hasta Carpessos, el cuestor que acompañaba a Vetilio los apostó en las

murallas llenos de temor. Y, tras haber pedido y obtenido de los belos y los titos cinco mil aliados, los envió contra Viriato. Éste los mató a todos, así que no escapó ni uno que llevara la noticia. Entonces, el cuestor permaneció en la ciudad aguardando alguna ayuda de Roma.

64 Viriato penetró sin temor alguno en Carpetania, que era un país rico, y se dedicó a devastarla hasta que Gayo Plaucio llegó de Roma con diez mil soldados de infantería y mil trescientos jinetes. Entonces, de nuevo Viriato fingió que huía y Plaucio mandó en su persecución a unos cuatro mil hombres, a los cuales Viriato, volviendo sobre sus pasos, dio muerte a excepción de unos pocos. Cruzó el río Tajo y acampó en un monte cubierto de olivos, llamado monte de Venus. Allí[39] lo encontró Plaucio y, lleno de premura por borrar su derrota, le presentó batalla. Sin embargo, tras sufrir una derrota sangrienta, huyó sin orden alguno a las ciudades y se retiró a sus cuarteles de invierno desde la mitad del verano, sin valor para presentarse en ningún sitio. Viriato, entonces, se dedicó a recorrer el país sin que nadie le inquietase y exigía de sus poseedores el valor de la próxima cosecha y a quien no se lo entregaba, se la destruía.

65 Cuando en Roma se enteraron de estos hechos, enviaron a Iberia a Fabio Máximo Emiliano, el hijo de Emilio Paulo, el vencedor de Perseo rey de los macedonios, y le dieron poder de levar por sí mismo a un ejército. Como los romanos habían conquistado recientemente Cartago y Grecia y acababan de llevar a feliz término la tercera guerra macedónica, él, a fin de dar descanso a los hombres que habían venido de estos lugares, eligió a otros muy jóvenes y sin experiencia

[39] Suele identificarse con la Sierra de San Vicente, al norte de Talavera.

anterior alguna en la guerra, hasta completar dos legiones. Y, después de pedir otras fuerzas a los aliados, llegó a Orsón, una ciudad de Iberia, llevando en total quince mil soldados de infantería y dos mil jinetes. Desde allí, y puesto que no deseaba entablar batalla hasta que tuviese entrenado a su ejército, hizo un viaje a través del estrecho hasta Gades para realizar un sacrificio a Hércules. En este lugar, Viriato, cayendo sobre algunos que estaban cortando leña, dio muerte a muchos de ellos y aterrorizó a los restantes. Cuando su lugarteniente los dispuso de nuevo para combatir, Viriato los volvió a vencer y capturó un botín abundante. Cuando llegó Máximo, Viriato sacaba continuamente el ejército en orden de batalla para provocarle, pero aquél rehusaba un enfrentamiento con la totalidad de su ejército, pues todavía estaba ejercitándolos, aunque, en cambio, sostuvo escaramuzas muchas veces con parte de sus tropas para tantear al enemigo e infundir valor a sus propios soldados. Cuando salía a forrajear, colocaba siempre alrededor de los hombres desarmados a un cordón de legionarios y él mismo con jinetes recorría la zona, como había visto hacer cuando combatía junto a su padre Paulo en la guerra macedónica. Después que pasó el invierno, con el ejército entrenado, fue el segundo general que hizo huir a Viriato, aunque éste combatió con valentía; saqueó una de sus ciudades, incendió otra y, persiguiendo en su huida a Viriato hasta un lugar llamado Bécor[40], le mató a muchos hombres. Pasó el invierno en Córduba[41], siendo éste ya el segundo año de su mando como general en esta guerra. Y Emiliano, después de haber realizado estas campañas, partió para Roma, recibiendo el mando Quinto Pompeyo Aulo.

---

40 Tal vez Baecula (Bailén).

41 Córdoba.

66 Después de esto, Viriato no despreciaba ya al enemigo como antes y obligó a sublevarse contra los romanos a los arevacos, titos y belos que eran los pueblos más belicosos. Y éstos sostuvieron por su cuenta otra guerra que recibió el nombre de «numantina» por una de sus ciudades y fue larga y penosa en grado sumo para los romanos. Yo agruparé también lo concerniente a esta guerra en una narración continuada después de los hechos de Viriato. Este último tuvo un enfrentamiento con Quintio, otro general romano, en la otra parte de Iberia y, al ser derrotado, se retiró de nuevo al monte de Venus. Desde allí hizo de nuevo una salida, dio muerte a mil soldados de Quintio y le arrebató algunas enseñas. Al resto lo persiguió hasta su campamento y expulsó a la guarnición de Ituca [42]. También devastó el país de los bastitanos, sin que Quintio acudiera en auxilio de éstos a causa de su cobardía e inexperiencia. Por el contrario, estaba invernando en Córduba desde mitad del otoño y, con frecuencia, enviaba contra él a Gayo Marcio, un ibero de la ciudad de Itálica.

67 Al año siguiente, Fabio Máximo Serviliano, el hermano de Emiliano, llegó como sucesor de Quintio en el mando, con otras dos legiones y algunos aliados. En total sus fuerzas sumaban unos dieciocho mil infantes y mil seiscientos jinetes. Después de escribir cartas a Micipsa, el rey de los númidas, para que le enviase elefantes lo más pronto posible, se apresuró hacia Ituca llevando el ejército por secciones. Al atacarle Viriato con seis mil hombres en medio de un griterío y clamores a la usanza bárbara y con largas cabelleras que agitaban en los combates ante los enemigos, no se amilanó, *sino que le hizo frente con bravura* y logró rechazarlo sin que hubiera conseguido su propósito. Después que llegó el resto del ejército y en-

---

[42] En otros autores, Tucci, hoy Martos (Jaén).

viaron desde África diez elefantes y trescientos jinetes, estableció un gran campamento y avanzó al encuentro de Viriato, y tras ponerlo en fuga, emprendió su persecución. Pero, como ésta se realizó en medio del desorden, Viriato, al percatarse de ello durante su huida, dio media vuelta y mató a tres mil romanos. Al resto los llevó acorralados hasta su campamento y los atacó también. Sólo unos pocos le opusieron resistencia a duras penas alrededor de las puertas, pero la mayoría se precipitó en el interior de las tiendas a causa del miedo y tuvieron que ser sacados con dificultad por el general y los tribunos. En esta ocasión destacó en especial Fanio, el cuñado de Lelio, y la proximidad de la noche contribuyó a la salvación de los romanos. Pero Viriato, atacando con frecuencia durante la noche, así como a la hora de la canícula, y presentándose cuando menos se le esperaba, acosaba a los enemigos con la infantería ligera y sus caballos, mucho más veloces, hasta que obligó a Serviliano a regresar a Ituca.

Entonces, por fin, Viriato, falto de provisiones y con 68
el ejército mermado, prendió fuego a su campamento durante la noche y se retiró a Lusitania. Serviliano, como no pudo darle alcance, invadió Beturia[43] y saqueó cinco ciudades que se habían puesto de parte de Viriato. Con posterioridad, hizo una expedición militar contra los cuneos y, desde allí, se apresuró, una vez más, hacia los lusitanos contra Viriato. Mientras estaba de camino, Curio y Apuleyo, dos capitanes de ladrones, lo atacaron con diez mil hombres, provocaron una gran confusión y le arrebataron el botín. Curio cayó en la lucha, y Serviliano recobró su botín poco después y tomó las ciudades de Escadia[44], Gemela[45] y Obólco-

---

[43] Beturia, región de la Bética entre los ríos Guadiana y Guadalquivir.

[44] En la provincia de Jaén probablemente, sin identificar.

[45] Quizá Tucci, cf. n. 42.

la[46], que contaban con guarniciones establecidas por Viriato, y saqueó otras e, incluso, perdonó a otras más. Habiendo capturado a diez mil prisioneros, les cortó la cabeza a quinientos y vendió a los demás. Después de apresar a Cónnoba, un capitán de bandoleros que se le rindió, le perdonó sólo a él, pero le cortó las manos a todos sus hombres.

69 Durante la persecución de Viriato, Serviliano empezó a rodear con un foso Erisana[47], una de sus ciudades, pero Viriato entró en ella durante la noche y, al rayar el alba, atacó a los que estaban trabajando en la construcción de trincheras y les obligó a que arrojaran las palas y emprendieran la huida. Después derrotó de igual manera y persiguió al resto del ejército, desplegado en orden de batalla por Serviliano. Lo acorraló en un precipicio, de donde no había escape posible para los romanos, pero Viriato no se mostró altanero en este momento de buena fortuna sino que, por el contrario, considerando que era una buena ocasión de poner fin a la guerra mediante un acto de generosidad notable, hizo un pacto con ellos y el pueblo romano lo ratificó: que Viriato era amigo del pueblo romano y que todos los que estaban bajo su mandato eran dueños de la tierra que ocupaban. De este modo parecía que había terminado la guerra de Viriato, que resultó la más difícil para los romanos, gracias a un acto de generosidad.

70 Sin embargo, los acuerdos no duraron ni siquiera un breve espacio de tiempo, pues Cepión, hermano y sucesor en el mando de Serviliano, el autor del pacto, denunció el mismo y envió cartas afirmando que era el más indigno para los romanos. El senado en un principio convino con él en que hostigara a ocultas a Vi-

---

46 En latín *Obulco*, Porcuna (Jaén).

47 Tal vez la ciudad de Arsa, que aparece un poco después, en Beturia.

riato como estimara oportuno. Pero como volvía a la carga de nuevo y mandaba continuas misivas, decidió romper el tratado y hacer la guerra a Viriato abiertamente. Cuando ésta se hizo pública, Cepión se apoderó de la ciudad de Arsa [48], abandonada por Viriato, y a éste que había huido destruyendo todo a su paso, le dio alcance en Carpetania con fuerzas mucho más numerosas. Por esta razón, Viriato no juzgó conveniente entablar un combate con él, dada la inferioridad numérica de sus tropas, y ordenó retirarse al grueso de su ejército por un desfiladero oculto; al resto lo puso en orden de batalla sobre una colina y dio la impresión de que deseaba combatir. Y cuando se enteró de que los que habían sido enviados previamente se encontraban en un lugar seguro, se lanzó a galope en pos de ellos con desprecio del enemigo y con tal rapidez que ni siquiera sus perseguidores se percataron de por donde se había marchado. Y Cepión se volvió hacia los vettones y calaicos y devastó su país.

Como emulación de los hechos de Viriato, muchas 71
otras bandas de salteadores hacían incursiones por Lusitania y la saqueaban. Sexto Junio Bruto fue enviado contra éstos, pero perdió la esperanza de poder perseguirlos a través de un extenso país al que circundaban ríos navegables como el Tajo, Letes [49], Duero y Betis [50]. Consideraba, en efecto, que era difícil dar alcance a gentes que, como precisamente los salteadores, cambiaban de lugar con tanta rapidez, al tiempo que resultaba humillante fracasar en el intento y tampoco comportaba gloria alguna el triunfo en la empresa. Se volvió, por tanto, contra sus ciudades en espera de to-

[48] Quizá Azuaga (Badajoz).

[49] Río no identificado. La traducción sería «(río) del olvido».

[50] Si no se trata de un error del propio Apiano, la forma *Baitēs* parece corrupta, tal vez a partir de *Baînis*, río que otros llaman *Mínios* (Miño), cf. ESTRABÓN, III 3, 4.

marse venganza, de proporcionar al ejército un botín abundante y de que los salteadores se disgregaran hacia sus ciudades respectivas, cuando vieran en peligro a sus hogares. Con este propósito se dedicó a devastar todo lo que encontraba a su paso, las mujeres luchaban al lado de los hombres, y morían con ellos, sin dejar escapar jamás grito alguno al ser degolladas. Hubo algunos que escaparon también a las montañas con cuanto pudieron llevar. A éstos cuando se lo pidieron los perdonó Bruto e hizo lotes con sus bienes.

72 Después de atravesar el río Duero, llevó la guerra a muchos lugares reclamando gran cantidad de rehenes a quienes se le entregaban, hasta que llegó al río Letes, y fue el primer romano que proyectó cruzar este río. Lo cruzó, en efecto, y llegó hasta otro río llamado Nimis[51] e hizo una expedición contra los brácaros, que le habían arrebatado las provisiones que llevaba. Es éste un pueblo enormemente belicoso que combate juntamente con sus mujeres que llevan armas y mueren con ardor sin que ninguno de ellos haga gesto de huir, ni muestre su espalda, ni deje escapar un grito. De las mujeres que son capturadas, unas se dan muerte a sí mismas y otras, incluso, dan muerte a sus hijos con sus propias manos, alegres con la muerte más que con la esclavitud. Algunas ciudades que entonces se pasaron al lado de Bruto se sublevaron poco después y Bruto las sometió de nuevo.

73 Se dirigió contra Talábriga[52], ciudad que con frecuencia había sido sometida por él y que volvía a sublevarse causándole problemas. También en aquella ocasión le solicitaron el perdón sus habitantes y se rindieron sin condiciones. Él les exigió, en primer lugar, a los desertores romanos, a los prisioneros, todas las

---

51 Tal vez el Miño.

52 Aveiro (Portugal).

armas que poseían y, además de esto, rehenes; después les ordenó que abandonaran la ciudad en compañía de sus hijos y de sus mujeres. Cuando también le hubieron obedecido en esto, los rodeó con todo su ejército y pronunció un discurso reprochándoles cuántas veces se habían sublevado y habían renovado la guerra contra él. Después de haberles infundido miedo y de dar la impresión de que iba a infligirles un castigo terrible, cesó en sus reproches y les dejó volver a su ciudad para que la siguieran habitando en contra de lo que esperaban, pues les había quitado sus caballos, el trigo, cuanto dinero poseían y cualquier otro recurso público. Bruto, después de haber realizado todas estas empresas, partió hacia Roma. Yo he unido estos hechos a la narración de Viriato, puesto que fueron provocados por otros salteadores al mismo tiempo y por emulación de aquél.

Viriato envió a sus amigos más fieles, Audax, Ditalcón y Minuro, a Cepión para negociar los acuerdos de paz. Éstos, sobornados por Cepión con grandes regalos y muchas promesas, le dieron su palabra de matar a Viriato. Y lo llevaron a cabo de la manera siguiente. Viriato, debido a sus trabajos y preocupaciones, dormía muy poco y las más de las veces descansaba armado para estar dispuesto a todo de inmediato, en caso de ser despertado. Por este motivo, le estaba permitido a sus amigos visitarle durante la noche. Gracias a esta costumbre, también en esta ocasión los socios de Audax aguardándole, penetraron en su tienda en el primer sueño, so pretexto de un asunto urgente, y lo hirieron de muerte en el cuello que era el único lugar no protegido por la armadura. Sin que nadie se percatara de lo ocurrido a causa de lo certero del golpe, escaparon al lado de Cepión y reclamaron la recompensa. Éste en ese mismo momento les permitió disfrutar sin miedo de lo que poseían, pero en lo tocante a sus demandas los 74

envió a Roma. Los servidores de Viriato y el resto del ejército, al hacerse de día, creyendo que estaba descansando, se extrañaron a causa de su descanso desacostumbradamente largo y, finalmente, algunos descubrieron que estaba muerto con sus armas. Al punto los lamentos y el pesar se extendieron por todo el campamento, llenos todos de dolor por él y temerosos por su seguridad personal al considerar en qué clase de riesgos estaban inmersos y de qué general habían sido privados. Y lo que más les afligía era el hecho de no haber encontrado a los autores.

75 Tras haber engalanado espléndidamente el cadáver de Viriato, lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor. La infantería y la caballería corriendo a su alrededor por escuadrones con todo su armamento prorrumpía en alabanzas al modo bárbaro y todos permanecieron en torno al fuego hasta que se extinguió. Una vez concluido el funeral, celebraron combates individuales junto a su tumba. Tan grande fue la nostalgia que de él dejó tras sí Viriato, un hombre que aun siendo bárbaro, estuvo provisto de las cualidades más elevadas de un general; era el primero de todos en arrostrar el peligro y el más justo a la hora de repartir el botín. Pues jamás aceptó tomar la porción mayor aunque se lo pidieran en todas las ocasiones, e incluso aquello que tomaba lo repartía entre los más valientes. Gracias a ello tuvo un ejército con gente de diversa procedencia sin conocer en los ocho años de esta guerra ninguna sedición, obediente siempre y absolutamente dispuesto a arrostrar los peligros, tarea ésta dificilísima y jamás conseguida fácilmente por ningún general. Después de su muerte eligieron a Tántalo, uno de ellos, como general y se dirigieron a Sagunto, ciudad que Aníbal, tras haberla tomado, había fundado de nuevo y le había dado el

nombre de Cartago Nova, en recuerdo de su patria[53]. Cuando fueron rechazados de allí y estaban cruzando el río Betis los atacó Cepión y, finalmente, Tántalo exhausto se rindió con su ejército a Cepión, a condición de que fueran tratados como un pueblo sometido. Los despojó de todas sus armas y les concedió tierra suficiente, a fin de que no tuvieran que practicar el bandidaje por falta de recursos. Y de este modo acabó la guerra de Viriato.

Retorna ahora nuestra historia a la guerra de areva- 76
cos y numantinos, a los que Viriato había incitado a la revuelta. Cecilio Metelo fue enviado desde Roma contra ellos con un ejército más numeroso y sometió a los arevacos, cayendo sobre ellos con sobrecogedora rapidez, mientras estaban entregados a las faenas de la recolección. Sin embargo, todavía le quedaban Termancia[54] y Numancia. Numancia era de difícil acceso, pues estaba rodeada por dos ríos, precipicios y bosques muy densos. Sólo existía un camino que descendía a la llanura, el cual estaba lleno de zanjas y empalizadas. Sus habitantes eran excelentes soldados, tanto a caballo como a pie, y en total sumaban unos ocho mil. Aun siendo tan pocos pusieron en graves aprietos a los romanos a causa de su valor. Metelo, después del invierno, entregó a Quinto Pompeyo [Aulo], su sucesor en el mando, el ejército consistente en treinta mil soldados de infantería y dos mil jinetes perfectamente entrenados. Pompeyo, cuando estaba acampado ante Numancia, marchó a cierto lugar, y los numantinos, descendiendo, mataron a un cuerpo de su caballería que corría detrás de él. Cuando regresó, desplegó su ejército en la llanura y los numantinos bajando a su encuentro se replegaron un poco como intentando huir

53 De nuevo el error de Apiano ya visto antes, cf. nota 10.
54 Cerca de Montejo (Soria).

hasta que Pompeyo (...) en las empalizadas y precipicios.

77 Como fuera derrotado a diario en escaramuzas por un enemigo muy inferior, se dirigió contra Termancia por considerarlo una tarea mucho más fácil. Sin embargo también aquí cuando trabó combate perdió setecientos hombres y los termantinos pusieron en fuga al tribuno que les llevaba provisiones, y en un tercer intento en ese mismo día, tras acorralar a los romanos en una zona escarpada, arrojaron al precipicio a muchos de ellos, soldados de infantería y de caballería con sus caballos. Los demás, llenos de temor, pasaron la noche armados y cuando al despuntar la aurora les atacaron los enemigos, combatieron el día entero ordenados en formación de combate con una suerte incierta y fueron separados por la noche. A la vista de esto, Pompeyo marchó contra una pequeña ciudad llamada Malia[55], que custodiaban los numantinos, y sus habitantes mataron con una emboscada a la guarnición y entregaron la ciudad a Pompeyo. Éste, después de exigirles sus armas, así como rehenes, se trasladó a Sedetania que era devastada por un capitán de bandoleros llamado Tangino. Pompeyo lo venció y tomó muchos prisioneros. Sin embargo, la arrogancia de estos bandidos era tan grande, que ninguno soportó la esclavitud, sino que unos se dieron muerte a sí mismos, otros mataron a sus compradores y otros perforaron las naves durante la travesía.

78 Pompeyo retornó otra vez a Numancia e intentó desviar el curso de un río hacia la llanura con objeto de reducir a la ciudad por hambre. Pero los numantinos lo atacaron mientras estaba dedicado a esta tarea, y

[55] Sin localizar; situada quizá entre Termancia y Ocilis, en la actual provincia de Soria, cerca de Numancia o de Almazán.

sin ninguna señal de trompeta, saliendo a la carrera todos juntos, asaltaron a los que trabajaban en el río. También asaetearon a los que venían en su auxilio desde el campamento y los encerraron dentro del mismo. Atacando a otros que buscaban forraje, mataron a muchos y entre ellos a Opio, tribuno militar. En otro lugar atacaron a los romanos cuando cavaban una zanja y dieron muerte a unos cuatrocientos y a su jefe. Después de estos sucesos vinieron a Pompeyo desde Roma unos consejeros, y para los soldados, que llevaban ya seis años de campaña, nuevos reemplazos recién reclutados, todavía sin entrenar y sin experiencia de la guerra. Pompeyo, avergonzado por sus desastres y ardiendo en deseos de recuperar su honor, permaneció con éstos en el campamento durante el invierno. Los soldados, acampados al aire libre en medio de un frío gélido y poco habituados aún al agua y el clima del país, enfermaron del vientre y algunos perecieron. A un destacamento que había salido en busca de forraje, los numantinos, ocultándose, le tendieron una emboscada muy cerca del campamento romano y les dispararon dardos para provocarles, hasta que algunos, sin poder soportarlo, salieron contra ellos, y los que estaban emboscados salieron de su escondite y les hicieron frente. Muchos soldados y oficiales romanos perecieron y los numantinos salieron al encuentro de los que llevaban el forraje y mataron a muchos.

Pompeyo, aquejado por tan graves reveses, se re- 79
tiró a las ciudades en compañía de sus consejeros para pasar el resto del invierno, a la espera de que llegara su sucesor en primavera. Temeroso de ser llamado para una rendición de cuentas, entabló negociaciones a ocultas con los numantinos con vistas a poner fin a la guerra. Y éstos, a su vez, cansados por la gran mortandad de sus mejores hombres, por la falta de productividad de la tierra, por la escasez de alimentos y

por la duración de la guerra, que se prolongaba más de lo esperado, enviaron emisarios a Pompeyo. Éste les ordenó públicamente entregarse a los romanos —pues no conocía otra forma de pactar digna de Roma—, pero en secreto les prometió lo que pensaba hacer. Cuando hubieron llegado a un acuerdo y se entregaron, les exigió rehenes, prisioneros de guerra y a los desertores, y lo obtuvo todo. También pidió treinta talentos de plata. Los numantinos entregaron una parte de esta suma de inmediato y Pompeyo estuvo de acuerdo en esperar para el resto. Cuando se presentó su sucesor, Marco Popilio Lena, ellos llevaron el resto del dinero, y Pompeyo, al sentirse liberado del miedo a la guerra a causa de la presencia de su sucesor y siendo consciente de que el tratado era vergonzoso y se había realizado sin el consenso de Roma, negó haber llevado a cabo pacto alguno con los numantinos. Entonces, éstos probaron su falsedad mediante los testigos que estaban presentes en aquella ocasión, pertenecientes al senado y los prefectos de caballería y tribunos militares de Pompeyo. Popilio los envió a Roma para que se querellaran allí con Pompeyo. Celebrado el juicio en el senado, los numantinos y Pompeyo dirimieron su querella y el senado decidió continuar la guerra con los numantinos. Popilio atacó a los lusones, un pueblo vecino de aquéllos, pero sin haber obtenido ningún resultado —pues llegó Hostilio Mancino, su sucesor en el mando—, regresó a Roma.

80 Mancino sostuvo frecuentes combates con los numantinos y fue derrotado muchas veces; finalmente, habiendo sufrido numerosas bajas se retiró a su campamento. Al propalarse el rumor de que los cántabros y vacceos venían en socorro de los numantinos, pasó toda la noche, lleno de temor, en la oscuridad sin encender fuego y huyó a un descampado que había servido, en cierta ocasión, de campamento a Nobílior. Al

llegar el día y verse encerrado con su ejército en este lugar sin preparación ni fortificación, cercado por los numantinos que amenazaban con matar a todos, a menos que hicieran la paz, consintió en firmar un pacto sobre una base de equidad e igualdad para romanos y numantinos. Él se comprometió a este pacto con los numantinos mediante un juramento. Sin embargo, cuando se conoció esto en Roma, lo tomaron muy a mal por considerar el tratado como el más vergonzoso de todos, y enviaron a Iberia al otro cónsul, Emilio Lépido. A Mancino lo llamaron para juicio, y lo siguieron embajadores de los numantinos. Emilio, entre tanto, cansado de la inactividad mientras aguardaba la respuesta de Roma —puesto que, en efecto, algunos accedían al mando buscando gloria, botín o el honor del triunfo más bien que el provecho de su ciudad—, acusó falsamente a los vacceos de haber suministrado víveres a los numantinos en el transcurso de esta guerra, de modo que llevó a cabo una incursión contra su país y puso cerco a la ciudad de Palantia, que era la más importante de los vacceos y que en nada había faltado al tratado. También convenció a su cuñado Bruto, que había sido enviado a la otra parte de Iberia, según ya dije antes, a tomar parte en esta empresa.

Le dieron alcance Cinna y Cecilio, embajadores 81
procedentes de Roma, quienes dijeron que el senado estaba en la duda de si, después de los desastres tan grandes que habían sufrido en Iberia, Emilio iba a provocar otra guerra, y le entregaron un decreto prohibiendo que Emilio hiciera la guerra a los vacceos. Pero él, como había comenzado ya la guerra y creía que el senado desconocía este hecho, así como que le acompañaba Bruto y que los vacceos habían proporcionado trigo, dinero y tropas a los numantinos, y puesto que sospechaba también que la retirada de la guerra sería peligrosa y casi entrañaría la pérdida de toda Iberia,

si sus habitantes llegaban a despreciarles por cobardes, despachó a Cinna y a los suyos sin haber conseguido su misión y puso en conocimiento de todos estos hechos al senado por medio de cartas. Él, por su parte, después de haber construido un fortín, fabricó en su interior máquinas de guerra y almacenó trigo. Flaco, que había salido a recoger forraje, cayó en una emboscada e hizo correr muy hábilmente el rumor de que Emilio se había apoderado de Palantia. El ejército prorrumpió en alaridos para festejar la victoria y los bárbaros, al enterarse y creer que era verdad, se retiraron. De esta forma, salvó Flaco del peligro a las provisiones.

82 Al prolongarse el asedio de Palantia, comenzaron a faltar los alimentos a los romanos y el hambre hizo presa en ellos, todos sus animales de carga perecieron y muchos hombres empezaron a morir de necesidad. Los generales Emilio y Bruto resistieron con paciencia durante mucho tiempo, pero, vencidos por la mala situación, dieron la orden de retirarse, de manera repentina, una noche alrededor de la última guardia. Los tribunos militares y los centuriones corrían de un lado a otro apremiando a todos a hacer esto antes del amanecer. Y ellos, en medio del tumulto, lo abandonaron todo, incluso a los heridos y enfermos que se abrazaban a ellos y les suplicaban que no los abandonasen. Como la retirada se llevó a cabo de forma confusa y desordenada y muy semejante a una huida, los habitantes de Palantia atacando desde todos los lugares les causaron muchas heridas desde el amanecer hasta la tarde. Cuando llegó la noche, los romanos, hambrientos y exhaustos, se dejaron caer en el suelo agrupados, según cayó cada uno, y los de Palantia se retiraron gracias a una intervención de la divinidad. Y esto fue lo que ocurrió a Emilio.

83 Cuando los romanos se enteraron de ello, separaron a Emilio del mando y del consulado; retornó a Roma

como un ciudadano privado y se le impuso una multa. Todavía se estaba dirimiendo la querella entre Mancino y los embajadores numantinos. Estos últimos mostraron públicamente el tratado que habían realizado con Mancino y éste transfirió la culpa del mismo a Pompeyo, su predecesor en el mando, imputándole que había puesto en sus manos un ejército inactivo y mal equipado y que, por esto mismo, también aquél había sido derrotado muchas veces y había efectuado tratados similares con los numantinos. En consecuencia, afirmó que esta guerra, decretada por los romanos en violación de estos tratados, había sido llevada bajo auspicios funestos. Los senadores se irritaron con ambos por igual, pero Pompeyo escapó, debido a que ya antes había sido juzgado por estos hechos. Y decidieron entregar a Mancino a los numantinos por haber llevado a cabo un tratado vergonzoso sin su autorización, argumentando que también sus antepasados habían entregado a los samnitas a veinte generales que habían tratado en semejantes condiciones sin su consentimiento. Por tanto, Furio, llevando a Mancino de vuelta a Iberia, lo entregó, inerme, a los numantinos, pero ellos no lo aceptaron. Elegido general contra ellos Calpurnio Pisón no realizó ningún intento contra Numancia, sino que hizo una incursión contra el territorio de Palantia y, tras haberlo devastado un poco, pasó el resto de su mandato en sus cuarteles de invierno en Carpetania.

En Roma, el pueblo, cansado ya de la guerra contra 84
los numantinos, que se alargaba y les resultaba mucho más difícil de lo que esperaban, eligió a Cornelio Escipión, el conquistador de Cartago, para desempeñar de nuevo el consulado, en la idea de que era el único capaz de vencer a los numantinos. Éste también en la presente ocasión tenía menos edad de la establecida

por la ley para acceder al consulado [56], por consiguiente el senado, una vez más, como cuando fue elegido este mismo Escipión contra los cartagineses, decretó que los tribunos de la plebe dejaran en suspenso la ley referente a la edad y la pusieran de nuevo en vigor al año siguiente. De esta manera Escipión, cónsul por segunda vez, se apresuró contra Numancia. Él no formó ningún ejército de las listas de ciudadanos inscritos en el servicio militar, pues eran muchas las guerras que tenían entre manos y había gran cantidad de hombres en Iberia. Sin embargo, con el consenso del senado, se llevó a algunos voluntarios que le habían enviado algunas ciudades y reyes en razón de lazos personales de amistad, y a quinientos clientes y amigos de Roma, a los que enroló en una compañía y los llamó la compañía de los amigos. A todos ellos, que en total eran unos cuatro mil, los puso bajo el mando de su sobrino Buteón y él, con unos pocos, se adelantó hacia Iberia para unirse al ejército, pues se había enterado que estaba lleno de ociosidad, discordias y lujo, y era plenamente consciente de que jamás podría vencer a sus enemigos antes de haber sometido a sus hombres a la disciplina más férrea.

85 Nada más llegar, expulsó a todos los mercaderes y prostitutas, así como a los adivinos y sacrificadores, a quienes los soldados, atemorizados a causa de las derrotas, consultaban continuamente. Asimismo les prohibió llevar en el futuro cualquier objeto superfluo, incluso víctimas sacrificiales con propósitos adivinatorios. Ordenó también que fueran vendidos todos los carros y la totalidad de los objetos innecesarios que contuvieran y las bestias de tiro, salvo las que permitió que se

---

[56] La ley a que hace referencia es la *Lex Villia annalis*, del 180 a. C. (cf. más detalles en G. ROTONDI, *Leges publicae populi Romani*, Hildesheim, reimp. 1966, págs. 278-79.

quedaran. A nadie le fue autorizado tener utensilios para su vida cotidiana, exceptuando un asador, una marmita de bronce y una sola taza. Les limitó la alimentación a carne hervida o asada. Prohibió que tuvieran camas y él fue el primero en descansar sobre un lecho de yerba. Impidió también que cabalgaran sobre mulas cuando iban de marcha, pues: «¿Qué se puede esperar, en la guerra —dijo— de un hombre que es incapaz de ir a pie?». Tuvieron que lavarse y untarse con aceite por sí solos, diciendo en son de burla Escipión que únicamente las mulas, al carecer de manos, tenían necesidad de quienes las frotaran. De esta forma, los reintegró a la disciplina a todos en conjunto y también los acostumbró a que lo respetaran y temieran, mostrándose de difícil acceso, parco a la hora de otorgar favores y, de modo especial, en aquellos que iban contra las ordenanzas. Repetía, en numerosas ocasiones, que los generales austeros y estrictos en la observancia de la ley eran útiles para sus propios hombres, mientras que los dúctiles y amigos de regalos lo eran para sus enemigos, pues, decía, los soldados de estos últimos están alegres pero indisciplinados y, en cambio, los de los primeros, aunque con un aire sombrío, son, no obstante, obedientes y están dispuestos a todo.

Pero con todo, ni aun así se atrevió a entablar com- 86
bate hasta que los ejercitó con muchos trabajos. Así que, recorriendo a diario todas las llanuras más cercanas, construía y demolía a continuación un campamento tras otro, cavaba las zanjas más profundas y las volvía a llenar, edificaba grandes muros y los echaba abajo otra vez, inspeccionándolo todo en persona desde la aurora hasta el atardecer. Las marchas, con objeto de que nadie pudiera escaparse como sucedía antes, las llevaba a cabo siempre en formación cuadrada y sin que estuviese permitido a ninguno cambiar el lugar de la formación que le había sido asignado. Recorría la

línea de marcha y, presentándose muchas veces en la retaguardia, hacía subir en los caballos a los soldados desfallecidos en lugar de los jinetes y, cuando las mulas estaban sobrecargadas, repartía la carga entre los soldados de a pie. Si acampaban al aire libre, los que habían formado la vanguardia durante el día debían colocarse en torno al campamento después de la marcha y un cuerpo de jinetes recorrer los alrededores. Los demás, por su parte, realizaban las tareas encomendadas a cada uno, unos cavaban trincheras, otros hacían trabajos de fortificación, otros levantaban las tiendas de campaña, y estaba fijado y medido el tiempo de realización de todos estos menesteres.

87 Cuando calculó que el ejército estaba presto, obediente a él y capaz de soportar el trabajo, trasladó su campamento a las cercanías de los numantinos. Pero no estableció, como algunos, avanzadillas en puestos de guardia fortificados ni dividió por ningún concepto a su ejército a fin de que, en caso de ocurrir algún contratiempo en un principio, no se ganara el desprecio de los enemigos, que, incluso entonces, ya los menospreciaban. No llevó a cabo tampoco ningún intento contra aquéllos, pues todavía estudiaba la naturaleza de la guerra, su momento favorable y cuáles serían los planes de los numantinos. Recorrió, en busca de forraje, toda la zona situada detrás del campamento y segó el trigo todavía verde. Cuando hubo segado todos estos campos, se hizo preciso marchar hacia adelante. Había un atajo que pasaba junto a Numancia en dirección a la llanura y muchos le aconsejaban que lo tomara. Manifestó, sin embargo, que temía el retorno, pues los enemigos estarían, entonces, descargados y tendrían a su ciudad como base desde donde atacar y a la que poder retirarse. Y añadió: «En cambio, los nuestros retornarán cargados, como es natural en una expedición que viene de recoger trigo, y exhaustos, y llevarán animales de carga, carros

y vituallas. El combate será muy difícil y desigual; arrostraremos un gran peligro, si somos vencidos, y sin embargo, en caso de vencer, no obtendremos una gloria grande ni provechosa. Es ilógico exponerse al peligro por un resultado pequeño y es incauto el general que acepta el combate antes del momento propicio; bueno, en cambio, lo es el que sólo se arriesga en el momento necesario». Y prosiguió, a modo de comparación, que tampoco los médicos echan mano de amputaciones o cauterizaciones antes que de fármacos. Después de haber dicho esto, ordenó a sus oficiales que hicieran la ruta por el camino más largo. Acompañó, entonces, a la expedición hasta el límite del campamento y se dirigió a continuación al territorio de los vacceos, de donde los numantinos compraban sus provisiones, segando todo lo que encontraba y reuniendo lo que era útil para su alimentación, mientras que lo sobrante lo amontonaba en pilas y le prendía fuego.

En una cierta llanura de Palantia, llamada Coplanio, 88
los palantinos habían ocultado un grueso contingente de tropas en las estribaciones boscosas de las montañas y, con otros, atacaron abiertamente a los romanos mientras recogían el trigo. Escipión ordenó a Rutilio Rufo, historiador de estos sucesos y, a la sazón, tribuno militar, que tomase cuatro cuerpos de caballería y pusiera en retirada a los asaltantes. Rufo los siguió, en efecto, cuando se retiraban con excesiva torpeza y alcanzó con los fugitivos la espesura. Entonces, al descubrir la emboscada, ordenó a los jinetes que no entablaran una persecución ni atacaran todavía, sino que se quedaran quietos presentando las lanzas y se limitaran a rechazar el ataque. Escipión, al correr Rufo hacia la colina en contra de lo ordenado, lleno de temor lo siguió con rapidez y, cuando descubrió la emboscada, dividió su caballería en dos cuerpos y les ordenó a cada uno que cargaran contra el enemigo alternativamente,

y que se retiraran al punto después de disparar sus jabalinas todos a la vez, pero no hacia el mismo lugar, sino colocándose en cada ocasión un poco más atrás y retrocediendo. De esta forma, consiguió llevar a salvo a los jinetes a la llanura. Cuando estaba levantando el campamento y emprendía la retirada, se interponía un río difícil de atravesar y cenagoso, y junto a él, le esperaban emboscados los enemigos. Escipión, al enterarse, se desvió de la ruta y tomó otra más larga y menos propicia para las emboscadas, haciendo el viaje de noche a causa del calor y la sed, y cavando pozos, la mayoría de los cuales resultaron ser de agua amarga. Logró salvar a sus hombres con extrema dificultad, pero algunos de los caballos y bestias de carga murieron de sed.

89 Mientras atravesaba el territorio de los cauceos, cuyo tratado había violado Lúculo, les hizo saber por medio de un heraldo que podían regresar sin peligro a sus hogares. Y prosiguió hasta el territorio de Numancia para pasar el invierno. Allí se le unió también, procedente de Africa, Yugurta, el nieto de Masinissa, con 12 elefantes y los arqueros y honderos que habitualmente le acompañaban en la guerra. A Escipión, entregado al saqueo y a la devastación constante de las zonas de alrededor, le pasó inadvertida una emboscada en una aldea que estaba circundada, en su mayor parte, por una laguna cenagosa y, por el otro lado, por un barranco en el que estaba escondida la tropa emboscada. Escipión dividió a su ejército, unos penetraron en la aldea para saquearla, dejando fuera las insignias, y otros, en número pequeño, recorrían los alrededores a caballo. Contra éstos se lanzaron los emboscados. Ellos trataron de rechazarlos, pero Escipión, que se encontraba por casualidad junto a las insignias delante de la aldea, llamó a toque de trompeta a los de dentro y, antes de llegar a contar con mil hombres, corrió en

auxilio de los jinetes que estaban en situación difícil. El grueso del ejército se lanzó fuera de la aldea y puso en fuga a los enemigos, pero no persiguió a los que huían, sino que se retiró al campamento tras haber sufrido pocas bajas ambas partes.

No mucho después, estableció dos campamentos 90
muy próximos a Numancia y puso al frente de uno de ellos a su hermano Máximo, en tanto que él en persona se encargaba del otro. A los numantinos, que con frecuencia salían fuera de la ciudad en orden de combate y le provocaban a la lucha, no les hacía caso alguno, porque consideraba más conveniente cercarlos y reducirlos por hambre que entablar un combate con hombres que luchaban en situación desesperada. Y después de establecer siete fuertes en torno a la ciudad, ⟨comenzó⟩ el asedio y escribió cartas a cada una ⟨de las tribus aliadas indicando el número de tropas⟩ que debían enviar. Tan pronto como llegaron, las dividió en muchas partes y también subdividió a su propio ejército. A continuación, designó un jefe para cada una de esas partes y ordenó rodear la ciudad de una zanja y una empalizada. La circunferencia de Numancia era de veinticuatro estadios, y aquélla de los trabajos de circunvalación, de más del doble de esa cifra. Todo este espacio de terreno fue dividido y asignado a cada una de esas partes y se les ordenó que, si los enemigos lanzaban un ataque contra un punto determinado, se lo indicaran con una señal; durante el día, con un trapo rojo colocado sobre la punta de una alta pica, y de noche, con fuego, a fin de que, tanto él como Máximo, pudieran ayudar a los necesitados corriendo junto a ellos. Una vez que tuvo adoptadas todas las medidas y podía ya rechazar eficazmente a los que trataban de impedirlo, cavó otro foso detrás, no lejos de aquél, lo fortificó con una empalizada y construyó un muro de ocho pies de ancho y diez de alto sin contar las almenas.

Erigió torreones a lo largo de todo este muro, a intervalos de cien pies. Como no le fue posible prolongar el muro de circunvalación alrededor de la laguna adyacente, la rodeó de un terraplén de igual anchura y altura que las de la muralla para que sirviera a manera de muralla.

91 De este modo, Escipión fue el primero, según creo, que cercó con un muro a una ciudad que no rehuía el combate. El río Duero fluía a lo largo del cinturón de fortificaciones y resultaba de mucha utilidad a los numantinos para el transporte de víveres y para la entrada y salida de sus hombres. Éstos, buceando o navegando por él en pequeños botes, pasaban inadvertidos o bien lograban romper el cerco con ayuda de la vela, cuando soplaba un fuerte viento, o sirviéndose de los remos a favor de la corriente. Como no podía unir sus orillas por ser ancho y muy impetuoso, construyó dos torreones, en vez de un puente, uno en cada orilla y desde cada uno colgó, con cuerdas, grandes tablones de madera que dejó flotar a lo ancho del río, y que llevaban clavados numerosos dardos y espadas. Estos tablones, entrechocando continuamente, debido a la corriente que se precipitaba contra las espadas y los dardos, no permitían pasar a ocultas ni a quienes lo intentaban nadando, sumergidos o en botes. Y esto era lo que en especial deseaba Escipión que, al no poder establecer contacto nadie con ellos ni tampoco entrar, no tuviesen conocimiento de lo que sucedía en el exterior. De este modo, en efecto, llegarían a estar faltos de provisiones y de material de todo tipo.

92 Cuando todo estuvo dispuesto y las catapultas, las ballestas y las máquinas para lanzar piedras se hallaban apostadas sobre las torres, y estaban apilados junto a las almenas piedras, dardos y jabalinas, y los arqueros y honderos ocupaban sus lugares respectivos en los fuertes, colocó a lo largo de toda la obra de

fortificación numerosos mensajeros, que de día y de noche debían comunicarle lo que ocurriera transmitiéndose unos a otros las noticias. Cursó órdenes por cada torre, en el sentido de que, si ocurría algo, hiciera una señal el primero que tuviera problemas y que todos los demás le secundaran de igual modo cuando la vieran, a fin de que pudiera enterarse más rápidamente, por medio de la señal, de la perturbación, y, por medio de los mensajeros, de los detalles. El ejército estaba integrado por sesenta mil hombres, incluyendo las fuerzas indígenas. Dispuso que la mitad se encargara de la guardia de la muralla y de acudir a donde fuera necesaria su presencia; veinte mil hombres debían combatir desde los muros, cuando la ocasión lo requiriese, y otros diez mil constituirían un cuerpo de reserva de éstos. También a cada una de estas tropas le fue asignada una posición y no les estaba permitido intercambiarla sin órdenes previas. Sin embargo, debían lanzarse de inmediato al puesto ya asignado, tan pronto como se diera una señal de ataque. Tan concienzudamente tenía dispuestas Escipión todas las cosas.

Los numantinos, en muchas ocasiones, atacaron a 93
las fuerzas que vigilaban la muralla por diferentes lugares, y la aparición de los defensores era fugaz y sobrecogedora; las señales eran izadas en alto desde todos los lugares, los mensajeros corrían de un lado a otro, los encargados de combatir desde los muros saltaban hacia sus lugares en oleadas, las trompetas resonaban en cada torre de tal modo que el círculo completo presentaba para todos el aspecto más temible a lo largo de sus cincuenta estadios de perímetro. Y Escipión recorría este círculo para inspeccionarlo cada día y cada noche. Estaba firmemente convencido de que los enemigos, así copados, no podrían resistir por mucho tiempo al no poder recibir ya armas ni alimentos ni socorro.

94 Pero Retógenes, un numantino apodado Caraunio, el más valiente de su pueblo, después de convencer a cinco amigos, cruzó sin ser descubierto, en una noche de nieve, el espacio que mediaba entre ambos ejércitos en compañía de otros tantos sirvientes y caballos. Llevando una escala plegable y apresurándose hasta el muro de circunvalación, saltaron sobre él, Retógenes y sus compañeros, y después de matar a los guardianes de cada lado, enviaron de regreso a sus criados y, haciendo subir a los caballos por medio de la escala, cabalgaron hacia las ciudades de los arevacos con ramas de olivo de suplicantes, solicitando su ayuda para los numantinos en virtud de los lazos de sangre que unían a ambos pueblos. Pero algunos de los arevacos no les escucharon, sino que les hicieron partir de inmediato, llenos de temor. Había, sin embargo, una ciudad rica, Lutia[57], distante de los numantinos unos trescientos estadios, cuyos jóvenes simpatizaban vivamente con la causa numantina e instaban a su ciudad a concertar una alianza, pero los de más edad comunicaron este hecho, a ocultas, a Escipión. Éste, al recibir la noticia alrededor de la hora octava, se puso en marcha de inmediato con lo mejor de sus tropas ligeras y, al amanecer, rodeando a Lutia con sus tropas, exigió a los cabecillas de los jóvenes. Pero, después que le dijeron que éstos habían huido de la ciudad, ordenó decir por medio de un heraldo que saquearía la ciudad, a no ser que le entregaran a los hombres. Y ellos, por temor, los entregaron en número de cuatrocientos. Después de cortarles las manos, levantó la guardia y, marchando de nuevo a la carrera, se presentó en su campamento al amanecer del día siguiente.

95 Los numantinos, agobiados por el hambre, enviaron cinco hombres a Escipión con la consigna de enterarse

---

[57] Quizá la actual Cantalucía, 45 km. al NO. de Numancia.

de si los trataría con moderación, si se entregaban voluntariamente. Y Avaro, su jefe, habló mucho y con aire solemne acerca del comportamiento y valor de los numantinos, y afirmó que ni siquiera en aquella ocasión habían cometido ningún acto reprobable, sino que sufrían desgracias de tal magnitud por salvar la vida de sus hijos y esposas y la libertad de la patria. «Por lo que muy en especial —dijo—, Escipión, es digno que tú, poseedor de una virtud tan grande, te muestres generoso para con un pueblo lleno de ánimo y valor y nos ofrezcas, como alternativas de nuestros males, condiciones más humanas, que seamos capaces de sobrellevar, una vez que acabamos de experimentar un cambio de fortuna. Así que no está ya en nuestras manos, sino en las tuyas, o bien aceptar la rendición de la ciudad, si concedes condiciones mesuradas, o consentir que perezca totalmente en la lucha». Avaro habló de esta manera, y Escipión, que conocía la situación interna de la ciudad a través de los prisioneros, se limitó a decir que debían ponerse en sus manos junto con sus armas y entregarle la ciudad. Cuando les fue comunicada esta respuesta, los numantinos, que ya de siempre tenían un espíritu salvaje debido a su absoluta libertad y a su falta de costumbre de recibir órdenes de nadie, en aquella ocasión aún más enojados por las desgracias y tras haber sufrido una mutación radical en su carácter, dieron muerte a Avaro y a los cinco embajadores que le habían acompañado, como portadores de malas nuevas y, porque pensaban que, tal vez, habían negociado con Escipión su seguridad personal.

No mucho después, al faltarles la totalidad de las 96
cosas comestibles, sin trigo, sin ganados, sin yerba, comenzaron a lamer pieles cocidas, como hacen algunos en situaciones extremas de guerra. Cuando también les faltaron las pieles, comieron carne humana cocida, en primer lugar la de aquellos que habían muerto, troceada

en las cocinas; después, menospreciaron a los que estaban enfermos y los más fuertes causaron violencia a los más débiles. Ningún tipo de miseria estuvo ausente. Se volvieron salvajes de espíritu a causa de los alimentos y semejantes a las fieras, en sus cuerpos, a causa del hambre, de la peste, del cabello largo y del tiempo transcurrido. Al encontrarse en una situación tal, se entregaron a Escipión. Éste les ordenó que en ese mismo día llevaran sus armas al lugar que había designado y que al día siguiente acudieran a otro lugar. Ellos, en cambio, dejaron transcurrir el día, pues acordaron que muchos gozaban aún de la libertad y querían poner fin a sus vidas. Por consiguiente, solicitaron un día para disponerse a morir.

97 Tan grande fue el amor a la libertad y el valor existentes en esta pequeña ciudad bárbara. Pues, a pesar de no haber en ella en tiempos de paz más de ocho mil hombres, ¡cuántas y qué terribles derrotas infligieron a los romanos! ¡Qué tratados concluyeron con ellos en igualdad de condiciones, tratados que hasta entonces a ningún otro pueblo habían concedido los romanos! ¡Cuán grande no era el último general que les cercó con sesenta mil hombres y al que invitaron al combate en numerosas ocasiones! Pero éste se mostró mucho más experto que ellos en el arte de la guerra, rehusando llegar a las manos con fieras y rindiéndolos por hambre, mal contra el que no se puede luchar y con el que únicamente, en verdad, era posible capturar a los numantinos, y con el único que fueron capturados.

A mí, precisamente, se me ocurrió narrar estos sucesos relativos a los numantinos, al reflexionar sobre su corto número y su capacidad de resistencia, sobre sus muchos hechos de armas y el largo tiempo que se opusieron. En primer lugar se dieron muerte aquellos que lo deseaban, cada uno de una forma. Los restantes acudieron al tercer día al lugar convenido, espectáculo

terrible y prodigioso, sus cuerpos estaban sucios, llenos de porquería, con las uñas crecidas, cubiertos de vello y despedían un olor fétido; las ropas que colgaban de ellos estaban igualmente mugrientas y no menos malolientes. Por estas razones aparecieron ante sus enemigos dignos de compasión, pero temibles en su mirada, pues aún mostraban en sus rostros la cólera, el dolor, la fatiga y la conciencia de haberse devorado los unos a los otros.

Escipión, después de haber elegido cincuenta de 98
entre ellos para su triunfo, vendió a los restantes y arrasó hasta los cimientos a la ciudad. Así, este general romano se apoderó de las dos ciudades más difíciles de someter; de Cartago, por propia decisión de los romanos a causa de su importancia como ciudad y cabeza de un imperio, y por su situación favorable por tierra y por mar; y de Numancia, ciudad pequeña y de escasa población, sin que aún hubieran decidido nada sobre ella los romanos, ya sea porque lo considerara una ventaja para éstos, o bien porque era un hombre de natural apasionado y vengativo para con los prisioneros o, como algunos piensan, porque considerara que la gloria inmensa se basaba sobre las grandes calamidades. Sea como fuere, lo cierto es que los romanos, hasta hoy en día, lo llaman «Africano» y «Numantino» a causa de la ruina que llevó sobre estas ciudades. En aquella ocasión, después de repartir el territorio de Numancia entre los pueblos vecinos, llevar a cabo transacciones comerciales con otras ciudades y reprimir e imponer una multa a cualquier otro que le resultara sospechoso, se hizo a la mar de regreso a su patria.

Los romanos, como era su costumbre, enviaron a 99
diez senadores a las zonas de Iberia recién adquiridas, que Escipión o Bruto antes que él habían recibido bajo rendición o habían tomado por la fuerza, a fin de organizarlas sobre una base de paz. Posteriormente, al ha-

berse producido otras revueltas en Iberia, fue elegido como general Calpurnio Pisón. A él le sucedió en el mando Servio Galba. Sin embargo, cuando los cimbrios invadieron Italia, y Sicilia se debatía en la segunda guerra de los esclavos, no enviaron ningún ejército a Iberia a causa de sus múltiples preocupaciones, pero enviaron legados para que llevaran la guerra del modo que les fuera posible. Después de la expulsión de los cimbrios, llegó Tito Didio y dio muerte hasta veinte mil arevacos. A Termeso[58], una ciudad grande y siempre insubordinada contra los romanos, la trasladó desde la posición sólida que ocupaba a la llanura y ordenó que sus habitantes vivieran sin murallas. Después de poner sitio a Colenda[59], la tomó a los ocho meses de asedio por rendición voluntaria y vendió a todos sus habitantes con los niños y las mujeres.

100 Existía otra ciudad próxima a Colenda, habitada por tribus mezcladas de los celtíberos, a quienes Marco Mario había asentado allí hacía cinco años con la aprobación del senado, por haber combatido como aliados suyos contra los lusitanos. Pero éstos a causa de su pobreza se dedicaron al bandidaje. Didio, tras tomar la decisión de destruirlos, con el beneplácito de los diez legados todavía presentes, comunicó a los notables que quería repartirles el territorio de Colenda en razón de su pobreza. Cuando los vio alegres, les ordenó que comunicaran al pueblo esta decisión y acudieran con sus mujeres e hijos a la repartición del terreno. Después que llegaron, ordenó a sus soldados que evacuaran el campamento y, a los que iban a recibir el nuevo asentamiento, que penetraran en su interior so pretexto de inscribir en un registro a la totalidad de ellos, en una lista los hombres y en otra las mujeres y los niños para

58 Tal vez Termes = Termancia, ver n. 54.

59 Cuéllar (Segovia).

conocer qué cantidad de tierra era necesario repartirles. Cuando hubieron penetrado en el interior de la zanja y la empalizada, Didio, rodeándoles con el ejército, les dio muerte a todos. Y por estos hechos también celebró su triunfo Didio. De nuevo se sublevaron los celtíberos y, enviado Flaco contra ellos, mató a veinte mil. En la ciudad de Belgeda[60], el pueblo, presto a la revuelta, prendió fuego al consejo, que se hallaba indeciso, en el mismo lugar de su reunión. Flaco marchó contra ellos y dio muerte a los culpables.

Éstos son los hechos que encontré dignos de men- 101
ción en las relaciones de los romanos con los iberos, como pueblo, hasta este momento. En un período posterior, cuando surgieron en Roma las disensiones entre Sila y Cinna, y el suelo patrio se vio dividido por guerras civiles y campamentos, Quinto Sertorio, del partido de Cinna, elegido para mandar en Iberia, sublevó a esta última contra los romanos. Después de reunir un gran ejército y crear un senado de sus propios amigos a imitación del senado romano, marchó contra Roma con atrevimiento y una moral elevada. También en lo demás era renombrado por su celo extremado, hasta tal punto que el senado, lleno de temor, eligió contra él a aquellos de sus generales que gozaban de la máxima fama entonces: Cecilio Metelo con un gran ejército y Gneo Pompeyo con otro ejército, para que repelieran de cualquier manera posible esta guerra fuera de Italia, gravemente aquejada por la guerra civil. Pero a Sertorio lo mató Perpenna, uno de sus partidarios, que se proclamó a sí mismo general de la facción en su lugar, y Pompeyo dio muerte en el combate a Perpenna, de modo que esta guerra que había causado gran alarma a los romanos por el miedo llegó a su fin. Los pormenores de la

---

60 Ciudad del valle del Jalón, de localización desconocida.

misma los mostrará el libro de la guerra civil concerniente a Sila.

102 Después de la muerte de Sila, fue elegido como pretor para Iberia, Gayo César, con poder incluso para hacer la guerra a quienes fuera necesario. Sometió por la fuerza de las armas a todos aquellos pueblos iberos que estaban agitados o faltaban por someter a los romanos. A algunos que se sublevaron los sometió Octavio César, el hijo[61] de Gayo, llamado Augusto. Y me parece a mí que desde aquel tiempo los romanos dividieron Iberia —a la que precisamente ahora llaman Hispania— en tres partes y comenzaron a enviar, cada año, gobernadores a cada una de ellas, dos elegidos por el senado y el tercero por el emperador por el tiempo que estimase oportuno[62].

---

61 Adoptivo.

62 Apiano invierte aquí la realidad. Eran dos las provincias imperiales y una la senatorial.

VII

LA GUERRA DE ANÍBAL

SINOPSIS

1. Argumento del libro *La guerra de Aníbal.*
2. Amílcar Barca en Iberia: su campaña y muerte.
3. Aníbal es elegido jefe, prepara la guerra y quebranta el Tratado del Ebro.
4. Aníbal cruza los Alpes.
5. Batalla del Tesino.
6. Crece la popularidad de Aníbal.
7. Batalla de Trebia.
8. Distribución de las legiones en Roma.
9. Aníbal devasta Etruria. Flaminio se apresura a trabar combate.
10. Derrota de Flaminio junto al lago Trasimeno.
11. Derrota de Centenio.
12. Estrategia de Fabio Máximo. Discrepancias con Minucio Rufo.
13. Fabio mitiga con su prudencia la derrota de Minucio.
14. Fabio coge a Aníbal en una emboscada. Estratagema de Aníbal.
15. Aníbal se salva gracias a su estratagema.
16. Los cartagineses rehúsan enviar refuerzos a Aníbal. Éste solicita la presencia de su hermano Asdrúbal.
17. Elección de nuevos cónsules: Lucio Emilio y Terencio Varrón.

18. Desacuerdo entre los cónsules sobre la estrategia a seguir.
19. Preparativos romanos para la batalla.
20. Aníbal planifica y dispone sus tropas.
21-23. Batalla de Cannas.
24. Derrota total del ejército romano.
25. Pérdidas romanas.
26. Aníbal lamenta las bajas sufridas en su ejército. Huida de Terencio.
27. Consternación en Roma por el desastre.
28. El senado impide el rescate de los prisioneros.
29. Asedio y captura de Petilia.
30. Los romanos enrolan en sus filas jinetes celtíberos.
31. Argiripa y Dasio.
32. Aníbal se apodera de Tarento mediante traición.
33. Resistencia y asedio de la ciudadela de Tarento.
34. Captura de Turios.
35. Metaponto y Heraclea se pasan a Aníbal. Traición de Flavio.
36. Aníbal refuerza Capua.
37. Los romanos asedian Capua.
38. Aníbal fuerza, sin resultado, el cerco de Capua y parte hacia Roma.
39. Consternación en la ciudad.
40. Aníbal se retira de Roma inexplicablemente. Fulvio Flaco lo sigue.
41. Aníbal ataca el campamento de Flaco.
42. Fulvio Flaco se libra de la trampa y salva a su ejército.
43. Capua se rinde a Roma.
44. Aníbal pierde y recupera nuevamente a Tisia, ciudad de los brucios.
45-47. La historia de Dasio y Blacio de Salapia.
48. Fulvio Flaco pierde la vida junto a Herdonia.
49. Los romanos recuperan Tarento.
50. Derrota y muerte de Claudio Marcelo.
51. Aníbal fracasa por segunda vez en su ataque a Salapia.
52. Asdrúbal es derrotado y muerto en los alrededores del Sena (Batalla del Metauro).
53. Comparación entre esta batalla y la de Cannas.
54. Aníbal se retira junto a los brucios.

55. Publio Escipión, elegido cónsul, lleva la guerra a África.
56. La estatua de una diosa (Cibele) es llevada a Roma.
57. Los brucios se sublevan contra Aníbal. Éste toma represalias.
58. Aníbal es llamado a África. Desmanes de Aníbal en Italia.
59. Aníbal enrola a voluntarios italianos en su ejército y a otros los mata.
60. Partida de Aníbal hacia África.
61. El senado decreta una amnistía general excepto para los brucios.

Este libro va a exponer lo que Aníbal el cartaginés 1
hizo a los romanos y sufrió a manos de ellos durante los dieciséis años que permaneció combatiéndolos, desde que, habiendo partido de Iberia, invadió Italia y hasta que los cartagineses, temiendo por su ciudad, le hicieron regresar y los romanos lo expulsaron de Italia. Cuál fue la causa verdadera y el pretexto público de la invasión de Aníbal han quedado clara y rigurosamente expuestos en mi relato sobre Iberia. Sin embargo, lo expondré también ahora, tan sólo a manera de recuerdo.

Amílcar Barca, el padre de este Aníbal, estaba al 2
frente de las fuerzas cartaginesas en Sicilia cuando romanos y cartagineses combatían por la posesión de esta isla. Fue objeto de persecución por sus enemigos bajo sospecha de mala administración y, lleno de temor, maniobró para ser elegido general contra los númidas antes de la rendición de cuentas. Fue útil en esta guerra y, tras haberse asegurado el favor del ejército con el pillaje y los regalos, lo condujo hasta Gades sin la autorización de Cartago y atravesó el estrecho hasta Iberia [1]. Desde allí enviaba continuamente gran cantidad

[1] De nuevo aparece recogida la corriente historiográfica que explica la intervención cartaginesa en Iberia como un acto imperialista de los Barcas (cf. n. 4 al libro VI).

de botín a Cartago e intentaba congraciarse al pueblo para evitar su enojo hacia él a causa de su mandato en Sicilia. Después de obtener una enorme extensión de territorio, su fama era grande, y a los cartagineses les invadió el deseo de poseer toda Iberia, pensando que era una empresa fácil. Los saguntinos y demás griegos residentes en Iberia se acogieron a la protección de los romanos y se estableció un límite al poderío cartaginés en Iberia, consistente en no atravesar el río Ebro. Esta cláusula fue inscrita en los tratados entre romanos y cartagineses. Después de esto, Amílcar Barca fue muerto en combate mientras estaba dedicado a la organización de la Iberia sometida a Cartago, y le sucedió en el mando, como general, Asdrúbal, su cuñado. A éste lo mató durante una cacería un esclavo, a cuyo dueño había matado Asdrúbal con anterioridad.

3 Después de ellos, Aníbal fue elegido por el ejército como tercer general de Iberia, pues daba la impresión de ser un hombre capaz y amigo de la guerra. Era hijo de Amílcar Barca y hermano de la esposa de Asdrúbal, joven en exceso y ya desde su adolescencia había estado al lado de su padre y su cuñado. Y el pueblo cartaginés ratificó, mediante decreto, su generalato. De este modo, Aníbal, cuya historia voy a contar, llegó a ser general de los cartagineses contra los iberos. Pero los enemigos de Barca y de Asdrúbal persiguieron a los partidarios de aquellos y despreciaban a Aníbal a causa de su juventud. Éste, considerando que aquella persecución en su origen estaba dirigida contra él y que su seguridad personal quedaría salvaguardada a partir del peligro de su patria, planeó embarcarla en una gran guerra[2].

---

[2] Sobre la salvaguarda de los intereses personales de esta familia Barca en Cartago, véase lo dicho en n. 4 al libro VI. Este motivo se puede aunar con el anterior en el hecho de que, tanto en uno como en otro caso, la intervención cartaginesa en

Y presumiendo, como resultó de hecho, que una lucha entre romanos y cartagineses sería de larga duración y que su sólo intento le reportaría una gran gloria aunque fracasara —se dice también que siendo todavía un niño le había tomado juramento su padre ante el altar de que no cejaría en su odio a los romanos—, resolvió atravesar el Ebro en contra de los tratados y, como pretexto, se procuró a algunos para que presentaran acusaciones contra los saguntinos[3]. Continuamente daba cuenta por escrito a Cartago de estas cosas y añadía que los romanos incitaban en secreto a Iberia a sublevarse contra ellos, hasta que obtuvo permiso de Cartago para actuar del modo que juzgara procedente. Entonces él, después de cruzar el Ebro, destruyó la ciudad de Sagunto con todos sus habitantes en edad militar. A causa de este hecho, los tratados concertados entre romanos y cartagineses después de la guerra de Sicilia quedaron rotos.

Mi libro sobre Iberia refiere todos aquellos hechos 4
que Aníbal, en persona, y los otros generales cartagineses y romanos, posteriores a él, llevaron a cabo en Iberia. Después de haber reclutado todas las tropas que pudo entre los celtíberos, africanos y otros pueblos, y de encomendar los asuntos de Iberia a su hermano Asdrúbal, atravesó los montes Pirineos en dirección al país de los celtas, hoy llamado Galia, con nueve mil soldados de infantería, doce mil jinetes y treinta y siete elefantes. Atravesó el país de los galos, atrayéndose a algunos con dinero, a otros, mediante la persuasión, y a otros, en fin, sometiéndolos por la fuerza. Cuando llegó a los Alpes y no encontró ningún paso que

---

Iberia se debió a un acto unilateral de la familia Barca sin el apoyo expreso de Cartago.

[3] Error de Apiano, ya reseñado anteriormente (cf. n. 7 al libro VI).

los atravesara o pasara sobre ellos —pues se trata de una cordillera sumamente escarpada—, emprendió también su ascenso con intrepidez sufriendo grandes pérdidas debido a la gran cantidad de nieve y al rigor del frío existentes. Cortaba madera, la quemaba y apagaba los rescoldos con agua y vinagre, y a la roca, que se había tornado frágil por este procedimiento, la rompía con martillos de hierro. Así, abrió un paso sobre las montañas que aún está en uso en la actualidad y se llama paso de Aníbal. Como le empezaron a faltar las provisiones, se apresuró en su marcha sin que los romanos se percataran de que en realidad estaba ya en Italia, y al sexto mes de su partida de Iberia, después de haber perdido a muchos hombres, descendió desde los montes a la llanura[4].

5 Tras tomarse un breve descanso atacó una ciudad gala, Taurasia[5]. Cuando la hubo tomado por la fuerza, degolló a los prisioneros de guerra para aterrorizar al resto de la Galia, y avanzando hasta el río Erídano, hoy llamado Po, donde los romanos estaban en guerra con los galos llamados boyos, estableció su campamento. El cónsul romano Publio Cornelio Escipión estaba combatiendo en Iberia contra los cartagineses y, una vez que se enteró de la invasión de Italia por Aníbal, también él dejó a su hermano Gneo Cornelio Escipión al frente de los asuntos de Iberia y navegó hacia Etruria. Desde aquí poniéndose en camino y reuniendo a cuantos aliados pudo, intentó llegar al Po antes que Aníbal. Envió a Roma a Manlio y Atilio, que estaban combatiendo contra los boyos, basándose en que no debían detentar ya el mando, al estar presente un cónsul. Asu-

---

[4] Sobre la marcha del Ródano al Po, cf. De Sanctis, III 2, Apénd. I al cap. VI, págs. 64 a 82, con bibliografía.

[5] Tal vez ciudad del Samnio, en las proximidades del Po (cf. De Sanctis, *loc. cit.*, pág. 67).

miendo en persona el mando del ejército, lo desplegó en orden de batalla frente a Aníbal. Después de una escaramuza y un combate de caballería, los romanos, al verse rodeados por los africanos, huyeron hacia el campamento y, al sobrevenir la noche, se retiraron hacia Placentia[6], ciudad fuertemente fortificada, habiendo cruzado el Po con puentes que luego demolieron. Sin embargo, Aníbal construyó un nuevo puente y lo atravesó también.

Esta acción repentina, la primera o la segunda des- 6
pués de su paso por los Alpes, exaltó la fama de Aníbal entre los galos cisalpinos como la de un general invencible y provisto de una brillante fortuna. Y él, además, como estaba entre gente bárbara y llena de admiración hacia él, susceptibles de ser embaucados por ambos motivos, cambiaba continuamente sus vestidos y sus cabellos con atuendos ya pensados de antemano. Y los galos, al verle moverse entre las gentes unas veces con la apariencia de un viejo, en otras ocasiones como un hombre joven y en otras con la de un hombre de mediana edad, y cambiando de una a otra continuamente, atónitos pensaban que participaba de una naturaleza divina.

Sempronio, el otro cónsul, estaba entonces en Sicilia y al enterarse de lo ocurrido, se hizo a la mar para unirse a Escipión y fijó su campamento a cuarenta estadios de él. Todos se prepararon para entablar batalla al día siguiente. Estaba en medio el río Trebia y los romanos lo cruzaron antes del amanecer en pleno solsticio de invierno, con lluvia y un frío gélido, sumergidos en el agua hasta el pecho. Aníbal, por su parte, dio descanso a su ejército hasta la hora segunda y entonces lo puso en marcha.

---

6 Plasencia (en Italia).

7 El orden de batalla de cada bando era ⟨como sigue. La caballería romana⟩ ocupaba las alas a ambos lados del cuerpo de infantería. Aníbal alineó a sus elefantes frente a la caballería romana, y a sus soldados de infantería frente a las legiones. Dio orden a la caballería de que permaneciera quieta detrás de los elefantes hasta que les diera una señal. Cuando se entabló el combate, los caballos de los romanos, no pudiendo soportar ni la vista ni el olor de los elefantes, emprendieron la huida. Los soldados de infantería, en cambio, pese a estar agotados y debilitados por el frío, por el cruce del río y la falta de sueño, atacaron, no obstante, con ardor a las bestias, les causaron heridas, a algunos incluso les cortaron los tendones, y empezaron a hacer retroceder a la infantería enemiga. Al darse cuenta de ello Aníbal, dio la señal de que la caballería envolviera a los enemigos. Como quiera que la caballería romana se había desperdigado hacía poco por causa de los elefantes, la infantería se había quedado sola y sufría dificultades, y temiendo verse envuelta por completo, se produjo la huida desde todos los lugares hacia el campamento. Unos perecieron a manos de la caballería cartaginesa, que les dio alcance, pues eran soldados de infantería, otros fueron arrastrados por la corriente del río. Pues al derretir el sol la nieve, el río iba crecido y no pudieron vadearlo a causa de su profundidad ni atravesarlo a nado por el peso de las armas. Escipión, que les seguía y animaba, estuvo a punto de perecer al ser herido, pero fue rescatado a duras penas y puesto a salvo en Cremona [7]. Aníbal atacó a un arsenal pequeño que había cerca de Placentia, pero perdió cuatrocientos hombres y él mismo resultó herido. A partir de este momento, todos se retiraron a pasar el invierno, Esci-

---

7 La actual ciudad del mismo nombre.

pión en Cremona y Placentia, y Aníbal en los alrededores del Po.

Cuando en Roma se enteraron de esta tercera derrota en el Po —pues ya habían sido derrotados por los boyos antes que Aníbal— reclutaron de entre ellos otro ejército que, junto con los que ya estaban en el Po, sumaban trece legiones, y pidieron a los aliados otro, doble que éste. En esta época, la legión la componían cinco mil infantes y trescientos jinetes. Una parte del total de estas tropas la enviaron a Iberia, otra a Cerdeña, pues también sostenían la guerra allí, y una tercera a Sicilia. Pero el grueso de las tropas lo condujeron contra Aníbal, Gneo Servilio y Gayo Flaminio, que habían sido designados para suceder, en el consulado, a Escipión y Sempronio. Servilio se apresuró hasta el Po y recibió el mando del ejército de manos de Escipión —éste, a su vez, elegido procónsul, emprendió la travesía hasta Iberia—; Flaminio, por su parte, con treinta mil soldados de infantería y tres mil jinetes se encargó de defender la parte de Italia del lado de acá de los montes Apeninos, la única que se puede llamar con propiedad Italia. En efecto, los Apeninos se extienden desde la parte central de los Alpes hasta el mar. El país que queda a la derecha, todo él, se puede llamar, en puridad, Italia, pero, en cambio, la parte que se extiende por la izquierda hasta el mar Jónico se llama también ahora Italia al igual que Etruria, pero está habitada por griegos en torno a la costa del Jónico y en el resto por galos. Estos últimos fueron los que, atacando a Roma en un principio, la incendiaron. Cuando Camilo los persiguió, tras haberlos expulsado, pienso yo que, después de cruzar estos montes, se asentaron junto al Jónico en vez de hacerlo en sus lugares habituales. Y esta parte del país se llama todavía así, Italia gala.

9 Los romanos tenían entonces divididos sus grandes ejércitos para atender a muchos frentes, y Aníbal, advirtiendo esta circunstancia, con la llegada de la primavera, sin ser visto devastó Etruria y se adelantó hasta la zona vecina a Roma. Los ciudadanos se sintieron presa de un gran temor al encontrarse él en las cercanías, pues no contaban con ninguna fuerza digna de presentar batalla. Con todo, enrolaron un ejército de ocho mil hombres de entre aquellos que habían quedado y designaron como comandante en jefe a Centenio, un ciudadano privado ilustre, pues no había presente ningún oficial de carrera, y le enviaron a la región de Umbría, en la zona pantanosa de Plestine, para que ocupara de antemano el paso estrecho, que es el camino más corto hacia Roma. Entretanto, Flaminio, que tenía a su cargo la defensa de la Italia interior con treinta mil hombres, al percatarse del rápido movimiento de Aníbal, cambió también de posición con rapidez sin conceder momento de reposo a su ejército. Temía por la seguridad de la ciudad y, aunque era inexperto en la guerra y había sido elegido para el mando por haber conseguido el favor popular con malas artes, se apresuró a trabar combate con Aníbal.

10 Este último, consciente de la fogosidad e inexperiencia de Flaminio, se puso al abrigo de un monte y un lago, y habiendo ocultado sus tropas ligeras y su caballería en un barranco, acampó. Cuando Flaminio vio el campo enemigo al rayar el alba, aguardó un poco, mientras concedía al ejército un descanso de las fatigas del viaje y fortificaba su campamento. Después de esto, los condujo al punto al combate cuando se hallaban aún cansados por la falta de sueño y la fatiga. Cuando aparecieron las tropas emboscadas, cogido entre la montaña, el lago y los enemigos, perdió la vida junto con veinte mil de sus hombres. El resto, unos diez mil, escaparon a una aldea bien fortificada por la naturaleza.

Maharbal, lugarteniente de Aníbal, que también gozaba de la máxima reputación en la guerra, como no podía apresarlos con facilidad y pensaba que no era conveniente luchar contra gentes desesperadas, les convenció para que depusieran sus armas y consintió en dejarles ir libres donde quisieran. Cuando las depusieron, los condujo desarmados a la presencia de Aníbal. Éste afirmó que Maharbal no tenía autoridad para concertar un acuerdo sin su consentimiento, pero se mostró condescendiente con los aliados de Roma y los dejó ir libres sin rescate a sus casas, buscando congraciarse a sus ciudades con un acto de generosidad; en cambio, a todos los que eran romanos los retuvo prisioneros. Después de repartir el botín entre los galos que combatían a su servicio para tenerlos también solícitos por la esperanza de riquezas, prosiguió hacia adelante. Servilio, el general que estaba en torno al Po, ya estaba al corriente de estos sucesos y se apresuraba hacia Etruria con cuarenta mil hombres, y Centenio, a su vez, había ocupado previamente el paso angosto con los ocho mil suyos.

Aníbal, una vez que vio la zona pantanosa de Ples- 11
tine, la montaña que la dominaba y a Centenio en el centro ocupando el paso, recabó de los guías información sobre si había algún otro camino de circunvalación. Éstos replicaron que no había ningún otro camino frecuentado, sino que toda la zona era escarpada y llena de precipicios. No obstante envió a las tropas ligeras bajo el mando de Maharbal a través de estos caminos para que rodeasen la montaña durante la noche. Calculando el momento en que debían haber logrado su objetivo, atacó de frente a Centenio. En el transcurso de la lucha se vio a Maharbal que había coronado con afán la cima de la montaña, en donde prorrumpió en un fuerte grito. Y al punto empezó la huida y la matanza de los romanos, que habían sido rodeados; perecieron tres mil, y

ochocientos fueron hechos prisioneros; el resto logró escapar a duras penas. Al saberse estas noticias en la ciudad, cundió el temor de que Aníbal marchara de inmediato contra ella. Apilaron piedras en las murallas y armaron a los ancianos. Como estaban escasos de armamentos, echaron manos de los despojos de guerra que estaban colgados en los templos como trofeos de otras contiendas. Y, como era costumbre en las situaciones de peligro, eligieron un dictador, Fabio Máximo.

12 Pero Aníbal, por intervención divina, se volvió de nuevo al Jónico y, recorriendo su costa, la devastó y reunió gran cantidad de botín. El cónsul Servilio, marchando en paralelo a él, llegó a Arímino[8] a una distancia de un día de viaje de Aníbal. Allí retuvo a su ejército y trató de infundir coraje a aquellos de los galos que todavía eran amigos, hasta que llegó Fabio Máximo, el dictador, y envió a Servilio a Roma, puesto que ya no era ni cónsul ni general, al haberse elegido un dictador. Fabio seguía de cerca a Aníbal y, aunque éste muchas veces le exhortaba a ello, no presentaba combate, pero no le dejaba poner cerco a ninguna ciudad al mantener una vigilancia estrecha y estar encima de él. Aníbal, cuando el país quedó exhausto, empezó a sentir la falta de provisiones y recorriéndolo de nuevo desplegaba sus tropas en formación cada día, incitándolo al combate. Pero Fabio no aceptaba, a pesar de la disconformidad de Minucio Rufo, su prefecto de caballería, que escribió a sus amigos de Roma diciéndoles que Fabio andaba vacilante por cobardía, de modo que, cuando Fabio se trasladó a Roma para llevar a cabo unos sacrificios, Minucio obtuvo el mando del ejército y tuvo un combate con Aníbal y, juzgando que había llevado la mejor parte, escribió a Roma al senado con mayor osadía acusando a Fabio de no querer obtener

[8] Rímini.

la victoria. El senado, cuando ya Fabio hubo retornado de nuevo al campamento, votó que el prefecto de caballería compartiera con él el mando en igualdad de condiciones.

Después de haber dividido el ejército, establecieron 13 sus campamentos cerca el uno del otro y cada uno se mantenía firme en su criterio, Fabio, buscando desgastar por completo a Aníbal con el tiempo y no sufrir ningún daño por su parte, y Minucio, en cambio, pretendiendo arriesgarlo todo en una batalla decisiva. Cuando Minucio trabó combate, Fabio, que preveía cuál iba a ser el desenlace, mantuvo en orden de batalla a su propio ejército en el centro sin moverse y logró dar acogida a los soldados de Minucio, cuando huían derrotados, y rechazar a los de Aníbal que los perseguían. De este modo, atenuó Fabio a Minucio su desastre sin guardarle rencor alguno por su acusación. Minucio, a su vez, reconociendo su falta de experiencia, desistió del mando y devolvió su parte del ejército a Fabio, quien consideraba que, ante un genio de la milicia, el único momento oportuno para luchar era la necesidad. Este dicho fue recordado precisamente más tarde muy a menudo por Augusto, que era lento también en entrar en combate y prefería la estrategia al valor en el combate. Así que Fabio, de igual modo, sometió de nuevo a vigilancia a Aníbal y le impidió que devastara el país, sin ofrecerle batalla con todo el ejército, sino atacando únicamente a los que estaban dispersos, pues sabía con claridad que Aníbal estaría falto de provisiones pronto.

En las inmediaciones de un paso estrecho del que 14 Aníbal no tenía conocimiento previo, Fabio envió por delante cuatro mil hombres y lo ocupó, y él acampó en el lado opuesto con el resto de las tropas sobre una colina bien defendida. Aníbal, al darse cuenta de que había sido copado en medio de Fabio y de los que de-

fendían el paso, tuvo más miedo que nunca. Ya que, en efecto, no tenía escapatoria, pues todo el lugar era escarpado e intransitable y no tenía la esperanza de poder forzar a Fabio o a los del desfiladero a causa de la solidez de su posición. En esta situación desesperada, degolló a los prisioneros de guerra en número de cinco mil, a fin de que en un momento de peligro no le crearan nuevos problemas y colocó antorchas en la cornamenta de cuantos bueyes había en el campamento, que eran muchos. Al llegar la noche, prendió fuego a las antorchas, al tiempo que apagaba todos los demás fuegos del campamento, y ordenó mantener el silencio más absoluto. Mandó a los jóvenes más osados que arreasen con rapidez a los bueyes hacia la zona rocosa que había entre Fabio y el desfiladero. Éstos, aguijoneados por sus conductores y abrasados por el fuego, empezaron a trepar por las escarpas sin vacilación y con furia, caían abajo y de nuevo intentaban la escalada[9].

15 Los romanos de uno y otro lado, cuando observaron el silencio y la oscuridad en el campamento de Aníbal y, en cambio, luces múltiples y variadas en las montañas, no podían comprender con exactitud lo ocurrido, puesto que era de noche. Fabio imaginó que se trataba de una estratagema de Aníbal, pero como no podía estar seguro, retuvo quieto a su ejército, receloso de la noche. En cambio, los que ocupaban el desfiladero sospecharon

---

[9] Esta estratagema de Aníbal sobre cuya autenticidad han mantenido sus dudas algunos historiadores modernos es perfectamente verosímil. Ya aludimos en la *Introducción* al gusto de Apiano por relatar anécdotas y estratagemas en su narración, pero no ha de tomarse este hecho en menoscabo de su valor como historiador. Aunque alguna de las estratagemas que él refiere pueda parecer un tanto novelesca, y en algunos casos lo sea, ello no obsta para que otras sean absolutamente verosímiles (cf. sobre esta cuestión De Sanctis, III 2, pág. 49, n. 79).

lo que precisamente Aníbal deseaba: que él intentaba escapar en un momento de desesperación, forzando el paso a través de los repliegues rocosos, y se lanzaron a la carrera descendiendo hacia el lugar donde vieron las luces, en la idea de que iban a coger a Aníbal en dificultades. Y éste, al verlos descender desde el paso, corrió hacia allí con sus hombres más rápidos sin luz y en silencio para pasar inadvertido. Cuando lo hubo ocupado y consolidó su posición, dio la señal con la trompeta, y el ejército le respondió en el campamento con un grito y encendieron fuego de repente. Justo entonces, los romanos se dieron cuenta del engaño, y el restante ejército de Aníbal y los que conducían los bueyes corrieron hacia el paso sin temor. Una vez que los hubo reunido, prosiguió su avance. Así, en aquella ocasión, Aníbal consiguió salvarse y salvar a su ejército contra toda esperanza, y apresurándose hacia Geronia[10], una ciudad de Yapigia, que tenía trigo abundante, la tomó y pasó el invierno sin temor, en medio de la abundancia.

Fabio, aferrado también ahora a su misma actitud, 16
lo siguió y, cuando se hallaba a diez estadios de Geronia estableció su campamento, dejando entre ellos el río Aufido[11]. Cuando le expiró el plazo de seis meses por el que los romanos eligen a sus dictadores, los cónsules Servilio y Atilio reasumieron sus cargos y volvieron al campamento, y Fabio partió de regreso a Roma. Durante este invierno tuvieron lugar frecuentes escaramuzas entre Aníbal y los romanos. Estos últimos obtuvieron mayor gloria y mostraron un celo mayor en estos encuentros. Sin embargo, Aníbal daba cuenta de sus actos a los cartagineses exagerándolos siempre,

---

[10] No lejos de la actual Castel Dragonara (cf. De Sanctis, III 2, Apénd. III al cap. VI, pág. 123).

[11] Ofanto.

pero entonces, al haber perdido muchos hombres, necesitaba ayuda y les pidió un ejército y dinero. Sus enemigos políticos, que tomaban a burla todos los hechos de Aníbal, le respondieron también en esta ocasión que no podían comprender que Aníbal solicitara ayuda cuando afirma que estaba triunfando, ya que los generales victoriosos no piden riquezas, sino que las envían a su patria. Los cartagineses, convencidos por éstos, no le enviaron ni el ejército ni el dinero. Y Aníbal, condolido por esta actitud, escribió a su hermano Asdrúbal en Iberia, solicitándole que invadiera Italia a comienzos del verano con todo el ejército y riquezas que pudiera conseguir, y que devastara el otro extremo para que fuera asolada en su totalidad y los romanos quedaran exhaustos a causa de su acción conjunta.

17 Tal era la situación de los asuntos de Aníbal. Los romanos, a su vez, muy afligidos por la magnitud de las derrotas de Flaminio y Centenio, en la convicción de que sufrían una serie de desastres indignos de ellos y fuera de toda lógica, y juzgando intolerable una guerra dentro de sus fronteras, levaron cuatro nuevas legiones en Roma, llenos de cólera contra Aníbal y concentraron en Yapigia aliados procedentes de todas partes. Eligieron como cónsules a Lucio Emilio, el que había combatido contra los ilirios, a causa de la gloria obtenida en la guerra, y a Terencio Varrón, por el favor que gozaba entre el pueblo, al que había prometido muchas cosas acordes con su habitual búsqueda de honores. Cuando los despidieron al partir, les pidieron que decidieran la guerra en el campo de batalla y que no agotaran totalmente a la ciudad con dilaciones, campañas continuas, tributos, hambre y ocio debido a la devastación de los campos. Los cónsules se hicieron cargo del ejército, que estaba integrado en su totalidad por setenta mil soldados de infantería y seis mil jinetes, en Yapigia, y acamparon en las cercanías de una aldea llamada Can-

nas. Aníbal acampó frente a ellos. Al ser Aníbal por naturaleza hombre amigo de la guerra y enemigo del ocio, y ahora más que nunca acuciado por la falta de víveres, ofrecía continuamente batalla, temeroso de que sus mercenarios se sublevaran por la falta de pago o se dispersaran en busca de alimentos. Y por esta razón incitaba a sus enemigos.

Las opiniones de los cónsules eran diferentes. Emi- 18
lio era partidario de agotar con dilaciones a Aníbal, puesto que éste no podía resistir durante mucho tiempo debido a lo precario de su situación, y no librar batalla con un general y un ejército adiestrados en guerras siempre victoriosas. En cambio, Terencio sostenía la opinión contraria, propia del demagogo que era él, y así, recordaba a su compañero lo que el pueblo les encargó cuando partían y se mostraba dispuesto a una decisión rápida con las armas. Servilio, el cónsul del año anterior que aún estaba presente, apoyó el parecer de Emilio y, a su vez, todos los miembros del senado y los llamados caballeros que prestaban sus servicios en el ejército como oficiales apoyaron a Terencio. Mientras se hallaban todavía disputando, Aníbal atacó a algunos de sus destacamentos dedicados a la recogida de madera y forraje, fingió que era derrotado y, alrededor de la última guardia, puso en movimiento al grueso de su ejército como si fuera a emprender la retirada. Terencio, al verlo, condujo fuera a su ejército con la intención de atacar a Aníbal en su huida, pese a que, también entonces, se lo desaconsejó Emilio. Como no lo convenció, consultó por sí mismo a las aves oraculares, según era costumbre, y envió una misiva a Terencio cuando ya se disponía a partir y le anunció que no era un día propicio. Este último desistió por sentir un cierto temor de no hacer caso de los augurios, pero se mesaba los cabellos a la vista del ejército y mostraba su indignación en la creencia de que

había sido despojado de la victoria por la envidia de su compañero en el mando. Y el grueso de las tropas compartía sus quejas.

19 Aníbal, una vez que su intento resultó fallido, regresó de inmediato al campamento, haciendo evidente que su retirada era fingida, pero ni siquiera esto sirvió de lección a Terencio para que sospechara de cualquier acto de Aníbal, sino que, apresurándose armado como estaba hacia el pretorio, en presencia de los miembros del senado, de los centuriones y de los tribunos, acusó a Emilio de haber buscado un pretexto con relación a los augurios y de haberle arrebatado a la ciudad una clara victoria, ya fuera por una duda cobarde o movido por envidia personal hacia él. Mientras, encolerizado, proclamaba estas cosas a voz en grito, el ejército colocado alrededor de la tienda lo secundaba y profería insultos contra Emilio. Este último persistió vanamente en sus buenos consejos a los de dentro, pero cuando todos los demás, a excepción de Servilio, estuvieron de parte de Terencio, terminó por ceder. Al día siguiente puso el ejército en orden de batalla, situándose él como comandante en jefe, pues Terencio le cedió su puesto. Aníbal se dio cuenta y no salió entonces —pues no estaba aún listo para el combate—, pero al otro día descendieron ambos ejércitos a campo abierto. Los romanos estaban divididos en tres cuerpos de ejército con un corto espacio entre ellos; cada cuerpo tenía en el centro a la infantería y, en las alas, a las tropas ligeras y a los jinetes. La disposición de los generales era la siguiente: Emilio ocupaba el centro, Servilio el ala izquierda y Terencio el ala derecha. Cada uno tenía a su cargo un millar de jinetes elegidos para prestar socorro en donde la situación lo requiriese. Esta era la formación romana.

20 Aníbal, en primer lugar, conocedor de que un viento huracanado se levantaba regularmente en aquella zona

en torno al mediodía, ocupó de antemano una posición en donde el viento le cogiera de espalda. Después, escondió en emboscada algunos jinetes y tropas ligeras en un monte con una densa arboleda y con barrancos, con la consigna de caer sobre la retaguardia enemiga cuando se hubiera trabado el combate y se levantara el viento. Armó a quinientos celtíberos con espadas más cortas bajo sus túnicas, además de sus espadas grandes, para que las usaran cuando él les diera una señal. También dividió a su ejército en tres cuerpos y colocó a la caballería en las alas a intervalos grandes, por si podían envolver a los enemigos. Puso al frente del ala derecha a su hermano Magón y de la izquierda a su sobrino Annón, reteniendo el centro para él, en razón a la fama de la experiencia de Emilio. Le rodeaban dos mil jinetes elegidos, y Maharbal con otros mil se mantenía en reserva, para acudir donde viera que algo iba mal. Una vez tomadas estas medidas, aguardó a la hora segunda para que el viento viniera más rápidamente en su ayuda.

Cuando estuvo todo dispuesto, los comandantes en 21
jefe recorrían sus tropas con palabras de aliento. Los romanos les recordaban sus padres, esposas e hijos y la derrota precedente, advirtiéndoles que en esta batalla iban a dilucidar su propia existencia. Aníbal les mencionó las victorias ya logradas sobre estos mismos hombres y cuán vergonzoso sería resultar derrotados por los que ya habían sido vencidos. Después que sonaron las trompetas, los soldados prorrumpieron en un vivo clamor y, en primer lugar, los arqueros, honderos y lanzadores de piedras, adelantándose a la carrera hasta el lugar medianero entre ambos ejércitos, dieron comienzo al combate. Y tras ellos tomó parte en la acción la infantería. La matanza y el trabajo fueron grandes al combatirse con denuedo por ambas partes. Entretanto, Aníbal dio la señal a su caballería de que envolviera en un círculo las alas de los enemigos, pero los

jinetes romanos, aunque inferiores en número, les hicieron frente y extendiendo la línea de combate hasta dejarla muy delgada, combatieron con mucho ardor, en especial los que ocupaban el ala izquierda que daba hacia el mar. Aníbal y Maharbal lanzaron, a un mismo tiempo, a los jinetes que habían conservado con ellos en medio de un inmenso griterío a la usanza bárbara, pensando aterrorizar a sus contrarios, pero éstos, incluso a aquéllos, los resistieron con solidez y sin temor.

22 Al fracasar también esta maniobra, Aníbal dio la orden a los quinientos celtíberos. Y ellos, saliendo de sus filas, se pasaron a los romanos, y les presentaron los escudos, las lanzas y las espadas visibles, como si fueran desertores. Servilio, tras elogiarlos, les quitó al punto sus armas, y los situó detrás, en la retaguardia sólo con sus túnicas, según creía, pues no juzgó conveniente ponerles ataduras a los desertores a la vista de los enemigos, ni sospechaba nada al verles sólo con la túnica, ni había tiempo en una ocasión tan apurada. Otros grupos de soldados africanos fingieron la huida hacia las montañas prorrumpiendo al unísono en grandes alaridos. Los gritos eran la señal, para los que estaban ocultos en los repliegues rocosos, de cargar sobre sus perseguidores. Y, de inmediato, las tropas ligeras y los jinetes salieron de su escondite, al tiempo que un viento fuerte y cegador se levantaba, lanzando nubes de polvo contra los ojos de los romanos, lo cual les impedía, en especial, ver a sus enemigos. Todas las armas arrojadizas de los romanos perdieron vigor a causa de la fuerza contraria del viento y, en cambio, las de los enemigos se hicieron más certeras, al favorecer éste su lanzamiento. Los romanos, al no poder esquivarlas, pues no las veían, ni poder asegurar su tiro chocaban entre sí y se vieron presa de diversa confusión.

En este momento, los quinientos celtíberos, al ver 23 que se había presentado la oportunidad prometida, extrajeron de los pliegues de las túnicas sus espadas cortas y dieron muerte, primero a los de la retaguardia. A continuación, tras arrebatarles sus espadas de mayor tamaño, los escudos y las lanzas, cargaron contra todo el frente de la línea de batalla saltando de un lugar a otro sin discriminación. Y fueron éstos los que llevaron a cabo, en grado máximo, una carnicería espantosa, pues estaban situados al final de todos. Las desgracias que aquejaban ya entonces a los romanos eran grandes y de índole diversa, agobiados en su lucha por los enemigos en el frente de batalla, rodeados por emboscadas en los flancos y diezmados por aquellos que estaban mezclados en sus filas. No podían volverse contra estos últimos, debido al ataque del enemigo en el frente, y tampoco los reconocían con facilidad, ya que portaban escudos romanos. Y, sobre todo, lo que más les perturbaba era la polvareda, pues no podían hacerse siquiera una idea de lo que ocurría. Y, como sucede en las ocasiones de desorden y pánico, consideraron su situación peor de lo que era en realidad y a los emboscados más numerosos. Ni siquiera sabían que los quinientos celtíberos eran quinientos, sino que pensaban que todo su ejército estaba rodeado por la caballería y los desertores. Así que, dando la vuelta, huyeron en desorden; en primer lugar, los del ala derecha, guiados por el propio Terencio en la retirada, y después de éstos, los del ala izquierda, cuyo comandante Servilio fue, sin embargo, en ayuda de Emilio. En torno a ellos estaban la flor y nata de la caballería y la infantería, unos diez mil hombres.

Los generales, y detrás de ellos todos los que tenían 24 caballos, desmontaron y combatieron pie a tierra con la caballería de Aníbal que los había rodeado. Cargaron con furia contra el enemigo y realizaron gestas nume-

rosas y brillantes a causa de su experiencia en la milicia, ayudada por su coraje y desesperación. Sin embargo, morían por todas partes, pues Aníbal cabalgaba a su alrededor y exhortaba y animaba, unas veces, a los suyos para que completasen totalmente la victoria, y otras, les reprochaba y censuraba el que, después de haber vencido al grueso del ejército, no pudieran vencer a los pocos que quedaban. Los romanos, todo el tiempo que estuvieron con vida Emilio y Servilio, resistieron en formación causando y sufriendo muchas heridas, pero una vez que habían muerto sus generales, abriéndose camino con toda valentía por medio de los enemigos, escaparon en varias direcciones. Unos se refugiaron en los dos campamentos en donde precisamente lo habían hecho los que les precedieron en la huida. Éstos fueron en total unos quince mil, a los que puso cerco Aníbal. Otros, unos dos mil, huyeron hacia Cannas y se entregaron a Aníbal. Unos pocos escaparon hacia Canusio [12], y el resto se dispersó en grupos por los bosques [13].

25 Éste fue el final de la batalla librada en Cannas entre Aníbal y los romanos, la cual empezó después de la hora segunda del día y terminó dos horas antes de la entrada de la noche, y que aún es famosa para los romanos como símbolo de un desastre. Pues en este breve tiempo perecieron cincuenta mil soldados y fueron cogidos prisioneros una gran cantidad. Muchos de los senadores que estaban presentes perdieron la vida y, con ellos, todos los tribunos militares y centuriones y sus dos mejores generales. En cambio, el menos digno,

---

12 Canosa.

13 Apiano reduce la batalla a cuatro estratagemas de Aníbal, que Polibio no menciona y Livio, tan sólo las dos primeras (cf. De Sanctis, III 2, pág. 193, y en general, sobre la batalla de Cannas, *loc. cit.*, págs. 61 y sigs., y sobre todo, Apéndices IV y al cap. VI, págs. 126 y sigs.).

y causante del desastre, nada más comenzar la huida consiguió escapar. Los romanos en sus dos años de lucha con Aníbal en Italia habían perdido ya alrededor de cien mil hombres entre los suyos y los de los aliados.

Aníbal obtuvo esta victoria espléndida y poco fre- 26
cuente en un sólo día por haber empleado cuatro estratagemas: la fuerza del viento, la deserción fingida de los tránsfugas, la huida simulada y las emboscadas en los roquedales. Nada más terminar el combate, se dirigió a inspeccionar a los caídos y, al contemplar a sus mejores compañeros entre los muertos, prorrumpió en lamentos y, llorando, afirmó que no deseaba otra victoria de tal clase. Se dice que Pirro, rey de Epiro, profirió una exclamación similar antes que él, cuando venció, también en Italia, a los romanos con pérdidas semejantes. Aquellos fugitivos que se habían refugiado en el campamento más grande eligieron durante la tarde a Publio Sempronio como general y forzaron el paso a través de los guardias de Aníbal que estaban cansados y somnolientos, y en torno a los diez mil, marcharon hacia Canusio alrededor de la media noche. Sin embargo, los cinco mil soldados refugiados en el campamento pequeño fueron cogidos prisioneros por Aníbal al día siguiente. Terencio, tras reunir al resto de su ejército, trató de fortalecer el abatimiento de su espíritu y, colocando a Escipión, uno de los tribunos militares, como su general, se apresuró hacia Roma.

En la ciudad, al ser comunicado el desastre, los 27
hombres lloraban en las calles a sus familiares llamándolos por sus nombres y se condolían de que hubieran caído tan pronto; las mujeres, de otro lado, suplicaban en los templos, en compañía de sus hijos, que cesaran alguna vez las desgracias para la ciudad, y los magistrados imploraban a los dioses que, si tenían algún motivo de enojo, se dieran por satisfechos con lo ocurrido. El senado envió a Quinto Fabio, que escribió una historia

de estos sucesos, a consultar al oráculo de Delfos acerca de la presente situación; concedió carta de libertad a ocho mil esclavos con el consentimiento de sus dueños, ordenó que todos los ciudadanos se dedicaran a fabricar armas y proyectiles e, incluso, pese al estado de cosas, reclutó algunos aliados. A Claudio Marcelo, que se disponía a navegar rumbo a Sicilia, lo cambiaron de destino para luchar contra Aníbal. Claudio dividió la escuadra con su colega Furio y él, con los esclavos y todos los ciudadanos y aliados que pudo conseguir, que sumaban en total diez mil de a pie y dos mil jinetes, marchó a Teano y se dispuso a espiar cuál sería el próximo paso de Aníbal.

28 Aníbal permitió que los prisioneros de guerra enviaran a Roma unos emisarios para tratar de sus personas, a ver si los ciudadanos estaban dispuestos a rescatarlos mediante dinero. A los tres que resultaron elegidos y a su jefe Gneo Sempronio les hizo jurar que regresarían a su lado. Los familiares de los prisioneros, tras rodear el senado, manifestaron su intención de rescatar, a sus expensas, cada uno a sus propios familiares y suplicaron al senado que dejara el asunto en sus manos. El pueblo se unió a ellos con sus súplicas y lágrimas. Una parte de los senadores no consideraba conveniente, después de tantas calamidades, perjudicar a la ciudad con la pérdida de un número tan elevado de hombres, ni tampoco dar libertad a los esclavos, en tanto que se ignoraba a los libres. Otros, en cambio, pensaban que no había que acostumbrar a los hombres a huir pensando en acogerse a un sentimiento tal de compasión, sino a vencer en la lucha o a morir sabedores de que no era posible al fugitivo hacerse acreedor de lástima por parte de sus familiares. Después de haberse aducido muchos ejemplos en ambos sentidos, el senado acordó no permitir que los prisioneros de guerra fueran rescatados por sus allegados,

siendo de la opinión de que, mientras estaban aún pendientes para ellos muchos peligros, la clemencia en la presente ocasión no reportaría ningún beneficio para el futuro y, en cambio, la severidad, aunque fuera penosa, resultaría útil con vista a acontecimientos venideros y, en el momento presente, anonadaría a Aníbal por su osadía. Por consiguiente, Sempronio y los otros dos prisioneros que le acompañaban regresaron al lado de Aníbal. Este último liberó a algunos prisioneros y a otros les dio muerte llevado por la ira, e hizo un puente con sus cuerpos sobre el que atravesó el río. Y obligó a luchar, en combate individual, a cuantos senadores o personas relevantes por alguna otra razón tenía en sus manos, como un espectáculo para los africanos, a padres contra hijos, hermanos contra hermanos, sin omitir acto alguno de reprobable crueldad.

Después de esto, atacando los territorios de los alia- 29
dos de Roma, los devastó y puso cerco a Petelia [14]. Sus moradores eran escasos, pero hicieron con coraje una salida contra Aníbal y, en compañía de sus mujeres, llevaron a cabo muchos e importantes actos de valor y quemaban continuamente sus máquinas de asedio. Las mujeres, en igual medida, rivalizaron en celo con los hombres. Sin embargo, su número iba siendo reducido en cada asalto y empezaron a sufrir enormemente por el hambre. Aníbal, al darse cuenta, los rodeó con un muro y puso a Annón al frente del cerco. Los de Petelia, cuando se incrementaron sus sufrimientos, arrojaron primero a aquellos de los suyos inútiles para el combate fuera de la muralla, al espacio que había entre el muro y la línea de circunvalación, y contemplaron sin pena cómo eran muertos por Annón, pues pensaban que era la suya una muerte afortunada. Los restantes, cuando les faltó de todo, llevados del mismo criterio

[14] Strongoli.

se lanzaron a la carrera contra los enemigos y también en aquella ocasión realizaron muchos y nobles actos de heroísmo, pero, a causa de la falta de alimentos y de la debilidad de sus cuerpos, sin fuerzas ya siquiera para volver, perecieron todos a manos de los cartagineses. Annón se apoderó de la ciudad y aún entonces escaparon unos pocos que tenían fuerzas para correr. Los romanos reagruparon con afán a estos últimos que estaban diseminados, unos ochocientos, y los restablecieron de nuevo después de esta guerra en su propio país, llenos de admiración por su lealtad hacia ellos, y por su valor extraordinario.

30 Como quiera que la caballería celtíbera, que combatía con Aníbal como mercenaria, luchaba con todo éxito, los generales romanos en Iberia pidieron un número igual de jinetes a las ciudades que estaban bajo su mando y los enviaron a Italia como contrapartida de aquéllos. Éstos, cuando acamparon cerca de Aníbal se mezclaron con sus compatriotas e intentaron hacerles cambiar de fidelidad. Muchos, en efecto, cambiaron de parecer y desertaron o huyeron en secreto y ya ni siquiera el resto mereció la confianza de Aníbal, por ser sospechoso a sus ojos y, a su vez, sospechar ellos de él. Así pues, a partir de este momento, Aníbal empezó a tener peor suerte.

31 Hay una ciudad en Daunia, Argiripa[15], cuyo fundador se dice que fue Diomedes el argivo. Un cierto Dasio que se decía era descendiente de Diomedes, hombre de espíritu muy tornadizo e indigno de éste, después de la gran derrota de los romanos en Cannas obligó a su patria a sublevarse contra aquéllos y pasarse al bando cartaginés. Pero ahora, cuando Aníbal sufría, a su vez, reveses, cabalgó en secreto hacia Roma y, una vez introducido en el senado, dijo que podía remediar

[15] Arpi, en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Foggia.

su error y traer de nuevo a su ciudad a la alianza con Roma. Los romanos estuvieron a punto de matarlo y lo expulsaron de inmediato de la ciudad. Y él, lleno de temor hacia los romanos y hacia Aníbal, se dedicó a merodear por todo el país. Aníbal quemó vivos a su mujer y a sus hijos. Fabio Máximo se apoderó de Argiripa durante la noche gracias a la traición de otros y, después de dar muerte a todos los cartagineses que encontró, estableció una guarnición en la ciudad.

A Tarento que estaba bajo custodia de una guarni- 32
ción de Roma, la traicionó Cononeo de la siguiente forma. Cononeo acostumbraba a salir de caza y, como siempre llevaba alguna pieza a Livio, el jefe de la guarnición, llegó a gozar, por ello, de una gran amistad con él. Como el país estaba en guerra, dijo que era necesario salir de caza y llevarse las piezas durante la noche. Por consiguiente, al serle abiertas las puertas durante la noche, llegó a un acuerdo con Aníbal y, tomando soldados, ocultó a unos en una espesura cercana, a otros les ordenó que le acompañasen durante un corto trecho y, a otros, que permanecieran a su lado, ceñidos a ocultas con corazas y espadas, pero equipados como cazadores en su indumentaria exterior. Después de colocar un jabalí sobre unos maderos, llegó durante la noche ante las puertas. Los guardias se las abrieron como era lo habitual y los soldados que lo acompañaban mataron de inmediato a los guardianes, y aquellos que les seguían irrumpieron ardorosamente en el interior, casi al unísono con los primeros, recibieron a los que estaban emboscados y abrieron las puertas a Aníbal. Éste penetró en el interior, se hizo dueño al punto del resto de la ciudad y, tras conciliarse a los tarentinos, puso cerco a la ciudadela, que todavía estaba bajo custodia romana.

Así fue cómo Cononeo entregó Tarento mediante 33
traición. Los romanos que estaban en la ciudadela eran

unos cinco mil, y algunos de los tarentinos fueron en su ayuda y el prefecto de la guardia en Metaponto vino con la mitad de sus fuerzas. Tenían abundancia de proyectiles y de máquinas de guerra como para abrigar la esperanza de arrojar a Aníbal con facilidad fuera de las murallas. Pero también contaba Aníbal con material abundante. Así pues, llevando torretas, catapultas y algunos testudos, sacudió el muro, y con garfios cogidos por maromas, arrancó las almenas y dejó desguarnecida la muralla. Los defensores, por su parte, lanzaban piedras contra las máquinas destrozando muchas de ellas, desviaban los garfios envolviéndolos con lazos corredizos y, saliendo de repente a la carrera, provocaban perturbaciones entre los sitiadores y regresaban tras haber matado a muchos. Y un día que notaron que el viento era muy fuerte, algunos de ellos arrojaron sobre las máquinas teas encendidas, estopa y pez, en tanto que otros, haciendo una salida, les prendieron fuego por debajo. Por tanto, Aníbal desesperó de este intento y rodeó a la ciudad con un muro, excepto por el lado que daba al mar, pues por allí no era posible, y dejando el asedio en manos de Annón, se retiró a Yapigia.

34 El puerto de Tarento está orientado hacia el norte según se penetra desde el mar a través de un estrecho. Este estrecho estaba cerrado con puentes que se hallaban entonces bajo control romano, por lo que éstos recibían sus provisiones por vía marítima e impedían, a un tiempo, a los tarentinos su aprovisionamiento. Por esta razón, los tarentinos se encontraban faltos de alimentos, hasta que Aníbal, a su regreso, les sugirió hacer otro paso, excavando un camino real que iba a través de la ciudad desde el puerto hasta el mar que daba al sur. Después de hacerlo así, tuvieron provisiones y, con sus trirremes, causaban daño bajo la misma muralla a la guarnición romana que no poseía barcos

y les interceptaban el aprovisionamiento que les llegaba por mar, especialmente cuando no había tempestad. Y a su vez, éstos empezaron a sufrir de escasez. Los turios enviaron de noche trigo en naves de carga y trirremes dándoles escolta, y los tarentinos y los cartagineses aliados suyos, enterados del hecho y por medio de una emboscada, se apoderaron de todas las naves junto con el trigo y las tripulaciones. Los turios enviaron numerosos mensajeros para negociar la liberación de los cautivos, y los tarentinos convencían a los que llegaban para que fueran a Aníbal. Y éste soltó de inmediato a todos los turios que tenía como prisioneros. Ellos forzaron a sus conciudadanos a abrirles las puertas a Aníbal. Por tanto, los turios, mientras procuraban salvar Tarento para los romanos, se encontraron de este modo, sin darse cuenta, bajo el poderío cartaginés. La guarnición romana en la ciudad huyó en secreto hacia Brindisi[16].

Los habitantes de Metaponto, después de que su 35
prefecto hubo marchado a Tarento con la mitad de la guardia, mataron a los pocos que habían quedado y se pasaron a Aníbal. Y también se pasó Heraclea, que está a mitad de camino entre Metaponto y Turios, más bien por miedo que por convicción. Y de nuevo la situación de Aníbal era la más favorable. Al año siguiente, algunos de los lucanios se sublevaron contra los romanos, y el procónsul Sempronio Graco marchó contra ellos y les combatió. Pero Flavio, un cierto lucanio de los que aún permanecían fieles a Roma y que era amigo y huésped de Graco, lo convenció con traición para que fuera a un determinado lugar a fin de pactar con los generales lucanios que, según él, se habían arrepentido, y otorgar y recibir pruebas de fidelidad. Sin sospechar nada le acompañó con treinta jinetes, pero una gran

[16] En el original, Brentesio.

fuerza númida lo rodeó en una emboscada. Entonces, Flavio cabalgó hacia aquéllos y Graco, al darse cuenta de la traición, saltó de su caballo con sus compañeros y, después de haber llevado a cabo muchos actos de valor, murió con todos, excepto tres, los únicos que pudo apresar Aníbal, quien había puesto mucho empeño en coger vivo al procónsul romano. Aunque éste había sido cogido vergonzosamente en emboscada, Aníbal, lleno de admiración por su último acto de bravura, le hizo un funeral y envió sus huesos a Roma. Después de esto, pasó el verano en Yapigia y recolectó gran cantidad de trigo.

36 Decididos los romanos a atacar a los capuanos, Aníbal envió a Annón con mil infantes y mil jinetes para que penetrara por la noche en Capua. Y éste lo hizo sin conocimiento de los romanos. Éstos, cuando observaron, ya de día, a gran número de hombres sobre las murallas, se dieron cuenta de lo sucedido, se retiraron al punto de la ciudad y empezaron a arrasar las cosechas de los de Capua y de los otros habitantes de la Campania. A los campanios, quejosos por estas pérdidas, les respondió Aníbal que tenía mucho trigo en Yapigia y les ordenó que enviaran por él y lo cogieran cuantas veces lo desearan. Y ellos enviaron, para llevarse fardos de trigo, no sólo a las bestias de carga y a los hombres, sino incluso a las mujeres y a los niños. No tenían miedo del viaje, pues Aníbal se había trasladado desde Yapigia a Campania y estaba acampado junto al río Calor [17], cerca del territorio de los beneventinos, a quienes únicamente temían por ser todavía aliados de Roma. Pero en aquella ocasión, al estar presente Aníbal, despreciaban a todos.

37 Pero sucedió que Aníbal marchó hacia Lucania, llamado por Annón, dejando la mayor parte de su impe-

---

[17] Tanagro, afluente del Sele (Silaro).

dimenta en el campamento cercano a Benevento con una pequeña guardia, y uno de los dos cónsules romanos al mando de aquella zona —Fulvio Flaco y Apio Claudio—, al percatarse de este hecho, atacó a los campanios cuando transportaban el trigo y mató a muchos, pues no estaban preparados, y dio el trigo a los beneventinos. Se apoderó también del campamento de Aníbal y apresó la impedimenta que había en él, y mientras Aníbal se encontraba todavía entre los lucanios, cavó un foso en torno a Capua y rodeó toda la ciudad de un muro, además del foso. Los dos cónsules construyeron otra fortificación por fuera de la anterior y usaron el espacio de terreno que mediaba entre ambas como campamento. Erigieron también almenas, unas encaradas hacia los capuanos sitiados y otras hacia los que podían atacar desde fuera, y el aspecto era el de una gran ciudad encerrando en su interior a otra más pequeña. El espacio existente entre el muro de circunvalación y Capua era de unos dos estadios aproximadamente y en él tenían lugar cada día numerosas escaramuzas y choques, y gran número de combates singulares como en un teatro amurallado, pues los mejores se exhortaban de continuo unos a otros. Taureas, un capuano, en combate singular con el romano Claudio Aselo retrocedió buscando la huida. Aselo le persiguió hasta las murallas de Capua y, como no pudo hacer volver grupas a su caballo a causa de su fogosidad, se precipitó a través de las puertas enemigas en el interior de Capua en velocísima carrera y, después de atravesar a galope tendido toda la ciudad, salió de nuevo por las puertas opuestas en dirección a los romanos que estaban al otro lado.

Y se salvó así milagrosamente. A su vez, Aníbal, tras 38
haber fallado en la misión para la que fue llamado a Lucania, regresó a Capua por estimar muy importante el no consentir que una ciudad grande y bien situada

cayera bajo el poder de Roma. Efectuó un ataque contra el muro de circunvalación sin resultado positivo y, como no pudo idear la forma en que podría introducir en la ciudad trigo o un ejército, y tampoco ninguno de sus habitantes podía establecer contacto con él, debido a la fortificación que les rodeaba por todas partes, se apresuró hacia Roma con todo el ejército. Pues se había enterado de que también los habitantes de Roma estaban oprimidos por el hambre y esperaba que sus generales regresarían desde Capua o que, al menos, llevarían a cabo alguna acción más importante que la de allí. Después de atravesar con gran celeridad muchos pueblos hostiles, sin que unos pudieran detenerle y otros ni siquiera lo intentaran, acampó junto al río Anio a treinta y dos estadios de Roma.

39 La ciudad fue presa de una consternación como nunca antes la tuvo, pues no contaba con fuerzas propias adecuadas —ya que las que tenía se hallaban entonces en Campania— y se había presentado de improviso un ejército tan fuerte y bajo un general invencible por su valor y buena fortuna. Sin embargo, y de acuerdo con la situación presente, los que podían llevar armas custodiaban las puertas, los viejos se subían a las murallas, las mujeres y los niños acarreaban las piedras y los proyectiles, y los que estaban en los campos corrían desde allí al interior de la ciudad. Todo estaba lleno de gritos entremezclados, de lamentos, de súplicas y exhortaciones mutuas. Y hubo algunos que, saliendo en veloz carrera, cortaron el puente sobre el río Anio[18]. Los romanos habían fortificado, en otro tiempo, una pequeña ciudad contra los ecuos a la que llamaron Alba por su metrópolis. Con el transcurso del tiempo, llamaron a

---

[18] Es la forma latina, la griega es *Aniene*. Sobre la marcha de Aníbal hacia Roma, cf. De Sanctis, III 2, Apénd. III al cap. VII, págs. 324 y sigs.

sus habitantes albenses, bien sea por la falta de cuidado en la pronunciación o por corrupción de la lengua o, simplemente, para distinguirlos de los albanos. En esta ocasión, dos mil de estos albenses acudieron con rapidez hacia Roma para participar del peligro y, tan pronto como llegaron, se armaron y montaron guardia en las puertas. Tan grande fue el celo que puso esta pequeña ciudad, la única de entre tantas colonias; igual como también la pequeña ciudad de Platea corrió a participar del riesgo de entonces junto a los atenienses en Maratón.

Apio, uno de los generales romanos, permaneció en 40
Capua en la creencia de que podía tomarla, y Fulvio Flaco, el otro, apresurándose por otros caminos con incesante rapidez, acampó junto a Aníbal con el río Anio por medio. Aníbal, cuando se encontró con el puente roto y con Fulvio acampado en la ribera opuesta, decidió dar un rodeo por las fuentes del río. Fulvio llevó a cabo un movimiento paralelo, pero, incluso así, Aníbal le tendió una trampa; dejó atrás a algunos jinetes númidas que, al retirarse los ejércitos, atravesaron el río Anio y devastaron el territorio romano hasta que, después de llegar junto a la misma ciudad y provocar el pánico, retornaron al lado de Aníbal, tal como se les había ordenado. Y éste en persona, una vez que sobrepasó, dando un rodeo, las fuentes del río y dado que el camino hasta la ciudad era corto, inspeccionó la ciudad sin ser visto, según se dice, durante la noche, acompañado de tres guardias de escolta, y comprobó la falta de efectivos militares y la confusión reinante, pero se retiró hacia Capua, ya sea merced a la intervención divina, que lo desvió entonces también como en otras ocasiones, ya sea porque tuvo miedo del valor y la fortuna de la ciudad o, según él respondió a los que le instaban a atacar, porque no quería poner fin totalmente a la guerra por miedo a que Cartago le desposeyese de

su mando. La realidad es que, en efecto, el ejército de Fulvio no estaba en condiciones de presentarle batalla. Fulvio le siguió en su retirada, impidiéndole que recogiera forraje y teniendo cuidado de no caer en ninguna emboscada.

41 Aníbal esperó a una noche sin luna y a un emplazamiento en el que Fulvio, a la caída de la tarde, no tuvo tiempo de levantar un muro, sino que, tras cavar una trinchera dejando huecos a intervalos en vez de puertas y amontonando tierra a modo de muralla, se entregó al descanso. Envió en secreto a un cuerpo de caballería hacia una colina con buenas defensas naturales que dominaba el campamento de Fulvio y les dio la orden de permanecer quietos hasta que los romanos se apoderaran de la colina creyéndola desierta. A su vez, hizo subir a los indios en los elefantes y les ordenó irrumpir violentamente a discreción en el campamento de Fulvio a través de los huecos y los montones de tierra. También dispuso que les siguieran a poca distancia un cierto número de soldados tocando trompetas y cuernos, a unos les ordenó que, cuando estuvieran dentro, provocaran un gran tumulto corriendo en todas direcciones para que pareciera que eran muchos, y a otros, que, hablando en latín, gritaran que Fulvio el general romano les ordenaba abandonar el campamento y subir a la colina cercana. Ésta fue la estratagema de Aníbal y, en un primer momento, todo salió de acuerdo con sus planes. Y así, los elefantes penetraron arrollando bajo sus patas a los guardias, los trompeteros realizaron la tarea encomendada y el miedo que sobrevino a los romanos cuando se levantaron de la cama en medio de la oscuridad de la noche resultó terrorífico, y al oír a gentes dando órdenes en latín de refugiarse en la colina, así lo hicieron.

42 Pero Fulvio, que siempre esperaba alguna emboscada y sospechaba esto en todos los actos de Aníbal, en

aquella ocasión, guiado por su propia inteligencia o por inspiración divina o porque sabía todo cabalmente por boca de algún prisionero, apostó de inmediato a sus tribunos militares en las vías de acceso a la colina para detener a los que marchaban por ellas y hacerles ver que no era el general romano, sino Aníbal, quien había dado esa orden para tenderles una emboscada. Colocó junto a los montones de tierra guardias escogidos, para que no tuviera lugar ningún otro ataque desde fuera, y corrió en compañía de otros por todo el campamento diciendo a voces que todo estaba controlado y que los que habían penetrado con los elefantes eran pocos. Encendió antorchas y avivó el fuego en todas partes y el escaso número de los que habían entrado se hizo tan patente, que los romanos se avergonzaron de sí mismos, trocando en ira su miedo anterior, y los mataron con facilidad, pues eran pocos y armados con armas ligeras. De otro lado, los elefantes, sin espacio amplio para la retirada, atrapados entre las tiendas de campaña y los establos, ofrecían un blanco seguro de todos lados a causa de lo angosto del lugar y del tamaño de sus cuerpos. Finalmente, llenos de dolor e irritación e incapaces de alcanzar a los enemigos, arrojaron al suelo a sus conductores, los patearon con furia y barritos salvajes y se precipitaron fuera del campamento. Fulvio Flaco, de este modo, con tranquilidad e inteligencia, cogido en una trampa inesperada, obtuvo un triunfo sobre Aníbal y salvó a su ejército, siempre temeroso de las estratagemas de éste.

Aníbal, después que falló en su intento, marchó a 43
invernar en Lucania, y allí, este hombre rudo se entregó a una molicie no habitual y a los placeres amorosos. A partir de este momento, toda su suerte fue cambiando poco a poco. Fulvio, a su vez, marchó a Capua para reunirse con su colega en el mando y ambos atacaron

duramente a la ciudad, apresurándose a tomarla durante el invierno, mientras Aníbal permanecía inactivo. Los capuanos, al faltarles los alimentos y no poder obtenerlos en ninguna otra parte, se entregaron a los generales romanos en compañía de la guarnición cartaginesa y de sus dos comandantes, otro Annón y Bostar. Los romanos establecieron una guarnición en la ciudad y a todos los desertores que encontraron les cortaron las manos. Enviaron a los cartagineses nobles a Roma y al resto los vendieron como esclavos. De los capuanos, dieron muerte a los responsables máximos de la defección, pero a los demás sólo los despojaron de su tierra. Todo el territorio en torno a Capua es muy fértil en trigo, pues se trata de tierras llanas. Y así, una vez más, Capua fue devuelta a los romanos y los cartagineses se vieron despojados de esta posesión privilegiada en Italia.

44 En Brucios, que es una parte de Italia, había un hombre de la ciudad de Tisia —defendida por una guarnición cartaginesa— que tenía por costumbre andar siempre de pillaje y compartir el botín con el comandante del puesto y, gracias a ello, gozaba de gran familiaridad con él en todo y casi compartía el mando. Le apenaban las vejaciones cometidas por la guarnición contra su país, por lo que, de acuerdo con el general romano y tras dar y recibir garantías, iba introduciendo cada día en la fortaleza a unos cuantos soldados como prisioneros y se llevaba sus armas como despojos. Cuando fueron suficientes los liberó, les dio armas y destruyó la guarnición cartaginesa colocando en su lugar otra romana. Pero, como Aníbal pasó por las cercanías no mucho después, los guardianes, presos de temor, huyeron a Regio y los habitantes de Tisia se entregaron a Aníbal. Éste quemó a los culpables de la rebelión y colocó una nueva guarnición en la ciudad.

En Salapia[19], una ciudad de Yapigia, vasalla de los cartagineses, había dos hombres que destacaban del resto por su alcurnia, dinero y poder, pero que fueron enemigos durante mucho tiempo. Uno de ellos, Dasio, era partidario de los cartagineses y el otro, Blacio, lo era de los romanos. Mientras la situación de Aníbal fue pujante, Blacio se mantuvo tranquilo. Pero, una vez que los romanos recobraron fuerzas y volvieron a asumir la mayor parte de su supremacía perdida, Blacio trató de convencer a su rival de que se aliara con él únicamente por defender a su país, no fuera a ser que si los romanos lo tomaban por la fuerza, le ocurriera un daño irreparable. Dasio, fingiendo estar de acuerdo con él, se lo comunicó a Aníbal. Y éste hizo de juez entre ellos, actuando Dasio como acusador, en tanto que Blacio se defendía y alegaba que había sido acusado falsamente debido a la enemistad existente entre ambos. Y fue por haber previsto Blacio esto precisamente durante largo tiempo por lo que se atrevió a hacer semejante propuesta a un enemigo, en la certeza de que, debido a su enemistad personal, sería un acusador poco digno de crédito. Aníbal pensó que no era oportuno ni zanjar definitivamente el asunto ni tampoco dar crédito sin más a una acusación que provenía de un enemigo, así que los despidió diciéndoles que reflexionaría consigo mismo. Al salir por un pasaje muy estrecho, Blacio dijo a Dasio sin que lo oyeran los demás: «¿No salvarás a tu patria, mi buen amigo?». Y éste al punto repitió estas palabras en voz alta. 45

Y Blacio, entonces, dijo con tono muy quejumbroso y de manera convincente que era objeto de las maquinaciones de un enemigo sagaz. «Esta intriga de ahora 46

19 Hoy Salpi. Una vez más encontramos una anécdota, amplificada al gusto de Apiano o de su fuente, para explicar, en este caso, la entrega a traición de Salapia a los romanos.

—dijo— me pondrá a salvo de cualquier sospecha anterior. Pues ¿quién se hubiera atrevido antes a hacer confidencias sobre tales asuntos a un enemigo o, aunque hubiera sido tan insensato durante mucho tiempo, se atrevería a hablar ahora otra vez de estos asuntos a alguien que ha demostrado ser un traidor y un acusador en aquellas cosas, cuando aún corre peligro y está siendo juzgado y niega los cargos que se le imputan y, sobre todo, ante el mismo tribunal donde le pueden escuchar muchas personas y el propio acusador presto a repetir sus mismas palabras? Pero incluso en el caso de que hubiera sido de repente un hombre bien dispuesto y amigo, ¿cómo hubiera ya podido ayudarme a salvar a la patria?, y ¿cómo hubiera yo pedido ayuda a quien en nada me podía ayudar?». Blacio interpeló de nuevo a Dasio, pienso yo, por haber previsto todas esas cosas y lo hizo caer en mayor descrédito e, incluso, con tono persuasivo logró que Aníbal desconfiara de sus anteriores acusaciones. Sin embargo, ni aun absuelto del juicio, desistió Blacio de intentar convencer a su enemigo a cambiar de bando, pues, como era natural, lo despreciaba ahora como a alguien indigno, en todo, de crédito. Y éste, de nuevo, fingió estar de acuerdo con él y pretendió conocer el plan de la defección. Pero Blacio, sin dudarlo, dijo: «Cabalgaré hacia uno de los campamentos romanos —indicando el que se hallaba más distante— y traeré un contingente de tropas, pues su comandante en jefe es mi amigo. Tú aguárdame aquí y mantén bajo atenta vigilancia todo».

47 Después de decir esto, cabalgó de inmediato, sin que Dasio lo supiera, no hacia el campamento mencionado, sino hacia Roma, un viaje más corto. Y habiendo entregado su hijo como rehén al senado, solicitó un millar de jinetes con los que se apresuró a volver a toda prisa previendo cuál habría de ser el desenlace. Dasio, al no ver a su enemigo durante los días siguientes supuso

que estaba ocupado en lo que habían acordado, en la idea de que por fin confiaba en él. Y creyendo, por tanto, que él había marchado en realidad al campamento más lejano, cabalgó junto a Aníbal, en la confianza absoluta de que estaría de vuelta antes de que Blacio regresara. «Ahora —le dijo a Aníbal— te entregaré a Blacio cuando traiga ante tus ojos un ejército contra la ciudad.» Cuando hubo expuesto el asunto y recibió una fuerza militar, regresó a toda prisa a la ciudad, sin imaginar siquiera que Blacio estuviese cerca. Pero éste se encontraba ya dentro desde hacía poco tiempo y, después de haber dado muerte a la guarnición cartaginesa, poco numerosa, cuidó de que nadie saliera y cerró todas las puertas, exceptuando aquellas por donde suponía que regresaría Dasio. Nada había por aquella parte que pudiera levantar sospechas, pero en el interior se habían cavado fosos e interceptado el paso para que los que penetraran no pudieran abrirse camino a través de toda la ciudad. Dasio, cuando vio las puertas abiertas, se alegró creyendo que se había anticipado a su enemigo y penetró lleno de regocijo. Y Blacio, cerrando las puertas tras su paso, le dio muerte junto con los que habían penetrado, copados en un lugar estrecho y sin vía de escape a causa de los fosos. No obstante, unos pocos escaparon trepando por las murallas.

De este modo, Blacio logró vencer a Dasio a la ter- 48
cera vez que le tendió una contraemboscada. Entretanto el cónsul romano Fulvio tenía bajo asedio a Herdonia[20]. Aníbal se le aproximó más tarde sin que lo viera y ordenó no encender fuego y guardar silencio. Y así, al romper el alba, muy brumosa por cierto, envió a la caballería, para que atacase al campamento romano.

---

[20] Hoy Ordonna. Sobre esta batalla de Herdonia, cf. De Sanctis, III 2, págs. 445-446, n. 28.

Éstos se defendieron desordenadamente, como era lógico en quienes acababan de levantarse, pero con bravura, pues pensaban que les había atacado una tropa pequeña procedente de alguna parte. Aníbal, por su parte, rodeó a la ciudad por el otro lado con la infantería, con la idea de efectuar un reconocimiento e infundir esperanzas a los del interior, hasta que se encontró con los romanos al contornear la ciudad, bien porque estaba previsto o por casualidad, y los envolvió. Los romanos, atacados por los dos lados, cayeron ya en masa, en medio de la confusión. Perecieron unos ocho mil y el propio cónsul Fulvio. El resto trepó a un montículo situado delante del campamento y, después de defenderse con valor, lo mantuvieron a salvo e impidieron que Aníbal se apoderase del campamento.

49 Después de esto, los romanos asolaron el territorio de los yapigios que se habían sublevado, y Aníbal, el de los campanios que se habían pasado a los romanos a excepción de Atela [21]. A sus habitantes los asentó en el territorio de los turios, para que no sufrieran a causa de la guerra que llevaba a cabo entre los brucios, lucanios y yapigios. Los romanos establecieron en Atela a los desterrados de Nuceria [22] y, tras invadir el territorio sometido aún a Aníbal, se apoderaron de Aulonia y llevaron a cabo incursiones por el país de los brucios. Asediaron también Tarento, que estaba bajo la custodia de Cartalón, por mar y por tierra. Cartalón, como contaba con pocas tropas cartaginesas en aquel momento, tomó a su servicio a gente de los brucios. El capitán de estos últimos estaba enamorado de una mujer cuyo

---

[21] En su lugar hoy se encuentra la ciudad de Aversa. Esta ciudad de Atela, antigua patria de los oscos, en la Campania, entre Nápoles y Cápua, fue célebre por haber dado origen a las primeras representaciones de las piezas cómicas llamadas fábulas atelanas (parecidas a nuestros sainetes).

[22] Ciudad de Campania.

hermano militaba bajo los romanos y éste consiguió, por medio de su hermana, que aquel se rindiera a los romanos, los cuales llevaron máquinas de asalto hacia aquella parte de la muralla que tenía bajo su custodia. De este modo, los romanos se apoderaron de Tarento, lugar excelentemente situado para la guerra, tanto por tierra como por mar.

Aníbal se enteró de su captura cuando se apresura- 50
ba a llegar a ella e, irritado, se desvió hacia Turios y, desde allí, a Venusia[23]. Allí, Claudio Marcelo, el conquistador de Sicilia, que era cónsul entonces por quinta vez, y Tito Crispino, acamparon frente a él, pero no se atrevieron a ofrecer batalla. Sin embargo, Marcelo, al ver a un destacamento de númidas que llevaba botín y pensando que eran pocos, los atacó confiadamente con trescientos jinetes. Él iba en primer lugar, pues era hombre valiente para el combate y despreciaba el peligro siempre. De repente, surgieron gran cantidad de africanos que lo atacaron desde todos los lados. Los romanos que estaban en retaguardia fueron los primeros en huir, pero Marcelo, creyendo que aún lo seguían, combatió con bravura, hasta que murió atravesado por un dardo. Aníbal, deteniéndose junto a su cuerpo sin vida, cuando vio todas las heridas recibidas en el pecho, le alabó como soldado, pero se burló de él como general. Después de quitarle el anillo, incineró su cuerpo con todos los honores y envió los huesos a su hijo en el campamento romano.

Enojado con los salapios, selló de inmediato una 51
carta con el sello de Marcelo antes de que muchos se enteraran de su muerte, y ordenó que la llevara un desertor romano, diciendo que el ejército de Marcelo iba detrás y que Marcelo ordenaba que se le recibiera. Sin embargo, poco antes había llegado una misiva de

[23] Ciudad de Apulia, patria de Horacio, llamada hoy Venosa.

Crispino informando a todas las ciudades de que Aníbal se había apoderado del sello de Marcelo. Por tanto, enviaron de regreso al mensajero para que no supiese lo ocurrido si se quedaba, prometiéndole cumplir lo ordenado. Después, se armaron y aguardaron apostados en la muralla la emboscada. Al aproximarse Aníbal con los númidas, a quienes había provisto de armas romanas, abatieron la puerta por medio del rastrillo, como alegrándose de la llegada de Marcelo, y acogieron en el interior a cuantos pensaban que podrían vencer con facilidad. Al punto, levaron de nuevo la puerta con el rastrillo, mataron a los que habían penetrado y asaetearon, desde las almenas, a los que aún permanecían de pie en el exterior alrededor de las murallas, llenándolos de heridas. Aníbal se retiró, por tanto, después de haber fracasado en este segundo intento contra la ciudad.

52 Entretanto, Asdrúbal, el hermano de Aníbal, marchó a Italia con el ejército que había reclutado entre los celtíberos. Acogido en son de amistad por los galos, cruzó los Alpes en dos meses, siguiendo la ruta realizada antes por Aníbal, mientras que aquél había tardado seis. Invadió Etruria con cuarenta y ocho mil soldados de infantería, ocho mil jinetes y quince elefantes. Y envió cartas a su hermano anunciándole su llegada. Estas cartas fueron interceptadas por los romanos, y los cónsules Salinátor y Nerón, enterados por ellas del número de sus fuerzas, marcharon contra él con todos sus efectivos unidos y acamparon en frente suya en los alrededores de Sena[24]. Sin embargo, Asdrúbal se retiró, porque no deseaba luchar sino reunirse a toda prisa con su hermano. Después de levantar el campa-

---

[24] Ciudad de Umbria, hoy llamada Siena. Sobre la marcha de Asdrúbal a Italia y la batalla del Metauro, cf. De Sanctis, 2, Apénd. I al cap. IX, págs. 547-553.

mento durante la noche, avanzó por una zona pantanosa y llena de charcas y a lo largo de un río invadeable. Finalmente, al amanecer, los romanos los atacaron cuando estaban dispersos y agotados por la falta de sueño y el esfuerzo; mientras se reagrupaban y se ponían en formación, mataron a la mayoría junto con sus oficiales, e incluso al propio Asdrúbal, y cogieron a muchos prisioneros. De este modo, libraron a Italia de un miedo terrible, pues Aníbal habría resultado invencible si hubiera llegado a recibir como refuerzo este ejército.

Me parece que la divinidad otorgó esta victoria a 53
los romanos como compensación por el desastre de Cannas, pues ocurrió no mucho después de aquélla y de forma similar. En ambos casos, los comandantes en jefe perdieron sus vidas y un número muy semejante de tropas. En ambas ocasiones, se hizo un gran número de prisioneros y el vencedor se apoderó del campamento enemigo y de gran cantidad de material de guerra. De este modo, Roma gozó alternativamente de éxitos y fracasos. De los celtíberos que lograron huir del desastre, unos se dirigieron hacia su patria, y otros, al lado de Aníbal.

Éste, deprimido por la súbita pérdida de su herma- 54
no y un ejército tan numeroso a causa del desconocimiento del lugar, y despojado de todo lo que había conseguido antes en catorce años de trabajos infatigables desde que combatía a los romanos en Italia, se retiró al territorio de los brucios, el único pueblo que permanecía sometido a él. Aquí permaneció tranquilo, mientras esperaba la llegada de nuevas tropas de refuerzo procedentes de Cartago. Ellos le enviaron cien navíos de carga con trigo, soldados y dinero, pero, como no tenían remeros, el viento los desvió hasta Cerdeña. El pretor de allí los atacó con sus barcos de guerra, hundió a veinte y se apoderó de sesenta, el resto huyó

hacia Cartago. Aníbal, por consiguiente, se encontró en una situación más apurada todavía y sin esperanzas de recibir ninguna ayuda de Cartago. Ni siquiera Magón, que estaba reclutando mercenarios en la Galia y Liguria, le envió ayuda alguna, sino que esperó a ver qué giro tomaban los acontecimientos. Percatándose de que no iba a poder permanecer allí por mucho tiempo, empezó a despreciar a los brucios como gentes que pronto le serían extraños, les impuso numerosas cargas y, a sus ciudades más poderosas, las trasladó a la llanura so pretexto de que querían sublevarse, y culpando a muchos de ellos, los mató para despojarlos de sus propiedades.

55 Tal era la situación. En Roma accedieron al consulado Licinio Craso y Publio Escipión, el conquistador de Iberia. Craso acampó frente a Aníbal en las cercanías de Yapigia, en tanto que Escipión advertía al pueblo que nunca se verían libres del agobio cartaginés y de Aníbal en Italia, a no ser que un ejército romano pasara a África y llevara el peligro a su patria. Tras insistir con mucha obstinación y convencer a los que estaban indecisos, fue elegido él mismo como general para África y se hizo a la mar de inmediato hacia Sicilia. Allí reunió y adiestró a un ejército e hizo una incursión contra los locrios de Italia, que estaban bajo la vigilancia de Aníbal. Y después de pasar a cuchillo a la guarnición, puso la ciudad bajo el mando de Pleminio y él navegó hacia África. Pleminio cometió toda clase de ultrajes, vejaciones y crueldades contra los locrios y acabó por expoliar el templo de Prosérpina[25]. Los romanos lo ajusticiaron en la cárcel a él y a sus compañeros de fechorías y entregaron sus haciendas a

[25] En Roma, Prosérpina es la diosa de los infiernos. Desde muy pronto fue asimilada a la Perséfone griega, y parece que debe a esta asimilación su carácter infernal. En su origen fue, sin duda, una divinidad agraria.

los locríos para que las llevasen al tesoro de la diosa. Todo el resto del saqueo que pudieron encontrar lo devolvieron a la diosa, y lo demás lo pusieron del tesoro público.

Durante este mismo tiempo, Craso rescató de manos 56
de Aníbal Consentia[26], una importante ciudad de los brucios, y a otras seis más. Como tuvieran lugar en Roma ciertos prodigios desastrosos enviados por Júpiter, los decemviros encargados de consultar los libros sibilinos dijeron que por aquellos días caería algo del cielo en Pessino[27], en Frigia, donde los frigios veneran a la madre de los dioses, y que era necesario que fuera llevado a Roma. Poco después se anunció que había caído, y la estatua de la diosa fue llevada a Roma. Y el día en que fue transportada lo tienen consagrado, incluso ahora, a la madre de los dioses. Se cuenta que la nave que la llevaba encalló en unos bajos del río Tíber y no podía ser puesta a flote de ningún modo, hasta que los adivinos proclamaron que sólo proseguiría en caso de ser arrastrada por una mujer que no hubiera cometido adulterio. Claudia Quintia, que estaba bajo la acusación de adulterio, pero pendiente de juicio —y era muy sospechosa de ello por su vida libertina—, invocaba reiteradas veces a los dioses como testigos de su inocencia y se ató con su ceñidor al barco. Y la diosa la siguió. Por tanto, Claudia trocó su pésima reputación por una fama excelente. Pero antes de este asunto de Claudia, los libros sibilinos habían aconsejado a los romanos que hicieran traer la estatua de la diosa a manos de su mejor hombre. Y enviaron a Escipión Nasica que fue juzgado el mejor entonces, el cual era hijo de Gneo Escipión, general de Iberia que había muerto allí, y

---

26 Hoy Cosenza en la Calabria.

27 Pesinonte (?), ciudad de la Galacia, célebre por su templo a la diosa Cibele.

primo de Escipión, el primero en ser llamado Africano, que fue el que privó a los cartagineses de su supremacía. De este modo, llegó la diosa a Roma a manos de sus hombres y mujeres más excelentes[28].

57 Cuando los cartagineses iban siendo derrotados sucesivamente en África por Escipión, aquellos de los brucios que se enteraron de ello se sublevaron contra Aníbal y algunos mataron a sus guarniciones, en tanto que otros las expulsaron. Quienes no pudieron realizar ninguna de estas cosas enviaron mensajeros en secreto al senado, haciendo ver la necesidad bajo la que habían actuado y su buena voluntad. Aníbal llegó con su ejército a Petelia, que ahora no estaba ocupada por los petelios, pues Aníbal los había expulsado y había entregado la ciudad a los brucios. Los acusó de haber enviado mensajeros a Roma y, como ellos lo negaran, fingió creerlos. Pero «para que no hubiera siquiera lugar a la sospecha», como dijo, entregó a sus ciudadanos más notables a los númidas para vigilarlos a cada uno por separado, quitó las armas al pueblo y se las dio a los esclavos y colocó a éstos como guardianes de la ciudad. Luego, visitó otras ciudades e hizo lo mismo. En el caso de los turios eligió a tres mil ciudadanos especialmente amigos de los cartagineses y a quinientos procedentes del campo, y las posesiones de los demás se las dio como botín a su ejército. Después de establecer una guarnición fuerte en la ciudad, asentó a éstos en Crotona, una ciudad que consideraba bien situada para sus planes y a la que había convertido en almacén y base de operaciones contra las demás ciudades.

58 Cuando los cartagineses lo mandaron llamar con toda urgencia para socorrer a su patria amenazada por Escipión y le enviaron a su almirante Asdrúbal a fin de que no se demorase, se irritó por la conducta malinten-

---

28 Otra anécdota de Apiano.

cionada e ingrata de los cartagineses hacia sus generales, de la que tenía una larga experiencia. Tuvo miedo también de ser acusado de haber sido el primero en promover una guerra tan grande al invadir Iberia, no obstante, por imperativo de las circunstancias, se decidió a obedecer y construyó muchas naves para lo que Italia le proporcionó abundante madera. Despreciando como pueblos extraños a las ciudades que aún le estaban sometidas, decidió saquearlas a todas y, enriqueciendo al ejército, regresar a salvo de las acusaciones en Cartago. Sin embargo, por vergüenza de quebrantar él en persona los lazos de amistad, envió al almirante Asdrúbal bajo el pretexto de inspeccionar las guarniciones. Éste, cuando entraba en cada ciudad, ordenaba a sus habitantes que tomaran cuantas cosas pudieran llevar consigo y a sus esclavos, y el resto lo saqueaba. Algunos, al enterarse de esto, atacaron las guarniciones antes de que llegara Aníbal, y hubo sitios en donde triunfaron las ciudades y otros en los que se impusieron las guarniciones. Hubo toda suerte de crímenes, violaciones de mujeres, raptos de doncellas, y todo cuanto es usual en la toma de las ciudades.

Aníbal, conocedor del buen adiestramiento de aque- 59
llos italianos que servían bajos sus órdenes, intentó convencerlos de que le siguieran a África con muchas promesas. Algunos de ellos se resolvieron a seguirle, temerosos de los crímenes cometidos contra sus respectivos lugares de origen, expatriándose voluntariamente, pero otros que estaban libres de culpa dudaban. Por consiguiente, reunió a los que habían decidido quedarse, como si fuera a decirles algo o a recompensarlos por sus servicios o para darles algún encargo con respecto al futuro, y los rodeó de improviso con su ejército. A continuación, ordenó a sus propios soldados elegir de entre ellos a los que quisieran como esclavos. Y una vez que algunos lo habían hecho, en

tanto que a otros les dio vergüenza de reducir a la esclavitud a gente que habían sido sus camaradas en tantas ocasiones, a todos los demás los asaeteó para que unos hombres de tal valía no fueran jamás de provecho a los romanos. Dio muerte también, junto con ellos, a cuatro mil caballos y a un gran número de animales de tiro que no podía llevar a África.

60 Después de esto, embarcó todo su ejército en las naves y esperó el viento, habiendo dejado algunas fuerzas en tierra como guarniciones. Los de Petelia y otros italianos las atacaron, mataron a algunos de ellos y se retiraron de nuevo. Y Aníbal retornó a África, después de haber devastado cruelmente durante dieciséis años Italia, de haber infligido innumerables daños a sus habitantes y haberlos llevado a una situación extrema en muchas ocasiones y tratar como enemigos a sus vasallos y aliados. Y es que él se había servido de ellos durante mucho tiempo, más por necesidad que por buena voluntad, y ahora que ya no podía beneficiarse de ellos los despreciaba como a enemigos.

61 Al partir Aníbal de Italia, el senado perdonó a todos aquellos pueblos de Italia que habían tomado partido por él y decretó una amnistía general, excepto para los brucios, quienes habían permanecido hasta el final leales por completo a él. Les despojaron de su país y de las armas que no les había quitado ya Aníbal. En el futuro se les prohibió enrolarse en el ejército, por considerarlos personas no libres, y fueron requeridos como sirvientes para acompañar a los cónsules y pretores cuando partían para gobernar sus provincias en el desempeño de misiones oficiales. Éste fue el final de la invasión de Italia por Aníbal.

VIII

SOBRE AFRICA

SINOPSIS

1. Fundación de Cartago.
2. Las guerras entre romanos y cartagineses (Guerras púnicas).
3. Atilio Régulo es derrotado por Jantipo.
4. El destino de Régulo y Jantipo.
5. La guerra de los mercenarios.
6. Breve resumen sobre los hechos ocurridos en Iberia antes y después de la partida de Aníbal hacia Italia.
7. División de opiniones en Roma ante la propuesta de Escipión de llevar la guerra a Africa.
8. Preparativos de Escipión.
9. Preparativos de Cartago para la guerra.
10. Sifax y Masinissa.
11. Guerra entre Masinissa y Cartago.
12. Masinissa practica «la guerra de guerrillas» contra Cartago.
13. Escipión llega a Africa.
14. Engaño de Masinissa.
15. Captura de Loca. Escipión y Masinissa se salvan de una emboscada.
16. Asedio de Útica.
17. Negociaciones y proyectos de Sifax.
18. Sifax se alía abiertamente con los cartagineses.

19. Consejo entre Escipión y sus oficiales.
20. Escipión planea un ataque nocturno contra Asdrúbal.
21. Los africanos, atacados de improviso durante la noche, son derrotados.
22. Huida de Sifax.
23. Bajas sufridas por ambas partes. Botín de Escipión.
24. Asdrúbal prepara el ejército. Escipión marcha contra Cartago.
25. La flota cartaginesa es rechazada.
26. Masinissa derrota y hace prisionero a Sifax.
27. Sifax y Sofonisba.
28. El destino de Sofonisba. Muerte de Sifax.
29. Asdrúbal y Annón proyectan incendiar el campamento de Escipión.
30. El plan es descubierto. Operaciones infructuosas de romanos y cartagineses.
31. Embajada cartaginesa a Roma para negociar la paz.
32. Se concluye un tratado de paz entre Roma y Cartago.
33. Llegada de Aníbal a África.
34. Cartago quebranta el tratado.
35. Comienza de nuevo la guerra.
36. Asdrúbal entrega su ejército a Aníbal.
37. Masinissa consigue la firma de un armisticio entre Escipión y Aníbal.
38. Disturbios en Cartago.
39. Los cartagineses rompen este segundo armisticio.
40. Preparativos de Aníbal para la batalla junto a Cila.
41. Preparativos de Escipión ante este mismo encuentro.
42. Exhortaciones de Aníbal y Escipión a sus tropas.

43-46. Batalla junto a Cila (Batalla de Zama).

47. Derrota total y huida de Aníbal.
48. Bajas de la batalla y botín romano.
49. Embajada cartaginesa a Escipión.

50-52. Discurso del cartaginés Asdrúbal Erifo.

53-54. Discurso de réplica de Escipión.

55. El pueblo cartaginés rechaza las propuestas de paz de Escipión.
56. Nueva embajada a Roma de los cartagineses.

57-61. Debate en el senado acerca de la paz. Discurso de un

senador amigo de Escipión apoyando la firma de la paz aconsejada por éste.

62-64. Continuación del debate en el senado. Discurso de Publio Cornelio en contra de la firma de la paz.

65. El senado acuerda firmar un tercer tratado de paz.

66. Descripción del triunfo en Roma.

67. Fin de la segunda guerra púnica. Cartago y Masinissa.

68. Diversas facciones en Cartago. Persisten las desavenencias entre Masinissa y Cartago.

69. Catón visita África y, a su regreso a Roma, propone la destrucción de Cartago, impresionado por su auge y desarrollo.

70. Comienza la guerra con Masinissa.

71. Batalla contra Masinissa.

72. Masinissa pone cerco al ejército de Asdrúbal.

73. El ejército de Asdrúbal es aniquilado.

74. Los romanos deciden hacer la guerra a los cartagineses. Comienzos de la tercera guerra púnica.

75. Útica se une a los romanos.

76. Roma envía una legación a Cartago.

77. Los cartagineses entregan rehenes.

78. Los romanos acampan en Útica. Allí reciben embajadores de Cartago.

79. Discurso de los embajadores impetrando la paz.

80. Réplica de Censorino. Los cartagineses entregan todas sus armas.

81. Censorino pide que abandonen Cartago. Desesperación de los cartagineses.

82. Reflexiones sombrías de los cartagineses sobre su futuro.

83-85. Discurso patético del cartaginés Bannón.

86-89. Réplica de Censorino.

90. Los embajadores cartagineses solicitan la presencia de la flota romana ante Cartago.

91. Regreso a Cartago de los embajadores.

92. La ciudad es presa de la desesperación.

93. Cartago toma la resolución de luchar.

94. Los cónsules avanzan lentamente contra Cartago.

95. Topografía de Cartago.

96. Descripción de los dos puertos.
97. Los romanos atacan, sin éxito, Cartago.
98. Los cartagineses incendian las máquinas de guerra romanas. Previsión de Escipión.
99. La flota romana está a punto de ser incendiada.
100. Fameas causa estragos entre las fuerzas romanas.
101. Escipión salva a Manilio de una situación de peligro.
102. Manilio marcha contra Asdrúbal y es derrotado. Escipión salva al ejército romano en la retirada.
103. Decisiva intervención de Escipión para rescatar a un destacamento romano que había quedado sitiado.
104. Escipión solicita de Asdrúbal que entierre a los tribunos.
105. Crece la fama de Escipión. Muerte de Masinissa.
106. Semblanza de Masinissa. Escipión reparte el reino de éste entre sus hijos.
107. Encuentro entre Fameas y Escipión.
108. Fameas se pasa a los romanos.
109. Alegría en el ejército ante el regreso de Escipión y Fameas. Este último es recompensado por Roma.
110. Inoperancia de los nuevos cónsules Pisón y Mancino.
111. Los cartagineses, crecida su moral, intentan concitar a África contra los romanos.
112. Escipión es elegido cónsul.
113. Llegada a África de Escipión.
114. Mancino es rescatado por Escipión de una situación de extremo peligro.
115. Relajación en la disciplina militar.
116. Alocución de Escipión a los soldados.
117. Ataque a Mégara.
118. Crueldad de Asdrúbal.
119. Escipión pone cerco a Cartago.
120. Cartago sufre por el hambre.
121. Intento fallido de Escipión para bloquear el puerto.
122. Combate naval con resultado incierto.
123. Derrota naval de los cartagineses.
124. Lucha desesperada por la posesión de un dique.
125. Escipión se apodera del dique y lo fortifica.
126. Escipión se apodera de Néferis.
127. Escipión se apodera del puerto de Cotón.

128. Ataque a Birsa. Lucha en las calles y tejados.
129. Horrores en el ataque a Birsa.
130. Birsa es capturada. Rendición de muchos cartagineses.
131. La esposa de Asdrúbal se arroja al fuego con sus hijos.
132. Escipión llora por la destrucción de Cartago.
133. Escipión reparte recompensas y el botín.
134. Júbilo en Roma.
135. Escipión lleva a cabo en África las medidas acordadas por el senado y parte hacia Roma.
136. Reconstrucción de Cartago por Augusto.

Los fenicios fundaron Cartago en África cincuenta 1
años después de la captura de Troya[1]. Sus fundadores fueron Zoro y Cartago, o como los romanos y los propios cartagineses piensan, Dido[2], una mujer de Tiro, a cuyo esposo había matado Pigmalión cuando era rey de Tiro, y había ocultado su acción. Pero a ella le fue revelado el asesinato en sueños y, con gran cantidad de riquezas y hombres que habían escapado a la tiranía de Pigmalión, llegó navegando a aquella parte de África donde hoy está Cartago. Repelidos por los africanos, les pidieron para su asentamiento un trozo de terreno tan grande como pudiera contenerse en una piel de toro. Ellos se echaron a reír ante lo insignificante de la petición fenicia y sintieron vergüenza de negar un favor tan pequeño. Y en especial no podían imaginarse cómo podría construirse una ciudad en una porción de terreno tan exigua, y deseando conocer cuál era su plan ingenioso, consintieron en dárselo y lo prometieron mediante juramento. Los fenicios cortaron la piel en tiras finísimas y las colocaron delimitando lo que en

[1] Sobre las diversas cronologías para la fundación de Cartago, cf. De Sanctis, III 1, págs. 17-18, n. 48.

[2] Para la leyenda de Dido en la tradición greco-romana, ver De Sanctis, *loc. cit.*, págs. 19 y sigs., y en especial, Apénd. I al cap. I, págs. 81-83.

la actualidad es la acrópolis de Cartago, que por esta circunstancia se llama Birsa (Piel)[3].

2 Con el transcurso del tiempo, tomándola como base de operaciones, siendo mejores que sus vecinos en la guerra y dedicados al comercio marítimo como todos los fenicios, construyeron en torno a Birsa otra ciudad exterior. Y a medida que se hicieron realmente poderosos, se fueron adueñando de África y de una gran parte del mar y llevaron la guerra fuera de sus fronteras a Sicilia, Cerdeña y otras islas de este mar e, incluso, hasta Iberia, al tiempo que enviaron numerosas colonias a lugares muy diversos. Su imperio rivalizó con el de los griegos en poder, y en riqueza estuvo cercano al de los persas. Unos setecientos años después de la fundación de su ciudad, los romanos les arrebataron Sicilia y, tras ella, Cerdeña y en una segunda guerra también se apoderaron de Iberia. A partir de entonces cada uno invadió el territorio del otro con grandes ejércitos; los cartagineses, teniendo como general a Aníbal, devastaron Italia durante dieciséis años consecutivos y los romanos, bajo el mando de Cornelio Escipión el Viejo, asolaron África hasta que despojaron a los cartagineses de su hegemonía, de sus naves y elefantes y les impusieron un tributo durante un cierto tiempo. Este segundo tratado entre romanos y cartagineses duró por espacio de cincuenta años hasta que, al quebrantarlo, llevaron a cabo la tercera y última guerra entre ellos, en el curso de la cual los romanos, bajo el mando de Escipión el Joven, arrasaron hasta los cimientos a Cartago, y decretaron que fuera mal-

---

3 Sobre esta leyenda relativa a la fundación de Cartago, los diversos nombres y sus fundadores, cf. De Sanctis, III 1, págs. 18 y sigs., con notas. El nombre de *Birsa* parece que significa «fortaleza» (*oppidum*) y su interpretación como «piel» es parte de la leyenda griega, que constituye un mito etiológico.

dita. Pero de nuevo ocuparon un lugar muy próximo al primero con colonizadores propios, por considerarlo una zona de privilegio con vista al gobierno de África. Mi libro sobre Sicilia se ocupa de lo relativo a Sicilia, lo sucedido en Iberia está recogido en mi libro sobre Iberia, y lo que llevó a cabo Aníbal después de invadir Italia lo relata mi historia de Aníbal. Por último este libro comprende todas las operaciones en África desde sus comienzos.

Todo empezó con la guerra de Sicilia cuando los 3
romanos enviaron a África trescientas cincuenta naves, apresaron algunas ciudades y dejaron como jefe al mando de las fuerzas a Atilio Régulo. Éste se apoderó de otras doscientas ciudades que por odio hacia los cartagineses se pasaron hacia él, y marchando por todo el país lo saqueó. Los cartagineses solicitaron a los lacedemonios el envio de un comandante en jefe, por creer que sus fracasos eran debidos a la falta de una autoridad. Ellos les enviaron a Jantipo[4]. Atilio, acampado a orillas de una laguna a la hora de la canícula, la rodeó para atacar a los enemigos, sufriendo mucho su ejército por el peso de las armas, el calor sofocante, la sed y la fatiga de la marcha, y resultó un blanco fácil desde las alturas colindantes. Hacia el atardecer llegó cerca de un río que separaba a ambos ejércitos. Atilio lo cruzó de inmediato, pensando con ello amedrantar a Jantipo, pero éste, a su vez, hizo salir del campamento a su ejército en formación, en la certeza de que habría de vencer a un enemigo exhausto y que había sufrido mucho y seguro de que la noche estaría

---

[4] Seguramente un mercenario, como afirman Polibio, Diodoro y Frontino, aunque la falsificación analística lo transforma en un auxiliar enviado por los lacedemonios como respuesta a la demanda de socorro por parte de Cartago. Esta versión última es la que siguen Eutropio y Apiano (cf. más detalles en De Sanctis, III 1, pág. 148, n. 12).

de parte de los vencedores. Y Jantipo no se vio defraudado en sus esperanzas. Pues de los treinta mil soldados que llevaba Atilio sólo unos pocos lograron huir a la ciudad de Aspis; todos los demás, en cambio, o bien perecieron o fueron hechos prisioneros. Entre estos últimos estaba el propio comandante en jefe, Atilio, que era también cónsul.

4 No mucho después, los cartagineses, cansados de combatir, lo enviaron a Roma en compañía de sus propios embajadores para negociar la paz o retornar si fracasaban las negociaciones. Sin embargo, Atilio Régulo instó en privado a los magistrados romanos a continuar la guerra con toda energía y regresó dispuesto a sufrir la tortura. En efecto, los cartagineses lo metieron en una jaula que estaba erizada de pinchos por todas partes y le dieron muerte. El triunfo obtenido fue para Jantipo el comienzo de su perdición. Pues los cartagineses, a fin de que no pareciera que un éxito tan grande era obra de los lacedemonios, so pretexto de honrarlo con grandes regalos y enviarlo de regreso a Lacedemonia en unas trirremes, ordenaron a los trierarcas arrojarlo al mar en compañía de sus compatriotas lacedemonios. Y ésta fue la pena que sufrió por su triunfo [5]. Tales fueron los resultados buenos y malos de la primera guerra de los romanos en África, hasta que los cartagineses les rindieron Sicilia. El modo en que tuvo lugar este hecho está expuesto en mi historia de Sicilia.

5 Después de estos sucesos, hubo relaciones pacíficas entre romanos y cartagineses, pero cuantos africanos estaban sometidos a estos últimos y habían luchado a su lado en la guerra de Sicilia y los celtas que les habían servido como mercenarios, tras presentar algunas

---

[5] La leyenda acerca del asesinato de Jantipo es, sin duda, antigua (cf. De Sanctis, *loc. cit.*, pág. 151, n. 18).

reclamaciones sobre su paga y las promesas no cumplidas, hicieron la guerra a los cartagineses con toda su energía. Éstos llamaron a los romanos para una alianza, basándose en los presentes lazos de amistad, y los romanos les permitieron, tan sólo para esta guerra, reclutar mercenarios en Italia, ya que incluso esto estaba expresamente prohibido en los tratados. Enviaron también mediadores, a los que los africanos no escucharon, pero declararon que las ciudades serían súbditas de Roma si ellas lo querían, y los romanos no aceptaron la propuesta. Los cartagineses, entonces, bloqueando con una gran flota las ciudades, les cortaron el aprovisionamiento por mar y, como la tierra estaba improductiva como consecuencia de la guerra, vencieron a los africanos por hambre. A los mercaderes que bordeaban la costa los saquearon por afán de rapiña y a los que eran romanos incluso los mataron y los arrojaron al mar para ocultar el hecho. La noticia no se supo durante mucho tiempo. Sin embargo, cuando el hecho fue conocido, difirieron el día de la rendición de cuentas hasta que los romanos decretaron hacerles la guerra y les concedieron Cerdeña como compensación. Y esta claúsula fue añadida a los tratados anteriores.

Poco tiempo después, los cartagineses realizaron 6
una expedición militar contra Iberia y la fueron sometiendo gradualmente hasta que, al quejarse los saguntinos a los romanos, fue establecido un límite para los cartagineses en Iberia: no atravesar el río Ebro. Los cartagineses violaron, a su vez, este acuerdo al atravesar este río bajo el mando de Aníbal[6]. Y después de esta acción, Aníbal invadió Italia, dejando en manos de otros la campaña en Iberia. Los generales romanos en Iberia, Publio Cornelio Escipión y Gneo Escipión, dos hermanos, tras realizar hechos heroicos

[6] El mismo error visto en el libro *Sobre Iberia.*

murieron, ambos, a manos de los enemigos. A los generales que les sucedieron les fueron mal las cosas, hasta que Escipión, el hijo de aquel Publio Escipión muerto en Iberia, navegó hacia allí e hizo creer a todos que venía inspirado por la divinidad y asistido de su consejo en todos los asuntos. Él consiguió vencer con toda brillantez y, después de haber obtenido una gran gloria por ello, entregó el mando a los enviados a sucederle. Una vez que regresó a Roma, solicitó ser enviado como general a África, con la idea de hacer volver a Aníbal de Italia e imponer un castigo a los cartagineses en su patria.

7 Algunos políticos se opusieron, manifestando que no se debía enviar un ejército a África, justo cuando Italia se encontraba exhausta a causa de tantas e importantes guerras, y era objeto todavía de incursiones a cargo de Aníbal, y mientras Magón reclutaba aún mercenarios ligures y celtas para atacarla por el flanco. Ni siquiera debían atacar ningún otro país extranjero antes de librar al suyo propio de sus actuales peligros. Otros, en cambio, opinaban que los cartagineses se atrevían, en el presente, a atacar Italia, porque no eran molestados en su patria, pero que si llegaba a suscitarse una guerra en su país harían regresar a Aníbal. De este modo, prevaleció la opinión de enviar a Escipión a África, pero no consintieron en que reclutara un ejército en Italia, mientras aún fuera devastada por Aníbal. Le permitieron llevarse a los que quisieran ir como voluntarios, y utilizar las fuerzas que todavía estaban en Sicilia. También le concedieron permiso para equipar diez trirremes con sus tripulaciones, así como disponer de las que se encontraban en Sicilia. Dinero, por el contrario, no le dieron, exceptuando el que alguien, por amistad, quisiera aportar voluntariamente. Con tal despreocupación, emprendieron en un principio

esta guerra que pronto llegó a ser la más grande y gloriosa para ellos.

Y Escipión, que, desde hacía mucho tiempo, parecía inspirado por la divinidad contra Cartago, después de haber reunido a unos siete mil soldados de caballería e infantería, se hizo a la mar rumbo a Sicilia con una guardia personal de trescientos jóvenes escogidos, a quienes ordenó que lo siguieran sin armas. Él, entonces, consiguió una lista de trescientos sicilianos ricos a los que ordenó presentarse en un día señalado, equipados con sus mejores armas y caballos. Cuando llegaron, les propuso que podían ofrecer sustitutos para la guerra, si así lo preferían. Al aceptar todos, hizo que comparecieran sus trescientos compañeros desarmados y ordenó a aquéllos que les proporcionaran sus armas y caballos, cosa que hicieron voluntariamente. Fue así como Escipión tuvo trescientos jóvenes italiotas, en vez de sicilianos, equipados con armas y caballos excelentes a expensas de otro pueblo que, a su vez, desde ese momento le estuvo agradecido por ese favor y siempre le prestó después un servicio excelente. 8

Los cartagineses, al enterarse de estos hechos, mandaron a Asdrúbal, el hijo de Giscón, a cazar elefantes y enviaron seis mil soldados de infantería, ochocientos jinetes y siete elefantes a Magón, que estaba en Liguria reclutando mercenarios, y le ordenaron que atacara Etruria con aquellas tropas y cuantas otras pudiera llevar, a fin de que Escipión tuviera que desviarse de África. Sin embargo, también en esta ocasión se demoró Magón, pues no podía reunirse con Aníbal, que se hallaba muy distante, y porque miraba siempre con indecisión el futuro. Asdrúbal, al retornar de la cacería, reclutó entre la población cartaginesa y africana seis mil soldados de infantería y seiscientos jinetes y compró a cinco mil esclavos para que fueran remeros en las naves. Obtuvo también de los númidas dos mil jinetes, 9

reclutó mercenarios extranjeros y adiestró a todas estas fuerzas a unos doscientos estadios de distancia de Cartago.

10 Muchos de los reyezuelos númidas tenían dominios separados, pero Sifax ocupaba un lugar preeminente entre todos y era objeto de honores especiales por los demás. Existía también un cierto Masinissa, hijo del rey de los masilios, una tribu poderosa. Éste se había criado y educado en Cartago y, como era un joven de hermosa apariencia y carácter noble, Asdrúbal, el hijo de Giscón, que no le iba por detrás en rango a ningún cartaginés, le prometió la mano de su hija a él, pese a que era un númida y él un cartaginés. Una vez realizado el compromiso, se llevó al muchacho a la guerra de Iberia. Pero Sifax, excitado también por su amor hacia la joven, se dedicó a devastar el territorio cartaginés y acordó con Escipión, que navegó desde Iberia a reunirse con él, hacer una guerra conjunta contra Cartago. Cuando se enteraron los cartagineses, considerando de gran importancia atraerse a Sifax en su guerra contra los romanos, le entregaron a la joven sin que Asdrúbal y Masinissa lo supieran, pues estaban en Iberia. Lleno de desesperación por este hecho, Masinissa llevó a cabo también un acuerdo con Escipión en Iberia sin que se enterara, así lo creía él, Asdrúbal. Pero éste lo supo y, aunque estaba dolido por el ultraje inferido al muchacho y a su hija, pensó que sería útil para su patria librarse de Masinissa. Así que cuando él regresaba a África procedente de Iberia a la muerte de su padre, le envió como escolta unos jinetes con la orden de atacarlo de improviso y darle muerte de la forma que pudieran.

11 Masinissa, al tener noticia de ello, consiguió escapar y fortaleció el poder heredado de su padre reuniendo un cuerpo de caballería que tenía como misión ejercitarse día y noche en disparar numerosos dardos, ata-

cando y retrocediendo y volviendo a atacar continuamente. Y en esto consiste para ellos el combate: en fuga y persecución. También saben estos númidas soportar el hambre y, muchas veces, comen hierba en vez de trigo. Solamente beben agua, y sus caballos nunca comen cebada, sino hierba, y beben muy de tarde en tarde. Masinissa logró reunir a veinte mil hombres de tal clase y los sacaba a expediciones de caza y de pillaje contra otras tribus, lo cual consideraba como algo provechoso y, a la vez, como entrenamiento. Los cartagineses y Sifax, pensando que los preparativos del joven estaban dirigidos contra ellos —pues eran conscientes de los ultrajes que le habían hecho—, decidieron hacerle la guerra a él en primer lugar hasta aniquilarlo, y entonces marchar contra los romanos.

Sifax y los cartagineses eran, con mucho, más nu- 12
merosos y, además, emprendían sus campañas con carros de tiro, impedimenta pesada y toda clase de lujos. De otro lado, Masinissa aventajaba a todos en afrontar dificultades; sólo tenía caballería, ningún animal de tiro ni tampoco provisiones. Por esta razón, le resultaba más fácil escapar y atacar y retirarse de nuevo a zonas más escarpadas. En numerosas ocasiones, cuando resultaba vencido, diseminaba a su ejército, de forma que pudieran escapar en grupos pequeños, y él se ocultaba con unos pocos, hasta que volvían a reunirse de noche o de día en un sitio fijado. En cierta ocasión, él fue uno de los tres que estuvieron ocultos en una cueva alrededor de la cual estaban acampados los enemigos. No tenía un lugar fijo como campamento, sino que su táctica principal consistía en ocultarse donde acampaba. Por este motivo, sus enemigos nunca pudieron atacarle previamente, sino defenderse de sus ataques. Se aprovisionaba a diario en el lugar que se encontrara al atardecer, ya fuera aldea o ciudad, mediante el saqueo y robo de todo, y lo repartía entre

sus hombres. Y, por ello, acudieron a su lado muchos númidas, pues, aunque no daba una paga regular, obtenían mucho más provecho del botín[7].

13 De esta forma hacía la guerra Masinissa a los cartagineses. Escipión, por otra parte, una vez que tuvo todo bien dispuesto en Sicilia, hizo sacrificios a Júpiter y Neptuno y se hizo a la mar rumbo a África con cincuenta y dos navíos de guerra y cuatrocientas naves de transporte; le acompañaban también gran número de chalupas y otros barcos pequeños. Su ejército estaba compuesto por dieciséis mil soldados de infantería y mil seiscientos jinetes. Había embarcado, además, proyectiles, armas, diversos tipos de máquinas de guerra y numerosas provisiones. Con tales efectivos hacía Escipión la travesía, y los cartagineses y Sifax, al enterarse, decidieron fingir de momento que hacían la paz con Masinissa hasta que consiguieran vencer a Escipión. Pero aquél no era ajeno al engaño y pretendió, a su vez, tenderles una trampa, así que advirtió de todo a Escipión y fue al encuentro de Asdrúbal con su caballería como si fuera a reconciliarse con él. Asdrúbal, Sifax y Masinissa estaban acampados a poca distancia unos de otros en las cercanías de Útica, ciudad a la que Escipión había sido arrastrado por el viento y en torno a la cual estaba acampado. No lejos de él se encontraba Asdrúbal con un ejército de veinte mil soldados de infantería, siete mil jinetes y ciento cuarenta elefantes.

14 Entonces, Sifax, ya sea por temor o porque desconfiara sucesivamente de uno y de otro, arguyó que su país era objeto de ataque por unos pueblos bárbaros limítrofes y regresó a su patria. Escipión envió unos pocos destacamentos para tantear con escaramuzas a

[7] Las vicisitudes de Masinissa y los masilios son narradas por Livio, XXIX 29-33, a partir de una fuente mucho mejor que la de Apiano, teñida de un tinte novelesco.

Asdrúbal y algunas ciudades se pusieron de su lado. Masinissa fue de noche, sin ser visto, al campamento de Escipión y, tras saludarse mutuamente, le aconsejó que apostara, al día siguiente, no más de cinco mil hombres en un lugar a unos treinta estadios de Útica, donde existe una torre construida por Agatocles, el tirano de Siracusa. Y convenció a Asdrúbal para que al amanecer enviara a Annón, su comandante en jefe de la caballería, a inspeccionar el número de los enemigos y a que penetrara en Útica, no fuera a ser que, ante la proximidad de éstos, intentara amotinarse la población. Le prometió que lo seguiría si lo hacía. Annón, en efecto, llevó a mil jinetes cartagineses elegidos y a un cierto número de africanos, y Masinissa a sus númidas. Cuando llegaron a la torre y Annón se adelantó con unos pocos hacia Útica, salió una parte de las tropas que estaban emboscadas y Masinissa exhortó, al oficial que había quedado al frente de la caballería cartaginesa, a que los atacara, pues eran pocos. Él lo siguió a corta distancia como apoyando el ataque. Una vez que los africanos estuvieron en medio, apareció el grueso de las fuerzas emboscadas, y los romanos y Masinissa juntos los asaetearon desde todos los lados y mataron a todos, excepto a cuatrocientos que fueron hechos prisioneros. Masinissa, después de realizar esto, salió con rapidez, como un amigo, al encuentro de Annón cuando regresaba y, tras hacerlo prisionero, lo condujo al campamento de Escipión y se lo canjeó a Asdrúbal por su madre.

Escipión y Masinissa se dedicaron a devastar el país **15**
y liberaron a cuantos romanos, hechos prisioneros, trabajaban en los campos. Éstos habían sido enviados allí por Aníbal desde Iberia, Sicilia y desde la propia Italia. También pusieron cerco a una gran ciudad llamada Loca, en la que sufrieron grandes penalidades. Sus habitantes, cuando los romanos estaban poniendo las

escalas de asalto, anunciaron por medio de un heraldo que abandonarían la ciudad bajo tregua, y Escipión tocó a retirada. Pero el ejército no le obedeció, irritado por cuanto había sufrido, y después de escalar las murallas, pasaron a cuchillo a mujeres y niños. Entonces, Escipión dejó marchar a aquellos habitantes que aún no habían sufrido daño, privó al ejército del botín, echó las suertes públicamente entre los oficiales que habían desobedecido sus órdenes y, a los tres que las sacaron, los castigó con la muerte. Después de este suceso, continuó entregado al saqueo del país. Asdrúbal intentó atraerlos a una emboscada enviando a Magón, su comandante en jefe de caballería, a atacarles de frente, en tanto que él caía sobre la retaguardia. Sin embargo, cuando Escipión y Masinissa estuvieron copados, dividieron sus fuerzas y cada uno hizo frente al enemigo que tenía delante, por lo cual dieron muerte a cinco mil africanos e hicieron mil ochocientos prisioneros y, a los demás, los despeñaron contra las rocas.

16 A continuación, Escipión atacó de inmediato a Útica por tierra y por mar. Construyó una torre sobre dos quinquerremes unidas, desde donde lanzaba contra los enemigos proyectiles de tres codos de largo y grandes piedras. Causó múltiples daños, pero sufrió otro tanto al serle destruidas las naves. Levantó enormes terraplenes y, cuando podía acercarse hasta el muro, lo golpeaba con arietes y arrancaba mediante ganchos las pieles y demás coberturas que lo protegían. Sin embargo, los de la ciudad, por su parte, socavaban los terraplenes, desviaban los ganchos con lazos y mitigaban la fuerza de los arietes dejando caer sobre él vigas en sentido transversal. También realizaban salidas para prender fuego a las máquinas de asalto, cuando el viento soplaba en su dirección. A la vista de lo cual, Escipión, perdida la esperanza de apoderarse de la ciudad por asalto, la sometió a un asedio.

Sifax, cuando se enteró de estos sucesos, llegó con 17
su ejército y acampó a poca distancia de Asdrúbal. Pretendiendo ser todavía amigo de ambas partes y con la intención de dilatar la guerra hasta la llegada de otras naves que los cartagineses estaban construyendo y de algunos mercenarios celtas y ligures, intentó arbitrar un acuerdo. Su propuesta consistía en que ni los romanos pusieran sus pies en África en son de guerra ni los cartagineses en Italia y, además, que los romanos se quedaran con Sicilia, Cerdeña y las islas que tenían ya, así como con Iberia. En el caso de que alguna parte estuviera en desacuerdo, afirmó que combatiría del lado de quienes aceptaran su propuesta. Pero, al tiempo que llevaba a cabo estas negociaciones, intentó también atraerse a Masinissa bajo la promesa de consolidar su realeza entre los masilios y otorgarle la mano de aquella de sus tres hijas que él eligiese. El portador de este mensaje llevaba también oro para que, si no lograba convencerle, se lo entregara a aquel de sus servidores que prometiera asesinarlo. Pero éste tomó el dinero y lo mostró a Masinissa denunciando al que se lo dio.

Sifax, como ya no esperaba engañar a nadie, se alió 18
abiertamente con los cartagineses y se apoderó, mediante traición, de Tolunte[8], una ciudad del interior, donde había material de guerra romano y mucho trigo. Mató a su guarnición que no quiso marcharse bajo tregua y mandó venir a otro gran contigente de refuerzos númidas. Ya entonces se hallaban presentes los mercenarios y las naves estaban listas, de forma que se decidió luchar, atacando Sifax a los que sitiaban Útica, y Asdrúbal, el campamento de Escipión. Las naves, a su vez, debían atacar a las otras naves. Y todas estas operaciones debían efectuarse de manera conjunta al día siguiente, con el objeto de que los ro-

---

[8] Ubicación desconocida.

manos no fueran capaces de defenderse por lo exiguo de sus fuerzas.

19 Masinissa, cuando se enteró de estos proyectos, ya de noche, por unos númidas, se lo comunicó a Escipión. Y éste tuvo miedo y estaba indeciso ante el hecho de que su ejército, dividido en muchas partes, resultara débil en todas ellas. Por tanto, llamó a consejo esa misma noche a sus oficiales y, como ninguno sabía qué hacer, después de meditarlo largo tiempo consigo mismo, dijo: «Necesitamos, amigos, audacia y rapidez y luchar animados por la falta de esperanzas. Debemos anticiparnos en atacar al enemigo. Las ventajas que obtendremos con ello las vais a saber ahora. Nuestro ataque inesperado y lo extraño del hecho de que tropas inferiores en número se anticipen a atacar les causará terror. Y, además, no vamos a utilizar nuestro ejército dividido en muchas fracciones, sino todo junto, ni atacaremos a todo el enemigo, sino sólo a aquellos que elijamos en primer lugar. Ellos acampan por separado, y estamos en igualdad de fuerzas si les atacamos por separado, pero les aventajamos en audacia y buena fortuna. Si la divinidad nos concede la victoria sobre los primeros, al resto lo despreciaremos. Sobre a quiénes hay que atacar primero, en qué momento y de qué forma hay que hacerlo, si os parece, os daré mi opinión.»

20 Y, como todos estuvieran de acuerdo, continuó diciendo: «El momento de atacar es inmediatamente después de esta reunión, mientras es aún de noche, cuando la acción provoca más miedo, el enemigo no se encuentra preparado y ninguno de sus aliados puede socorrerles en medio de la oscuridad. De esta forma, sólo nos anticiparemos a la decisión que tienen ya tomada de atacarnos mañana. Ellos tienen tres campamentos; el de las naves queda lejos y no es posible atacar a las naves durante la noche; Asdrúbal y Sifax están acampa-

dos no lejos uno del otro y, de ellos dos, Asdrúbal es el alma de la guerra, en tanto que Sifax no se atrevería a ninguna empresa durante la noche, pues es un hombre bárbaro, mezcla de molicie y cobardía. Ataquemos, pues, nosotros con todo el ejército a Asdrúbal y apostemos a Masinissa aquí para vigilar a Sifax por si, contra lo que esperamos, sale de su campamento. Vayamos con la infantería contra las defensas de Asdrúbal y, después de rodearlas, ataquemos desde todas partes, llenos de una esperanza que nos será provechosa y de una gran osadía. Éstas son, en efecto, las medidas que exige primordialmente nuestra situación actual. Enviaré a la caballería más lejos —pues no la podemos utilizar mientras sea aún de noche— para rodear el campamento de los enemigos, a fin de que, si somos superados, tengamos amigos que nos reciban y protejan nuestra retirada y, si vencemos, persigan a los fugitivos y los maten.»

Tras haber dicho esto, envió a sus oficiales a que armaran al ejército y él mismo hizo sacrificios a la Audacia y al Miedo para que en la noche ningún pánico hiciera presa en ellos, sino que su ejército se mostrara con el máximo arrojo. A la hora de la tercera guardia, se dio la señal con la trompeta en tono quedo y el gran ejército se puso en movimiento en profundo silencio, hasta que la caballería rodeó por completo el campamento y la infantería llegó hasta las trincheras. En ese momento, con una profusión de gritos y el sonido al unísono de trompetas y bocinas con vista a provocar el terror, arrojaron a los guardias fuera de sus puestos de vigilancia, rellenaron las trincheras y destrozaron las empalizadas. Los más audaces, adelantándose a la carrera, prendieron fuego a algunas tiendas. Los africanos, de otro lado, despertaron de su sueño con terror, empuñaron las armas e intentaron colocarse en formación de manera desordenada, pero no podían oír a sus 21

oficiales a causa del tumulto, ni siquiera su propio general sabía con exactitud lo sucedido. Por consiguiente, los romanos los cogieron cuando estaban levantándose del lecho, a medio armar y llenos de confusión, también prendieron fuego a muchas tiendas y mataron a los que les salieron al paso. A los africanos les llenaba de terror el griterío del enemigo, su presencia y su actuación, dado que era de noche y desconocían la naturaleza del desastre. En la idea de que había sido tomado el campamento y, temerosos del fuego de las tiendas incendiadas, salían voluntariamente de ellas y se lanzaban hacia la llanura como un lugar más seguro. Por lo cual, corrían formando grupos en desorden en cualquier dirección y, yendo a caer en manos de la caballería romana, que los había encerrado en un círculo completo, morían.

22 Cuando todavía era de noche, Sifax, al oír los gritos y ver el fuego, no salió de su campamento, sino que envió a un destacamento de caballería en socorro de Asdrúbal. Masinissa cayó de improviso sobre ellos y llevó a cabo una gran matanza. Al hacerse de día, enterado Sifax de que Asdrúbal había huido ya, y de que una parte de su ejército había sido aniquilada y la otra hecha prisionera por el enemigo o se encontraba dispersa, y de que los romanos se habían apoderado de su campamento y de los almacenes, levantó el campo y huyó precipitadamente hacia el interior, abandonando tras de sí todo, por creer que Escipión retornaría de inmediato de su persecución a los cartagineses y lo atacaría. Por esta razón, Masinissa se apoderó también de su campamento y de todo lo que en él estaba almacenado.

23 Fue así como los romanos, gracias a un golpe de audacia y en una pequeña parte de la noche, vencieron a dos campamentos y dos ejércitos mucho mayores que ellos. Los romanos perdieron unos cien hombres,

y los enemigos, poco menos de treinta mil. Asimismo, los prisioneros llegaron a ser dos mil cuatrocientos. Unos seiscientos soldados de caballería se entregaron a Escipión cuando regresaba. En cuanto a los elefantes, unos fueron muertos y otros heridos. Escipión, tras haber obtenido gran cantidad de armas, oro, plata y marfil, caballos númidas y de otras razas y haber doblegado el poderío cartaginés mediante una única pero espléndida victoria, repartió entre su ejército trofeos como premio a su valor y envió a Roma los despojos más ricos. A continuación se puso a entrenar con afán a su ejército, a la espera del regreso inmediato de Aníbal, desde Italia, y de Magón, desde Liguria.

Mientras Escipión estaba ocupado en estos menes- 24
teres, Asdrúbal, el general cartaginés, que había sido herido durante la batalla nocturna, huyó con quinientos jinetes a la ciudad de Anda[9]. Allí reunió a algunos mercenarios númidas que habían escapado del combate y alistó a los esclavos concediéndoles la libertad. Pero, enterado de que los cartagineses habían decretado contra él la pena de muerte por su mal generalato y que habían elegido a Annón, el hijo de Bomílcar, como general, se apropió del ejército, reclutó malhechores, se dedicó al pillaje para obtener provisiones y ejercitó a las tropas que tenía, unos tres mil jinetes y ochocientos soldados de a pie, pues pensaba que su única esperanza estaba en la lucha. Sus acciones fueron desconocidas durante mucho tiempo para romanos y cartagineses. Escipión condujo a su ejército en armas contra la misma Cartago y ofreció batalla con jactancia, pero nadie respondió. A su vez, Amílcar, el almirante, se apresuró con cien naves contra el fondeadero de Escipión, confiando en adelantarse a su regreso y

---

[9] Ciudad de localización desconocida.

en que podría apresar fácilmente, con sus cien naves, las veinte que había allí de los romanos.

25 Escipión, cuando lo vio zarpar, envió por delante a algunos para que taponaran la bocana del puerto con naves de carga ancladas a intervalos, a fin de que las trirremes pudieran salir como a través de puertas cuando la ocasión lo requiriese. Las naves de carga fueron atadas juntas por sus vergas y aseguradas unas a otras para que sirviesen de muralla. ⟨Escipión a su llegada⟩ encontrando la obra (...) asumió el trabajo. Cuando los cartagineses atacaron, sus barcos fueron alcanzados por proyectiles lanzados desde las naves de carga, desde tierra y desde las murallas, así que con los barcos destrozados, y derrotados, se retiraron a la caída de la tarde. Al retirarse los navíos cartagineses, las naves de los romanos los atacaron saliendo entre los espacios libres y, cuando eran superadas, se retiraban de nuevo. Apresaron a una nave sin tripulación y la condujeron ante Escipión. Después de esto, ambos combatientes se retiraron a invernar. Los romanos recibían abundantes provisiones por mar, pero los uticenses y los cartagineses, que sufrían por hambre, saqueaban a los mercaderes. Finalmente, otras naves romanas enviadas a Escipión bloquearon a los enemigos e impidieron los actos de piratería. A partir de este momento, sufrieron severamente por el hambre.

26 En este mismo invierno, estando cerca Sifax, Masinissa pidió a Escipión una tercera parte de su ejército como refuerzo para el suyo y, con esta fuerza bajo el mando de Lelio, se lanzó en persecución de Sifax. Éste retrocedió, hasta que, a la vista de un río cercano, se dispuso para el combate. Los númidas desde ambos lados, como era su costumbre, descargaban a la vez gran cantidad de proyectiles unos contra otros, mientras que los romanos avanzaban protegiéndose por delante con sus escudos. Sifax, al ver a Masinissa, se

lanzó con coraje contra él, y éste, a su vez, acudió a su encuentro con regocijo. Se luchó encarnizadamente en torno a ambos y algunos hombres de Sifax huyeron y atravesaron el río, en donde alguien hirió al caballo de Sifax, que desmontó a su dueño. Entonces, Masinissa, precipitándose contra él, lo hizo prisionero junto con uno de sus hijos y los envió de inmediato a Escipión. En esta batalla perecieron unos diez mil hombres de Sifax, setenta y cinco romanos y trescientos de Masinissa. También fueron hechos prisioneros cuatro mil de sus hombres, de los cuales dos mil eran masilios y quinientos habían desertado de Masinissa a Sifax. A estos últimos se los reclamó Masinissa a Lelio por este motivo y, cuando los obtuvo, los mandó decapitar [10].

A continuación, invadieron el territorio de los masi- 27
lios y el de Sifax. Reintegraron a unos bajo el poder de Masinissa y, a otros, los vencieron con persuasión o por la fuerza cuando aquella no dio resultado. Llegaron también embajadores desde Cirta ofreciéndoles el palacio de Sifax, y en particular, vinieron otros a Masinissa de parte de Sofonisba, la esposa de aquél, para explicarle que había sido forzada al matrimonio. Masinissa aceptó complacido sus excusas y se casó con ella, pero la dejó en Cirta, cuando regresó junto a Escipión, previendo lo que iba a ocurrir [11]. Escipión pre-

---

[10] Tal vez se refiera Apiano en este episodio bélico a la batalla habida en los «campos grandes», llanura situada a unos 120 km. de Útica, actualmente llamada Suk el Kremis. Esta batalla es relatada por POLIBIO, XIV 8, y LIVIO, XXX 8, pero en Apiano resulta irreconocible, si lo referido en el cap. 27 alude a la misma batalla. Sí sabemos que Sifax resultó prisionero, al caer de su caballo herido en el combate, lo que concuerda con Apiano.

[11] De nuevo Apiano inserta una anécdota, en este caso la historia de Sofonisba (caps. 27-28), al lado de un hecho histórico, la rendición de la ciudad de Cirta aterrada, seguramente, ante la fulgurante campaña de Escipión y Masinissa.

guntó a Sifax: «¿Qué espíritu maléfico te obnubiló para que, pese a ser mi amigo y haberme invitado a venir a África, quebrantaras el juramento de fidelidad que hiciste a los dioses y también a los romanos y prefirieses hacer la guerra unido a los cartagineses, en vez de con nosotros, que habíamos acudido, no hacía mucho, en tu ayuda contra ellos?». Y él respondió: «Sofonisba, la hija de Asdrúbal, de la que estoy enamorado ciegamente para mi desgracia. Ella ama con pasión a su país y es capaz de convencer a cualquiera a hacer lo que desee. Y fue ella quien me hizo trocar vuestra amistad por el amor hacia su país, y me sumió en una situación tan desdichada desde mi anterior estado de buena fortuna. Yo voy a darte un consejo —pues debo ahora serte fiel, ya que me encuentro en tus manos y separado de Sofonisba—, guárdate de Sofonisba, no sea que haga cambiar a Masinissa para dar satisfacción a sus deseos. Desde luego no cabe esperar, en modo alguno, que esa mujer abrace la causa romana; tan grande es el amor que siente por su patria.»

28 Así habló, ya fuera diciendo la verdad o porque, movido por los celos, deseaba dañar lo más posible a Masinissa. Entonces, Escipión hizo venir a Sifax a la sala de consejo, pues le parecía un hombre inteligente y conocedor de su país, y recabó su parecer y asesoramiento, igual que hizo Ciro con Creso rey de Lidia. Cuando llegó Lelio y dijo que también había oído decir estas cosas acerca de Sofonisba a otros muchos, ordenó a Masinissa que le entregara a la mujer de Sifax. Como aquél protestara y expusiera cuál había sido su pasado,

---

Esta historia parece, sin duda, una invención poética en gran parte, tal vez de Ennio. Lo que parece seguro es que era hija de Asdrúbal, el hijo de Giscón, y esposa de Sifax, y que se suicidó para evitar caer prisionera.

Escipión le ordenó con acritud que no intentara apoderarse por la fuerza de nada perteneciente al botín romano, sino que la reclamara y tratara de convencerlo, si era capaz, tras haberla entregado como parte del botín. Por consiguiente, Masinissa se puso en camino con un cierto número de tropas romanas para entregarles a Sofonisba. Sin embargo, fue a su encuentro en primer lugar, llevando escondido un veneno, y le expuso la situación, diciéndole que o lo bebía o se convertía voluntariamente en esclava de los romanos. Y sin decir ninguna palabra más se alejó a galope. Entonces, Sofonisba mostró a su nodriza la copa, le rogó que no llorara por ella, pues moría gloriosamente, y se bebió el veneno. Masinissa mostró su cadáver a los romanos que llegaban en ese momento y, después de tributarle unas exequias regias, regresó junto a Escipión. Este último lo elogió y, diciéndole a modo de consuelo que se había librado de una mujer indigna, le otorgó una corona por su ataque contra Sifax y le obsequió con muchos presentes. Sifax fue conducido a Roma, y algunos pensaban que se debía perdonar a un hombre que había sido su amigo y aliado en Iberia, pero otros eran partidarios de castigarlo por haber hecho la guerra a sus amigos. Sin embargo, él, entretanto, enfermó de aflicción y murió.

Asdrúbal, una vez que tuvo perfectamente entrenadas a sus fuerzas, envió una misiva a Annón, el general 29
de los cartagineses, proponiéndole participar conjuntamente con él en el mando. Le indicó, además, que en el ejército de Escipión había muchos iberos contra su voluntad, quienes podrían incendiar el campamento de éste si alguien los sobornaba con oro y promesas. Y afirmó que, si conocía de antemano el momento, él mismo participaría en la empresa. Tal fue la propuesta de Asdrúbal. Annón se proponía engañar a Asdrúbal, pero no defraudó su proyecto, sino que envió con oro, al

campamento de Escipión, como si fuera un desertor, a un hombre de confianza que, muy convincente en sus entrevistas con cada uno, pervirtió a muchos y, tras haber fijado un día, regresó con los suyos. Annón hizo saber a Asdrúbal el día fijado. Entretanto, mientras Escipión realizaba los sacrificios, las víctimas le revelaron un peligro de fuego. Por lo cual, envió órdenes a todo el campamento de que, si alguien encontraba fuego encendido en algún sitio, lo apagase, y de nuevo siguió haciendo sacrificios durante muchos días. Sin embargo, como las víctimas sagradas no dejaban de indicar el peligro de incendio, estaba preocupado y decidió trasladar el campamento.

30 Así las cosas, un ibero, siervo de un *jinete* romano, por tener alguna sospecha sobre los conjurados, fingió ser uno de ellos hasta que se enteró de todo y se lo comunicó a su dueño. Éste lo llevó ante Escipión y todos los sediciosos fueron convictos y confesos. Escipión los mató a todos y los arrojó fuera del campamento. Annón se enteró con rapidez, pues estaba cerca, y no fue al lugar convenido para la cita, pero Asdrúbal, como no lo sabía, acudió y, al ver el montón de cadáveres, supuso lo sucedido y se retiró. Y Annón lo calumnió ante todo el mundo con la acusación de que había venido a entregarse a Escipión, pero que éste no lo había recibido. Por este motivo, Asdrúbal se hizo más odioso aún para los cartagineses. Por este mismo tiempo, Amílcar realizó un ataque repentino contra las naves romanas, apoderándose de una trirreme y seis naves de carga y, a su vez, Annón, tras atacar a las tropas que asediaban Útica, resultó derrotado. Escipión, dado que el asedio se prolongaba en exceso sin resultado, lo levantó y trasladó sus máquinas de guerra contra la ciudad de Hipona. Sin embargo, tampoco allí obtuvo nada positivo, por lo que quemó las máquinas juzgándolas inútiles y

recorrió el territorio concertando alianzas con unos y sometiendo a pillaje a otros.

31 Los cartagineses, irritados por sus desgracias, eligieron como general con plenitud de poderes a Aníbal y enviaron a su almirante con naves para instarle a que volviera. Al tiempo que hacían estas cosas, también enviaron embajadores a Escipión para negociar la paz, en la idea de que con toda seguridad podrían conseguir una de estas dos cosas, o bien obtener la paz o bien consumir el tiempo hasta que llegara Aníbal. Escipión les concedió un armisticio y, tras obtener dinero para sufragar los gastos de su ejército, les permitió que enviaran una embajada a Roma. Enviaron, pues, embajadores y acamparon fuera de los muros como enemigos que eran todavía y, una vez que fueron llevados ante el senado, pidieron perdón. Algunos de los senadores tomaron la palabra para recordar la falsedad de los cartagineses, cuántas veces habían llevado a cabo pactos y los habían quebrantado y cuántos daños había causado Aníbal a los romanos y a sus aliados en Iberia e Italia; otros, en cambio, mostraban que la paz sería tan útil a los cartagineses como a ellos mismos, al estar exhausta Italia por guerras tan grandes, y ponían de relieve cuán peligroso se presentaba el futuro, dado que Aníbal desde Italia, Magón desde Liguria y Annón desde Cartago, estaban concentrando ya considerables fuerzas contra Escipión.

32 Ante tales argumentos el senado se encontraba indeciso y envió consejeros a Escipión, para que reflexionara con ellos y actuara del modo que estimase más conveniente. Éste hizo la paz con los cartagineses en los siguientes términos: que Magón partiera de inmediato de Liguria y, en el futuro, los cartagineses no reclutaran más mercenarios; que no tuvieran más de treinta navíos de guerra; que no se ocuparan de asuntos de fuera de aquellos límites que entonces tenían, conocidos

como «trincheras fenicias»; que devolvieran a los romanos todos los prisioneros de guerra y desertores que tuvieran en su poder; que les pagaran mil seiscientos talentos de plata en un plazo fijado; que Masinissa se quedara con el reino de los masilios y con todo aquello que pudiera del reino de Sifax. Estas fueron las cláusulas del tratado. A continuación partieron los embajadores, unos hacia Roma para tomar juramento a los cónsules y otros desde Roma a Cartago, donde también juraron los magistrados cartagineses. Los romanos enviaron a Masinissa, como recompensa por su alianza, una corona y un sello de oro, un carro de marfil, un manto de color púrpura, un vestido romano, un caballo con los arreos de oro y una armadura completa[12].

33 Mientras tenían lugar estos hechos, Aníbal puso rumbo a Cartago contra su voluntad, lleno de sospechas por la falta de fe del pueblo en sus jefes y por su precipitación. No creía que fuera a firmarse ya un tratado y, si se firmaba, estaba bien seguro de que no estaría en vigor por mucho tiempo. Tocó puerto en la ciudad africana de Hadrumeto, empezó a recolectar trigo, envió a que compraran caballos y llevó a cabo una alianza con el jefe de una tribu númida llamada areácida. Dio muerte, por sospechar de ellos, a cuatro mil jinetes que habían huido a su lado como desertores, los cuales pertenecieron antes a Sifax y entonces estaban con Masinissa, y repartió sus caballos entre sus tropas. Acudió a su lado Mesótilo, otro reyezuelo, con mil jinetes y Vermina, hijo de Sifax, que todavía gobernaba la parte más extensa de los dominios de su padre. Se atrajo, mediante la conciliación o por la fuerza, a algunas ciudades de Masinissa. A la ciudad de Narce, la tomó mediante la siguiente estratagema. So pretexto de comprar

---

12 Sobre este tratado entre romanos y cartagineses, cf. DE SANCTIS, III 2, págs. 520-521, n. 142, y págs. 528-529, n. 154.

en el mercado de la ciudad, introdujo a algunos hombres como entre gente amiga y, cuando juzgó que era el momento de atacar, envió a muchos más, con espadas ocultas, con la orden de no causar daño a los comerciantes, hasta que oyeran la señal de las trompetas, y que entonces atacaran a aquellos que encontrasen y le mantuvieran las puertas bajo vigilancia.

De este modo fue tomada Narce. El pueblo carta- 34
ginés, aunque acababa de concluir el tratado y Escipión se encontraba presente todavía y sus propios embajadores no habían regresado aún de Roma, saqueó una partida de provisiones que había sido arrastrada por el viento al interior del puerto de Cartago. Hicieron prisioneros, además, a sus conductores, pese a las numerosas amenazas del consejo, que les advertía que no quebrantaran unos tratados firmados tan recientemente. Pero el pueblo rechazaba el tratado como injusto y afirmaba que el hambre provocaba más conflictos que la ruptura del tratado. Escipión estimó que no era justo comenzar la guerra después de la firma de un tratado, pero les exigió reparaciones como a amigos que habían cometido una infracción. El pueblo intentó, incluso, retener a los embajadores hasta que llegaran los suyos desde Roma. Sin embargo, Annón el Grande y Asdrúbal Erifo los rescataron del populacho y los enviaron de vuelta, dándoles escolta con dos trirremes. Otros, a su vez, convencieron al almirante Asdrúbal, que estaba anclado cerca del promontorio de Apolo, para que atacase a los embajadores de Escipión cuando los dejasen las trirremes de escolta. Así lo hizo, y algunos de ellos murieron a causa de las heridas, pero los demás, aunque heridos, lograron ganar la entrada del puerto de su campamento a fuerza de remos y saltaron de su nave cuando estaba a punto de ser apresada. Tan grande fue el riesgo que corrieron de caer prisioneros.

35 Cuando se supo esto en Roma, dieron la orden de partir de inmediato, por considerarlos enemigos, a los embajadores cartagineses que estaban todavía allí negociando la paz. Se hicieron a la mar y fueron desviados por causa de una tempestad hasta el campamento de Escipión. Cuando su almirante le preguntó qué debía hacer con ellos, Escipión respondió: «No voy a imitar la mala fe de los cartagineses; déjalos ir indemnes». Y, al enterarse el senado cartaginés, vituperó al pueblo, debido a la disparidad de ambas conductas, y volvió a aconsejar de nuevo que se solicitara a Escipión la observancia de los acuerdos y que aceptara una reparación por las infracciones cometidas por los cartagineses. Sin embargo, el pueblo, que estaba irritado incluso con el propio senado desde hacía mucho tiempo a causa de su ineficacia —pues pensaba que no preveía lo que les era provechoso— y además, estaba azuzado por políticos demagogos y alimentado de vanas esperanzas, llamaba a Aníbal y a su ejército.

36 Éste, a la vista de la magnitud de la contienda, les pidió que llamaran a Asdrúbal y al ejército de que disponía. Asdrúbal, una vez que su proceso fue sobreseído, entregó su ejército a Aníbal, pero ni aún entonces se atrevió a mostrarse a los cartagineses, sino que se mantuvo oculto en la ciudad. Escipión bloqueó con sus naves el puerto de Cartago y les cortó los suministros por mar, en una situación en que estaban mal abastecidos por tierra por la improductividad de ésta a causa de la guerra. Por estas mismas fechas, tuvo lugar un combate ecuestre entre las fuerzas de Aníbal y Escipión cerca de Zama en el que este último se llevó la mejor parte. En los días sucesivos, hubo escaramuzas entre unos y otros, hasta que Escipión se dio cuenta de que Aníbal estaba por completo falto de recursos y aguardaba la llegada de provisiones; así pues, envió durante la noche a Termo, un tribuno militar, para atacar los

suministros. Termo ocupó una posición, en una colina, en un paso angosto y dio muerte a cuatro mil africanos, hizo otros tantos prisioneros y llevó a Escipión las provisiones.

Aníbal, reducido a un grado de extrema necesidad, 37
reflexionó sobre la forma en que podía arreglar la situación presente y envió emisarios a Masinissa para recordarle su estancia y educación en Cartago. Le pidió, por ello, que persuadiera a Escipión para que renovara el tratado, aduciendo que las infracciones anteriores se debían a la masa del pueblo y a individuos más estúpidos aún que el populacho. Y Masinissa, que había sido criado y educado, de hecho, en Cartago, y que sentía respeto por la dignidad de la ciudad y tenía aún muchos amigos allí, intercedió ante Escipión y los llevó de nuevo a un tratado en los términos siguientes: que los cartagineses devolvieran los barcos y hombres que apresaron, cuando transportaban provisiones a los romanos, y todo lo que, con posterioridad, habían saqueado, así como el valor en el que estimara Escipión todo lo perdido, y que aportaran una suma de mil talentos, como multa por su infracción anterior. Éstos fueron los términos. Fue firmado un armisticio hasta que los cartagineses se enteraran de las cláusulas y, de este modo, Aníbal se salvó contra lo que esperaba.

El consejo cartaginés acogió con gran satisfacción 38
los acuerdos y exhortó al pueblo a adherirse a sus resoluciones, exponiendo su falta de éxito en todo y la necesidad actual de un ejército, de dinero y provisiones. Pero éste, con la habitual insensatez de la masa, pensaba que sus generales habían llegado a estos acuerdos con los romanos para su propio provecho, a fin de seguir mandando en su país con el beneplácito de aquéllos. Y decían que Aníbal actuaba ahora como lo había hecho poco antes Asdrúbal, el cual había entregado su campamento al enemigo durante la noche y había querido

entregarse en persona poco después a Escipión, habiéndose aproximado con este propósito, y que ahora se ocultaba en la ciudad. Por ese motivo, se produjo un gran griterío y alboroto, y algunos, abandonando la asamblea, fueron en busca de Asdrúbal. Pero éste se les anticipó, refugiándose en la tumba de su padre, donde se envenenó. Y ellos sacaron fuera el cadáver, le cortaron allí mismo la cabeza y la llevaron por toda la ciudad clavada en una pica. Asdrúbal, pues, fue desterrado primero injustamente, después falsamente calumniado por Annón, impulsado a morir de esta manera por los cartagineses y, por último, sufrió tal vejación una vez muerto.

39 Los cartagineses, entonces, ordenaron a Aníbal que rompiera el armisticio, que combatiera a Escipión y que decidiera la guerra lo más rápidamente posible en una batalla, debido a la escasez de provisiones. Así que Aníbal, tras enviar un mensaje, rompió la tregua y Escipión, atacando de inmediato a Parto, una gran ciudad, la tomó y acampó cerca de Aníbal. Sin embargo, éste se retiró, después de enviar tres espías al campamento romano. Escipión los capturó, pero no los mató como era costumbre hacer con los espías, sino que ordenó que fueran conducidos por el campamento, los arsenales, las máquinas y que vieran los ejercicios del ejército, y los soltó después para que informaran a Aníbal acerca de cada una de estas cosas. Y éste juzgó oportuno, una vez más, acudir a negociar con Escipión y, reuniéndose con él, le dijo que los cartagineses estaban irritados con el tratado anterior a causa de la indemnización monetaria, pero que si se quitaba ésta y los romanos se contentaban solamente con Sicilia, Iberia y las islas que poseían, los tratados serían válidos. «Mucho provecho —respondió Escipión— obtendría Aníbal si pudiera conseguir de Escipión esto además de su huida de Italia». Y le prohibió que le enviara más mensajeros.

Después de intercambiarse mutuas amenazas, se retiraron cada uno a su campamento [13].

La ciudad de Cila [14] estaba cerca y, junto a ella, había una colina con buenas condiciones naturales para acampar. Aníbal pensó en apoderarse de ella, envió a un destacamento para que delimitase la ubicación del campamento y se puso en marcha de inmediato, como si ya la tuviera bajo su poder. Pero Escipión se le anticipó y la tomó primero y, por este motivo, Aníbal se vio cogido en mitad de la llanura sin agua, y se pasó toda la noche cavando pozos. Su ejército, escarbando en la arena, pudo beber con mucho esfuerzo un poco de agua turbia, y así pasaron la noche faltos de cuidados, sin comida y algunos, incluso, sin soltar las armas. Escipión, al darse cuenta de estas circunstancias, los atacó al amanecer, cuando estaban cansados por el viaje y la falta de sueño y agua. Aníbal se irritó, pues no quería trabar combate en tal situación, pero era consciente de que, si permanecía en aquel lugar, iba a sufrir severamente por la falta de agua, y si huía, daría aliento al espíritu del enemigo y lo pasaría muy mal cuando se le echaran encima. Por estas razones, no le quedaba otra salida que luchar. Así pues, dispuso de inmediato en orden de batalla a cincuenta mil soldados y ochenta elefantes. Colocó en primer lugar a los elefantes, a intervalos, en primera línea de batalla, para provocar el terror en las filas enemigas. Próxima a ellos situó la tercera parte de 40

---

13 Este coloquio entre Aníbal y Escipión es considerado por los historiadores modernos como falso, tal vez como invención de Ennio (cf. De Sanctis, III 2, Apénd. III al cap. IX, página 578).

14 Ciudad desconocida. Apiano describe aquí (caps. 40-47) la batalla de Naraggara, descrita también por Polibio, XV 9-14, y Livio, XXX 32-35. Sobre todas las controversias y pormenores de esta batalla, cf. el Apénd. III al cap. IX, en De Sanctis, III 2, págs. 572-598.

su ejército, compuesta por celtas y ligures, y mezclados con éstos, en todas partes, arqueros y honderos mauritanos y baleares. Detrás de éstos, la segunda fila la integraban cartagineses y africanos. Y la tercera estaba compuesta por todas aquellas tropas que lo habían acompañado desde Italia, en quienes precisamente confiaba más, pues eran los que más tenían que perder. La caballería ocupaba las alas.

41 Así dispuso Aníbal a sus tropas. Escipión contaba con veintitrés mil soldados de infantería y mil quinientos jinetes italianos y romanos. Tenía como aliado a Masinissa, con gran cantidad de jinetes númidas, y a Dacamas, otro príncipe, con seiscientos jinetes. Escipión ordenó también a su infantería en tres hileras como Aníbal y situó a todas las cohortes en sentido longitudinal, a fin de que la caballería pudiera pasar entre ellas con facilidad. Dispuso al frente de cada cohorte, como tropa de choque, a hombres armados con sólidas estacas de madera de unos dos codos de largo, y la mayor parte de ellas erizadas de clavos de hierro, que debían lanzar con sus manos a modo de catapulta contra los elefantes cuando atacaran. Les recomendó a ellos y a los otros soldados de infantería que esquivaran el ataque de esas bestias y que, corriendo a su alrededor, dispararan contra ellas sin interrupción y se acercaran, si podían, para cortarles los tendones. De este modo dispuso Escipión la infantería. A la caballería númida la colocó en las alas, pues estaba acostumbrada a la visión y al olor de los elefantes y, en cambio, a la italiana, por su falta de costumbre, la puso detrás de todos, listos para atacar a través de las líneas de la infantería, cuando ésta hubiera aguantado el primer ataque de los elefantes. Al lado de cada jinete había un auxiliar que transportaba muchos dardos, con los que pensaba rechazar a estas bestias. Así tenía dispuesta a la caballería, cuyo flanco derecho mandaba Lelio y el izquierdo Octa-

vio. El centro lo ocupaban él mismo y Aníbal, por mutua consideración a la reputación que cada cual tenía, con un cuerpo de caballería cada uno, para acudir en auxilio a donde vieran que hacía falta. Aníbal tenía cuatro mil y Escipión dos mil, además de los trescientos italianos que había armado él mismo en Sicilia.

Después que todo estuvo preparado, cada general se 42
dirigió a sus tropas para animarlas. Escipión, a la vista de su ejército, invocó a los dioses que los cartagineses habían ofendido cuantas veces habían disuelto los tratados jurados en su nombre. Dijo a sus soldados que no debían pensar en el número de las fuerzas enemigas, sino en su propio valor, con el que ya antes habían triunfado sobre ellas, incluso siendo más numerosas, en este mismo país. Y si el miedo, la duda y la ansiedad, dijo, ante el futuro agobia a los vencedores, cuánto más deben pesar estos mismos sentimientos sobre los vencidos. De este modo animaba Escipión a su ejército y restaba importancia a su inferioridad numérica. Aníbal, de otro lado, les recordaba a los suyos todo lo que habían realizado en Italia, cuántas victorias grandes y brillantes habían obtenido, y no sobre númidas, sino sobre todos los italianos y en Italia. Y, desde donde estaba situado de pie, les mostraba la inferioridad numérica del enemigo y les alentaba a no mostrarse inferiores ante tropas menos numerosas en su propio país. Ambos generales exageraban ante sus tropas el riesgo y la grandeza del combate presente. Decía Aníbal que esta contienda iba a decidir el destino de Cartago y de África toda y que, o bien serían esclavizados, caso de ser vencidos, o extenderían sus dominios en el futuro sobre aquellos que vencieran; Escipión, por su parte, manifestaba que, si resultaban vencidos, no existía ninguna retirada segura, pero que, si vencían, acrecentarían considerablemente su imperio, tendrían un

descanso de los trabajos presentes, una vuelta a casa y gloria en el futuro.

43 Después de haber exhortado cada uno a sus tropas de este modo, trabaron combate. Aníbal fue el primero en ordenar que tocaran las trompetas y Escipión le respondió de igual manera. Los elefantes fueron los primeros en comenzar el combate, preparados para provocar el terror y aguijoneados con picas por sus conductores, pero la caballería númida corriendo alrededor de ellos les disparaba continuamente una nube de dardos hasta que, heridos, fugitivos e ingobernables ya, sus conductores los sacaron del combate. Ésta fue la suerte de los elefantes en ambas alas. Sin embargo, los que estaban en el centro pisoteaban con sus patas a la infantería romana, que no estaba acostumbrada a esta clase de lucha y que no podía maniobrar con facilidad por el peso de su armadura, ni para esquivarlos ni para perseguirlos. Finalmente, Escipión hizo venir desde la retaguardia a la caballería italiana, que estaba provista con un armamento más ligero, y les ordenó que desmontaran de los caballos asustados y que, corriendo en torno a los elefantes, los asaetearan. Él fue el primero en desmontar y herir al elefante que atacó en primer lugar. Los demás recobraron el valor e hirieron a los elefantes desde todos los lados, así que también éstos huyeron.

44 Una vez que la batalla quedó limpia de estas bestias, sólo luchaban ya hombres y caballos. El ala derecha de los romanos, que mandaba Lelio, puso en fuga a los númidas que se le oponían y Masinissa hirió con una flecha a su príncipe Massates. Sin embargo, Aníbal acudió con rapidez hacia ellos y restableció la línea de batalla. A su vez, en el ala izquierda de los romanos, que estaba a cargo de Octavio y tenía como oponentes a celtas y ligures, pasaban dificultades los contendientes de uno y otro lado. Escipión envió al tribuno Termo

para auxiliarlos con tropas escogidas, y Aníbal, por su parte, después de rehacer el ala izquierda, cabalgó hacia los celtas y ligures llevando consigo su segunda línea de combate, integrada por cartagineses y africanos. Cuando Escipión lo vio, llevó a cabo un movimiento paralelo con otro cuerpo de tropas. Al encontrarse frente a frente en el combate los dos generales más excelsos, había una brillante emulación y respeto hacia ellos por parte de los soldados de cada uno y a nadie le faltaba el arrojo, sino que combatían con denuedo y vehemencia.

Como el combate fuera largo e incierto, ambos ge- 45
nerales, movidos a compasión por el cansancio de sus soldados, se lanzaron uno contra otro con idea de dirimir por la vía rápida y entre ellos la suerte de la batalla. Los dos dispararon a la vez, alcanzando Escipión a Aníbal en el escudo y éste al caballo de Escipión que, a causa de la herida, lo arrastró hasta la retaguardia hasta que, subiendo a otro caballo de nuevo, volvió a disparar contra Aníbal. También en esta ocasión erró el tiro y alcanzó al jinete que estaba al lado. Entre tanto, acudió Masinissa al enterarse de este duelo. Y los romanos, cuando vieron a su general combatiendo por ellos como un soldado cualquiera, cayeron sobre el enemigo con mayor vehemencia, lo pusieron en fuga y persiguieron a los fugitivos. Aníbal, aunque cabalgó al lado de sus hombres y les pidió que permanecieran firmes y volvieran de nuevo al combate, no pudo conseguir que obedecieran. Por consiguiente, habiendo perdido sus esperanzas en ellos, condujo hasta el combate a los que le habían seguido desde Italia, que permanecían todavía en la reserva sin moverse, con la esperanza de caer sobre los romanos, que estaban entregados a una persecución desordenada. Pero éstos, adivinando su intención, se pasaron con rapidez la orden de cesar en la persecución y se reagruparon de nuevo en orden

de batalla. Y, como ya no contaban con la caballería ni les quedaban proyectiles, luchaban cuerpo a cuerpo unos con otros con las espadas en la mano. Hubo allí una gran matanza y terribles heridas, acompañadas por los gritos de dolor de los que caían y aquellos otros de jactancia de sus matadores, hasta que los italianos pusieron también en fuga a éstos y los persiguieron en su huida. Éste fue el brillante desenlace del combate.

46 Aníbal, en su huida, vio una masa de jinetes númidas agrupados y corriendo hacia ellos les pidió que no lo abandonaran y, cuando los hubo convencido, los condujo al combate, esperando provocar una controfensiva de los fugitivos. Encontró en primer lugar a los masilios y entabló combate, pero esta vez la lucha fue sólo un duelo entre Masinissa y Aníbal. Se atacaron mutuamente con ardor y Masinissa clavó un dardo en el escudo de Aníbal y éste alcanzó, como antes, al caballo de su enemigo. Entonces Masinissa, desmontado, se lanzó a pie contra Aníbal e hirió y mató a un jinete que, delante de sus compañeros, se precipitó contra él. Paró con su escudo, hecho de piel de elefante, los dardos de los demás y, cogiendo uno de los que se había quedado clavado, lo lanzó contra Aníbal otra vez, sin que acertara tampoco en este intento, sino que también mató al jinete que estaba próximo. Pero, mientras sacaba otro dardo, fue herido en el brazo y se alejó de la lucha por breves momentos. Escipión, cuando se enteró de ello, temió por la suerte de Masinissa y se apresuró a intervenir, pero encontró que aquél, después de haberse vendado la herida, volvía de nuevo a la lucha montado en otro caballo. Y, una vez más, estaba equilibrada la contienda y se luchaba con fiereza, llenos de admiración los soldados de ambos bandos hacia sus generales, hasta que Aníbal, al ver un cuerpo de tropas de iberos y celtas sobre una colina, cabalgó hacia ellos con la idea de conducirlos a la batalla. Entonces, los

que estaban combatiendo, sin conocer el motivo de su retirada y pensando que se trataba de una fuga, abandonaron voluntariamente el combate y huyeron en desorden, no precisamente por donde habían visto irse a Aníbal, sino según le venía bien a cada uno. Los romanos, a su vez, creyendo que había terminado la batalla, los persiguieron en desorden, sin comprender tampoco ellos el propósito de Aníbal.

Pero éste regresó desde la colina reforzado por las 47
tropas de iberos y celtas, y Escipión de nuevo hizo volver a toda prisa de la persecución a los romanos y formó una línea de batalla mucho más nutrida que las tropas que habían descendido de la colina, por lo que los venció sin dificultad. Aníbal, al haber fracasado también en este último intento, huyó ya claramente, perdidas todas las esperanzas. Muchos jinetes lo persiguieron y, entre otros, Masinissa que, aunque sufría a causa de la herida, le acosaba de cerca, pues valoraba en mucho conducir prisionero a Aníbal ante Escipión. Pero la noche lo protegió y, al amparo de las sombras, con veinte jinetes, los únicos que fueron capaces de finalizar con él la huida, se refugió en una ciudad llamada Ton. Allí encontró a muchos jinetes brucios e iberos que habían huido después de la derrota. Por tanto, temiendo a los iberos como bárbaros impulsivos y a los brucios, italianos compatriotas de Escipión, no fuera a ser que por buscar el perdón de las faltas cometidas contra Italia lo entregaran a Escipión, huyó en secreto con un solo jinete en el que confiaba plenamente. Y, después de realizar tres mil estadios en dos días y dos noches, llegó a la ciudad costera de Hadrumeto, en donde estaba una parte de su ejército para guardar el trigo. Allí empezó a reclutar tropas en las zonas vecinas, recuperó a los que habían escapado del combate y preparó armas y máquinas de guerra.

48 Escipión, tras haber logrado una espléndida victoria, habiéndose ceñido para el sacrificio, prendió fuego a los despojos menos valiosos, como es costumbre entre los generales romanos, y envió a Roma diez talentos de oro, dos mil quinientos de plata, marfiles tallados, a los prisioneros más distinguidos y a Lelio como portavoz de la victoria, sobre las naves (...). El resto del botín lo vendió y repartió su importe entre el ejército. Otorgó también regalos a los que se habían distinguido por sus actos de valor y coronó de nuevo a Masinissa. Después, marchó hacia otras ciudades y las recibió en sumisión. Tal fue el resultado de la guerra entre Aníbal y Escipión en África, donde ambos se enfrentaron por primera vez. Los romanos perdieron dos mil quinientos hombres y Masinissa todavía más, y los enemigos tuvieron veinticinco mil muertos y ocho mil quinientos prisioneros. Trescientos iberos desertaron a Escipión y ochocientos númidas, a Masinissa.

49 Antes de que los cartagineses y los romanos se enteraran de estas noticias, los primeros ordenaron a Magón, que aún andaba reclutando mercenarios celtas, que invadiera Italia, si le era posible, o regresara a África con los mercenarios, pero los romanos, interceptadas las cartas y enviadas a Roma, mandaron a Escipión otro ejército, caballos, naves y dinero. Éste ya había enviado hacia Cartago a Octavio por tierra, en tanto que él mismo navegaba hacia allí con las naves. Los cartagineses, al enterarse de la derrota de Aníbal, enviaron a Escipión una embajada en un barco pequeño y veloz, al frente de la cual iban Annón el Grande y Asdrúbal Erifo. Éstos llevaban colocado en un lugar elevado sobre la proa un báculo de heraldo y tendían sus manos hacia Escipión a la manera de los suplicantes. Éste les dio la orden de dirigirse al campamento y, cuando llegaron, se ocupó de sus asuntos sentado sobre una tribuna elevada. Ellos, a su vez, se arrojaron

al suelo en medio de lamentaciones y, cuando los servidores los levantaron y les ordenaron que dijeran lo que quisieran, Asdrúbal Erifo dijo:

«Tanto yo, romanos, como Annón aquí presente y 50
todos aquellos cartagineses sensatos tenemos en nuestro haber el estar limpios de las faltas que nos imputáis, pues a vuestros embajadores, sobre los que nuestra patria ejerció violencia contra su voluntad por causa del hambre, los rescatamos y os los devolvimos. No debéis, por tanto, condenar indiscriminadamente a todos los cartagineses que en fecha reciente ya os pidieron la paz y, al recibirla, la ratificaron con ardor mediante juramento. Pero las ciudades tornan con facilidad hacia lo peor, y lo grato al oído siempre triunfa entre la masa. También nosotros hemos sufrido estas vicisitudes, al no haber podido convencer al pueblo ni contenerlo por mor de aquellos que en nuestra patria nos calumniaban y nos impedían hablar con libertad ante vosotros. No juzguéis, romanos, nuestros asuntos por el rasero de vuestra disciplina y prudencia, y si a alguien le parece que es un crimen haberse dejado convencer por estos agitadores, que se lo impute al sufrimiento que el hambre y la necesidad nos impuso. Pues no hubiera sido un acto deliberado de unas mismas personas solicitar hace poco la paz, entregar una suma tan grande de dinero, desprenderse de la totalidad de sus navíos de guerra salvo unos pocos, entregaros la mayor parte de su imperio y enviar embajadores a Roma para que dieran y aceptaran juramentos de estas cosas, y luego, cuando aún se encontraban entre vosotros nuestros embajadores, quebrantarlos voluntariamente. Antes bien, y sobre todo, hay que pensar que un dios fue nuestra ruina y la tempestad que desvió vuestras provisiones hacia Cartago, y además de la tempestad, el hambre, de modo indigno, impidió que tomáramos decisiones sensatas sobre las propiedades de otro pueblo, faltos

como estábamos de todo. No se puede pedir en verdad que reflexione dignamente una muchedumbre que no tiene disciplina y sufre calamidades.

51 »Pero si, incluso así, os parece que somos culpables, y no desafortunados, convenimos en ello y, por esta misma razón, os suplicamos. La justificación, en efecto, corresponde a los que no cometieron falta alguna y, en cambio, la súplica es propia de aquellos que han ofendido. Por este motivo, está más pronta a extenderse a los demás la piedad de los afortunados, cuando, al contemplar los asuntos humanos, observan que, a causa de cambios repentinos, suplican hoy quienes ayer eran capaces de agraviar a otros. Tal es la condición de Cartago, la ciudad más grande de África, y la más poderosa en naves, en riquezas, en elefantes, en infantería y caballería, en muchos súbditos, floreciente durante diecisiete años, soberana de toda África, de otros pueblos e islas y de una gran extensión de mar, rival vuestra durante mucho tiempo y que ahora, en cambio, tiene puestas sus esperanzas de salvación no en el mar y en sus barcos, ni en sus elefantes y caballos, ni siquiera en sus súbditos, todo lo cual lo puso en vuestras manos, sino en vosotros mismos, que habéis sufrido un trato indigno con anterioridad. Debéis, pues, vosotros, al contemplar estos hechos y para precaveros de la venganza divina que pende sobre ellos, serviros con moderación, romanos, de vuestra fortuna y realizar actos dignos de vuestra magnanimidad y de la anterior fortuna de los cartagineses y comportaros sin reproche ante los cambios que la divinidad ha introducido en nuestra desgraciada situación, a fin de que vuestra actitud hacia nosotros carezca de toda culpa ante los dioses y sea digna de elogio por todos los hombres.

52 »No hay que temer ya, en efecto, que cambien de manera de pensar también ahora los cartagineses, quienes sufren de un arrepentimiento y castigo tan grandes

por causa de su anterior insensatez. A los hombres juiciosos les impide obrar mal su prudencia, en tanto que a los pecadores, su anterior sufrimiento y su arrepentimiento. Y cabe suponer que los que ya han sido amonestados serán más dignos de confianza que quienes no han sufrido una tal experiencia. No está bien, por otra parte, que vosotros imitéis esa crueldad y maldad de que acusáis a los cartagineses. Pues, para los desafortunados, su misma miserable condición se convierte en la fuente de nuevos errores a causa de la falta de esperanza, y, en cambio, los afortunados, debido a la abundancia de recursos, tienen en sus manos la clemencia. Tampoco reportará gloria ni utilidad a vuestro imperio destruir una ciudad tan grande como la nuestra, en vez de preservarla. Y, aunque vosotros sois los mejores jueces de vuestros propios intereses, nosotros, no obstante, con vistas a nuestra salvación, os recordamos estas dos cosas de entre todas: la antigua dignidad del imperio de Cartago y vuestra universal moderación que, junto con vuestras armas, os ha levantado a una situación tan excelsa de dominio y de poder. En lo que atañe a los términos del tratado, si es que nos concedéis la paz, es superfluo decir que todo lo ponemos en vuestras manos.»

Al acabar su discurso, Erifo prorrumpió en lágri- 53
mas. Escipión los hizo salir y deliberó con sus oficiales durante largo tiempo. Después que tomó una decisión, los hizo comparecer y les dijo lo siguiente: «No merecéis ningún perdón al haber quebrantado muchas veces los tratados que habéis hecho con nosotros y al haber ultrajado, finalmente, ahora a nuestra embajada de forma tan notoria e impía, que no podéis negar ni contradecir que sois acreedores del castigo más severo. ¿Para qué hay que acusar a los que ya reconocen su crimen? Os habéis acogido a las súplicas, vosotros que ni siquiera hubierais dejado el nombre de Roma, de haber resul-

tado vencedores. Sin embargo, jamás imitaremos vuestros actos, puesto que a vuestros embajadores, cuando todavía estaban en Roma y a pesar de que ya habíais violado los tratados y ultrajado a nuestra embajada, la ciudad los dejó libres y yo, cuando fueron llevados a mi campamento, los dejé marchar indemnes a vuestro lado, aunque ya estábamos en guerra. Deberíais, condenándoos a vosotros mismos, considerar como ganancia cualquier cosa que pudierais tomar. No obstante, os voy a dar mi parecer y el senado votará lo que estime conveniente.

54 »Os vamos a conceder también ahora la paz, cartagineses, a condición de que nos entreguéis vuestros barcos de guerra, a excepción de diez de ellos, todos los elefantes que tenéis, todo aquello que hace poco nos habéis quitado o el valor de las cosas perdidas, siendo yo el juez en caso de duda, la totalidad de los prisioneros de guerra y desertores y cuantos Aníbal trajo de Italia. Estas condiciones deben ser cumplidas dentro de los treinta días siguientes a aquel en que sea decretada la paz. En un plazo de sesenta días, Magón debe evacuar Liguria y vosotros debéis retirar las guarniciones de todas aquellas ciudades que se encuentren fuera de las 'trincheras fenicias', así como devolver cuantos rehenes tengáis de las mismas. Pagaréis anualmente a Roma la suma de doscientos talentos euboicos durante cincuenta años. No reclutaréis, de ahora en adelante, más mercenarios entre los celtas y ligures, ni haréis la guerra a Masinissa ni a ningún otro amigo del pueblo romano, ni permitiréis que lo haga ningún cartaginés con el consentimiento popular. Conservaréis vuestra ciudad y cuanto territorio teníais dentro de las 'trincheras fenicias' cuando yo vine a África. Seréis amigos y aliados de los romanos por tierra y por mar, en el caso de que el senado dé su aprobación a todo ello. Si así lo hace, los romanos evacuarán África en

un plazo de ciento cincuenta días. Si queréis un armisticio hasta que enviéis una embajada a Roma, entregaréis al punto, en calidad de rehenes, a ciento cincuenta de vuestros hijos a los que yo mismo elegiré, y entregaréis, además, otros mil talentos y provisiones para pagar al ejército. Cuando el tratado sea ratificado, se os devolverán los rehenes» [15].

Cuando Escipión hubo finalizado su discurso, los 55
embajadores llevaron a Cartago sus propuestas y el pueblo las sometió a debate en la asamblea durante muchos días. Los nobles se mostraban partidarios de aceptar el ofrecimiento y no arriesgarse a perder todo por rehusar una parte, pero, en cambio, el populacho, considerando más que el peligro presente la enorme pérdida de todo lo que tenían, rehusaba aceptarlas. Además, estaban irritados, porque sus dirigentes, en época de hambre, preferían suministrar provisiones a los romanos, en vez de a sus ciudadanos, durante el tiempo de la tregua y, agrupándose ante cada uno de ellos, los amenazaban con saquear e incendiar sus casas. Finalmente, decidieron tomar consejo de Aníbal que tenía ya seis mil soldados de infantería y quinientos jinetes y estaba acampado en la ciudad de Martama [16]. Él llegó y, aunque los ciudadanos moderados tenían miedo de que un hombre amigo de la guerra, como él era, excitara a la multitud, de modo muy solemne les exhortó a aceptar la paz. Pero el pueblo, cegado por la ira, lo injurió también acusándolo de loco y amenazaba a todos, hasta que algunos de los notables se refugiaron junto a Masinissa y otros desertaron voluntariamente al lado de los romanos cuando perdieron las esperanzas en la ciudad.

---

15 Sobre el tratado de paz del 201 a. C., cf. De Sanctis, III 2, Apénd. IV al cap. IX, págs. 599-605.

16 Ciudad desconocida.

56 Los cartagineses, al enterarse de que Aníbal había almacenado una gran cantidad de trigo en un determinado emplazamiento comercial, enviaron hacia él naves de transporte y navíos de guerra, resueltos, si podían obtener el trigo, a emprender una campaña militar y a afrontar todo lo que la suerte les deparase, antes que convertirse en esclavos de Roma de manera voluntaria. Pero, después que el viento y una tempestad echaran a pique sus barcos, desesperando ya de todo, reprocharon a los dioses que hubieran conspirado contra ellos; llegaron a un acuerdo con Escipión y enviaron una embajada a Roma. Escipión, a su vez, envió a algunos hombres para que aconsejaran la ratificación del acuerdo. Y se dice que aconsejó que se hiciera por dos motivos: porque pensaba que era útil para la ciudad y porque se había enterado de que el cónsul Gneo Cornelio Léntulo esperaba para sucederle en el mando y no quería que la gloria fuera de otro. Por consiguiente, encargó a sus mensajeros que dijeran que, si se demoraban en Roma, él mismo por su cuenta concluiría la paz.

57 En Roma causó gran alborozo la noticia de la victoria total sobre una ciudad de tamaña importancia, que les había causado en el pasado numerosas y terribles calamidades y que había detentado el segundo o tercer puesto en la hegemonía del mundo. Sin embargo, los senadores estaban divididos en sus opiniones, algunos se encontraban todavía irritados profundamente con los cartagineses, mientras que otros sentían piedad hacia ellos y pensaban que debían tener un comportamiento noble en las desgracias de los otros. En esta tesitura, uno de los amigos de Escipión se levantó y dijo: «No debemos preocuparnos tanto por la salvación de los cartagineses, senadores, cuanto por preservar nuestra fe en los dioses y nuestra reputación ante los hombres, no vaya a decirse que quienes acusamos de crueldad a los cartagineses actuamos con más crueldad

aún que ellos mismos y que, aunque nos preocupamos siempre de ejercer la moderación en los asuntos triviales, nos olvidamos de ella en los más importantes. No es posible que pase inadvertida nuestra postura en este caso debido a su propia magnitud, sino que el hecho llegará a todos los confines de la tierra ahora y en el futuro, si nosotros destruimos a una ciudad famosa y dueña del mar en otro tiempo, que mandó en muchas islas, en todo el mar y en más de la mitad de África, y que, en las guerras que sostuvo contra nosotros mismos, hizo gala de numerosos actos de fortuna y poder. Contra ellos, mientras aún tenían capacidad de combatir, era preciso pelear, pero ahora que están derrotados, deben ser perdonados, de igual modo que ningún atleta continúa golpeando al rival que yace en el suelo ni la mayor parte de las fieras atacan a los cuerpos abatidos. Es conveniente a la hora del éxito guardarse de la cólera divina y de la envidia humana. Pero si hay alguien que sopesa con rigor cuántas cosas nos hicieron, precisamente en este mismo hecho encontrará lo que hay que temer más de la fortuna, que unos hombres que fueron capaces de infligirnos tantas y tales calamidades y que no hace mucho combatían gloriosamente por Sicilia e Iberia, hace un momento suplicaban tan sólo por su salvación. Sin embargo, por aquello ya sufrieron castigo y por sus últimas violaciones padecen hambre, el mal más penoso para el hombre y que puede hasta privarle de su facultad racional.

»Yo no voy a decir nada en defensa de los cartagi- 58
neses, pues no lo merecen; ni siquiera ignoro que han violado también otros tratados antes que éstos. No obstante, os quiero recordar, aunque ya lo sabéis, cuál fue el comportamiento que tuvieron vuestros padres en circunstancias similares y gracias al cual llegaron hasta el momento de esplendor presente. Aunque todos estos pueblos vecinos nuestros que nos rodeaban por com-

pleto se sublevaron muchas veces y quebrantaron los pactos de continuo, no los despreciaron, ni a los latinos, ni a los etruscos, ni a los sabinos. También sobrellevaron con tranquilidad a los pueblos que, a su vez, después de aquéllos y también vecinos nuestros, ecuos, volscos y campanios, así como otros pueblos de Italia, quebrantaron tratados. Ni tampoco destruyeron al pueblo samnita que por tres veces traicionó nuestra amistad y nuestros tratados, entablando las guerras más encarnizadas contra nosotros durante ochenta años, ni a aquellos otros que llamaron a Pirro a Italia. Ni siquiera hemos destruido a aquellos italianos que, en fecha muy reciente, unieron sus fuerzas a Aníbal, incluso a los brucios que lucharon a su lado hasta el final. Por el contrario, confiscándoles tan sólo una parte de sus tierras, les dejamos poseer el resto, porque consideramos una medida piadosa y, a un tiempo, útil para nuestra prosperidad no exterminar a pueblos enteros, sino ponerlos en mejor disposición mediante medidas admonitorias.

59 »¿Por qué, pues, aunque hayamos sufrido a manos de los cartagineses, vamos a cambiar nuestra manera de ser, con la que hemos prosperado hasta el presente? ¿Acaso porque su ciudad es mayor? Precisamente por esto merece más ser perdonada. ¿O más bien porque quebrantó muchas veces los tratados hechos con nosotros? También lo hicieron otros, casi todos diría yo. ¿O tal vez porque sufren ahora un castigo ligero? Van a perder todos sus barcos de guerra excepto diez, van a entregar sus elefantes en los que radica su poder, van a pagar diez mil talentos euboicos, van a ceder todas aquellas ciudades y territorios que poseen fuera de las 'trincheras fenicias'; se les ha impedido reclutar soldados, y cuanto, movidos por el hambre, nos arrebataron, lo van a devolver, pese a que todavía siguen hambrientos y Escipión, el que combatió contra ellos, es su juez

en los asuntos dudosos. Yo alabo a Escipión por la magnitud y el número de estos hechos y os pido como justo que les otorguéis vuestro perdón a causa de la cólera divina y por la mutabilidad de las cosas humanas. Ellos cuentan todavía, antes de que ratifiquemos el tratado, con un gran número de naves y elefantes, y Aníbal, un hombre sumamente hábil en asuntos de guerra, ya posee un ejército; Magón ha reclutado ya otras muchas tropas entre los celtas y ligures, y Vermina, el hijo de Sifax, combate a su lado como aliado junto con otros pueblos númidas y también tienen gran cantidad de esclavos. Si pierden las esperanzas que tienen en nosotros, usarán de todas estas fuerzas de modo temerario y nada es más terrible en el combate que la lucha a la desesperada, en donde además la voluntad divina resulta indecisa y envidiosa.

»Y me parece a mí que Escipión, por haber previsto 60
todo esto, nos envió su opinión personal y nos dijo que, si nos dilatábamos, concluiría él mismo el tratado de paz. Y es lógico pensar que su juicio, en este caso, es mejor que el nuestro y que, dado que lleva el asunto entre sus manos, puede abarcarlo mejor en su conjunto. Si nosotros no damos validez a su propuesta, causaremos dolor a un patriota, a un general excelente que, cuando ni siquiera estábamos dispuestos, nos apremió a llevar allí la guerra y, sin tomar un ejército de nosotros, lo reclutó él mismo y cosechó en África triunfos hasta un grado que no esperábamos. Y también esto me produce estupor, que entrarais en esta guerra con tanta parsimonia y ahora os mostréis con tal belicosidad y desmesura. Pero si alguno está de acuerdo con esto y, pese a todo, teme que también en esta ocasión los cartagineses vayan a violar el tratado, yo le respondería que es por completo lógico pensar que ellos van a cuidarse, de ahora en adelante, de la observancia del mismo, dados sus muchos sufrimientos por anteriores

transgresiones, y que han de estimar en mucho un comportamiento fiel y justo en el futuro, ya que por su impiedad se han visto doblegados. Además, no es congruente que unos mismos senadores despreciaran hace poco a los cartagineses, en la creencia de que no tenían ya ninguna fuerza, y a continuación, sientan temor de que sean capaces de rebelarse otra vez. Nos resultará más fácil vigilarlos para que no acrecienten su poder de nuevo, que destruirlos ahora. En el presente, en efecto, luchan desde una situación desesperada, pero después podremos vigilarles aquejados siempre por el miedo. Tendrán numerosos problemas, sin contarnos a nosotros, pues todos sus vecinos los van a atosigar por estar irritados con su dominación tiránica anterior, y Masinissa, un hombre de nuestra plena confianza, estará siempre presente para vigilarlos.

61 »Pero incluso si, como cabe esperar, hay alguien que juzga con desdén estas consideraciones y sólo atiende a su provecho, a saber, cómo sucederá en el mando a Escipión, y confía en que la suerte le acompañe hasta el final, ¿qué haremos con la ciudad cuando la apresemos, si es que llegamos a apresarla? ¿La arrasaremos hasta sus cimientos, porque nos arrebataron una parte de nuestro trigo y algunos barcos, lo que, junto con muchas otras cosas, están dispuestos a devolvernos? ¿O no haremos esto para guardarnos de la cólera divina y del reproche de los hombres y, en cambio, permitiremos que lo haga Masinissa? Aunque sea nuestro amigo, no debemos fortalecerlo, ni aun a él, en demasía, sino que pienso que sería más conveniente para el interés común de Roma que exista una rivalidad mutua. ¿Recaudaremos tributos en su territorio? El ejército que haya de vigilar la recaudación se lo gastará en su mantenimiento, pues necesitaremos de un ejército nutrido, ya que estará rodeado de numerosos pueblos vecinos, todos ellos bárbaros. ¿Vamos a enviar, acaso, colonos

en medio de tantos númidas? Terribles vejaciones sufrirán nuestros colonos en todo momento si los bárbaros son fuertes, y, si llegan a vencerlos, serán objeto de temor y de envidia por parte nuestra en el futuro por poseer un país tan grande y mucho mejor dotado que el nuestro. Me parece a mí que Escipión también previó todo esto y, por ello, nos exhortó a que aceptáramos las súplicas de los cartagineses. Hagamos caso, por tanto, de los que nos lo piden y de nuestro general.»

Éstas fueron sus palabras. A continuación, Publio 62
Cornelio, familiar de Cornelio Léntulo que era cónsul entonces y esperaba suceder a Escipión, le replicó de esta manera: «La utilidad únicamente es ventajosa, senadores, en la guerra, y en la medida que éstos han puesto de relieve que la ciudad es poderosa incluso ahora, debemos precavernos de su traición, unida a su fuerza, y aniquilar su poderío a tiempo, ya que no podemos hacer lo mismo con su traición. Ningún momento es más propicio que el presente para librarnos de todo miedo respecto a los cartagineses, cuando son débiles y carecen de todo, antes de que vuelvan de nuevo a acumular fuerza y recursos. No es que yo trate, ciertamente, de escapar a pretensiones de justicia, pero estimo que ni siquiera la ciudad podría ser acusada de falta de moderación para con los cartagineses, quienes en sus momentos de prosperidad son injustos y cometen violencia contra todos y, en cambio, en la adversidad se tornan suplicantes, pero, si tienen éxito, al punto se arrepienten de aquello que han pactado. No existe, para ellos, respeto por los tratados ni consideración ante sus juramentos, y a un pueblo así, ese hombre estima que debemos perdonarlo para evitar la indignación divina y la censura de los hombres. Yo, sin embargo, creo que son los mismos dioses los que han llevado a Cartago a esta situación, a fin de que reciban castigo por su impiedad, una gente que, tanto en Sicilia como en Iberia

o Italia e, incluso, en la propia África, realizaron numerosos acuerdos con nosotros y con todos los otros pueblos, y los violaron y cometieron toda clase de tropelías y salvajadas. Voy a exponeros algunos de estos hechos concernientes a otros pueblos, antes de referirme a los nuestros, para que sepáis que todo el mundo va a alegrarse de que los cartagineses reciban castigo.

63 »Esta gente, a los saguntinos, una ciudad preclara de Iberia, aliada de ellos y amiga nuestra, les mataron a todos los hombres en edad adulta, sin que hubieran cometido ofensa alguna. Tras haberse apoderado de Nuceria, ciudad vasalla nuestra, en virtud de un acuerdo jurado por el que dejarían partir a cada uno de sus habitantes con dos mantos, encerraron a su Consejo en una sala de baños y los asfixiaron de calor; asimismo, dieron muerte al pueblo cuando ya se marchaba. A los miembros del Consejo de los aquerranos los arrojaron a unos pozos, después de haber concertado un tratado, y rellenaron los pozos con tierra. Una vez que engañaron con falsos juramentos a nuestro cónsul Marco Cornelio, lo llevaron a entrevistarse con su general, pretextando que se encontraba enfermo; se apoderaron de él y lo condujeron como prisionero desde Sicilia a África con veintidós naves. También dieron una muerte ignominiosa a Régulo, otro de nuestros generales, cuando regresaba a su lado en virtud de la fidelidad al juramento dado. Asimismo, resultaría prolijo enumerar todos los hechos que Aníbal llevó a cabo, bien sea por medio de la guerra o con estratagemas o violaciones de juramento, contra nuestras ciudades y ejércitos y, al final, contra sus propios aliados, saqueando sus ciudades y matando a los que habían combatido a su lado. Para resumirlo, despobló a cuatrocientas de nuestras ciudades y pasó por encima de los cuerpos de nuestros hombres, a los que hizo prisioneros, tras haberlos arrojado a trincheras y ríos a modo de puentes; a otros,

los machacó con sus elefantes, y a otros, los obligó a combatir en duelo entre ellos, enfrentando a hermanos contra hermanos y a padres contra hijos. Y, en fecha muy reciente, enviaron una embajada aquí para tratar acerca de la paz, nos suplicaron y tomaron juramentos, y mientras aún permanecían aquí sus embajadores, se apoderaron, en África, de nuestras naves e hicieron prisioneros a nuestros soldados. Tan grande es la locura en que han caído a causa de su crueldad.

»¿Qué sentimiento de piedad o moderación deben 64
tener otros para con un pueblo así, que jamás ha ejercido moderación alguna o clemencia hacia nadie? ¿Para con gente que, como decía Escipión, si nos hubieran vencido, ni siquiera hubieran dejado el nombre de Roma? No obstante, decía, la mano derecha es una garantía segura. ¿Cuál? ¿Qué acuerdo o juramento hay que no hayan pisoteado? ¿Qué tratado o qué prueba de amistad existe que no hayan violado? No vayamos a imitarlos, decía. Pero, ¿qué tratado podemos romper nosotros que aún no hemos llegado a un acuerdo? No vayamos a imitar su crueldad, decía. ¿Debemos, pues, hacer amigo y aliado al pueblo más cruel que existe? En absoluto es ello justo. Antes bien, que se rindan sin condiciones a nosotros, según es costumbre de los vencidos, como muchos se rindieron y ya veremos lo que haremos. Así, cualquier cosa que les demos sabrán que han de tomarla como un favor y no como un tratado. La diferencia que hay entre ambas cosas es la siguiente: mientras hagan un pacto con nosotros, lo violarán igual que antes, so pretexto de alguna de las cláusulas del mismo, porque salieron perdedores en algún punto. Y las cuestiones dudosas siempre se prestan a dar buenas excusas. Pero cuando se entreguen a sí mismos, los despojemos de sus armas, queden sus personas en nuestro poder y se convenzan de que no existe cosa alguna que puedan considerar como propia, se abatirá su altanería

y se alegrarán de aquello que reciban de nosotros al saber que no les pertenece. Si Escipión piensa de otra manera, ahí tenéis dos opiniones para elegir. Ahora bien, si está dispuesto a pactar con los cartagineses sin contar con nosotros, ¿para qué os envió a consultar? En lo que a mí respecta, os he dado mi opinión como a jueces con verdadera potestad para juzgar sobre este asunto, opinión que considero conveniente para la ciudad.»

65 Esto fue lo que dijo Publio. El senado recabó de cada uno su voto individual y la mayoría estuvo de acuerdo con la propuesta de Escipión. Por lo cual se efectuó un tercer tratado entre los romanos y los cartagineses. Se creía, en especial, que Escipión había urgido a los romanos a la realización del tratado, ya fuera por las razones antes dichas o bien porque consideraba un triunfo suficiente para Roma el despojar tan sólo de su hegemonía a los cartagineses. Hay también quienes piensan que él, con vistas a mantener la disciplina romana, quiso dejar a un vecino y rival como amenaza perpetua, a fin de que jamás se enorgullecieran en demasía ni se descuidaran en medio de una gran prosperidad. Que a Escipión lo movieron tales sentimientos lo hizo público, no mucho después, Catón a los romanos, cuando les reprochó su cólera excesiva contra los rodios. Escipión, después de haber concluido el tratado, navegó desde África a Italia con todo su ejército y entró en triunfo en Roma con mucha mayor brillantez que sus antecesores.

66 La forma del triunfo, que aún continuan utilizando en la actualidad, es como sigue: Todos los participantes en la procesión llevaban coronas, y encabezaban la misma los trompeteros y carros cargados con el botín; portaban a lo largo del recorrido torres en representación de las ciudades apresadas y dibujos con motivos de hechos gloriosos ocurridos en la guerra; a continua-

ción, iba el oro y la plata, acuñada y sin acuñar, y cualquier otra cosa de esta índole; después, todas las coronas que había recibido el general por su bravura, ya fuera de las ciudades, de los aliados o de su mismo ejército. A éstas les seguían toros blancos y elefantes y todos los jefes cartagineses y númidas que habían sido hechos prisioneros. Precedían al general lictores con túnicas de color púrpura, y un coro de citaristas y flautistas, a imitación de una procesión etrusca, con cinturones y una corona de oro, marchaban al compás de la música y la danza. Los llaman lidios, porque, según creo, los etruscos fueron una colonia lidia. Uno de ellos, en el centro, revestido de un manto color púrpura que le llegaba hasta los pies y con brazaletes y collares de oro, provocaba la hilaridad con gesticulaciones variadas, como si estuviera danzando en triunfo sobre sus enemigos. A continuación, marchaban un grupo de turiferarios y, tras ellos, el general sobre un carro decorado con profusión llevaba una corona de oro y piedras preciosas, vestía una toga de púrpura, a la usanza patria, tachonada con estrellas de oro y portaba un cetro de marfil y una rama de laurel que es el símbolo romano de la victoria. Jóvenes de ambos sexos iban subidos junto a él en el mismo carro y, sobre los caballos de cada lado, familiares jóvenes. Le seguían todos aquellos que, en el transcurso de la guerra, le habían servido como escribanos, asistentes o escuderos; después, el ejército formado en escuadrones y cohortes, coronado todo él y llevando ramas de laurel; los más valientes llevaban, además, los distintivos recibidos como recompensa a su bravura. Alababan a algunos de sus capitanes, se mofaban de otros y a otros los hacían objeto de sus reproches, puesto que en un triunfo todo el mundo es libre de decir lo que quiera. Cuando llegó Escipión al

Capitolio, finalizó la procesión, e invitó a un banquete a sus amigos en el templo como era la costumbre [17].

67 Así terminó la segunda guerra entre romanos y cartagineses, que comenzó en Iberia y acabó en África, de acuerdo con los tratados ya expuestos, que incluían a la propia Cartago. Esto sucedió en la ciento cuarenta y cuatro olimpíada, según el cómputo griego. Masinissa, irritado contra los cartagineses y envalentonado por su amistad con Roma, se apoderó de una gran extensión

---

[17] El triunfo era la procesión de un general romano victorioso al templo de Júpiter Capitolino. Etrusca en su origen, después afectada por influencias helenísticas, permaneció sujeta a reglas estrictas y mantuvo su carácter ritual. La ruta seguida por el vencedor en la época clásica iba desde el Campo de Marte, a través de la Puerta Triunfal, el circo Flaminio y el circo Máximo, en torno al Palatino, a lo largo de la Via Sacra, hasta el Capitolio. La procesión comprendía, básicamente, a los magistrados y el Senado, los despojos (incluyendo a los cautivos más destacados), animales para el sacrificio, el triunfador y su ejército. A este cortejo se le añadieron, sucesivamente, otros elementos, como músicos, pinturas, grupos alegóricos, portadores de antorchas, etc. El triunfador, precedido por sus lictores, iba de pie sobre un carro tirado por cuatro caballos con un esclavo, que murmuraba palabras apotropaicas, sosteniendo una corona sobre él; su familia le acompañaba habitualmente. Estaba vestido con la *tunica palmata* y la *toga picta* (de oro y púrpura) y adornado como un dios-rey. El ejército gritaba ¡oh triunfo! y cantaba versos apotropaicos.

Los requisitos para el triunfo eran: la victoria sobre un enemigo extranjero con un mínimo de 5.000 bajas por parte enemiga, llevada a cabo por un magistrado con *imperium* y sus propios *auspicia*, y la presencia del ejército para mostrar la victoria en la guerra. Estas reglas se fueron relajando y llegaron a admitirse ya en el siglo I *priuati* con *imperia* especiales como Pompeyo, y después del 45 a. C., incluso *legati*. Cuando no se concedía el triunfo se otorgaba generalmente una *ouatio*.

Bajo el Imperio el triunfo llegó a ser muy pronto un monopolio del emperador y, con su permiso, de su familia. Al general victorioso se le otorgaban ornamentos triunfales, pero éstos fueron desprestigiados deliberadamente e, incluso, en el siglo I d. C. perdieron toda conexión con los éxitos en la milicia.

de territorio cartaginés, so pretexto de que ya le había pertenecido en otro tiempo. Entonces, los cartagineses llamaron a los romanos para pedirles que procuraran una avenencia entre ellos y Masinissa. Los romanos, en consecuencia, enviaron árbitros con órdenes de favorecer cuanto pudieran a Masinissa. De este modo, este último se apropió de una parte del territorio de los cartagineses y se efectuó un tratado entre ambos que tuvo vigencia durante cincuenta años. En este tiempo, Cartago, que gozó de una paz ininterrumpida, acrecentó sobremanera su poderío y población a causa de la fertilidad de su suelo y de su buena posición junto al mar.

Muy pronto, como sucede en las situaciones de prosperidad, surgieron diferentes facciones, había un partido prorromano, otro democrático y un tercero que estaba de parte de Masinissa. Cada uno de ellos tenía líderes destacados por su reputación y valor. Annón el Grande era jefe del partido filorromano, a los partidarios de Masinissa los encabezaba Aníbal, apodado el Estornino, y la facción democrática tenía como líderes a Amílcar el Samnita y a Cartalón. Estos últimos, aprovechando que los romanos estaban en guerra contra los celtíberos y que Masinissa había marchado en auxilio de su hijo, que estaba rodeado por otras fuerzas iberas, convencieron a Cartalón, jefe de las tropas auxiliares y que, por razón de su cargo, recorría el país, para que atacase a unas tropas de Masinissa acampadas en un territorio en litigio. Éste mató a algunos de ellos, se llevó el botín y azuzó a los africanos rurales contra los númidas. Otros muchos actos de hostilidad tuvieron lugar entre ellos, hasta la llegada de nuevos emisarios romanos, con vistas a restablecer la paz, a los cuales se les ordenó, de igual manera, ayudar en secreto a Masinissa. También ellos consolidaron a Masinissa en los territorios que había ocupado antes con la táctica siguiente. No dijeron ni escucharon nada, a fin de que Masinissa no resul- 68

tara perjudicado como en un juicio, sino que, situándose en medio de ambos litigantes, estrecharon sus manos. Éste fue el modo en que exhortaron a ambos a mantener la paz. Poco después, Masinissa provocó una disputa con motivo del territorio conocido como «los campos grandes» [18] y del país, perteneciente a cincuenta ciudades, que llaman Tisca [19]. A causa de lo cual los cartagineses acudieron de nuevo a recurrir ante los romanos. Y éstos les prometieron también, entonces, enviarles emisarios para el arbitraje, pero se demoraron hasta que supusieron que los intereses cartagineses se habían perdido casi por completo.

69 Entonces, enviaron a los emisarios y, entre otros, a Catón, los cuales, al llegar al territorio que era objeto de disputa, pidieron a ambas partes que dejaran en sus manos todo el asunto. Masinissa, en efecto, dado que ambicionaba más de lo que le correspondía y tenía plena confianza siempre en Roma, consintió, pero los cartagineses sentían sospechas, puesto que sabían que los anteriores embajadores no habían dado decisiones imparciales. Dijeron, por consiguiente, que no deseaban litigar ni hacer rectificación del tratado hecho con Escipión y que sólo se quejaban de su transgresión. Sin embargo, los enviados no aceptaron arbitrar en cuanto a partes y regresaron, no sin antes haber inspeccionado detalladamente el país y ver lo bien cultivado que estaba y los grandes recursos que poseía. También entraron en la ciudad y comprobaron cuán grande era su fuerza y cómo había aumentado su población desde su derrota ante Escipión, no hacía mucho tiempo. Cuando estuvieron de regreso en Roma, manifestaron que, más que envidia, era temor lo que debían sentir ante Cartago,

---

[18] Sobre los «campos grandes» o «grandes llanuras» (*pedíōn* en el original), cf. n. 10 a este libro.

[19] Su localización es desconocida.

una ciudad enemiga tan grande y próxima que había crecido tan fácilmente. Catón, en especial, dijo que ni siquiera estaría segura la libertad de Roma hasta que destruyeran Cartago. Cuando el senado oyó estas cosas, decidió hacer la guerra, pero necesitaba aún de algún pretexto y mantuvieron su decisión en secreto. Se dice que, desde aquella ocasión, Catón defendía de continuo en el senado la opinión de que Cartago no debía existir [20], y que Escipión Nasica sostenía una postura contraria, que debía preservarse a Cartago como amenaza de la disciplina romana ya en vías de relajación.

La facción democrática en Cartago expulsó a los **70** partidarios de Masinissa, unos cuarenta aproximadamente, y consiguió un voto de destierro e hicieron jurar al pueblo que no los volverían a recibir jamás y que no aceptarían propuestas acerca de su retorno. Los desterrados huyeron al lado de Masinissa y lo presionaron para que declarase la guerra. Éste, que también la deseaba, envió a Gulussa y Micipsa, dos hijos suyos, a Cartago con la demanda de que acogieran de nuevo a quienes sufrían destierro por su causa. Cuando éstos se aproximaron a las puertas de la ciudad, el jefe de las tropas auxiliares las cerró por temor a que los familiares de los desterrados movieran a compasión al pueblo con sus lágrimas. Amílcar el Samnita atacó a Gulussa cuando iba de regreso, mató a algunos de sus hombres y a él mismo lo puso en un aprieto. Masinissa tomó este hecho como un pretexto para atacar a la ciu-

---

20 Esta opinión de Catón encarna la postura imperialista de Roma. A Catón, por tanto, lo que le inducía a propugnar la destrucción de Cartago, y después, a los romanos a llevarla a cabo, era la lógica inexorable del imperialismo. Es absurdo pensar en la hipótesis de un temor por el peligro constante de Cartago en un momento el que la diferencia entre ambas potencias era ya abismal e insalvable (cf. De Sanctis, IV 1, págs. 19 y sigs.).

dad de Horóscopa, que deseaba poseer en contra del tratado. Los cartagineses marcharon contra Masinissa con veinticinco mil soldados de infantería y cuatrocientos jinetes ciudadanos bajo el mando de Asdrúbal, que era entonces el jefe de las tropas auxiliares. Asasis y Suba, lugartenientes de Masinissa, se pasaron a su bando con seis mil jinetes cuando estaban cerca, a causa de algunas diferencias con los hijos de Masinissa. Animado por estas fuerzas, Asdrúbal trasladó su campamento a un lugar más próximo al rey y, en algunas escaramuzas, obtuvo ventaja. Masinissa quiso tenderle una emboscada y se retiró poco a poco como si estuviera huyendo, hasta que llegó a una gran llanura desierta, rodeada por todos los lados de colinas y precipicios y falta de provisiones. Luego retrocedió sobre sus pasos y fijó su campamento en campo abierto. Sin embargo, Asdrúbal subió a las colinas, porque era una posición más sólida.

71 Al día siguiente se dispusieron a entablar combate. Escipión el Joven, quien después destruyó Cartago, que servía, a la sazón, a las órdenes de Lúculo en su campaña contra los celtíberos, llegó al campamento de Masinissa a donde había sido enviado para pedir elefantes. Este último, como estaba preparándose para la batalla, envió a un destacamento de jinetes a salirle al encuentro y encargó a algunos de sus hijos que lo recibieran cuando llegase. Al amanecer, él mismo en persona puso a su ejército en orden de batalla, pues, aunque contaba ochenta y ocho años de edad, era aún un jinete vigoroso y montaba a pelo, como es costumbre entre los númidas, tanto cuando desempeñaba tareas propias de su cargo de general como cuando luchaba. Ciertamente, los númidas son el pueblo más robusto de todos los pueblos africanos y los más longevos de entre todos aquellos pueblos que se caracterizan por su longevidad. La causa tal vez sea que el frío del invierno,

que causa mortandad en todas partes, no es allí muy intenso y el verano no es tan tórrido como en Etiopía o en la India; por esta razón, este país alimenta a las fieras salvajes más poderosas y los hombres trabajan siempre al aire libre. Beben muy poco vino y su alimentación es sencilla y frugal. Masinissa, a caballo, ordenaba con detalle a su ejército y Asdrúbal desplegó, a su vez, al suyo, muy numeroso, pues se le habían sumado ya muchos refuerzos procedentes del país. Escipión contemplaba la batalla desde una altura, como un espectador desde las gradas de un teatro. Y, recordó después, muchas veces que, aunque había asistido a combates muy diversos, jamás había disfrutado tanto como en aquella ocasión, pues sólo entonces, dijo, vi sin preocupación trabar combate a ciento diez mil hombres. Y añadió, con aire de solemnidad, que sólo dos antes que él habían contemplado un espectáculo similar: Júpiter, desde el monte Ida, y Neptuno, desde Samotracia durante la guerra de Troya.

La batalla se prolongó desde la aurora hasta el ano- 72
checer con bajas numerosas por ambas partes, y parecía que Masinissa tenía cierta ventaja. Cuando volvía del campo de batalla se presentó Escipión y Masinissa lo saludó con gran cordialidad, puesto que era amigo de su abuelo. Al enterarse de este hecho, los cartagineses le pidieron a Escipión que les gestionara la reconciliación con Masinissa. Él los llevó a conferenciar y, a la hora de hacer las propuestas, los cartagineses afirmaron que cederían a Masinissa el territorio perteneciente a la ciudad de Emporion y que le entregarían, de inmediato, doscientos talentos de plata y ochocientos, en un plazo posterior. Pero cuando él les pidió los desertores, no soportaron tan siquiera oírlo, sino que se separaron sin llegar a un acuerdo. Entonces, Escipión retornó a Iberia con los elefantes, y Masinissa rodeó con un foso la colina de los enemigos y tuvo cuidado de que

no fuera introducido ningún alimento. En ningún otro lugar cercano había provisiones, ya que, incluso para él, a duras penas y con mucho trabajo había conseguido traer desde una gran distancia un poco de alimento. Asdrúbal consideró que podía abrir brecha en seguida a través de las líneas enemigas con su ejército, que aún gozaba de buena salud y no había sufrido daño. Sin embargo, como tenía más provisiones que Masinissa, pensó que éste presentaría batalla y permaneció quieto. Además, se había enterado de que embajadores romanos se hallaban en camino para negociar la paz. Éstos se presentaron, pero se les había ordenado que, si Masinissa resultaba vencido, arreglaran las diferencias y, si tenía ventaja, que le espolearan más.

73 Los embajadores cumplieron sus órdenes y entretanto el hambre iba extenuando a Asdrúbal y a los cartagineses, y al estar mucho más debilitados sus cuerpos, ya no fueron capaces de atacar a los enemigos. En primer lugar se comieron a sus animales de tiro, después a los caballos y, por último, cocieron sus arreos y se los comieron. Toda suerte de enfermedades hicieron presa en ellos, debido a la mala alimentación, a la falta de ejercicio y a la estación, ya que una gran multitud de hombres se encontraba encerrada en un lugar y un campamento estrecho en pleno verano de África. Cuando le faltó madera para la cocción, quemaron sus escudos. Ningún cadáver podía ser llevado afuera, dado que Masinissa no relajaba la vigilancia, ni tampoco se los podía incinerar por falta de madera. Sufrieron, pues, grandes y dolorosas pérdidas al tener que convivir en compañía de cuerpos putrefactos y malolientes. La mayor parte del ejército pereció, y los demás, al no ver esperanza alguna de salvación para ellos, acordaron entregar los desertores a Masinissa, pagarle cinco mil talentos de plata en cincuenta años y acoger de nuevo a sus desterrados en contra de sus juramentos. También

consintieron en pasar a través de sus enemigos por una sola puerta, de uno en uno, y con una única túnica. Sin embargo, Gulussa, irritado por la persecución que había sufrido no mucho antes, ya sea con el consentimiento de su padre o por propia iniciativa, envió contra ellos un cuerpo de jinetes númidas cuando se marchaban, los cuales les dieron muerte, indefensos como estaban, pues no tenían armas para defenderse ni fuerzas para poder huir. Así, de los cincuenta y ocho mil hombres que integraban el ejército sólo unos pocos regresaron salvos a Cartago y, entre ellos, Asdrúbal, su general, y otros nobles.

Tal fue la guerra entre Masinissa y los cartagineses. 74
A ésta siguió la tercera y última guerra de los romanos en África. Los cartagineses, después de haber sufrido este desastre a manos de Masinissa y al estar la ciudad muy debilitada por este motivo, tenían miedo de él, porque estaba aún muy próximo con un gran ejército, y también de los romanos que siempre les eran hostiles y harían un buen pretexto de lo ocurrido a Masinissa. En ninguna de tales apreciaciones estaban equivocados. En efecto, los romanos, al enterarse de lo ocurrido, empezaron a reclutar un ejército por toda Italia sin decir para qué lo querían, sino para tenerlo listo y usarlo ante las emergencias. Los cartagineses, pensando eliminar con ello cualquier pretexto, condenaron a muerte a Asdrúbal, el general de esta guerra contra Masinissa, y a Cartalón, el capitán de las tropas auxiliares, así como a cualquier otro que estuviese implicado en ella, imputando a todos ellos la culpa de la guerra. Enviaron también embajadores a Roma para acusar al propio Masinissa y a estos hombres, por haberle atacado con demasiada rapidez y temeridad y haber proporcionado una ocasión de atribuir a la ciudad sentimientos de hostilidad. Sin embargo, cuando uno de los senadores preguntó a los embajadores por qué no ha-

bían condenado a los culpables al comenzar la guerra, en lugar de haberlo hecho después de la derrota, y por qué no les habían enviado embajadores antes, en vez de hacerlo ahora, no supieron dar respuesta. Y el senado, que había decidido ya desde hacía tiempo hacer la guerra y sólo buscaba un leve pretexto de ofensa, respondió que los cartagineses no habían alegado aún como defensa ningún argumento satisfactorio para los romanos. Aquéllos, por consiguiente, estando mucho más inquietos preguntaron de nuevo que, si les parecía que habían cometido alguna falta, de qué forma podrían liberarse de la acusación. Los romanos respondieron con una sola frase: «Si dais satisfacción a los romanos». Cuando los cartagineses hacían lucubraciones sobre en qué consistiría aquello de la satisfacción, había algunos que pensaban que los romanos deseaban incrementar la aportación monetaria, otros sostenían que se trataba de entregar a Masinissa el territorio en litigio. Por tanto, al no saber qué hacer, enviaron de nuevo embajadores a Roma y solicitaron saber con exactitud a qué satisfacción se referían. Los romanos, de nuevo, respondieron que de sobra lo sabían los cartagineses y, después de haberles dado esta respuesta, los enviaron de regreso.

75 Mientras estaban en este estado de angustia y de perplejidad, Útica, la mayor ciudad de África después de Cartago, que tenía buenos puertos para el anclaje de los barcos y numerosos lugares aptos para el desembarco de tropas, distante unos sesenta estadios de Cartago y bien situada como base de operaciones contra ella, con desprecio hacia los cartagineses por su situación apurada y volcando contra ellos el odio acumulado desde hacía tiempo en este crítico momento, enviaron embajadores a Roma para poner su ciudad a disposición de los romanos. El senado, que estaba de antemano resuelto y preparado para la guerra, al haber ob-

tenido la aquiescencia de una ciudad tan fuerte y bien situada, reveló su propósito y, tras convocar una asamblea en el Capitolio, lugar en el que suelen debatir las cuestiones relativas a la guerra, votaron hacer la guerra a los cartagineses. Enviaron de inmediato a los cónsules al mando de las fuerzas; a Manio Manilio, al frente de la infantería y, a Lucio Marcio Censorino, a cargo de la flota, con órdenes secretas de no acabar la guerra hasta que Cartago fuera arrasada hasta los cimientos. Ellos, después de haber realizado sacrificios, partieron rumbo a Sicilia para, desde allí, cruzar a Útica. Eran transportados en cincuenta quinquerremes, cien hemiolias, además de muchos barcos abiertos, barcos ligeros y mercantes. Llevaban ochenta mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes, todos ellos escogidos. Había un anhelo incontenible entre ciudadanos y aliados por participar en esta expedición espléndida y con esperanzas bien fundadas en el resultado, y muchos se ofrecieron voluntarios para su enrolamiento.

El mismo mensajero llevó a los cartagineses la noti- 76
cia de la declaración de guerra y el hecho de su inicio, pues le trajo el voto del senado y las nuevas de que las naves navegaban contra ellos. Los cartagineses quedaron sobrecogidos y desesperados por la falta de barcos y la pérdida reciente de tantos hombres jóvenes. No tenían aliados, ni mercenarios dispuestos, ni trigo reunido para resistir un asedio, ni ninguna otra cosa, ante una guerra repentina y sin anuncio de heraldo, ni siquiera eran capaces de hacer frente a los romanos y Masinissa juntos. Enviaron, pues, otros embajadores a Roma con plenos poderes para arreglar la situación presente del modo que les fuera posible. El senado les dijo que, si en el plazo de treinta días entregaban a los cónsules, que aún estaban en Sicilia, trescientos niños de las familias más nobles como rehenes y les obede-

cían en todo lo demás, podrían salvaguardar la libertad y autonomía de Cartago y de todo el territorio que poseían en África. Todo esto lo votaron en público y le dieron la resolución a los embajadores para que la llevasen a Cartago, pero en secreto enviaron misivas a los cónsules para que se atuvieran a las órdenes dadas en privado.

77 Los cartagineses sospechaban de la resolución, ya que la entrega de rehenes no se hacía con una seguridad pactada. Pero, dado que se encontraban en un riesgo tan grande, pusieron sus únicas esperanzas en no faltar a nada de lo que les había sido ordenado y, con rapidez, anticipándose a la fecha fijada, enviaron a sus hijos a Sicilia, en medio de los lamentos de sus padres y familiares y, muy en especial, de sus madres. Éstas con gritos enloquecidos se abrazaban a sus hijos, a los barcos que los transportaban y a los oficiales encargados de conducirlos; se agarraban de las anclas, rompían las maromas y abrazaban a los marineros para impedir la navegación, algunas de ellas nadaron mar adentro llorando y mirando fijamente a sus hijos, otras sobre la orilla se arrancaban los cabellos y se golpeaban el pecho como si estuvieran sumidas en el dolor de un funeral. La impresión que reinaba era de que el nombre de rehenes era un término para guardar las formas, pero de hecho se trataba de la entrega de la ciudad, ya que daban sus hijos sin haberse fijado condiciones para su retorno. Y había muchos que, entre gemidos de dolor, profetizaban que de nada aprovecharía a la ciudad el que ellos hubiesen entregado a sus hijos. Tales fueron las escenas de la partida de los rehenes en Cartago. Cuando los cónsules los recibieron en Sicilia, los enviaron a Roma y les dijeron a los cartagineses que, con respecto al final de la guerra, ya les darían el resto de la información en Útica.

Después de efectuar la travesía acamparon en Útica, 78
la infantería, en el lugar donde en otro tiempo estuvo el campamento de Escipión y, las naves, en el puerto de Útica. Cuando llegaron allí embajadores de Cartago, los cónsules se sentaron en una tribuna elevada con los oficiales de mayor rango y los tribunos militares en pie cerca de ellos. A ambos lados estaba desplegado en formación todo el ejército ocupando un vasto espacio, con sus armas y enseñas militares, estas últimas bien erguidas, a fin de que los embajadores se impresionaran ante el número de tropas. Una vez que los cónsules ordenaron a toque de trompeta que se hiciera silencio, el heraldo indicó a los embajadores cartagineses que se aproximasen. Éstos fueron conducidos a través del enorme campamento, pero no se acercaron a la tribuna, pues había una cuerda en medio que los separaba. Entonces, los cónsules les invitaron a que expusieran lo que desearan. Los embajadores refirieron numerosas historias conmovedoras y de muy diversa índole acerca de los tratados habidos entre ellos y los romanos, sobre la antigüedad de Cartago, su tamaño, su poder y de su imperio enorme y muy duradero, tanto por tierra como por mar. Afirmaron que habían hecho mención de todo esto no para hablar con grandilocuencia, pues no había lugar a ello en las desgracias «sino con vistas a que nuestro cambio repentino de fortuna os mueva a compasión, romanos, y despierte en vosotros la clemencia. Y los más fuertes son aquellos que sienten compasión de los caídos y fundan sus buenas esperanzas en el hecho de no haberse aprovechado jamás de las adversidades de los otros. Esto es digno, por lo demás, de vosotros y de vuestra moralidad de la que sobre todo hacéis gala ante los hombres.

»Pero, aunque hubiéramos topado con enemigos 79
implacables, es suficiente hartura de desdichas todo lo que llevamos ya sufrido; nos habéis arrebatado

nuestra hegemonía por tierra y por mar, os hemos entregado nuestros barcos y no hemos adquirido otros, nos hemos abstenido de la caza y posesión de elefantes, os hemos entregado antes y ahora nuestros rehenes más nobles y, acostumbrados siempre a recibirlos de otros, os hemos pagado el tributo de manera regular. Todo ello fue satisfactorio para vuestros padres, con los que estuvimos en guerra. Entre ellos y nosotros se efectuaron tratados de que seríamos amigos y aliados, y existe en los tratados un juramento igual para ambos. Y aquellos con los que combatimos tuvieron fe en nosotros después de esto; pero, en cambio, vosotros con quienes jamás entablamos combate, ¿qué parte del tratado nos acusáis de haber violado como para decretar tan de improviso esta guerra y marchar contra nosotros sin notificarlo con un heraldo? ¿Acaso no os pagamos el tributo? ¿Poseemos naves o los elefantes que vosotros codiciáis? ¿No os hemos sido fieles desde aquel tiempo? ¿No somos dignos de piedad por nuestra pérdida reciente de cincuenta mil hombres a causa del hambre? Ahora bien, vosotros decís que hemos hecho la guerra a Masinissa. En efecto, porque ambicionaba mucho. Y todos los asuntos los sometimos a vuestra consideración. Sin embargo, tratándonos con incesante injusticia y también a la tierra en que nació y se educó, nos despojó de otros territorios en torno a Emporión, y después de esto, invadió otros, hasta que logró enmarañar los tratados que habíamos hecho con vosotros. Si éste es vuestro pretexto para esta guerra, también condenamos a los que le atacaron y os enviamos embajadores para que dieran explicaciones acerca de estos hechos. Y después, a otros con plenos poderes para llegar a un acuerdo del modo que quisierais. ¿Qué necesidad hay, pues, de naves, de una flota, y de un ejército frente a hombres que, aun no reconociendo haber cometido infracción, se ponen, no obstante, en vuestras

manos? Que nosotros no os engañábamos, ni siquiera poníamos dificultades para soportar la multa que nos impusieseis al haceros estas propuestas, ha quedado claramente demostrado cuando, exigidos por vosotros, os enviamos de inmediato como rehenes a los hijos de nuestras familias más nobles según ordenaba vuestra resolución, anticipándonos a la expiración del plazo de treinta días. Una parte de esa resolución era que, si os entregábamos rehenes, Cartago permanecería libre y autónoma en posesión de lo que tuviese».

Los embajadores pronunciaron este discurso, y Cen- 80
sorino, levantándose, le respondió lo siguiente: «¿Para qué es necesario deciros las causas de la guerra, cartagineses, si habéis enviado embajadores a Roma y las habéis conocido por boca del senado? Sin embargo, os quiero refutar aquello que expusisteis falsamente acerca de nosotros. En efecto, el decreto dejaba claro, y también os lo dijimos antes cuando recibimos en Sicilia a los rehenes, que el resto de las condiciones serían expuestas en Útica. Por vuestra presteza en enviarnos rehenes y el cuidado en elegirlos os elogiamos, sin embargo, ¿para qué necesitan las armas quienes desean sinceramente la paz? Traedlas, entregadnos todos los proyectiles y máquinas de guerra que tenéis tanto públicas como privadas». Así habló Censorino, y los embajadores contestaron que estaban dispuestos a obedecer estas órdenes, pero que no sabían cómo iban a defenderse de Asdrúbal, al que habían condenado a muerte, que había reunido ya un ejército de veinte mil hombres y estaba acampado junto a Cartago. Los cónsules les respondieron que los romanos se encargarían de esto y ellos les prometieron entregarles las armas. Fueron enviados con los embajadores Cornelio Escipión Nasica y Gneo Cornelio Hispano y recibieron una armadura completa para doscientos mil hombres, un número incontable de dardos y jabalinas, y dos mil cata-

pultas para disparar proyectiles aguzados y piedras. El espectáculo ofrecido por el transporte de todas estas cosas resultó espléndido y sin paralelo, una ingente cantidad de carros conducidos por los propios enemigos. Los embajadores los acompañaron junto con miembros destacados del Consejo y, de entre los ciudadanos, sacerdotes y personas relevantes por otros conceptos con la idea de provocar en los cónsules un cambio de actitud o despertar en ellos un sentimiento de piedad. Introducidos con el mismo ceremonial, quedaron de pie ante los cónsules. De nuevo, Censorino, pues era más hábil orador que su colega, se levantó entonces y, después de haberles contemplado con aire grave largo rato, les dijo lo siguiente:

81 «Os alabamos, cartagineses, por vuestra prontitud en obedecer y vuestro actual celo en el asunto de los rehenes y las armas. Sin embargo, no se debe hablar mucho en circunstancias perentorias. Aceptad con nobleza las restantes órdenes del senado: renunciad a Cartago en provecho nuestro y volveos a establecer donde queráis dentro de vuestro territorio a ochenta estadios como mínimo del mar, pues hemos decidido arrasar vuestra ciudad hasta los cimientos». Los cartagineses, mientras estaba él todavía hablando, levantaron sus manos hasta el cielo con agudos gritos e invocaban a los dioses en su ayuda, al sentirse engañados, y pronunciaban en abundancia virulentas injurias contra los romanos, ya fuera porque deseaban morir o porque estaban enloquecidos o porque querían provocar a los romanos para que cometieran actos sacrílegos contra los embajadores. Se arrojaron contra el suelo y lo golpearon con las manos y las cabezas. Algunos, incluso, desgarraron sus vestidos y cometieron violencia contra sus cuerpos, como si estuvieran extraviados por la locura. Pero una vez que cesó, por fin, su arrebato de desesperación quedaron silenciosos y abatidos como

muertos. Los romanos estaban atónitos y los cónsules decidieron soportarlos, dado que se encontraban bajo los efectos de una orden de naturaleza poco común, hasta que cesaran en su cólera, pues sabían bien que los riesgos más grandes desatan de inmediato una terrible osadía, pero la necesidad y el tiempo gradualmente la encadenan. Y esto fue lo que entonces sucedió a los cartagineses. Pues, cuando en el tiempo que estuvieron en silencio hizo presa de ellos el sentimiento de su desgracia, dejaron ya de estar irritados y empezaron a llorar y a lamentarse por ellos, sus hijos y sus mujeres, llamándolos por sus nombres, y hasta su misma patria, como si, cual ser humano, pudiera oír sus numerosos lamentos. Los sacerdotes invocaban el nombre de los templos y a los dioses que había en ellos, como si estuvieran presentes, y les echaban la culpa de su destrucción. Se produjo un lamento mezclado y conmovedor de los que se condolían al unísono por los asuntos públicos y privados, hasta que, incluso a los romanos, les brotaron las lágrimas.

A los cónsules les embargó un sentimiento de piedad 82
por la mutabilidad de los asuntos humanos, pero aguardaron con mirada sombría a que se cansaran de sus lamentaciones y, una vez que cesaron, se hizo de nuevo el silencio. Y meditaron a solas consigo mismos cómo la ciudad estaba sin armas, despoblada de defensores, sin naves ni máquinas de guerra, sin jabalinas ni espadas ni número suficiente de ciudadanos para defenderla, después de la pérdida reciente de cincuenta mil hombres. No tenían mercenarios extranjeros ni amigos ni aliados ni oportunidad de procurárselos. Por el contrario, sus enemigos estaban en posesión de sus hijos, de sus armas, de su país y tenían a la ciudad bajo asedio provistos de naves, de infantería, de máquinas y caballos; Masinissa, otro enemigo, estaba en el flanco. Desistieron ya de los gritos y de los reproches, al com-

prender que de nada les aprovechaban en su desgracia, y de nuevo volvieron a los argumentos. Bannón, apodado Tigilas, el hombre más distinguido entre los presentes, después de obtener permiso para hablar, dijo:

83 «Si estimáis en algo las palabras que antes os hemos dirigido, romanos, hablaremos, no porque creamos que vayamos a presentar una demanda justa —pues no existe ocasión propicia de réplica para quienes están en situación desventurada—, sino para que comprendáis que un sentimiento de piedad por vuestra parte hacia nosotros no es algo carente de pretexto ni tan siquiera de razón. Pues nosotros, cuando mandábamos en África y la mayor parte del mar, os hicimos la guerra por la posesión de la hegemonía. Desistimos de ello en tiempos de Escipión, cuando os entregamos todos los barcos y elefantes que teníamos, y se nos ordenó pagar tributos y os los pagamos en el tiempo estipulado. Así que, por los dioses por los que entonces juramos, respetadnos a nosotros y respetad los juramentos de Escipión de que los romanos serían aliados y amigos de los cartagineses. Nada hay en relación con esos juramentos que hayamos violado. No poseemos naves ni elefantes, tampoco hemos faltado al pago del tributo. Por el contrario, hemos combatido como aliados vuestros contra tres reyes. No os ofendáis tampoco por esta exposición, aunque ya antes os dijimos estas cosas cuando nos pedisteis las armas. Las desgracias, en efecto, vuelven locuaces a los hombres y, en una súplica, no existe argumento más fuerte que aquel que va relacionado con el tratado, ni siquiera podemos ampararnos en ninguna otra cosa que en las palabras, puesto que os entregamos todo nuestro poder. Tales fueron las anteriores condiciones de las que Escipión es, romanos, nuestro garante; de las presentes, vosotros, cónsules, sois los artífices y nuestros testigos. Pedisteis rehenes y os dimos los mejores. Pedisteis armas y las tomasteis todas, in-

cluso aquellas que los que son capturados en un asedio no entregan voluntariamente. Confiamos en las costumbres y en el carácter de los romanos. Vuestro senado nos envió una carta y vosotros, al demandarnos los rehenes, la confirmasteis en el sentido de que, si los recibíais, dejaríais libre y autónoma a Cartago. Y si fue añadido que soportáramos vuestras restantes demandas, no era verosímil esperar que en el asunto de los rehenes, con una exigencia clara, proclamarais que la ciudad sería autónoma y, en el tratado, exigierais, además de los rehenes, la destrucción de la propia Cartago, a la que, si os es lícito destruirla, ¿cómo vais a dejarla libre y autónoma como decíais?

»Esto es lo que teníamos que decir de los tratados 84
anteriores y de los que hemos hecho con vosotros. Pero si, con todo, no soportáis oír hablar de ellos, abandonaremos todo y lloraremos y suplicaremos, lo único que queda a los infortunados. Y abundante ha de ser nuestra súplica en consonancia con la abundancia de nuestros males, ya que os suplicamos en favor de una ciudad muy antigua, fundada bajo los auspicios de oráculos divinos, en favor de una gloria que ha avanzado hasta altas cimas y de un nombre que se ha paseado por el mundo entero, en defensa de tantos templos como ella contiene y de dioses que no os han hecho mal alguno. No privéis a éstos de sus festivales comunitarios ni de sus procesiones y solemnidades. Ni tampoco privéis de sus ofrendas a las tumbas de los muertos, que ya no os son perjudiciales. Sin embargo, si sentís piedad de nosotros —ya que afirmáis que nos compadecéis y, por ello, nos cedéis otro lugar, respetad el hogar de la ciudad, respetad nuestra ágora, respetad a la deidad que preside nuestro Consejo y cuantas otras cosas son entrañables y preciadas para los que aún están vivos. Pues, en verdad, ¿qué miedo podéis tener todavía de Cartago, cuando estáis en posesión de

las naves, armas y elefantes que codiciabais? Y, con relación a un cambio de asentamiento, si a alguien le parece que esto se puede aducir como un motivo de consuelo para nosotros, también resulta imposible que unos hombres que viven junto al mar, de los que una cantidad inmensa se afana en tareas marineras, se trasladen a vivir en el interior del continente. Os proponemos una alternativa más deseable para nosotros y más gloriosa para vosotros. Dejad a la ciudad, que no es culpable de nada, y matadnos a nosotros mismos, si queréis, a los que nos ordenáis cambiarnos de lugar. De este modo pareceréis que estáis irritados contra hombres, no contra templos, dioses, tumbas y una ciudad que es inocente.

85 »Estáis deseosos, romanos, de una buena fama y de reputación de piedad en todo lo que hacéis y os ufanáis de ejercer la moderación en la prosperidad, y esto lo aducís siempre como señal de crédito a aquellos que conquistáis. No, os lo imploro por Júpiter y los otros dioses, en especial por todos los que aún tutelan Cartago —y, ¡ojalá que jamás tomen represalias sobre vosotros o vuestros hijos!—, no mancilléis vuestra buena fama, por vez primera, en nuestro caso ni ensuciéis vuestra gloria con tal acción horrible de ejecutar y de oír y que seréis los primeros en realizar en toda la historia de la humanidad. Pues los griegos y los bárbaros sostuvieron muchas guerras y también sostuvisteis vosotros, romanos, muchas frente a otros pueblos. Y ninguno arrasó hasta sus cimientos a una ciudad que se rindió antes de luchar y entregó sus armas y sus hijos e, incluso, se resignó a sufrir cualquier otro castigo que pueda imponérsele a los hombres. Por ello, trayéndoos a la memoria a los dioses de los juramentos, a la mutabilidad de la suerte humana y a Némesis, la más terrible para los que gozan de buena fortuna, os pedimos que no cometáis violencia contra nosotros en

vuestra situación de prosperidad ni incrementéis nuestras desgracias hasta un grado intolerable. Pero, si no nos concedéis que tengamos nuestra ciudad, acceded, al menos, a que enviemos otra embajada ante vuestro senado para hacer la petición. Podéis ver que el intervalo de tiempo es corto, pero comporta para nosotros en su brevedad una larga agonía a causa de la incertidumbre de lo que vaya a ocurrir. Vuestra seguridad será la misma si ejecutáis vuestro propósito ahora o un poco más tarde y, en cambio, habréis llevado a cabo, además, un acto piadoso y humanitario.»

Así habló Bannón, pero era evidente, por la mirada 86
sombría de los cónsules durante todo el discurso, que no iban a ceder en nada. Cuando terminó, dijo Censorino: «¿Qué necesidad hay de repetir lo que ordenó el senado? Lo decidió y hay que cumplirlo. Ni siquiera nos es posible diferir lo que ya ha sido dispuesto. Sin embargo, si os hubiésemos impuesto estas órdenes como a unos enemigos, hubiera sido necesario sólo hablar y luego usar de la fuerza, pero dado que se trata de un bien común —para nosotros tal vez en cierto grado, en cambio más para vosotros—, cartagineses, no vacilaré en daros explicaciones por si se os puede convencer mejor que forzar. Este mar, al haceros recordar el dominio y poder que en él tuvisteis en otro tiempo, os incita a cometer yerros y por ello os conduce al desastre. Por su causa invadisteis Sicilia y la perdisteis; después navegasteis hasta Iberia y fuisteis despojados de ella. Estando vigente un tratado, saqueasteis a mercaderes y arrojasteis al mar en especial a los nuestros para ocultar vuestro crimen, hasta que fuisteis apresados y entregasteis Cerdeña como pago de una multa. Así que también perdisteis Cerdeña por causa del mar, que siempre despierta en vosotros una predisposición a la codicia por la facilidad que os ofrece para actuar.

87 »Esto fue lo que a los atenienses, cuando se convirtieron en un pueblo marinero, los hizo prosperar sobremanera y también fue la causa principal de su ruina. Las cosas de la mar se asemejan a las ganancias de los mercaderes, que llevan aparejadas el provecho y la ruina. Lo cierto es que sabéis que aquellos que he mencionado, después de haber extendido su imperio por el mar Jonio hasta Sicilia, no desistieron de su ambición y, finalmente, fueron despojados de todo su imperio y tuvieron que entregar su puerto y sus naves, recibir una guarnición en su ciudad, demoler sus muros largos y convertirse entonces casi en un pueblo continental. Hecho éste que también contribuyó a salvaguardar su existencia durante mucho tiempo. Pues es mucho más estable, cartagineses, la vida en el continente con el disfrute de la agricultura y la tranquilidad. Las ganancias de la agricultura son, tal vez, más pequeñas que las del comercio, pero, sin lugar a duda, más seguras y con menos riesgos. En una palabra, una ciudad marítima me parece a mí que es un barco más bien que tierra firme, expuesta a la enorme marejada de los acontecimientos y a las vicisitudes de la vida y, en cambio, la continental disfruta de la seguridad propia de la tierra firme. Por esta razón, las antiguas sedes imperiales estaban ubicadas, por lo general, tierra adentro y, de este modo, fueron poderosos el imperio medo, el asirio, el persa y otros.

88 »Pero voy a omitir ejemplos de monarquías que ya nada os incumben. Sin embargo, volved los ojos hacia las posesiones que tenéis en África, entre las que hay gran número de ciudades continentales que viven sin riesgos. De entre ellas podréis ser vecinos de la que queráis, a fin de que os libréis del espectáculo que ahora os excita y del recuerdo de los males que os afligen, cuando, al mirar al mar vacío de naves, recordéis la gran cantidad de ellas que tuvisteis, y todos los botines

que apresasteis y a qué puertos los llevasteis con orgullo llenando de despojos vuestros arsenales y almacenes. Y ¿qué decís de las barracas de los soldados en el interior de las murallas y de los establos de caballos y elefantes? ¿Qué, de los tesoros construidos junto a ellos? ¿Qué son para vosotros estos recuerdos? ¿Qué otra cosa sino dolor y acicate para volver a ellas, caso de que alguna vez pudierais? Es un sentimiento humano, para quienes se acuerdan de su anterior fortuna, confiar en que ésta retorne, y un remedio que apacigua nuestros males es el olvido, del que no podéis participar a no ser que apartéis esa visión. Y la prueba más patente de esto es que, habiendo obtenido muchas veces el perdón y la paz, transgredisteis los tratados. En conclusión, si todavía andáis deseosos de dominio y estáis enojados con nosotros por pensar que os lo hemos quitado y estáis esperando una oportunidad, necesitáis naturalmente de esta ciudad y de tales puertos, arsenales y murallas construidos con vista a servir de residencia a un ejército. En este caso, ¿por qué hemos de perdonar a enemigos que han sido capturados? Pero si, por el contrario, habéis abdicado sinceramente de vuestro dominio, no de palabra sino de corazón y habéis elegido sólo aquello que poseéis en África, y si pactáis con nosotros esta paz sin ningún tipo de pretextos, acceded y demostradlo de hecho, trasladándoos a vivir al interior de África, que os pertenece, y alejándoos del mar que nos habéis cedido.

»No finjáis sentir lástima de vuestros templos, hogares, ágoras y tumbas. De todas estas cosas serán respetadas las tumbas. Podéis venir y hacer vuestras ofrendas y llevar a cabo vuestros ritos y sacrificios si queréis. El resto, sin embargo, lo destruiremos. Pues no vais a hacer sacrificios a vuestros arsenales ni llevaréis ofrendas a las murallas. Hogares, otros templos y ágoras os es posible construirlos allí donde os trasladéis y, 89

pronto, también aquéllos serán vuestra patria de la misma manera que vosotros, tras abandonar Tiro, emigrasteis a África, y los territorios que entonces adquiristeis, ahora los tenéis por vuestra patria. En resumen, podréis comprender que no hacemos estas cosas por enemistad, sino buscando una concordia duradera y una seguridad común, si recordáis que también nosotros trasladamos Alba a Roma en aras del bien común, sin que fuera una ciudad enemiga, sino nuestra metrópoli. En aquella ocasión actuamos, no con un espíritu hostil, sino honrando a sus ciudadanos como colonos que eramos, y fue provechoso para ambos. Ahora bien, tenéis todavía muchos obreros que obtienen su medio de vida del mar. También nos hemos preocupado de esto a fin de que tengáis un acceso cómodo al mar y una adecuada exportación e importación de vuestros productos, ya que no os ordenamos apartaros a una gran distancia del mar, sino a ochenta estadios. En cambio, nosotros que os dimos esa orden distamos unos cien estadios. Os permitimos elegir el lugar que queráis y que, al trasladaros allí, viváis bajo vuestras leyes. Esto es lo que os dijimos antes, que dejaríamos que Cartago se gobernase a sí misma, si nos obedecíais. Consideramos, en efecto, que Cartago sois vosotros y no vuestro lugar de residencia.»

90 Después de decir esto, Censorino calló. Y, como los cartagineses no respondieran nada debido a su estupefacción, añadió: «Todo lo que había que decir para convenceros o consolaros está dicho. Hay que ejecutar la orden del senado y ejecutarla rápidamente. Por consiguiente, marchaos, pues todavía sois embajadores». Así habló, y ellos fueron conducidos fuera por los lictores, pero, previendo lo que les iban a hacer, los cartagineses solicitaron hablar de nuevo. Y, una vez que fueron introducidos dijeron: «Vemos que vuestra orden es inexorable, ya que no nos permitisteis enviar una em-

bajada a Roma; sin embargo, no esperamos regresar ante vosotros, sino morir a manos de los cartagineses antes de terminar de hablar. No obstante, os pedimos, no por nosotros —pues estamos dispuestos a sufrir cualquier cosa—, sino por la misma Cartago, por si fuera capaz, al quedar anonadada por el golpe, de soportar su desgracia, que la rodeéis con vuestras naves mientras hacemos el camino de regreso para que al ver y oír lo que ordenasteis lo soporten si pueden. Hasta tal punto de necesidad e infortunio hemos llegado, que nosotros mismos os invitamos a que llevéis vuestros barcos contra nuestra patria». Después de haber dicho esto partieron, y Censorino, costeando con veinte quinquerremes, ancló delante de la ciudad. Algunos de los embajadores corrieron en el viaje de regreso, pero la mayor parte caminaba en silencio.

Algunos de los cartagineses, entretanto, acechaban 91
desde las murallas el regreso de los embajadores, se irritaban por su tardanza y se mesaban los cabellos, otros les salieron al encuentro cuando se acercaban, sin esperar, apresurándose a conocer las noticias. Pero, al verlos con el ceño sombrío, se golpearon la frente y les interrogaron, unos, a todos a la vez, otros, uno por uno según su amistad o conocimiento. Sin embargo, como nadie respondía prorrumpían en gemidos, conscientes de que les aguardaba una clara destrucción. Los que estaban en las murallas, al oírlos, les acompañaban en sus gemidos, sin saber nada, pero presintiendo claramente una gran calamidad. Cuando estaban a las puertas de la ciudad, al acosarles la multitud agolpada, les faltó poco para ser pisoteados y hechos trizas, si no hubieran dicho que debían comunicarlo previamente al Consejo. Entonces, algunos se separaron y otros hicieron un pasillo con el deseo de enterarse más de prisa. Cuando llegaron a la sala del Consejo, éste hizo salir a los demás y se sentaron solos los consejeros, en

tanto que la multitud permanecía de pie fuera. Los embajadores expusieron en primer lugar la orden de los cónsules. De inmediato se produjo un grito en la sala que el pueblo coreó fuera. Pero, cuando los embajadores pasaron a exponer qué argumentos adujeron y sus súplicas y la petición de enviar una embajada a Roma, de nuevo se hizo un silencio profundo en el Consejo, que esperó a oírlos hasta el final, y el pueblo permaneció también en silencio. Sin embargo, cuando supieron que no les habían permitido ni siquiera enviar una embajada, prorrumpieron en gritos desmesurados de dolor y el pueblo se precipitó en medio de ellos.

92 Y, a partir de este momento, se desató un sentimiento de locura, irracional y alucinante, como los actos extraños que, según se dice, realizan las ménades en sus transportes báquicos. Algunos ultrajaron y despedazaron a aquellos de los consejeros que habían instado a la entrega de rehenes, por considerarlos los promotores de la trampa, y otros hicieron lo mismo con los que habían aconsejado la entrega de las armas. Algunos lapidaron a los embajadores como mensajeros de desgracias y otros, incluso, los arrastraron por la ciudad. Hubo quienes maltrataron también de manera diversa a los italianos, que estaban entre ellos como en medio de una calamidad repentina y sin previo anuncio, diciéndoles que se vengarían en ellos por el engaño de los rehenes y las armas. La ciudad estaba llena, a un tiempo, de lamentos, de ira, de miedo y de amenazas. El pueblo, en las calles, invocaba las cosas más queridas y se refugiaba en los templos como si fueran asilos, hacían reproches a los dioses por no poder ayudarles. Otros, yendo a los arsenales, se echaban a llorar al verlos vacíos, algunos bajaban, a la carrera, hasta los astilleros y se lamentaban por haber entregado las naves a unos hombres indignos de confianza. Otros llamaban por sus nombres a los elefantes, como si toda-

vía estuvieran presentes, y hacían duros reproches a sus antepasados y a ellos mismos porque deberían haber muerto espada en mano con su patria sin entregar las naves, los elefantes, los tributos y las armas. Y, en especial, las madres de los rehenes, cual Furias de una tragedia, cuando, chillando, se encontraban con cada uno de ellos, los abrasaban con su mirada inflamada por la ira y les echaban en cara la entrega de sus hijos en contra de su opinión, y se burlaban de ellos diciéndoles que los dioses se tomaban venganza por sus hijos. Los pocos que conservaron el juicio cerraron las puertas y llenaron los muros de piedras para usarlas a manera de catapultas.

En este mismo día el Consejo decretó hacer la guerra, 93
proclamó la libertad de los esclavos y eligió, como general de operaciones en el exterior, a Asdrúbal, que había sido condenado a muerte, pero había reunido ya un ejército de veinte mil hombres. Un mensajero partió a suplicarle que no guardara rencor contra su patria en un momento de extremo peligro y que tampoco les echara en cara la condena de que fue objeto debido a la necesidad de su temor hacia Roma. En el interior de los muros fue elegido general otro Asdrúbal, hijo de una hija de Masinissa. Y enviaron embajadores también a los cónsules para solicitar, de nuevo, una tregua de treinta días para enviar una embajada a Roma. Al fracasar una vez más en este intento, les invadió un cambio y determinación admirables de soportar cualquier cosa antes que abandonar la ciudad. Y al punto, a raíz de este cambio, todos se sintieron llenos de coraje. Todos los lugares sagrados de dominio público, los templos y cualquier otro lugar amplio que hubiese, se convirtieron en talleres. Trabajaban, a la vez, hombres y mujeres de día y de noche, sin descanso, tomando la comida por turnos con un esquema establecido. Cada día fabricaban cien escudos, trescientas espadas, mil

dardos para catapultas, quinientos dardos y lanzas y todas las catapultas que podían. Para atarlos, las mujeres se cortaban los cabellos, a falta de otras fibras.

94 Mientras los cartagineses se daban tanta prisa y hacían tales preparativos, los cónsules, tal vez con algo de vacilación por temor a poner mano de inmediato a un acto tan monstruoso y, a la vez, porque creían que podían tomar cuando quisieran por la fuerza una ciudad inerme, estaban inactivos todavía. Pensaban, además, que ellos cederían por falta de recursos, como suele ocurrir a los que están en situación desesperada, que al principio resisten, pero, cuando avanza el tiempo y tienen oportunidad de reflexionar, sienten temor de las consecuencias de su desobediencia. Algo de esto ocurrió en Cartago, donde un ciudadano, conjeturando que el miedo había hecho presa ya de ellos, avanzó hacia el medio de la asamblea, como si viniera para otro asunto, y se atrevió a decir que era necesario elegir los más moderados de entre los males, dado que estaban sin armas, exponiendo así de claro sus pensamientos. Masinissa estaba irritado contra los romanos y se tomaba muy a mal que, siendo él el que había traído ante sus rodillas al poderío cartaginés, otros, ante sus ojos, se llevaran la gloria y que no le hubieran comunicado nada antes de venir, como solían hacer en las guerras anteriores. Sin embargo, cuando los cónsules, con ánimo de probarle, le invitaron a una alianza, contestó que enviaría ayuda cuando viera que la necesitaban. Poco tiempo después, mandó a preguntar si necesitaban ya de algo. Pero los romanos, que no soportaban su altivez y desconfiaban ya de él como de una persona desafecta, le respondieron que ya enviarían a por él cuando lo necesitaran. No obstante, estaban ya muy preocupados por el alimento para el ejército que sólo podían obtenerlo de Hadrumeto, Leptis, Tapso, Útica y Achola, pues Asdrúbal tenía bajo su poder todas

las demás regiones de África, desde donde enviaba provisiones a Cartago. Después de haber consumido varios días en estos sucesos, ambos cónsules avanzaron contra Cartago, preparados para la batalla, y se dispusieron a hacer un intento.

La ciudad se encontraba en el seno de un gran golfo 95
y se asemejaba mucho a una península, pues la separaba del continente un istmo de veinticinco estadios de ancho [21]. Deste este istmo, una lengua de tierra estrecha y alargada, de medio estadio de largo, avanzaba hacia el oeste entre una laguna y el mar... ⟨La parte de la ciudad que daba al mar⟩, al borde de un precipicio, ⟨estaba protegida⟩ por una muralla simple. La parte que miraba hacia el sur, hacia el continente, donde estaba la ciudad de Birsa en el istmo, estaba guarnecida por una triple muralla. La altura de cada una de estas murallas era de treinta codos, sin contar las almenas y las torres, que estaban colocadas por toda la muralla a intervalos de dos pletros; cada una tenía cuatro pisos y su profundidad era de treinta pies. Cada lienzo de muralla estaba dividido en dos pisos. En la parte inferior, cóncava y estrecha, había establos para trescientos elefantes y, a lo largo de ellos, estaban los abrevaderos; encima, había establos con capacidad para cuatrocientos caballos y almacenes para el forraje y el grano. También había barracas para veinte mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes. Tan gran preparativo para la guerra estaba distribuido para albergarse sólo en el interior de la muralla. El ángulo que se curva desde esta muralla hasta el puerto, a lo largo de la lengua de tierra mencionada, era el único punto débil y bajo, y había sido descuidado desde el comienzo.

---

[21] Sobre la topografía de Cartago hay una enorme bibliografía (cf. De Sanctis, IV 3, pág. 40, n. 60, y más recientemente, H. Hurst, «Excavations at Carthage, 1974», *Ant. J.* 55 (1975), 11-40.

96 Los puertos[22] se comunicaban entre ellos y tenían una entrada común, desde el mar, de setenta pies de ancho, que podían cerrar con cadenas de hierro. El primer puerto era para barcos mercantes y había en él gran cantidad y variedad de aparejos; en el interior del segundo puerto, en su parte central, había una isla, y la isla y el puerto estaban interceptados a intervalos por grandes diques, los cuales albergaban astilleros con capacidad para doscientas naves, y adosados a los astilleros, había almacenes para los aparejos de las trirremes. Delante de cada astillero había dos columnas jónicas que daban el aspecto de un pórtico continuo al puerto y a la isla. En la isla estaba la residencia del almirante, desde la cual el trompetero daba las señales y el almirante lo inspeccionaba todo. La isla estaba situada a la entrada del puerto y tenía gran altura, de manera que el almirante veía todo lo que sucedía en mar abierto y, a su vez, los que penetraban en el puerto no podían tener una visión clara del interior. Ni siquiera eran visibles, en su conjunto, los astilleros para los barcos mercantes cuando entraban en puerto, pues los rodeaba una muralla doble con puertas que llevaban a los barcos desde el primer puerto a la ciudad sin atravesar los astilleros.

97 Tal era la disposición de Cartago en aquel tiempo. Los cónsules, tras dividirse el trabajo, marcharon contra sus enemigos[23]. Manilio lo hizo desde el continente por el istmo a fin de rellenar el foso, forzar la

---

22 La cuestión de los puertos de Cartago ha suscitado mucha controversia y, como en el caso de la topografía, hay gran cantidad de trabajos sobre ella, muchos de los cuales están contenidos en las obras que tratan de la topografía de la ciudad (ver nota anterior). Véase, además, De Sanctis, IV 3, pág. 44, n. 67g.

23 Sobre el asedio de Cartago, cf. bibliografía en De Sanctis, *loc. cit.*, pág. 47, n. 671.

fortificación baja que había junto a él y escalar por aquel lado las murallas elevadas. Censorino, por su parte, adosó escaleras, desde tierra y desde las naves, contra el ángulo del muro, de poca solidez. Ambos despreciaban al enemigo por creerlo desarmado, pero, al encontrarse que tenían nuevas armas y estaban llenos de un ardor inesperado, se quedaron perplejos y retrocedieron. Ésta fue la primera decepción para ellos que esperaban apoderarse de la ciudad sin lucha. Cuando hicieron un segundo intento y fracasaron por segunda vez, el ánimo de los cartagineses se creció. Los cónsules, temerosos de Asdrúbal que estaba acampado detrás de ellos a no mucha distancia, al otro lado de la laguna, fortificaron sus dos campamentos: Censorino, a orillas de la laguna, bajo los muros de los enemigos, y Manilio, en el istmo que llevaba al continente. Cuando los tuvieron preparados, Censorino cruzó la laguna en busca de madera para construir máquinas de asalto, y perdió quinientos hombres de los que cortaban madera y muchas armas, al caer sobre ellos de manera repentina Himilcón, apodado Fameas, jefe de la caballería de los cartagineses. Sin embargo, consiguió transportar una cierta cantidad de madera y hacer máquinas y escaleras. De nuevo llevaron ambos a cabo un intento contra la ciudad, y fracasaron igualmente. Manilio, después de haber realizado algún que otro esfuerzo y, tras conseguir derribar a duras penas algo de los trabajos de fortificación que estaban por delante de la muralla, perdió la esperanza, incluso, de atacar por esa parte.

Censorino rellenó una parte de la laguna, a lo largo 98
de la lengua de tierra, para que fuese más ancha e hizo pasar dos enormes arietes, arrastrado uno por seis mil soldados de infantería al mando de los tribunos militares y el otro, por marineros guiados por sus capitanes. Se suscitó la rivalidad entre ambos grupos de subordinados y jefes ante una misión de características simi-

lares y fue abatida una parte del muro, con lo que pudo verse ya la parte interior de la ciudad. Pero los cartagineses, aun en estas condiciones, consiguieron rechazarlos y reconstruyeron durante la noche las partes demolidas. Sin embargo, como no les fue suficiente la noche para terminar su obra y temían que las máquinas romanas derribaran a lo largo del día lo que ya había sido completado, que estaba recién construido y húmedo, hicieron una salida contra las máquinas de los enemigos, algunos con armas y otros sólo con teas encendidas, y les prendieron fuego, aunque no a todas —pues no pudieron acabar antes de que lo impidieran los romanos—, pero las inutilizaron totalmente y se retiraron. Al hacerse de día, los romanos tomaron la decisión de forzar el paso a través de la parte de la muralla que había sido derribada y no reconstruida aún por completo e invadir la ciudad. En el interior se veía un espacio abierto apto para el combate, en cuyo frente los cartagineses colocaron a los hombres armados y, detrás, dispusieron a los que no tenían armas con piedras y palos, y habiendo situado a muchos otros sobre los tejados de las casas vecinas, aguardaron a los invasores. Los romanos se irritaron aún más al sentirse despreciados por unos hombres desarmados y se lanzaron con coraje. Sin embargo, Escipión, que poco tiempo después tomó Cartago y, por ello, recibió el sobrenombre de Africano, y que era, entonces, tribuno militar, se quedó detrás, y dividió en varias partes a sus compañías y las colocó a intervalos a lo largo de la muralla sin dejarlas entrar en la ciudad. Cuando los que habían entrado fueron rechazados por los cartagineses que les atacaron desde todas partes, los socorrió y los salvó. Este hecho le proporcionó, por vez primera, renombre al haberse mostrado más sensato que el general.

99 La estrella del perro comenzaba a elevarse, y el ejército de Censorino se hallaba enfermo, al estar acam-

pado junto a una laguna de agua estancada e impura y bajo altas murallas que les cortaban el aire fresco del mar. Por esta razón, Censorino trasladó su campamento desde la laguna hasta el mar. Los cartagineses, cuando el viento soplaba en dirección a los romanos, arrastraron con cables, bajo los muros, pequeños botes llenos de leña y estopa sin que fueran visibles a los enemigos. Y, cuando al doblar el ángulo de la muralla estaban a punto de verse, derramaron sobre ellos azufre y pez, desplegaron las velas y, al henchirlas el viento, prendieron fuego a los botes. Éstos, conducidos por el viento y la fuerza de las llamas contra las naves romanas, las dañaron y faltó poco para que ardiera la flota entera. Poco después, Censorino marchó a Roma para presidir las elecciones de magistrados y los cartagineses hostigaron a Manilio con mayor ardor. Durante la noche, algunos con armas y otros sin ellas, colocaron planchas a modo de puente sobre el foso de Manilio y empezaron a derribar la empalizada. Mientras reinaba la confusión en el interior, como era natural al ser de noche, Escipión salió del campamento con algunos jinetes por otras puertas, en donde no había ningún alboroto, y rodeando el campamento, atemorizó a los cartagineses, que se retiraron a su ciudad. Por segunda vez parece que Escipión salvó a los romanos, presa de la confusión durante la noche.

Manilio fortificó todavía más el campamento y lo 100
rodeó de una muralla, en vez de la empalizada; construyó también un almacén fortificado en la costa, adecuado para el atraque de los mercantes, con vista al aprovisionamiento por mar. Entonces, se volvió hacia el continente con diez mil soldados de infantería y dos mil jinetes y se dedicó a devastar el país recogiendo madera, forraje y provisiones. Estas expediciones estaban comandadas siempre por los tribunos militares en turnos rotatorios. Fameas, el jefe de la caballería carta-

ginesa, hombre joven aún y codicioso de combate, con caballos pequeños y rápidos, que comían hierba cuando no había otra cosa, y resistentes a la sed y al hambre si era necesario, ocultándose en emboscadas y barrancos, se lanzaba de repente, como un águila, allí donde veía que había algo desguarnecido y, después de causar daño, se retiraba; sin embargo, cuando el jefe era Escipión, nunca se mostraba. Pues Escipión siempre llevaba a sus soldados en perfecto orden y a los jinetes sobre los caballos; en la recogida de forraje, jamás rompía filas, sin que antes estuviera rodeada con la caballería y los hoplitas la llanura que iba a ser segada; luego, él en persona con otros escuadrones de jinetes la rodeaba continuamente en círculo y castigaba con severidad a cualquiera de los segadores que se perdiera o saliera del círculo.

101 Por esta razón, era el único al que Fameas no atacaba. Y, como esto sucedía de continuo, la fama de Escipión se incrementaba, y los otros tribunos militares, por envidia, hicieron correr el rumor de que había, entre Fameas y Escipión, relaciones de hospitalidad que arrancaban desde los antepasados de aquél y del abuelo de éste. A algunos africanos que se habían refugiado en torres y fortines, abundantes en el país, los otros tribunos militares, después de pactar con ellos y dejarlos marchar, los atacaban en su retirada; en cambio, Escipión los enviaba de regreso a sus casas indemnes, y, por este motivo, nadie quería hacer ningún acuerdo hasta que llegara Escipión. Tanta fue la buena fama que obtuvo por su valor y buena fe entre sus allegados y enemigos en un breve espacio de tiempo. De regreso los romanos en su campamento después de una expedición de forrajeo, los cartagineses, durante la noche, atacaron el fuerte costero. Se produjo un alboroto enorme incrementado por los gritos que daban al unísono los cartagineses de la ciudad para provocar el

pánico. Manilio mantenía a su ejército en el interior, pues desconocía dónde estaba el peligro. Sin embargo, Escipión, tras tomar diez cuerpos de caballería, los guió fuera con antorchas encendidas y les dio orden en voz alta de que no trabaran combate, dado que era de noche, sino que corrieran en torno al enemigo con el fuego, mostraran su número y provocaran en ellos continuamente el temor de que iban a atacarlos. Finalmente, los cartagineses, desconcertados por ambos lados, sintieron miedo y se refugiaron en la ciudad. Esta victoria se añadió a los aciertos de Escipión. Después de todos estos hechos, estaba en boca de todos como el único sucesor digno de su padre, Paulo, el conquistador de Macedonia, y de los Escipiones que le habían acogido como hijo adoptivo.

Cuando Manilio se puso en camino hacia Néferis **102**
para atacar a Asdrúbal, Escipión lo tomó muy a mal, pues veía que todo el camino estaba lleno de zonas rocosas, precipicios y bosques y que las alturas habían sido tomadas previamente por el enemigo. Al llegar a una distancia de tres estadios de Asdrúbal, había que descender al cauce de un río y subir luego para atacarle. Escipión, entonces, le urgió y aconsejó que se diera la vuelta, pues estaba convencido de que eran necesarios otro momento y otra táctica para atacar a Asdrúbal. Sin embargo, los otros tribunos se le opusieron, por envidia, y pensaban que era una cobardía y una imprudencia el retirarse a la vista de los enemigos, pues éstos sentirían desprecio hacia ellos y les atacarían por la espalda. Escipión aconsejó entonces, como segunda decisión mejor, construir un campamento delante del cauce del río, a fin de que, si eran derrotados, tuvieran un lugar para retirarse, puesto que en aquel momento no tenían siquiera donde poder huir. Los otros se rieron también de este proyecto y hubo uno que amenazó, incluso, con arrojar su espada, si era Escipión

y no Manilio quien daba las órdenes. Por consiguiente, Manilio, hombre con poca experiencia en asuntos de guerra, cruzó el río y Asdrúbal le salió al encuentro mientras lo cruzaba. Hubo una gran matanza por ambos lados y Asdrúbal se retiró a su posición fortificada, donde no podía sufrir ningún daño, y aguardó para atacarles cuando se pusieran en movimiento. Los romanos, arrepentidos de lo ocurrido, se retiraron en formación hasta el río, pero éste era difícil de vadear, pues había pocos vados y estrechos, de modo que tuvieron que romper la formación. Cuando Asdrúbal lo vio, lanzó, de manera especial entonces, un brillante ataque y dio muerte a multitud de ellos mientras huían sin defenderse. Murieron también tres de los tribunos militares que más habían urgido al general a entablar combate.

103 Escipión, en compañía de trescientos jinetes que tenía a su lado y de todos cuantos pudo reunir, tras dividirlos en dos cuerpos, cargó contra el enemigo a pleno galope, disparando y retirándose alternativamente, volviendo de inmediato al ataque y retirándose con igual rapidez. Pues les había ordenado que la mitad de ellos atacara continuamente por turnos y, después de disparar, se retiraran, como si estuvieran rodeándolos por todos los lados. Al ser esta maniobra continua y no haber ninguna interrupción, los africanos eran atacados sin tregua y, volviéndose contra Escipión, redujeron sus ataques contra los que cruzaban el río. Estos últimos, por tanto, tuvieron tiempo de atravesarlo y Escipión cabalgó hacia ellos con dificultad en medio de una nube de dardos. Sin embargo, al comienzo de este combate, cuatro cohortes romanas, al verse interceptado su paso hacia el río por los enemigos, buscaron refugio en una colina y Asdrúbal las sitió. Los romanos no se percataron de este hecho hasta que acamparon. Y, cuando se dieron cuenta, estaban indecisos y algunos eran de la opinión de continuar la huida y no poner en

peligro a la totalidad por unos pocos. Escipión, por el contrario, manifestó que la deliberación era precisa al comienzo de la empresa, pero, cuando corrían peligro tantos hombres y enseñas, se requería de una audacia temeraria. Entonces, eligió a algunas compañías de caballería y dijo que él los rescataría o moriría contento con ellos. Después de coger provisiones para dos días, se puso en camino con el temor del ejército de que ni siquiera él pudiera regresar. Una vez que llegó a la colina donde estaban los sitiados, ocupó a la carrera otra colina que estaba enfrente y separada por un solo barranco. Los africanos, entonces, redoblaron sus ataques contra los sitiados y se hacían señales entre ellos de que Escipión no podía socorrerlos a causa de su marcha forzada. Pero éste, cuando vio que las faldas de las dos colinas rodeaban el barranco, no dejó escapar la oportunidad y las bordeó hasta alcanzar una posición dominante sobre el enemigo. Éstos, al sentirse ya rodeados, escaparon sin orden alguno y Escipión les dejó escapar sin temor, pues eran muy superiores en número.

De este modo, Escipión salvó también a aquellos 104
que se daban por perdidos. Cuando el ejército lo vio desde lejos a salvo, contra lo que esperaban, y habiendo salvado a los otros, prorrumpió en gritos de júbilo y pensaba que le asistía la misma deidad que también se suponía indicaba, a su abuelo Escipión, el futuro. Manilio retornó a su campamento delante de la ciudad, muy condolido por no haber obedecido a Escipión cuando intentó hacerle desistir de la expedición. Sin embargo, todos estaban apenados, porque los caídos no habían recibido sepultura y, en especial, por los tribunos militares. Escipión liberando a uno de los prisioneros, lo envió a Asdrúbal y le pidió que enterrara a los tribunos. Éste buscó entre los cadáveres, los reconoció por sus anillos —pues los tribunos militares llevaban anillos de oro, en tanto que los soldados los

llevaban de hierro— y les dio sepultura, ya sea porque pensaba que era un acto de humanidad habitual entre los enemigos, ya sea porque sentía respeto por la fama de Escipión y quería hacerle un favor. Fameas atacó a los romanos cuando regresaban de su expedición contra Asdrúbal, desmoralizados por su fracaso, y cuando estaban entrando en su campamento, los cartagineses salieron corriendo de su ciudad y mataron a alguno de sus porteadores.

105 Entretanto, el senado envió comisionados al campamento para que se informaran y le comunicaran fielmente la situación. En presencia de éstos, Manilio, el consejo y los demás tribunos, disipada ya su envidia por los hechos gloriosos de Escipión, testimoniaron en su favor y también lo hizo el ejército en su totalidad, así como sus propias hazañas, de manera que los comisionados, al regresar, divulgaron ante todos la inteligencia militar, el éxito de Escipión y la adhesión que le mostraba el ejército. El senado se congratuló con estas noticias, pero al haber ocurrido fracasos, envió embajadores a Masinissa y le pidió que combatiera con todas sus fuerzas en calidad de aliado contra Cartago. Los embajadores se encontraron con que no le quedaba mucho tiempo de vida, achacoso por la vejez y la enfermedad. Tenía muchos hijos ilegítimos a los que había colmado de regalos, y tres legítimos que diferían entre sí en su forma de ser, así que llamó a Escipión como consejero, en razón de su amistad con él y con su abuelo, para tratar del futuro de sus hijos y de su gobierno. Éste se puso en camino de inmediato pero, poco antes de que llegara, murió Masinissa, habiendo encargado a sus hijos que obedecieran a Escipión en el asunto de la división del reino.

106 Después de pronunciar estas palabras, murió. Fue un hombre afortunado en todo, a quien la divinidad le concedió reconquistar el reino paterno que estaba en

manos de los cartagineses y de Sifax, y engrandecerlo al máximo, desde Mauritania por el océano hasta el reino de Cirene por el interior. Puso bajo cultivo una gran parte del territorio, en el que los númidas se alimentaban de hierbas la mayoría de las veces por su desconocimiento de la agricultura; dejó una gran cantidad de dinero en su tesoro y un ejército perfectamente adiestrado. Entre sus enemigos cogió a Sifax como prisionero con sus propias manos y fue una causa de la destrucción de Cartago al dejársela totalmente débil a los romanos. Era alto y de fuerte complexión, incluso a una edad avanzada, y participó en los combates hasta su muerte subiendo al caballo sin ayuda. Y el testimonio más importante de su fortaleza física es que, habiendo tenido y perdido muchos hijos, nunca tuvo menos de diez vivos y, cuando murió a los noventa años, dejó un niño de cuatro años de edad. Tal fue la vida y la fortaleza de Masinissa hasta su muerte. Escipión concedió otros regalos a sus hijos bastardos, y a los legítimos les dio en común los tributos, el tesoro y el nombre del reino; las demás cosas las repartió según le pareció que eran adecuadas a las disposiciones de cada uno. A Micipsa, el mayor y más pacífico, le asignó la ciudad de Cirta y el palacio que había allí; a Gulussa, el segundo en edad y hombre belicoso, le hizo árbitro de la paz y de la guerra y a Mastanabal, el más joven, que era un hombre justo, lo designó para juzgar los puntos conflictivos con los súbditos.

De este modo, Escipión repartió el gobierno y la hacienda de Masinissa entre sus hijos y llamó de inmediato a Gulussa para concertar una alianza. Este último, en particular, buscó los escondrijos de Fameas, desde los que había causado muchos desastres a los romanos con sus emboscadas y puso fin a sus correrías. Un cierto día de invierno, Escipión y Fameas se encontraron en las márgenes opuestas de un torrente infran- 107

queable donde no podían causarse daño alguno el uno al otro. Escipión, temiendo que más adelante hubiera alguna emboscada, avanzó con tres acompañantes para reconocer el terreno, y Fameas, al observar su movimiento, avanzó también por la margen opuesta con un solo acompañante. Escipión supuso que él quería decirle alguna cosa y avanzó también con un solo acompañante. Cuando estuvieron a una distancia suficiente de los cartagineses y podían oírse el uno al otro, Escipión le dijo: «¿Por qué no miras por tu salvación personal, ya que no puedes hacer nada por tu país?». El otro replicó: «¿Qué salvación hay para mí, cuando los cartagineses están en tal situación y los romanos han sufrido tanto por mi culpa?». Escipión contestó: «Te prometo, si es que tienes confianza en mí y en mi influencia, que obtendrás la salvación y el perdón de los romanos y su favor además». Fameas alabó a Escipión como el más digno de confianza entre los hombres y replicó: «Lo pensaré y, si lo creo posible, te lo haré saber».

108 Después de esto, se separaron. Manilio, avergonzado por su derrota ante Asdrúbal, hizo de nuevo una campaña contra Néferis con acopio de provisiones para quince días. Cuando estuvo cerca, fortificó su campamento con una empalizada y un foso, como le había aconsejado Escipión en la ocasión anterior. Sin embargo, no consiguió nada positivo y sintió más vergüenza y miedo que antes de ser atacado por Asdrúbal en su retirada. Mientras se encontraba en tal incertidumbre, alguien trajo una carta desde el ejército de Gulussa a Escipión. Y él, cuando la tuvo, le mostró la carta sellada al general y, tras romper el sello, leyeron lo siguiente: «En tal día ocuparé tal lugar, acude allí con las tropas que quieras y ordena a los guardianes que den paso a uno que llegue por la noche». Tal era el contenido de la carta, que no llevaba nombre alguno, pero Escipión

comprendió que era de Fameas. Manilio tenía miedo de que Escipión pudiera caer en una emboscada a manos de este hombre enormemente persuasivo, pero, como lo vio tan confiado, le dejó marchar, autorizándole a que otorgara a Fameas las mayores garantías de seguridad acerca de su salvación sin fijar ninguna recompensa concreta, sino prometiéndole que los romanos harían lo adecuado. En verdad que ni siquiera hubo necesidad de promesas; pues, cuando Fameas llegó al lugar de la cita, dijo que confiaba en la buena fe de Escipión respecto a su salvación y que la cuestión de los favores la dejaba en manos de los romanos. Después de decir esto, ordenó en formación de combate, al día siguiente, a su ejército y, adelantándose con sus oficiales al espacio que mediaba entre ambos ejércitos, como si fuera a debatir alguna otra cuestión, dijo: «Si hay posibilidad aún de socorrer a nuestra patria, yo estoy dispuesto con vosotros, pero si la situación de ella es la actual, he decidido mirar por mi propia seguridad. He tomado garantías para mí y para cuantos de vosotros pueda convencer, y es el momento oportuno de que elijáis lo que os conviene.» Éstas fueron sus palabras y algunos oficiales con sus tropas se pasaron voluntariamente a su lado, en total unos dos mil doscientos jinetes, a los demás se lo impidió Annón apodado el Blanco.

Al regresar Escipión con Fameas, le salió al encuen- **109**
tro el ejército y prorrumpió en gritos de alabanza a Escipión como en un triunfo. Manilio se alegró sobremanera y como, después de esto, pensaba que el regreso no sería ya vergonzoso y esperaba que Asdrúbal, abatido, no le siguiese, se puso en marcha de inmediato a causa de la falta de provisiones, a los diecisiete días de expedición, en vez de a los quince. Hubo de sufrir penalidades, sin embargo, durante los tres días de regreso. Escipión, por tanto, con Fameas, Gulussa, los jinetes que estaban bajo el mando de cada uno de éstos

y algunos de la caballería itálica, se apresuró a la llanura llamada «gran fosa» y retornó desde allí durante la noche con gran cantidad de botín y provisiones para el ejército. Manilio, al enterarse que venía Calpurnio Pisón, su sucesor, envió por delante a Roma a Escipión con Fameas. El ejército bajó corriendo a la orilla junto a la nave alabando a gritos a Escipión y hacían votos por su vuelta a África como cónsul, pues pensaban que era el único capaz de tomar Cartago. En efecto, esta opinión de que sólo Escipión se apoderaría de Cartago había surgido entre ellos como por inspiración divina, y muchos escribieron a Roma a sus familiares en este sentido. El senado alabó a Escipión y honró a Fameas con un manto de púrpura con broches de oro, un caballo con arneses de oro, una armadura completa y diez mil dracmas de plata. Le regalaron también un vaso de plata de cien minas, una tienda completamente equipada y le dieron esperanzas de más premios si cooperaba con ellos hasta el final de la guerra. Él lo prometió y partió rumbo al campamento romano en África.

110 Al comienzo de la primavera llegó el cónsul Calpurnio Pisón y, con él, Lucio Mancino para hacerse cargo del mando de la flota. Ellos no atacaron a los cartagineses ni a Asdrúbal, pero al atacar las ciudades, fracasaron en el intento de tomar Aspis por tierra y por mar y fueron rechazados. Pisón, sin embargo, se apoderó de una ciudad cercana y la saqueó, acusándolo sus habitantes de atacarlos en contra de los tratados. Desde aquí se trasladó a Hipágreta que era una gran ciudad con murallas, ciudadela, puertos y astilleros construidos con gusto por Agatocles el tirano de Sicilia. Al estar situada entre Cartago y Útica, interceptaba las provisiones que les llegaban a los romanos por tierra y por mar, razón por la cual se había enriquecido mucho. Calpurnio pensó castigarlos y despojarlos de sus ganancias, pero, después de asediarlos durante todo

el verano, no consiguió nada y sus habitantes hicieron dos salidas y, con la ayuda de los cartagineses, quemaron sus máquinas de guerra. Él, sin haber conseguido nada positivo, retornando a Útica pasó el invierno.

Los cartagineses, dado que el campamento de Asdrúbal no había sufrido daño y que habían derrotado a Pisón en la batalla en torno a Hipágreta, y Bitia, un númida, se había pasado a su lado desde el ejército de Gulussa, con ochocientos jinetes, y como, además, veían que Micipsa y Mastanabal, los hijos de Masinissa, prometían siempre dinero y armas a los romanos, pero se demoraban en su entrega y se mantenían a la espectativa de lo que fuera a suceder, se crecieron en su espíritu y recorrieron sin temor Africa, fortificando el país y pronunciando discursos ofensivos contra los romanos en las asambleas de las ciudades. Aducían, como prueba de la cobardía romana, sus dos victorias en Néferis, los recientes sucesos de Hipágreta y el hecho de que no hubieran sido capaces de tomar Cartago, que estaba sin armas y desguarnecida. Enviaron emisarios a Micipsa y Mastanabal y a otros pueblos mauritanos libres en demanda de ayuda, haciéndoles ver que, después de los cartagineses, los romanos les atacarían a ellos. También mandaron otros mensajeros a Macedonia, al supuesto hijo de Perseo, que estaba en guerra contra los romanos, y le exhortaron a continuar la guerra con decisión, en la seguridad de que no le faltarían dinero y naves de Cartago. Al estar armados, sus planes ya no eran modestos, sino que iban aumentando su espíritu, osadía y recursos poco a poco. También tenía la moral alta Asdrúbal, que detentaba el mando en el país, por haber vencido por dos veces a Manilio. Aspirando a tomar el mando de la ciudad que estaba en manos de otro Asdrúbal, sobrino de Gulussa, lo acusó ante el Consejo cartaginés de que intentaba traicionar a Cartago en favor de Gulussa. Después de

exponer su acusación en la asamblea, no supo el acusado responder ante un cargo inesperado, y los cartagineses le golpearon con los bancos y le dieron muerte.

112 Cuando se supo en Roma el fracaso de Pisón y los preparativos cartagineses el pueblo, se llenó de cólera y ansiedad ante una guerra que volvía a reactivarse, grande, sin reconciliación posible y próxima. No esperaban, en efecto, la paz, pues habían sido los primeros en ser infieles. Acordándose de los recientes hechos gloriosos de Escipión mientras era tribuno militar en África, y comparándolos con los actuales, así como de las cartas enviadas por amigos y familiares desde el campamento, desearon vivamente enviarle como cónsul a Cartago. Las elecciones eran inminentes y Escipión participaba como candidato al edilato, pues las leyes no le permitían acceder al consulado a causa de su juventud. Sin embargo, el pueblo lo eligió cónsul. Esto era ilegal y cuando los cónsules les mostraron la ley, importunaron y presionaron aún más y gritaban que, según las leyes de Tulio y Rómulo, el pueblo era el juez de las elecciones y que de acuerdo con los poderes que le otorgaba la ley podían confirmar o rechazar al que quisieran. Finalmente, uno de los tribunos de la plebe dijo que quitaría a los cónsules el poder de celebrar una elección, a menos que cedieran al pueblo en este asunto. Y el senado permitió a los tribunos de la plebe suspender esta ley y volverla a establecer después de un solo año; tal como los lacedemonios, al verse obligados a exonerar de su deshonra a los que habían sido apresados en Pilos, dijeron: «Que las leyes duerman hoy». De este modo, Escipión, que participaba en la candidatura al edilato, fue elegido cónsul. Cuando su colega Druso le ordenó hacer el sorteo para designar quién tendría África como su provincia, un tribuno propuso que la designación de este mandato fuera hecha por el pueblo, y el pueblo eligió a Escipión. Le fue per-

mitido a Escipión reclutar, mediante leva, un número de soldados igual al de los perdidos en la guerra y llevarse a cuantos voluntarios pudiera convencer de entre los aliados y enviar, para ello, cartas escritas en nombre del pueblo romano a los reyes y ciudades que estimara oportuno. Y así logró obtener alguna ayuda de las ciudades y los reyes.

Una vez hechos estos preparativos, Escipión navegó 113
hacia Sicilia y desde allí a Útica. Entretanto, Calpurnio Pisón sitiaba algunas ciudades del interior. Mancino, que estaba bloqueando Cartago, observó una parte del muro que había sido olvidada, pues la protegían precipicios continuos e infranqueables, motivo por el que no estaba defendido y esperaba escalarlo sin ser visto. Adosó al muro las escalas y algunos soldados treparon valerosamente. Los cartagineses, infravalorando su escaso número, abrieron una puerta adyacente a las rocas y cargaron contra los romanos. Éstos se volvieron hacia ellos y, persiguiéndolos, penetraron en la ciudad a través de la puerta. Alzaron un grito de victoria y Mancino, que era precipitado y atolondrado en todo lo demás, se dejó llevar también de su alegría, y, junto con el resto de la multitud, abandonó los barcos y corrió en su auxilio hacia la muralla a medio armar o sin armas. Como era la caída de la tarde, ocuparon una posición fuerte junto a la muralla y pasaron la noche. Al no tener alimentos, Mancino llamó a Pisón y los magistrados de Útica para que le ayudaran en su posición peligrosa y le llevaran alimentos a toda prisa, pues corría el riesgo de ser arrojado de allí al amanecer por los cartagineses y despeñarse contra las rocas.

Escipión desembarcó en Útica esa misma tarde y, 114
al encontrarse, alrededor de medianoche, con aquellos a los que Mancino había escrito, dio la orden al trompetero para que tocara la señal de combate de inmediato y, a los heraldos, para que convocaran en la playa

a los que le habían acompañado desde Italia y a los jóvenes uticenses. A los de más edad les encargó llevar provisiones a las trirremes. Soltó a algunos prisioneros cartagineses y les dejó marchar para que comunicasen a los suyos que Escipión venía con naves contra ellos. Envió a Pisón unos jinetes tras otros llamándolo rápidamente. Él mismo levó anclas alrededor de la última guardia ordenando a los soldados que, cuando se acercaran a la ciudad, se mantuvieran de pie sobre el puente para que parecieran un gran número ante los enemigos. Al amanecer, los cartagineses atacaron a Mancino desde todos los lados y éste rodeó con quinientos hombres, los únicos que llevaban armas, a los otros tres mil que estaban desarmados. Pero, herido por aquéllos y rechazado hasta las murallas, estaba a punto de ser despeñado cuando se presentó ante sus ojos la flota de Escipión, batiendo los remos con un rumor terrible y llena por todas partes de soldados puestos en pie. Para los cartagineses, que estaban ya enterados por los prisioneros, no constituyó sorpresa alguna, pero, en cambio, trajeron una salvación inesperada a los romanos. Pues, al retirarse un poco los cartagineses, Escipión pudo rescatar en sus naves a los que corrían peligro. Envió de inmediato a Mancino a Roma —pues con él había llegado Serrano, su sucesor en el mando de la flota—, y él mismo fijó su campamento cerca de Cartago. Los cartagineses, a su vez, avanzaron cinco estadios desde las murallas y establecieron un campamento frente a él. Allí se les unieron Asdrúbal, el comandante de las tropas en el país, y Bitia, el jefe de caballería, con seis mil soldados de a pie y mil jinetes perfectamente adiestrados, tanto por su veteranía como por sus entrenamientos.

115 Escipión se dio cuenta de que no había ningún tipo de disciplina ni de orden entre los soldados, sino que estaban habituados por Pisón a la pereza, a la codicia

y a la rapiña, y que convivía con ellos una multitud de rufianes, que los seguían a causa del botín y acompañaban a los más osados en sus expediciones de saqueo sin permiso —aunque ante la ley era considerado desertor todo aquel que en tiempo de guerra se alejaba más allá del sonido de la trompeta—. Observó que todos los errores que aquéllos cometían eran imputables a su jefe y que el producto de su rapiña era el origen de discordia y desgracias entre ellos, pues muchos despreciaban a sus compañeros de tienda por el afán de lucro; la emprendían a golpes y heridas criminales y llegaban, incluso, hasta el asesinato. Escipión, al percatarse de todo ello, y pensando que jamás podría dominar al enemigo si antes no lo hacía con sus soldados, los convocó a una asamblea y, tras subir a una tribuna elevada, los recriminó del siguiente modo:

«Cuando servía con vosotros, soldados, a las órdenes 116
del general Manilio, os di una prueba de obediencia de la que vosotros sois testigos, la misma que ahora os pido como vuestro general. Aunque tengo poder para castigar con la mayor severidad a los que desobedezcan, sin embargo he creído útil advertiros previamente. Sabéis las cosas que habéis hecho. ¿Para qué debo yo hablaros de cosas de las que me siento avergonzado? Sois más bien salteadores que soldados. Sois fugitivos, no soldados acampados. Vuestra avaricia os asemeja más a los mercaderes que a un ejército sitiador. Deseáis la molicie mientras todavía estáis en guerra sin haber resultado vencedores. Y ciertamente, por ello, los enemigos, desde la situación de debilidad y falta de esperanzas en la que los dejé, se han recobrado hasta un grado tal de fuerza y nuestro trabajo se ha hecho más difícil por causa de vuestra relajación. Si viera que los males radicaban en vosotros, os castigaría de inmediato, pero puesto que se los imputo a otro, os voy a eximir ahora de los yerros cometidos hasta el

presente. Sin embargo, yo no me encuentro aquí para hacer de salteador, sino para vencer, ni tampoco para enriquecerme antes de la victoria, sino para vencer primero a los enemigos. Salid hoy mismo del campamento todos aquellos que no sois soldados, a excepción de los que tengan mi permiso para quedarse. A los que salgan no les permito regresar excepto a aquel que traiga comida y ésta debe ser sencilla como corresponde a soldados. A éstos, incluso, les será fijado un tiempo en el que dispondrán sus mercancías, y un cuestor y yo supervisaremos las ventas. Éstas son las órdenes para quienes no son soldados, y para vosotros, soldados, que os valga una sola orden adaptada a todas las ocasiones: que mi comportamiento y mi esfuerzo os sirvan de ejemplo. Si os regís por este criterio, no faltaréis a vuestro deber ni os faltará la recompensa. Ahora, en cambio, hay que trabajar mientras corremos peligro, y el lucro y la molicie se deben posponer para su momento oportuno. Estas cosas las ordeno yo, además de la ley. Los que las obedezcan con docilidad obtendrán una buena recompensa y aquellos que no las obedezcan se arrepentirán».

117 Esta fue la alocución de Escipión y, de inmediato, expulsó a una multitud de hombres inútiles, y con ellos, todo lo que era superfluo, vano o lujoso. Una vez que el ejército estuvo purgado, lleno de respeto hacia él y presto a cumplir las órdenes, llevó a cabo en secreto un intento, en una sola noche, contra aquella parte de Cartago llamada Mégara, por dos lugares diferentes. Mégara es un suburbio muy extenso de la ciudad adyacente a la muralla[24]. Envió una fuerza, dando un rodeo, contra una parte, en tanto que él avanzó veinte estadios directamente contra el otro lado con hachas, escalas y

[24] Este nombre presenta variantes diversas en otros autores (cf. De Sanctis, *loc. cit.*, pág. 43, n. 67e.

palancas sin hacer ruido y en el más profundo silencio. Cuando estaba bastante cerca, lo vieron desde arriba y se produjo un griterío desde las murallas. Escipión y sus tropas respondieron, a su vez, los primeros con otro clamor y, luego, los soldados enviados al lado opuesto, con otro lo más fuerte que pudieron, hasta el punto de que los cartagineses se asustaron, por primera vez, al sentirse atacados por tantos enemigos por ambos lados, de improviso y en plena noche. En este ataque contra la muralla, Escipión, aunque lo intentó, no consiguió nada, pero envió a algunos jóvenes muy valerosos a una torre abandonada, perteneciente a un particular, que estaba fuera de la muralla y era de igual altura que ésta. Éstos hicieron retroceder con sus jabalinas a los que estaban sobre la muralla y, colocando planchas de madera en el espacio entre la torre y el muro, a través de ellas alcanzaron aquél, bajaron a Mégara y, rompiendo la puerta, abrieron paso a Escipión. Éste penetró con cuatro mil hombres y los cartagineses huyeron con rapidez hacia Birsa, en la creencia de que la ciudad había sido tomada. Entonces se produjeron gritos de todas clases, se hicieron algunos prisioneros y hubo tal tumulto, que, incluso los que estaban acampados afuera, abandonaron su fortificación y corrieron a la vez con los demás hacia Birsa. Como Mégara estaba plantada de huertos y llena de árboles frutales separados por cercados de piedra y setos de zarzas y espinos, además de canales de agua profundos que corrían en todas direcciones, Escipión temía que fuera impracticable y peligrosa la persecución del enemigo, sobre todo dado su desconocimiento de los caminos, y que pudiera caer en una emboscada durante la noche. Por tanto retrocedió.

Al hacerse de día, Asdrúbal, enojado por el ataque 118
contra Mégara, hizo subir a lo alto de la muralla a cuantos prisioneros romanos tenía, desde donde los

podían ver perfectamente sus compañeros, y se dispuso a acometer una serie de atrocidades. A unos les arrancó los ojos, la lengua, los tendones y órganos genitales con garfios de hierro; a otros les laceró la planta de los pies, les cortó los dedos y les arrancó la piel del cuerpo a tiras, y a todos ellos, todavía vivos, los despeñó. Con ello, pretendió hacer imposible una reconciliación entre romanos y cartagineses. Y los enardecía de esta manera, a fin de que tuvieran sus esperanzas de salvación sólo en la lucha; sin embargo, el resultado fue contrario a su intención. Pues los cartagineses, con remordimiento de conciencia a causa de la impiedad de estos hechos, se atemorizaron, en vez de enardecerse, y odiaban a Asdrúbal por haberles privado, incluso, de toda esperanza de perdón. Y, en especial, el senado cartaginés lo acusó de haber cometido actos crueles y salvajes en medio de calamidades públicas tan grandes. Pero él, cogiendo a algunos de los senadores, les dio muerte y, haciéndose temer en todos los aspectos, se convirtió más en un tirano que en un general, al pensar que su seguridad radicaba sólo en ser temible para ellos y, por esto mismo, más difícil de atacar.

119 Escipión incendió la fortificación que el enemigo había abandonado, en su huida a la ciudad, el día antes y, con todo el istmo en su poder, comenzó a atravesarlo con un foso de mar a mar a una distancia del enemigo no mayor de un tiro de lanza. Sus adversarios lo hostigaban sin cesar y debía trabajar y luchar, a la vez, en un frente de veinticinco estadios. Cuando tuvo terminada la obra, cavó otra trinchera igual, no muy distante de la anterior mirando hacia el continente. Después hizo otras dos transversales a ellas, a fin de que el foso, en su conjunto, formara un cuadrado y lo erizó, todo él, de agudas estacas. Además de las estacas, construyó empalizadas ante los fosos, y en el que miraba hacia Cartago levantó un muro de veinticinco estadios

de largo y de doce pies de altura, sin contar las almenas y las torres que a intervalos estaban sobre la muralla, y cuyo grosor era aproximadamente la mitad de la altura. La torre más alta estaba en el medio y, sobre ella, había otra de madera de cuatro pisos, desde la que veía lo que ocurría en la ciudad. Después de acabar esta obra en veinte días y noches con el esfuerzo de todo el ejército que trabajaba y combatía, comía y descansaba por turnos, llevó a todo su ejército al interior de esta fortificación[25].

Esta obra le servía, a un tiempo, de campamento y **120**
de gran baluarte extendido contra el enemigo, desde el que, tomándolo como base de operaciones, podía cortar el suministro de víveres desde el interior a los cartagineses, puesto que Cartago estaba rodeada por mar por todas partes, excepto por esta lengua de tierra. Y esta fortificación fue la causa primera y principal, para ellos, del hambre y de otras desgracias; pues, dado que toda la multitud se había trasladado del campo a la ciudad y no podían salir a causa del asedio, y los mercaderes habían espaciado sus viajes a causa de la guerra, se servían sólo de las provisiones de África llevadas en escaso número a través del mar, cuando el tiempo era favorable, pero en su mayoría transportadas por tierra. Entonces, al verse privados del transporte por tierra, empezaron a sufrir severamente por el hambre. Bitia, el jefe de caballería, que había sido enviado a por comida hacía bastante tiempo, no se atrevió a atacar ni a forzar la fortificación de Escipión y, dando un rodeo, envió las provisiones por un camino mucho más largo a través del mar, pese a que las naves de Escipión estaban bloqueando Cartago. Pero éstas no

[25] En torno a esta colosal obra de asedio que puede parangonarse con la de Numancia, cf. A. SCHULTEN, *Numantia*, III, pág. 37.

podían permanecer continuamente en su lugar ni agrupadas en gran número, dado que se trataba de un mar sin puertos y lleno de arrecifes, ni tampoco podían echar el ancla junto a la misma ciudad, pues los cartagineses estaba sobre las murallas y las olas batían allí con más fuerza a causa de las rocas. Por esta razón, las naves de transporte de Bitia y de algún otro mercader que se atrevía a correr el riesgo voluntariamente por su afán de ganancias, aguardando a que soplara un viento fuerte desde el mar, atravesaban el bloqueo con las velas desplegadas, sin que las trirremes pudieran perseguirlas, llevadas por el velamen y el viento a su favor. Este hecho, no obstante, ocurría en raras ocasiones y sólo cuando soplaba un fuerte viento desde el mar. Y todo lo que las naves transportaban lo distribuía Asdrúbal únicamente entre los treinta mil hombres que había elegido para luchar, y despreciaba el resto de la multitud por lo que sufrían, sobre todo, de hambre.

121 Escipión, cuando se dio cuenta de ello, planeó cerrarles la entrada del puerto que daba hacia el oeste y no estaba muy lejos de la costa. Por consiguiente, empezó a construir un gran dique hacia el interior del mar. Comenzó a partir de la franja de tierra, a la que llaman lengua, que está entre la laguna y el mar avanzando mar adentro directamente hacia la embocadura del puerto. Lo construyó con gran cantidad de enormes bloques de piedras, a fin de que no pudiera ser desmoronado por las olas. El dique tenía una anchura de veinticuatro pies en su parte superior y cuatro veces más, en el fondo. Los cartagineses no concedieron importancia alguna a esta obra en sus comienzos, por estimar que llevaría mucho tiempo y que, tal vez, sería imposible de realizar. Sin embargo, cuando vieron que un ejército tan grande la llevaba adelante con afán, sin dejar los trabajos ni de día ni de noche, tuvieron miedo y excavaron otra entrada al otro lado del puerto

hacia el mar abierto, por donde no era posible hacer avanzar un dique a causa de la profundidad y de la fuerza del viento. Las mujeres y los niños ayudaban también en la excavación y comenzaron desde el interior ocultando por completo lo que hacían. Al mismo tiempo, construyeron quinquerremes y trirremes con madera vieja y nada quedó por hacer por falta de animosidad y valor. Y lo mantuvieron todo tan en secreto, que ni siquiera los prisioneros pudieron dar a Escipión alguna noticia clara, tan sólo que en los puertos había un ruido enorme sin cesar ni de día ni de noche, pero que no sabían de qué se trataba. Cuando estuvieron concluidas todas las obras, los cartagineses abrieron la entrada hacia el amanecer y se hicieron a la mar con cincuenta trirremes, pinazas y bergantines y otros muchos barcos más pequeños equipados de manera impresionante para causar terror.

La aparición repentina de la escuadra saliendo por 122
esta nueva entrada impresionó tanto a los romanos, que si los cartagineses hubieran atacado de inmediato sus barcos, de los que se habían despreocupado durante las operaciones de sitio y en los que no había ni marineros ni remeros, hubieran vencido por completo a toda la flota. Sin embargo, en la ocasión presente —puesto que Cartago estaba condenada por el destino a ser apresada— hicieron una salida de exhibición tan sólo y después de mofarse del enemigo de manera presuntuosa retornaron al interior del puerto. Tres días más tarde se dispusieron para un combate naval y los romanos, tras haber dispuesto en buen orden sus barcos y todo lo demás, salieron a su encuentro. Se produjeron gritos y exhortaciones por ambos bandos y había gran coraje por parte de remeros, pilotos y marineros, conscientes de que en este combate se cifraba la última esperanza de salvación para los cartagineses y de una victoria total para los romanos. Ambos contendientes intercam-

biaron numerosos golpes y se causaron heridas diversas hasta mediodía. Durante el combate, las embarcaciones cartaginesas, pequeñas, corrían entre las filas de remeros de las naves romanas, que eran más altas, y perforaban las popas, rompían los gobernalles y remos y le infligían, en gran medida, daños muy diversos, puesto que atacaban y se retiraban con facilidad. Sin embargo, como el combate no estaba decidido y el día declinaba, los cartagineses decidieron retroceder, no porque estuvieran derrotados, sino porque querían diferir el desenlace hasta el día siguiente.

123 Sus embarcaciones pequeñas se retiraron en primer lugar y, al tomar la entrada del puerto, se empujaban unas a otras de forma desordenada a causa de su número y bloquearon en masa la entrada. Por este motivo, cuando llegaron los barcos más grandes, no pudieron entrar y se refugiaron en un malecón ancho que había sido construido, hacía bastante tiempo, delante del muro de la ciudad para el desembarco de mercancías de los barcos mercantes. Sobre él se había construido un muro pequeño en el transcurso de esta guerra para evitar que, dada su anchura, pudieran acampar los enemigos. Las naves cartaginesas, al refugiarse en este malecón por falta de puerto, anclaron con las proas hacia afuera y al atacar el enemigo unos combatían desde las naves, otros desde el malecón y otros desde el muro. A los romanos les resultaba fácil la entrada y cómodo el combatir a naves que estaban paradas; sin embargo, el viraje de las naves para la retirada se hacía con lentitud y dificultad ya que eran grandes. Por esta razón, sufrían en esta operación el mismo daño que habían causado, al quedar expuestas a los ataques de los cartagineses. Finalmente, cinco naves de los sidetas, que acompañaban a Escipión por amistad, soltaron anclas en el mar a bastante distancia y, fijando en ellas largos cabos, navegaban contra los cartagineses

a impulso de los remos y, después de descargar sus golpes, retrocedían espiando por la popa. Y de nuevo volvían a navegar contra el enemigo a fuerza de remos para ganar el mar abierto otra vez, halando del cable por la popa. Entonces, la flota entera, al ver la idea de los sidetas, los imitaron y causaron mucho daño al enemigo. La noche puso fin al combate y las naves cartaginesas que aún quedaban se refugiaron junto a la ciudad.

Escipión, al llegar el día, atacó el dique, pues era 124
un emplazamiento bien situado para el dominio del puerto. Así que golpeó el muro con arietes y otras máquinas de asalto derribando una parte de él. Los cartagineses, a pesar de estar oprimidos por el hambre y desgracias de índole diversa, hicieron una salida durante la noche contra las máquinas romanas, no por tierra —pues no había pasadizo—, ni con naves —pues el mar tenía poco fondo—, sino sumergiéndose desnudos en el agua con antorchas sin encender para no ser vistos desde lejos. Así pues, se sumergieron en el mar de una manera que nadie hubiera esperado, algunos lo atravesaron a pie con el agua hasta el pecho y otros lo cruzaron a nado. Cuando llegaron al lado de las máquinas, encendieron las antorchas y al hacerse visibles sufrieron muchas heridas, pues estaban desnudos, pero también causaron muchas otras a causa de su arrojo. Aunque llevaban clavadas en los ojos y en el pecho las puntas de las flechas y las lanzas no cedían, empujando contra los golpes como fieras, hasta que lograron quemar las máquinas y hacer huir en desorden a los romanos. El pánico y la confusión reinaban por todo el campamento y un miedo tal como nunca antes, a causa de la locura de los enemigos desnudos, hasta el punto de que Escipión, temiendo las consecuencias, cabalgó fuera con sus jinetes y ordenó a sus oficiales que mataran al que

no dejara de huir. Él mismo alcanzó y mató a algunos hasta que la mayoría fueron obligados a retroceder hasta el campamento y permanecieron toda la noche en armas por temor a la desesperación del enemigo. Pero éstos, después de quemar las máquinas, volvieron de regreso a nado hacia sus casas.

125 Al llegar el día, los cartagineses, sin que les perturbaran ya las máquinas enemigas, reconstruyeron el lienzo del muro que había sido derribado y edificaron en él muchas torres a intervalos. Los romanos, a su vez, construyeron nuevas máquinas y muros terreros frente a las torres y arrojaban teas encendidas y recipientes con azufre hirviendo y pez contra ellos. Quemaron algunas de las torres y persiguieron a los cartagineses cuando huían. Sin embargo, el camino estaba tan resbaladizo a causa de la sangre coagulada, recién caída en abundancia, que desistieron de la persecución contra su voluntad. Escipión, tras haberse apoderado del malecón, lo rodeó de un foso y construyó un muro de ladrillos de igual altura al de los enemigos y a poca distancia de él. Cuando tuvo terminado el muro, envió allí a cuatro mil hombres para que dispararan flechas y dardos contra los enemigos sin riesgo alguno y, al estar a igual altura, lanzaban sus proyectiles con gran efectividad. Así que el verano se consumió en estos menesteres.

126 Al comenzar el invierno, Escipión decidió destruir el poder cartaginés en el país y a los aliados que les enviaban provisiones. Así pues, envió a algunos oficiales hacia otros lugares y él, en persona, se apresuró a marchar a través de la laguna hacia Néferis contra Diógenes, que estaba a cargo de la ciudad como sucesor de Asdrúbal, en tanto que a Gayo Lelio lo envió dando un rodeo por tierra. Cuando llegó, acampó a una distancia de dos estadios de Diógenes y, tras dejar a Gulussa

para que lo atacara sin cesar[26], volvió con rapidez a Cartago. Después de esto, marchaba regularmente a Néferis y Cartago supervisando lo que ocurría. Una vez que fueron derribados dos trozos de fortificación entre las torres del campamento de Diógenes, se presentó Escipión y apostó, en emboscada, a mil soldados en la retaguardia de Diógenes y, haciendo un ataque frontal con otros tres mil más, elegidos también por su valor, avanzó contra las partes demolidas sin llevar a sus hombres en masa, sino por destacamentos bien nutridos, unos tras otros, a fin de que los primeros, ni aun en el caso de que fueran rechazados, pudieran huir a causa de los que les seguían. El ataque se produjo en medio de un enorme griterío y esfuerzo, y mientras los africanos estaban pendientes de este hecho, los mil soldados emboscados, cuando nadie los miraba ni esperaba, atacaron con valor la parte de atrás del recinto, tal como les había sido ordenado, rompieron la empalizada y pasaron sobre ella. Tan pronto como los primeros estuvieron dentro, fueron descubiertos y los africanos huyeron pensando que habían entrado muchos más de los que tenían ante sus ojos. Gulussa los persiguió con muchos númidas y con los elefantes y causó gran mortandad, hasta el punto de que perecieron unos setenta mil, contando los no combatientes; unos diez mil fueron capturados, y alrededor de cuatro mil lograron escapar. También se apoderaron de la ciudad de Néferis, además del campamento, después de haberla sitiado Escipión durante veintidós días con grandes sufrimientos por ser invierno y por el frío del lugar.

---

26 No parece admisible que Gulussa fuera el único jefe de las tropas que quedaron asediando Néferis. Es muy probable que el mando lo tuviera G. Lelio, que acompañó a la expedición, aunque su nombre no aparece en el texto de Apiano. También resulta exagerada la cifra de 70.000 muertos que nos da Apiano en este capítulo.

Esta acción contribuyó notablemente a la toma de Cartago, pues este ejército les hacía llegar las provisiones y los africanos tuvieron ánimos en tanto vieron indemne a este campamento. Entonces, al ser apresado éste, el resto de África se sometió a Escipión o fue tomado sin gran dificultad. A los cartagineses les faltaron las provisiones, pues nada podía llegarles ya por mar desde África, que les era hostil, ni desde otros lugares, a causa de la misma guerra y de que era la estación invernal.

127 Al comienzo de la primavera, Escipión atacó Birsa y el puerto llamado de Cotón. Asdrúbal prendió fuego durante la noche a una parte de este lugar que tenía forma cuadrangular, pero Lelio, esperando aún que Escipión atacaría y mientras los cartagineses estaban vueltos hacia aquella parte, subió sin que le viesen hacia el otro lado de Cotón que tiene forma de círculo. Se alzó un grito como de victoria y los cartagineses se llenaron de miedo, en tanto que los romanos forzaron la subida desde todos los lados con desprecio, tendiendo sobre los espacios vacíos maderas, máquinas y planchas, sin que los guardianes ofrecieran resistencia al estar debilitados sus cuerpos por el hambre y sus ánimos abatidos. Después de apoderarse del muro de Cotón, Escipión tomó la plaza pública que estaba próxima y, al no poder hacer ya nada más, pues era el atardecer, pasó la noche allí en armas con todas sus tropas. Al llegar el día, llamó a otros cuatro mil soldados de refresco. Éstos penetraron en el santuario de Apolo, cuya estatua estaba cubierta de oro y su santuario, rodeado de oro batido de mil talentos de peso, y lo saquearon golpeándolo con sus espadas, sin obedecer a sus oficiales, hasta que se lo hubieron repartido entre ellos, y después, volvieron a su trabajo.

128 El objetivo principal de Escipión, ahora, se centraba en Birsa, puesto que era la zona más fuerte de la ciudad y la mayor parte de sus habitantes se habían

refugiado en ella. Había tres calles que subían desde la plaza hacia ella, flanqueadas por casas de seis pisos, casi pegadas unas a otras, desde las que eran asaeteados los romanos. Sin embargo, ocuparon las primeras casas y, desde allí, atacaban a los que estaban en las próximas. Una vez que se apoderaban de éstas, tendían planchas de madera entre los pasadizos estrechos entre casa y casa y cruzaban por ellos como sobre puentes. Mientras este combate tenía lugar arriba en los tejados, se libraba otro entre los que combatían abajo en las callejuelas. Todo estaba lleno de gemidos, lamentos, gritos y de toda clase de quejidos de agonía, al morir unos en combate cuerpo a cuerpo, otros arrojados desde los tejados contra el suelo, todavía vivos, y algunos cayendo sobre las puntas de otras armas o sobre las lanzas o las espadas. Nadie consiguió quemar ninguna casa a causa de los que estaban sobre los tejados, hasta que Escipión llegó a Birsa. Entonces prendió fuego a las tres callejuelas a la vez y ordenó a otros que mantuvieran expedito el camino de material quemado, a fin de que el ejército atacara moviéndose con facilidad.

A continuación, se sucedieron otras escenas de terror. 129
El fuego devoraba y se llevaba todo a su paso, y los soldados no derrumbaban los edificios poco a poco, sino que los echaban abajo todos juntos. Por ello, el ruido era mucho mayor y, junto con las piedras, caían también en el medio los cadáveres amontonados. Otros estaban todavía vivos, en especial ancianos, niños y mujeres que se habían ocultado en los rincones más profundos de las casas, algunos heridos y otros más o menos quemados dejando escapar terribles gritos. Otros, arrastrados desde una altura tan grande con las piedras, maderas y fuego, sufrieron, al caer, toda suerte de horrores, llenos de fracturas y despedazados. Y ni siquiera esto supuso el final de sus desgracias. En efecto, los

encargados de la limpieza de las calles, al remover los escombros con hachas, machetes y picas, a fin de dejarlas transitables para las fuerzas de ataque, golpeaban unos con las hachas y machetes y otros con la punta de las picas a los muertos y a los que todavía estaban vivos en los huecos del suelo, apartándolos como a la madera y las piedras y dándoles la vuelta con el hierro, y el hombre servía de relleno de los fosos. Algunos fueron arrojados de cabeza, y sus piernas, sobresaliendo del suelo, se agitaban con convulsiones durante mucho tiempo. Otros cayeron de pie con la cabeza por encima del nivel del suelo y los caballos, al pasar sobre ellos, les destrozaban la cara o el encéfalo, no por voluntad de sus jinetes, sino a causa de su prisa, puesto que tampoco los que limpiaban las calles hacían todo esto voluntariamente. Sin embargo, el esfuerzo de la guerra, la gloria de la victoria cercana, la premura del ejército, los ruidos confusos de heraldos y trompeteros, los tribunos y centuriones, al moverse de un lado para otro y atacar, volvían a todos frenéticos y despreocupados, a causa de su afán, por aquello que veían.

130 Se consumieron seis días y seis noches en todas estas acciones, relevándose las tropas, a fin de no agotarse por la falta de sueño, el cansancio, la matanza y este espectáculo horrible. Sólo Escipión aguantó de pie sin descansar y corrió de un lado para otro sin dormir, tomando la comida de cualquier forma mientras trabajaba, hasta que, cansado y relajado, se sentó sobre un lugar elevado a contemplar lo ocurrido. Mucho quedaba aún por devastar y parecía que los horrores se prolongarían por largo tiempo; sin embargo, al séptimo día se presentaron ante él algunos suplicantes coronados con las coronas sagradas de Esculapio, cuyo templo era el más famoso y rico de todos los que había en la ciudadela. Éstos, tomando de allí ramas de suplicantes, pidieron a Escipión que perdonara la vida únicamente

a los que quisieran salir de Birsa bajo esta condición. Él se lo prometió, con excepción de los tránsfugas. Salieron de inmediato veinticinco mil hombres y mujeres por una puerta estrecha abierta en el muro, a los cuales se les asignó una guardia. Sin embargo, los desertores romanos, unos novecientos, perdidas las esperanzas de salvación se refugiaron en el templo de Esculapio con Asdrúbal, su mujer y sus dos hijos varones. Allí se defendieron durante mucho tiempo y con facilidad, aunque eran poco numerosos, por tratarse de un recinto elevado y con escarpas, al que en época de paz se subía por medio de sesenta escalones. Al fin, vencidos por el hambre, la falta de sueño, el miedo, la fatiga y la proximidad de la muerte, abandonaron el recinto y corrieron a la capilla y al tejado.

Entretanto, Asdrúbal escapó en secreto a Escipión 131
con ramas de suplicante. Escipión le mandó sentarse a sus pies y lo mostró a los desertores. Y ellos, al verlo, pidieron silencio y, cuando lo hubo, cubrieron a Asdrúbal de todo tipo de insultos, prendieron fuego al templo y se consumieron en él. Se dice que la esposa de Asdrúbal, colocada ante los ojos de Escipión cuando el fuego la iluminaba, se arregló como pudo en medio de una situación tan desastrosa y, colocándose junto a sus dos hijos, dijo, para que Escipión pudiera oírla: «No existe contra ti motivo de venganza de parte de los dioses, romano, puesto que ejerciste el derecho de guerra, pero sobre ese Asdrúbal que se ha convertido en traidor de su patria, de sus templos, de mí y de mis hijos, ojalá que los dioses se tomen la venganza y tú junto con ellos.» A continuación, volviéndose hacia Asdrúbal, dijo: «Oh tú, el más miserable, traidor y afeminado de entre los hombres, a mí y a mis hijos nos sepultará este fuego, pero tú, el caudillo de la gran Cartago, ¿a qué triunfo servirás de ornato?, ¿qué castigo no recibirás de ese a cuyos pies estás sentado?». Después de escu-

pirle tales reproches degolló a sus hijos y se arrojó con ellos al fuego.

132 Se dice que con estas palabras murió la mujer de Asdrúbal, con una muerte que debiera haber sufrido él mismo. Y Escipión, al ver a una ciudad floreciente durante setecientos años desde su fundación, dueña de tantos territorios, islas y mares, tan rica en armas, naves y elefantes y riquezas como los imperios más poderosos, pero sobrepasándolos con mucho en audacia y altivez de espíritu —pues, incluso privada de las naves y de todas sus armas, resistió al hambre y a una guerra tan grande durante tres años—, cómo entonces había llegado, por fin, a su total destrucción, se dice que, al ver esto, derramó lágrimas y lamentó públicamente la muerte de sus enemigos. Después de reflexionar durante mucho tiempo consigo mismo y de ser consciente de la inevitable caída de ciudades, pueblos e imperios, así como de los individuos por mor del destino, tal como le ocurrió a Troya, otrora ciudad venturosa, a Asiria, a Media, a Persia, el imperio más grande después de aquellos y, recientemente, el espléndido imperio de Macedonia, ya sea voluntariamente o de otro modo se le escaparon los siguientes versos:

Día vendrá en el que perezca la sagrada Ilión,
Príamo y el pueblo de Príamo, el de la buena lanza de
[fresno[27].

Al ser interrogado por Polibio en una conversación familiar —pues había sido su tutor— sobre el significado de estas palabras, se dice que él no se abstuvo de mencionar claramente a su patria, por la que tenía miedo, como es natural, al ver la mutabilidad de las cosas humanas.

133 Y Polibio escribió estas cosas tal como las oyó. Escipión, una vez destruida Cartago, concedió a su ejér-

[27] *Ilíada* VI 448-449.

cito un número de días para que lo devastara todo a excepción del oro, la plata y las ofrendas de los templos. Después, otorgó numerosas recompensas a todos los que habían descollado por su heroísmo, salvo a los que violaron el santuario de Apolo. Envió a Roma la nave más rápida, adornada con los despojos, como mensajera de la victoria. También envió a Sicilia la noticia de que podían venir y llevarse todas aquellas ofrendas que pudieran identificar como apresadas por los cartagineses en guerras anteriores. Este hecho, sobre todo, le atrajo el favor del pueblo como una persona que unía la clemencia con el poder. El resto del botín lo vendió y, ceñido con el cinturón de los sacrificios, él mismo quemó las armas, máquinas y naves inservibles como una ofrenda a Marte y Minerva, según la costumbre de su país.

Cuando el pueblo de Roma vio la nave y se enteró 134
de la victoria a primeras horas de la tarde, se lanzó a la calle y pasaron la noche unos con otros entre felicitaciones y abrazos, como si tuvieran la impresión de que acababan de verse libres de un gran temor, de confirmar su supremacía, de consolidar la posesión de su ciudad y de haber obtenido una victoria no equiparable a ninguna otra anterior. Eran conscientes de los hechos de armas gloriosos que, en gran número, habían llevado a cabo ellos mismos y sus antepasados ante los macedonios, iberos, últimamente contra Antíoco el Grande y en la misma Italia. Sin embargo, sabían que jamás había habido una guerra tan terrorífica para ellos ante sus mismas puertas como la guerra púnica, que siempre les había traído riesgos por el valor, espíritu, audacia y mala fe del enemigo. Recordaban todo lo que habían sufrido a manos de los cartagineses en Sicilia, Iberia y en la propia Italia a lo largo de dieciséis años, durante los cuales Aníbal destruyó cuatrocientas ciudades, mató a trescientos mil soldados sólo en el campo

de combate y marchó, en numerosas ocasiones, sobre Roma poniéndola en un peligro extremo. Al recordar todas estas cosas, estaban tan excitados por esta victoria, que no podían darle crédito y, de nuevo, se preguntaban unos a otros si realmente Cartago estaba destruida. Y pasaron la noche entera conversando sobre cómo fueron desposeídos de sus armas y cómo, contra lo esperado, se procuraron otras de inmediato; cómo fueron privados de sus naves y construyeron otra flota, de nuevo, con maderas viejas; cómo fue cerrada la boca del puerto, y cómo perforaron otra entrada en pocos días. También hablaban sobre la altura de la muralla, el tamaño de las piedras y el fuego que destruyó, en numerosas ocasiones, las máquinas de guerra. Se describían unos a otros toda la guerra como si estuviera desarrollándose ante sus propios ojos y adecuaban los gestos de su cuerpo a la fantasía de sus palabras. Parecía que veían a Escipión en las escalas, sobre las naves, en las puertas, en los combates, corriendo de un lado para otro. De este modo pasaron la noche los romanos.

135 Al llegar el día hicieron sacrificios y procesiones por tribus a los dioses y también juegos y espectáculos diversos en su honor. El senado envió a diez de sus miembros más notables para que dispusieran los asuntos de África junto con Escipión de forma conveniente para Roma. Éstos decretaron que Escipión arrasara lo que quedara aún en pie de Cartago y prohibieron que nadie la habitara. Profirieron también imprecaciones contra aquel que habitara Birsa o Mégara, pero no prohibieron pisar su suelo. Asimismo, decretaron la destrucción de todas aquellas ciudades que habían combatido de manera insistente como aliadas de los enemigos. A cada una de las otras ciudades que habían ayudado a los romanos le concedieron una parte del territorio conquistado con las armas y, en primer

lugar, a los uticenses se les dio el territorio que se extiende desde Cartago hasta Hipona. Sobre el resto, impusieron un tributo para la tierra y las personas, igual para los hombres y las mujeres. Decidieron que se enviaría, cada año, un pretor desde Roma para gobernar el país. Y, después de haber dado estas directrices, regresaron a Roma. Escipión las ejecutó y celebró sacrificios y juegos para celebrar la victoria. Una vez que todo estuvo terminado, se hizo a la mar rumbo a su patria y obtuvo el triunfo más glorioso de todos los conocidos hasta aquella fecha, cargado de oro y de todas aquellas estatuas y ofrendas que los cartagineses habían reunido en África, procedentes de todo el mundo, en el transcurso de un largo período de victorias continuas. Coincidió este suceso con la celebración, en Macedonia, del tercer triunfo conmemorativo de la captura de Andrisco, el Pseudofilipo, y en Grecia, del primero por Mummio. Esto tuvo lugar alrededor de la ciento sesenta Olimpíada.

Algún tiempo después, durante el tribunado de Gayo 136
Graco, hubo levantamientos en Roma a causa de la escasez y se decidió enviar a África seis mil colonos. Cuando estaban dibujando los límites para la fundación de un asentamiento en torno a Cartago, los lobos los destruyeron y borraron en su totalidad. Entonces, el senado desistió de este proyecto. Se dice que, posteriormente, cuando Gayo César, que fue después dictador de por vida, persiguió a Pompeyo hasta Egipto y, desde allí, a los amigos de aquél hasta el interior de África y estaba acampado en las proximidades de Cartago, fue perturbado por un sueño en el que vio a un ejército entero profiriendo lamentos y se hizo de inmediato el firme propósito de colonizar Cartago. Poco después, cuando regresó a Roma, al pedirle tierras la gente pobre, dispuso que enviaran a unos a Cartago y a otros a Corinto. Sin embargo, él cayó asesinado por

sus enemigos muy pronto en el senado romano y su hijo Julio César, apodado Augusto, se encontró con los propósitos de su padre y construyó la actual Cartago, muy cerca de su anterior emplazamiento, respetando la maldición que pesaba sobre aquél. Me he informado de que envió tres mil colonos romanos y que el resto lo reunió de las regiones vecinas. De este modo, los romano fueron dueños de aquella parte de África que pertenecía a los cartagineses, destruyeron Cartago y la fundaron de nuevo ciento dos años después de su destrucción [28].

SOBRE NUMIDIA

(APÉNDICE DEL LIBRO «SOBRE ÁFRICA»)

(FRAGMENTOS)

1

Bomílcar, estando bajo acusación, huyó antes del juicio, y con él Yugurta, profiriendo, en relación con quienes aceptan el soborno, aquel famoso dicho de que: «La ciudad de Roma se puede comprar en su totalidad, si se le encuentra comprador».

(*Exc. de sent.* 21, pág. 70)

2

Metelo regresó a la parte de África, que estaba bajo control de Roma, siendo acusado por el ejército de lentitud en atacar al enemigo y de crueldad para con

[28] Según esta fecha, tuvo que ser Julio César, y no Augusto, el que volvió a fundar Cartago.

sus propios hombres, porque castigaba con severidad a sus acusadores.

(*Exc. de virt.* 32, pág. 231)

3

Metelo condenó a muerte a todo el senado de Vaga, por haber entregado, mediante traición, la guarnición romana a Yugurta. Junto con él mató también a Turpilio, el comandante de la guarnición, un ciudadano romano que se había rendido al enemigo en circunstancias sospechosas. Una vez que recibió de Yugurta algunos desertores tracios y ligures, les cortó, a unos, las manos y, a otros, los enterró en la tierra hasta el vientre, y tras haberlos asaeteado con flechas y dardos, les prendió fuego cuando todavía estaban vivos.

(*Exc. de virt.* 33, pág. 231)

4

Al llegar Mario a Cirta, se presentaron ante él unos emisarios de Boco quienes solicitaron que enviara a alguien para conferenciar con aquél. Fueron enviados Aulo Manlio, su lugarteniente, y Cornelio Sila, su cuestor. A éstos les dijo Boco que hacía la guerra a los romanos por causa de Mario, pues el territorio que él le había quitado a Yugurta ahora se lo había arrebatado, a su vez, Mario a él. Ante esta queja de Boco, Manlio replicó que los romanos habían despojado a Sifax del territorio en cuestión por derecho de guerra y que se lo dieron como un regalo a Masinissa, pero que los romanos otorgaban tales dádivas para que las poseyeran quienes las recibían, mientras pareciera bien al senado y al pueblo romano. Él añadió que ellos habían cambiado su actitud no sin razón, pues Masinissa había muerto y Yugurta, al matar a los hijos de aquél,

se había convertido en enemigo de los romanos. Por consiguiente, dijo: «No es justo ya ni que un enemigo posea el regalo que hicimos a un amigo, ni que tú pienses poder quitar a Yugurta lo que es de los romanos.» Esto fue lo que dijo Manlio acerca de este territorio.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 29, pág. 559)

5

Boco envió otros emisarios para que solicitaran a Mario la paz, y a Sila, que mediara en las negociaciones. A estos mensajeros, que fueron asaltados durante el viaje, Sila los recibió y les dio hospedaje hasta que Mario regresó de Getulia. Éste les aconsejó que hicieran ver a Boco que debía obedecer a Sila en todo. Por tanto, Boco, que ya estaba inclinado a traicionar a Yugurta, envió mensajeros a los etíopes vecinos —que se extienden desde Etiopía oriental hacia el oeste hasta el monte Mauritano, que llaman Atlas—, so pretexto de reclutar otro ejército, y le pidió a Mario que le enviara a Sila para conferenciar, a lo que Mario accedió. Y el propio Baco, Magdalses, amigo de Boco, y Cornelio, un liberto de Cartago, le tendieron la siguiente emboscada a Apsar, amigo de Yugurta, que había sido dejado en el campamento de Boco para vigilar sus actos.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 29, pág. 559)

IX

SOBRE MACEDONIA

(FRAGMENTOS)

1

Los romanos no prestaron, en absoluto, la menor atención a Filipo de Macedonia cuando comenzó a hacerles la guerra, ni supuso para ellos objeto alguno de preocupación, dado que todavía Italia sufría los embates de Aníbal, el general de los cartagineses, y ellos mantenían grandes ejércitos en África, Cartago e Iberia, y trataban de restablecer la situación en Sicilia. Sin embargo, el propio Filipo, llevado por el ansia de acrecentar su imperio y sin que mediara previo agravio, envió embajadores a Aníbal en Italia, a cuyo frente iba Jenófanes, prometiéndole que combatiría a su lado como aliado en Italia, si él, por su parte, llegaba al acuerdo de ayudarle a sojuzgar Grecia. Aníbal convino en ello y ratificó con juramento el tratado[1] enviando, a su vez,

---

[1] Sobre las fuentes y el valor histórico de este libro, remitimos, en general, a la obra, ya citada en la bibliografía, de P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Appiano*, Roma, 1955. Véase, sobre el tratado entre Aníbal y Filipo V, E. WILL, *Histoire politique du monde hellénistique*, I-II (Annales de L'Est 32), Nancy, 1967, en particular el vol. II,

embajadores para tomar el juramento a Filipo, pero una trirreme romana capturó a los embajadores de ambos durante la travesía de regreso y los condujo a Roma. Filipo, irritado por este suceso, atacó Corcira[2] que era aliada de los romanos.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 30, pág. 559)

2

Los libros sibilinos instaban a los romanos a la guerra contra Filipo. Éste era el pasaje:

Los macedonios se ufanan con los reyes argéadas[3],
para vosotros, como rey, provecho y ruina será Filipo:
en verdad el más viejo (de este nombre) a las ciudades y [*pueblos*

págs. 70-73, con bibliografía (en adelante lo citaremos: WILL, I o II). Sobre la figura de Filipo V de Macedonia, consúltese en especial F. W. WALBANK, *Philip V of Macedon*, 2.ª ed., Cambridge, 1967 (en adelante citado: WALBANK, *Philip...*).

2 Sobre la supuesta expedición a Corcira, véase WALBANK, *Philip...*, pág. 299).

3 El texto griego dice *argeádēsin*, traducido por White como argivos. Creo que puede mantenerse *argéadas* como hacemos en nuestra versión. Los reyes argéadas eran una dinastía muy famosa de reyes macedonios que, antes de la expansión macedonia, llegaron a gobernar sobre una tribu de los macedonios, los llamados argéadas que pretendían ser descendientes de Argeas un hijo de Macedón (véase *Steph. Byzan.*, s. v. *Argéou*). Era una dinastía extranjera, descendiente, al parecer, de los Teménidas del Argos peloponésico. Los Teménidas eran, a su vez, descendientes de Témeno, uno de los Heráclidas que fue rey de Argos en el Peloponeso. Estos argéadas macedonios, según testimonio del propio Apiano (*Sir.* 63), habitaron en otra ciudad llamada Argos, del distrito macedonio de Orestea, así que la relación con la dinastía argiva resulta evidente. Pese a ello, aquí pensamos que debe mantenerse el término argéadas. Sobre esta cuestión, véase N. G. L. HAMMOND, *A history of Macedonia*, vol. I, Oxford, 1972, págs. 430-434.

gobernantes les dará, el más joven, en cambio, su honor
[entero
perderá y, vencido por los hombres del oeste, aquí
[perecerá.

(*Exc. de las sentencias* 22, pág. 70)

3

Embajadores de Tolomeo, rey de Egipto, y junto **1**
con ellos, otros enviados por los de Quíos, Mitilene y Aminandro, rey de los atamanes, se reunieron por dos veces para tratar de solventar las diferencias entre los romanos, los etolios y Filipo, precisamente en el lugar en que los etolios solían llamar a consulta a las ciudades. Pero Sulpicio dijo que no estaba en su mano decidir nada acerca de la paz y escribió en secreto al senado que era útil para los romanos que los etolios continuaran en guerra con Filipo. El senado, en consecuencia, impidió el tratado y envió diez mil soldados de infantería y mil de caballería como ayuda a los etolios, con cuyo apoyo estos últimos se apoderaron de Ambracia, que, no mucho después, volvió a recuperar Filipo al partir ellos de regreso. Los embajadores se reunieron de nuevo y expusieron clara y repetidamente que Filipo y los etolios, por mor de sus diferencias, arrastraban a los griegos a la esclavitud de Roma, al acostumbrar a los romanos a intervenir con frecuencia en los asuntos internos de Grecia. Sulpicio, entonces, se levantó para replicarles, pero la multitud no quiso escucharle, sino que manifestó a gritos que los embajadores habían hablado bien. Finalmente, los etolios, por propia **2**
iniciativa, pactaron con Filipo sin contar con los romanos, y embajadores de Filipo y de los romanos llegaron a Roma para tratar de encontrar un acuerdo. Se

firmó, en efecto, un tratado[4] entre los romanos y Filipo, sobre la base de que ninguno agraviara a los amigos de cada uno de ellos. En esto acabó la primera confrontación de tanteo entre Filipo y los romanos, sin que a ninguno les pareciera el tratado seguro ni efectuado en virtud de la buena voluntad.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 31, pág. 560)

4

Poco tiempo después, Filipo, tras recabar una flota de sus súbditos marítimos, se apoderó de Samos y de Quíos, devastó una parte del territorio del rey Atalo e, incluso, llevó a cabo un ataque contra la misma Pérgamo sin respetar templos ni tumbas. También saqueó la Perea de los rodios, que fueron sus mediadores en el tratado de paz, y con otra parte de su ejército, causó daños al Ática y puso cerco a Atenas, convencido de que ninguno de estos países tenía nada que ver con los romanos. Además, corría el rumor de que Filipo y Antíoco, el rey de Siria, se habían dado promesas mutuas de ayudar Filipo a Antíoco en su campaña contra Egipto y Chipre, de donde era rey entonces, siendo todavía un niño, Tolomeo IV, apodado Filópator[5], y a su vez, Antíoco a Filipo en la suya contra Cirene, las islas Cícladas y Jonia. Este rumor, que causó una honda conmoción a todos, lo pusieron los rodios en conocimiento de Roma. A la acción de los rodios se sumaron los embajadores atenienses, que acusaron a Filipo del asedio a su ciudad, y también los etolios, cambiando de actitud, lo acusaron de haber actuado de mala fe hacia ellos y solicitaron ser inscritos de nuevo como aliados

[4] Paz de Fenice, año 205 a. C.; sobre su entorno, véase E. Will, II, págs. 80-85.

[5] Debe de ser Tolomeo V Epífanes.

de los romanos. Estos últimos reprocharon a los etolios su reciente sublevación, pero enviaron embajadores a ambos reyes para advertir, de una parte, a Antíoco de que se abstuviera de atacar a Egipto, y de otra, a Filipo de que no causara molestias a los rodios ni a los atenienses ni a Atalo ni a cualquier otro amigo de los romanos. Filipo les respondió que estaría en buenas relaciones con los romanos, en el caso de que se atuvieran al tratado de paz que habían pactado con él. De esta forma, quedó roto el tratado y un ejército romano se apresuró a marchar a Grecia con Publio, como jefe de las fuerzas de tierra, y Lucio, de la armada.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 32, pág. 560)

5

Filipo, rey de los macedonios, fue a conferenciar con Flaminino, reunión motivada por los embajadores epirotas con objeto de llegar a un pacto. Y, cuando Flaminino ordenó a Filipo que abandonara Grecia, no en provecho de los romanos, sino de las propias ciudades griegas, y que recompensara los daños ocasionados a los que habían sido víctimas de una violación de los tratados, Filipo, por una parte[6]...

(*Exc. de las sentencias* 23, pág. 70)

6

Un pastor prometió conducir a un ejército equipado con armas ligeras por un camino poco frecuentado, en tres días.

(*Suda*, s. v. *eúzōnoi*)

[6] Faltan dos folios en el manuscrito. Sobre la postura filogriega de Flaminino y, en general, sobre el cambio de la política romana en Grecia en este momento, véase E. WILL, II, págs. 130-133, con bibliografía específica sobre el tema.

7

Lucio Quintio envió embajadores a la Liga Aquea, quienes trataron de convencerles de que se pasaran a su lado en compañía de los atenienses y rodios y abandonaran a Filipo, y también los envió Filipo, por su parte, recabando ayuda de ellos en calidad de aliados suyos. Pero los aqueos, inquietos por una guerra particular y vecina con Nabis, tirano de los lacedemonios, mantenían criterios opuestos entre sí y estaban dubitativos, y la mayoría prefirió mantenerse al lado de Filipo y dar la espalda a los romanos, debido a ciertos ultrajes del general Sulpicio a Grecia. Sin embargo, como quiera que los partidarios de Roma persistían con vehemencia en su actitud, la mayoría se retiró de la asamblea a disgusto y el resto, obligado por lo exiguo de su número, hizo un pacto con Lucio y en seguida lo acompañaron contra Corinto con máquinas de guerra[7].

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 11, pág. 72)

8

Flaminino celebró de nuevo una conferencia[8] con Filipo en el golfo de Malia y allí, tras acusar a Filipo los rodios, etolios y Aminandro el atamano, ordenó a aquél que evacuara las guarniciones de la Fócide y que ambas partes enviaran embajadores a Roma. Una vez que esto tuvo lugar, los griegos pidieron en el senado

---

[7] De Sanctis, IV 1, pág. 66, n. 134, piensa que Apiano sigue aquí una versión menos filorromana al hacer depender la alianza de la imposición por parte de una minoría prepotente. (Para otras fuentes antiguas de este suceso, véase Liv., XXXII 19-22; Plut., *Flam.* 5; Zon., IX 16).

[8] Sobre la conferencia de Lócride, véase el trabajo excelente de Holleaux, «Les conférences de Lokride et la politique de T. Quinctius Flaminius», *Rev. Étu. Grec.* 36 (1923), 115-171.

romano que Filipo sacara de Grecia las tres guarniciones que él llamaba «cadenas de Grecia», una en Calcis, que amenazaba a los beocios, a los de Eubea y a los locrios, otra en Corinto, que a modo de puerta cerraba el Peloponeso, y la tercera en Demetrias, que ejercía la vigilancia sobre los etolios y los magnesios. El senado preguntó a los embajadores de Filipo qué pensaba el rey sobre estas guarniciones, y al responderle ellos que lo ignoraban, dijo que Flaminino decidiera y actuara como considerase justo. De este modo, los embajadores partieron de Roma, de regreso, y Flaminino y Filipo, sin haber llegado a un acuerdo, se dispusieron de nuevo para la guerra.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 33, pág. 560)

9

Derrotado otra vez Filipo[9], envió un heraldo a Fla- 1
minino para tratar de negociar un acuerdo. Y éste, una vez más, convino en conferenciar con él a pesar de que los etolios se disgustaron mucho y lo acusaron de dejarse sobornar, censurándole la facilidad con que cambiaba de criterio en todo. No obstante, él pensaba que no beneficiaba a los romanos ni a los griegos el hecho de que, aniquilado Filipo, se acrecentara en demasía la fuerza de los etolios. Y, tal vez, también su victoria inesperada le hacía sentirse satisfecho. Tras acordar el lugar al que debía acudir Filipo, exhortó a los aliados a que expusieran públicamente su opinión ciudad por ciudad. El parecer de los demás era moderado, dado que veían con recelo lo incierto de la fortuna, a juzgar por lo que le había ocurrido a Filipo, cuyo fracaso atribuían no tanto a su debilidad como a la

[9] En Cinoscéfalas; el año anterior había sido derrotado en el río Aoo.

mala suerte. Por el contrario, Alejandro, el proedro de los etolios, afirmó que Flaminino desconocía que ninguna cosa beneficiaría a los romanos y a los griegos, excepto la total destrucción del imperio de Filipo.

2 Flaminino, a su vez, replicó que Alejandro desconocía la naturaleza de los romanos; que jamás habían destruido a ningún enemigo en un primer momento, sino que habían otorgado su perdón a muchos de sus ofensores y, muy recientemente, a los cartagineses devolviéndoles sus propiedades y haciendo amigos a los que les habían agraviado. «Y desconoces —dijo— también esto, que muchas tribus bárbaras, en la periferia de Macedonia, harán fácilmente incursiones contra los griegos, si alguien destruye a los reyes macedonios. Por lo cual, yo considero oportuno dejar el imperio de los macedonios para que combata a los bárbaros en vuestro lugar, pero que Filipo ceda a los griegos los lugares que antes rehusó ceder y que pague a los romanos doscientos talentos para sufragar los gastos de la guerra y entregue rehenes del más noble linaje y a su propio hijo Demetrio. Y hasta que el senado ratifique estas condiciones, que haya una tregua de cuatro meses».

3 Filipo aceptó todas estas condiciones y el senado, al enterarse de la paz, la ratificó, pero considerando que los términos de Flaminino eran ramplones e impropios, ordenó que las ciudades griegas que habían estado bajo Filipo fueran todas libres, que Filipo evacuara de ellas las guarniciones antes de los próximos juegos Ístmicos, que entregara a Flaminino cuantas naves tenía, a excepción de una sola con seis bancos de remos y cinco barcos pequeños acorazados, que pagara a los romanos de inmediato quinientos talentos de plata y quinientos más en diez años, remitiendo a Roma la parte proporcional de cada año y que devolviera también a todos los prisioneros de guerra y desertores romanos que tuviese. El senado añadió estas condiciones

y Filipo las aceptó todas, por lo que, y de forma muy especial, quedó patente la cicatería de Flaminino. Según era la costumbre al finalizar una guerra, le enviaron diez hombres como consejeros, con cuyo asesoramiento debía disponer las adquisiciones nuevas [10].

Así lo hizo en compañía de aquellos y, luego, enca- 4
minándose al lugar de celebración de los juegos Ístmicos, cuando el estadio estaba abarrotado de público, indicó por medio de la trompeta que se guardara silencio y ordenó decir al heraldo la proclama siguiente: «El pueblo de Roma, el senado y el general Flaminino, tras derrotar en la guerra a los macedonios y a su rey Filipo, dejan que Grecia, libre de guarniciones extranjeras y exenta de tributo, se sirva de sus propias costumbres y leyes.» Se produjo el más grato de los alborotos, como consecuencia del gran griterio y alegría suscitados por este motivo, ya que uno tras otro invitaban al heraldo a que repitiera la proclama junto a ellos. Arrojaban coronas y cintas sobre el general y le decretaron estatuas en sus ciudades. Asimismo, enviaron al Capitolio embajadores con coronas de oro quienes manifestaron su agradecimiento y se inscribieron entre los aliados de los romanos. Y así terminó esta segunda guerra entre los romanos y Filipo.

No mucho tiempo después, Filipo prestó ayuda a 5
los romanos en Grecia en la guerra de aquéllos contra el rey Antíoco, y cuando atravesaban un camino de tránsito difícil a través de Tracia y Macedonia en dirección a Asia para atacar a Antíoco, los escoltó con sus propias tropas, con alimentos y recursos haciéndoles accesible la ruta, uniendo con puentes ríos difíciles de cruzar y dispersando a los amenazadores tracios hasta

---

10 Sobre este tratado de paz, para el que el testimonio de Apiano es particularmente importante, véase el estado de la cuestión en E. Will, II, págs. 139-140.

que los condujo al Helesponto. Por su actuación, el senado puso en libertad a su hijo Demetrio, que permanecía como rehén entre ellos, y condonó la suma de dinero que todavía debía. Estos mismos tracios, cuando regresaban los romanos después de su victoria sobre Antíoco y no los acompañaba ya Filipo, los despojaron del botín y mataron a muchos, con lo cual se demostró sobremanera cuán valiosa había sido la ayuda de Filipo al comienzo de la campaña.

6 Finalizada ⟨la guerra de Antíoco⟩[11], muchos acusaban a Filipo de haber violado o no haber puesto en práctica algunos de los términos que había fijado Flaminino cuando arreglaba los asuntos de Grecia. Demetrio marchó como embajador para responder de los cargos en defensa de su padre y fue acogido con alegría por los romanos, después de tanto tiempo desde su estancia como rehén, recomendándolo encarecidamente Flaminino al senado. Como era joven y estaba aturdido, le ordenaron leer el informe sobre su padre, en el que estaban anotados, uno por uno, los actos ya realizados y los que se disponía a realizar, aunque estaban estipulados como injustos, pues también esta observación figuraba añadida a muchas anotaciones. No obstante, el senado, en consideración a su reciente y celosa actuación en relación con Antíoco, dijo que lo perdonaba y añadió: «a causa de Demetrio». Sin embargo, Filipo, que había sido de suma utilidad para los romanos, como todos reconocían, en la guerra contra Antíoco, y que era manifiesto que hubiera podido causarles mucho daño, si hubiera cooperado con Antíoco cuando éste se lo pidió, y que esperaba mucho de esta acción suya, y veía, en cambio, que era objeto de desconfianza y era acusado y tenido por digno de perdón más que de gratitud, e incluso aquello, a causa de Demetrio, estaba

[11] Conjetura de Mendelssohn.

lleno de odio e indignación, aunque mantenía ocultos ambos sentimientos. Pero cuando, además, los romanos, con motivo de una cierta causa de arbitraje, transfirieron una buena parte del territorio de Filipo a Éumenes buscando en todo momento debilitarlo, se preparó ya de una forma oculta para la guerra.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 34, pág. 561)

10

Filipo destruyó a los que navegaban contra él para que no dijeran a los romanos que había sido aniquilado el poder de los macedonios.

(*Suda*, s. v. *tetrûsthai*)

11

Los romanos miraban con recelo el auge meteórico 1
de Perseo y, sobre todo, les irritaba su vecindad con los griegos y su amistad con unos hombres en los que los generales romanos habían despertado el odio hacia Roma. Y cuando, además, los embajadores enviados al país de los bastarnas afirmaron que habían visto que Macedonia estaba sólidamente fortificada y que contaba con armamento suficiente y una juventud ejercitada, estas noticias conturbaron también a los romanos. Pero Perseo, al darse cuenta de ello, envió otros embajadores tratando de disipar sus sospechas. Y entretanto, también Éumenes, el rey de la parte de Asia que está en torno a Pérgamo, temiendo a Perseo por causa de su enemistad con Filipo, se dirigió a Roma y, tras presentarse en el Senado, acusó públicamente a aquél de que había sido hostil a Roma en todo momento y había dado muerte a su hermano por su buena disposición hacia los romanos. Le acusó, además, de haber contribuido a que Filipo reuniera un arsenal tan grande contra ellos

y de que, una vez que fue rey, no lo redujo un ápice, sino que incluso lo incrementó con otras adquisiciones, así como de atraerse a Grecia, de forma desmesurada, con su ayuda militar a los bizantinos, etolios y beocios, de haberse apoderado de Tracia, una inmensa base de operaciones fortificada, y haber provocado disensiones en tesalios y perrebos cuando quisieron enviarles una embajada a los romanos.

2 «Y de entre vuestros amigos y aliados —dijo— ha despojado de su reino a Abrúpolis, y dio muerte, por medio de una conspiración, a Artetauro, príncipe entre los ilirios, y otorgó una recompensa a sus asesinos.» También le inculpó de sus bodas con extranjeras, dos de ellas de sangre real, y de que en sus procesiones nupciales eran escoltados por la totalidad de la flota rodia. E, incluso, convirtió en objeto de acusación su carácter solícito, su régimen de vida frugal, pese a ser tan joven, y el hecho de que se había granjeado el cariño y la alabanza de muchos en poquísimo tiempo. Éumenes, sin omitir nada que pudiera despertar en ellos celos, envidia o temor, más bien que haciendo acusaciones objetivas, exhortó al senado a mirar con recelo a un enemigo joven que gozaba de estima y vivía no lejos de ellos.

3 Y el senado decidió hacer la guerra a Perseo, en realidad porque no juzgaba conveniente tener en un flanco a un rey prudente, laborioso, lleno de sentimientos humanitarios hacia muchos, tan unánimemente alabado y que, además, había heredado de su padre su enemistad hacia ellos, pero, en apariencia, porque se había hecho eco de las acusaciones de Éumenes. No obstante, mantuvieron esta decisión todavía como un secreto entre ellos y, cuando Hárpalo, enviado por Perseo para responder a Éumenes, y un embajador de los rodios quisieron refutar a Éumenes cara a cara, no los admitieron mientras aún se hallaba presente éste, pero

cuando se hubo marchado los recibieron. Y ellos, después de dejar entrever su enojo en primer lugar por este motivo y hablando con demasiada franqueza, exasperaron aún más a los romanos, que ya querían hacer la guerra contra Perseo y los rodios. Sin embargo, muchos de los senadores acusaban a Éumenes de ser el responsable de una guerra de tal envergadura a causa de su envidia y de su miedo. Y los rodios, sólo a la representación de éste, de entre las enviadas por los reyes, le negaron la participación en la procesión del Sol[12].

Cuando Éumenes regresaba a Asia desde Cirra, subió 4
a Delfos para realizar un sacrificio y cuatro hombres apostados al pie de un muro atentaron contra su persona. Los romanos, de otro lado, también añadieron algunos otros motivos a la guerra contra Perseo, como si aún no estuviese decidida, y enviaron embajadores a los reyes amigos: Éumenes, Antíoco, Ariárates, Masinissa y Tolomeo el rey de Egipto, y otros, a Grecia, Tesalia, Epiro y Acarnania, así como a todas aquellas islas que podían atraerse a su lado. Y esto, sobre todo inquietaba a los griegos contentos con Perseo por su

12 Ya desde los propios autores antiguos están divididas las opiniones sobre los orígenes de la tercera guerra macedónica. En Polibio y Tito Livio (que lo sigue y por quien conocemos íntegramente el hecho) la guerra parece debida al revanchismo de Filipo V, resentido al no haber sido correspondido como esperaba por su ayuda y lealtad a Roma en su lucha con Antíoco III. En cambio Apiano, aunque se hace eco de ese resentimiento y recalca varias veces lo valioso de la ayuda prestada por Filipo, apunta en mayor medida hacia la inquietud de Roma ante el reforzamiento del poderío macedónico, y ve la tercera guerra púnica más bien como una guerra defensiva y preventiva querida por Roma o, al menos, por una parte de los romanos. Véase, al respecto, E. Bickerman, «Notes sur Polybe III: Initia belli Macedonici», *Rev. Étu. Grec.* 66 (1953), 479 y sigs. También P. Meloni, *Perseo e la fine della monarchia macedone* (Ann. Fac. Let. Cagl. 20), Roma, 1953, págs. 441 y sigs.

amistad hacia ellos, y, a su vez, obligados algunos a pactar con los romanos.

5 Perseo, al percatarse de esta situación, envió embajadores a Roma, con idea de exponer su perplejidad y preguntar qué les había ocurrido para olvidarse de los acuerdos y enviar embajadores llenos de animosidad hacia él, que era un amigo, cuando lo procedente hubiera sido que, incluso si tenían que hacerle algún reproche, se dilucidase el asunto mediante negociaciones. Y ellos le acusaron de cuanto había dicho y sufrido Éumenes y en especial de que tenía un ejército y un material bélico impropios de un hombre que desea la paz. Entonces Perseo envió nuevamente a otros embajadores que, una vez introducidos en el Senado, dijeron lo siguiente: «Para aquellos que buscan un pretexto para la guerra, romanos, todo es apto cara a la consecución de dicho pretexto. Y si respetáis los tratados, vosotros que pretendéis tenerlos en una gran estima, ¿en qué os ofendió Perseo para que eligierais la guerra? No, en efecto, porque tiene un ejército y efectivos militares. Pues estas cosas no las posee para causaros daño, ni siquiera impedisteis que las tuvieran otros reyes. Ni es injusto procurarse una situación de seguridad respecto a los súbditos y pueblos vecinos y contra cualquier ataque que pueda venir del exterior. Y a vosotros, romanos, os envió una embajada para tratar de la paz y renovó recientemente los tratados.

6 »Pero, decís, ha expulsado a Abrúpolis de su reino. Y es cierto, pero por defenderse de él, que había invadido nuestro territorio. Y esto, el propio Perseo lo puso en vuestro conocimiento y renovasteis con él los tratados después de este hecho sin que nunca le hubiera acusado Éumenes. En verdad, el asunto de Abrúpolis es anterior a los tratados y a vosotros os pareció justo cuando firmasteis aquellos. Hizo una expedición contra los dólopes, en efecto, pues eran sus súbditos y sería

terrible si os tuviera que dar cuenta de los actos de su absoluta incumbencia. Pero, con todo, os la da por apreciar en mucho, tanto a vosotros como a su buena reputación. Y estos dólopes dieron muerte con ultraje a su gobernador, y Perseo os pregunta qué hubierais hecho vosotros con vuestros súbditos si hubieran cometido tal infamia. ¡Pero, insistís, los asesinos de Artetauro viven en Macedonia! Cierto, de acuerdo con la ley común a todos los hombres, en virtud de la cual también vosotros otorgáis asilo a quienes huyen de otros países. Sin embargo, cuando supo que hasta de ello le acusabais, los expulsó mediante un edicto de todo el ámbito de su reino.

»Y es verdad que combatió al lado de los bizantinos, 7
etolios y beocios, pero no en contra vuestra sino contra otros. Y de esto fuisteis advertidos previamente por nuestros embajadores sin que objetarais el menor reproche hasta la acusación de Éumenes, la que, por cierto, no permitisteis que se la refutaran cara a cara nuestros embajadores. Pero es que, además, le imputasteis a Perseo el atentado que sufrió en Delfos, pese a que ¿cuántos griegos y bárbaros os habían enviado embajadores en contra de Éumenes, de todos los cuales es enemigo por ser un hombre de tal ralea? Respecto a Rennio[13] de Brindisi, ¿quién puede creer que Perseo eligió a un ciudadano romano, amigo y huésped vuestro para envenenar al senado, pensando que podía destruir al senado por mediación suya o que iba a tener más propicios a los demás por haber dado muerte a otros? Nadie, sino que Rennio mintió en favor de los que os incitan a la guerra proporcionándoles un pretexto decoroso. Y, por su parte, Éumenes,

---

[13] Nombre dudoso, tal vez L. Rammio o Erennio, véase VIERECK, 1962, pág. 319, ap. crit., y DE SANCTIS, IV 1, pág. 266, n. 106.

debido a su enemistad, envidia y miedo, no dudó en convertir en objeto de acusación contra Perseo el hecho de que era apreciado por muchos pueblos, que era amigo de los griegos y que detentaba el poder con sobriedad, en vez de ser borracho y disoluto. ¡Y vosotros soportasteis oírle decir esa sarta de mentiras!

8 »De seguro que la acusación de aquel la vais a volver incrementada contra vosotros, si dais la impresión de no tolerar a gente moderada, honesta y laboriosa como vecinos. Y Perseo invita a Rennio, a Éumenes y a cualquier otro que lo desee a una investigación en profundidad y a un juicio en vuestra presencia, y a vosotros os recuerda el celo y la ayuda de su padre contra Antíoco el Grande, de la que fuisteis plenamente conscientes cuando se produjo y es una vergüenza que os olvidéis de ella una vez que pasó. Y aduce los tratados que hicisteis con su padre y con él mismo, y por ellos, no duda en requeriros para que respetéis a los dioses por los que jurasteis y no provoquéis una guerra de manera injusta contra vuestros amigos, ni hagáis de la proximidad, temperancia o preparación militar un objeto de acusación. Pues no es cosa digna que, al igual que en Éumenes, también hagan presa en vosotros la envidia o el temor. Antes bien, la postura contraria es la juiciosa, mostrar una actitud condescendiente con los vecinos solícitos y, como dice Éumenes, bien preparados»[14].

9 Tal fue, en efecto, el discurso de los embajadores, y los romanos, sin darles respuesta alguna, ratificaron públicamente la guerra. El cónsul[15] les ordenó que salieran de la ciudad ese mismo día, y de Italia, en el

[14] Sobre estas embajadas y las intrigas antimacedónicas ante el senado romano, véase, en general, Walbank, *Philip...*, págs. 226-241.

[15] P. Licinio Craso.

plazo de treinta. Estas mismas órdenes fueron comunicadas, mediante un edicto, a los macedonios residentes en la ciudad. Y se produjo, de inmediato, un tumulto cargado de cólera, a raíz de la decisión del senado, al ser expulsadas en pocas horas todas a la vez, tal cantidad de personas y no poder encontrar, en tan breve espacio de tiempo, bestias de carga ni poderse llevar todas sus pertenencias. Por causa de la prisa, algunos no tuvieron tiempo de buscar alojamiento, sino que pasaron la noche en mitad del camino, y otros se precipitaron ante las puertas de la ciudad con sus hijos y mujeres, y ocurrió todo lo que cabía esperar, dada la perentoriedad y el carácter de la proclama, pues les cogió de improviso a causa de las negociaciones pendientes.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 35, pág. 364)

12

Después de la victoria, Perseo, ya sea por gastarle una broma a Craso o burlarse de él o probar cuál era su estado mental, ya sea porque temía la fuerza y los efectivos militares romanos o por algún otro razonamiento, le envió embajadores para tratar de la reconciliación y le prometió entregarle muchas de aquellas cosas en que no había consentido su padre, Filipo, lo que, en mayor grado, hacía sospechar que su intención era la broma y tratar de ponerlo a prueba. Pero Craso le respondió que no era digno de los romanos poner fin a las hostilidades hacia él, a menos que tanto él mismo como los macedonios se pusieran en manos de los romanos. Y avergonzado porque los romanos propiciaron la derrota, tras convocar una asamblea, testimonió en favor de los tesalios por su bravo comportamiento en la desgracia y acusó falsamente a los etolios

y a otros griegos de haber sido los primeros en huir. Y a estos hombres los envió a Roma.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 36, pág. 567)

13

El resto del verano lo pasaron ambos dedicados a la recolección de trigo. Perseo hacía la trilla en el campo y los romanos en el campamento. Y Perseo quiso quemar el rastrojo.

(*Suda*, s. v. *alōneuómenos*)

14

Y éste (Q. Marcio) sobresalía en el trabajo a pesar de tener sesenta años y ser pesado y corpulento.

(*Suda*, s. v. *pimelḗ*)

15

Y, entonces, alguien se lanzó a la carrera para comunicárselo a Perseo, que estaba tomando un baño y reponiéndose. Y éste saltó del agua gritando que había sido cogido antes de la batalla.

(*Suda*, s. v. *analambánein*, gl. 2)

16

Perseo, recuperando ya el coraje de modo paulatino tras su huida, mató con impiedad a Nicias y Andronico, a quienes había enviado para sepultar en el mar sus riquezas y para quemar las naves, por haber salvado las unas y las otras y pensar que, como sabían de su miedo vergonzoso, también podían comunicárselo

a otros [16]. Y, a partir de este momento, en virtud de un cambio repentino, se hizo cruel y sin escrúpulos para con todos. Y nada de ética y de buen juicio quedó ya en él, sino que él que había sido el más persuasivo en aconsejar bien, el más hábil en razonar y el más osado en el combate, excepto cuando fracasó a causa de su inexperiencia, se volvió, a la vez y de manera ilógica, cobarde e irreflexivo, precipitado, tornadizo de buenas a primeras y torpe en todo, cuando comenzó a abandonarle la fortuna. Lo que, precisamente, es posible ver que le sucede a muchos que, al sufrir un contratiempo, se tornan menos sensatos de lo que eran antes.

(*Exc. de las virt.* 34, pág. 231, de ahí *Suda*, s. v. *Perseùs Makedṓn* y, en parte, s. v. *sunístōr*)

17

Los rodios enviaron embajadores a Marcio, congratulándose de la marcha de la guerra contra Perseo. Pero Marcio aconsejó a los embajadores que persuadieran a los rodios para que enviaran una embajada a Roma, con objeto de poner fin a la guerra entre los romanos y Perseo. Y los rodios, al oírlo, cambiaron de actitud, considerando que Perseo no estaba en tan mala situación, pues se figuraban que Marcio no iba a proponerles eso sin contar con los romanos. Pero éste no sólo hizo tal cosa, sino muchas otras más por su propia cuenta, a causa de su cobardía. Los rodios, por consiguiente y a pesar de ello, enviaron embajadores a Roma y otros nuevos a Marcio [17].

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 37, pág. 568)

---

16 Véase, sobre estos hechos, De Sanctis, IV 1, pág. 296, n. 183.

17 En realidad, L. Emilio Paulo (véase Liv., XLIV 35, 4-7; Zon., IX 23, 3).

18

1 Gentío, rey de una tribu iliria vecina a Macedonia, aliado con Perseo a cambio de trescientos talentos, de los que había recibido una pequeña parte, invadió la zona de Iliria bajo control romano y puso en prisión a Perpenna y Petilio, que habían venido ante él en calidad de embajadores para tratar de estos hechos. Al enterarse de ello, Perseo no le envió ya el resto del dinero, pues pensaba que, desde aquel momento y por su propia actitud, se había colocado en situación de beligerancia con Roma. Envió, en cambio, embajadores a los getas[18] que habitan allende el Danubio e hizo una oferta de dinero a Éumenes para que se pusiera de su parte o contribuyera a solucionar el conflicto o, incluso, se mantuviera neutral en la contienda entre ambos, pues sabía bien que los romanos se enterarían de esto y esperaba conseguir alguna de estas cosas o levantar sospechas contra Éumenes por el hecho de intentarlo. Sin embargo, este último se negó a ponerse de su lado y exigió mil quinientos talentos por su mediación para solucionar el conflicto y mil por su neutralidad. Y Perseo, al enterarse de que ya estaban en camino hacia él diez mil jinetes getas y otros tantos de infantería como mercenarios, desdeñó de inmediato a Éumenes y se negó a darle nada a cambio de su neutralidad, pues implicaba deshonor para ambos. Dijo, además, que no le entregaría ningún dinero a él personalmente por su mediación en el conflicto, sino que lo depositaría en Samotracia hasta que la reconciliación fuera efectiva, al haberse vuelto ya inconstante y puntilloso en todo

---

18 Los bastarnas; véase A. J. Reinach, «Delphes et les Bastarnes», *Bull. Corr. Hell.* 34 (1910), 249-330, en especial pág. 291, n. 1. Sobre la cuestión de si los bastarnas eran una tribu germana o celta, véase Walbank, *Philip...*, pág. 236 n. 5.

por obra de la demencia que en él había puesto la divinidad.

En una sola cosa de las que esperaba no fracasó, sin 2
embargo: en que Éumenes se hiciera sospechoso a Roma. Cuando los getas cruzaron el Danubio, su jefe, Clelio, exigió que le fueran entregados mil estateres de oro; a cada jinete, diez, y la mitad, a cada soldado de infantería. En total, la suma representaba poco más de quince mil piezas de oro. Sin embargo, Perseo les envió algunos emisarios con clámides, collares de oro y caballos como regalo para los jefes y diez mil estateres, y cuando estaba cerca, mandó a buscar a Clelio. Pero este último preguntó a los emisarios si traían el oro y, al enterarse de que no lo tenían, les ordenó volverse con Perseo. Cuando Perseo se enteró de esto, aguijoneado de nuevo por la divinidad, acusó a los getas entre sus amigos por su cambio de actitud, propio de su naturaleza poco fiel, e hizo como que no tenía valor para recibir a veinte mil de ellos en su campamento, sino a diez mil a lo sumo, a los que podía dominar en caso de que se rebelasen.

Y, mientras decía estas cosas a sus amigos, perge- 3
ñaba otras para los getas y solicitaba la mitad de su ejército, prometiendo entregarles el oro estipulado. Tan lleno de sinrazón estaba preocupándose ahora de las riquezas que poco antes había ordenado arrojar al mar. Clelio, al ver a los emisarios de vuelta, les preguntó a gritos si traían el oro y, cuando quisieron hablar de otro asunto, les ordenó que hablaran en primer lugar sobre el oro. Tan pronto como supo que no lo tenían, sin tolerar siquiera oírles decir una sola palabra, condujo de vuelta a su patria al ejército. Perseo, pues, se vio privado también de esta ayuda numerosa y llegada en un momento oportuno. Y a causa de su insensatez, mientras invernaba en Fila y tenía un ejército nutrido, no llevó a cabo ninguna incursión contra Tesalia, que

proporcionaba provisiones a los romanos y, en cambio, envió tropas a Jonia para impedir que les llevaran alimentos desde allí.

(*Exc. de las virt.* 35, pág. 232)

19

La divinidad tuvo celos de Paulo por su inmensa fortuna. Y ⟨sucedió que⟩ de los cuatro hijos que tenía había entregado a los dos mayores, Máximo y Escipión, a otras familias para su adopción y los dos más jóvenes murieron ambos, uno tres días antes de celebrar su triunfo y el otro, cinco días después. Paulo expuso ante el pueblo este hecho con mayor relieve que cualquier otro. Pues como quiera que existía la costumbre de que los generales dieran cuenta detallada de sus actos, al presentarse ante el foro dijo que había efectuado la travesía desde Brindisi a Corcira en un solo día y, en cinco más, el viaje desde Corcira a Delfos, donde llevó a cabo un sacrificio al dios, y, en otros cinco días, se presentó en Tesalia y asumió el mando del ejército, y que en otros quince días, a partir de ese momento, había apresado a Perseo y conquistado Macedonia[19]. Prosiguió diciendo que, al haber alcanzado todos estos objetivos con tanta rapidez, tuvo miedo «no fuera a ser que le sobreviniera alguna desgracia al ejército cuando regresaba a vuestro lado, pero, una vez que se encontró éste a salvo, el miedo fue por vosotros —dijo—, pues la divinidad es envidiosa. Sin embargo, al haberse abatido contra mí la desgracia y haber perdido de golpe a dos de mis hijos, soy el más desventurado de los hombres en lo que a mí respecta, pero, en lo que a vosotros concierne, estoy libre de ansiedad». Después de pro-

[19] Véase, sobre este punto, De Sanctis, IV 1, pág. 361.

nunciar estas palabras fue objeto de admiración por todos sus hechos de armas, y de lástima, por causa del destino de sus hijos, y al poco tiempo murió.

(*Exc. de las virt.* 36, pág. 233)

X

SOBRE ILIRIA

SINOPSIS

1. Límites de Iliria.
2. Referencias mitológicas sobre los pueblos ilirios.
3. Tribus ilirias.
4. Castigo divino a los autarieos y los celtas.
5. Derrota de los escordiscos.
6. Ilirios, nombre común dado por Roma a una serie de tribus diferentes.
7. Agrón. Primeras confrontaciones y tratados entre romanos e ilirios.
8. Piratería de Demetrio. Segunda guerra contra los ilirios.
9. Guerra con Gentio y derrota de éste.
10. Diversas campañas contra Iliria.
11. Marcio Fígulo combate a los dálmatas. Destrucción de la ciudad de Delminio.
12. Derrota de Gabinio.
13. Derrota de Vatinio.
14. Los panonios.

15-16. Pueblos ilirios vencidos por Augusto.

17. Campaña de Veto contra los salasos. Mesala Corvino los reduce por hambre.
18. Augusto derrota a los yápodes transalpinos.
19. Ataque de Augusto a la ciudad de Metulo.
20. Asedio de Metulo.

Los griegos consideran ilirios a los pueblos que habitan al otro lado de Macedonia y Tracia, desde Caonia y Tesprocia hasta el río Danubio. Ésta es la longitud del país, y su anchura comprende desde Macedonia y las montañas de Tracia hasta Panonia y el mar Adriático y las estribaciones de los Alpes. Su anchura equivale a un viaje de cinco días y su longitud, a uno de treinta, según dicen los griegos. Las medidas que hicieron los romanos del país dan una longitud superior a seis mil estadios y una anchura en torno a los mil doscientos [1]. 1

Y dicen que el país tomó el nombre a partir de Ilirio [2], el hijo de Polifemo, pues el cíclope Polifemo y Galatea [3] tuvieron tres hijos: Celto, Ilirio y Gala, que 2

---

[1] Sobre el libro ilírico de Apiano y sus fuentes, se puede ver, en especial, el libro, ya citado en la Introducción, de J. Dobias, *Studie k Appianovè...*

[2] Según la versión más generalizada, Ilirio era el hijo más pequeño de Cadmo y Harmonía. Aquí Apiano, sin embargo, sigue otra versión menos usual que atribuye a los amores de Polifemo y Galatea el nacimiento de tres héroes: Gala, Celto e Ilirio, epónimos, respectivamente, de los gálatas, celtas e ilirios.

[3] Polifemo es un cíclope hijo de Posidón y de la ninfa Toosa, y es un ser monstruoso que habita en una roca junto al

emigraron desde Sicilia y gobernaron sobre los celtas, ilirios y gálatas, llamados así por su causa. Y es ésta la versión más plausible desde mi punto de vista, aunque hay muchos que cuentan otros muchos mitos. Los hijos de Ilirio fueron Enqueleo, Autarieo, Dárdano, Medo, Taulante y Perrebo, y las hijas, Parto, Daorto, Dasaro y otras. De ellos descienden los taulantios, perrebos, enqueleos, autarieos, dárdanos, ⟨medos⟩[4], partenios, dasaretios y darsios. Autarieo tuvo un hijo llamado Panonio o Peón y este último tuvo a Escordisco y Tribalo, de quienes descienden las tribus que llevan nombres similares a aquéllos. Pero, en fin, esto lo dejo para los que tratan de épocas remotas.

3 Lo cierto es que son muchas las tribus ilirias, como es lógico en un país tan grande, y célebres aún hoy día son los nombres de los escordiscos y tribalos que ocupaban una amplia zona, y hasta tal punto se destruyeron entre sí por medio de la guerra, que lo que quedó de los tribalos huyó junto a los getas allende el Danubio, y aunque floreciente hasta la época de Filipo y Alejandro, ahora su raza está extinta y es casi desconocida entre los pueblos de acá. Los escordiscos, sumamente

---

mar. Galatea es hija de Nereo y de una divinidad marina entroncada con las leyendas populares de Sicilia. En la tradición mitológica posterior a los poemas homéricos, Polifemo se convierte en el protagonista de una aventura amorosa con la ninfa Galatea. Parece ser que el primer autor del que hay noticia de que trató este tema fue Filóxeno de Citera, poeta griego cultivador del género nómico de fines del siglo v. Sin embargo, fue Teócrito el que dio popularidad a este tema en uno de sus idilios más famosos, que fue recogido, luego, por Ovidio y la literatura posterior. Aunque en los autores citados la ninfa se muestra renuente a los requiebros amorosos del cíclope Polifemo, debió de existir una variante de la misma leyenda, en donde este amor se consuma y Galatea tiene hijos de Polifemo.

[4] Adición de Roos.

debilitados por esta misma causa, sufrieron con posterioridad de igual modo a manos de los romanos y se refugiaron en las islas del mismo río y, con el tiempo, regresaron algunos que se asentaron en los confines de Panonia. Por lo cual existe también en la actualidad una tribu de los escordiscos en Panonia. De la misma forma, los ardieos, que destacaban por su poderío marítimo, fueron destruidos por los autarieos, excelentes en fuerzas de tierra, a pesar de haberlos derrotado en muchas ocasiones. Próximos a los ardieos en cuanto a poder naval se encontraban los liburnios, otra tribu iliria, los cuales ejercieron la piratería por el mar Adriático y sus islas con sus naves rápidas y livianas. Por este motivo, los romanos todavía hoy dan el nombre de «liburnias» a sus birremes livianas y rápidas.

Se dice que los autarieos cayeron en el grado extremo de desgracia por causa del azote divino de Apolo. 4
Pues llevaron a cabo una expedición contra Delfos en compañía de Molistomo y de los celtas llamados cimbrios, y la mayor parte de ellos fueron destruidos de inmediato antes del intento, al abatirse sobre ellos aguaceros, huracanes y rayos, y a los que emprendieron el regreso les cayó encima un número incontable de ranas que, al pudrirse por completo, corrompieron las aguas. Y, como consecuencia de la emanación de extraños vapores desde el suelo, brotó una epidemia entre los ilirios y murieron, sobre todo, los autarieos. Finalmente, abandonando sus hogares y llevando consigo la epidemia, por miedo a la cual no los recibió nadie, después de veintitrés días de viaje se establecieron en una región pantanosa y deshabitada del país de los getas, próxima a la tribu de los bastarnas. El dios hizo temblar el territorio de los celtas y destruyó sus ciudades, y no cesaron las calamidades hasta que también éstos abandonaron sus casas y llevaron a cabo una incursión contra aquellas tribus ilirias que habían participado

con ellos en el agravio al dios y estaban debilitadas por causa de la epidemia. Devastaron su territorio y, al contraer la epidemia, huyeron hasta los Pirineos saqueándolo todo a su paso. Los romanos, cuando ellos regresaban hacia el este, llenos de temor por el recuerdo de sus antiguas confrontaciones con los celtas, no fuera a ser que también éstos invadieran Italia cruzando los Alpes, les salieron al encuentro con los cónsules[5] y todo el ejército y fueron aniquilados. Este desastre de los romanos infundió un gran pavor hacia los celtas en toda Italia hasta que aquéllos, tras elegir general a Gayo Mario, que había combatido hacía poco con éxito contra los númidas y mauritanos en África, vencieron a los cimbrios y causaron gran mortandad entre ellos repetidas veces, según he relatado al hablar de los celtas. Y éstos, debilitados ya y excluidos de toda tierra en razón de su misma debilidad, regresaron a sus casas después de haber causado y recibido numerosos daños.

5 Y tal fue el final que el dios impuso a ilirios y celtas por su impiedad. Sin embargo, no desistieron de saquear el templo, sino que de nuevo junto con los celtas y, de entre los ilirios, sobre todo los escordiscos, medos y dárdanos invadieron, a la vez, Macedonia y Grecia, saquearon muchos templos, el de Delfos incluido, aunque con pérdidas considerables también en esta ocasión. Los romanos, al cabo de treinta y dos años de su primer enfrentamiento con los celtas y tras haberles combatido a intervalos desde aquella ocasión, hicieron una expedición contra los ilirios, por causa de este saqueo de templos, bajo el mando de Lucio Escipión, cuando ya aquéllos estaban en posesión de Macedonia y Grecia. Y dicen que los habitantes de aquellos lugares no combatieron en favor de los saqueadores de templos, sino

---

[5] Gneo Manlio Máximo, como cónsul, y Q. Servilio Cepión, como procónsul.

que los entregaron voluntariamente a Escipión sin prestarles ayuda, acordándose de las desgracias acaecidas a todos los ilirios por causa de los autarieos. Escipión diezmó a los escordiscos y lo que quedó de ellos, escapando hacia el Danubio, se trasladó a vivir a las islas de este río. En cambio, firmó un pacto con los medos y dárdanos, sobornado con una parte del oro del templo. Y un escritor romano afirma que fue esta la causa principal de que, después de Lucio, proliferaran las guerras civiles entre los romanos hasta la época imperial. Baste como prólogo todo lo que he dicho acerca de los pueblos que los griegos llaman ilirios.

Los romanos distinguen también a estos pueblos y, 6
además, a los peones, retios, nóricos, misios de Europa y todas las otras tribus vecinas de éstos, que habitan en la margen derecha del Danubio, de igual forma que distinguen a unos griegos de otros, y los llaman a cada uno por su propio nombre y, a todos en común, los consideran Iliria. De dónde surgió esta idea no pude descubrirlo, pero la conservan, incluso, en la actualidad, puesto que el tributo de estos pueblos, que se extienden desde las fuentes del Danubio hasta el Ponto Euxino, lo recaudan bajo un solo título y lo llaman impuesto ilírico. Respecto a cómo cayeron bajo la órbita de Roma, ya reconocí, al hablar de Creta, no haber sido capaz de encontrar las causas y pretextos exactos de las guerras, aunque exhorté con dicho fin a los que podían darme algo más de información. Sin embargo, voy a relatar todo aquello que he logrado saber.

Agrón[6] era rey de la parte de Iliria que bordea el 7
Adriático, el cual tenían bajo control Pirro, el rey del

[6] Sobre el problema ilirio y la primera guerra iliria, véanse, en general, De Sanctis, IV 1, págs. 286 y sigs., con notas y bibliografía, y E. Will, I, págs. 319-323.

Epiro, y sus sucesores. Agrón, una vez que se hubo apoderado, sucesivamente, de una parte del Epiro, de Corcira, Epidamno y Faro, estableció guarniciones en ellas y, cuando navegó contra el resto del Adriático, la isla de Isa buscó la protección de Roma. Ésta envió embajadores en compañía de los isios, para que se informaran de las acusaciones de Agrón contra éstos, pero unas pequeñas embarcaciones ilirias, ganando alta mar, atacaron a los embajadores en ruta y dieron muerte a Cleémporo, embajador de los isios, y a Coruncanio, el embajador romano. El resto logró escapar. Por este hecho, los romanos emprendieron una expedición contra los ilirios por mar y tierra conjuntamente. Entretanto, murió Agrón, dejando a un niño pequeño llamado Pinnes, y encargó a su mujer que regentara el reino para su hijo, aunque ella no era la madre del niño. Y Demetrio, que era el gobernador de Agrón en Faro y tenía, también, bajo su mando a Corcira, entregó ambas plazas a los romanos a traición cuando navegaban contra ellas. Estos últimos entraron en alianza también con Epidamno y navegaron en socorro de los isios y de los epidamnios que estaban sitiados por los ilirios. Éstos, en consecuencia, levantando el asedio se retiraron y algunos de ellos, los llamados atintanos, se pasaron a los romanos. Después de este hecho, la viuda de Agrón envió embajadores a Roma para devolverles los prisioneros y los desertores, y solicitó el perdón para lo que había ocurrido, no bajo su responsabilidad, sino bajo la de Agrón. Ellos le respondieron que Corcira, Faro, Isa, Epidamno y el pueblo ilirio de los atintanos eran ya súbditos de Roma, pero que Pinnes podía conservar el resto del reino de Agrón y ser amigo de los romanos, en el caso de que se abstuviera de los territorios antes mencionados y que no navegaran más allá

de Liso los barcos[7] ilirios en número superior a dos, y éstos, desarmados.

Ella aceptó todas estas condiciones, y éstas fueron 8
las primeras confrontaciones y tratados entre romanos e ilirios. Los romanos liberaron también Corcira y Apolonia y dieron a Demetrio algunas plazas fuertes como pago de su traición, añadiendo que se las daban tan sólo temporalmente, pues, como era lógico, sospechaban de su infidelidad, la cual precisamente se adueñó de su persona poco tiempo después. En efecto, cuando los romanos estaban empeñados en una guerra de tres años con los celtas de en torno al Po, Demetrio, pensando que se hallaban en dificultades, se entregó a piratear el mar y sumó a esta empresa a los istros, otra tribu iliria, y provocó la rebelión de los atintanos de Roma. Los romanos, una vez que solventaron la cuestión de los celtas, navegaron de inmediato contra los piratas y los apresaron, y al año siguiente hicieron una expedición contra Demetrio y los ilirios que habían sido partícipes de sus fechorías. Demetrio se refugió junto a Filipo el rey de Macedonia y, cuando retornó de nuevo y se dedicó a piratear el Adriático, le dieron muerte[8]. A su tierra natal, Faro, la arrasaron por haberse asociado a sus crímenes, pero perdonaron a los ilirios en atención a la nueva demanda de Pinnes. Éste fue el segundo enfrentamiento y tratado entre ellos y los ilirios[9].

He descrito la historia de los demás hechos que in- 9
vestigué sin seguir un orden cronológico, sino más bien en razón a cada pueblo ilirio por separado.

---

[7] En el texto griego, *lémboi*, especie de embarcaciones ligeras.

[8] Esta noticia la da también Dión Casio (= Zonaras, VIII 10, 13), pero parece ser invención analística, puesto que Demetrio murió mucho después (véase Polibio, III 19, 11).

[9] Sobre la segunda guerra iliria, véanse De Sanctis, IV 1, págs. 314-316, y E. Will, I, págs. 66-70.

Cuando los romanos estaban en guerra con los macedonios y Perseo era ya rey de éstos como sucesor de Filipo, Gentio, rey de otras tribus ilirias, se alió con Perseo por dinero e invadió la parte romana de Iliria, y a los embajadores romanos que iban a su encuentro los puso en prisión, bajo la acusación de que no venían como embajadores, sino como espías. A su vez, Anicio[10], el general romano, atacando a algunos barcos pequeños de Gentio, los apresó y, tras entablar combate con él en tierra, obtuvo la victoria y lo copó en una fortaleza. Al pedirle desde aquí una entrevista, Anicio le ordenó que se rindiera a los romanos y, entonces, Gentio solicitó y obtuvo un plazo de tres días para considerarlo. Entretanto, como sus súbditos se pasaron al lado de Anicio, solicitó tener una entrevista con éste y, rodilla en tierra, le imploró en forma un tanto rastrera. Anicio, entonces, infundiéndole ánimos, pues estaba encogido por el miedo, lo levantó y le invitó a comer, pero cuando se marchaba del banquete ordenó a sus servidores que lo apresaran y lo condujo a Roma junto con sus hijos para el triunfo. De este modo, en veinte días, quedó zanjada, en su totalidad, la guerra de Gentio. Sin embargo, Emilio Paulo, el vencedor de Perseo, recorrió a propósito, a su regreso a Roma, las setenta ciudades que eran de Gentio[11], de acuerdo con órdenes secretas recibidas del senado. Cundió el pánico entre ellos, pero él les prometió el perdón de todos sus actos, si le entregaban todo el oro y la plata que tuviesen. Cuando ellos aceptaron, envió una parte de su ejército a cada ciudad y, fijando el mismo día a todos los oficiales para cumplir su misión, les

[10] L. Anicio Galo, que llevó a cabo una campaña en Iliria a principios de la primavera del 168 a. C. en tanto que Emilio Paulo lo hacía en Macedonia.

[11] No eran de Gentio, sino setenta ciudades del Epiro, véase De Sanctis, IV 1, pág. 340.

ordenó que cada uno en su ciudad anunciara, al despuntar el alba, que en un plazo de tres horas reunieran el dinero en el foro y, una vez que lo hubieran llevado, saquearan el resto.

De esta forma, Paulo saqueó setenta ciudades en una sola hora. Los ardeos y palarios, otras tribus ilirias, devastaron la Iliria romana, y los romanos, como estaban ocupados en otros menesteres, enviaron embajadores para recriminarles de palabra. Al no deponer aquéllos su actitud, hicieron una expedición contra ellos con diez mil soldados de infantería y seiscientos jinetes. Y ellos, cuando se enteraron, y dado que todavía estaban faltos de preparación, enviaron embajadores manifestando su arrepentimiento y solicitando el perdón. El senado les ordenó que repararan los daños a los perjudicados y, como no lo hicieron, Fulvio Flaco dirigió una campaña contra ellos. La guerra debió quedar tan solo en una incursión pues no pude encontrar un final preciso de ella. 10

Sempronio Tuditano y Tiberio Pandusa hicieron la guerra a los yápodes [12], que habitan del lado de acá de los Alpes, y parece que los sometieron, al igual que Lucio Cota y Metelo parecen haber sometido a los segestanos; no obstante, ambos pueblos se sublevaron no mucho después.

Los dálmatas, otra tribu iliria, hicieron una incursión contra la Iliria romana y no recibieron a los embajadores romanos llegados para tratar de este asunto. Por consiguiente, los romanos realizaron una expedición militar contra ellos, siendo cónsul y comandante en la guerra Marcio Fígulo. Los dálmatas, atacando a la carrera, vencieron a los puestos de guardia de Fulvio, 11

12 Mantengo el nombre de *yápodes,* acorde con el texto griego, aunque otros se refieren a este pueblo como *yápides* o *yápidas.*

que hacía poco que había acampado en las cercanías, y a él en persona lo arrojaron de bruces a la llanura, fuera del campamento, hasta que, en su huida, llegó al río Narón. No obstante, como sus enemigos se retiraban, porque comenzaba ya el invierno, Fígulo abrigó la esperanza de caer sobre ellos de improviso, pero se encontró con que estaban reunidos procedentes de sus ciudades ante su llegada. A pesar de ello, los obligó a refugiarse en la ciudad de Delminio, de la que les vino el nombre de delmatenses que después cambió al de dálmatas. Pero, como no tenía ninguna posibilidad de lograr nada con un ataque, ante una ciudad tan poderosa en defensas, ni podía utilizar las máquinas de asalto, debido a la elevada ubicación de la misma, atacó y apresó a las demás, que estaban despobladas por la concentración habida en Delminio. Después, disparó contra esta última, desde las catapultas, troncos de madera de dos codos de largo recubiertos de pez, azufre y estopa. Éstos se inflamaban con el aire por la fuerza de su impulso y, volando como antorchas, donde quiera que caían provocaban un incendio, hasta que la mayor parte de la ciudad fue pasto de las llamas. Y éste fue el desenlace de la guerra entre Fígulo y los dálmatas. Poco tiempo después, el cónsul Cecilio Metelo decretó hacer la guerra a los dálmatas por deseo de un triunfo, sin que éstos hubieran realizado ninguna acción punible. Los dálmatas lo recibieron como a un amigo y pasó el invierno entre ellos en la ciudad de Salona, después de lo cual regresó a Roma y obtuvo el triunfo.

12 Cuando César ejercía su mando en la Galia, estos dálmatas y todos aquellos otros ilirios que entonces eran más prósperos arrebataron la ciudad de Promona a los liburnios, otra tribu iliria. Y éstos se pusieron en manos de los romanos y se refugiaron al lado de César, que se encontraba próximo. César envió embajadores y conminó públicamente, a los que tenían Pro-

mona, a que la devolviesen a los liburnios. Como aquéllos no le hicieron caso, envió finalmente a un contingente numeroso de tropas, todas las cuales fueron muertas por los ilirios. Sin embargo, César no los atacó, pues no estaba en disposición de hacerlo entonces por causa de su rivalidad con Pompeyo. Cuando esta rivalidad estalló en guerra abierta, César, con cuantas tropas tenía, cruzó el Adriático en invierno desde Brindisi y combatió a Pompeyo en Macedonia. Del resto del ejército, Antonio[13] condujo una parte a Macedonia en ayuda de César, cruzando también él el Adriático en pleno invierno, y Gabinio llevó consigo quince cohortes de infantería y tres mil jinetes a través de Iliria, bordeando el Adriático. Los ilirios, por miedo a su comportamiento con César no hacía mucho tiempo, considerando que la victoria de éste sería su propia ruina, atacaron al ejército de Gabinio y lo destruyeron en su totalidad, salvo al propio Gabinio y unos pocos más que consiguieron escapar. Y acrecentaron, en esta ocasión, sus riquezas y su restante fuerza en grado máximo a causa de un botín tan grande.

César estaba ocupado por la necesidad de llegar a 13
un desenlace en su lucha con Pompeyo y, una vez muerto éste, con las diferentes secciones que surgieron de su facción política, pero cuando hubo arreglado todo, regresó a Roma y emprendió una expedición contra los getas y los partos. Por tanto, los ilirios se atemorizaron, no fuera a ser que los atacara a ellos, que estaban en su camino, y, enviando embajadores a Roma, pidieron perdón por lo que habían hecho y se ofrecieron como amigos y aliados, recalcando con énfasis, sobre todo, el hecho de que eran un pueblo aguerrido. César, apresurando su marcha hacia los partos,

13 G. Antonio, hermano del triunviro (véase libro II de las *G. C.* 58).

les respondió, sin embargo, con tono no menos enfático, que no podía hacer amigos a quienes habían cometido tales acciones, pero que los perdonaba si se avenían a pagar tributo y entregaban rehenes. Cuando se hubieron comprometido a ambas condiciones, envió a Vatinio con tres legiones y gran número de jinetes de su ejército, para recaudar un pequeño tributo y recibir los rehenes. Sin embargo, muerto César, pensando los ilirios que la fuerza de los romanos radicaba en él y había muerto con él, no hicieron caso de Vatinio ni en lo referente al tributo ni en las demás cuestiones y, cuando éste intentó obligarlos por la fuerza, los ilirios atacaron y destruyeron a cinco cohortes y a su jefe Bebio, hombre de rango senatorial. Vatinio, con las fuerzas restantes, se retiró a Epidamno, y el senado romano transfirió el mando de este ejército, de Macedonia y de la Iliria romana a Bruto Cepión, uno de los asesinos de César, al tiempo que, precisamente, ponía la provincia de Siria bajo el mando de Casio, que era también otro de los asesinos. Pero éstos, enzarzados, a su vez, en guerra con Antonio y el segundo César, llamado Augusto, no tuvieron ocasión de prestar atención a los ilirios.

14 Los peones son un gran pueblo que habita a orillas del Danubio y se extiende desde los yápodes hasta los dárdanos. Los griegos los llaman peones, y en latín, panonios [14], y los romanos los cuentan, como antes dije, entre los pueblos de Iliria. Razón por la cual me parece apropiado hablar ahora de ellos en mi historia de Iliria. Gozan de fama desde época macedónica a causa de los agrianes, quienes prestaron la máxima ayuda a Filipo

---

[14] Sobre la confusión en Apiano de panonios con peones, véase VIERECK, 1962, págs. 328-329, n. al pasaje. En el original griego viene siempre *peones*, que es lo que mantengo; otros autores traducen, en cambio, *panonios*.

y Alejandro y eran peones de la Peonía inferior que limita con Iliria. Y, una vez que Cornelio hizo una expedición contra los peones, saliendo malparado de ella, cundió entre todos los italianos un gran temor hacia este pueblo y, durante mucho tiempo, no se atrevieron los siguientes cónsules a marchar contra los peones.

Esto es todo lo que fui capaz de encontrar referente a la historia primitiva de los ilirios y peones, y ni siquiera en los comentarios del segundo César, llamado Augusto [15], pude encontrar ningún dato histórico más antiguo acerca de los peones.

Sin embargo, me parece que, aparte de los pueblos 15
ilirios citados, hubo otros que cayeron previamente bajo la órbita de Roma. Pero de qué forma, no lo sé, pues Augusto no escribió los hechos realizados por otros, sino sólo los que él llevó a cabo, diciendo que había reintegrado al pago de tributo a aquellos pueblos que se habían sublevado; que sojuzgó a otros que desde su origen eran autónomos, y que venció a todas las tribus que habitaban las cumbres de los Alpes, tribus bárbaras y belicosas que hacían presa de sus robos a la Italia contigua a ellos. Y me resulta extraño el hecho de que muchos y grandes generales romanos, en su ruta a través de los Alpes contra los galos e iberos, despreciaran a estas tribus y el que ni siquiera Gayo César, el hombre más afortunado en la guerra, las venciera de modo definitivo cuando estuvo combatiendo con los galos por espacio de diez años e invernando en este país. Con todo, me parece que los unos se preocuparon tan sólo de cruzar los Alpes, apresurándose hacia aquellas misiones para las que habían sido ele-

---

15 Sobre esto y, en general, sobre las campañas de Augusto en Iliria, véase el trabajo, ya citado en Bibliografía, de A. Mighelí, «Le Memoire di Augusto in Appiano».

gidos, y que, por su parte, César, ocupado en los asuntos de la Galia y en su guerra particular con Pompeyo, que siguió de inmediato, se demoró en poner fin a la cuestión iliria. Pues parece que fue elegido para comandar Iliria junto con la Galia, pero no detentó el mando en toda Iliria, sino sólo en aquella parte que entonces estaba bajo el poder de Roma.

16 Augusto llevó a cabo el sometimiento completo y acabado de todo y, a modo de contraste con la ociosidad de Antonio, expuso ante el senado que había librado a Italia de tribus difíciles de combatir, que causaban frecuentes perturbaciones. Había vencido, a lo largo de toda la campaña, a los oxieos, perteenatas, batiatas, taulantios, cambeos, cinambrios, merrómenos y piriseos. Con mayor esfuerzo, fueron sometidos también y obligados a pagar los tributos que habían dejado de pagar, los docleatas, carnos, interfrurinos, naresios, glintidiones y tauriscos. Una vez sojuzgados éstos, sus vecinos los ipasinos y los besios se entregaron a él por miedo. A otros que se habían sublevado, los melitenses y corcirenses, que habitaban en las islas, los devastó hasta los cimientos, porque pirateaban el mar, mató a los hombres jóvenes y vendió como esclavos al resto. Además, privó a los liburnios de sus naves, pues también ellos practicaban la piratería. Los moentinos y avendeatas, dos tribus de los yápodes que habitaban la parte interior de los Alpes, se pasaron a él cuando se acercó, pero los aurupinos, que era la tribu más numerosa y guerrera de estos yápodes, se establecieron en la ciudad procedentes de sus aldeas, y ante su llegada huyeron a los bosques. Augusto se apoderó de la ciudad, pero no la incendió, confiando en que se entregarían, y cuando así lo hicieron, se la dio para que la habitaran.

17 En especial, le causaron dificultades los salasos, los yápodes transalpinos, los segestanos, los dálmatas, los

desios y los peones que están muy lejos de los salasos y habitan las cumbres de los Alpes, montañas difíciles de franquear y cuyas vías de acceso son pasos angostos y de difícil subida. Por esta razón, las tribus citadas habían preservado su independencia y exigían un peaje a los que atravesaban su país. Veto, cayendo sobre ellos por sorpresa, ocupó los pasos, valiéndose de estratagemas, y los sitió durante dos años y, faltos de sal, producto que usan en abundancia, acabaron por aceptar guarniciones. Sin embargo, nada más retirarse Veto, expulsaron a éstas y, tras apoderarse de los pasos, se burlaban una y otra vez de las tropas que Augusto envió contra ellos y que fueron incapaces de ejecutar ninguna acción importante. Por lo cual, Augusto, que tenía su atención puesta en la guerra contra Antonio, pactó con ellos dejarlos independientes y sin castigo por lo que le habían hecho a Veto. Pero éstos no se fiaron del pacto y, después de haber hecho gran acopio de sal, realizaron incursiones en territorio romano hasta que Mesala Corvino, enviado contra ellos, los redujo por hambre.

De esta forma fueron sometidos los salasos. Sin 18
embargo, los yápodes transalpinos, una tribu poderosa y montaraz, rechazaron por dos veces a los romanos en casi veinte años, atacaron Aquilea y saquearon Tergesto que era una colonia romana. Y, cuando el propio Augusto marchaba contra ellos por un camino escarpado y rocoso, se lo hicieron más intransitable aún con árboles cortados. Mientras Augusto avanzaba, ellos se refugiaban en distintas partes del bosque y le tendían emboscadas al acercarse, pero él, que sospechaba en todo momento algo tal, enviaba a algunos a las cimas de las montañas para que le diesen escolta desde uno y otro lado, mientras proseguía su marcha por la zona baja y talaba el bosque. Los yápodes atacaban desde los lugares en que estaban emboscados y herían a

muchos, pero, a su vez, la mayoría de ellos caían abatidos por las tropas que recorrían las alturas. El resto se refugió de nuevo en la zona más tupida del bosque abandonando la ciudad cuyo nombre era Terpono. Augusto se apoderó de ella, mas no la incendió, en la confianza de que aquéllos se entregarían, como en efecto sucedió.

19 Entonces, avanzó contra otra ciudad, Metulo, que es la capital de los yápodes y se encuentra en una montaña muy boscosa sobre dos lomas a las que separa una estrecha torrentera. Había en ella alrededor de tres mil guerreros jóvenes y muy bien armados que rechazaron con facilidad a los romanos apostados en torno a sus murallas. Estos últimos construyeron un muro terrero. Los metulos, saliendo en incursiones rápidas, dificultaban las obras de construcción noche y día y acosaban, hasta la extenuación, a los soldados desde su muralla con las máquinas que habían obtenido de la guerra que Décimo Bruto sostuvo allí contra Antonio y Augusto. Pero, cuando la muralla de ellos estuvo también dañada, construyeron un muro de apoyo en el interior de la ciudad y, abandonando la parte que estaba en ruinas, se pasaron al recién construido. Y los romanos, tras posesionarse del que había sido abandonado, le prendieron fuego y levantaron dos muros terreros contra la nueva fortificación y, desde ellos, tendieron cuatro puentes hacia la muralla. Así las cosas, Augusto envió algunas tropas para que, dando un rodeo, se dirigiesen hacia la parte trasera de la ciudad, con objeto de distraer la atención de los metulos, y ordenó a los demás que atravesaran hasta las murallas por medio de los puentes. Y él en persona, subiendo a una torre elevada, observó la operación.

20 Algunos bárbaros hicieron frente, cara a cara, a los que atravesaban en dirección a las murallas y otros, emboscándose bajo los puentes, los herían desde abajo

con lanzas largas y se animaron más cuando cayó un puente y un segundo siguió a aquél. Pero, tan pronto como se desplomó el tercero, sobrevino ya un miedo total a los romanos y nadie subió al cuarto puente, hasta que Augusto, que los observaba desde la torre, los cubrió de reproches. Sin embargo, como ni siquiera sus palabras sirvieron de acicate, tomando él en persona un escudo se lanzó a la carrera hacia el puente acompañado de dos generales, Agripa e Hierón, y de sus guardias de corps Luto y Volas, sólo estos cuatro y unos pocos escuderos. Y, cuando estaba ya cruzando el puente, el ejército sintió vergüenza y se lanzó a una en pos de él. El puente, sobrecargado, se vino también abajo y los hombres en amasijo quedaron sepultados bajo él, por lo que algunos murieron y otros fueron sacados con fracturas de huesos. Augusto sufrió contusiones en la pierna derecha y en ambos brazos, pero, no obstante, corrió de inmediato a lo alto de la torre con sus enseñas y se mostró sano y salvo por temor a que se produjera un alboroto ante la idea de su muerte. Y, para que los enemigos no pensaran tampoco que él cedía en retirada, empezó a construir de inmediato otros puentes. Este hecho fue el que dejó más perplejos a los metulos, al pensar que combatían contra una voluntad invencible.

Y al día siguiente, enviándole embajadores, le entregaron cincuenta rehenes que Augusto mismo eligió y, 21
tras prometer que aceptarían una guarnición, dejaron la colina más alta para ésta y se trasladaron a la otra. Pero, una vez que al penetrar la guarnición se les ordenó que entregaran sus armas, se llenaron de cólera y, encerrando a sus mujeres e hijos en la sala del consejo, pusieron guardias, a los que dieron la orden de prenderle fuego si algo les iba mal a ellos, y atacaron a los romanos a la desesperada. Como atacaban desde una posición inferior a un enemigo que ocupaba lugares

más elevados, fueron aniquilados en masa, y los guardianes prendieron fuego a la sala del consejo. Muchas mujeres se dieron muerte a sí mismas y a sus propios hijos; otras, llevándolos en brazos, vivos aún, se arrojaron al fuego, de tal forma que pereció en el combate la totalidad de los metulos jóvenes, y en el fuego, la mayoría de los no combatientes. Su ciudad fue consumida totalmente por las llamas, y no quedó huella alguna de ella, aunque había sido la mayor de aquellos lugares. Después de la caída de Metulo, el resto de los yápodes, aterrorizados, se entregaron a Augusto. Así fue como los yápodes transalpinos por vez primera fueron súbditos de Roma. Cuando Augusto emprendió el regreso, la tribu yápode de los posenos se sublevó, pero, enviado Marco Helvio contra ellos, los sometió y, después de matar a los culpables, vendió al resto como esclavos.

22 Los romanos habían invadido, anteriormente, en dos ocasiones el territorio de los segestanos sin lograr apoderarse de rehenes ni de ninguna otra cosa, razón por la cual eran objeto de desprecio por parte de aquéllos. Augusto, en consecuencia, marchó contra ellos a través del territorio de los peones, que aún no estaba sometido a Roma. Dicho territorio es boscoso y se extiende desde los yápodes hasta los dárdanos. Estos peones no habitaban en ciudades, sino en los campos o en aldeas vinculadas entre sí por razones de parentesco. No tenían un Consejo común ni gobernantes para todos ellos en conjunto. Los que estaban en edad de combatir llegaban a unos cien mil, pero ni siquiera éstos estaban integrados en un solo ejército por falta de una estructura de gobierno. Cuando Augusto se les aproximó, buscaron refugio en los bosques y mataban a los soldados que se apartaban del grueso del ejército. Augusto, mientras abrigó la esperanza de que ellos se sometieran voluntariamente, respetó las aldeas y los campos, pero,

como nadie salió a su encuentro, prendió fuego a todo y devastó el territorio durante ocho días hasta que llegó al país de los segestanos, que es también territorio panonio sobre el río Savo y en el que hay una ciudad de sólidas defensas aislada por el río y un gran foso. Por esta razón la deseaba en especial Augusto; con objeto de usarla como almacén para la guerra contra los dacios y bastarnas que habitaban al otro lado del Istro, que allí se llama Danubio y, un poco más abajo, Istro. El Savo desemboca en el Istro. Y Augusto se procuró naves en el Savo para que le llevaran provisiones hasta el Danubio.

Por estas precisas razones codiciaba Augusto a Segesta. Ante su llegada, los segestanos le enviaron emisarios para informarse de qué era lo que deseaba. Y él les contestó: que introducir una guarnición y tomar cien rehenes para utilizar la ciudad con garantías como almacén en la guerra contra los dacios. También les pidió cuanto trigo pudieran llevar. Los notables de la ciudad accedieron a entregarlo. Y el pueblo, aunque irritado, consintió en entregar los rehenes, quizás porque no se trataba de sus propios hijos, sino de los hijos de los notables. Sin embargo, cuando se aproximó la guarnición, al no poder soportar su visión, en un arrebato de locura, cerraron de nuevo las puertas y montaron guardia sobre las murallas. Por tanto, Augusto ponteó el río, construyó empalizadas y fosos por todas partes y, tras haberlos bloqueado, levantó dos muros de tierra. Los segestanos atacaron éstos muchas veces, pero como no podían apoderarse de ellos, arrojaban por encima teas y fuego en gran cantidad. Cuando vinieron en su ayuda tropas de auxilio de otros peones, Augusto les salió al encuentro y les tendió una emboscada en la cual murieron unos y escaparon otros, y ya ninguno de los peones les prestó ayuda. 23

24 26

24 Los segestanos, sin embargo, tras resistir todas las penalidades de un asedio, fueron capturados por la fuerza a los treinta días, y entonces, por vez primera, empezaron a suplicar. Augusto, alabando su valor y apiadado de sus súplicas, ni los mató ni los desterró, sino que les impuso una multa, y separando una parte de la ciudad por un muro, introdujo en ella una guarnición de veinticinco cohortes. Después de llevar a cabo esta acción, regresó a Roma con idea de volver a Iliria en primavera. Cuando se propaló el rumor de que los segestanos habían dado muerte a la guarnición, partió apresuradamente en invierno y encontró que el rumor era falso, pero que la causa del mismo era verdad. Pues la guarnición estuvo en peligro, al volverse contra ella los segestanos de forma repentina, y lo imprevisto de su ataque ocasionó la muerte de muchos; no obstante lo cual, al día siguiente, los restantes miembros de la misma se rehicieron y vencieron a los segestanos. Por consiguiente, Augusto se desvió contra los dálmatas, otra tribu iliria vecina de los taulantios.

25 Los dálmatas, desde que destruyeron las cinco cohortes bajo el mando de Gabinio y les quitaron las enseñas, envalentonados por ello, no depusieron sus armas durante diez años y, cuando Augusto marchó sobre ellos, concertaron mutuas alianzas para combatirle conjuntamente. La flor y nata de sus fuerzas militares sumaban más de doce mil hombres, de los que eligieron general a Verso. Éste ocupó de nuevo Promona, la ciudad de los liburnios, y la fortificó, aunque, por lo demás, gozaba de unas excelentes defensas naturales, ya que se trataba, en efecto, de un lugar montañoso rodeado por todas partes de colinas picudas como dientes de sierra. El grueso de las tropas estaba concentrado precisamente en la ciudad y, en las colinas, Verso estableció destacamentos de guardia, y todos contemplaban a los romanos desde las alturas. Augusto,

sin ocultarlo, se dispuso a aislar a todos por medio de fortificaciones, pero, en secreto, envió a los más osados a buscar una vía de acceso al lugar más elevado de las colinas. Éstos, ocultos por el bosque, cayeron durante la noche sobre los guardias que estaban dormidos, los mataron y se lo comunicaron a Augusto a la hora del crepúsculo. Entonces él marchó con el grueso del ejército para hacer un intento sobre la ciudad y envió sucesivos destacamentos a la cima ocupada, los cuales descendieron a las colinas restantes. El terror y la confusión se apoderaron, a la vez, de todos los bárbaros al ser atacados desde todos los sitios y, en especial, sintieron temor los que estaban en las colinas a causa de la falta de agua, no fuera a ser que se les cortaran las comunicaciones, por lo que huyeron a Promona.

Augusto rodeó, a la vez, a la ciudad y a dos colinas 26
que se hallaban todavía en manos del enemigo con un muro de cuarenta estadios de perímetro. Entretanto, saliendo al encuentro de Testimo, un dálmata que conducía otro ejército en socorro de los de Promona, lo persiguió hasta las montañas y, mientras éste se hallaba todavía a la vista, tomó la ciudad de Promona antes de que estuviese acabado el muro de circunvalación. Pues al hacer una salida los ciudadanos, fueron rechazados con rapidez por los romanos que, persiguiéndolos en su huida hasta el interior de la ciudad, cayeron sobre ellos y mataron allí a una tercera parte. El resto huyó a la ciudadela, a cuyas puertas montó guardia una cohorte romana. Los bárbaros la atacaron a la cuarta noche y la cohorte, presa del miedo, abandonó las puertas. Pero Augusto cortó el ataque de los enemigos y, al día siguiente, los recibió en rendición. A la cohorte que había abandonado el puesto le echó las suertes y castigó con la muerte al que hacía diez de cada lote y, además de éstos, a dos centuriones, y ordenó que a los restantes

miembros de la misma durante aquel verano se les diese como alimento cebada en vez de trigo.

27 Así fue tomada Promona, y Testimo, al verlo, dispersó a su ejército, ordenándole huir en todas direcciones, razón por la cual no pudieron perseguirlos los romanos durante largo trecho, pues temían fragmentarse a sí mismos en muchas partidas, así como por su desconocimiento de los caminos y lo confuso de las huellas de los fugitivos. Sin embargo, ellos ocuparon la ciudad de Sinodio situada en el extremo del bosque en el que los dálmatas tendieron una emboscada al ejército de Gabinio, en una garganta profunda y alargada en medio de dos montañas, donde el enemigo había preparado también una emboscada a Augusto. Pero éste prendió fuego a Sinodio y, tras enviar tropas a la cresta de las montañas para que le diesen escolta desde ambos lados, avanzó a través de la garganta talando el bosque, capturando ciudades y quemando todo cuanto cogía en su camino. Mientras estaba sitiada la ciudad de Setovia, fue en su ayuda un cierto número de tropas bárbaras a las que Augusto, después de salirles al paso, impidió entrar en la ciudad. Durante este choque fue golpeado por una piedra en la rodilla y tuvo que recibir cuidados por muchos días; pero, cuando se hubo recuperado, retornó a Roma para asumir sus deberes de cónsul, junto con Volcacio Tulo, dejando a Estatilio Tauro para acabar la guerra.

28 Y, tras comenzar sus funciones de cónsul el día primero del primer mes del año, entregó el mando en ese mismo día a Autronio Peto y partió de inmediato, de nuevo, contra los dálmatas cuando todavía era triumviro —pues quedaban dos años para el segundo período de cinco de esta magistratura, cuya prórroga habían decretado ellos mismos y el pueblo había ratificado—. Los dálmatas, que ya padecían hambre al haberles sido cortado el aprovisionamiento desde el exterior, salie-

ron al encuentro de Augusto en el camino y se entregaron en medio de súplicas, dándole además setecientos niños en calidad de rehenes, que Augusto había exigido junto con las enseñas de Gabinio. También prometieron entregar el tributo que había quedado sin pagar desde tiempos de Gayo César y fueron sumisos en adelante. Augusto depositó las enseñas en el pórtico llamado de Octavia. Una vez sometidos los dálmatas, los derbanos solicitaron con ruegos a Augusto el perdón cuando se dirigía contra ellos, le entregaron rehenes y prometieron pagar los tributos impagados. De las ⟨restantes tribus⟩[16] aquellas a las que Augusto se aproximó ⟨firmaron tratados con él⟩[17] y entregaron rehenes como garantía de los tratados; en cambio, aquellas otras a las que no pudo llegar a causa de una enfermedad no entregaron rehenes ni firmaron tratados. Parece, sin embargo, que también éstas fueron posteriormente sometidas.

De este modo Augusto se hizo dueño absoluto de toda Iliria, tanto de aquella parte que se había sublevado contra Roma como de aquella otra que nunca antes había estado sometida. Y el senado le otorgó el triunfo ilírico, que celebró, después, junto con los obtenidos por su victoria sobre Antonio.

Quedan otras tribus que pertenecen al país llamado 29
Iliria por los romanos y son los retios y nóricos, por la parte anterior a los peones, y los misios, por la parte posterior hasta el Ponto Euxino. Pues bien, pienso que a los retios y nóricos los sometió Gayo César, cuando combatía a los galos, o bien Augusto, en el transcurso

---

[16] Aquí se debe restituir el nombre de un pueblo o similar. Se han propuesto varias conjeturas, de las que seguimos la de Scweighäuser. No obstante, las diferencias entre las conjeturas propuestas no difieren sustancialmente entre sí.

[17] En este lugar lo restituyó Roos. Schweighäuser lo ubicó delante de «de las restantes tribus...».

de su guerra contra los peones, pues aquéllos se encuentran en medio de ambos y no encontré vestigios de una guerra particular contra retios y nóricos. Por esto deduzco que fueron sojuzgados junto con las otras tribus vecinas.

30 Sin embargo, Marco Lúculo, el hermano de Licinio Lúculo el que sostuvo la guerra con Mitrídates, hizo una incursión contra los misios y llegó al río en que se encuentran seis ciudades griegas vecinas de los misios Istro, ⟨Calatis⟩, Dionisópolis, Odeso, Mesembria ⟨y Apolonia⟩ [18], desde la que se llevó a Roma la gran estatua de Apolo que está instalada en el monte Palatino. No hallé nada más digno de mención por parte de la república romana respecto a los misios, que tampoco fueron sometidos a tributo por Augusto, sino por Tiberio, que fue quien le sucedió como emperador de Roma. Los sucesos ocurridos antes de la toma de Egipto bajo el gobierno del pueblo, los he escrito por separado para cada país, pero aquellos otros países que estos emperadores dominaron o anexionaron al imperio como actos personales suyos han sido expuestos después de los asuntos generales. Allí diré también más cosas acerca de los misios. Pero, por el momento, puesto que los romanos consideran a los misios como parte de Iliria, y éste es mi libro sobre Iliria, a fin de que la obra quedara completa me pareció oportuno anticipar que Lúculo, siendo general, en tiempos de la república hizo una incursión contra los misios y que Tiberio los sometió en la época imperial.

---

[18] Véase, sobre el orden y número de las ciudades, VIERECK, 1962, pág. 351, aparato crítico.

XI

SOBRE SIRIA

SINOPSIS

1. El reino de Antíoco el Grande.
2. Antíoco y los romanos.
3. Tentativas frustradas de paz.
4. Aníbal se une a Antíoco en Éfeso.
5. Alianzas matrimoniales de Antíoco.
6. Embajada de Antíoco a Roma.
7. Consejos de Aníbal a Antíoco.
8. Aristón, mensajero de Aníbal, en Cartago.
9. Embajadores romanos se encuentran con Aníbal en Éfeso.
10. Charla entre Escipión y Aníbal sobre el generalato.
11. Mezquindad de Flaminino. Oráculo sobre el lugar de la muerte de Aníbal.
12. Embajada etolia a Antíoco. Éste ocupa Eubea.
13. Antíoco se alía con Aminandro, rey de los atamanes, y con los tebanos.
14. Aníbal reitera sus consejos que son desoídos.
15. Los romanos se preparan para la guerra.
16. Filipo se une a los romanos. Antíoco inverna en Calcis.
17. Los romanos cruzan el Adriático y Antíoco ocupa las Termópilas.

18-19. La batalla de las Termópilas. Antíoco es derrotado.

20. Huida de Antíoco a Éfeso.
21. Expedición de Manio y Filipo. Antíoco fortifica el Quersoneso y prepara la defensa.

22. La flota de Antíoco es derrotada y puesta en fuga.
23. Los Escipiones se dirigen al Helesponto.
24. La flota romana es capturada mediante una estratagema.
25. Operaciones infructuosas de la flota romana.
26. Seleuco pone sitio a Pérgamo y Diófanes le obliga a levantarlo.
27. Combate naval en Mioneso.
28. Antíoco abandona absurdamente el Quersoneso.
29. Propuesta de paz de Antíoco a los Escipiones.
30. Gneo Domicio fuerza a combatir a Antíoco.
31. Orden de batalla del ejército romano.
32. Formación del ejército de Antíoco.
33-35. Batalla junto al Sípilo.
36. Derrota total y fuga de Antíoco.
37. Reproches a Antíoco por su imprudencia y temeridad al emprender la guerra. Euforia romana por la victoria.
38. Respuesta de Publio Escipión a los embajadores de Antíoco.
39. Tratado de paz.
40. Acusación contra Escipión.
41. Comparación con un caso similar de Epaminondas.
42. Manlio, el sucesor de Escipión, triunfa sobre diversas tribus gálatas.
43. Manlio regresa a Roma a través de Tracia y sufre un grave percance a manos de los tracios.
44. Los romanos recompensan a los rodios y a Éumenes por su alianza.
45. Seleuco y Antíoco Epífanes sucesores de Antíoco el Grande.
46. Muerte de Antíoco Epífanes. Antíoco Eupátor y Lisias.
47. Demetrio accede al trono.
48. Campañas de Tigranes el rey de Armenia.
49. Fin del reino seléucida.
50. Pompeyo somete a los judíos.
51. Historia posterior de Siria.
52. Historia de Siria después de Alejandro.
53. Antígono. Huida de Seleuco, sátrapa de Babilonia.
54. Seleuco regresa a Babilonia.
55. Extensión del reino de Seleuco.

Antíoco, hijo de Seleuco y nieto de Antíoco, era rey 1
de los sirios, babilonios y otros pueblos y el sexto descendiente de aquel Seleuco que, a la muerte de Alejandro, fue rey de la parte de Asia de en torno al Éufrates. Invadió Media, Partia y otros pueblos sublevados desde época anterior a la suya, y por sus muchos y grandes hechos, fue llamado Antíoco el Grande. Envanecido por sus logros y por el sobrenombre que le procuraron éstos, invadió la Celesiria y una parte de Cilicia, arrebatándoselas a Tolomeo Filópator[1], rey de Egipto, que todavía era un niño. Y, llevado de una ambición desmedida, atacó a los helespontios, eolios y jonios, como si les pertenecieran por ser el señor de Asia, puesto que también en otro tiempo habían sido súbditos de los reyes de Asia. Después de atravesar Europa, trajo en sumisión a Tracia y redujo por la fuerza a quienes no le obedecían. Fortificó el Quersoneso y reconstruyó Lisimaquea, que había sido fundada por Lisímaco[2], el que reinó en Tracia después de Alejandro, para que fuera una fortaleza contra los mismos tracios, y a la que estos últimos, una vez muerto aquél, habían des-

[1] Error por Epífanes. En particular, sobre este libro, véase E. Gabba, «Sul libro Siriaco di Appiano», *Accad. nazio. d. Linc. Rendiconti*: *clas. di scienz. moral. ser. VIII*, 12 (1957), 339-351.

[2] En el 309 a. C.

truido. Antíoco la volvió a repoblar llamando a los ciudadanos que habían huido, comprando a los que en calidad de prisioneros de guerra habían sido vendidos como esclavos y añadiendo a otros más. Les proporcionó ganado vacuno y bovino, así como hierro para la agricultura, sin descuidar nada de lo preciso para un rápido impulso de su fortificación, pues le parecía que el lugar era un enclave excelente contra toda la Tracia y una base de suministros muy adecuada para todas las demás operaciones que tenía en proyecto.

2 Y éste fue el comienzo también de un claro desacuerdo con los romanos. Pues, cuando se dirigió a las ciudades griegas de aquella zona, la mayoría se pusieron de su lado y aceptaron guarniciones ante el temor de ser apresadas. Sin embargo, los habitantes de Esmirna y Lámpsaco y algunos otros que aún resistían, enviaron embajadores a Flaminino, el general romano que recientemente había derrotado en Tesalia, en una gran batalla, a Filipo de Macedonia, pues los asuntos de los macedonios y de los griegos estuvieron fuertemente vinculados entre sí en ciertas épocas y lugares, según he mostrado en mi historia de Grecia. Hubo algunos intercambios de embajadas, así como sondeos infructuosos entre Antíoco y Flaminino[3]. Los romanos y Antíoco hacía ya mucho tiempo que se tenían mutuo recelo; los primeros, porque estimaban que Antíoco no iba a guardar una actitud pacífica, envanecido como estaba por la extensión de sus dominios y por el punto culminante de sus éxitos, y Antíoco, por su parte, porque veía que sólo los romanos constituían el escollo principal para el incremento de su poder y que le iban a impedir el pasar a Europa. Cuando aún no se había

[3] Sobre las relaciones diplomáticas entre Antíoco y Roma, véase Holleaux, «Recherches sur l'histoire des negociations d'Antiochos III avec les Romains», *Rev. Étu. Anc.* 15 (1913), 1-24.

producido ningún motivo claro de enemistad entre ellos, llegaron a Roma embajadores de parte de Tolomeo Filópator[4] con la acusación de que Antíoco les había arrebatado Siria y Cilicia. Y los romanos se aprovecharon con alegría del pretexto que les llegaba en un momento oportuno y enviaron embajadores a Antíoco en apariencia para que procuraran una reconciliación entre éste y Tolomeo, pero, en realidad, para conocer a fondo los proyectos del primero e intentar estorbárselos en cuanto les fuera posible.

Gneo[5], el jefe de esta embajada, pidió a Antíoco 3
que permitiera a Tolomeo, como amigo de los romanos que era, reinar sobre cuantos territorios le dejó su padre y que, a las ciudades de Asia que habían formado parte del imperio de Filipo de Macedonia, las dejara independientes, pues no era justo que Antíoco mandara en aquellos lugares que los romanos habían quitado a Filipo. Manifestó, además, que desconocía por completo por qué razón había llegado él hasta la costa asiática procedente de Media, en el interior del país, con una flota y un ejército tan grandes, por qué había invadido Europa, construido ciudades allí y había sometido a Tracia, a no ser que estas operaciones fueran los preliminares de otra guerra. Antíoco respondió que Tracia había pertenecido a sus antepasados, y que se había zafado de esta dependencia aprovechando la dedicación de aquellos a otros asuntos, y que él, con tiempo para ello, la recuperó y reconstruyó Lisimaquea para que sirviera de residencia a su hijo Seleuco, pero que dejaba independientes a las ciudades de Asia, si estaban dispuestas a reconocerle el favor a él mismo y no a los romanos. «Soy pariente de Tolomeo —dijo—, y en breve,

---

4 Véase n. 1 a este libro.

5 El nombre del embajador, según Polibio (XVIII 49, 2), era Lucio Cornelio.

seré también su cuñado y procuraré que él consienta en mostraros su agradecimiento. Pero también a mí me causa perplejidad conocer con qué derecho los romanos se interfieren en los asuntos de Asia, sin que yo lo haya hecho jamás en los de Italia.»

4 De este modo se separaron unos y otros sin haber logrado nada positivo, pero habiendo roto ya en amenazas más abiertas. Y, cuando se propaló el rumor y la creencia de que Tolomeo Filópator[6] había muerto, Antíoco se apresuró a partir hacia Egipto con la intención de apoderarse de este país, mientras estaba vacante el trono. Se le unió a él, en Éfeso, Aníbal el cartaginés, fugitivo de su patria a causa de las acusaciones de sus enemigos, que decían a los romanos que era un hombre litigante, amigo de la guerra y que jamás sería capaz de vivir en paz. Por aquellas fechas, los cartagineses estaban sometidos a los romanos en virtud de un tratado. Antíoco recibió de forma espléndida a Aníbal por la fama de sus dotes militares y le retuvo a su lado. Cuando se enteró, en las proximidades de Licia, de que Tolomeo estaba vivo, desistió de Egipto y, esperando apoderarse en su lugar de Chipre, navegó con rapidez hacia ella. Pero le cogió una tormenta cerca del río Saro y, tras perder muchas naves, algunas incluso con sus tripulaciones y amigos, arribó a Seleucia, en Siria, y se dedicó a reparar su desmantelada flota. Allí celebró los esponsales de sus hijos Antíoco y Laódice a quienes había unido en matrimonio.

5 Y, resuelto a no mantener ya por más tiempo oculta su intención de hacer la guerra a los romanos, intentó captarse previamente a los reyes vecinos por medio de alianzas matrimoniales. A Tolomeo[7], en Egipto, le envió su hija Cleopatra apodada Sira, dándole como dote

[6] Véase n. 1 a este libro.
[7] Tolomeo V Epífanes.

la Celesiria que él mismo había arrebatado a Tolomeo[8], buscando así congraciarse ya con el joven rey para que se mantuviera al margen de la guerra contra los romanos[9]. A su hija Antióquide la envió a Ariárates, rey de los capadocios, y a la que le quedaba aún, a Éumenes, rey de Pérgamo. Sin embargo, este último rehusó, pues se dio cuenta de que Antíoco deseaba ya la guerra con los romanos y trataba de emparentarse con él para este evento. Y a sus hermanos Atalo y Filetero, que se extrañaban de que él hubiera declinado el parentesco con un rey tan poderoso y vecino y que, además, había tomado la iniciativa en la petición, les indicó que la futura guerra sería equilibrada para ambos en un principio, pero que, a la larga, se impondrían los romanos por su coraje y perseverancia. «Y yo —dijo—, si vencen los romanos, me veré consolidado en mi reino, y si resulta Antíoco vencedor, puedo esperar verme despojado de todo por mi vecino o que me permita seguir siendo rey, pero sometido, a su vez, a él.» Con tales razones, rechazó el matrimonio.

Antíoco descendió de nuevo al Helesponto[10] y, cos- 6
teando hasta el Quersoneso, se apoderó también, en esta ocasión, de una gran parte de Tracia por medio de la sumisión y la conquista. Concedió la libertad a cuantos griegos eran súbditos de los tracios y otorgó muchos favores a los bizantinos, dado que su ciudad está en una posición privilegiada en la boca del Ponto Euxino. Atrajo a los gálatas a una alianza, con regalos y con la amenaza de sus efectivos, pues consideraba que serían buenos combatientes a causa de su corpu-

[8] Tolomeo IV Filópator.

[9] Sobre los orígenes de la guerra de Antíoco, véase E. WILL, II, págs. 153 y sigs. También, en general, WALBANK, *Philip...*, págs. 186-221.

[10] Sobre la cronología de esta campaña, véase WALBANK, *Philip...*, pág. 189, n. 5.

lencia. Después de esto, desembarcó en Éfeso y envió a Roma, como embajadores, a Lisias, Hegesinacte y Menipo, quienes se disponían, en realidad, a descubrir las intenciones del senado, pero, por guardar las apariencias, Menipo dijo que el rey, en tanto que deseaba con afán la amistad de los romanos y quería ser su aliado si consentían en ello, se extrañaba de que éstos le ordenaran dejar las ciudades de la Jonia, condonar el tributo de algunas otras, no interferirse en los asuntos de algunas ciudades asiáticas y abandonar Tracia, que siempre había pertenecido a sus antepasados. Estas órdenes no se daban a los amigos, sino que las imponían los vencedores a los vencidos. El senado, cuando comprendió que la embajada había llegado para averiguar su disposición, les contestó con laconismo que, si Antíoco dejaba independientes a los griegos de Asia y se abstenía de Europa, sería amigo de los romanos siempre que así lo deseara. Esto fue lo que respondieron los romanos y no añadieron los motivos de su respuesta.

7 Y Antíoco, proyectando invadir en primer lugar Grecia y, desde allí, emprender la guerra contra los romanos, comunicó su idea a Aníbal el Cartaginés. Éste le respondió que Grecia, desgastada desde hacía mucho tiempo, era una tarea fácil, pero que las guerras de casa son más difíciles para todos por causa del hambre que provocan, y que, en cambio, las de fuera son más livianas; que nunca conseguiría Antíoco vencer a los romanos en Grecia, donde podían procurarse con facilidad provisiones de su propio país y recursos suficientes. Por consiguiente, le aconsejó que ocupara una parte de Italia y, tomando ésta como base de operaciones, hiciera la guerra desde allí para que la situación de los romanos fuera más débil tanto en su patria como fuera de ella. «Yo tengo experiencia de Italia —dijo— y, con diez mil hombres, puedo apoderarme de sus luga-

res estratégicos y escribir a mis amigos en Cartago para que instiguen al pueblo a una revolución. Pues ya en estos momentos se encuentra irritado consigo mismo y con desconfianza hacia los romanos, y se llenará de arrojo y esperanza, si se entera de que yo estoy devastando otra vez Italia.» Antíoco, tras escuchar con placer sus consejos y juzgando una gran cosa, como en realidad era, incorporar a Cartago a la guerra, le encargó que escribiera de inmediato a sus amigos [11].

Aníbal, no obstante, no escribió las cartas, pues no 8
lo consideraba todavía seguro, ya que los romanos lo investigaban todo y la guerra no había estallado aún abiertamente. Además, contaba con numerosos enemigos en Cartago y no había en aquella ciudad un sistema político seguro y bien establecido, lo que precisamente, poco tiempo después, fue la causa de la destrucción de Cartago. Así que envió a Aristón, un mercader de Tiro, a sus amigos, so pretexto de una transacción comercial, pidiéndoles que, cuando él invadiera Italia, sublevaran ellos a Cartago para vengar las vejaciones que habían sufrido. Y Aristón así lo hizo, pero los enemigos de Aníbal, cuando se apercibieron de su llegada, promovieron un alboroto como si estuvieran ante una revolución inminente y buscaron por toda la ciudad a Aristón. Este último, con objeto de librar a los amigos de Aníbal de toda sospecha, colocó en secreto, durante la noche, un escrito delante del edificio del senado en el que se decía que Aníbal exhortaba a todos los senadores a tomar las armas en favor de su patria junto con Antíoco, y después de haber hecho esto, se hizo a la mar. A la mañana siguiente se disipó el temor de los amigos de

---

[11] La influencia que pudo ejercer Aníbal sobre Antíoco, así como la cuestión de los planes de Aníbal, plantean problemas bastante complejos, y existen opiniones varias sobre ello. Véase E. Will, II, págs. 163-173.

Aníbal, gracias a la argucia de Aristón, como si hubiera sido enviado a todo el senado. Sin embargo, la ciudad se llenó de toda clase de tumultos con franca animosidad hacia los romanos, pero sin la esperanza de poder mantenerla oculta. Ésta era la situación en Cartago.

9 Entretanto, otros embajadores romanos y Escipión, el que había despojado a los cartagineses de su supremacía política, fueron enviados con misión similar a los de Antíoco para averiguar los propósitos de éste y espiar su fuerza. Sin embargo, al encontrarse que el rey se había marchado a Pisidia, aguardaron en Éfeso, en donde conversaron con frecuencia con Aníbal, pues Cartago todavía se hallaba en paz con ellos y Antíoco no era aún un enemigo declarado. Le reprochaban a aquél que hubiera huido de su patria, cuando los romanos no habían llevado a cabo acción criminal alguna ni contra su persona ni contra el resto del pueblo cartaginés al margen de los tratados. Y actuaban así, buscando que Aníbal llegara a ser sospechoso a los ojos del rey a causa de la asiduidad de sus charlas y reuniones. Y Aníbal, hombre habilísimo en la estrategia militar, no lo intuyó, sin embargo, y el rey, al enterarse, sospechó de él y, desde aquel momento, anduvo más remiso para hacerle partícipe de sus confidencias. Y es que existía también ya algo de celos y envidia hacia su persona por temor a que Aníbal le arrebatara la gloria de sus empresas.

10 Se cuenta que, entre estas conversaciones habidas en el gimnasio, tuvo lugar una[12], en cierta ocasión,

---

[12] Sobre esta entrevista, véase E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, págs. 341, 343-344. Este relato, por lo demás, se encuentra en la línea del gusto por insertar anécdotas que Apiano muestra en su historia y a lo que ya hemos aludido en ocasiones anteriores. Para De Sanctis, IV 1, pág. 128, n. 47, resulta sospechoso y cree que no puede provenir de Polibio. No así Holleaux, «L'entretien de Scipion l'Africain et d'Hannibal», *Hermes* 48 (1913), 75-98.

entre Escipión y Aníbal acerca del generalato, con gran número de asistentes, y que, al preguntar Escipión a Aníbal quién le parecía a él que había sido el mejor general, éste le respondió: «Alejandro el macedonio». Escipión no opuso reparos a este nombre cediéndole, al parecer, el puesto a Alejandro, pero volvió a preguntar, de nuevo, quién ocupaba el segundo lugar después de Alejandro, y Aníbal respondió: «Pirro el epirota», basando en la osadía, al parecer, la virtud máxima de un general y, en efecto, no es posible encontrar a reyes de mayor osadía que éstos. Escipión estaba ya más picado, pero, no obstante, volvió a preguntarle, una vez más, a quién le daría el tercer lugar, pues estaba de todo punto confiado en obtenerlo. Sin embargo, Aníbal respondió: «A mí mismo, pues siendo todavía un jovenzuelo conquisté Iberia y fui el primero, después de Hércules, en cruzar los Alpes con un ejército. Y tras invadir Italia, sin que ninguno de vosotros tuviese valor para impedírmelo, arrasé cuatrocientas ciudades y, en numerosas ocasiones, os coloqué la lucha a las mismas puertas de la capital sin recibir ayuda económica ni militar de Cartago.» Cuando Escipión se dio cuenta de que se extendía en su autoalabanza, dijo sonriente: «¿Dónde te habrías colocado, Aníbal, de no haber sido vencido por mí?». Y éste, al percatarse ya de su envidia, le dijo: «De seguro que me habría puesto antes que Alejandro». De este modo, Aníbal persistió en su autoelogio y aduló a Escipión de forma subrepticia por la sugerencia de que había vencido a quien era mejor que Alejandro.

Cuando acabó la reunión, Aníbal invitó a Escipión 11
a ser su huésped y éste le contestó que aceptaría con sumo gusto, «si no convivieras ahora con Antíoco, que es sospechoso para los romanos». De esta forma, ambos, como correspondía a sus cualidades como generales, limitaban su enemistad al período de guerra, pero no

así Flaminino. Pues, cuando, tras la posterior derrota de Antíoco, Aníbal huyó y andaba errabundo por Bitinia, aunque no había sufrido nada antes a manos de aquél ni se lo habían ordenado los romanos ni podía ya resultar un motivo de inquietud para ellos al estar destruida Cartago, enviando una embajada al rey Prusias para otros asuntos hizo que éste lo matara con un veneno. Circulaba la anécdota de que Aníbal había recibido en cierta ocasión un oráculo que decía: «La tierra libisa cubrirá el cuerpo de Aníbal». Y él creyó que moriría en Libia. Pero existe un río Libiso en Bitinia y una llanura llamada Libisa junto a ese río. Estas cosas las he puesto juntas en recuerdo de la magnanimidad de Aníbal y Escipión y de la mezquindad de Flaminino.

12 Antíoco regresó a Éfeso desde Pisidia y, después de conceder audiencia a los embajadores romanos, les comunicó que dejaba independientes a los rodios, a los bizantinos, a los habitantes de Cízico y a los demás griegos de Asia, si tenían lugar tratados entre él y los romanos; pero no estuvo de acuerdo en cuanto a los eolios y los jonios, pues desde hacía mucho tiempo, según él, estaban acostumbrados a ser súbditos de los reyes bárbaros de Asia. Los embajadores romanos no llegaron a ningún pacto con él, pues no habían venido para materializar tratado alguno, sino para sondearle, y partieron hacia Roma. Se presentaron, a continuación, a Antíoco embajadores de los etolios, al frente de los cuales estaba Toante, ofreciéndole ser su general con plenitud de poderes y urgiéndole a cruzar ya hasta Grecia, como para una empresa que estaba del todo ultimada. Ni siquiera le permitieron que aguardara al ejército que venía desde el Asia interior, sino que, exagerando la magnitud de las fuerzas etolias y anunciando, además, que los lacedemonios y Filipo el macedonio, irritados contra Roma, combatirían como alia-

dos, le instaban vivamente a la travesía. Antíoco perdió la cabeza, presa de la excitación, y ni siquiera la noticia de la muerte de su hijo en Siria le hizo diferir lo más mínimo su intento, sino que realizó la travesía hasta Eubea con diez mil hombres, los únicos que tenía entonces. Y se apoderó de la isla en su totalidad, al rendírsele, llevada del pánico. Micitio, uno de sus generales, atacó a los romanos en Delio (un lugar consagrado a Apolo), mató a algunos de ellos e hizo a otros prisioneros.

Aminandro, rey de los atamanes, se alió con Antíoco 13
por el motivo siguiente. Un cierto macedonio llamado Alejandro, que había sido educado en Megalópolis y al que se le había concedido la ciudadanía de allí, se había inventado un parentesco con Alejandro, el hijo de Filipo, y para dar credibilidad a sus historias, llamó a sus hijos Filipo y Alejandro, y a su hija Apama. A esta última se la prometió en matrimonio a Aminandro. Su hermano Filipo la acompañó a la boda y, cuando vio que Aminandro era débil e inexperto en los asuntos públicos, se quedó asumiendo las tareas de gobierno en virtud de su parentesco. Así que, entonces, Antíoco, haciendo concebir esperanzas a este Filipo de que lo volvería a establecer en el trono de Macedonia, como patrimonio que era de sus antepasados, se aseguró la alianza de los atamanes. También se atrajo a los tebanos, yendo en persona a Tebas y pronunciando una alocución ante el pueblo. Y estaba, en verdad, envalentonado ante una guerra tan grande por su confianza vana en los tebanos, Aminandro y los etolios, y trataba de dilucidar si debía atacar Tesalia de inmediato o después del invierno. Como Aníbal no hacía el menor comentario sobre esta cuestión, le pidió en primer lugar que expusiera su criterio.

Y Aníbal replicó: «A los tesalios no es difícil so- 14
meterlos, tanto ahora como después del invierno, si

tú quieres, pues al ser un pueblo muy castigado desde hace mucho tiempo, se pondrán ahora de tu parte y, de nuevo, al lado de los romanos si llegara a ocurrirte una desgracia. Pero hemos venido sin nuestro propio ejército, prestando oídos a las tentadoras ofertas de los etolios de que los lacedemonios y Filipo combatirían como aliados nuestros. De éstos he oído decir que los lacedemonios combaten contra nosotros al lado de los aqueos y, por otra parte, no veo que se encuentre a tu lado Filipo, quien puede inclinar la balanza en esta guerra hacia el bando al que preste su favor. Persisto, pues, en mi misma opinión de llamar, lo más rápidamente posible, al ejército de Asia y no poner tus esperanzas en Aminandro y los etolios, y cuando éste llegue, devastar Italia a fin de que, ocupados con los infortunios en su patria, causen los menos problemas posibles a tus asuntos y, por temor a los suyos propios, en modo alguno hagan avanzar contra ti ningún ejército. Sin embargo, la forma de ejecutar el plan no es ya la misma que te expuse antes, sino que la mitad de las naves debe saquear el litoral de Italia y la otra debe permanecer anclada a la espera de oportunidades, en tanto que tú con todo el ejército de tierra, después de acampar en algún lugar de Grecia próximo a Italia, haces un simulacro de invasión, e incluso, si puedes en cualquier momento la invades realmente. Además, debes intentar ganarte a Filipo a toda costa, pues es quien puede ser de más utilidad en esta guerra a uno u otro bando. Y, si no se deja convencer, envía a tu hijo Seleuco contra él a través de Tracia, para que también éste, ocupado con una guerra en su patria, resulte totalmente inútil para tus enemigos.»

Éstos fueron los consejos de Aníbal y, sin duda, los mejores de todos. Sin embargo, por envidia de su fama y de su inteligencia, el resto de los consejeros y el propio rey, en no menor medida, a fin de que no pare-

ciera que Aníbal los aventajaba en las cualidades del generalato y para que no se atribuyera a aquél la gloria de lo que fuera a ocurrir, desoyeron todos los consejos, excepto el de que Polixénidas fuera enviado a Asia a por el ejército.

Los romanos, a su vez, después que se enteraron de 15
la invasión de Grecia por Antíoco y de la matanza y apresamiento de los romanos en Delio, decretaron hacer la guerra. Así fue como la guerra entre Antíoco y los romanos estalló de hecho, entonces por primera vez, motivada por la sospecha mutua en que se tenían desde hacía mucho tiempo. Los romanos esperaban que la guerra sería larga y dura para ellos, puesto que Antíoco dominaba en muchos y grandes pueblos del Asia interior y en casi la totalidad de la zona costera, excepto unos pocos, y había cruzado ya a Europa envuelto en una reputación formidable, así como con fuerzas suficientes, y había llevado a cabo muchos otros hechos de armas brillantes frente a otros pueblos, por los que había obtenido el título de Grande. Sospechaban, además, de Filipo de Macedonia, que había sido vencido en la guerra por ellos hacía poco tiempo, y de los cartagineses, por temor a que no les fueran fieles conforme a los tratados, al estar cooperando Aníbal con Antíoco. Tenían sospechas también del resto de los pueblos sometidos, no fuera a ser que se suscitara entre ellos un conato de rebelión a la vista de la reputación de Antíoco. Por este motivo, enviaron un ejército a cada una de las provincias para que las vigilaran de manera pacífica, y pretores al frente de los ejércitos, a los que llaman *sexfascales*, porque mientras que los cónsules usan doce segures y doce fasces, como los reyes antaño, los pretores tienen sólo la mitad de la dignidad y la mitad del número de insignias. Y, al tratarse de un momento de grave peligro, estaban horrorizados, incluso respecto a Italia, no fuera a ser que ni siquiera

ella les fuera fiel o segura contra Antíoco. Enviaron un gran ejército de infantería a Tarento para prevenir un ataque por aquella parte y una flota de naves patrullaba la costa. Tan grande era el miedo que le tenían a Antíoco en un principio. Y, cuando tuvieron dispuestas todas estas medidas de gobierno, hicieron una leva de hasta veinte mil hombres de entre sus propios ciudadanos, para luchar contra Antíoco, y de doble número de aliados, con la intención de cruzar el Adriático tan pronto como llegara la primavera. En estos preparativos ocuparon los romanos todo el invierno.

16 Antíoco marchó contra los tesalios y, al llegar a Cinoscéfalas, donde había tenido lugar la derrota de los macedonios por los romanos, enterró con magnificencia los restos de los caídos en aquella ocasión que estaban aún insepultos. Se granjeó así, con este golpe de efecto, el favor de los macedonios y acusó a Filipo ante ellos de no haber enterrado a los que habían caído en su defensa. Filipo, al enterarse de esto, aun cuando hasta entonces había estado vacilante y dubitativo de hacia qué lado inclinarse, eligió de inmediato la causa romana[13] y, llamando al general romano Bebio que mandaba un ejército en las cercanías para que viniera a un cierto lugar, le dio de nuevo garantías de que combatiría como aliado sincero de los romanos contra Antíoco. Bebio le alabó por su actitud y, lleno de confianza, envió, al punto, a Apio Claudio con dos mil soldados de infantería a Tesalia a través de Macedonia. Y Apio, cuando vio desde Tempe que Antíoco tenía

---

[13] Sobre la importancia de este hecho en la decisión de Filipo de aliarse abiertamente con Roma, WALBANK, *Philip...*, págs. 200 y sigs., le confiere total valor. Por el contrario, DE SANCTIS, IV 1, pág. 149, n. 72, piensa que se trata de una exageración y que constituye un ejemplo más de cómo la tradición gusta de explicar los hechos importantes con motivos de escasa entidad.

puesto cerco a Larisa, reunió gran número de fogatas para ocultar la parvedad de sus fuerzas. Antíoco, trastornado por la idea de que Bebio y Filipo estaban presentes, levantó el sitio poniendo como pretexto el invierno y se retiró a Calcis. Allí, cautivado por el amor de una hermosa joven, aunque contaba más de cincuenta años y llevaba entre manos una guerra de tanta magnitud, celebró sus esponsales, dio un festival público y permitió que sus tropas se entregaran a toda clase de ocios y lujos durante todo el invierno. Pero, cuando invadió Acarnania, a comienzos de la primavera, se dio cuenta de la pereza del ejército y de su incapacidad para cualquier tipo de trabajo y, entonces, se arrepintió de su boda y del festival público[14]. Sin embargo, después de someter una parte de Acarnania y, cuando sitiaba el resto, tan pronto como se enteró de que los romanos atravesaban el Adriático, regresó a Calcis.

Aquéllos, cruzando a toda prisa desde Brindisi a 17
Apolonia con los dos mil jinetes de que entonces disponían, veinte mil soldados de infantería y algunos elefantes, bajo el mando de Acilio Manio Glabrio, se pusieron en camino hacia Tesalia. Libraron a las ciudades del asedio y, en todas las que ya había guarniciones atamanas, las expulsaron e hicieron prisionero a Filipo de Megalópolis, que todavía esperaba el reino de Macedonia. También apresaron a unos tres mil soldados de Antíoco. Al tiempo que Manio hacía estas cosas, Filipo, a su vez, invadió Atamania y la sometió en su totalidad,

---

14 Esta censura de que es objeto Antíoco aparece unánimemente en toda la tradición historiográfica antigua. Sin embargo, y pese a que también tiene eco en autores modernos, Walbank (*Philip...*, pág. 202, n. 1). De Sanctis (IV 1, pág. 153, n. 79), E. Will y otros (II, pág. 174) la consideran poco digna de crédito. Tal vez formaba parte de la propaganda antiseleúcida y, desde luego, contrasta con la actividad desplegada por Antíoco en el invierno del 192-191 a. C.

huyendo Aminandro a Ambracia. Y Antíoco, dándose cuenta de todos estos sucesos y anonadado por la celeridad de los acontecimientos, se asustó por el súbito e inesperado cambio de suerte y comprendió, entonces, el sabio consejo de Aníbal. Envió un mensajero tras otro a Asia para apremiar a Polixénidas a que cruzara y él, entretanto, convocó a cuantas fuerzas tenía desde todas partes. Tras reunir diez mil soldados de infantería y quinientos de caballería de entre sus propias fuerzas, además de algunos aliados, ocupó con estas tropas las Termópilas, con idea de interponer este paso difícil entre él y los enemigos, mientras aguardaba al ejército de Asia. Las Termópilas son un paso estrecho y alargado flanqueado, de un lado, por un mar bronco y sin puertos, y de otro, por un cenagal intransitable y profundo. Hay en ellas dos picachos escarpados llamados uno Tiquiunte y el otro Calídromo. El lugar tiene fuentes de aguas calientes, de donde le viene el nombre de Termópilas[15].

18 Allí construyó Antíoco una muralla doble, colocó en ella las máquinas y envió a los etolios a las cumbres de los picachos para que nadie diera un rodeo, sin ser visto, por el famoso sendero por el que, precisamente, Jerjes atacó a los espartanos bajo las órdenes de Leónidas, por estar los montes en aquella ocasión desguarnecidos. Los etolios apostaron en cada una de las cumbres a mil hombres y acamparon por su cuenta, con el resto, en los alrededores de la ciudad de Heraclea. Manio, después de haber visto los preparativos de los enemigos, dio la señal de combate al amanecer y ordenó a dos de los tribunos militares, Marco Catón y Lucio Valerio, que, escogiendo las tropas que cada uno quisiera, rodearan durante la noche las montañas y trata-

[15] En realidad, Termópilas significa en griego «Puertas calientes».

ran de expulsar a los etolios de las cumbres, de la forma que les fuera posible. Lucio fue rechazado del monte Tiquiunte, pues allí los etolios eran buenos combatientes, pero Catón, acampando junto al Calídromo, cayó sobre los enemigos cuando todavía dormían, alrededor de la última guardia, y el combate fue encarnizado en su entorno, al tener que abrirse paso hacia zonas elevadas y rocosas con la oposición de los enemigos. Por entonces, Manio conducía ya al ejército de frente contra Antíoco, dividido en columnas, pues solo así es posible marchar en los pasos estrechos. El rey ordenó que las tropas ligeras y los peltastas combatieran delante de la falange y, a ésta, la colocó delante del campamento con los honderos y arqueros a su derecha, al pie mismo del monte, y los elefantes, con la tropa que siempre les acompañaba, a su izquierda, junto al mar.

Cuando se entabló combate, las tropas ligeras hos- 19
tigaban, en un principio, a Manio desde todos los sitios, corriendo a su alrededor. Sin embargo, éste las contuvo con valentía y, cediendo primero y atacando luego, logró hacerlas huir y, entonces, la falange de los macedonios, escindiéndose, recibió en su interior a aquéllas y, volviendo a unirse, las ocultó. Acto seguido, presentaron las sarisas[16] de forma masiva y ordenada en una formación con la que, sobre todo, los macedonios de Alejandro y Filipo aterraban a sus enemigos, que no se atrevían a acercarse a las lanzas de gran tamaño opuestas en número considerable. Pero, de repente, se vio la huida y el griterio de los etolios que, desde el monte Calídromo, se precipitaban sobre el campamento de Antíoco. En un primer momento, unos y otros ignoraban lo ocurrido y

---

[16] Era el arma por excelencia de la falange macedonia, que sustentaba, a su vez, el peso del ejército. Veánse más detalles en WALBANK, *Philip...*, *Appendix II: Notes on the Army under Philip V*, con bibliografía sobre el tema.

existía el desconcierto propio de una situación tal. Sin embargo, tan pronto como apareció Catón persiguiéndolos en medio de un gran clamor y estuvo ya sobre el campamento de Antíoco, los soldados del rey, que habían recibido de tiempo atrás noticias terribles sobre la forma de luchar de los romanos y que eran conscientes de que se habían degradado hasta ser incapaces de realizar cualquier cosa a causa de su inactividad y vida placentera durante todo el invierno, se aterraron. Y, como no veían con claridad cuántos eran los que estaban con Catón y pensaban que eran más a causa del miedo que sentían y, además, temían por el campamento, huyeron en desorden hacia éste con idea de defenderse desde allí de los enemigos. Pero los romanos pisándoles los talones entraron a la vez que ellos en el campamento y otra vez huyeron desde aquel desordenadamente los soldados de Antíoco. Manio los persiguió hasta Escarfia matándolos o haciéndolos prisioneros y, tras regresar desde allí, saqueó el campamento del rey y, con su sola presencia, expulsó a los etolios que habían irrumpido en el campamento de los romanos en ausencia de éstos.

20 Las pérdidas romanas, durante la batalla y la persecución, fueron de unos doscientos hombres y las de Antíoco, incluidos los capturados, de unos diez mil. El rey, en persona, tras la primera señal de derrota, huyó sin mirar atrás hasta Elatea con quinientos jinetes y, desde allí, a Calcis y a Éfeso con su nueva esposa Eubea, como él la llamaba, a bordo de sus naves; pero no todas, pues a algunas de ellas que transportaban provisiones, el almirante romano las abordó y las hundió. Cuando el pueblo romano se enteró de la victoria, que había resultado tan rápida y fácil para ellos, celebraron un sacrificio, contentos por esta su primera confrontación con la temible reputación de Antíoco. Para corresponder a la alianza de Filipo, le enviaron a su

hijo Demetrio, que todavía permanecía como rehén entre ellos.

Mientras ocurrían estos sucesos en la ciudad, Manio disipó los temores de los focenses, calcidios y cuantos otros habían tratado con Antíoco, que impetraban su perdón. En cambio, tanto él como Filipo devastaron Etolia y pusieron cerco a sus ciudades. Manio capturó a Damócrito, el general de los etolios, que estaba oculto allí y que había amenazado a Flaminino con acampar a orillas del Tíber. Entonces, Manio se puso en camino hacia Calípolis a través del monte Córax, el más alto de todos los de la región, muy difícil de franquear y escarpado, con un ejército sobrecargado por el peso del botín y la impedimenta. Muchos soldados cayeron a los precipicios, debido al mal estado del camino, y quedaron destrozados con sus enseres y armas. Y los etolios, que hubieran podido crear la confusión en el ejército, ni siquiera se dejaron ver, sino que enviaron una embajada a Roma para negociar la paz. Antíoco, entretanto, hizo venir, a toda prisa, junto al mar al ejército desde las satrapías del interior y equipó las naves, que puso bajo el mando de Polixénidas, un desterrado de Rodas. Cruzó de nuevo el Quersoneso, lo fortificó y se apoderó de Sestos y Abido, a través de las cuales era obligado que las legiones romanas hicieran el viaje en su travesía hasta Asia. Convirtió a Lisimaquea en el almacén para esta guerra y acumuló en ella muchas armas y trigo, pensando que los romanos la atacarían de inmediato con un gran ejército de tierra y con naves. Éstos eligieron, como sucesor de Manio en el generalato, a Lucio Escipión, que era entonces cónsul, pero como se trataba de un hombre poco avezado e inexperto en la guerra, designaron, como su consejero, a su hermano Publio Escipión, el que había despojado a los cartagineses de su suprema-

cía política y había sido el primero en recibir el título de Africano.

22 Mientras los Escipiones estaban aún entregados a sus preparativos, Livio[17], que tenía a su cargo la custodia de la costa de Italia y que había sido elegido como sucesor de Atilio para el mando de la flota, partió rumbo al Pireo con sus propios barcos, con los que patrullaba el litoral italiano, así como con algunos cedidos por los cartagineses y con otros de los aliados. Allí, tomó el mando de la flota de Atilio y se hizo a la mar con ochenta y un barcos acorazados[18], seguido de Éumenes, con cincuenta de los suyos, de los que la mitad también estaban acorazados. Y arribaron a Focea, lugar perteneciente a Antíoco, pero que les recibió a causa del pánico, y al día siguiente, se hicieron a la mar para un combate naval. Polixénidas, el almirante de la flota de Antíoco, les salió al encuentro con doscientos barcos mucho más ligeros que los de los enemigos, lo que en verdad era una gran ventaja para él, dado que los romanos eran todavía inexpertos en cuestiones de naútica. Y, cuando vio que dos naves cartaginesas navegaban adelantadas, envió contra ellas a tres de las suyas y las apresó a las dos, pero vacías, pues sus tripulaciones habían saltado al mar. Livio fue el primero en atacar lleno de ira a las tres naves con la nave capitana, pues marchaba muy en cabeza de la flota. Aquéllas, como se trataba de una sola nave, le lanzaron con desprecio las «manos de hierro»[19] y, cuan-

---

17 C. Livio Salinátor.

18 Los *katáphraktoi nêes* son barcos de guerra largos y con puentes provistos de un cierto tipo de defensas, equivalentes a las *constratae, tectae naues* en latín; los *ploîa makrá, naues longae* son barcos de guerra en general. Véanse detalles de los primeros en J. Borimir, *The Athenian Navy in the Classical Period* (Univer. of Calif. Public.: class. stud. 13), 1975, pág. 188.

19 A este artefacto lo llaman Frontino, *Strategmata* II 3, 24, y Floro, II 2, 8, *manus ferrea*, y parece ser que se trata del mis-

do estuvieron trabados los barcos, la lucha se desarrolló como en tierra. Pero los romanos, muy superiores por su osadía, se lanzaron al abordaje sobre los barcos de los enemigos, obtuvieron la victoria y emprendieron el regreso, llevándose dos barcos a la vez con uno solo. Éstos fueron los prolegómenos del combate naval. Y, una vez que ambas escuadras se abordaron, los romanos se impusieron por su fuerza y arrojo, pero a causa de la pesadez de sus barcos no podían capturar a los enemigos, que escapaban en otros más ligeros. Finalmente, éstos se refugiaron, tras una rápida huida, en Éfeso y los romanos se dirigieron a Quíos, en donde se les unieron veintisiete naves aliadas de los rodios. Cuando Antíoco se enteró de este combate naval, envió a Aníbal a Siria para procurarse otras naves de Fenicia y Cilicia, y a su regreso, los rodios lo coparon en Panfilia, cogieron a algunos de sus barcos y bloquearon al resto.

Entretanto, Publio Escipión llegó a Etolia con el 23
cónsul y recibió el mando del ejército de Manio. Menospreció, como cosa de poco valor, entregarse al asedio de las ciudades etolias y permitió, ante los ruegos de los etolios, que éstos enviaran de nuevo una embajada a Roma para tratar de sus personas, pero, en cambio, se apresuró a marchar contra Antíoco antes de que expirara el mando para su hermano. Realizó, a través de Macedonia y Tracia hasta el Helesponto, un viaje que le hubiese resultado penoso y difícil, si Filipo de Macedonia no hubiera reparado mucho antes los caminos, le hubiese recibido y dado escolta, le hubiera ponteado los ríos y tenido listas las provisiones. A causa de lo

---

mo que Polibio describe en I 22, y al que le da el nombre de *kórakas, coruus* en latín, es decir «cuervos». Sobre la interpretación del texto polibiano, véase Díaz Tejera, *Polibio*, Madrid-Barcelona, 1972, págs. 41-42, n. 1, con bibliografía.

cual, los Escipiones lo eximieron inmediatamente del pago del resto del dinero, autorizados para ello por el senado si lo encontraban solícito. También enviaron cartas a Prusias, rey de los bitinios, enumerándole a cuántos reyes, que habían combatido como aliados, les habían engrandecido sus dominios los romanos. Y a Filipo de Macedonia, decían, a pesar de haberle vencido en la guerra, lo dejaron seguir siendo rey «y liberamos a su hijo de la condición de rehén, al tiempo que le condonamos la deuda aún pendiente». Por estas razones, Prusias prometió de buen grado combatir como su aliado contra Antíoco[20].

Livio, el comandante de la flota, cuando se enteró del viaje de los Escipiones, dejó en Eólide a Pausímaco[21] el rodio con las naves rodias y una parte de su propia flota, en tanto que él, con la mayor parte de las naves, navegaba hacia el Helesponto para recibir al ejército. Sestos, Reteo, el puerto de los aqueos y algunos otros lugares se pasaron a su lado, pero Abido se negó y fue sitiada.

24 Pausímaco, cuando se marchó Livio, entrenó y ejercitó a los suyos con frecuencia, construyó máquinas de muy diverso tipo y colgó de largas pértigas vasijas de hierro conteniendo fuego, para suspenderlas sobre el mar, a fin de que sobresalieran mucho de sus propios barcos y cayeran sobre los enemigos cuando se acercaran. Mientras estaba entregado a estos menesteres, Polixénidas, el comandante de la flota de Antíoco, que era rodio también, pero estaba desterrado de su patria por algún proceso criminal, le tendió una trampa, prometiendo ponerle en sus manos la flota de Antíoco, si estaba de acuerdo en cooperar para conseguir su re-

---

20 Parece que permaneció neutral. Véase Walbank, *Philip...*, pág. 211, n. 8.

21 Polibio, XXI 7, y Livio, XXVI 45, 5; XXXVII 9, 5, etc., lo llaman Pausístrato.

greso. Pero Pausímaco sospechaba de un hombre mentiroso y malhechor y, durante mucho tiempo, se guardó de él con mucho cuidado. Sin embargo, una vez que Polixénidas le remitió una carta sobre la traición, escrita por su propia mano, y además, se retiró de Éfeso y fingió enviar al ejército por los alrededores para forrajear, Pausímaco, al ver la retirada y pensando que nadie habría enviado una carta autógrafa sobre la traición si no dijera la verdad, se llenó de confianza, suspendió su vigilancia y envió también él a recolectar trigo. Cuando Polixénidas se dio cuenta de que éste había caído en la trampa, reunió de inmediato a sus efectivos navales y envió al pirata Nicandro con unos pocos a Samos para hostigar desde tierra, por la retaguardia, a Pausímaco y él, a su vez, se hizo a la mar a media noche y, hacia la cuarta vigilia, cayó sobre aquél cuando aún dormía. Pausímaco, envuelto en esta desgracia inesperada y repentina, ordenó que los soldados abandonaran los barcos y se defendieran desde tierra contra los enemigos. Pero, al atacarle por detrás Nicandro, pensó, como era natural en la oscuridad, que la tierra estaba tomada de antemano no sólo por los que tenía a la vista, sino por muchos más. Así que, atolondrado, intentó embarcar de nuevo en sus naves y fue el primero en acudir al combate y el primero en caer luchando con valentía. El resto fue capturado o muerto. Las siete naves que llevaban los aparatos con el fuego lograron huir, pues ningún barco se atrevió a acercarse a ellas por temor a las llamas; en cambio, a las veinte restantes, Polixénidas las amarró y las remolcó a Éfeso.

Como consecuencia de esta victoria, Focea, Samos[22] 25
y Cumas se pasaron de nuevo a Antíoco. Y Livio, temiendo por las naves que había dejado en Eólide, regresó

[22] Apiano añade Samos por equivocación.

a toda prisa junto a ellas. Éumenes se apresuró a reunirse con él, y los rodios enviaron a los romanos otras veinte naves. Tras un breve lapso de tiempo, todos recobraron ánimos y navegaron hacia Éfeso preparados para un combate naval. Como nadie navegó contra ellos, desplegaron la mitad de las naves en una larga hilera en medio del mar como para una exhibición y, con las restantes, arribaron a la tierra enemiga y la saquearon, hasta que Nicandro los atacó desde el interior, les quitó el botín y los persiguió de vuelta hasta sus naves.

Y, de nuevo, emprendieron el regreso a Samos y expiró el plazo del mando de la flota para Livio.

26 Por este mismo tiempo, Seleuco, el hijo de Antíoco, devastaba el territorio de Éumenes y ponía cerco a Pérgamo, encerrando a los soldados dentro de la ciudad. Por lo cual, Éumenes navegó a toda prisa hacia Elea, el puerto base de su reino, y con él, Lucio Emilio Regilo, el sucesor de Livio en el mando de la flota. Acompañaban a Éumenes mil soldados de infantería y cien jinetes escogidos, enviados como aliados por los aqueos. Cuando su comandante Diófanes vio, desde las murallas, a los soldados de Seleuco jugando y bebiendo de forma despreciativa, intentó convencer a los habitantes de Pérgamo para que se unieran a él en una salida contra los enemigos. Sin embargo, como aquéllos no estuvieran de acuerdo, armó a sus mil soldados de infantería y a sus cien jinetes y, sacándoles fuera de la ciudad, permaneció quieto bajo la muralla. Los enemigos, durante largo tiempo, los miraron con desprecio, pues pensaban que eran pocos y no se atrevían a luchar, pero él los atacó mientras comían, sembró la confusión entre ellos y puso en fuga a los guardias de los puestos de avanzada. Sobre el resto obtuvo una victoria muy brillante mientras saltaban en busca de sus armas y trataban de embridar a sus caballos, persi-

guiendo a los que huían o intentando montar con dificultad en los que no se estaban quietos, en tanto que los de Pérgamo, arriba en las murallas, daban gritos, pero sin atreverse a salir tampoco entonces. Y, tras matar a cuantos pudo como en una exhibición y coger a algunos prisioneros y caballos, regresó a toda prisa. Al día siguiente colocó de nuevo a los aqueos bajo la muralla, pero tampoco le acompañaron esta vez en su salida los de Pérgamo. Seleuco se le aproximó con gran número de jinetes, incitándolo al combate, pero él no aceptó el reto en esta ocasión, sino que aguardó el momento oportuno, quieto junto a la muralla. Y, una vez que Seleuco, tras esperar hasta mediodía, cuando ya estaban cansados los jinetes, dio la vuelta y emprendió el regreso, Diófanes atacó entonces la retaguardia, sembrando la confusión y causando cuanto daño pudo, y de nuevo regresó al punto bajo la muralla. Y acechando de esta forma continuamente al enemigo cuando iba a la búsqueda de forraje o de madera, y acosándolo siempre de uno u otro modo, obligó a Seleuco a levantar el cerco de Pérgamo y, posteriormente, lo expulsó del resto del territorio de Éumenes.

Poco tiempo después tuvo lugar un combate naval 27
entre Polixénidas y los romanos en las proximidades de Mioneso, donde se habían congregado Polixénidas con noventa naves acorazadas y Lucio, el almirante romano, con ochenta y tres, de las cuales veinticinco procedían de Rodas. Eudoro, el comandante de estas últimas, estaba colocado en el ala izquierda y, cuando vio que Polixénidas por el otro lado extendía su línea mucho más allá de la establecida por los romanos, tuvo miedo de ser rodeado y, navegando velozmente alrededor con sus naves rápidas y sus remeros expertos en la mar, condujo en primer lugar contra Polixénidas a las naves portadoras de las máquinas de fuego, que resplandecían por las llamas desde todos los ángu-

los. Las naves de éste no se atrevían a embestirlas por temor al fuego y, dando vueltas a su alrededor en círculo, se escoraban llenándose de agua de mar y se golpeaban con las serviolas. Finalmente, una nave rodia embistió a una sidonia y, como consecuencia del fuerte golpe, salió disparada el ancla de la nave sidonia y fue a clavarse en la rodia quedando trabadas ambas naves entre sí. Por este motivo, al estar inmovilizadas las naves, el combate entre las tripulaciones tuvo lugar como en tierra firme. Entretanto, muchas otras naves acudieron en auxilio de una y otra, y se entabló una brillante pugna por ambos bandos en la que las naves romanas navegaron contra el centro de la línea de Antíoco, que había quedado desguarnecido por la razón expuesta, y rodearon al enemigo antes de que se diera cuenta. Cuando éstos lo advirtieron, se produjo la huida y la persecución y fueron destruidas veintinueve naves de Antíoco, de las que trece fueron capturadas con sus tripulaciones. Los romanos perdieron sólo dos. Polixénidas se llevó la nave rodia y la condujo a Éfeso.

28 Éste fue el desenlace del combate naval en torno a Mioneso. Antíoco, mientras no se enteró de ello, continuaba entregado a fortificar con todo cuidado el Quersoneso y Lisimaquea, pensando, como de hecho era, que sería una gran defensa contra los romanos, lugar por donde, incluso atravesar el resto de Tracia, les hubiera resultado sumamente difícil y casi infranqueable, de no haberles ayudado Filipo. Pero Antíoco que era, por lo general, irreflexivo y tornadizo, cuando supo de la derrota de Mioneso, quedó totalmente anonadado por el temor, al pensar que los hados se habían vuelto contra él, pues todo salía al revés de lo que esperaba. En efecto, los romanos habían vencido en el mar, en donde él creía que era muy superior; los rodios habían copado a Aníbal en Panfilia, y Filipo, de quien suponía que guardaría el máximo rencor hacia los romanos por

lo que había sufrido por causa de ellos, les daba escolta y ayudaba por los caminos intransitables. Perturbado por todas estas cosas y porque ya la divinidad había hecho mella en su razón, lo que precisamente les ocurre a todos cuando se presentan las desgracias, abandonó sin justificación el Quersoneso antes, incluso, de que los enemigos estuvieran a la vista, sin llevarse consigo ni quemar todo el trigo que en gran cantidad había almacenado allí, ni las máquinas de guerra, las armas y el dinero, sino abandonando todos estos recursos al enemigo en perfecto estado de uso[23]. No prestó atención al hecho de que los lisimaqueos huyeran con él, como después de un asedio, con grandes lamentos junto con sus esposas e hijos. Tan sólo pensaba en impedir a los enemigos la travesía a Abido y en esto ponía toda la esperanza que aún tenía de la guerra. Sin embargo, a causa de la locura enviada por la divinidad, no defendió el paso, sino que se apresuró a ganar el interior del país, antes que los enemigos, y no dejó ninguna guardia en el estrecho[24].

Los Escipiones, una vez que se enteraron de su re- 29
tirada, tomaron Lisimaquea en un abrir y cerrar de ojos y, tras apoderarse de los tesoros y armas existentes en el Quersoneso, cruzaron de inmediato con rapidez el Helesponto, que estaba desguarnecido, y se presentaron en Sardes antes que Antíoco, que aún desconocía que lo hubieran cruzado. El rey, aterrado e

---

23 El abandono de Lisimaquea fue, a juicio de De Sanctis (véase IV 1, pág. 187 y n. 128), una decisión prudente por parte de Antíoco, pues su defensa era imposible estando el mar en posesión de los romanos. No parece creíble, en cambio, la afirmación de este autor (en *loc. cit.*, pág. 188) de que Antíoco dejó allí las armas y provisiones intactas por motivos humanitarios.

24 Obsérvese cómo Apiano hace desempeñar, a veces, un papel capital al elemento divino en decisiones de enorme trascendencia (véanse Escipión en Iberia, Aníbal en Roma, etc.).

irritado y haciendo responsable de todos sus errores a la divinidad, envió a Heraclides de Bizancio a presencia de los Escipiones para tratar del cese de la guerra. Les ofreció Esmirna, la Alejandría que está junto al Gránico y Lámpsaco, ciudades que fueron el motivo del comienzo de la guerra. Fue autorizado, además, a entregar, si era necesario, cuantas ciudades jonias y eolias habían tomado partido por los romanos en la contienda y cualquier otra cosa que pidieran los Escipiones. Esto era lo que Heraclides debía decir en público, pero, en privado, llevaba también, de parte de Antíoco, para Publio Escipión, la promesa de una gran cantidad de dinero y de la liberación de su hijo. A éste lo había apresado Antíoco en Grecia cuando navegaba desde Calcis a Demetrias. Y este hijo era el Escipión que después tomó y destruyó Cartago y que llevó en segundo lugar el sobrenombre de Africano[25]. Era hijo de Paulo, el vencedor de Perseo el macedonio, y de la hija de Escipión, y había sido adoptado por Escipión. Los Escipiones dieron a Heraclides la siguiente respuesta de manera conjunta: «Si Antíoco desea la paz no debe renunciar tan sólo a las ciudades jonias y eolias, sino a toda el Asia de esta parte del monte Tauro, y debe sufragar el costo total de la guerra que hubo por culpa suya.» Pero, en privado, Publio dijo a Heraclides: «Si Antíoco hubiera hecho esta oferta cuando todavía estaba en posesión del Quersoneso y de Lisimaquea, los romanos la hubieran aceptado gustosos y, tal vez, aunque tan sólo hubiera mantenido aún la guardia del paso del Helesponto. Pero, ahora que ya lo han atravesado y se encuentran en seguro y, como dicen, le han puesto el bocado al caballo y, además, se han subido en él, no aceptan la paz sobre unas condiciones tan exiguas. Que

[25] Error de Apiano. Se trata de L. Cornelio Escipión, hijo mayor del Africano Viejo.

él en persona agradecía al rey su buena voluntad y que todavía se lo agradecería más cuando recibiera a su hijo; y para devolverle el favor ya le aconsejaba que aceptara la contraoferta antes de arriesgarse a sufrir condiciones más severas».

Publio, después de esta conversación, se retiró a 30
Elea a causa de una enfermedad y dejó a Gneo Domicio como consejero de su hermano[26]. Y Antíoco, al igual que le había ocurrido a Filipo de Macedonia, pensando que la guerra no le iba a quitar más de lo que le imponían las condiciones de los Escipiones, condujo agrupado a su ejército a los alrededores de la llanura de Tiatira no lejos de los enemigos y le envió a Escipión su hijo a Elea. Éste aconsejó a los que le llevaron a su hijo que no luchara Antíoco hasta que él regresara, y Antíoco hizo caso de su advertencia y trasladó su campamento al monte Sípilo y lo fortificó rodeándolo de un fuerte muro. Interpuso, además, el río Frigio entre él y los enemigos, a fin de que no fuera obligado a luchar contra su voluntad. Pero Domicio, que ambicionaba el que la guerra se decidiera por su intervención, atravesó con gran osadía el río y acampó a veinte estadios de Antíoco. Durante cuatro días sucesivos desplegaron cada uno sus ejércitos delante de sus respectivos campamentos, pero no comenzaron el combate. Al quinto día, Domicio desplegó de nuevo su ejército y avanzó con soberbia. Pero, como Antíoco no le presentó batalla, trasladó su campamento más cerca y, dejando transcurrir un solo día de intervalo, hizo anunciar por medio de un heraldo, para que pudieran oírlo los enemigos, que al día siguiente combatiría con Antíoco, quisiera éste o no. Y éste, conturbado, mudó una vez más de criterio y, aunque hubiera podido simplemente resistir

---

26 Véase, sobre estos sucesos, E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, págs. 342-343, 344.

al pie del muro o rechazar desde él con éxito a los enemigos hasta que Publio se restableciera de su enfermedad, consideró que era algo vergonzoso rehuir el combate contando con un número superior de tropas. Así que se preparó para la batalla [27].

31 Ambos se pusieron en marcha cuando todavía era de noche, alrededor de la última guardia, y cada uno de ellos dispuso a su ejército de la siguiente manera. El ala izquierda la ocupaban diez mil legionarios romanos al lado mismo del río, y a continuación, había otros diez mil soldados aliados italianos. Unos y otros estaban dispuestos en una triple línea de batalla. Más allá de los italianos estaba colocado el ejército de Éumenes y unos tres mil peltastas aqueos [28]. Ésta era la disposición del ala izquierda. En el ala derecha estaban los jinetes romanos, los italianos y los de Éumenes, no más, en total, de tres mil. Mezclados con todos éstos, había muchas tropas ligeras y arqueros y, en torno al propio Domicio, estaban cuatro compañías de caballería. En conjunto, la suma total de las tropas ascendía a unos treinta mil hombres. Domicio tomó el mando del ala derecha, colocó en el centro al cónsul y dio el mando del ala izquierda a Éumenes [29]. Considerando que sus elefantes africanos no serían de ninguna utilidad, por ser pocos en número y de tamaño pequeño como ocurre en general con los de África (y

---

27 Batalla de Magnesia.

28 Livio, XXXIX 9, da este mismo número para las tropas aqueas. De Sanctis (IV 1, pág. 194, n. 136) piensa que la fuente de Apiano debió de contabilizar, al igual que la de Livio, en ese número a los soldados de Eumenes junto con los aqueos. Para la descripción de la batalla, puede verse el magnífico estudio de J. Kromayer, *Antike Schlachtfelder*, II, Berlín, 1903-1931, págs. 179 y sigs.

29 Error de Apiano. Éumenes ocupaba el ala derecha y Domicio el ala izquierda.

los pequeños temen a los de mayor tamaño), los colocó a todos en la retaguardia.

Tal era la disposición que presentaban los romanos. 32
A su vez, la fuerza total de Antíoco era de setenta mil hombres, y de éstos, la formación más fuerte era la falange macedónica integrada por dieciséis mil hombres ordenados aún a la manera de Alejandro y de Filipo. Colocó a éstos en el centro, divididos en diez secciones de mil seiscientos hombres cada una, y a su vez, cada sección tenía un frente de cincuenta hombres y treinta y dos de fondo. En los flancos de cada sección había veintidós elefantes. El aspecto de la falange era el de un muro del que las torres eran los elefantes. Así estaba dispuesta la infantería de Antíoco. A cada lado de ella formaban los jinetes, compuestos por gálatas con cota de malla y el cuerpo de caballería macedónico llamado *agema*. Este último lo integraban jinetes escogidos y, por ello, recibe el nombre de *agema*[30]. Un número igual de éstos estaba a cada lado de la falange. Además de ellos, había en el ala derecha algunas tropas ligeras, otros jinetes con escudo de plata y doscientos arqueros a caballo. En el ala izquierda había bandas de gálatas de los tectosagas, trocmos, tolistobeos[31], algunos capadocios que había enviado Ariárates y una mezcla de otras tribus. Había, además, otro cuerpo de caballería con malla y la que llaman la caballería de los Amigos, ligeramente armada. Así formó Antíoco a sus tropas. Parece que tenía puesta su esperanza en la caballería, a la que colocó en gran número en el frente, y en cambio, a la falange, en la que precisamente debía haber

30 Quizás por su entronque con la raíz de *ago* «conducir», en el sentido de cuerpo de tropas que conduce, que guía, y de ahí a cuerpo escogido, de élite.

31 Sobre la forma del nombre, véase G. Cardinali, *Il regno di Pergamo* (Studia Historica 54), Roma, 1968 (= 1906), pág. 40, n. 1; y De Sanctis, IV 1, pág. 213, n. 172.

tenido la máxima confianza, dado su alto grado de preparación, la colocó apiñada en un espacio pequeño de forma muy poco estratégica. Además de las fuerzas mencionadas, había una gran multitud de lanzadores de piedras, arqueros, lanzadores de jabalinas y peltastas frigios, licios, panfilios, pisidios, cretenses, tralianos y cilicios, armados a la manera cretense. Y otros arqueros a caballo, oriundos de Daas, elimeos, misios y árabes, los cuales, montados sobre camellos muy veloces, disparaban con destreza las flechas desde su posición elevada y utilizaban cuchillos largos y estrechos cuando combatían de cerca. Delante del resto de las tropas, en el espacio entre ambos ejércitos, estaban los carros falcados para que abrieran el combate, con la orden de retirarse después de la primera carga.

33 La apariencia del ejército de Antíoco era la de dos ejércitos, uno destinado a comenzar el combate y el otro de reserva. Y cada uno de ellos dispuesto hábilmente con vista a provocar el temor, tanto por el número como por el equipo. Antíoco en persona mandaba la caballería en el ala derecha y su hijo Seleuco en el ala izquierda. Filipo, el guía de los elefantes, mandaba la falange, y Mindis y Zeuxis guiaban a los que iban a abrir el combate.

El día era brumoso y sombrío, así que la visión del espectáculo del despliegue de las tropas resultó desvaída y todos los disparos perdieron efectividad dada la oscuridad y la humedad de la atmósfera. Cuando Éumenes se percató de este hecho, se desentendió del resto de las fuerzas enemigas y, temiendo el ataque de los carros, que estaban alineados sobre todo contra él, reunió a todos los honderos, arqueros y tropas ligeras que tenía bajo su mando y les ordenó que, corriendo alrededor de los carros, dispararan contra los caballos, en lugar de hacerlo contra los conductores; pues, cuando un caballo se golpea con su compañero de yugo

uncido al carro, éste se vuelve inútil y causa mucha perturbación en el buen orden del resto de la formación, puesto que sus propios amigos tienen miedo de las hoces. Y eso, precisamente, fue lo que sucedió también en aquella ocasión. Pues al resultar heridos los caballos en gran número, arrastraron los carros contra sus propios compañeros de armas. Los camellos fueron los primeros en experimentar el desorden, pues estaban colocados próximos a los carros y, después de ellos, la caballería provista de cota de malla, que no pudo eludir con facilidad las hoces de los carros a causa del peso de la armadura. Grande era ya el tumulto y variado el desorden que comenzó, sobre todo, a partir de los caballos desbocados y se extendió a todo el campo de batalla entre ambos ejércitos, y las conjeturas eran peores que lo ocurrido en realidad. Pues en un espacio tan amplio y con una multitud abigarrada, en medio de un griterío multiforme y de un gran pánico, ni siquiera los que estaban más próximos a los hechos captaban la realidad de lo que sucedía y cada uno transmitía a su compañero sus sospechas en forma exagerada.

Éumenes, después que hubo obtenido un éxito re- 34
sonante en su primer intento y una vez que quedó despejado el espacio de terreno que ocupaban los camellos y los carros, condujo a sus propios jinetes y a aquellos de los romanos e italianos que tenía encuadrados entre sus tropas, contra los gálatas y capadocios y el restante contingente de mercenarios opuestos a él, dando grandes gritos y animándolos a combatir contra unos hombres que no tenían experiencia en la guerra y que habían sido privados del apoyo de las tropas que luchaban delante de ellos. Aquéllos le obedecieron y fue tan dura su carga, que pusieron en fuga a éstos, a los escuadrones de caballería que estaban próximos a ellos en la formación y a la caballería provista de cota

de malla, que desde hacía bastante rato andaba desordenada a causa de los carros. A estos últimos en especial, como no podían huir o maniobrar con facilidad por el peso de su armadura, les dieron alcance y los mataron.

Esto ocurría en el ala izquierda de la falange de los macedonios. Pero en el ala derecha, la que precisamente ocupaba Antíoco, este último abriendo una brecha en la compacta formación de la legión romana la dividió y la persiguió un largo trecho.

35 La falange de los macedonios había sido dispuesta formando un cuadro cerrado por estar flanqueada por la caballería, pero, cuando se vio privada de ésta a uno y otro lado, se abrió para acoger en su interior a las tropas ligeras que aún combatían delante de ella y, de nuevo, avanzó en formación cerrada. Entonces, Domicio la rodeó, con facilidad, con muchos jinetes y tropas ligeras, puesto que resultaba un cuadro denso y, al no poder efectuar ya ninguna carga ni desplegar a una masa tan abigarrada, empezaron a sufrir severamente. Y se irritaron por no poder poner en práctica sus tácticas habituales y al verse vulnerables y expuestos desde todas partes a los enemigos. Pero, no obstante, presentando desde el cuadro las sarisas apiñadas incitaban a los romanos a entablar combate cuerpo a cuerpo y daban la impresión, en todo momento, de que iban a atacar. Sin embargo, no avanzaron un solo paso, ya que eran soldados de a pie y con armamento pesado y veían a sus enemigos sobre los caballos, y, sobre todo, para no romper la formación cerrada, pues no tenían tiempo de ordenarla de otra forma. Los romanos, por su parte, no se aproximaron a ellos ni fueron a la pelea cuerpo a cuerpo, temerosos de la experiencia, solidez y desesperación de estos hombres adiestrados, sino que corriendo a su alrededor les disparaban jabalinas y flechas. Ningún disparo se perdía, al estar hacinados

tantos hombres en un espacio reducido, pues no podían ni desviar los proyectiles ni abrir filas y evitarlos. Por esta razón, después de grandes sufrimientos, cedieron ante la necesidad y retrocedieron paso a paso con amenazas, en perfecta calma y temibles para los romanos, los cuales ni siquiera en estas circunstancias se atrevieron a acercarse, sino que siguieron rodeándolos e hiriéndolos con sus disparos, hasta que los elefantes en el interior de la falange macedonia se excitaron y no obedecieron a sus guías, y entonces, el orden de la retirada se rompió.

Domicio venció en este lado y, dándose prisa en 36
llegar hasta el campamento de Antíoco, arrolló a las fuerzas que lo custodiaban. Entretanto, Antíoco, después de perseguir un largo trecho a aquella parte de las legiones romanas que estaba colocada frente a él y que no contaba con la presencia de ninguna tropa de socorro, ni de jinetes ni de tropas ligeras —pues Domicio no la había colocado, pensando que el río era suficiente protección—, llegó hasta el campamento romano. Pero, una vez que el tribuno militar, prefecto del campamento, le salió al encuentro con tropas de refresco y detuvo su avance, los fugitivos recobraron ánimos con la llegada de sus compañeros y volvieron a la lucha. Antíoco regresaba orgulloso como quien ha obtenido la victoria, sin saber nada de lo ocurrido en el ala opuesta. Y cuando Átalo, el hermano de Éumenes, le salió al paso con un cuerpo de caballería bastante numeroso, abriendo brecha en éstos con facilidad pasó a su través y no se preocupó de los enemigos que corrían en paralelo y le causaban poco daño. Sin embargo, tan pronto como vio su derrota y la llanura llena de cadáveres de sus propios soldados, de los caballos y los elefantes, y que el campamento había sido tomado por la fuerza, entonces también huyó Antíoco sin detenerse y llegó a Sardes alrededor de media noche. Desde allí prosiguió

viaje hasta Celenas, a la que llaman Apamea, a donde le habían informado que había huido su hijo, y al día siguiente se retiró a Siria desde Celenas, dejando en esta ciudad a sus oficiales para que recibieran y reunieran a las tropas fugitivas. Envió también embajadores al cónsul para tratar de la paz. Este último estaba ocupado en enterrar a sus muertos, en despojar a los cadáveres de los enemigos y en reunir a los prisioneros. Aparecieron los cadáveres de veinticuatro jinetes y unos trescientos soldados de infantería entre los ciudadanos romanos a los que había dado muerte Antíoco y sólo quince jinetes de Éumenes. Las pérdidas de Antíoco se pueden estimar, incluidos los prisioneros de guerra, en unos cincuenta mil hombres, pues no era fácil contarlos a causa de su elevado número. De los elefantes, algunos fueron muertos y quince fueron capturados.

37 Después de una victoria tan brillante e increíble para muchos —pues no era lógico esperar que una fuerza más pequeña infligiera una derrota tan grande, en una tierra extraña, a un enemigo muy superior en número, y sobre todo, a la falange macedónica, que gozaba entonces de un alto grado de adiestramiento y valor y tenía fama de invencible y temible—, los amigos de Antíoco le reprocharon su temeraria precipitación en hacer la guerra a los romanos, así como la falta de inteligencia e imprudencia mostrada desde el comienzo, al entregarles el Quersoneso y Lisimaquea con las armas y tan gran cantidad de material, antes incluso de medir sus fuerzas con el enemigo, y al haber dejado desguarnecido el Helesponto, cuyo paso sabía él que jamás los romanos hubieran esperado forzarlo con facilidad. También le echaron en cara su última insensatez, al haber inutilizado el cuerpo de tropas más fuerte de su ejército, colocándolo en un espacio de terreno reducido, y haber puesto la esperanza en una multitud promiscua de hombres recién reclutados, en vez de hacerlo en

hombres que, por el ejercicio y el tiempo, eran profesionales de la guerra y que habían acrecentado su espíritu en un alto grado de osadía y arrojo por su participación en tantos combates. Mientras se hacían tales consideraciones acerca de Antíoco, los romanos, sin embargo, tenían la moral muy elevada y consideraban que no había ya ninguna empresa difícil para ellos, gracias a su propio valor y a la ayuda de los dioses; y es que, en efecto, les llevó a creer en su buena suerte el hecho de que tan pocos hubieran vencido en el primer ataque, en la primera batalla y en un país extranjero a un número muy superior, compuesto de tantos pueblos, a los recursos reales, a mercenarios valientes, a la afamada falange macedónica y al rey en persona, poseedor de un inmenso imperio y llamado el Grande, todo ello, en un solo día. Y se hizo muy común entre ellos el siguiente dicho: «*Hubo* un rey, Antíoco el Grande.»

Mientras los romanos se vanagloriaban de tal forma 38
de sus hechos, el cónsul, después que su hermano Publio se reunió con él procedente de Elea, una vez restablecido de su enfermedad, concedió audiencia a los embajadores de Antíoco. Éstos solicitaron saber bajo qué condiciones el rey Antíoco sería amigo del pueblo romano. Y Publio les dio la siguiente respuesta: «Antíoco, por su propia ambición, es el responsable de su situación actual y de la pasada, pues mientras era dueño de un vasto imperio sin que a ello se opusieran los romanos, arrebató la Celesiria a Tolomeo, familiar suyo y amigo de Roma; invadió, a continuación, Europa con la que nada tenía que ver, sometió Tracia, fortificó el Quersoneso y reconstruyó Lisimaquea; y, después de cruzar a Grecia, esclavizó a los griegos que habían sido liberados hacía poco por los romanos, hasta que fue derrotado en una batalla en las Termópilas. Y ni siquiera, puesto en fuga, desistió de su ambición, sino que,

a pesar de haber sido derrotado muchas veces en el mar, no pidió la paz hasta que nosotros acabábamos de atravesar el Helesponto. Y, entonces, también rechazó por soberbia las condiciones ofrecidas y, tras reunir de nuevo un gran ejército e incontables efectivos, prosiguió la guerra contra nosotros, empeñado en luchar con sus mejores tropas hasta que se encontró con un gran desastre. Sería lógico que nosotros le impusiéramos un castigo más severo por su empecinamiento en combatir de continuo a los romanos, pero no tenemos por costumbre volvernos insolentes con nuestros éxitos ni agravar las desgracias de los otros. Le ofrecemos, pues, las mismas condiciones que antes, con algunas pequeñas adiciones que serán de utilidad para nosotros y provechosas para él con vista a la seguridad futura. El rey deberá abandonar toda Europa y la parte de Asia de este lado del Tauro —a partir de aquí se establecerán los límites—; deberá entregar todos los elefantes que posee y las naves que le ordenemos, y, en el futuro, no tendrá elefantes y sólo el número de naves que le fijemos; entregará los veinte rehenes que elija el cónsul y pagará por el costo de esta guerra suscitada por su culpa quinientos talentos euboicos de inmediato y, cuando el senado ratifique los tratados, dos mil quinientos, así como doce mil más durante doce años, llevando a Roma la parte proporcional a cada año; además, deberá devolvernos todos los prisioneros y desertores, y a Éumenes, cuantas posesiones tenga en virtud del pacto con Átalo, el padre de aquél. Si Antíoco cumple esto sin engaño, le ofrecemos la paz y la amistad cuando el senado lo ratifique»[32].

---

[32] Apiano añade, a las claúsulas dadas por Polibio (XXI 16-17) en el tratado preliminar, dos más: «deberá entregar todos los elefantes que posee y las naves que le ordenemos, y en el futuro no tendrá elefantes y sólo el número de naves que le fijemos», y «además deberá devolvernos todos los prisioneros y

Todas estas condiciones ofrecidas por Escipión fueron aceptadas, en su totalidad, por los embajadores. Fue satisfecha, al punto, la parte del dinero exigida y entregados los veinte rehenes, entre los que se contaba Antíoco, el hijo más joven de Antíoco. Los Escipiones y Antíoco enviaron emisarios a Roma y el senado ratificó lo acordado. Se escribió un tratado que consolidaba, en sus líneas generales, los criterios de Escipión, perfilaba puntos que habían quedado sin delimitar y añadía pequeños detalles. Como límite para los dominios de Antíoco, se establecieron los dos promontorios: Calicadno y Sarpedonio, más allá de los cuales no debía navegar Antíoco con fines bélicos. Se fijó en doce el número de barcos acorazados con los que podía contar para emprender la guerra contra sus súbditos, pero podía tener más, si era objeto de ataque. Se le prohibió reclutar mercenarios de territorio romano y recibir a fugitivos de igual procedencia, y los rehenes se cambiarían cada tres años, excepto el hijo de Antíoco. El tratado fue grabado en tablillas de bronce y depositado en el Capitolio, donde suelen depositar también los otros tratados, y enviaron una copia del mismo a Manlio Vulsón, el sucesor de Escipión en el mando[33]. Éste tomó el juramento a los embajadores de Antíoco en Apamea de Frigia, y Antíoco hizo lo propio con 39

desertores...». Estas cláusulas figuraron, en efecto, en la redacción definitiva del tratado. Diodoro (XXIX 10) también menciona la cesión de los elefantes y de los navíos de guerra, lo que hace pensar en una fuente distinta a la de Polibio (véase, para más detalles, De Sanctis, IV 1, págs. 200-203, y E. Will, II, págs. 185-187). Este tratado es importante por ser el más detallado y completo de entre aquellos con cuyo texto contamos en toda la historia de la Antigüedad.

[33] La versión de Apiano sobre cómo se llevó a cabo la redacción definitiva del tratado a cargo del senado y la ratificación en Asia por Manlio Vulsón parece ser la más verosímil y digna de crédito.

Termo, tribuno militar enviado para tal fin. Éste fue el desenlace[34] de la guerra entre Antíoco el Grande y los romanos, y parece que sólo quedó en esto gracias al favor concedido por Antíoco al hijo de Escipión.

40 Algunas personas, cuando regresó Escipión, lo acusaron por este hecho y dos tribunos de la plebe presentaron contra él los cargos de venalidad y traición. Pero él hizo poco caso de la acusación y la menospreció, y como el día del juicio coincidía con el aniversario de su victoria sobre Cartago, envió al Capitolio, antes de su llegada, víctimas para el sacrificio y compareció ante el tribunal con un vestido de ceremonia, en vez de aquel otro lastimoso y humilde de los acusados; así que, por ello, causó de inmediato una profunda impresión en todos y los predispuso en su favor, como ante alguien que estaba orgulloso de la rectitud de su conciencia. Cuando comenzó a hablar, ni siquiera mencionó la acusación, sino que pasó revista a su propia vida, a sus afanes y hechos todos, a las guerras que había librado en defensa de la patria y a la forma en que había llevado cada una de ellas y cuántas veces había obtenido la victoria, hasta el punto de que el auditorio experimentó una sensación de placer a causa de la gravedad de su relato. Y, una vez que llegó en su exposición a la destrucción de Cartago, dando rienda suelta a su imaginación hasta un grado máximo y arrebatados por su elocuencia él mismo y la multitud, dijo con entusiasmo: «En este día obtuve yo tal victoria y puse a vuestros pies a Cartago, ciudadanos, el máximo objeto de temor para nosotros hasta aquel momento. Precisamente ahora me dispongo a partir hacia el Capitolio para realizar los sacrificios conmemorativos de aquel día. Cuantos de vosotros sintáis amor por vuestra ciudad, participad conmigo en

---

34 Véase E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, pág. 340.

ellos, que se ofrecen en vuestro nombre». Después de pronunciar este discurso, corrió hasta el Capitolio, sin preocuparse en absoluto del juicio. Le siguió la multitud y la mayoría de los jueces dando gritos de júbilo, que no cesaron mientras realizaba los sacrificios. Los acusadores no sabían qué hacer, pero no se atrevieron a entablar un nuevo proceso contra él, dado que el anterior no había sido fallado, ni tampoco a reprocharle por su demagogia, pues habían comprendido que su vida era más fuerte que la sospecha y la calumnia.

De este modo manifestó Escipión su desprecio por 41
una acusación indigna de su carrera, actuando con más sabiduría, a mi juicio, que Aristides respecto a la suya de robo y que Sócrates acerca de aquellas otras de las que fue acusado, pues ni uno ni otro replicaron nada al pesar sobre ellos una calumnia semejante, a menos que Sócrates dijera lo que Platón le hizo decir. Y mostró también un espíritu más elevado que Epaminondas, cuando desempeñaba el cargo de beotarca[35] en compañía de Pelópidas y otro más. Los tebanos enviaron a éstos, tras haberles confiado el mando de un ejército a cada uno, a auxiliar a los arcadios y mesenios que habían sido atacados por los lacedemonios, pero los llamaron para responder de ciertos cargos, cuando aún no habían llevado a cabo lo que se proponían hacer. Sin embargo, ellos no entregaron el mando a sus sucesores durante seis meses, hasta que destruyeron las guarniciones lacedemonias y colocaron, de nuevo, en su lugar otras arcadias. Epaminondas obligó a sus colegas a actuar de este modo y les prometió que su acción quedaría impune. Y, una vez que hubieron retornado, los acusadores los sometieron a un proceso a cada uno por separado y propusieron la pena capital

35 Miembro del Consejo federal tebano.

—pues la ley castigaba con la muerte al que detentaba por la fuerza el mando asignado a otro—. No obstante, los otros dos escaparon al castigo, recurriendo a despertar la compasión, a pronunciar largos discursos y a echar la culpa a Epaminondas que les había sugerido que dijeran eso y que testificó la verdad de sus palabras. Y éste, juzgado en último lugar, dijo: «Reconozco que he retenido el mando de manera ilegal durante este tiempo y que obligué a hacerlo a aquellos a los que ahora liberasteis, no pido que se me perdone la pena de muerte puesto que quebranté la ley. Sin embargo, os suplico que, en compensación por mis anteriores servicios, escribáis sobre mi tumba 'Aquí yace el vencedor de Leuctra, el que a su patria, que no se había atrevido a hacer frente al enemigo ni siquiera a cualquier extranjero que llevase una capa lacedemonia, la condujo ante las mismas puertas de Esparta. Su patria lo condenó a muerte por haber violado la ley para el bien de su patria'». Tras decir esto, descendió del estrado y ofreció su cuerpo a los que quisieran llevárselo para sufrir el castigo. Pero los jueces, a causa del reproche contenido en sus palabras, por la admiración que les produjo su defensa y por respeto al hombre que la pronunció, sin aguardar a tomar los votos corrieron fuera del tribunal.

42 Cada uno puede comparar ambos casos como guste. Manlio, el sucesor de Escipión, marchó hacia los territorios que habían sido arrebatados a Antíoco y puso en orden el estado de sus asuntos. Los tolistobeos, una de las tribus gálatas que habían luchado como aliados de Antíoco, se habían refugiado en el monte Olimpo en Misia. Y Manlio, tras escalar el monte con gran dificultad, los persiguió cuando huían, hasta que los mató y los despeñó en un número tan grande, que resultó imposible contarlos, e hizo prisioneros a unos cuarenta mil. Quemó sus armas y, a ellos, como no podía llevar

consigo un número tan elevado de cautivos mientras proseguía la guerra, los vendió como esclavos a las tribus bárbaras vecinas. Entre los tectosagas y trocmos corrió peligro a causa de una emboscada, pero logró escapar. Cuando regresó, los encontró acampados al aire libre en abigarrada muchedumbre y los rodeó con sus tropas ligeras, a las que ordenó que, corriendo alrededor de ellos, les dispararan sin acercarse ni entablar combate cuerpo a cuerpo. Como ningún dardo se perdió a causa de la densidad de los enemigos, mató hasta ocho mil y persiguió a los restantes más allá del río Halis. Ariárates, rey de los capadocios, que también había enviado ayuda militar a Antíoco sintió miedo, pidió perdón y envió, además, doscientos talentos, gracias a lo cual no devastó Manlio su país, sino que regresó al Helesponto con un gran tesoro, con riquezas incontables, con un botín pesadísimo y el ejército sobrecargado [36].

Estos [37] hechos los ejecutó Manlio a la perfección, 43
pero a partir de este momento desdeñó, de forma totalmente absurda, el viaje por mar cuando era la época estival, sin tomar en consideración la carga de cuanto llevaba y sin que hubiera ya necesidad alguna de fatigar o ejercitar con la marcha al ejército, que no iba a la guerra, sino que retornaba a casa con el botín. Y efectuó el viaje a través de Tracia por un camino estrecho, largo e intransitable, con un calor asfixiante, sin enviar tampoco ninguna carta a Filipo, a Macedonia, para que

---

36 Esta expedición de Vulsón contra los gálatas se caracterizó por una crueldad sin límites que hubiera sido impropia de los Escipiones. No obstante, le valió una gran popularidad entre los griegos que, según Polibio, se alegraron más que de la derrota de Antíoco. Véanse más detalles en E. Will, II, págs. 184-185.

37 Véase, al respecto, E. Gabba, *Sul libro Siriaco...*, págs. 345-346.

le saliera al encuentro a fin de darle escolta, ni dividir al ejército en muchas partes para que marchara de forma más desahogada y tuviera lo que necesitara más a la mano y sin distribuir la impedimenta entre la columna de marcha para que estuviera más protegida. Por el contrario, llevaba a todos sus hombres unidos en una larguísima columna con la impedimenta en el centro, de forma que ni los de vanguardia ni los de retaguardia podían prestarle ayuda rápida, debido a la longitud de la columna y a la estrechez del camino. Por lo cual, al atacarle los tracios desde todos los lados por los flancos, perdió una gran parte del botín, del tesoro público y de su propio ejército. Y, con el resto, escapó a Macedonia. Este hecho puso también de manifiesto qué gran ayuda había prestado Filipo al dar escolta a los Escipiones y qué gran error había cometido Antíoco al abandonar el Quersoneso. Manlio, pasando de Macedonia a Tesalia y, de aquí, al Epiro, atravesó hasta Brindisi y, tras licenciar al resto del ejército con destino a sus hogares, regresó a Roma.

44 Los rodios y Éumenes, el rey de Pérgamo, estaban muy ufanos de su alianza contra Antíoco. Éumenes en persona partió hacia Roma y los rodios enviaron embajadores. El senado concedió a los rodios Licia y Caria, territorios que, no mucho después, volvió a quitarles, por mostrarse los rodios más favorables a Perseo, el rey de Macedonia, que a los romanos en la guerra que estos últimos sostuvieron frente a aquél. A Éumenes le dieron los restantes territorios que habían quitado a Antíoco, a excepción de las ciudades griegas que había en ellos. De estas últimas, a cuantas pagaban tributo a Átalo, el padre de Éumenes, les ordenaron que se lo pagaran a Éumenes, pero a todas aquellas que antes eran tributarias de Antíoco las eximieron del tributo y las dejaron autónomas.

Así dispusieron los romanos los territorios conquistados por la guerra. Después que murió el rey Antíoco el Grande, le sucedió su hijo Seleuco. Éste rescató a su hermano Antíoco de la condición de rehén de los romanos, entregando, a cambio, a su propio hijo Demetrio. Cuando Antíoco regresaba tras su estancia como rehén y se hallaba aún cerca de Atenas, Seleuco fue asesinado, como consecuencia de la conspiración de Heliodoro, uno de sus cortesanos[38]. Pero cuando éste quiso forzar su acceso al poder, Éumenes y Átalo lo expulsaron y entronizaron a Antíoco buscando congraciarse con él, pues a causa de ciertas desavenencias también ellos se habían hecho ya sospechosos a los ojos de los romanos. De esta forma, Antíoco, el hijo de Antíoco el Grande, fue rey de Siria. A él le dieron los sirios el sobrenombre de Epífanes, porque, cuando le fue arrebatado el trono por unos usurpadores, se mostró como un auténtico rey. Después de efectuar un pacto de amistad y alianza con Éumenes, gobernó con firmeza sobre Siria y los pueblos vecinos. Designó, como sátrapa de Babilonia, a Timarco y encargó del erario a Heraclides, hermanos ambos y favoritos suyos. 45

Llevó a cabo también una expedición contra Artaxias, rey de los armenios, y después de haberlo cogido prisionero murió, dejando a un niño de nueve años al que los sirios le añadieron el sobrenombre de Eupátor, en recuerdo de la nobleza de su padre. A este niño lo educó Lisias. El senado se alegró de que Antíoco, que había dado muestras de su nobleza en un breve espacio de tiempo, muriera pronto y, cuando Demetrio el hijo de Seleuco —sobrino de Antíoco Epífanes, nieto de Antíoco el Grande y primo de este niño—, que, a la sazón, 46

---

38 Las circunstancias de su muerte son oscuras, pero se sabe que Heliodoro no era uno de sus cortesanos sino su primer ministro (para más detalles, De Sanctis, IV 1, pág. 260 y notas).

continuaba en Roma como rehén y contaba veintidós años de edad, pidió ser instalado en el trono, por considerar que le correspondía en prioridad a él, no lo permitió, pues pensaban que sería menos ventajoso para ellos que gobernara a los sirios un hombre adulto, en vez de un muchacho inmaduro. Y, al enterarse de que había en Siria gran número de elefantes y más naves de las estipuladas para Antíoco, enviaron embajadores para que mataran a los elefantes y quemaran las naves. El espectáculo de la muerte de estas bestias apacibles y escasas y del incendio de los barcos movía a compasión. Y, en Laodicea, un cierto Leptines, exasperado por el espectáculo, apuñaló a Gneo Octavio, el jefe de la embajada, mientras se ungía en el gimnasio, y Lisias lo enterró.

47 Demetrio se presentó de nuevo ante el senado y solicitó ser liberado, al menos, de su condición de rehén, puesto que había sido entregado a cambio de Antíoco y éste había muerto. Pero no pudo obtener ni esto siquiera, así que se hizo a la mar en secreto. Los sirios lo recibieron con gran alegría y accedió al trono después de haber dado muerte a Lisias y al muchacho con él, y tras desterrar a Heraclides y matar a Timarco que se había rebelado y había administrado, por lo demás, con vileza la satrapía de Babilonia. Por todo lo cual, fue llamado Soter, en primer lugar por los babilonios. Cuando se afianzó en el poder, Demetrio envió a los romanos una corona, valorada en diez mil piezas de oro, en agradecimiento de su anterior estancia como rehén entre ellos, y a Leptines, el asesino de Octavio. Aquéllos aceptaron la corona, pero no a Leptines, con la intención de hacer recaer esta acusación sobre todos los sirios. Demetrio expulsó del trono de Capadocia a Ariárates y colocó en su lugar a Olofernes [39], que pasaba

[39] Polibio, XXXII 24, 4, da el nombre de Orofernes.

por ser el hermano de Ariarates, recibiendo por ello seis mil talentos. Sin embargo, los romanos decidieron que, como hermanos, Ariarates y Olofernes reinaran juntos.

Pero, tras el destierro de estos últimos y de Ario- 48
barzanes, su sucesor, no mucho después, por Mitrídates, rey del Ponto, comenzó a fraguarse, por este motivo entre otros, la guerra mitridática, que fue muy grande y con numerosas vicisitudes para muchos pueblos y se prolongó por espacio de casi cuarenta años, durante los cuales se sucedieron en Siria muchos reyes, todos del linaje real y de corta duración, y también hubo muchos cambios y rebeliones contra el poder real. Los partos que ya se habían separado antes del poder de los seleúcidas se apoderaron de Mesopotamia que estaba sometida a aquéllos. Tigranes, el hijo de Tigranes[40] y rey de Armenia, después de haber sojuzgado a muchos pueblos vecinos que contaban con dinastías propias, consideró que era, por este motivo, rey de reyes y atacó a los seleúcidas, que no quisieron someterse. Y, como Antíoco el Piadoso no fue capaz de hacerle frente, Tigranes sometió a todos los pueblos sirios del lado de acá del Éufrates hasta Egipto. También se apoderó, al mismo tiempo, de Cilicia, la cual era vasalla de los seleúcidas, y puso a Bagadates durante catorce años al frente de todas estas conquistas.

Cuando el general romano Lúculo perseguía a Mi- 49
trídates, que se había refugiado en el reino de Tigranes, Bagadates fue con un ejército para socorrer a éste y, entretanto, Antíoco, el hijo de Antíoco el Piadoso, penetrando subrepticiamente en Siria se hizo con el poder con el consentimiento de los sirios. Lúculo, que hizo primero la guerra a Tigranes y lo expulsó del territorio recién adquirido, no se opuso a que Antíoco detentara el poder de sus antepasados. Sin embargo, Pompeyo,

[40] No de Tigranes, sino de Artaxias.

el sucesor de Lúculo, después de derrotar a Mitrídates, convino en que Tigranes reinara en Armenia y expulsó a Antíoco del reino de Siria, aunque no había hecho ningún daño a los romanos. La causa real era que le resultaba fácil, teniendo un ejército, desposeerle de un reino enorme y desarmado, pero el motivo alegado fue que no era lógico que los seléucidas, que habían sido expulsados por Tigranes, gobernaran ya en Siria en lugar de los romanos, los cuales habían vencido a Tigranes.

50 De esta forma, sin luchar, los romanos entraron en posesión de Cilicia, de la Siria interior y la Celesiria, de Fenicia y Palestina y de todos cuantos territorios, englobados bajo el nombre común de Siria, se extienden desde el Éufrates hasta Egipto y el mar. Sin embargo, al pueblo judío, que fue el único en oponer resistencia, lo sometió Pompeyo por la fuerza, envió a Roma a su rey Aristobulo y arrasó hasta los cimientos Jerusalén, su ciudad más grande y la más sagrada para ellos. Esta ciudad había sido destruida también por Tolomeo el primer rey de Egipto, y, edificada de nuevo, la volvió a arrasar Vespasiano, y Adriano hizo lo mismo en mi época. Por tales causas, el impuesto per cápita para todos los judíos es superior al del resto de sus convecinos[41]. Los sirios y cilicios tienen también un impuesto anual consistente en una centésima parte del valor estimado para la propiedad de cada uno. Así pues, Pompeyo, de entre todos estos pueblos que estuvieron sometidos a los seleúcidas, a unos... impuso reyes o jefes propios ⟨a otros les confirmó los que ya tenían antes⟩[42]. De igual modo, también confirmó en sus tetrar-

---

41 Sigo aquí una conjetura de Musgrave: *perioikías* en lugar de *periousías*. Es éste un pasaje que ha dado lugar a interpretaciones varias, véase bibliografía en Viereck, 1962, pág. 543.

42 Schweighäuser determinó la existencia de una laguna. Lo que va entre corchetes angulares es conjetura suya.

quías a los cuatro jefes de los gálatas de Asia que habían luchado a su lado contra Mitrídates. No mucho después, en tiempos de Augusto sobre todo, éstos fueron cayendo a su vez, gradualmente bajo la órbita de Roma.

Pompeyo ordenó que Escauro, que había sido su 51
cuestor durante la guerra, se encargara, de inmediato, de Siria. El senado designó a Marcio Filipo como sucesor de Escauro y a Léntulo Marcelino como sucesor de Filipo, pertenecientes ambos al rango pretoriano. Cada uno de éstos consumió los dos años de su mandato en defenderse de los ataques de los árabes vecinos. Por esta razón, en adelante, se designaron para Siria procónsules, a fin de que tuvieran potestad para levar tropas y hacer la guerra como los cónsules. Gabinio fue el primero de éstos que fue enviado con un ejército y, cuando estaba a punto de emprender la guerra, Mitrídates el rey de los partos, que había sido despojado de su reino por su hermano Orodes, lo convenció para que dirigiera sus fuerzas contra los partos, en vez de contra los árabes. Pero, entonces, Tolomeo XI, rey de Egipto, que también había sido arrojado de su trono, le persuadió, a su vez, con una gran suma de dinero, para que atacara Alejandría, en vez de Partia. Y Gabinio, tras hacer la guerra a los alejandrinos, restauró en el trono a Tolomeo y fue desterrado por el senado por haber invadido Egipto sin su autorización para una guerra considerada de mal augurio por los romanos, pues estaba prohibida en los libros sibilinos. Me parece que Craso fue el sucesor de Gabinio en Siria, el que sufrió aquel gran desastre cuando combatía contra los partos. Cuando Lucio[43] Bíbulo era procónsul de Siria después de Craso, los partos la invadieron, y bajo el gobierno de Saxa, el sucesor de Bíbulo, la recorrieron hasta Jonia,

---

[43] En realidad, M. Bíbulo.

pues los romanos estaban ocupados entonces en las guerras civiles.

Pero de estos hechos daré cumplida cuenta en mi historia de Partia.

52 No obstante, como este libro versa sobre Siria, se ha expuesto cómo la obtuvieron los romanos y la establecieron en su actual situación. Sin embargo, no está fuera de lugar dar un breve repaso al papel desempeñado en ella por los macedonios, los cuales reinaron en Siria antes que los romanos.

Después[44] de los persas, fue rey de Siria Alejandro, quien reinó, además, sobre todos los países que vio. A su muerte, como uno de sus hijos era todavía una criatura muy pequeña y el otro se hallaba en el vientre materno, los macedonios, por amor al linaje de Filipo, eligieron como rey, mientras eran criados los hijos de Alejandro —pues cuidaban también de la viuda encinta—, a Arrideo, el hermano de Alejandro, aunque se pensaba que no estaba en sus cabales y le cambiaron el nombre de Arrideo por el de Filipo. Sin embargo, los amigos de Alejandro dividieron en satrapías a los pueblos sometidos y Perdicas las repartió entre ellos bajo la autoridad del rey Filipo. Y no mucho después, cuando murieron los auténticos reyes, los sátrapas se convirtieron en reyes. El primer sátrapa de Siria fue Laomedonte de Mitilene, gracias al favor de Perdicas y de Antípatro, que fue quien asumió la tutela de los reyes después de Perdicas. Tolomeo, el sátrapa de Egipto, fue al encuentro de Laomedonte con una flota y trató de convencerlo para que, a cambio de una fuerte suma de dinero, le entregara Siria en razón a que cons-

[44] Aquí comienzan de nuevo los *Excerpta* de GEMISTIO PLETHON (véase la historia del texto en la *Introducción*), que encontramos también diseminados a lo largo de los primeros veintiocho capítulos de este libro.

tituía una buena defensa para Egipto y una excelente base de operaciones contra Chipre. Y, como no pudo convencerlo, lo hizo prisionero, pero él sobornó a los guardianes y huyó a Caria junto a Alcetas. Tolomeo reinó en Siria durante un cierto tiempo y, después de dejar guarniciones en las ciudades, navegó de regreso a Egipto.

Antígono era sátrapa de Frigia, Licia y Panfilia y, 53 habiendo sido dejado por Antípatro como inspector de toda Asia, al pasar éste a Europa, sitió a Éumenes, sátrapa de Capadocia, a quien los macedonios habían declarado enemigo público. Pero Éumenes logró escapar y se apoderó de Media. Sin embargo, Antígono lo capturó y le dio muerte y, a su regreso, obtuvo un magnífico recibimiento por parte de Seleuco el sátrapa de Babilonia. Como quiera que Seleuco castigó a uno de los gobernadores sin consultar con Antígono, que todavía se encontraba presente, este último montó en cólera y le pidió cuenta de su dinero y posesiones. Y aquél, por ser más débil que Antígono, huyó al lado de Tolomeo en Egipto. Antígono, tras la huida de Seleuco, relevó, de inmediato, de su cargo a Blítor, el gobernador de Mesopotamia, por haber dejado escapar a Seleuco y, muerto ya Antípatro, se apoderó de Babilonia, Mesopotamia y de cuantos territorios hay entre Media y el Helesponto. A causa de ello, despertó, al punto, la envidia de los restantes sátrapas, por detentar el mando de una extensión tan grande de tierra. Por lo cual, sobre todo Tolomeo, Lisímaco, el sátrapa de Tracia, y Casandro, el hijo de Antípatro, que estaba al frente de los macedonios desde la muerte de su padre, se coaligaron con Seleuco a requerimiento de este último. Y enviaron una embajada conjunta a Antígono pidiéndole que repartiera, con ellos y con los otros macedonios que habían sido despojados de sus satrapías, las tierras que había adquirido, así como su dinero. Pero

Antígono se burló de ellos y éstos, a su vez, le declararon en bloque la guerra. Él, por su parte, se preparó también para la misma y expulsó a todas las guarniciones de Tolomeo que había aún en Siria, al tiempo que le quitaba todas las posesiones que aquél conservaba todavía en Fenicia y la llamada Celesiria.

54 Avanzando más allá de las Puertas Cilicias, dejó a su hijo Demetrio, de unos veintidós años de edad, en Gaza con un ejército para que contuviera el ataque de Tolomeo que venía desde Egipto. Tolomeo lo venció en una magnífica batalla en torno a Gaza y el muchacho huyó junto a su padre. Tolomeo envió de inmediato a Seleuco a Babilonia para que recuperara el poder y le dio, para tal fin, mil soldados de infantería y trescientos jinetes. Con un número tan exiguo de tropas, Seleuco obtuvo de nuevo Babilonia, tras recibir una calurosa acogida de sus habitantes y, después de poco tiempo, aumentó grandemente su poder. Antígono, en cambio, rechazó a Tolomeo y lo venció cerca de Chipre en un espléndido combate naval en el que su hijo Demetrio fue el comandante. Por esta hazaña notabilísima, el ejército los proclamó reyes a ambos, a Antígono y a Demetrio, pues ya habían muerto sus reyes: Arrideo, el hijo de Filipo y Olimpíade, y los hijos de Alejandro. También proclamó rey a Tolomeo su propio ejército, por temor a que fuera tenido por inferior a los vencedores a causa de su derrota. Ocurrió, precisamente, que estos hombres obtuvieron resultados idénticos como consecuencia de hechos opuestos. Los demás siguieron, al punto, su ejemplo y todos los sátrapas se convirtieron en reyes.

55 Y así fue como Seleuco[45] llegó a ser rey de Babilonia. Obtuvo, además, el reino de Media, después de

[45] Se trata de Seleuco I Nicátor, creador de la unidad política del imperio seléucida. El gobierno de los seléucidas fue,

matar personalmente en combate a Nicanor[46], a quien Antígono había dejado como sátrapa de este país. Llevó a cabo muchas guerras contra los macedonios y los bárbaros. Las dos más importantes fueron con los macedonios; la segunda, con Lisímaco, el rey de Tracia, y la primera, con Antígono en las cercanías de Ipso, en Frigia, en la que tuvo el mando de las tropas, y tomó parte en la lucha el propio Antígono, a pesar de que tenía ya más de ochenta años de edad. Puesto que Antígono murió en la batalla, todos los reyes que se habían coaligado con Seleuco contra aquél se repartieron sus posesiones. A Seleuco le tocó en suerte, en este reparto, la parte de Siria que se extiende desde el Éufrates hasta el mar y la Frigia interior. Acechando siempre a los pueblos vecinos y dotado de poder para someterlos por la fuerza y de persuasión para atraérselos, llegó a reinar sobre Mesopotamia, Armenia, la Capadocia llamada Seléucida, persas, partos, bactrianos, árabes, tapiros, la Sogdiana, Aracosia, Hircania y sobre todos los demás pueblos limítrofes, que se extienden hasta el río Indo, que habían sido conquistados por Alejandro. Así que fue quien tuvo unos límites más vastos en Asia después de Alejandro, pues desde Frigia hasta el río Indo todos eran súbditos de Seleuco. Cruzó el Indo e hizo la guerra a Androcoto[47], rey de los indios que habitaban en las márgenes del río, hasta que firmó con él un pacto de amistad sellado por vía de matrimonio. Algunos de estos hechos los hizo antes de la muerte de Antígono, y otros, después de ella.

---

como el de los Tolomeos, personal y dinástico y basado en los éxitos militares, tanto internos como externos.

[46] Quizá mejor, Nicátor, lectura de varios manuscritos.

[47] O Sandrocoto, nombres griegos de Chandragupta. Sobre las campañas indias de Seleuco, véase E. WILL, I, págs. 236-238.

56 Se dice que, cuando todavía era soldado de Alejandro y lo seguía a la guerra contra los persas, consultó el oráculo de Dídima sobre su regreso a Macedonia y obtuvo la siguiente respuesta: «No te afanes por volver a Europa, Asia será mucho mejor para ti.» Cuentan también que en Macedonia, en el hogar paterno, brilló un gran fuego sin que nadie lo prendiera, y que su madre tuvo un sueño en el que el anillo que encontraba se lo entregó a Seleuco para que lo llevase, y que sería rey en el lugar en el que se le cayera el anillo. Y ella encontró uno de hierro con un ancla grabada, y él perdió este anillo en el río Éufrates. Se dice, además, que en fecha posterior, cuando regresaba a Babilonia, tropezó con una piedra y que, al ser desenterrada, se vio que tenía la forma de un ancla. Como los adivinos estaban desconcertados pensando que se trataba de una señal de detención, Tolomeo, el hijo de Lago, que acompañaba a la expedición, manifestó que el ancla era símbolo de seguridad, no de demora. Por esta razón, el sello real de Seleuco cuando fue rey era un ancla grabada. Hay algunos que afirman que, mientras vivía aún Alejandro y buscaba otro presagio sobre el futuro poder de Seleuco, se produjo el siguiente. Cuando Alejandro había regresado a Babilonia desde la India y navegaba por las lagunas de Babilonia, con intención de poner en regadío los campos asirios por medio del río Éufrates, se levantó un ventarrón que le arrebató su diadema y, arrastrada por el viento, quedó colgada de una caña que crecía sobre la tumba de un antiguo rey. Este suceso presagiaba la muerte inminente del rey, pero dicen que un marinero se arrojó a nado, ciñó la diadema en su cabeza y se la llevó sin que se mojara a Alejandro, por lo que recibió en el acto un talento de plata de manos del rey como recompensa por su lealtad. Los adivinos aconsejaron al rey que lo matara y algunos dicen que Alejandro les hizo caso, y otros,

que se negó. Pero también hay quienes, pasando por alto todo esto, sostienen que no existió, en absoluto, tal marinero, sino que Seleuco se echó a nado a por la diadema del rey y que el propio Seleuco se la ciñó en su cabeza para evitar que se mojara. Y al final los presagios se produjeron para ambos, pues Alejandro acabó sus días en Babilonia y Seleuco fue, de entre los sucesores de Alejandro, quien reinó sobre la mayor parte de su imperio.

Éstas son las profecías que yo he oído sobre Seleuco. Nada más morir Alejandro, llegó a ser el jefe de la caballería de los Amigos, a cuyo frente estuvo Hefestión en vida de Alejandro y, después de Hefestión, Perdicas. Desde este puesto, pasó a ser sátrapa de Babilonia, y rey, después de sátrapa. Por su excelente fortuna en las guerras, recibió el sobrenombre de Nicátor. Al menos yo prefiero creer que fue por este motivo, mejor que por haber dado muerte a Nicanor. Era Seleuco tan fuerte y corpulento de cuerpo, que cuando en cierta ocasión, durante un sacrificio a Alejandro, un toro salvaje se soltó de las ataduras, le hizo frente él solo y lo mató únicamente con las manos, y en recuerdo de este hecho, acostumbran a adornar con cuernos sus estatuas. Fundó ciudades a lo largo de todo su imperio: a dieciséis, les dio el nombre de Antioquía en recuerdo de su padre; a cinco, el de Laodicea por su madre; a nueve, les puso su nombre, y a cuatro, los de sus esposas: tres Apamea y una sola Estratonicea. Las más famosas de ellas, incluso en la actualidad, son las dos Seleucias, la una junto al mar y la otra a orillas del Tigris, la Laodicea de Fenicia, la Antioquía que está al pie del monte Líbano y la Apamea de Siria. A las demás ciudades les dio nombres de Grecia o Macedonia, o bien en recuerdo de alguna de sus hazañas o en honor del rey Alejandro. Por esta razón, existen en Siria y en los países bárbaros del interior de Asia

muchos nombres de ciudades griegas y macedónicas: Berrea, Edesa, Perinto, Maronea, Calípolis, Acaya, Pela, Oropo [48], Anfípolis, Aretusa, Ástaco, Tegea, Calcis, Larisa, Herea, Apolonia; en Partia están Sotira, Calíope, Caris, Hecatómpilo y Acaya; en la India, Alejandrópolis; y en Escitia, Alejandréscata. En recuerdo de las victorias del propio Seleuco están Niceforio, en Mesopotamia, y Nicópolis, en Armenia, la más próxima a Capadocia [49].

58 Cuentan que, cuando Seleuco iba a fundar las dos Seleucias, un rayo le guió, como presagio de la divinidad, en la fundación de la que está junto al mar y, por este motivo, consagró al rayo como divinidad para ellos, y todavía en la actualidad celebran fiestas en honor del rayo y le entonan himnos. Y dicen también que, cuando se les ordenó a los magos que indicaran el día y la hora en la que debía comenzar la excavación de los cimientos para la fundación de la Seleucia que está junto al Tigris [50], los magos falsearon la hora, porque no querían que hubiese una fortaleza de tal calibre contra ellos. Mientras Seleuco aguardaba en su tienda la hora indicada y el ejército, listo para la obra, esperaba tranquilo hasta que Seleuco le diera la orden, de repente, a la hora fijada por el destino, creyendo oír que alguien les ordenaba empezar el trabajo se lanzaron a ello con tal rapidez, que ni siquiera los heraldos pudieron hacerles desistir. Y la obra quedó ulti-

[48] Europos.

[49] Sobre la política social y colonizadora de los seléucidas, véase M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Hellenistic World* = *Historia social y económica del mundo helenístico*, I [trad. F. J. Presedo Velo], Madrid, 1967, págs. 448 y sigs. (en adelante citado: Rostovtzeff, I o II).

[50] Esta ciudad fue la capital de la parte oriental de su imperio y sede del virrey de las satrapías orientales. Era, además, un nudo vital de comunicación y un centro importantísimo en las rutas comerciales.

mada. Seleuco, entonces, con el ánimo acongojado, consultó de nuevo a los magos sobre la ciudad y ellos, una vez que se les garantizó su inmunidad, le respondieron: «La suerte fijada por el destino, rey, sea para mal o para bien, no es posible que hombre o ciudad alguna la cambie. Existe un destino para las ciudades igual que para los hombres. Y los dioses decidieron que esta ciudad perdure durante largo tiempo, ya que fue empezada a la hora en que empezó. Nosotros, por temor a que se construyera una fortaleza en contra nuestra, falseamos la hora fijada por el hado, pero ésta era más poderosa que la perfidia de unos magos y la ignorancia de un rey. Es, sin duda, por esta razón por la que la divinidad mostró al ejército la hora más propicia, y esto puedes comprobarlo por ti mismo, para que no sospeches que también ahora estamos imaginando alguna otra cosa, basándote en lo siguiente. Tú mismo, el rey, presidías el ejército y le habías mandado que aguardara la orden y éste, obediente siempre a ti para arrostrar riesgos y trabajos, no se contuvo ahora ni siquiera ante la orden de parar, sino que saltó hacia delante y no una parte sino todos a una, con sus mismos oficiales, pues pensaban que se había dado la orden de empezar. Y, en efecto, esta orden había sido dada. Y por este preciso motivo, aunque tú tratastes de impedirlo, no te obedecieron ya. Pues, ¿qué cosa podría tener más poder que un rey en los asuntos humanos, a no ser un dios? Éste domeñó tu decisión y guió, en tu provecho y en nuestro lugar, la fundación de la ciudad, por estar irritado con nosotros y con todos los pueblos vecinos. Pues, ¿cómo van a tener fuerza ya nuestros asuntos cuando hay un pueblo más fuerte asentado a nuestro lado? Tu ciudad, ciertamente, ha nacido con suerte y será grande y duradera, y tú ratifícanos el perdón, puesto que nuestra falta se debió al temor de

perder nuestra prosperidad.» El rey se alegró mucho con lo que le dijeron los magos y los perdonó.

59 Esto es lo que que he oído acerca de Seleucia. Seleuco, en vida, designó a su hijo Antíoco para que reinara, en su lugar, en el Asia interior. Si a alguien le parece este rasgo un acto de magnanimidad digno de un rey, todavía más noble y sabio fue su comportamiento respecto a la pasión amorosa de su hijo y a la temperancia con que éste la llevó. Pues Antíoco estaba enamorado de Estratonice, la esposa de Seleuco, que era su madrastra y había tenido ya un hijo de aquél. Sin embargo, reconociendo la iniquidad de su pasión, no cometió ninguna vileza ni exteriorizó sus sentimientos, sino que cayó enfermo, se abandonó y consentía voluntariamente en morir. Ni siquiera el eminentísimo médico Erasístrato, que servía a Seleuco a cambio de unas retribuciones muy elevadas, pudo dar un diagnóstico de su dolencia. Finalmente, al observar que su cuerpo estaba libre de cualquier síntoma de enfermedad, conjeturó que su mal era del alma, de cuya salud o enfermedad se contagia el cuerpo. Ahora bien, la tristeza, la ira y las otras pasiones se suelen confesar y, sin embargo, el amor se oculta por recato. Pero, como ni aún así le dijo Antíoco una sola palabra cuando trató de averiguarlo con insistencia de forma confidencial, tomó asiento a su lado y se puso a observar qué alteraciones experimentaba el cuerpo de aquél ante cada una de las personas que entraban en su habitación. Y descubrió que, en presencia de las demás personas, su cuerpo permanecía siempre ajado y consumido por igual, pero que, cuando Estratonice iba a visitarlo, su mente se conturbaba entonces al máximo a causa del pudor y la conciencia, y no emitía palabra alguna, y, sin embargo, su cuerpo, en contra de su voluntad, se tornaba más vigoroso y lleno de vida, y, de nuevo, al marcharse ella, se debilitaba. Así que el médico dijo

a Seleuco que su hijo padecía un mal incurable. Y, cuando el rey, presa de un vivo dolor, prorrumpió en gritos, añadió: «Su enfermedad es amor, y amor por una mujer, pero un amor imposible.»

Seleuco estaba estupefacto ante el hecho de que él, 60
el rey de Asia, no pudiera convencer a una mujer para contraer matrimonio con un hijo tal con ruegos, riquezas, regalos y con la totalidad de un reino tan grande, que le correspondía por herencia a su hijo enfermo y que, incluso, le sería entregado ahora, a cambio de su salvación, si alguien lo deseaba. Quiso tan sólo saber quién era la mujer, y Erasístrato le dijo: «Está enamorado de mi esposa.» Y Seleuco dijo: «Y bien, mi buen amigo, ya que estás tan ligado a nosotros por vínculos de amistad y de gratitud y te cuentas por tu honestidad y sapiencia entre una minoría, ¿no salvarás para mí a un hombre joven y de sangre real, hijo de un amigo y de un rey, desafortunado en amor, pero virtuoso, ya que oculta su mal y prefiere para sí mismo la muerte, sino que despreciarás hasta tal punto a Antíoco y, además de él, a Seleuco?» Pero Erasístrato se resistió y contestó con un argumento irrebatible, al parecer: «Ni siquiera tú, a pesar de ser su padre, si Antíoco estuviera enamorado de tu mujer, se la cederías a él.» Entonces, Seleuco juró por todos los dioses de su casa real que de grado y gustoso, en verdad, se la cedería y sería un hermoso ejemplo de la bondad de un buen padre para con la castidad y templanza de su hijo, no merecedor de tal desventura. Muchas más cosas añadió del mismo calibre y, finalmente, empezó a lamentarse de que no pudiera ser él el médico para su desdichado hijo, sino que también en esto necesitara de Erasístrato.

Y éste, en cuanto se percató de que el celo del rey 61
era real y no fingido, le reveló la naturaleza de la enfermedad y le explicó de qué manera la había descubierto.

Seleuco se llenó de alegría, pero tuvo gran dificultad para convencer a su hijo y a su propia esposa. Y, cuando lo hubo logrado, reunió a su ejército, que tal vez intuía ya algo de lo que pasaba, les enunció sus hechos de armas y les dijo que había agrandado su reino en una extensión superior con mucho a la de cualquiera de los sucesores de Alejandro y que, por ello, a causa de la magnitud del mismo, le resultaba difícil de gobernar a su avanzada edad[51]. «Quiero —dijo— dividirlo en interés de vuestra seguridad futura y entregar, en este momento, una parte del mismo a mis seres más queridos. Y es justo que todos vosotros cooperéis conmigo en todo, vosotros que os habéis engrandecido bajo mi guía hasta un grado tan grande de dominio y de poder después de Alejandro. Mis seres más queridos y dignos de mi reino son mi hijo que está ya en edad adulta y mi esposa. Ojalá que tengan pronto hijos, puesto que son jóvenes, y así tengáis más guardianes del reino. Los uniré a ambos en matrimonio en presencia vuestra y los enviaré como reyes, desde este momento, de los pueblos del interior. Y no os impongo costumbres de los persas y de otros pueblos, más que esa ley común a todos, a saber, que siempre es justo lo que establece el rey»[52]. Estas fueron sus palabras y el ejército le aclamó como el más grande rey de entre los sucesores de Alejandro y el padre más excelente. Y Seleuco, tras hacer las mismas considera-

---

51 Este discurso de Seleuco a sus amigos y tropas avala el carácter militarista del gobierno de Seleuco. Sobre los auténticos proyectos de Seleuco para fragmentar su imperio en dos, al margen de la historia novelada que narra *in extenso* Apiano, véase E. Will, I, págs. 239 y sigs.

52 Rostovtzeff, I, pág. 414, ve en estas palabras finales del discurso de Seleuco un eco del sentir común a diversas escuelas filosóficas del momento, el de dar una sanción filosófica al poder real.

ciones a Estratonice y a su hijo, los unió en matrimonio y los envió a su reino, realizando una acción más gloriosa y de mayor entereza que las que llevó a cabo con las armas.

Seleuco tuvo setenta y dos satrapías bajo su mando, 62
tan extenso era su reino. Después de entregar la mayor parte de éste a su hijo, siguió siendo rey tan sólo de la zona comprendida entre el mar y el río Éufrates. La última guerra que emprendió fue contra Lisímaco por la posesión de la Frigia, que está sobre el Helesponto, y, tras derrotar en ella a Lisímaco, que murió en el combate, cruzó el Helesponto. Cuando penetró en el país camino de Lisimaquea, fue muerto por Tolomeo Cerauno que lo acompañaba en la expedición. Este Cerauno era hijo de Tolomeo Soter y de Eurídice, la hija de Antípatro, y se había marchado de Egipto por miedo, porque Tolomeo pensaba entregar el reino a su hijo más joven. Seleuco le había dado acogida por tratarse del hijo desdichado de un amigo, así que alimentaba y llevaba consigo a todas partes a su propio asesino.

De esta forma murió Seleuco, después de vivir se- 63
tenta y tres años y reinar cuarenta y dos de ellos [53]. Y me parece que también en esto se le cumplió el mencionado oráculo: «No te afanes por volver a Europa, Asia será mucho mejor para ti.» Pues Lisimaquea pertenece a Europa y, entonces, por primera vez desde la expedición de Alejandro cruzó él a Europa. Se dice también sobre su muerte que, habiendo consultado un oráculo en cierta ocasión, le había vaticinado: «Si evitas Argos, llegarás al año fijado por el destino, pero si te acercas a Argos, entonces morirás antes del tiempo

[53] En realidad, treinta y dos. Es probable que Timágenes sirviera de fuente a Apiano para la historia de la dinastía de los seléucidas (y, tal vez, de los lágidas). Véase, al respecto, M. Gelzer, «Timagene source probable d'Appien», *Bibliotheca Orientalis* 14 (1957), 55 y sigs.

fijado.» Hay un Argos en el Peloponeso, otro en Anfiloquía, otro en Orestea (donde llegaron los macedonios argéadas)[54] y otro a orillas del Adriático, que se dice que fundó Diomedes[55] cuando anduvo errante, todos éstos y cualquier otro lugar de la tierra que se llamara Argos los buscó Seleuco de forma concienzuda y se guardó de ellos. Pero, cuando marchaba desde el Helesponto a Lisimaquea, apareció ante sus ojos un altar grande y espléndido y fue informado de que lo habían erigido los Argonautas[56] en su viaje a la Cólquide o bien los aqueos en su expedición a Troya y, por esta razón, todavía los habitantes del lugar le llamaban Argos, ya fuera por una corrupción del nombre de la nave[57], ya en recuerdo de la patria de los hijos de Atreo. Y, mientras se estaba enterando aún de estas cosas, fue asesinado por Tolomeo, que lo atacó por la espalda.

Filetero, el rey de Pérgamo, quemó el cuerpo de Seleuco, tras rescatar su cadáver de Cerauno por una fuerte suma de dinero, y envió las cenizas a su hijo Antíoco. Éste las depositó en la Seleucia que está junto al mar, le levantó un templo y lo rodeó de un recinto sagrado[58]. Este recinto se llama Nicatoreo.

---

54 Véase n. 3 al libro *Sobre Macedonia*.

55 Diomedes, héroe argivo.

56 Se da el nombre de Argonautas, que significa «marinos de Argo», a los compañeros de Jasón, asociados a éste en la búsqueda del vellocino de oro en su expedición a la Cólquide.

57 La nave se llamaba Argo que significa «Rápida». El constructor de la misma también se llamaba Argo.

58 Desde los días de Seleuco I y, por supuesto, desde los de Antíoco I, los seléucidas declararon públicamente, quizás por medio del oráculo de Dídima, la descendencia divina de Seleuco I respecto a Apolo. Se estableció un culto municipal de los reyes vivos y difuntos junto al culto real de Estado existente desde la época de Antíoco III, véase, sobre todo ello, ROSTOVTZEFF, I, págs. 413 y sigs.

He oído decir que Lisímaco, que fue uno de los escuderos de Alejandro, estuvo corriendo, en cierta ocasión, un largo trecho en pos de aquél y, fatigado, se asió a la cola del caballo del rey y continuó corriendo, pero, golpeado en una vena de la frente por la extremidad de la lanza del rey, tuvo una profusa hemorragia. Entonces Alejandro, ante la falta de vendas, le ató la herida con su diadema y ésta se empapó de sangre. Y Aristandro, el adivino de Alejandro, al ver transportado a Lisímaco con la cabeza ceñida por la diadema real, predijo: «Este hombre será rey, pero reinará con esfuerzo.» Y, en efecto, fue rey durante casi cuarenta años incluidos aquellos en los que fue sátrapa. Y reinó con muchas fatigas y murió combatiendo a la edad de setenta años, cuando mandaba a su ejército. Seleuco murió inmediatamente después de Lisímaco. El perro de este último protegió el cadáver de su amo, que yacía en el suelo, durante mucho tiempo y lo mantuvo a salvo de aves y bestias salvajes, hasta que Tórax de Farsalia lo encontró y le dio sepultura. Otros dicen que le enterró su propio hijo Alejandro, cuando huía, por miedo, hacia Seleuco, después que Lisímaco matara a su otro hijo, Agatocles, y que buscó en aquella ocasión su cadáver y le encontró ya en estado de descomposición, gracias, sobre todo, a la ayuda del perro. Cuentan también que los lisimaqueos colocaron sus huesos en su templo y le dieron a éste el nombre de Lisimaqueo. Tal fue el final que tuvieron cada uno de estos dos reyes, muy valientes ambos y de máxima corpulencia, el uno a los setenta años de edad y el otro tres años más viejo, los cuales lucharon siempre con sus propias manos hasta su muerte. 64

Después de la muerte de Seleuco, el reino de Siria pasó, en sucesión, de padres a hijos tal como sigue: el primero fue Antíoco, el que se enamoró de su madrastra y que también recibió el sobrenombre de So- 65

ter, por haber expulsado a los gálatas que habían invadido Asia desde Europa. El segundo fue otro Antíoco, nacido del anterior matrimonio, a quien los mitilenios fueron los primeros en darle el sobrenombre de Teos, porque les mató a su tirano Timarco. A este Teos lo mató su mujer con un veneno. Tuvo dos mujeres: Laódice y Berenice, la primera por amor y la segunda prometida en matrimonio...[59] hija de Tolomeo Filadelfo. Laódice lo mató y, después, a Berenice y al hijo pequeño de ésta. Tolomeo Filadelfo, para vengar estos crímenes, mató a Laódice, invadió Siria y avanzó hasta Babilonia. Fue entonces cuando los partos iniciaron su secesión, pensando que el reino seleúcida andaba revuelto[60].

66 Después de Teos, fue rey de Siria Seleuco, el hijo de Teos y Laódice, el cual tuvo el sobrenombre de Calinico, y a éste le sucedieron sus dos hijos, Seleuco y Antíoco, en orden de edad. Seleuco[61], que era débil, pobre y tenía un ejército indisciplinado, murió, víctima de una conspiración, envenenado por sus amigos y reinó sólo dos años[62]. Antíoco, su hermano, es Antíoco el Grande, del que ya dije antes que estuvo en guerra con los romanos y reinó treinta y siete años. Ya mencioné antes que sus dos hijos Seleuco y Antíoco accedieron ambos al trono. Seleuco fue rey durante doce años sin eficacia alguna y con un gobierno débil a causa del desastre de su padre. Antíoco (Epífanes), a su vez, reinó no más de doce años, en el transcurso de los cuales capturó a Artaxias el armenio e hizo una expedición contra Egipto, gobernado a la sazón por Tolomeo VI, que había quedado huérfano con un hermano. Y, cuando

---

59 Hay una laguna en el texto.

60 Sobre la secesión del reino de Partia, véase E. Will, I, págs. 252 y sigs.

61 Seleuco Cerauno.

62 Aquí terminan los *Excerpta* de Plethón.

estaba acampado cerca de Alejandría, Popilio, un embajador de los romanos, se presentó ante él con una tablilla en la que estaba escrito que Antíoco no atacara a los Tolomeos. Cuando Antíoco la leyó y contestó al embajador que reflexionaría sobre ello, Popilio hizo un círculo con su bastón y dijo: «Reflexiona aquí.» Y él aterrado se retiró, expolió el templo de Venus Elimea y murió consumido por una enfermedad, dejando un niño de nueve años de edad, Antíoco Eupátor, según he dicho ya.

También he hablado de su sucesor, Demetrio, que 67
estuvo como rehén en Roma y, tras escapar de dicha condición, llegó a ser rey. Éste también fue llamado Soter por los sirios y fue el segundo que llevó este título después del hijo de Seleuco Nicátor. Contra él se rebeló un cierto Alejandro[63], que fingía pertenecer al linaje de los seleúcidas y al que Tolomeo, el rey de Egipto, ayudó por odio hacia Demetrio. Y este último fue desposeído de su reino gracias a la intervención de Tolomeo y murió. A Alejandro lo expulsó Demetrio, el hijo de Demetrio Soter. Por haber vencido a un bastardo de su linaje, recibió el título de Nicátor por los sirios y fue también el segundo en llevarlo después de Seleuco. Hizo una expedición contra los partos a imitación de éste y, cogido prisionero, vivió en el palacio del rey Fraates[64], que lo unió en matrimonio con su hermana Rodoguna.

Durante este período de anarquía, un esclavo de la 68
casa real llamado Diódoto puso en el trono a Alejandro[65], un muchacho muy joven, hijo del bastardo Alejandro y de la hija de Tolomeo. Sin embargo, después de matar al muchacho, osó asumir el poder y tomó

[63] Alejandro Balas que fingía ser hijo de Antíoco Epífanes.
[64] En realidad, Arsácides (véase Justino, XXXVIII 9, 3).
[65] Mejor, Antíoco VI Epifanes Dioniso.

para sí el nombre de Trifón. Pero Antíoco[66], el hermano del prisionero Demetrio, al enterarse en Rodas de su cautiverio, regresó con gran dificultad a su hogar y dio muerte a Diódoto. Llevó a cabo, después, una expedición contra Fraates exigiendo la devolución de su hermano, y Fraates tuvo miedo de él y le envió a Demetrio. Antíoco, a pesar de ello, atacó a los partos y, al ser derrotado, se suicidó. De otro lado, a Demetrio, cuando regresaba a su reino, lo asesinó a traición su esposa Cleopatra, que estaba envidiosa por el matrimonio de aquél con Rodoguna y, a causa del cual precisamente, se había casado ella antes con Antíoco el hermano de Demetrio. Cleopatra tuvo dos hijos de Demetrio: Seleuco y Antíoco apodado el Gripo, y de Antíoco tuvo uno, Antíoco, llamado el Ciziceno. Al Gripo lo envió a Atenas para su educación y al Ciziceno, a Cízico.

69 A Seleuco, tan pronto como se puso la diadema después de la muerte de su padre Demetrio, lo mató su madre disparándole una flecha, ya sea porque temía que fuera a vengar la muerte alevosa de su padre, ya sea llevada de un odio demencial contra todos. Después de Seleuco fue rey Gripo, que obligó a beber a su madre un veneno que ella había mezclado para él, y así, ella recibió, al fin, su merecido. Gripo, como cabía esperar, resultó ser un digno hijo de su madre, pues tramó una conspiración contra Ciziceno, aunque era su hermanastro. Éste, al enterarse, le hizo la guerra, lo expulsó de su reino y fue rey de Siria en su lugar. Entonces, Seleuco[67], el hijo de Antíoco Gripo, hizo una expedición contra él, a pesar de ser su tío, y le quitó el trono. Este Seleuco, debido a su carácter violento y a que era sumamente déspota, fue quemado hasta que murió

---

[66] Antíoco VII Sidetes.

[67] Seleuco Epífanes.

en el gimnasio de *Mopsuestia* en Cilicia, y a él le sucedió Antíoco el hijo de Ciziceno. Los sirios pensaron que él se había escapado, a causa de su piedad, de un complot tramado por su primo Seleuco y, por este motivo, le dieron el sobrenombre del Piadoso, pero en realidad lo salvó una prostituta que se había enamorado de él por su belleza. Me parece que los sirios le dieron tal sobrenombre por broma, pues el citado Piadoso se casó con Selene, que había sido la esposa de su padre Ciziceno y de su tío Gripo. Razón por la cual, sin duda, Tigranes lo expulsó de su reino por intercesión divina.

El hijo que tuvo de Selene se educó en Asia y, por 70
ello, fue llamado Asiático. A éste le despojó del reino de Siria Pompeyo, según he dicho ya, y fue el decimoséptimo rey de Siria a partir de Seleuco —pues exceptúo a Alejandro y a su hijo[68] por ser bastardos, así como a su esclavo Diódoto—, y reinó por espacio de un año, sólo el tiempo que retuvieron otros asuntos a Pompeyo. La dinastía de los seleúcidas duró doscientos treinta años. Y, si alguien computa el tiempo desde la época de Alejandro hasta la dominación romana, habría que añadir, a los doscientos treinta años, los catorce de Tigranes. Esto es lo que puedo decir acerca de los reyes macedonios de Siria para tratarse de un libro ajeno[69].

68 Alejandro Zabinas.

69 Quizás hayamos de ver en ello el motivo de la descripción casi telegráfica de Apiano.

XII

SOBRE MITRÍDATES

SINOPSIS

1. Orígenes de los bitinios.
2. Prusias rey de Bitinia.
3. Prusias y Átalo.
4. Nicomedes, hijo de Prusias.
5. Sedición de Nicomedes.
6. Átalo invade Bitinia. Queja de Prusias en Roma y grotesca embajada de los romanos.
7. Muerte de Prusias en Nicomedia.
8. Capadocia, antes y después de la muerte de Alejandro.
9. El primer Mitrídates se hace con el control de Capadocia.
10. Mitrídates Eupátor sucede a Mitrídates Evérgetes.
11. Mitrídates se enfrenta por vez primera a Roma. Nicomedes invade el territorio del Ponto.
12. Pelópidas, embajador de Mitrídates, habla ante los generales romanos.
13. Respuesta de los embajadores de Nicomedes.
14. Nueva intervención de Pelópidas y respuesta de los romanos.

15-16. Mitrídates se apodera de Capadocia. Pelópidas pronuncia otro discurso ante los generales romanos.

17. Preparativos romanos y número de tropas de Mitrídates ante la primera guerra mitridática.

18. Nicomedes resulta derrotado en la batalla.
19. Manio es vencido cerca de Protopaquio.
20. Los laodicenses entregan al general romano Opio a Mitrídates.
21. Manio Acilio es capturado. Mitrídates toma por esposa a Mónima.
22. Mitrídates ordena una masacre de todos los residentes italianos en Asia.
23. Escenas de terror en diversas ciudades de Asia.
24. Mitrídates ataca y pone cerco a Rodas.
25. Combate naval desfavorable a Mitrídates.
26. Vanos intentos de Mitrídates contra Rodas.
27. Mitrídates levanta el cerco y envía a Arquelao a Grecia.
28. Aristión, el filósofo tirano de Atenas.
29. Diversas ciudades griegas se ponen del lado de Arquelao.
30. Sila en Grecia. Asedio de Atenas y del Pireo.
31-37. Asedio y ataque contra Atenas y el Pireo.
38. Atenas es capturada. Gran matanza en la ciudad.
39. Captura y muerte de Aristión en la Acrópolis.
40. Sila redobla sus ataques contra el Pireo.
41. Huida de Arquelao e incendio del Pireo.
42-44. Batalla de Queronea.
45. Arquelao, derrotado, huye y Sila obtiene un gran botín.
46. Crueldad de Mitrídates.
47. Castigo y deportación de los de Quíos.
48. Defección y castigo de algunas ciudades. Conspiración contra Mitrídates.
49. Batalla de Orcómenos.
50. Arquelao es derrotado y capturado su campamento.
51. Sila es declarado enemigo público. Flaco y Fimbria.
52. Fimbria mata a Flaco.
53. Fimbria arrasa hasta los cimientos la ciudad de Ilión.
54-55. Mitrídates ordena a Arquelao que negocie la paz. Respuesta de Sila imponiendo las condiciones.
56. Sila y Mitrídates. Discurso de Mitrídates.
57-58. Discurso de Sila. Mitrídates acepta las condiciones y termina la guerra.
59. Sila exige a Fimbria que se rinda y entregue su ejército.

89. Mitrídates derrota a Fabio y a Triario.
90. Lúculo es abandonado por su ejército.
91. Pompeyo se hace cargo del mando del ejército.
92. Orígenes de la piratería en el Mediterráneo. Su expansión y potencia.
93. Roma sufre en especial por causa de la piratería. Desazón ante la naturaleza atípica de la guerra contra los piratas.
94. Pompeyo, investido de poderes extraordinarios, es enviado contra los piratas.
95. Pompeyo asigna a los pretores diferentes zonas de mando. Los piratas emprenden la huida.
96. Pompeyo marcha contra Cilicia. Los piratas se entregan.
97. Pompeyo, elegido general de la guerra contra Mitrídates con poderes ilimitados, se dirige al encuentro de éste.
98. La caballería de Mitrídates sufre una derrota.
99. Pompeyo acosa a Mitrídates que se retira y es copado en un lugar escarpado.
100. Pompeyo destruye el ejército de Mitrídates.
101. Huida de Mitrídates a la Cólquide, donde concibe ambiciosos proyectos.
102. Mitrídates lleva a cabo su quimérico plan de circundar el Ponto. Concibe el proyecto de invadir Italia. Su hijo Macares se suicida.
103. Pompeyo explora las regiones del Cáucaso y obtiene una gran victoria sobre Oreces y Artozes.
104. Pompeyo invade Armenia. Tigranes se entrega.
105. Pompeyo arregla los asuntos en Armenia.
106. Otras guerras de Pompeyo. Trae a Siria bajo la sumisión de Roma.
107. Mitrídates da muerte a su hijo Jifares.
108. Muchas plazas fuertes se sublevan contra Mitrídates siguiendo el ejemplo de Fanagoria.
109. Mitrídates se resuelve a llevar a cabo la invasión de Italia.
110. Sedición de su hijo Farnaces.
111. Muerte de Mitrídates.
112. Semblanza y hechos de Mitrídates.

1 Los griegos creen que los tracios que participaron con Reso[1] en la expedición contra Troya, al ser muerto Reso durante la noche por Diomedes en la forma en que Homero describe en sus poemas[2], huyeron hacia la boca del Ponto, por donde es más estrecho el paso a Tracia. Algunos dicen que, como no encontraron barcos, se quedaron allí y se adueñaron del territorio llamado Bebricia. Otros, en cambio, opinan que atravesaron más allá de Bizancio hasta el país de los tracios llamados bitinios y que se establecieron a lo largo del río Bitias, pero que, forzados por el hambre, regresaron de nuevo a Bebricia y la llamaron Bitinia, en vez de Bebricia, en recuerdo del río junto al que habían habitado, o bien que, con el tiempo, habían cambiado el nombre insensiblemente, por no existir mucha diferencia entre Bitinia y Bebricia. Así piensan algunos, y otros, en cambio, dicen que su primer rey fue Bitis,

[1] Reso es un héroe tracio que luchó al lado de los troyanos durante la guerra de Troya. Era famoso por sus caballos rápidos como el viento y blancos como la nieve. Ulises y Diomedes lo mataron y se apoderaron de ellos.

[2] *Il.* X 470 y sigs.

hijo de Júpiter y de Trace[3], los que llegaron a ser epónimos de cada uno de los dos países.

2 Baste lo dicho como prólogo sobre Bitinia. De entre sus reyes anteriores a la dominación romana, que fueron cuarenta y nueve sucesivamente, debo destacar, sobre todo, puesto que estoy escribiendo una historia de Roma, a Prusias el Cazador[4], a quien Perseo, el rey de los macedonios, casó con su hermana. Cuando, poco tiempo después, Perseo y los romanos entablaron la guerra entre sí, Prusias no combatió al lado de ninguno de los dos[5]. Tras la captura de Perseo, salió al encuentro de los generales romanos llevando un vestido romano de la clase que llaman *tebenno*, con calzado itálico, la cabeza rapada y recubierta con un gorro de lana (*pileo*) a la manera en que lo usan algunos de los que obtienen la libertad en los testamentos. Era, por lo demás, feo y de pequeña estatura. Cuando se encontró con ellos, dijo en lengua latina: «Soy un *libertus* de los romanos», lo que precisamente quiere decir un liberto. Se rieron de él y fue enviado a Roma, donde pareció igualmente ridículo y halló el perdón.

3 Algún tiempo después, enojado Prusias con Átalo, el rey de la zona de Asia que está en torno a Pérgamo, devastó su territorio. Y, cuando se enteró el senado romano, envió a Prusias la orden de que no luchara contra Átalo, pues era amigo y aliado de Roma. Como quiera que se mostraba remiso en obedecer, los embajadores, con tono amenazador, le conminaron a que obedeciera las órdenes del senado y que fuera con mil jinetes a un lugar fronterizo para negociar un tratado,

---

3 Heroína epónima de Tracia. Era hija de Océano y Parténope y hermana de Europa (epónima del continente). Pasaba por ser una hechicera notable, como las mujeres de su país.

4 Éste fue Prusias II, hijo de Prusias I (cf. *Sir.* 11 y 23).

5 Es inexacto, pues había enviado navíos auxiliares a la flota romana. Cf. DE SANCTIS, IV 1, pág. 352, n. 325.

lugar en el que también dijeron que Átalo permanecía con igual número de tropas. Pero Prusias, menospreciando las fuerzas que estaban con Átalo, por considerarlas poco numerosas, y con la esperanza de tenderles una emboscada, envió por delante a los embajadores, como si él les siguiera con los mil jinetes, pero en realidad puso en movimiento a todo su ejército y lo condujo dispuesto como para el combate. Cuando Átalo y los embajadores se enteraron de su maniobra, huyeron cada uno por donde pudo, y Prusias se apoderó de las bestias de carga de los romanos que habían quedado abandonadas con la impedimenta y, tras apresar la plaza fuerte de Niceforio, la arrasó hasta sus cimientos, prendió fuego a los templos y sitió a Átalo que había huido a Pérgamo. Finalmente, al enterarse también de esto, los romanos enviaron otros embajadores para que ordenasen a Prusias que compensara a Átalo por los daños ocasionados, y entonces, éste obedeció aterrado y se retiró. Cuando los embajadores estipularon que, como compensación, entregara a Átalo veinticuatro naves acorazadas de inmediato y quinientos talentos de plata en un plazo de tiempo, entregó las naves y llevó el dinero dentro del plazo fijado.

4 En tanto que Prusias era odiado por sus súbditos a causa de su extrema crueldad, su hijo Nicomedes gozaba de todo el favor de los bitinios. Y aquél, mirando con recelo esta situación, lo trasladó a vivir a Roma, y al enterarse de que también allí gozaba de buena estima, le ordenó que solicitara del senado la condonación de la deuda pendiente aún con Átalo y envió a Menas como compañero de embajada. Este último tenía el encargo de que, si obtenía la supresión del pago, perdonara la vida a Nicomedes, pero que, si fracasaba, le diera muerte en Roma. Para este fin, le hizo acompañar de un cierto número de barcos ligeros y de dos mil soldados. Como la multa no le fue levantada a Prusias

—pues Andronico, que había sido enviado por Átalo para argumentar en contra, demostró que el castigo era inferior en cuantía al saqueo—, y Menas veía que Nicomedes era un joven que merecía la pena y su atención, no sabía qué hacer, pero no soportaba la idea de matarlo ni la de regresar él a Bitinia, por miedo. Sin embargo, el joven, comprendiendo su tardanza, tuvo una conversación con él, cosa que éste también deseaba. Convinieron en promover un complot contra Prusias y sumaron a la empresa a Andronico, el emisario de Átalo, para que convenciera a este último de que hiciera regresar a Nicomedes a Bitinia. Y, tras esperarse mutuamente en Bernice, una pequeña ciudad del Epiro, subiendo a bordo de un barco durante la noche, acordaron lo que había que hacer y se separaron todavía de noche.

Por la mañana, Nicomedes desembarcó revestido 5 de la púrpura real y ceñido con la diadema y, entonces, Andronico saliendo a su encuentro lo saludó como a un rey y lo escoltó con los quinientos soldados que tenía. Menas, fingiendo que acababa de enterarse de que Nicomedes estaba presente, corrió hacia sus dos mil soldados y les habló con impaciencia. Y, tras proseguir con su alocución, dijo: «Puesto que de nuestros dos reyes, el uno está dentro del país y el otro se dirige contra él, debemos establecer bien nuestros intereses y hacernos una buena idea del futuro, pues de esto va a depender la seguridad de nuestra salvación, si sabemos prever bien cuál de ellos detentará el poder. Uno es, ciertamente, viejo, el otro, en cambio, joven; los bitinios detestan a uno y quieren al otro; los romanos influyentes están contentos con el joven, y Andronico, al haberle proporcionado ya una guardia, pone de manifiesto su alianza con Átalo, que posee un gran reino y es vecino de los bitinios y, desde hace mucho tiempo, enemigo de Prusias.» Al tiempo que decía estas cosas,

les mostró en toda su desnudez la crueldad de Prusias y cuántas vilezas había cometido contra todos y, además, el odio común de los bitinios hacia él. Así que vio que los soldados también abominaban de la perversidad de Prusias, los condujo al punto ante Nicomedes y, tras saludarlo como rey, como antes había hecho Andronico, le formó la guardia con sus dos mil hombres [6].

6 Átalo dio un cálido recibimiento al joven y ordenó a Prusias que le entregara a su hijo algunas ciudades para que habitara en ellas y un territorio que le suministrara recursos. Éste contestó que le entregaría, al punto, todo el reino de Átalo, por cuya posesión, precisamente para Nicomedes, había invadido antes Asia. Después de dar esta respuesta, envió a Roma a unos delegados para que acusaran a Nicomedes y a Átalo y los citaran a juicio. Mientras tanto, las tropas de Átalo avanzaron hacia el interior de Bitinia y, gradualmente, sus habitantes se iban poniendo al lado de las fuerzas invasoras. Prusias, a su vez, desconfiando de todos y con la esperanza de que los romanos lo librarían de la conjura, pidió y obtuvo de su cuñado Diégilis el tracio quinientos soldados tracios y, tras confiar a ellos solos su defensa, se refugió en la ciudadela de Nicea. El pretor urbano de Roma no introdujo, al momento, a los enviados de Prusias ante el senado, por favorecer a Átalo y, cuando lo hubo hecho, el senado decretó que el propio pretor eligiera y enviara a unos embajadores para que pusieran fin a la guerra. Él eligió a tres hombres, de los que uno, a causa de una pedrada en la cabeza, tenía unas cicatrices deformes, otro estaba en-

[6] Según E. Will, II, pág. 324, el carácter patético de este conflicto entre padre e hijo debió de seducir a los historiadores antiguos, pues la crisis de Bitinia está muy bien documentada. De hecho, Apiano le dedica, en proporción, bastante espacio.

fermo de gota y el tercero era tenido por un necio integral, de manera que Catón, burlándose de la embajada, dijo que no tenía sentido ni pies ni cabeza.

Los embajadores llegaron a Bitinia y dieron la orden 7
de que pusieran fin a la guerra. Y, aunque Nicomedes y Átalo fingieron estar de acuerdo en ello, los bitinios, que habían sido aleccionados, manifestaron que eran incapaces de soportar por más tiempo la crueldad de Prusias, sobre todo una vez que había quedado patente su descontento hacia él. Los embajadores, pues, con el pretexto de que los romanos no estaban informados aún de estas quejas, regresaron sin haber logrado nada. Y Prusias, después que perdió la esperanza de una ayuda por parte de Roma, y dado que, por confiar del todo en ella, se había despreocupado por completo de su defensa, se retiró a Nicomedia con idea de fortificar la ciudad y combatir a los que le atacaran. Sin embargo, sus habitantes lo traicionaron, abrieron las puertas y Nicomedes penetró con su ejército. A Prusias que se había refugiado en el templo de Júpiter lo mataron atravesándolo con sus lanzas algunos soldados enviados por Nicomedes [7]. De esta forma, Nicomedes sucedió a Prusias en el trono de Bitinia y a él, cuando murió al cabo de un tiempo, le sucedió su hijo Nicomedes, que llevó el sobrenombre de Filopátor [8], y los romanos le confirmaron por decreto el reino como herencia paterna. Así estaban las cosas en Bitinia. Y, si alguno siente el acicate de conocer el desenlace por anticipado, diré que un nieto de éste [9], otro Nicomedes [10], dejó en su testamento el reino a los romanos.

No puedo decir con exactitud quiénes gobernaron 8
en Capadocia antes de los macedonios, si tuvo un go-

---

7 Nicomedes II Epífanes.

8 Nicomedes III Evérgetes, no Filópator.

9 De Nicomedes Epífanes.

10 Éste se llamó Filópator.

bierno propio o si era súbdita de Darío. Sin embargo, me parece que Alejandro dejó a sus propios gobernantes, a condición de que pagaran un tributo, puesto que tenía prisa en marchar contra Darío. Pues está claro que incluso a Amisos, ciudad del Ponto de origen ático, le devolvió la democracia por ser éste su sistema de gobierno tradicional. Sin embargo, Jerónimo[11] afirma que ni siquiera entró en contacto con ellos en absoluto, sino que marchó contra Darío por otra ruta a lo largo de la costa de Panfilia y de Cilicia. Perdicas, que gobernó el reino de Macedonia después de Alejandro, hizo prisionero y crucificó a Ariárates, el gobernador de Capadocia, ya sea porque este último se había rebelado o porque aquél quería poner su reino en manos de los macedonios, y colocó al frente de estos pueblos a Éumenes de Cardia. Pero, después de la muerte de Éumenes, cuando los macedonios pensaron que era su enemigo, Antípatro, que fue después de Perdicas el gobernador del imperio de Alejandro, envió a Nicanor como sátrapa de Capadocia.

9 No mucho después, cuando los macedonios se enzarzaron entre sí en guerras civiles, Antígono se hizo con el gobierno de Siria, tras expulsar a Laomedonte[12], y tenía a su lado a Mitrídates[13], un hombre de la casa real persa. A Antígono le pareció en sueños que había sembrado un campo de oro y que Mitrídates recolectaba el oro y se lo llevaba al Ponto. Por este motivo, lo cogió prisionero y decidió matarlo, pero Mitrídates escapó con seis jinetes y se hizo fuerte en un cierto lugar de Capadocia. Fueron muchos los que se le unieron aprovechando las dificultades por las que atrave-

---

[11] Jerónimo de Cardia, historiador griego.

[12] No fue Antígono quien lo expulsó, sino Tolomeo el sátrapa de Egipto (así en Apiano, *Sir.* 52).

[13] Mitrídates Ctistés («el Fundador»).

saba Macedonia y, como consecuencia de ello, se hizo con el control de Capadocia y de los pueblos limítrofes en torno al Ponto y, tras agrandar mucho sus dominios, los dejó en herencia a sus hijos. Éstos gobernaron sucesivamente hasta llegar a Mitrídates, el sexto desde su fundador y el que combatió contra los romanos. Dado que los reyes de Capadocia y del Ponto pertenecían a este linaje, me parece que en algunas ocasiones dividieron el reino y unos gobernaron la zona del Ponto y otros, Capadocia.

Lo cierto es que un rey del Ponto, Mitrídates Evér- 10
getes, que fue el primer amigo de los romanos y les proporcionó algunas naves y una pequeña ayuda militar contra los cartagineses, invadió Capadocia como si se tratara de un país extranjero. A él le sucedió su hijo Mitrídates, que tuvo los sobrenombres de Dioniso y también de Eupátor [14]. Los romanos le ordenaron ceder Capadocia a Ariobarzanes, que se había refugiado junto a ellos y parecía tener más derecho sucesorio que Mitrídates al trono de Capadocia, o tal vez, porque los romanos miraban con recelo la gran extensión del reino de Mitrídates y trataban de dividirlo, de forma soterrada, en varias partes. Éste les obedeció, pero envió contra Nicomedes [15], el hijo de Nicomedes, hijo de Prusias, que había sido designado por los romanos para reinar en Bitinia por tratarse de una propiedad familiar, a Sócrates Cresto, hermano del mismo Nicomedes, con

---

[14] Sobre Mitrídates Eupátor, resulta fundamental, aunque anticuada en muchos puntos, la obra de Th. REINACH, *Mithridate Eupator, roi de Pont*, París, 1890. Véanse, en general, las valiosas aportaciones de ROSTOVTZEFF, II, págs. 1051 y sigs., en el capítulo dedicado a Mitrídates, y E. WILL, II, págs. 392-419, que ofrece una panorámica bastante clara y con bibliografía reciente sobre las cuestiones más debatidas.

[15] Nicomedes Epífanes, que era nieto, no hijo de Nicomedes el hijo de Prusias.

un ejército. Y Sócrates obtuvo para sí el reino de Bitinia. Al mismo tiempo, Mitraas y Bagoas, después de expulsar a Ariobarzanes, el que había sido entronizado en Capadocia por los romanos, colocaron en su lugar a Ariárates.

11 Los romanos trataron de reintegrar, a la vez, a Nicomedes y a Ariobarzanes, cada uno a su propio reino y enviaron con este fin una embajada, a cuyo frente iba Manio Aquilio, y dieron órdenes a Lucio Casio, que estaba a cargo del Asia que está en torno a Pérgamo y tenía un pequeño ejército, de que le ayudara en la empresa, y lo mismo hicieron con el mencionado Mitrídates Eupátor. Pero éste, dado que estaba quejoso de los romanos por causa de la misma Capadocia y que recientemente había sido despojado de Frigia por ellos, como está expuesto en mi historia de Grecia, no cooperó. Sin embargo, Casio y Manio, con el ejército de aquél y otro muy numeroso que reunieron de gálatas y frigios, restauraron a Nicomedes en el trono de Bitinia y a Ariobarzanes en el de Capadocia. Y, de inmediato, intentaron convencer a ambos, pues eran vecinos de Mitrídates, de que hicieran incursiones en el territorio de éste y lo incitaran a combatir, en la seguridad de que los romanos les ayudarían en la guerra. Éstos, no obstante, dudaban de empezar una guerra de tanta magnitud y en sus fronteras, por temor a la fuerza de Mitrídates. Pero, como los embajadores insistiesen, Nicomedes, que había acordado entregar una gran cantidad de dinero que aún debía a los generales y embajadores por la ayuda recibida y que, además, había tomado a préstamo otra gran suma de los romanos que le acompañaban y que era acuciado por sus acreedores, invadió contra su voluntad el territorio de Mitrídates y lo saqueó hasta la ciudad de Amastris sin que nadie se lo impidiera ni le saliera al encuentro. Pues, aunque Mitrídates tenía ciertamente dispuestas sus tropas, sin

embargo, se retiró, dando ocasión a que hubiese muchos y justos motivos de acusación para la guerra.

Cuando Nicomedes se retiraba con un gran botín, 12
Mitrídates envió a Pelópidas ante los generales y embajadores romanos. Él no desconocía que ellos deseaban hacerle la guerra y que habían sido los culpables de esta invasión, pero lo fingió buscando procurarse, a un mismo tiempo, más y más claros motivos para la guerra futura, y les recordó su amistad y la alianza suya y de su padre. A cambio de las cuales, dijo Pelópidas que él había sido despojado de Frigia y Capadocia: de la primera, aunque siempre había pertenecido a sus antepasados y había sido recuperada por su padre, y de la segunda, a pesar de que se la había concedido el general romano como recompensa por su victoria sobre Aristonico y, no obstante, comprada al mismo general a cambio de mucho dinero. «Y ahora —dijo— habéis consentido que Nicomedes cerrara la boca del Ponto Euxino y que haga una incursión hasta Amastris y se lleve cuanto botín sabéis con exactitud, pese a que mi rey no era débil ni le faltaba preparación para defenderse, sino que esperó con objeto de que vosotros fuerais testigos presenciales de lo ocurrido. Y ya que lo fuisteis y conocéis el hecho, Mitrídates os exhorta, por ser vuestro amigo y aliado, a vosotros, que sois sus amigos y aliados —pues así lo dice el tratado—, a que nos defendáis de los agravios que nos causó Nicomedes o a que le impidáis que los siga cometiendo».

Tales fueron las palabras de Pelópidas, y los emba- 13
jadores de Nicomedes, presentes allí para responderle, dijeron: «Hace ya bastante tiempo que Mitrídates, tramando un complot contra Nicomedes, indujo a ocupar el trono con un ejército a Sócrates, que estaba tranquilo y consideraba justo que fuera rey su hermano mayor. Éste fue el comportamiento de Mitrídates respecto a Nicomedes, al que vosotros, romanos, habíais

colocado como rey de los bitinios. Y está claro que no éramos nosotros solos sino más bien vosotros el blanco de su acción. Y por el mismo razonamiento, cuando prohibisteis a los reyes de Asia poner un pie en Europa, se apoderó de la mayor parte del Quersoneso. Sirvan estos hechos como ejemplo de su arrogancia, hostilidad y desobediencia hacia vosotros. Y observad cuán grande es su preparativo, y todo él dispuesto como para una guerra grande y decidida ya, tanto de su propio ejército como de sus aliados tracios y escitas, y cuán grandes son los otros pueblos vecinos. Ha contraído, además, una alianza matrimonial con Armenia y ha enviado embajadores a Egipto y Siria para congraciarse a sus reyes. Cuenta también con trescientos navíos acorazados y construye otros más, y ha mandado buscar segundos de a bordo [16] y pilotos en Fenicia y Egipto. Las medidas que Mitrídates toma son de tal calibre, no precisamente por causa de Nicomedes, romanos, sino por vuestra causa. Pues está irritado con vosotros desde que le ordenasteis devolver Frigia, que había comprado con malas artes y después de sobornar a uno de vuestros generales, porque condenasteis su injusta adquisición. Y está enojado por causa de Capadocia, que había sido entregada por vosotros a Ariobarzanes. Además, temeroso de vuestro creciente poder, se prepara, con

[16] El *prõireús* (también llamado *prõirátēs*) era un suboficial copiloto. Era el brazo derecho del piloto. Aristóteles le llama el «instrumento animado» del *kybernḗtēs*, en tanto que la caña del timón es el «instrumento inanimado» (*Polít.* 1, 4, 1253 b; 3, 2, 1276 b). En las trirremes era el segundo oficial de a bordo tras el *kybernḗtēs*, pero en los barcos sin acorazar (*áphrakta*), que eran más pequeños, era el primer suboficial. En el siglo II a. C. el orden era el siguiente: *kybernḗtēs*, *prõirátēs*, *keleustḗs*, *pentecóntarchos* y *naupagós*. La misión principal del *prõirátēs* era servir como vigía durante la travesía. Dada la importancia de su cometido, requería ser relevado a intervalos (véanse más detalles en J. Borimir, *The Athenian Navy...*, págs. 143-145).

el pretexto de que es contra nosotros, para atacaros a vosotros si tiene posibilidad de ello. Es, pues, de hombres sensatos no esperar a que reconozca que está en guerra con vosotros, sino prestar atención a sus hechos más que a sus palabras, y no entregar a los amigos verdaderos y seguros a un hombre que finge el engañoso nombre de amistad, ni consentir que quede anulada vuestra decisión acerca de nuestro reino por un hombre que es igual enemigo nuestro que vuestro.»

Así respondieron los representantes de Nicomedes. 14
Y Pelópidas, compareciendo de nuevo ante el consejo romano, dijo que, sobre cualquier queja de Nicomedes sobre hechos ocurridos ya hacía tiempo, aceptaba el dictamen de los romanos, pero que con relación a los actuales, a saber, la devastación del territorio de Mitrídates, el bloqueo del mar y la gran expoliación sufrida, dado que todos estos sucesos habían ocurrido en la presencia de ellos, no había necesidad de discusiones ni de juicio, «sino que de nuevo os exhortamos o a impedir tales ultrajes o a prestar ayuda a Mitrídates que es el agraviado o, por último, romanos, a no impedir que él se defienda y manteneros vosotros al margen del conflicto entre ambos». Mientras Pelópidas exponía nuevamente sus demandas, los generales romanos tenían decidido desde mucho antes ayudar a Nicomedes, pero, con todo, escucharon a aquél para fingir la aceptación de la réplica de la parte contraria. Sin embargo, avergonzados de lo dicho por Pelópidas y de la alianza con Mitrídates, que aún estaba en vigor, no supieron qué respuesta darle durante mucho rato y, finalmente, tras una pausa, le respondieron con artificio del siguiente modo: «No quisiéramos que Mitrídates sufriera ninguna cosa desagradable de manos de Nicomedes, pero tampoco toleraremos que se haga la guerra contra éste, pues creemos que en nada beneficiaría a los romanos que Nicomedes sufriera daño.» Y después de dar esta res-

puesta, cuando Pelópidas quiso probar lo insatisfactorio de la misma lo hicieron salir del consejo.

15 Así pues, Mitrídates, una vez que fue objeto ya de una clara injusticia por parte de los romanos, envió a su hijo Ariárates con gran número de tropas a reinar en Capadocia y éste asumió, de inmediato, el mando en ella tras expulsar a Ariobarzanes. Y Pelópidas, yendo de nuevo ante los generales romanos, les dijo lo siguiente: «Los agravios que de vosotros, romanos, soportó pacientemente el rey Mitrídates al ser despojado no hace mucho de Frigia y Capadocia, los habéis escuchado; también tolerasteis los daños que le causó Nicomedes ante vuestros ojos y, cuando apelamos a vuestra amistad y alianza, nos respondisteis, no como a acusadores sino como a acusados, que juzgabais que no era provechoso para los intereses romanos que Nicomedes sufriera daño, como si, en verdad, fuera él el agraviado. Sois, por tanto, vosotros los responsables de lo ocurrido en Capadocia contra la república romana, pues Mitrídates actuó como lo ha hecho por vuestro menosprecio hacia nosotros y por el tono de artificio de vuestra respuesta. Además, piensa enviar una embajada ante el senado para querellarse contra vosotros y os demanda que estéis allí presentes para defenderos y no os apresuréis a hacer nada ni a emprender una guerra tan grande sin la autorización de la república romana. Pues debéis considerar que Mitrídates reina en los dominios de su padre, que tienen una longitud de veinte mil estadios, y que se ha anexionado muchos otros pueblos vecinos, entre ellos los colcos, un pueblo sumamente belicoso, los griegos que habitan a orillas del Ponto y los bárbaros que están más allá. Y cuenta con amigos dispuestos a cumplir todo lo que se les mande, como los escitas, tauros, bastarnas, tracios, sármatas y todos los pueblos que habitan en la región del Don, del Danubio y del

mar de Azov[17]. Tigranes el armenio es su yerno y Arsaces de Partia, su aliado; posee una gran cantidad de naves, una parte dispuesta ya y otra en plazo breve, y material de guerra digno de mención en todos los aspectos.

»Y no os mintieron tampoco recientemente los bitinios acerca de los reyes de Egipto y Siria, los cuales no sólo es lógico que se pongan de nuestra parte, si llega a estallar la guerra, sino también los territorios de Asia que habéis adquirido hace poco, Grecia, África y muchos lugares de la propia Italia que, por no soportar vuestra ambición, llevan a cabo una guerra implacable contra vosotros. Y, aunque no sois capaces de controlarla, atacáis a Mitrídates, enviando contra él a Nicomedes y a Ariobarzanes por turnos. Afirmáis que sois sus amigos y aliados y fingís serlo, pero lo tratáis como a un enemigo. Pues bien, incluso ahora, si estáis dispuestos a cambiar de opinión a la vista de lo ocurrido, impedid que Nicomedes atente contra vuestros amigos —y si así lo hacéis, os prometo que el rey Mitrídates combatirá como aliado vuestro contra los italianos—, o desenmascarad vuestra aparente amistad hacia nosotros, o vayamos a Roma para un juicio.» 16

Así habló Pelópidas, y ellos, considerando que se había expresado en un tono demasiado insolente, ordenaron a Mitrídates que dejara en paz a Nicomedes y a Capadocia, pues iban a restaurar de nuevo en ella a Ariobarzanes, y a Pelópidas lo mandaron salir del campamento y que no volviera como embajador ante ellos, a no ser que el rey se atuviera a lo ordenado.

---

17 He traducido con la equivalencia geográfica moderna por tratarse de lugares importantes, facilitando con ello su identificación. En el original: «...la región del Tanais, del Istro y de la laguna Meótide».

Después de darle esta respuesta, le hicieron escoltar por una guardia en su viaje de regreso, para que no pudiera soliviantar a nadie por el camino.

17 Cuando acabaron de hablar, sin esperar a que el senado o el pueblo decidiera acerca de una guerra de tanta magnitud, reunieron un ejército procedente de Bitinia, Capadocia, Paflagonia y los gálatas asiáticos. Y, tan pronto como estuvo preparado el ejército que tenía Lucio Casio, el gobernador de Asia, y todas las fuerzas aliadas estuvieron reunidas, acamparon, dividiendo el conjunto total de las tropas. Casio lo hizo en la línea fronteriza de Bitinia y Galacia; Manio, en donde debía pasar Mitrídates hacia Bitinia, y Opio, otro general, en las montañas de Capadocia. Cada uno de ellos tenía alrededor de ⟨cuatro mil jinetes⟩[18] y de cuarenta mil soldados de infantería. También disponían de una flota, al frente de la cual estaban Minucio Rufo y Gayo Popilio, en las proximidades de Bizancio, custodiando la boca del Ponto. Les acompañaba, además, Nicomedes, que mandaba otros cincuenta mil infantes y seis mil jinetes. Tan grande era el ejército que en total se logró reunir. Mitrídates, a su vez, tenía en su ejército doscientos cincuenta mil soldados de infantería y cuarenta mil jinetes, trescientos navíos acorazados y cien con dos bancos de remos, y el resto del equipo en proporción a estas fuerzas. Eran sus generales Neoptólemo y Arquelao, hermanos ambos, y el rey en persona asumió el mando de la mayor parte de las tropas. De las fuer-

[18] Añadió Schweighäuser. El texto sin esta adición puede leerse así: «cada uno de ellos tenía alrededor de cuarenta mil hombres, entre soldados de infantería y caballería». El hecho de que en los demás casos especifique por separado el número de soldados de infantería y de caballería, así como la estructura de la frase en comparación con el contexto, hacen pensar que, en efecto, se debe suplir una cifra. Para más detalles sobre estos sucesos, cifras exageradas, etc., cf. E. Will, II, pág. 401.

zas aliadas Arcatias, el hijo de Mitrídates conducía a diez mil jinetes procedentes de Armenia Menor, Dorilao ⟨mandaba⟩ a la falange y Crátero tenía a su cargo ciento treinta carros de guerra. Tan grandes eran los preparativos de una y otra parte cuando, por primera vez, los romanos y Mitrídates entraron en guerra mutuamente, alrededor de la ciento setenta y tres olimpíada.

Una vez que Nicomedes y los generales de Mitrída- 18
tes estuvieron a la vista unos de otros en una ancha llanura junto al río Amneo, desplegaron sus tropas para la batalla. Nicomedes lo hizo con todo su ejército, pero Neoptólemo y Arquelao formaron sólo a la infantería ligera, a los jinetes que tenía Arcatias y a algunos de los carros, pues la falange todavía estaba de camino. Estos últimos enviaron a un destacamento para que se anticipara a tomar una colina rocosa de la llanura, a fin de no ser rodeados por los bitinios, que eran muy superiores en número. Pero, tan pronto como vieron que ellos eran rechazados de la colina, Neoptólemo, por temor a ser rodeado, corrió en su auxilio con rapidez, llamando a la vez a Arcatias. Nicomedes, al ver su acción, respondió con un movimiento similar y tuvo lugar allí un gran combate con bajas numerosas. Al fin se impuso Nicomedes y los soldados de Mitrídates emprendieron la huida, hasta que Arquelao, dirigiéndose hacia allí desde el flanco derecho, atacó a los perseguidores. Éstos se volvieron para hacerle frente, pero él se retiró poco a poco, a fin de que pudieran regresar de su huida los soldados de Neoptólemo, y tan pronto como conjeturó que esto se había realizado suficientemente, atacó de nuevo. Al mismo tiempo, los carros falcados, lanzándose con ímpetu contra los bitinios, rompieron la formación y, de inmediato, partieron a algunos en dos y a otros los trocearon en muchos pedazos. Lo ocurrido dejó aterrado al ejército de Nicomedes, cuando vieron a los hombres partidos por la

mitad y todavía vivos o fragmentados en múltiples trozos o colgados de las hoces, y más por la repugnancia del espectáculo que por la derrota en el combate, rompieron el orden de la línea de batalla a causa del temor. Cuando estaban desordenados, los atacó de frente Arquelao y por la espalda, Neoptólemo y Arcatias, que retornaban de su huida. No obstante, se defendieron durante mucho tiempo, haciendo frente a cada uno de los atacantes; pero, cuando la mayoría había caído en la lucha, Nicomedes huyó con el resto a Paflagonia sin que tuviera que intervenir la falange de Mitrídates. Fue apresado el campamento de Nicomedes con gran cantidad de dinero y se capturó multitud de prisioneros. A todos éstos, Mitrídates los trató con benevolencia y, después de darles provisiones, los dejó que partieran en libertad hacia sus hogares, con lo que obtuvo fama de clemente entre sus enemigos.

19 Ésta fue la primera acción de la guerra de Mitrídates, y los generales romanos quedaron sobrecogidos de temor, porque habían emprendido una guerra de tanta magnitud de forma precipitada, sin reflexión y sin un decreto público. Unas pocas tropas, en efecto, habían vencido a un número muy superior a ellas, y no porque les favoreciera una mejor posición estratégica ni por un fallo del enemigo, sino por la inteligencia de sus generales y por el valor del ejército. Nicomedes, ahora, acampó junto a Manio y Mitrídates subió al monte Escóroba que es el límite entre los bitinios y la tierra del Ponto. Un cuerpo de tropas de vanguardia de este último, integrado por cien jinetes sármatas, se topó casualmente con ochocientos jinetes de Nicomedes e hizo prisioneros a algunos de ellos, y de nuevo, Mitrídates permitió a éstos retornar con provisiones a sus lugares de origen. Neoptólemo y Nemanes se encontraron con Manio, cuando huía, en los alrededores de la fortaleza de Protopaquio hacia la hora séptima, una vez que Ni-

comedes se había marchado ya al lado de Casio, y lo obligaron a luchar. Tenía cuatro mil jinetes y diez veces este número de soldados de infantería. Ellos mataron a unos diez mil de sus hombres y cogieron trescientos prisioneros, a los que, de manera similar, Mitrídates, cuando los llevaron a su presencia, dejó ir libres, ganándose así el favor popular entre sus enemigos. Fue capturado también el campamento de Manio y éste, huyendo hasta el río Sangario, lo atravesó al llegar la noche y se puso a salvo en Pérgamo. Casio, Nicomedes y los demás embajadores romanos que estaban presentes trasladaron el campamento a la Cabeza del León, que es una plaza fuerte de Frigia perfectamente protegida. En este lugar se dedicaron a entrenar a la muchedumbre recién reclutada de artesanos, campesinos y particulares, y reclutaron nuevas gentes entre los frigios. Pero, como unos y otros se mostraban reacios para la milicia, desistieron de conducir al combate a unos hombres ineptos para la guerra y, tras licenciarlos, se retiraron: Casio con su ejército a Apamea, Nicomedes a Pérgamo y Mancino hacia Rodas. Cuando los que ocupaban la boca del Ponto se enteraron de estos sucesos, se dispersaron y entregaron a Mitrídates los estrechos pónticos y todas las naves que tenían.

Este último, después de haberse apoderado, de un 20
solo golpe, de todo el reino de Nicomedes, lo recorrió y arregló los asuntos de las ciudades. Luego, invadió Frigia y se hospedó en un albergue de Alejandro, por considerar que era un buen augurio hospedarse donde lo había hecho Alejandro. Recorrió también en triunfo el resto de Frigia, Misia y aquellas partes de Asia que habían sido ganadas recientemente por los romanos y, enviando embajadas a los países vecinos, sometió Licia, Panfilia y los demás territorios hasta Jonia. A los laodicenses, que habitaban junto al río Lico y que aún se resistían —pues el general romano Quinto Opio había

penetrado en la ciudad con jinetes y la defendía—, les dijo por boca de un heraldo, ante sus murallas, que el rey Mitrídates les prometía la inmunidad si le entregaban a Opio. Y ellos, después de escuchar su proclama, dejaron marchar indemnes a los mercenarios de Opio, pero condujeron a éste ante Mitrídates, precedido de sus lictores, en son de burla. Mitrídates no le causó daño alguno, sino que lo llevó por todas partes sin ponerle ataduras, mostrando a un general romano como su prisionero.

21 No mucho tiempo después, cogió prisionero a Manio Aquilio, máximo responsable de la embajada y de esta guerra, y lo llevó atado sobre un asno, proclamando, ante todos los que lo veían, que se trataba de Manio, y finalmente, en Pérgamo vertió oro fundido sobre su boca para censurar a los romanos su venalidad. Tras designar sátrapas para varios pueblos, prosiguió su avance hacia Magnesia, Éfeso y Mitilene, siendo recibido con alegría por todos. Los efesios incluso destruyeron las estatuas romanas que había entre ellos, por lo que no mucho después sufrieron un castigo. A su regreso de Jonia, se apoderó de Estratonicea, le impuso una multa e introdujo una guarnición en la ciudad. En ella vio a una joven de gran belleza y la añadió a su lista de esposas. Su nombre, si alguien tiene curiosidad por conocerlo, era Mónima, la hija de Filopemen. A aquellos de los magnesios, paflagonios y licios que se oponían todavía, los combatió por medio de sus generales.

22 Así estaban los asuntos de Mitrídates. En cuanto a los romanos, tan pronto como se enteraron de su primer ataque y de la invasión de Asia, decretaron hacerle la guerra, aunque estaban ocupados con inacabables revueltas en la ciudad y con una difícil guerra interna, al haberse rebelado Italia casi entera de manera gradual. Cuando los cónsules echaron las suertes, le tocó a Cornelio Sila el gobierno de Asia y combatir contra Mitrí-

dates; pero, como no podían asignarle cantidad alguna de dinero, decretaron que fueran vendidos todos los objetos valiosos que el rey Numa Pompilio había consagrado para los ritos solemnes de los dioses. Tan grande era entonces la penuria en toda clase de recursos y su ambición por todo. Algunos de estos tesoros fueron vendidos de inmediato y arrojaron un peso de nueve mil libras de oro, las únicas que entregaron para una guerra tan importante.

Las guerras civiles retuvieron a Sila durante mucho tiempo, según consta en mi historia de las Guerras Civiles. Entretanto, Mitrídates construyó más naves para atacar a los rodios y escribió en secreto a todos los sátrapas y gobernadores de las ciudades, para que, al cabo de treinta días, atacaran todos a la vez a los romanos e italianos que hubiera entre ellos, así como a sus esposas, hijos y libertos de origen itálico, y tras darles muerte, los arrojaran insepultos y se repartieran sus bienes con el rey Mitrídates. Hizo saber también que impondría un castigo a los que enterraran a los muertos u ocultaran a los vivos y que habría recompensas para los delatores de algunos de estos hechos o para quienes dieran muerte a los que estuvieran ocultos. A los esclavos les prometió la libertad, si mataban o traicionaban a sus amos, y a los deudores, la condonación de la mitad de su deuda, si hacían lo mismo con sus acreedores. Estas órdenes secretas las envió Mitrídates a todas las ciudades a la vez, y cuando llegó el día fijado, toda suerte de calamidades tuvieron lugar a lo largo y ancho de Asia, de las que algunas fueron como sigue.

Los efesios dieron muerte, arrastrándolos al exte- **23**
rior, a los que se habían refugiado en el templo de Diana y estaban abrazados a las estatuas. Los de Pérgamo, a los que habían tomado refugio en el templo de Esculapio, como no querían salir, los asaetearon

abrazados a las imágenes. Los de Adramitio penetraron en el mar en pos de los que intentaban escapar a nado, los mataron y ahogaron a sus hijos. Los caunios, que habían quedado tributarios de los rodios después de la guerra contra Antíoco y habían sido liberados por los romanos no hacía mucho, arrastraron, desde el altar de la estatua de Vesta, a los italianos que se habían refugiado en el templo dedicado a esta diosa junto a la casa senatorial y mataron, en primer lugar, a sus hijos ante los ojos de sus madres, y después, a éstas y a sus esposos. Los tralianos, para evitar ser responsables directos del crimen, contrataron para este trabajo a un hombre atroz, Teófilo el paflagonio; éste los reunió en el templo de la Concordia y llevó a cabo la carnicería e, incluso, cortó las manos de algunos de ellos que estaban abrazados a las estatuas. Tal fue la suerte que corrieron, a un tiempo, los italianos y romanos de Asia, hombres, niños, mujeres, libertos y esclavos, todos cuantos eran de raza itálica. Por lo cual quedó claro, sobre todo, que Asia cometió tales atrocidades contra ellos no tanto por miedo a Mitrídates, como por el odio que sentían hacia los romanos [19].

Pero ellos pagaron doblemente su castigo, pues Mitrídates, poco tiempo después, los ultrajó con perfidia y, tras él, Cornelio Sila. Mitrídates navegó hacia Cos y sus habitantes le tributaron una alegre bienvenida, y allí recibió y educó de manera principesca al hijo de Alejandro, el rey de Egipto, que había sido dejado en la isla por su abuela Cleopatra con una gran cantidad de riquezas. De los tesoros de Cleopatra envió al Ponto una buena parte, piezas de arte, piedras preciosas, adornos femeninos y gran cantidad de dinero.

---

19 Sobre la masacre de ciudadanos romanos y de origen itálico llevada a cabo por orden de Mitrídates, cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1057.

Entretanto, los rodios[20] fortificaron sus murallas y sus puertos y colocaron máquinas de guerra por todas partes, les ayudaban algunos telmiseos y licios. Todos los italianos que habían escapado de Asia se reunieron en Rodas y, con ellos, Lucio Casio, el procónsul de Asia. Cuando Mitrídates navegó contra ellos, destruyeron los arrabales de la ciudad, para que no fueran de utilidad al enemigo y se hicieron a la mar para librar un combate naval con unos barcos dispuestos para atacar de frente y otros, de costado. Pero el rey, que navegaba alrededor de los suyos con una quinquerreme, ordenó a sus barcos que se desplegaran por las alas hacia alta mar y que, forzando la remadura, envolvieran a los enemigos, pues eran inferiores en número. Por último, los rodios, ante el temor de verse rodeados, se replegaron poco a poco, y después, haciendo virar sus barcos, se refugiaron en el puerto, lo cerraron con barreras y combatieron a Mitrídates desde las murallas. Éste trasladó su campamento cerca de la ciudad, intentando continuamente forzar los puertos; pero, como fracasó en dicho propósito, aguardó a que estuviera presente la infantería procedente de Asia. Mientras tanto, tenían lugar cortas y continuas escaramuzas con los que estaban apostados sobre las murallas; al llevar en ellas los rodios la mejor parte, recobraron poco a poco su confianza y prepararon las naves para atacar a los enemigos, si se les presentaba la ocasión. 24

Cuando una nave de carga de la flota real pasó navegando a vela junto a ellos, avanzó contra ella una nave rodia de dos bancos de remos. Al acudir con presteza en auxilio de éstas otras naves de ambos bandos, tuvo 25

20 Fueron los únicos que permanecieron insensibles al requerimiento de Mitrídates, conocedores, tal vez, del rencor y largueza, a un tiempo, de Roma y confiados en la solidez de sus defensas y en la pericia de su flota.

lugar un fuerte combate naval en el que Mitrídates agobiaba al enemigo por su ímpetu y el número de barcos, pero los rodios rodearon y embistieron a sus naves con tal habilidad, que regresaron a puerto llevando a remolque una trirreme con su tripulación y muchos mascarones de proa y despojos del enemigo. En otra ocasión, al ser apresada por los enemigos una quinquerreme, los rodios, desconociendo este hecho, mandaron a buscarla a seis de sus barcos más rápidos bajo el mando de Damágoras. Mitrídates envió contra él a veinticinco naves y Damágoras se mantuvo en retirada hasta la puesta de sol. Pero, cuando, al oscurecer, las naves del rey dieron la vuelta para emprender el regreso, las atacó, hundió a dos, a otras dos las persiguió hasta Licia y regresó a puerto después de pasar la noche en el mar. Éste fue el resultado del combate naval entre los rodios y Mitrídates, desenlace inesperado para los rodios, a causa de su escaso número de barcos y, para Mitrídates, por el gran número de los suyos. En esta acción, cuando el rey navegaba en torno a sus barcos y apremiaba a los hombres, una nave de Quíos, debido a la confusión, chocó contra el barco de aquél con un fuerte impacto. El rey entonces fingió no darse por enterado, pero después castigó al piloto y al segundo de a bordo y, desde aquel momento, siempre mantuvo su odio hacia los de Quíos.

26 Por aquellos mismos días, un fuerte viento de Cauno[21] se abatió contra las naves de carga y trirremes que transportaban las tropas de infantería de Mitrídates y las desvió hacia Rodas. Los rodios se hicieron a la mar rápidamente y, atacándolas cuando todavía estaban perturbadas por la tempestad y diseminadas, apresaron a algunas, perforaron otras con los espolones, a otras las quemaron y cogieron cuatrocientos prisioneros. Por este

21 Viento que sopla desde Cauno hacia Rodas.

motivo, Mitrídates se preparó para otro combate naval y para un asedio al mismo tiempo. Construyó una *sambuca*, enorme máquina de guerra que transportó sobre dos naves. Algunos desertores le indicaron una colina fácil de escalar, donde estaba situado el templo de Júpiter Atabirio, rodeado de un muro bajo. Embarcó, por consiguiente, a su ejército en las naves durante la noche y dio escalas a otros, ordenándoles que avanzaran cada uno en silencio, hasta que algunos les hicieran una señal con fuego desde el monte Atabirio, y que, entonces, todos juntos, con el máximo ruido que pudieran, atacaran unos los puertos y otros trataran de forzar las murallas. Así pues, ellos se aproximaron en un silencio profundo, pero los centinelas rodios, dándose cuenta de lo que ocurría, hicieron una señal con fuego y el ejército de Mitrídates, pensando que esa era la señal del monte Atabirio, rasgó al unísono el silencio sepulcral con un clamor enorme, tanto los que llevaban las escalas como los de las naves. Pero los rodios no se arredraron ante ellos, sino que prorrumpieron, a su vez, en otro clamor igual y corrieron en tropel hacia las murallas. Las fuerzas reales no llevaron a cabo ningún intento esa noche y, al día siguiente, fueron rechazadas.

Lo que más temor causaba a los rodios era la *sambuca* que había sido arrimada junto a las murallas, por 27
donde estaba el templo de Isis, y disparaba, a la vez, muchos proyectiles, arietes y dardos. Además, soldados, en numerosos barcos pequeños, navegaban a su alrededor con escalas para trepar a las murallas por ella. Pero los rodios también resistieron con firmeza este ataque, hasta que la máquina empezó a vencerse a causa del peso y pareció que una aparición de Isis lanzaba una gran cantidad de fuego contra ella. Y Mitrídates, habiendo perdido también la esperanza de este intento, se retiró de Rodas. Posteriormente, mientras asediaba

Patara, comenzó a talar el bosque consagrado a Latona para procurarse madera con la que construir máquinas de guerra, hasta que, como consecuencia de un sueño amenazador, respetó el bosque y, tras encargar a Pelópidas que prosiguiera la guerra contra los licios, envió a Arquelao a Grecia para que tratara de captarse, de forma amigable o por la fuerza, cuantos lugares de ella pudiera. Y él, desde este momento, dejó la mayor parte de sus asuntos en manos de sus generales y se dedicó al enrolamiento de tropas, a la fabricación de armas y a divertirse con su esposa de Estratonicea. Presidía también los juicios de los acusados de conspirar contra su persona o de intentar promover revoluciones o favorecer, de cualquier modo, la causa romana.

28 Mientras él estaba ocupado en estos menesteres, en Grecia tenían lugar los siguientes acontecimientos. Arquelao, navegando con abundancia de provisiones y una gran flota, sometió por la violencia y la fuerza a Delos, que se había sublevado contra los atenienses, y a otras plazas fuertes. En ellas mató a veinte mil hombres, de los que la mayor parte eran italianos, y puso en manos de los atenienses las plazas fuertes. Gracias a este hecho y a que hablaba con jactancia de Mitrídates y lo ensalzaba hasta la exageración, logró atraérselos en alianza. Les envió el tesoro sagrado desde Delos por medio de Aristión[22], un ateniense, proporcionándole una escolta de dos mil soldados para custodiar el tesoro. Aristión utilizó a estos hombres para convertirse en tirano de su patria y mató, de inmediato, a una parte de los atenienses, bajo la acusación de favorecer a los

---

22 Posidonio lo llama Atenión. La crítica está dividida en torno a la problemática surgida sobre este hombre. Para algunos, Aristión-Atenión se trata de una misma persona, otros, en cambio, piensan que son dos (cf. Rostovtzeff, II, págs. 1057-58, y en especial, pág. 1135, n. 4).

romanos, y a otros los envió a Mitrídates[23], e hizo todo esto a pesar de que practicaba la filosofía epicúrea. Pero no fue sólo éste entre los atenienses, ni siquiera Critias antes que él ni los discípulos de este último, los que ejercieron la tiranía, sino que también, en Italia, algunos de los pitagóricos y, en el resto de Grecia, algunos de los llamados Siete Sabios que se ocuparon de asuntos públicos, gobernaron y fueron unos tiranos más crueles que los tiranos ordinarios. De tal manera, que incluso surgió la duda y la sospecha, respecto a los restantes filósofos, de si cultivaban la filosofía por un deseo de virtud o como un consuelo de su pobreza e inactividad. Hoy día, también, muchos filósofos de esta clase, que llevan una vida privada y mísera y pretextan sabiduría por causa de su misma necesidad, censuran con acritud a los ricos y a los gobernantes, con lo que no obtienen reputación para sí de que desprecian la riqueza y el poder, sino más bien de que los envidian. Y los que son objeto de sus críticas se muestran mucho más sabios al despreciarlos. Todo ello, sin embargo, debe considerarse como dicho contra el filósofo Aristión, que es el causante de esta digresión en mi relato.

Se pusieron, además, de parte de Arquelao los 29
laconios y toda Beocia, excepto los de Tespis, a los que sitió, estableciendo un cerco en torno a ellos. Por el mismo tiempo, Metrófanes, enviado por Mitrídates con otro ejército, devastó Eubea, el territorio de Demetrias y Magnesia, porque no habían aceptado adherirse a su causa. Brutio, avanzando desde Macedonia con un pequeño ejército, sostuvo con él un combate naval y, tras hundirle una nave pequeña y una hemiolia, mató a todos los que había en ellas ante la mirada de Metró-

---

[23] Sobre los móviles de la defección de Atenas, cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1058.

fanes. Éste huyó aterrado y, como le acompañó un viento favorable, Brutio no pudo darle alcance, sino que se apoderó de Escíatos, que servía de almacén a los bárbaros para el botín de sus depredaciones. Crucificó a algunos esclavos de entre la población y cortó las manos a los hombres libres y, entonces, se volvió contra Beocia, tras recibir como refuerzos desde Macedonia otros mil jinetes y soldados de infantería. En las cercanías de Queronea sostuvo contra Arquelao y Aristión un combate que duró tres días, pues el desarrollo de la acción a lo largo de toda la batalla fue equilibrado y de resultado incierto. Pero, cuando los laconios y aqueos vinieron en ayuda de Arquelao y Aristión, Brutio, considerando que ya no era capaz de combatir con todos a la vez, se retiró al Pireo y, finalmente, Arquelao navegando también contra este lugar se apoderó de él.

30 Sila[24], que había sido elegido por los romanos general de la guerra de Mitrídates, cruzó entonces por vez primera desde Italia a Grecia con cinco legiones, algunas cohortes y algunos escuadrones de caballería, y de inmediato trató de reunir dinero, aliados y provisiones de Etolia y Tesalia. Tan pronto como juzgó que tenía lo suficiente de todo, cruzó hasta el Ática contra Arquelao. Mientras realizaba el viaje, se pasó a su lado toda Beocia, a excepción de unos pocos, y la gran ciudad de Tebas que, después de haber elegido la causa de Mitrídates muy a la ligera en vez de la de Roma, con mayor presteza aún se pasaron de Arquelao a Sila antes de que se produjera una confrontación. Una vez que alcanzó el Ática, envió una parte del ejército a la ciudad para sitiar a Aristión, en tanto que él en persona marchó contra el Pireo, donde precisamente estaban Arquelao y los enemigos, encerrados dentro de las mu-

[24] Sobre la guerra de Sila (*Mi.* 30-60), véase, en general, E. Will, II, págs. 402-406.

rallas. La altura de ésta era de unos cuarenta codos aproximadamente y estaba construida con grandes bloques de piedra de forma cuadrangular; fue un trabajo de Pericles durante la guerra entre atenienses y peloponesios, cuando al poner su esperanza de victoria en el Pireo lo fortificó cuanto pudo. Sila, a pesar de la altura de los muros, adosó a ellos de inmediato las escalas, y causó y recibió mucho daño, pues los capadocios se defendían con firmeza de su ataque. Finalmente se retiró, exhausto, a Eleusis y Mégara y construyó máquinas de guerra para un nuevo ataque contra el Pireo, pues había planeado levantar un terraplén contra él. Los instrumentos, todos los aparatos para su construcción, hierro, catapultas y cualquier otra cosa de esta índole, las hizo traer de Tebas. Taló el bosque de la Academia y fabricó máquinas muy grandes, destruyó los muros largos y utilizó las piedras, madera y tierra de su construcción en la del terraplén [25].

Dos esclavos atenienses del Pireo, ya fuera por favo- 31
recer la causa romana o porque buscaban su seguridad personal en caso de que ocurriera algo, iban escribiendo en unas tablitas de plomo lo que sucedía en cada momento y se las arrojaban a los romanos por medio de una honda. Y, como este hecho se producía continuamente y llegaba a conocimiento de Sila, éste prestó atención a los mensajes y encontró uno que decía: «Mañana, soldados de infantería harán una incursión de frente contra los trabajadores y los jinetes atacarán por ambos flancos a los romanos.» Por consiguiente,

[25] La caída de Atenas y el Pireo dependió, por completo, de la perfección de las máquinas de sitio. Sila, que no traía consigo ninguna, hubo de fabricarlas sobre el terreno, así como procurarse bestias de carga, pertrechos, etc. Su ejército, por otra parte, no era muy numeroso y, al carecer de flota, tuvo que vivir enteramente de los suministros que le proporcionó Grecia (véanse más detalles en ROSTOVTZEFF, II, págs. 1038 y sigs.).

ocultó una tropa adecuada y, tan pronto como se produjo la incursión de los enemigos, en la creencia, sobre todo, de que era inesperada, Sila, de forma más inesperada aún para éstos, lanzó contra ellos sus tropas ocultas, mató a muchos y a otros los rechazó hasta el mar. Éste fue el desenlace de aquel intento. Cuando el terraplén comenzó a alcanzar una altura considerable, Arquelao construyó torres frente a él y colocó sobre ellas muchas máquinas; envió, además, por refuerzos a Calcis y a las otras islas y armó a los remeros, pues era consciente del peligro de perder todo. Así que su ejército, que ya era más numeroso que el de Sila, fue todavía superior gracias a estos refuerzos, y a la media noche Arquelao después de hacer una salida con antorchas, quemó uno de los cobertizos y las máquinas resguardadas tras de él. Sin embargo, Sila construyó otras nuevas en unos diez días y las situó de nuevo donde estaban las anteriores, pero Arquelao opuso a éstas una nueva torre en la muralla.

32 Habiendo recibido, este último, por mar otro ejército de parte de Mitrídates, bajo el mando de Dromiquetes, sacó a todos al combate. Mezcló a los honderos y los arqueros y los colocó bajo la misma muralla, para que los defensores de ésta pudieran alcanzar a los enemigos; otros con antorchas, situados en torno a las puertas, aguardaban la oportunidad de hacer una salida. La batalla estuvo nivelada durante mucho tiempo y cada bando cedía alternativamente, en primer lugar los bárbaros, hasta que Arquelao los contuvo y condujo de nuevo al combate. Esta acción aterró sobremanera a los romanos, que huyeron después de ellos, hasta que también a éstos, saliéndoles al encuentro Murena, les hizo dar la vuelta. Y, en ese momento, otra legión que regresaba de cortar madera y, junto con ella, los que se habían deshonrado con la huida, buscando con afán la pelea, cargaron duramente contra los soldados de

Mitrídates hasta dar muerte a dos mil de ellos y rechazar a los demás al interior de las murallas. Arquelao trató de hacerlos volver de nuevo y permaneció en el combate durante mucho tiempo a causa de su coraje, y al resultar copado, tuvo que ser izado por medio de cuerdas. Sila, a los que se habían deshonrado, los liberó de la deshonra por su espléndido comportamiento en la lucha, y a los otros, los recompensó con largueza.

Como ya se aproximaba el invierno, estableció el 33
campamento en Eleusis y cavó una zanja profunda desde el interior hasta el mar para que la caballería de los enemigos no pudiera llegar a él con facilidad. Mientras estaba empeñado en esta obra, tuvieron lugar algunos combates cada día, algunos alrededor de la zanja y otros junto a las murallas, pues los enemigos salían frecuentemente contra él y le atacaban con piedras, dardos y bolas de plomo. Sila, necesitado de naves, mandó a buscarlas a Rodas, pero como los rodios no eran capaces de realizar la travesía porque Mitrídates dominaba el mar, ordenó a Lúculo, un romano ilustre que fue el general de esta guerra después de Sila, que navegara en secreto a Alejandría y Siria y que, reuniendo una flota de aquellos reyes y ciudades que tuvieran experiencia en asuntos de mar, diera escolta a la flota rodia. Éste, aunque el mar estaba en manos del enemigo, no vaciló y, embarcando en una pequeña chalupa, tras cambiar de un barco a otro para pasar inadvertido, arribó a Alejandría.

Los traidores volvieron a enviar desde las murallas, 34
por medio de la honda, un mensaje escrito en las tablillas de plomo, diciendo que Arquelao enviaría esa noche a la ciudad de Atenas, que estaba sufriendo de hambre, un convoy de provisiones custodiado por soldados. Sila, por tanto, les tendió una emboscada y se apoderó de las provisiones y de los soldados de escolta. Ese mismo día también, Munacio hirió cerca de Calcis a Neoptóle-

mo, otro general de Mitrídates, mató a mil quinientos hombres e hizo más prisioneros todavía. No mucho después, en el Pireo, durante la noche, mientras estaban aún dormidos los centinelas de las murallas, los romanos, adosando escalas por medio de las máquinas que estaban próximas, treparon a las murallas y mataron a los centinelas que se hallaban más cerca. Por este motivo, algunos de los bárbaros huyeron en dirección al puerto del Pireo, abandonando la muralla como si estuviera tomada en su totalidad. Sin embargo, otros, tras presentar batalla, mataron al jefe de los escaladores y echaron abajo a los restantes, y otros aún, saliendo a través de las puertas, estuvieron a punto de quemar otra de las torres romanas, pero Sila la salvó lanzándose a la carrera desde su campamento y después de combatir con dureza durante toda la noche y al día siguiente. Entonces se retiraron los bárbaros; pero, como Arquelao colocó otra gran torre sobre la muralla en frente de la torre romana, combatieron unos contra otros de torre a torre descargando continuamente y en abundancia toda clase de proyectiles. Finalmente, Sila, por medio de sus catapultas, que lanzaban de una vez cada una veinte bolas de plomo muy pesadas, mató a muchos hombres y sacudió la torre de Arquelao hasta que la desvencijó, así que fue retirada a toda prisa por éste por temor a su total destrucción.

35 Y, como los de la ciudad estaban acuciados aún más por el hambre, nuevas tablillas de plomo anunciaron que durante la noche se enviarían víveres a la ciudad. Pero Arquelao, ante la sospecha de que se produjera alguna información traidora sobre las provisiones, al tiempo que envió éstas, apostó junto a las puertas a algunos hombres con antorchas para hacer una salida contra los romanos si Sila atacaba el convoy de provisiones. Y sucedieron ambas cosas, que Sila capturó

a los que transportaban las provisiones y que Arquelao prendió fuego a algunas de las máquinas enemigas.

Por este mismo tiempo, Arcatias, el hijo de Mitrídates, tras invadir Macedonia con otro ejército, venció sin dificultad las escasas tropas romanas que allí había y sometió Macedonia en su totalidad. Después de haber designado sátrapas para este país, avanzó contra Sila, hasta que cayó enfermo y murió cerca de Tiseo.

Entretanto, en el Ática, Sila construyó numerosos fortines en torno a la ciudad de Atenas, que estaba casi exhausta por el hambre, para que nadie pudiera salir, sino que, al permanecer todos dentro, se acentuaran más los efectos de la misma a causa del número de personas.

Cuando hubo elevado el terraplén hasta la altura 36
deseada, condujo las máquinas de asalto contra el Pireo; pero, como Arquelao había socavado el terraplén y retirado la tierra durante mucho tiempo, sin ser visto, éste se derrumbó de repente. En cuanto los romanos se dieron cuenta, retiraron sus máquinas y rellenaron el terraplén y, al igual que el enemigo, también ellos horadaron la tierra con un túnel hacia un punto calculado de las murallas. Al encontrarse los cavadores bajo tierra, combatieron como pudieron cuerpo a cuerpo en la oscuridad con espadas y lanzas. A la vez que ocurría esto, Sila, desde lo alto del terraplén, batía la muralla con muchos arietes hasta que derribó una parte de ella. Entonces se apresuró a quemar la torre próxima lanzando muchas flechas incendiarias contra ella y ordenó a sus soldados más audaces que treparan por las escaleras, y, aunque hubo gran codicia por una y otra parte, la torre fue quemada. Otra pequeña porción de la muralla fue derribada y Sila apostó, de inmediato, un cuerpo de guardia en aquella parte. Minados ya los cimientos de un lienzo de muralla y sostenida ésta sólo por las traviesas de madera, las llenó de azu-

fre, estopa y pez y al punto le prendió fuego a todo. Unas tras otras se fueron derrumbando las diferentes partes de la muralla y arrastraban en su caída a los que estaban sobre ellas. Este tumulto, por ser sobre todo repentino y grande, sumió en la confusión a los defensores de los muros en todas partes, pues pensaban que la parte que estaba bajo ellos caería de inmediato. Por lo cual, volviéndose continuamente hacia todos los lugares, se mostraban suspicaces por el miedo y ofrecían una resistencia más débil al enemigo.

37 Contra estos defensores en un grado tal de desmoralización Sila mantuvo un ataque incesante, cambiaba constantemente a aquellos de sus soldados que estaban agotados por el esfuerzo y llevaba tropas de refresco, unas tras otras, con escalas, gritos y exhortaciones, incitándoles a avanzar por medio de amenazas y voces de aliento y diciéndoles que todo se iba a decidir en este breve lapso de tiempo. Pero también Arquelao reemplazaba con otras a aquellas de sus tropas que se encontraban desconcertadas, renovando así él también el combate, y animaba y exhortaba, a un tiempo, a todos con que dentro de poco tendrían ya asegurada la salvación. Como un afán y celo enormes hicieron presa, de nuevo, en todos los hombres de uno y otro bando, la resistencia en la lucha y las bajas por ambas partes fueron totalmente iguales. Finalmente, Sila, por ser quien llevaba el ataque desde el exterior y, por tanto, se cansaba más, tocó a retirada con la trompeta y condujo de vuelta a su ejército después de alabar a muchos de sus hombres por su valor. Arquelao reconstruyó, al punto, durante la noche, las partes derruidas de la muralla, reforzándolas por dentro con numerosas fortificaciones semicirculares. Sila atacó nuevamente con todo su ejército a éstas, mientras estaban aún recién construidas, pensando que podría demolerlas con facilidad al encontrarse todavía débiles y húmedas. Pero,

cansándose inútilmente al tener que combatir en un lugar estrecho y expuesto a los disparos del enemigo desde arriba, por el frente y por los flancos, como ocurre cuando se lucha en fortificaciones de forma semicircular, desistió por completo ya de su idea de tomar el Pireo por asalto y estableció un cerco para reducirlos por el hambre.

Pero, cuando se enteró de que los de la ciudad esta- 38
ban más acuciados aún por la necesidad y que habían sacrificado todo su ganado, cocido las pieles y los cueros y lamido lo que de ellos resultaba tras cocerlos, y algunos, incluso, habían comido la carne de los cadáveres, ordenó al ejército que rodeara a la ciudad con una zanja para que no pudieran escapar a ocultas ni siquiera de uno en uno. Tan pronto como la tuvo terminada, adosó las escalas, al tiempo que perforaba la muralla, y como los defensores estaban debilitados, huyeron con prontitud y penetró él en la ciudad. Al punto tuvo lugar en Atenas una matanza enorme y sin piedad, pues la gente no podía huir a causa de su desnutrición y tampoco hubo misericordia para niños y mujeres, al haber ordenado Sila dar muerte a todo aquel que se pusiera por delante, ya que estaba irritado, porque se habían unido a los bárbaros de forma tan repentina e injustificada y habían manifestado hacia él una animosidad virulenta. Por este motivo, la mayor parte de la población, al enterarse de la orden, se arrojaron a sí mismos contra las espadas de sus matadores. Unos pocos emprendieron una débil carrera hacia la Acrópolis, entre los cuales estaba Aristión, que había quemado el Odeón para que Sila no tuviera a mano, de inmediato, madera para tomar por asalto la Acrópolis. Sila prohibió quemar la ciudad, pero permitió a su ejército que la saqueara, y se encontraron en muchas casas trozos de carne humana dispuestos para ser comidos. Al día siguiente, Sila vendió a los esclavos, y a los hom-

bres libres que habían escapado a la matanza de la noche anterior, muy pocos en total, les concedió la libertad, pero les quitó sus derechos como votantes y electores, por haber hecho una guerra contra él, aunque les concedió estos privilegios a sus descendientes.

39 Tal hartura de desgracias sufrió Atenas. Sila apostó una guarnición contra la Acrópolis en la que capturó, poco después, a Aristión y a los que habían escapado con él, vencidos por el hambre y la sed. Sila castigó con la muerte a Aristión y a su guardia personal, así como a todos aquellos que habían detentado algún cargo o a quienes habían contravenido cualquiera de las órdenes dadas con anterioridad por los romanos después de la captura de Grecia. Al resto lo perdonó y fijó para todos leyes similares a las que antes les habían dado los romanos. De la Acrópolis se obtuvieron unas cuarenta libras de oro y doscientas de plata, pero estos sucesos referentes a la Acrópolis tuvieron lugar poco después.

40 Sila, nada más ocupar la ciudad, no aguardó ya a tomar el Pireo por medio de un asedio, sino que condujo contra él, a la vez, arietes, proyectiles y dardos, así como a muchos hombres que, protegidos bajo las tortugas, perforaban las murallas; también llevó cohortes, que, disparando dardos y flechas con frecuencia contra los que defendían las murallas, trataban de rechazar a los defensores. Derribó una parte de la fortificación semicircular que, debido a su reciente construcción, estaba húmeda y más debilitada. Sin embargo, Arquelao había previsto ya antes esta posibilidad y había construido por dentro otras muchas defensas similares, con lo que la tarea de Sila resultaba inacabable al atacar, una tras otra, fortificaciones idénticas. A pesar de ello, insistía en su ataque incesante, relevando continuamente a su ejército, corriendo por todas partes con gritos de aliento para continuar el trabajo y mostrándoles que de lo que quedaba de esfuerzo dependían

todas sus esperanzas y recompensas por todas las fatigas pasadas. Y ellos conscientes también de que, en realidad, esto era para ellos el final de sus trabajos y ávidos de gloria, se aplicaban con codicia a la lucha, pensando que era una hazaña grande y gloriosa conquistar tales murallas. Finalmente, Arquelao, estupefacto ante este ataque que parecía impulsado por la locura y la falta de razón, les abandonó las murallas y huyó hacia una parte del Pireo que estaba perfectamente protegida y rodeada por el mar por todas partes. Y Sila, al no tener naves, no pudo atacar este lugar.

Desde aquí, Arquelao se retiró a Tesalia a través de 41
Beocia y reunió en las Termópilas a lo que quedaba del ejército que había traído consigo y del que se había presentado con Dromiquetes. También reunió al que había invadido Macedonia bajo el mando de Arcatias, el hijo del rey, que estaba totalmente fresco y en plenitud de su vigor, y a aquellas otras tropas que envió de inmediato Mitrídates, pues nunca dejaba de enviar refuerzos. Mientras él reunía con premura todas estas fuerzas, Sila quemó por completo el Pireo, que le había causado más problemas que la ciudad, sin respetar el arsenal ni los astilleros ni ningún otro de sus edificios famosos. Después de esto, avanzó, a su vez, contra Arquelao también a través de Beocia. Cuando se aproximaron unos a otros, las fuerzas de Arquelao estaban justamente trasladándose desde las Termópilas hacia la Fócide, y consistían en tracios procedentes del Ponto, escitas, capadocios, bitinios, gálatas, frigios y otros provenientes de los territorios recién adquiridos por Mitrídates. En total llegaban a los ciento veinte mil hombres y sus generales eran de la nacionalidad de cada uno, pero el comandante supremo era Arquelao. El ejército de Sila estaba integrado por italiotas y aquellos griegos y macedonios que se habían pasado, hacía poco, a él desde el lado de Arquelao, así como otros proce-

dentes de los territorios vecinos, pero no llegaban en conjunto ni siquiera a un tercio de las tropas enemigas[26].

42 Cuando habían tomado posiciones opuestas unos a otros, Arquelao sacó a su ejército en orden de combate, incitando en todo momento a la lucha, pero Sila tardeaba inspeccionando la naturaleza del lugar y el número de los enemigos. Sin embargo, al retirarse Arquelao hacia Calcis, lo siguió muy de cerca buscando la oportunidad y el lugar. Y, tan pronto como vio que él acampaba cerca de Queronea en un lugar rocoso en el que no había posibilidad de escapatoria para los vencidos, tomó posesión, al punto, de una ancha llanura cercana y llevó sus tropas a ella con la idea de forzar a Arquelao a luchar, aun en contra de su voluntad. Allí la inclinación de la llanura les resultaba favorable para la persecución y la retirada, en tanto que Arquelao estaba rodeado de escarpaduras que imposibilitaban, de todo punto, la entrada en acción conjunta de todo el ejército, porque no podía reunirlo, a causa de la desigualdad del terreno, y la huida era imposible, a causa de las escarpas, en el caso de que fuera puesto en fuga. Así pues, Sila, confiando, gracias a estos cálculos, en la mala posición del enemigo, avanzó convencido de que de nada serviría a Arquelao la superioridad numérica de sus fuerzas. Pero este último no estaba resuelto en aquella ocasión a trabar combate con él y, por esta

[26] Esta desproporción en las fuerzas puede deberse a que se sigue una versión proveniente de las *Memorias* del propio Sila. Con relación a Sila, como fuente para algunos episodios o partes del libro *Sobre Mitrídates*, véase (según E. Gabba, *Appiani bellorum civilium liber primus*, 2.ª ed., Florencia, 1967, págs. XX-XXI de la Introducción); A. Ferrabino, «Silla a Cheronea», *Mem. Acc. Torino* 65 (1916), págs. 1 y sigs. (para la batalla de Queronea); I. Calabi, «I Commentari di Silla come fonte storica», *Mem. Acc. Lincei*, ser. VIII, 3 (1951), págs. 279-95 (para eventuales relaciones con las *Memorias* de Sila); Ed. Meyer, *Kleine Schrifften*, I², pág. 379.

razón, tampoco se había tomado mucho cuidado en elegir el sitio para acampar, así que, cuando Sila estaba ya atacándolo, se dio cuenta demasiado tarde de su mala posición y envió un destacamento de caballería para impedírselo. Una vez que aquéllos fueron puestos en fuga y arrojados a los precipicios, envió de nuevo sesenta carros por si podía hender y despedazar la falange enemiga con el ímpetu de éstos. Sin embargo, los romanos abrieron filas y los carros, arrastrados hacia la última línea de combate por su propio movimiento y teniendo dificultad en dar la vuelta, fueron destruidos por los de retaguardia que los rodearon y descargaron sus dardos contra ellos.

Arquelao, aunque hubiera podido, incluso en su si- 43
tuación, defenderse con firmeza desde su campamento fortificado, puesto que tal vez las rocas hubieran coadyuvado a este menester, sacó fuera con precipitación y desplegó con ahínco en orden de batalla a un gran número de tropas que no se habían hecho a la idea de luchar en este lugar, y se encontró, sobre todo, en un paraje muy estrecho a causa de que Sila estaba ya próximo. Cargando en primer lugar con la caballería a galope tendido, escindió en dos a la formación romana y rodeó a ambas partes con facilidad a causa de su escaso número. Pero éstos se defendieron con denuedo haciendo frente al enemigo en todas partes; los que más tuvieron que esforzarse fueron las tropas de Galba y Hortensio, contra las que dirigía personalmente el combate Arquelao, pues los bárbaros, en presencia de su general, se esforzaban en mostrar su valor. Finalmente, Sila se dirigió hacia ellos con muchos jinetes, y Arquelao, conjeturando que era Sila el que atacaba, pues vio las insignias del general y una gran nube de polvo, empezó a levantar el cerco y a replegarse a su línea de combate. Pero Sila, con la flor y nata de su caballería, a la que incorporó en el camino dos nuevas

cohortes que habían quedado colocadas en reserva, atacó a los enemigos, cuando no habían terminado de ejecutar su maniobra ni de reintegrarse sólidamente a la línea frontal, y, tras sembrar la confusión entre ellos, rompió su formación y los persiguió cuando se daban a la fuga. Mientras que la victoria comenzaba por esta parte, tampoco permaneció inactivo Murena, que estaba colocado en el ala izquierda, sino que censurando a sus soldados por su pereza, cargó con valentía sobre el enemigo y lo puso en fuga.

44 Una vez que las alas del ejército de Arquelao estuvieron en fuga, el centro no mantuvo ya por más tiempo su posición, sino que huyeron todos en masa. Y, entonces precisamente, le sucedió a los enemigos todo cuanto había previsto Sila; pues, al no tener un espacio amplio para maniobrar ni campo abierto para la huida, fueron rechazados por sus perseguidores hacia los precipicios. Algunos de ellos cayeron en manos del enemigo al intentar escapar y otros, con una decisión más prudente, huyeron hacia el campamento. Pero Arquelao se situó ante ellos, cerró las puertas del campamento y les ordenó que se dieran la vuelta e hicieran frente a los enemigos, revelando con ello en esta ocasión la más grande inexperiencia en los avatares de la guerra. Ellos se revolvieron con ardor, pero, como no estaban presentes ya ni sus generales ni sus oficiales, ni reconocían cada uno sus propias enseñas al estar diseminadas a causa de la fuga desordenada, ni tenían espacio para huir o luchar, pues ahora, sobre todo, se encontraban más constreñidos a causa de la persecución, eran muertos sin ofrecer resistencia; unos, por los enemigos sin tiempo para devolver los golpes y, otros, por ellos mismos dada la confusión reinante por causa del número y de la estrechez del lugar. De nuevo huyeron hacia las puertas del campamento y se apelotonaron en torno a ellas, haciendo objeto de sus reproches a los que les

cerraban el paso. Les recordaban, a manera de censura, a los dioses patrios y los demás lazos de familiaridad que existían entre ellos, diciéndoles que perecían no tanto a manos de los enemigos, como por culpa de la indiferencia de sus amigos. Finalmente, Arquelao, a duras penas y más tarde de lo necesario, abrió las puertas y los acogió en el interior cuando corrían en pleno desorden. Los romanos, al ver esto y tras darse ánimos unos a otros, en esta ocasión sobre todo, se precipitaron a la carrera con los fugitivos en el interior del campamento y completaron hasta el final su victoria.

Arquelao y todos los demás que lograron escapar 45
en grupos, se reunieron en Calcis en número no superior a diez mil, de ciento veinte mil que eran. De los romanos pareció que habían muerto quince hombres pero dos de ellos regresaron. Éste fue el final de la batalla de Queronea entre Sila y Arquelao, el general de Mitrídates, cuyo resultado para ambos fue tal a causa, sobre todo, de la prudencia de Sila y de la irreflexión de Arquelao. Sila, después de haber obtenido muchos prisioneros de guerra, gran cantidad de armas y botín, hizo un montón con las cosas inútiles, se ciñó como es costumbre para los romanos y las quemó él mismo en honor de los dioses de la guerra. Tras dar un breve descanso a su ejército, se apresuró hacia el Euripo contra Arquelao, pero éste, como los romanos no disponían de naves, costeó sin miedo las islas, devastando las zonas del litoral. Desembarcó en Zacinto y la asedió; pero, al ser atacado durante la noche por algunos romanos que residían allí, embarcó rápidamente y se hizo de nuevo a la mar rumbo a Calcis, más como un pirata que como un soldado.

Mitrídates, cuando supo de tan considerable derro- 46
ta, se quedó perplejo al pronto y sintió un gran temor como era natural dada la magnitud de la misma; sin

embargo, reunió con rapidez otro ejército de entre todos los pueblos que estaban bajo su dominio. Y, pensando que algunos estarían dispuestos a volverse contra él a causa de la derrota, ya fuera ahora o en alguna otra oportunidad que encontraran, reunió a todos los que le eran sospechosos antes de que la guerra se agudizara. En primer lugar mató a todos los tetrarcas de Galacia con sus hijos y sus esposas —excepto a tres que escaparon—, tanto a los que estaban a su lado como amigos como a los que no eran sus súbditos. A unos les tendió emboscadas y a otros los mató durante un banquete en una sola noche, pues pensaba que ninguno de ellos le sería fiel si se aproximaba Sila. Después de confiscar sus bienes, introdujo guarniciones en las ciudades y envió a Éumaco como sátrapa de toda la nación, pero los tetrarcas que habían huido reunieron un ejército con gente procedente de los campos y lo expulsaron con sus guarniciones, persiguiéndolo fuera de Galacia, así que a Mitrídates tan sólo le quedaron de los gálatas las riquezas que se había llevado. Como estaba irritado con los quiotas desde que una de sus naves embistió sin darse cuenta a la nave real en el combate naval cercano a Rodas, confiscó, en primer lugar, los bienes de todos aquellos que habían huido junto a Sila y, a continuación, envió a ciertas personas para que investigaran las propiedades de los romanos en Quíos. En tercer lugar, Zenobio, que conducía un ejército con la idea de atravesar a Grecia, se apoderó durante la noche de las murallas de Quíos y de todos los lugares fortificados y, apostando guardias en las puertas, ordenó mediante una proclama que los extranjeros permanecieran quietos y que los quiotas se reunieran en asamblea, con objeto de que pudiera transmitirles un mensaje de parte del rey. Una vez que estuvieron reunidos, les dijo: «El rey sospecha de la ciudad a causa de su facción filorromana, pero dejará

de hacerlo si entregáis vuestras armas y a los hijos de las familias más ilustres en calidad de rehenes.» Ellos, cuando vieron que su ciudad había sido tomada, entregaron ambas cosas y Zenobio las envió a Eritrea, anunciando a los quiotas que el rey les escribiría una carta de inmediato.

En efecto, llegó una carta de Mitrídates que decía 47 lo siguiente: «Incluso ahora favorecéis a los romanos, entre los que aún residen muchos de vosotros, y disfrutáis de las posesiones romanas que están en vuestra isla sin que nos paguéis por ellas ningún porcentaje. Una trirreme vuestra embistió y chocó contra mi nave en el combate naval cerca de Rodas, y yo voluntariamente imputé este hecho solamente a los pilotos, por si erais capaces de mirar por vuestra integridad y daros por satisfechos. Pero también ahora enviasteis a Sila vuestros mejores hombres y no mostrasteis ni manifestasteis, como hubiera sido propio de quienes no están cooperando con ellos, que ninguno de éstos actuaba sin autorización oficial. Por tanto, y aunque mis amigos consideran que los que están conspirando contra mi gobierno y conspiraron también contra mi persona deben morir, yo os condeno a pagar dos mil talentos.» Éste era el contenido de la carta y ellos quisieron enviarle una embajada, pero Zenobio lo impidió y, como habían sido despojados de sus armas y tenían en su poder a sus hijos más ilustres, al tiempo que un ejército tan grande de tropas bárbaras estaba en posesión de la ciudad, en medio de profundas lamentaciones reunieron los adornos de los templos y todas las joyas de las mujeres hasta completar la suma de dos mil talentos. Tan pronto como estuvo completo, Zenobio les acusó de que el peso era escaso y les ordenó que se reunieran en el teatro. Y, después de rodear, con el ejército con las espadas desenvainadas, el propio teatro y las calles que llevaban desde él hasta el mar, con-

dujo a los de Quíos, haciéndolos levantarse de uno en uno, desde el teatro y los embarcó en las naves, de un lado los hombres y de otro las mujeres y niños, sufriendo todos un trato vejatorio, a la usanza bárbara, por parte de sus conductores. Deportados desde aquí ante Mitrídates, fueron enviados por éste al Ponto Euxino[27].

48 Tal fue el destino de los de Quíos. Los efesios ordenaron a Zenobio, cuando se aproximó con su ejército, que dejara las armas junto a las puertas y penetrara en la ciudad con unos pocos. Él obedeció estas órdenes y se encaminó a casa de Filopemen, el padre de Mónima, la esposa favorita de Mitrídates, al que este último había colocado como inspector de los efesios, y ordenó, mediante una proclama, que éstos se reunieran en asamblea. Pero los efesios, como no esperaban nada bueno de parte de él, pospusieron la reunión hasta el día siguiente y, tras reunirse unos con otros durante la noche y darse mutuos ánimos, pusieron en prisión a Zenobio y lo ejecutaron. A continuación ocuparon las murallas, distribuyeron a la población por compañías, reunieron en el interior de la ciudad provisiones desde los campos y tuvieron bajo control absoluto a la ciudad. Enterados de estos sucesos, los tralianos, hipepenos, mesolitas y algunos otros, y por temor a lo que les había ocurrido a los de Quíos, hicieron lo mismo que los efesios. Mitrídates envió un ejército contra las ciudades que se habían sublevado e infligió numerosos y terribles castigos a las que capturó; pero, temiendo que otras hicieran lo mismo, concedió la libertad a las ciudades griegas y proclamó la condonación de sus deu-

[27] Esta política de transplante de población en masa era típica de las monarquías orientales y estuvo muy en boga por esta época. Sabemos por el propio Apiano que Tigranes la practicó en Armenia, Mesopotamia y Siria, y que Mitrídates hizo lo propio en el reino del Bósforo (cf. ROSTOVTZEFF, II, pág. 1136, n. 13).

das, concedió el derecho de ciudadanía a los residentes en cada una de las ciudades, otorgó la libertad a los esclavos en la esperanza —lo que precisamente sucedió— de que los deudores, residentes y esclavos, al considerar que sus privilegios estarían seguros bajo el gobierno de Mitrídates, le serían favorables. Entretanto, Minio, Filótimo de Esmirna, Clístenes y Asclepiódoto de Lesbos, todos ellos íntimos del rey —Asclepiódoto incluso lo había tenido como huesped en cierta ocasión—, tramaron una conspiración contra Mitrídates, de la cual fue delator el propio Asclepiódoto y, para hacerse creer, arregló el modo de que el rey oyera a Minio, oculto bajo un lecho. Al ser descubierta la conspiración, sus autores fueron castigados con la tortura, pero la sospecha de proyectos similares alcanzó a otros muchos. Cuando ochenta ciudadanos de Pérgamo fueron cogidos planeando actos semejantes y otros en otras ciudades, Mitrídates envió espías por todas partes, los cuales denunciaron a sus enemigos personales y, así, mataron alrededor de mil seiscientos hombres. Los acusadores de éstos, sin embargo, perecieron poco tiempo después al ser capturados por Sila, otros se suicidaron y otros huyeron al Ponto con el propio Mitrídates.

Mientras tenían lugar estos sucesos en Asia, Mitrídates reunió un ejército de ochenta mil hombres que Dorilao condujo a Grecia junto a Arquelao, al que le quedaban todavía diez mil hombres de su ejército anterior. Sila había acampado frente a Arquelao cerca de Orcómeno y, tan pronto como vio el gran número de jinetes que se aproximaba, cavó muchas trincheras en la llanura, de diez pies de ancho cada una, y, cuando lo atacó Arquelao, le opuso su ejército desplegado en orden de combate. Sin embargo, puesto que los romanos luchaban faltos de bríos por temor a la caballería, Sila, cabalgando a su lado durante mucho tiempo, los animaba y apremiaba con amenazas. Y, como ni aún

así consiguió que se aplicaran de lleno a la lucha, descabalgó de su montura y, arrebatando un estandarte, se lanzó a la carrera al espacio que mediaba entre ambos ejércitos, acompañado de sus escuderos, gritando a voces: «Si alguien os pregunta, romanos, dónde abandonasteis a vuestro general Sila, decid que cuando luchaba en Orcómeno.» Sus oficiales, al verlo en peligro, se lanzaron en su ayuda desde sus propias filas y, tras ellos, corrió también la restante masa de tropa, movida por un sentimiento de vergüenza, y obligaron a replegarse en retirada a los enemigos. Iniciada la victoria, saltó sobre su caballo de nuevo y alabó a su ejército cabalgando de un lado para otro y apremiándolo hasta que la victoria fue completa. Los enemigos sufrieron unas bajas de quince mil hombres, de los que unos diez mil eran tropas de caballería y, entre ellos, Diógenes, el hijo de Arquelao. La infantería huyó al campamento.

50 Sila, temiendo que Arquelao se le escapara de nuevo a Calcis como antes, puesto que él no tenía naves, estableció puestos de vigilancia durante la noche, a intervalos, por toda la llanura. Al día siguiente, distante de Arquelao un estadio no completo, cavó un foso en torno a él que no salió para atacarle. Y entonces, sobre todo, exhortó a su ejército a que culminara lo que aún quedaba de la totalidad de la guerra, puesto que el enemigo ya no podía resistirle y lo condujo contra el campamento de Arquelao. Escenas similares tenían lugar también entre los enemigos, pero por circunstancias diferentes, pues estaban impulsados por la necesidad, corriendo los oficiales a su alrededor, haciéndoles ver el peligro presente y reprochándoles que no fueran capaces de rechazar del campamento a los enemigos, que eran inferiores en número. Había mucho ímpetu y gritos por uno y otro lado y se llevaron a cabo muchos hechos de armas por ambas partes. Los romanos abrie-

ron brecha en un ángulo del campamento protegiéndose con los escudos y los bárbaros, saltando desde su campamento al interior del ángulo, lo rodearon con la intención de rechazar a los invasores con sus espadas. Ninguno de éstos se atrevió a entrar, hasta que Basilo, el tribuno militar, se lanzó el primero y dio muerte al que tenía frente a él. Entonces, todo el ejército se precipitó tras de él y se produjo la huida y matanza de los bárbaros; algunos, alcanzados por sus perseguidores y otros, rechazados hasta un lago cercano, donde perecieron ahogados por no saber nadar, mientras suplicaban el perdón, en lengua bárbara, a sus matadores que no les comprendían. Arquelao se ocultó en un pantano y, habiendo encontrado una pequeña embarcación, navegó hasta Calcis. Allí convocó a toda prisa a cuantas tropas del ejército de Mitrídates quedaban diseminadas en grupos aislados.

Sila, al día siguiente, concedió una corona al tri- 51
buno militar y otorgó a los demás otras recompensas al valor; devastó Beocia, que estaba continuamente cambiando de bando, avanzó hasta Tesalia e invernó a la espera de la flota de Lúculo. Sin embargo, como desconocía dónde se encontraba éste, comenzó a construir otras naves, y eso que Cornelio Cinna y Gayo Mario, sus rivales en Roma, habían decretado que fuera enemigo de la república romana, habían destruido su casa y villas campestres y habían dado muerte a sus amigos. No obstante, ni siquiera por esto relajó en absoluto su autoridad, pues tenía un ejército obediente y celoso. Cinna, tras elegir a Flaco[28] como su colega en el consulado, lo envió a Asia con dos legiones para sustituir a Sila —puesto que ya había sido declarado enemigo— en el mando de aquella provincia y en la guerra

[28] L. Valerio Flaco, pues Gayo Mario murió a los pocos días de ser encargado de la guerra contra Mitrídates.

contra Mitrídates. A Flaco, que era un hombre sin experiencia en la guerra, le acompañó por voluntad propia un hombre llamado Fimbria, perteneciente al rango senatorial y que inspiraba confianza como general. Cuando navegaban desde Brindisi, la mayor parte de las naves de éstos fueron destruidas por una tempestad y, a las que se habían adelantado en la travesía, las quemó otro ejército enviado por Mitrídates. Además, la totalidad del ejército aborreció a Flaco por su vileza, parcialidad en los castigos y afán de lucro, y una parte del mismo enviada a Tesalia desertó al lado de Sila. Y Fimbria, que les parecía tener mejores dotes de general que Flaco y ser más humano, consiguió que no desertaran los restantes.

52 En cierta ocasión, como se suscitara una disputa en una hospedería entre Fimbria y el cuestor con motivo del hospedaje, Flaco, que actuó de mediador, mostró poca consideración hacia Fimbria y éste, irritándose, amenazó con regresar a Roma. Entonces, Flaco designó un sucesor para aquellos asuntos que hasta ese momento habían sido competencia de aquel, y Fimbria, aprovechando la oportunidad de que Flaco había navegado a Calcedón, arrebató, en primer lugar, sus bastones de mando a Termo, que había sido dejado por Flaco como propretor, sobre la base de que el ejército le había confiado el mando a él. Después, cuando al poco tiempo regresó Flaco lleno de ira, Fimbria le obligó a huir hasta que se refugió en una casa y durante la noche, escalando los muros, huyó primero a Calcedón y, desde allí, a Nicomedia donde cerró las puertas de la ciudad. Fimbria lo siguió y lo mató cuando estaba oculto en un pozo, aunque era un cónsul romano y el general de esta guerra, en tanto que él era tan sólo un privado que le había acompañado como amigo a requerimiento suyo. Le cortó la cabeza y la arrojó al mar, dejando insepulto el resto de su cuerpo y se designó a

sí mismo como general en jefe del ejército. Libró algunos combates con éxito contra el hijo de Mitrídates y persiguió hasta Pérgamo al propio rey. Cuando Mitrídates huyó desde aquí hasta Pitane, Fimbria lo siguió y lo cercó con un foso, pero, finalmente, el rey escapó por mar a Mitilene.

Entonces, Fimbria, recorriendo la provincia de Asia, 53
castigó a la facción capadocia y devastó el territorio de los que no le daban acogida. Los habitantes de Ilión, sitiados por él, solicitaron ayuda de Sila y éste les dijo que iría en su auxilio y les ordenó, mientras tanto, que dijeran a Fimbria que se habían puesto en manos de Sila. Cuando Fimbria se enteró, los elogió por ser ya amigos de Roma y les pidió que lo admitieran dentro de su ciudad, pues él también era romano e hizo, además una alusión irónica a la relación de parentesco existente entre los romanos e Ilión. Cuando estuvo en su interior, masacró a todos sin discriminación, quemó toda la ciudad y atormentó de distintas formas a los que habían participado en la embajada a Sila, sin respetar las cosas sagradas ni a los que se habían refugiado en el templo de Minerva [29], a los cuales quemó junto con el templo. También demolió las murallas y, al día siguiente, dio una vuelta para inspeccionar, no fuera a ser que aún quedara algo de la ciudad en pie. Así, esta ciudad quedó destruida, precisamente, por un hombre de su raza, tras sufrir un destino peor que el que tuvo en tiempos de Agamenón, y no quedó ya de ella ni una casa ni un templo ni una estatua. Algunos piensan que la estatua de Minerva, a la que llaman Paladión y que consideran que cayó del cielo, fue encontrada entonces intacta, al haber caído los muros del templo junto a ella y haberla ocultado en su interior. Esto pudiera

[29] Diosa romana protectora de las artes.

haber sido verdad, de no ser porque Diomedes y Ulises[30] la trasladaron fuera de Ilión durante la guerra troyana. Así destruyó Fimbria a Ilión, al finalizar la ciento setenta y tres Olimpíada. Y algunos estiman que esta calamidad le sobrevino unos mil cincuenta años después de Agamenón[31].

54 Mitrídates, una vez que se enteró de la derrota en Orcómeno y calculó qué cantidad de hombres había enviado a Grecia desde el comienzo de la guerra y cómo habían sido aniquilados sin interrupción y con rapidez, envió una carta a Arquelao ordenándole que negociara la paz lo mejor que pudiera. Y éste acudió a conferenciar con Sila y dijo: «A pesar, Sila, de ser vuestro amigo paterno, el rey Mitrídates os hizo la guerra por causa de la codicia de otros generales, pero pondrá fin a la misma a causa de tu honorabilidad en el caso de que le impongas unas condiciones justas.» Sila, debido a que estaba falto de naves y sus rivales no le habían enviado, como enemigo que era, ni dinero ni ninguna otra cosa desde la patria y dado que ya había utilizado los tesoros de Delfos, Olimpia y Epidauro, a cambio de los cuales había entregado a cuenta a los templos la mitad del territorio tebano[32], por sus frecuentes defecciones, y dado que tenía prisa por conducir a su ejército íntegro e intacto contra la facción rival, accedió a poner fin a la guerra y dijo: «Hubiera sido propio de Mítridates, Arquelao, en caso de haber sido agraviado, enviar una

---

30 Héroe griego partícipe en la guerra de Troya y famoso por su astucia.

31 Hijo de Atreo, fue el caudillo de la expedición griega que tomó Troya.

32 Este dato avala lo precario de la economía de Sila durante su campaña en Asia, escasez de medios a la que aludimos en n. 25 a este libro. Ahora su falta de recursos se vio agravada por la situación política de Roma, donde había sido declarado oficialmente enemigo público. Éste pudo ser, tal vez, uno de los motivos fundamentales que le impulsaron a negociar la paz.

embajada para tratar del agravio sufrido, pero es propio de él, como agresor, recorrer con hostilidad una extensión tan grande de territorio perteneciente a otros, matar un número inmenso de personas, expoliar a las ciudades de su erario público y sus tesoros sagrados y confiscar las pertenencias de los muertos. Y, siendo infiel con sus mismos amigos en la misma proporción que lo fue con nosotros, mató también a muchos de éstos y de los tetrarcas a los que reunió en un banquete, en una sola noche, en compañía de sus mujeres y sus hijos que no le habían hecho la guerra. Contra nosotros hizo gala de una enemistad visceral, más que de un comportamiento exigido por la guerra, cuando torturó y mató con toda clase de atrocidades a los italianos de Asia con sus mujeres, hijos y esclavos que fueran de raza italiana. ¡A tanto llevó su odio contra Italia quien ahora finge con hipocresía ser nuestro amigo paterno, de la cual amistad no os acordasteis hasta que ciento sesenta mil de vosotros caísteis bajo mis golpes!

Por todo ello, sería justo que nuestra conducta con 55
él fuera implacable; pero, en consideración a ti, acepto tratar de obtener el perdón para él de parte de los romanos, en el caso de que esté decidido a arrepentirse de verdad. No obstante, si miente también ahora, ten cuidado, Arquelao, de mirar por tu propio interés, reflexionando sobre cómo está la situación presente para ti y para aquél y observando de qué forma se comportó él con sus amigos y nosotros con Éumenes y Masinissa.» Sin embargo, Arquelao, mientras todavía estaba hablando Sila, rechazó indignado la sugerencia y dijo que jamás traicionaría a quien le había confiado el mando del ejército. «Espero —dijo— llegar a un acuerdo contigo si ofreces unas condiciones moderadas.» Sila, después de una breve pausa, dijo: «Si Mitrídates nos entrega toda la flota que tú tienes, Arquelao, y devuelve a nuestros generales, embajadores, prisioneros, deser-

tores y esclavos fugitivos; si deja en libertad a los quiotas y, además, a cuantos otros pueblos exiló al Ponto; si saca las guarniciones de todos los lugares, excepto de aquellos en los que dominaba antes de la ruptura de la paz, y paga los gastos de esta guerra suscitada por su culpa, y se contenta con gobernar tan sólo en el dominio paterno, confío en convencer a los romanos en que depongan por completo su cólera contra él por las injurias sufridas.»

Tales fueron los términos propuestos. Arquelao retiró, de inmediato, las guarniciones de todos los lugares y comunicó por carta al rey el resto de las condiciones. Sila empleó, entretanto, el tiempo de espera en marchar contra los énetos, dárdanos y sintos, pueblos vecinos de los macedonios que hacían continuas incursiones contra Macedonia, devastó sus territorios y, a la vez, ejercitaba a su ejército y lo enriquecía.

56 Cuando llegaron los embajadores de Mitrídates, ratificaron el resto de las condiciones, exceptuando solamente a Paflagonia, y añadieron que Mitrídates hubiera obtenido mejores condiciones si hubiera negociado con Fimbria, el otro general romano. Sila, indignado por la comparación, replicó que Fimbria recibiría su castigo, y que él mismo, en Asia, vería si Mitrídates deseaba tratados de paz o la guerra. Después de decir esto, avanzó con premura hacia Cipsela a través de Tracia, habiendo enviado a Lúculo previamente a Abido. Este último, en efecto, se había reunido ya con él después de correr el riesgo de ser apresado en numerosas ocasiones por los piratas, y había reunido una flota compuesta por barcos de Chipre, Fenicia, Rodas y Panfilia, con la que había devastado muchos lugares de la costa enemiga y entablado algunas escaramuzas, durante la travesía, con las naves de Mitrídates. Entonces, Sila, avanzando desde Cipsela, y Mitrídates, desde Pérgamo, se reunieron de nuevo para conferenciar y descendieron

ambos a una llanura con unas pocas tropas, en tanto que sus respectivos ejércitos permanecían a la expectativa a uno y otro lado[33]. El discurso de Mitrídates consistió, por una parte, en un recordatorio de la amistad y alianza, tanto suya como de su padre, con los romanos y, de otro lado, en una acusación contra los embajadores, magistrados y generales romanos por las afrentas que habían cometido contra él al entronizar a Ariobarzanes en Capadocia, al privarle a él de Frigia y al consentir en que Nicomedes le agraviara. «Y todo esto —dijo— lo hicieron por dinero que tomaron de mí y de aquéllos por turnos; y lo que, sin duda alguna, cualquiera de vosotros, romanos, haría, sobre todo, máximo objeto de acusación es la avaricia. Así que todo cuanto hice por defenderme, una vez que estalló la guerra por causa de vuestros generales, fue más por necesidad que por voluntad.»

Con estas palabras, terminó Mitrídates su discurso, 57
y Sila tomando, a su vez, la palabra le respondió: «Aunque nos llamaste para otros asuntos, en especial para aceptar las condiciones propuestas, no vacilaré, ciertamente, en referirme con brevedad a estas cuestiones. Yo restauré en su trono a Ariobarzanes, cuando era gobernador de Cilicia, porque así lo decretaron los romanos; y tú obedeciste el decreto, cuando hubieras debido oponerte o alegar tus razones o atenerte después a lo decretado. Manio te entregó Frigia por soborno, lo que constituye un crimen para ambos, y por esto mismo, sobre todo, estás de acuerdo en que no la tomaste justamente, por haberla recibido mediante soborno. Manio, además, fue declarado culpable por nosotros de haber realizado también otros actos por dinero, y todos los anuló el senado. Razón por la cual, ordenó

[33] En Dárdanos, en la Tróade. La paz acordada se la conoce como la paz de Dárdanos.

que Frigia, que había sido entregada a ti de forma injusta, no fuera tributaria de Roma, sino que la dejó libre. Y, si nosotros que la cogimos por las armas estimamos que no era justo que mandáramos en ella, ¿por qué razón la ibas a retener tú? Nicomedes te acusa de haber enviado a Alejandro para atentar contra su persona y a Sócrates Cresto, para atentar contra su reino, y dice que fue por vengar estas acciones por lo que invadió tu territorio. Pero, aún en el caso de que hubiera cometido alguna injusticia contra ti, deberías haber enviado una embajada a Roma y haber aguardado la respuesta. No obstante, aunque te hubieras apresurado a vengarte de Nicomedes, ¿cómo expulsaste también a Ariobarzanes que no te había ofendido en nada? Al expulsarlo, impusiste sobre los romanos que estaban allí la necesidad de restaurarlo en el trono, y al impedir que esto ocurriera, tú atrajiste la guerra. La verdad es que ya lo tenías decidido así desde hacía mucho tiempo y alimentabas la esperanza de gobernar en el mundo entero si vencías a los romanos, y hacías de estas cuestiones pretextos que ocultaban tu auténtica intención. Prueba de ello es que, cuando aún no estabas en guerra con nadie, conseguiste llegar a una alianza con los tracios, escitas y saurómatas, enviaste emisarios a los reyes vecinos en demanda de ayuda, fabricaste naves y mandaste buscar segundos de a bordo y pilotos.

58 Y te acusa, sobre todo, de tu insidiosa intención el momento elegido; pues, cuando supiste que Italia había hecho defección de nosotros, aprovechando la ocasión de que estabamos ocupados, atacaste a Ariobarzanes, a Nicomedes, a los gálatas a Paflagonia y a nuestra provincia de Asia. Y, cuando te apoderaste de ellos, ¡qué vejaciones cometiste, bien contra las ciudades, al colocar al frente de éstas a esclavos y deudores tras haberles otorgado la libertad y cancelado sus deudas, o contra los griegos, de los que con un solo pretexto

mataste a mil seiscientos, o contra los tetrarcas de los gálatas, a los que reuniéndolos en un banquete los asesinaste, o contra todas las personas de raza italiana, a los cuales mataste en un solo día, incluidos los niños y sus madres, sepultándolos en el mar y no perdonando siquiera a los que se habían refugiado en los templos! ¡Cuánta crueldad, cuánta impiedad, cuánto odio sin límites exhibiste contra nosotros! Y, después de haber confiscado los bienes de todas tus víctimas, cruzaste a Europa con grandes ejércitos, a pesar de que habíamos prohibido poner un pie en ella a todos los reyes de Asia. Hiciste la travesía hasta Macedonia, que era nuestra, la sojuzgaste y privaste a los griegos de su libertad. Y no empezaste a arrepentirte ni comenzó a interceder en tu nombre Arquelao hasta que yo recobré Macedonia, liberé a Grecia de tu opresión, maté a ciento sesenta mil hombres de tu ejército y me apoderé de tus campamentos con todas sus pertenencias. Lo que me deja atónito es que trates de justificar ahora los actos por los que tu pediste perdón por medio de Arquelao. ¿O es que me temías cuando estaba lejos, y ahora que estoy cerca, piensas que he venido para debatir contigo estos hechos? La oportunidad para ello pasó desde el momento en que nos hiciste la guerra y nosotros te rechazamos con vigor e intentamos rechazarte hasta el final.» Mientras Sila estaba aún diciendo esto lleno de ira, el rey cambió de actitud, tuvo miedo y accedió al tratado ofrecido por medio de Arquelao. Así pues, entregó las naves y todas las demás cosas y se retiró al Ponto al reino de su padre como única posesión. Éste fue el final de la guerra entre Mitrídates y los romanos.

Sila, entonces, avanzó hasta una distancia de dos 59
estadios de Fimbria y le ordenó que le entregara el ejército cuyo mando detentaba ilegalmente. Éste, sin embargo, le replicó con sorna que tampoco él era ya jefe según la ley. Sila, por tanto, lo rodeó con un foso y,

como muchos de los soldados de Fimbria desertaran a las claras, éste, convocando a los restantes a una asamblea, les exhortó a que se quedaran, y al negarse ellos a combatir contra conciudadanos, desgarrándose la túnica se arrojó a los pies de cada uno. Pero, como rechazaran también este gesto y las deserciones se hicieran más numerosas, recorrió las tiendas de los oficiales y, después de sobornar a algunos de ellos con dinero, convocó de nuevo una asamblea y ordenó que se unieran a él en juramento. Cuando aquellos que habían sido sobornados comenzaron a gritar que era necesario llamar a cada uno nominalmente para el juramento, Fimbria citó a los que le debían algún favor y, en primer lugar, llamó a Nonio, que había sido partícipe de todos sus designios. Sin embargo, como tampoco éste aceptó jurar, desenvainó su espada y amenazó con darle muerte, pero, asustado por el clamor unánime de todos, desistió también de ello. Entonces, sobornó a un esclavo con dinero y con la esperanza de libertad y lo envió, como si fuera un desertor, para asesinar a Sila. Pero aquél, cuando estaba próximo el momento de actuar, se puso nervioso y, al hacerse sospechoso por este motivo, fue arrestado y confesó. A continuación, el ejército de Sila, rodeando con ira y desprecio el campamento de Fimbria, lo insultaba y lo llamaba Atenión, personaje que en cierta ocasión había sido rey en Sicilia por unos pocos días de unos esclavos fugitivos.

60 Por estos motivos, Fimbria, habiendo perdido todas sus esperanzas, se adelantó hasta el foso y solicitó de Sila que se reuniera a conversar con él. Y aquél envió a Rutilio en su lugar. A Fimbria le afligió, más que todo, este hecho, no ser considerado digno siquiera de una entrevista, cosa que se concedía incluso a los enemigos. Cuando pidió el perdón por lo que había hecho a causa de su juventud, Rutilio prometió que Sila le dejaría marchar indemne hasta el mar, si estaba dispuesto a

alejarse de la provincia de Asia, de la que aquél era procónsul. Y él, diciendo que tenía otra ruta mejor, regresó a Pérgamo y, después de penetrar en el templo de Esculapio[34], se atravesó con su espada. Como la herida no era mortal, ordenó a un esclavo que se apoyara en ella con todas sus fuerzas, y este último mató a su amo y, después, se dio muerte a sí mismo. Así murió Fimbria, quien, después de Mitrídates, ocasionó muchas calamidades a Asia. Sila entregó su cadáver a sus libertos para que lo enterraran y añadió que no imitaría a Cinna y a Mario, que habían decretado en Roma la muerte de muchos y la privación de sepultura después de la muerte. Acto seguido, acogió con alegría al ejército de Fimbria cuando se acercó a él y lo unió con el suyo, y ordenó a Curión que marchara a entronizar a Nicomedes en el reino de Bitinia y a Ariobarzanes en el de Capadocia, y envió cartas al senado para dar cuenta de todo, simulando no saber que había sido declarado enemigo por decreto.

Tras arreglar el estado de los asuntos en la provincia de Asia, concedió la libertad a los habitantes de 61
Ilión, a los licios, rodios, magnesios y a algunos otros, bien fuera para recompensarlos por su alianza o por cuanto habían sufrido por su lealtad hacia él, y los inscribió como amigos del pueblo romano. Envió, luego, al ejército por las demás ciudades y ordenó, mediante un edicto, que los esclavos a los que Mitrídates había concedido la libertad retornaran de inmediato junto a sus amos. Pero, como muchos desobedecieron el edicto y algunas ciudades se rebelaron, se sucedieron matanzas en masa, por pretextos diversos, de hombres libres y esclavos, las murallas de muchas ciudades fueron destruidas, la población de otras muchas de Asia fue esclavizada, y sus territorios, devastados. Los hombres y

34 Dios romano patrón de la medicina.

ciudades de la facción capadocia fueron castigados con severidad y, de entre ellos, sobre todo los efesios, por haber ultrajado las ofrendas romanas de sus templos, debido a su vergonzosa adulación al rey. Tras de lo cual, hizo circular un edicto de que los ciudadanos principales de cada ciudad acudieran a Éfeso en un día fijado a encontrarse con Sila. Y, cuando estuvieron congregados, les dirigió desde una tribuna el siguiente discurso:

62 «Nosotros acudimos, por primera vez, a Asia con un ejército, cuando Antíoco el rey de Siria saqueaba vuestro territorio, y después de haberlo expulsado, le impusimos como límites de su reino el río Halis y el monte Tauro. No os retuvimos bajo nuestro poder, pese a que os habíais convertido en súbditos nuestros en vez de serlo de aquél, sino que os dejamos libres, a excepción de algunos lugares que entregamos a Éumenes y a los rodios por haber luchado como aliados nuestros, pero no en calidad de tributarios sino como a patronos. Prueba de ello es el hecho de que, cuando los licios presentaron acusaciones contra los rodios, los liberamos de la autoridad de los de Rodas. Tal ha sido nuestro comportamiento hacia vosotros. Y, en cambio, vosotros, cuando Átalo Filométor nos legó el reino en su testamento, luchasteis junto con Aristonico contra nosotros durante cuatro años, hasta que éste fue hecho prisionero y la mayoría de vosotros, ante la necesidad y el miedo, os reintegrasteis a vuestra obligación. Y, no obstante, a pesar de esta experiencia, una vez que habíais alcanzado a lo largo de veinticuatro años unas altas cotas de bienestar y de belleza ornamental en privado y en público, a causa de la paz y el lujo os tornasteis insolentes de nuevo, y aprovechando nuestras ocupaciones en Italia, algunos de vosotros llamasteis a Mitrídates y otros pactasteis con él cuando llegó. Pero lo

más criminal de todo fue que secundasteis su orden de matar, en un solo día, a todos los italianos con sus hijos y sus mujeres y ni siquiera perdonasteis, por respeto a vuestros dioses, a los que se habían refugiado en los templos. Por ello, recibisteis un castigo del propio Mitrídates, que os fue infiel, os sació de muerte y confiscaciones, hizo nuevos repartos de tierras, canceló deudas y libertó a esclavos, impuso tiranos sobre algunos de vosotros y cometió muchos actos de piratería tanto por tierra como por mar, de tal manera que al punto supisteis, por experiencia y contraste, qué patronos habíais elegido en lugar de cuáles otros. También recibieron su castigo los instigadores de esta acción a nuestras manos. Pero es necesario, además, imponeros un castigo común por haber participado en tales actos, y éste debería ser similar a los crímenes que cometisteis. Sin embargo, ojalá que nunca los romanos, ni siquiera con el pensamiento, cometan matanzas impías, confiscaciones indiscriminadas, insurrecciones de esclavos o cualquier otro acto de barbarie. Así que, en consideración, incluso ahora, a la raza y al nombre de Grecia y a la fama de que goza en Asia, y razón habida de que la buena reputación es lo más grato para los romanos, os impondré tan sólo que paguéis de una vez los impuestos de cinco años, así como el costo de la guerra y cuantos otros gastos he tenido que realizar y tenga que llevar a cabo para poner en orden el resto de los asuntos. Dividiré el importe total entre cada uno de vosotros por ciudades y fijaré un día determinado para hacer efectivo el pago, y a los que no lo guarden, los castigaré como a enemigos.»

Después de pronunciar este discurso, distribuyó 63
entre los representantes de cada ciudad la cantidad correspondiente de la multa y los envió a por el dinero.

Las ciudades [35], sumidas en la indigencia y habiendo solicitado préstamos a un alto interés, hipotecaron unas su teatro a los acreedores y otras sus gimnasios, murallas, puertas y cualquier otra propiedad pública ante la presión contumaz de los soldados. De este modo se reunió y llevó el dinero a Sila, y Asia quedó saturada de males. Pues también asolaban, a las claras, sus costas numerosas bandas de piratas, que más se asemejaban a flotas auténticas que a flotillas piráticas. Mitrídates los había enviado, en un principio, al mar cuando devastaba todas las costas, porque pensaba que no podía retener por mucho tiempo estos lugares. Sin embargo, su número se fue incrementando hasta llegar, entonces, al máximo y atacaron ya, a las claras, no sólo a los barcos sino también a los puertos, fortalezas y ciudades. Yasos, Samos, Clazómenas y Samotracia fueron capturadas, mientras Sila estaba presente, y el templo de Samotracia fue expoliado de ornamentos sagrados, valorados, al parecer, en mil talentos. Pero Sila, ya fuera porque quería que aquellos que le habían ofendido fueran maltratados o porque tuviera prisa en marchar contra la facción rival en Roma, navegó hasta Grecia con la mayor parte de su ejército y desde allí a Italia.

64 Lo referente a Sila en Roma está expuesto en mi historia de las Guerras Civiles. A partir de aquí, comienza la segunda guerra entre los romanos y Mitrídates.

Sila dejó a Murena con las dos legiones de Fimbria para disponer el resto de los asuntos de Asia, y éste buscaba cualquier pretexto para hacer la guerra, a causa

---

[35] Sobre la suerte de las diversas ciudades, cf. D. MAGIE, *Roman Rule in Asia Minor to the end of the Third Cent. after Christ.*, I-II (con paginación seguida), Princeton, 1950, págs. 233 y sigs., y notas. Sobre las cargas fiscales impuestas a las ciudades, cf. también ROSTOVTZEFF, II, págs. 1063-64; 1137, n. 16, y 1138-39, n. 17.

de su inmoderado afán de triunfo. Mitrídates, después de su regreso al Ponto, combatió a los colcos y bosporianos que se habían sublevado. Los colcos le pidieron que les diera como rey a su hijo Mitrídates y, cuando lo tuvieron, volvieron de inmediato a la sumisión. Pero el rey, sospechando que todo había ocurrido a instancias de su proplo hijo porque ambicionaba la realeza, lo mandó llamar y, poniéndole cadenas de oro, lo mató al poco tiempo, a pesar de que le había sido útil muchas veces en Asia en los combates contra Fimbria. Construyó naves y equipó un gran ejército contra las tribus del Bósforo, de manera que la magnitud de sus preparativos despertó pronto la creencia de que estas fuerzas eran reunidas no contra las citadas tribus, sino contra los romanos. Pues, además, ni siquiera había consolidado el poder de Ariobarzanes en toda Capadocia, *sino que aún retenía algunos lugares de allí*. Mitrídates sospechó también de Arquelao, porque pensaba que había cedido a Sila mucho más de lo necesario durante las negociaciones de paz en Grecia. Cuando Arquelao se enteró de ello tuvo miedo y huyó junto a Murena, y le instó hasta persuadirlo, de que se anticipara a atacar a Mitrídates. Murena, a través de Capadocia[36], invadió Comana, una aldea muy grande perteneciente a Mitrídates con un templo venerado y rico, y mató a algunos jinetes de aquél. Al apelar los embajadores de este último al tratado, les contestó que no veía ningún tratado, pues Sila no lo había escrito, sino que se había marchado una vez que había asegurado de hecho todo lo expuesto verbalmente[37]. Y Murena, tras decir esto, se entregó de inmediato al saqueo, sin

36 Comana pertenece al Ponto, no a Capadocia.

37 De hecho era así, pues la paz de Dárdanos no pudo ser ratificada por Roma, dada la condición de enemigo público de Sila, y sólo quedó en un acuerdo oral.

respetar siquiera el dinero de los templos, e invernó en Capadocia.

65 Mitrídates envió una embajada a Roma a presencia del senado y de Sila para denunciar los hechos de Murena. Éste, entretanto, atravesó el río Halis, que iba entonces muy crecido y resultaba sumamente difícil de atravesar como consecuencia de las lluvias, y atacó cuatrocientas aldeas de Mitrídates, sin que el rey le saliera al encuentro para nada, pues aguardaba el regreso de su embajada. Después retornó, cargado de un gran botín, a Frigia y Galacia, en donde Calidio, que había sido enviado desde Roma con motivo de las quejas de Mitrídates, no le entregó ningún decreto, sino que dijo en medio de todos, para que pudieran oírlo, que el senado le ordenaba dejar tranquilo al rey, pues no había violado el tratado con ellos. Una vez dicho esto, se le vio charlando a solas con Murena, y éste no cejó en un ápice de su violencia, sino que continuó atacando el territorio de Mitrídates. Éste, considerando que era ya objeto de guerra abierta por parte de los romanos, ordenó a Gordio que invadiera las aldeas. Gordio se apoderó, de inmediato, de muchos animales de tiro, bestias de carga y hombres, tanto ciudadanos privados como soldados, y acampó frente a Murena dejando por medio un río. Ninguno de los dos comenzó el combate hasta que llegó Mitrídates con el grueso del ejército, y al punto se entabló una dura batalla en torno al río. Mitrídates se impuso, atravesó el río y fue en todos los aspectos superior a Murena. Éste se replegó a una colina bien protegida, pero, al atacarle el rey, huyó a Frigia, tras perder muchos hombres, a través de las montañas por un sendero intransitable, siendo blanco de los disparos del enemigo y con dificultad.

66 La noticia de esta victoria brillante y rápida conseguida al primer ataque se extendió rápidamente y provocó el que muchos se cambiaran al bando de Mitrí-

dates. Éste atacó a todas las guarniciones de Murena en Capadocia, las expulsó y ofreció un sacrificio a Júpiter Estratio, según la costumbre de su país, acumulando sobre un monte elevado una enorme pila de madera. El rito es como sigue: los reyes son los primeros en llevar leña a la pila y la rodean en círculo con otra más pequeña; sobre la más elevada, colocan leche, miel, vino, aceite y toda clase de inciensos, y sobre la inferior, colocan pan y carne para ofrecer un banquete a los asistentes, como en los sacrificios de los reyes persas en Pasargadas, y luego, prenden fuego a la madera. La llama de ésta, al incendiarse, llega a ser visible, a causa de la altura, a una distancia de mil estadios desde el mar, y dicen que durante muchos días no es posible aproximarse porque abrasa el aire. Así pues, Mitrídates celebró el sacrificio de acuerdo con la costumbre patria. Sila, sin embargo, pensaba que no era justo hacer la guerra a Mitrídates, ya que no había violado el tratado, así que fue enviado Aulo Gabinio para decir a Murena que la advertencia pública anterior de que no hiciera la guerra a Mitrídates iba en serio y también para tratar de reconciliar mutuamente a este último con Ariobarzanes. Mitrídates, en esta reunión, comprometió en matrimonio a su hija de cuatro años de edad con Ariobarzanes[38] y, con este pretexto, conservó todos aquellos lugares de Capadocia que aún retenía y les añadió otros más. También ofreció a todos un banquete en el que estableció premios en oro para los que vencieran en la bebida, en la comida, en contar chistes, en el canto y en todos los otros pasatiempos propios de tales ocasiones, según era costumbre. Gabinio fue el único que no participó en estas competiciones. Así terminó la segunda guerra entre Mitrídates y los roma-

---

38 En realidad, con el hijo de Ariobarzanes. Cf. VIERECK, 1962, pág. 478, n. al pasaje.

nos a los tres años, aproximadamente, de haber empezado.

67 Mitrídates, al quedarse ocioso, sometió a las tribus del Bósforo y designó a Macares, uno de sus hijos, como rey de éstos. Después atacó a los aqueos que habitaban más allá de la Cólquide, los cuales, se piensa, que son decendientes de aquellos otros que se extraviaron en su regreso desde Troya, y tras perder dos partes de su ejército a causa de la guerra, el frío intensísimo y las emboscadas, emprendió el retorno y envió a Roma embajadores para suscribir el tratado. Pero también envió una embajada Ariobarzanes, por propia iniciativa o porque le instaron algunos, para quejarse de que no había recuperado Capadocia, sino que Mitrídates retenía aún la mayor parte de ella. Como Sila ordenó a éste que se la devolviera, Mitrídates obedeció, y envió otra embajada para la signación del tratado. Pero Sila había muerto ya y, dado que los senadores estaban ocupados, los cónsules no la introdujeron en el senado. Mitrídates, entonces, persuadió a su yerno Tigranes para que invadiera Capadocia como si fuera cosa suya. La treta no pasó inadvertida a los romanos, sin embargo el rey armenio, envolviendo a Capadocia como con un lazo, deportó a Armenia a trescientos mil hombres y los estableció, junto con otros, en un cierto lugar en el que se había ceñido por primera vez la diadema de Armenia y le había dado el nombre de Tigranocerta a partir de su propio nombre, lo que quiere decir la ciudad de Tigranes[39].

68 Mientras sucedían estos acontecimientos en Asia, Sertorio, que había obtenido la provincia de Iberia, sublevó a ésta y a todos los países vecinos contra los romanos y eligió un senado de entre sus amigos a imita-

---

[39] Sobre la deportación efectuada por Tigranes, cf. n. 27 a este libro.

ción del de Roma. Dos miembros de su facción, Lucio Magio y Fanio, convencieron a Mitrídates de que se aliara con Sertorio, tras hacerle concebir muchas esperanzas sobre Asia y los pueblos vecinos. Y éste, convencido, envió una embajada a Sertorio, quien, después de introducirla en su senado y de hablar con presunción de su persona porque su fama se había extendido hasta el Ponto y podría bloquear a los romanos por el occidente y por el oriente, pactó con Mitrídates entregarle la provincia de Asia, Bitinia, Paflagonia, Capadocia y Galacia y le envió como general a Marco Vario y como consejeros a los dos Lucios: Magio y Fanio. Con éstos, empezó Mitrídates la tercera y última guerra contra los romanos, en el transcurso de la cual perdió todo su reino, una vez muerto Sertorio en Iberia. Dos generales fueron enviados contra él desde Roma, el primero, Lúculo, el mismo que había servido como prefecto de la flota bajo Sila, y en segundo lugar, Pompeyo, gracias al cual todos los dominios de Mitrídates y los territorios adyacentes hasta el río Éufrates, tomando como pretexto y ocasión la guerra contra Mitrídates, fueron integrados bajo la órbita de Roma[40].

Mitrídates, por consiguiente, puesto que ya había 69
medido sus fuerzas muchas veces con los romanos y pensaba que esta guerra en especial, surgida sin motivo alguno y de forma repentina, sería implacable, planeó concienzudamente todos sus preparativos, a sabiendas de que dentro de muy poco se iba a jugar el todo por el todo. Pasó el resto del verano y todo el invierno cortando madera, y después, construyó naves y armas y distribuyó dos millones de medimnos de trigo a lo largo del litoral. Aparte de sus fuerzas anteriores, se le unieron como aliados los cálibes, armenios, escitas, tauros,

[40] Sobre la guerra de Lúculo contra Mitrídates y Tigranes, cf. E. Will, II, págs. 411-413.

aqueos, heníocos, leucosirios y cuantos pueblos habitaban el territorio en torno al río Termodonte, llamado el país de las Amazonas. Tantos fueron sus aliados en Asia, además de los anteriores. En Europa se le unieron, de las tribus saurómatas los basílidas y los yáziges, los coralos y todas las tribus tracias que habitan a lo largo del Danubio, del Ródope, o en torno al monte Hemo, y además de éstos, los bastarnas, que es la tribu más aguerrida de todas. Tantos aliados consiguió también Mitrídates en esta ocasión en Europa. En total se unieron a él para combatir unos ciento cuarenta mil soldados de infantería y dieciséis mil de caballería. Le acompañó también otra gran multitud de zapadores, porteadores y mercaderes.

70 Al comienzo de la primavera, tras hacer una prueba con la flota, realizó un sacrificio a Júpiter Estratio en la forma acostumbrada y arrojó al mar un carro de caballos blancos en honor de Neptuno[41]. Después se apresuró hacia Paflagonia con sus dos generales Taxiles y Hermócrates. Tan pronto como llegó, pronunció una alocución a su ejército en la que se refirió, en tono muy solemne, a sus antepasados y, en forma jactanciosa, a sí mismo, diciendo que había engrandecido en grado máximo su reino desde unos orígenes humildes y que jamás había sido derrotado por los romanos cuando estaba él presente. A continuación acusó a éstos de avaricia y desmesura, «a causa de la cual —dijo— han esclavizado a Italia y a su propia patria.» Se refirió también a cómo no habían querido consignar los tratados efectuados últimamente, pues esperaban la oportunidad de atacar de nuevo. Y, tras establecer esto como la causa de la guerra, pasó revista a la totalidad de su propio ejército, de sus preparativos y de las preocupaciones de los romanos que eran combatidos con dureza

[41] Dios romano del mar.

por Sertorio en Iberia y sufrían la guerra civil en Italia. «Por este motivo —dijo—, también han permitido que el mar esté infestado de piratas durante mucho tiempo y no cuentan ya con ningún aliado ni súbdito que lo sea por su propia voluntad»; y, mostrando a Vario y a los dos Lucios, terminó diciendo: «¿no veis a sus mejores hombres que son enemigos de su patria y aliados nuestros?»

Después de enfervorizar con estas palabras a su 71
ejército, invadió Bitinia, legada a los romanos por Nicomedes, que había muerto allí hacía poco sin descendencia. Cota, su gobernador, hombre totalmente incapaz para los asuntos de la guerra, huyó a Calcedón con las tropas que tenía. Así que Bitinia estuvo de nuevo en manos de Mitrídates, en tanto que los romanos huyeron desde todas partes hacia Calcedón junto a Cota. Cuando Mitrídates atacó también Calcedón, Cota no le salió al encuentro debido a su falta de experiencia en la guerra, pero Nudo [42], el comandante de su flota, ocupó con una parte del ejército las posiciones más sólidamente defendidas de la llanura y, al ser expulsado de ellas, huyó con gran dificultad hacia las puertas de Calcedón a través de una serie de muros de protección. En torno a las puertas se produjo una enorme baraúnda por parte de los que intentaban entrar todos a la vez, por lo que los perseguidores no erraron ninguno de sus disparos. Los que custodiaban las puertas, temiendo por éstas, echaron los cerrojos con la máquina e izaron por medio de cables a Nudo y a algunos de los oficiales, pero el resto pereció entre los suyos y los enemigos, tendiendo las manos hacia cada lado en actitud de súplica. Mitrídates, queriendo aprovecharse del impulso de su victoria, condujo ese mismo día su flota contra el puerto. Después de romper la barrera, atada con una

[42] P. Rutilio Nudo.

cadena de bronce, incendió cuatro naves de los enemigos y a las otras sesenta las apresó y las remolcó sin que Nudo ni Cota opusieran la menor resistencia, pues permanecían encerrados en el interior de las murallas. Murieron tres mil romanos y, entre ellos, el senador Lucio Manlio; del lado de Mitrídates perdieron la vida veinte de los bastarnas que fueron los primeros en entrar en el puerto.

72 Lucio Lúculo, elegido cónsul y general para esta guerra, trajo desde Roma una legión de soldados, a la que unió las dos de Fimbria y otras dos más, sumando en total treinta mil soldados de infantería y mil seiscientos jinetes. Con todas estas tropas acampó cerca de Mitrídates en las proximidades de Cízico. Cuando supo por medio de unos desertores que el rey tenía un ejército de unos trescientos mil hombres, pero que sus provisiones no eran otras que las que le suministraban los encargados de buscar forraje o las que recibía por mar, dijo a los que le acompañaban que se apoderaría pronto de los enemigos sin lucha y les recomendó que se acordaran de su promesa. Viendo una montaña bien situada para establecer el campamento, desde la que le resultaría fácil obtener provisiones y, en cambio, privar de éstas a los enemigos, intentó tomarla consciente de que en este hecho radicaba la victoria sin peligro. Pero había sólo una estrecha vía de acceso a ella y Mitrídates la vigilaba fuertemente por habérselo aconsejado así Taxiles y los demás oficiales. Sin embargo, Lucio Magio, el que había gestionado la alianza entre Mitrídates y Sertorio, una vez muerto éste, había enviado en secreto un mensajero a Lúculo y, tras recibir garantías personales, convenció a Mitrídates para que consintiera que pasaran los romanos y acamparan donde quisieran. Pues le dijo que las dos legiones de Fimbria desertarían y se pasarían de inmediato al rey; así que ¿para qué iba a necesitar de

un combate y de derramamiento de sangre, si podía vencer a los enemigos sin lucha? Y Mitrídates, de manera insensata, se mostró de acuerdo con ello sin sospechar nada y permitió que los romanos pasaran sin temor a través del paso y fortificaran en contra suya la alta montaña, con cuya posesión podían ellos procurarse provisiones desde la retaguardia sin peligro, mientras que Mitrídates se vería impedido de todo suministro por tierra a causa del lago, las montañas y los ríos, a no ser lo que recibiera ocasionalmente y con dificultad, puesto que no tenía ya una salida espaciosa ni podía forzar a Lúculo debido a lo difícil de la posición de éste, la que el mismo rey había despreciado cuando la tuvo en su mano. Además el invierno, ya próximo, le iba a interrumpir el aprovisionamiento por mar. Lúculo, al observar estas cosas, recordó a sus amigos su promesa y les mostró que su predicción era ya casi una realidad.

Mitrídates, aunque tal vez, incluso en sus circuns- 73
tancias, hubiera podido abrirse paso a través de los enemigos a causa del gran número de sus tropas, no consideró esta posibilidad, sino que puso sitio a Cízico con el material que tenía preparado para una eventualidad como ésta, considerando que de este modo enmendaría a un tiempo su mala posición y la dificultad de avituallamiento. Como tenía abundancia de material humano en su ejército, acometió toda clase de obras, bloqueó el puerto con un doble muro y el resto de la ciudad lo rodeó con un foso. Levantó numerosos terraplenes, construyó máquinas, torres, arietes protegidos con cobertizos, una torre rodante de cien codos de alto, sobre la que se alzaba otra torre provista de catapultas con las que se lanzaban piedras y proyectiles de todas clases. Dos quinquerremes unidas llevaban contra el puerto otra torre, de la cual se tendía por medio de un artilugio mecánico un puente, cuando se acercaban a la muralla. Cuando tuvo todo dispuesto,

llevó en primer lugar junto a la ciudad a bordo de unas naves a tres mil prisioneros de Cízico, los cuales, tendiendo sus manos hacia adelante, suplicaban a sus conciudadanos que fueran clementes con su peligrosa situación hasta que Pisístrato, el general de los de Cízico, les hizo saber desde las murallas mediante una proclama que, puesto que eran prisioneros, afrontaran con entereza su destino.

74 Mitrídates, cuando desesperó de este intento, llevó la máquina sobre las naves y, repentinamente, fue tendido el puente sobre la muralla y cuatro hombres se lanzaron a la carrera a través de él. Los de Cízico, estupefactos ante la novedad del artilugio, cedieron algo en un principio, pero como los demás compañeros de aquéllos no secundaron su carrera con presteza, recobraron ánimos y rechazaron a los cuatro fuera de las murallas. Luego derramaron fuego y pez sobre las naves y las obligaron a recular de popa y retroceder con la máquina. De esta forma vencieron los de Cízico a los que les habían atacado por mar. Sin embargo, en un tercer intento, en ese mismo día condujeron todas las máquinas de tierra a la vez contra ellos, que se afanaban en el trabajo y corrían de un lado a otro hacia el lugar que era objeto del ataque. En su celo quebraban los arietes con piedras o los desviaban con lazos, o bien amortiguaban la fuerza de sus golpes con cestos de lana, apagaban las flechas incendiarias con agua y vinagre y neutralizaban la fuerza de las otras anteponiendo túnicas y vestidos de lino extendidos ante ellos. En resumen, nada de lo que es posible al ardor humano quedó por probar. Aunque trabajaron al máximo y sin desmayo en todas estas labores, sin embargo una parte de la muralla se quemó y se derrumbó hacia el atardecer. No obstante, nadie tuvo tiempo de penetrar por ella, pues estaba todavía caliente, y durante la noche los de Cízico construyeron otro lienzo de muralla en

torno a la parte derruida. De otro lado, por estos mismos días se levantó un viento huracanado que destruyó las restantes máquinas del rey.

Se dice que la ciudad fue dada como dote por Júpiter 75
a Prosérpina[43] y los habitantes de Cízico la veneraban a ella más que a los demás dioses. Se aproximaba, entonces, su festividad en la que acostumbraban a sacrificar en su honor una novilla negra y, como no la tenían, hicieron una de pasta de harina. Entretanto, una novilla negra nadó desde alta mar hacia ellos, se sumergió por debajo de las cadenas que cerraban la bocana del puerto y, lanzándose hacia el interior de la ciudad, se encaminó a través de ella hacia el templo y se colocó en el altar. Por consiguiente, los habitantes de Cízico la sacrificaron con la mejor de sus esperanzas, y los amigos de Mitrídates le aconsejaron, a su vez, a éste que se retirara de la ciudad, pues era sagrada. Pero él no les hizo caso, sino que subió al monte Díndimo que domina la ciudad y construyó desde él un terraplén hasta las murallas de la ciudad, colocó torres sobre éste y dejó suspendidas las murallas sobre túneles excavados bajo ellas. Envió los caballos a Bitinia dando un rodeo, pues no le eran útiles entonces, estaban débiles por la falta de comida y cojeaban a causa del desgaste de los cascos. Lúculo cayó sobre ellos cuando atravesaban el río Ríndaco, mató a un gran número, y cogió prisioneros a quince mil hombres, seis mil caballos y muchas bestias de carga. Mientras ocurrían estas cosas en Cízico, Éumaco, un general de Mitrídates, atacó Frigia, mató a muchos romanos con sus hijos y mujeres, y trajo en sumisión a los pisidios, isauros y Cilicia. Finalmente, Deyótaro, uno de los tetrarcas de Galacia, lo persiguió

---

43 En Roma es la diosa de los Infiernos. Desde muy antiguo es asimilada a la Perséfone griega. En su origen fue, sin duda, una divinidad agraria que presidía la germinación.

cuando andaba merodeando y mató a muchos de sus hombres.

76 Tal era el curso de los acontecimientos en Frigia. Con la llegada del invierno, Mitrídates se vio privado incluso de los alimentos que pudieran llegarle por mar, de manera que el ejército sufría por el hambre y muchos murieron. Hubo algunos que llegaron a comer vísceras, a la usanza bárbara, otros enfermaban por alimentarse de hierbas y los cadáveres de sus propios compañeros, arrojados cerca sin sepultar, trajeron la peste, además del hambre. Sin embargo, Mitrídates resistía pacientemente en la esperanza de que aún podría apoderarse de Cízico por medio de los terraplenes que se extendían desde el monte Díndimo. Pero, cuando los de Cízico minaron también éstos, prendieron fuego a las máquinas que había sobre ellos y, al percatarse del hambre que sufrían, atacaban a los enemigos debilitados con frecuentes incursiones, Mitrídates pensó en huir. Y huyó durante la noche, él, con las naves, a Pario y su ejército, por tierra, a Lámpsaco. Estos últimos, cuando atravesaban el río Esepo, que iba entonces muy crecido, y al caer sobre ellos Lúculo, perdieron en gran número la vida.

De este modo los habitantes de Cízico lograron escapar de los grandes preparativos del rey, gracias a que combatieron con bravura y a que aquél fue doblegado por Lúculo con el hambre. Y establecieron juegos en su honor, que celebran todavía ahora, a los que llamaron «juegos luculeos». Mitrídates, mientras Lúculo mantenía aún el asedio, envió naves a los que habían escapado a Lámpsaco y los sacó de allí junto con los propios habitantes de esta ciudad. Después de dejar a diez mil hombres escogidos con cincuenta naves bajo el mando de Vario, el general que le había enviado Sertorio, de Alejandro el paflagonio y de Dionisio el eunuco, navegó con el grueso de su ejército hacia Nico-

media. Pero una tormenta que sobrevino, causó muchas bajas a cada uno de estos ejércitos.

Lúculo, una vez que había terminado sus operaciones en tierra ayudado por el hambre que sufría el enemigo, reunió una flota desde la provincia de Asia y la distribuyó entre los que habían servido como generales bajo su mando. Triario[44] atacó por mar Apamea, se apoderó de ella y mató gran parte de su población que había huido a los templos. Barba tomó Prusias[45] que está situada al pie de una montaña y ocupó Nicea que había sido abandonada por la guarnición de Mitrídates. Lúculo capturó trece naves enemigas cerca del puerto de los aqueos; a Vario, Alejandro y Dionisio les dio alcance en una isla desierta cerca de Lemnos, en donde se muestra un altar de Filoctetes[46] con una serpiente de bronce, un arco y una coraza ceñida con cintas, como recuerdo de los sufrimientos de aquél, y navegó contra ellos con enorme ímpetu y desprecio. Sin embargo, como aquéllos resistían firmemente, detuvo a sus remeros y, enviando las naves de dos en dos, los incitó a que se hicieran a la mar para combatir. Éstos, no obstante, no se inmutaron, sino que persistieron en su defensa desde tierra. Entonces, rodeó por mar la isla con otras naves y, tras desembarcar en ella un cuerpo de tropas de infantería, forzó a los enemigos a que embarcaran; pero éstos no salieron a alta mar 77

[44] G. Valerio Triario.

[45] Véase, sobre esta ciudad, VIERECK, 1962, pág. 487, n. al pasaje.

[46] Héroe griego abandonado en la isla de Lemnos por sus compañeros de la expedición a Troya, a causa del hedor que despedía una herida que le había ocasionado en la pierna la mordedura de una serpiente. En el transcurso de la guerra un oráculo vaticinó que Troya no sería tomada sin el concurso de las flechas y el arco de Filoctetes; como consecuencia de esto, una expedición integrada por Neoptolemo y Ulises partió en su búsqueda.

por temor al ejército de Lúculo, y costeando la tierra, quedaron expuestos a los ataques desde tierra y desde el mar, por lo que sufrieron numerosas heridas y la mayor parte de ellos pereció o huyó. Ocultos en una cueva fueron capturados Vario, Alejandro y Dionisio el eunuco. Este último bebió un veneno que llevaba consigo y murió al punto. Lúculo ordenó que Vario fuera ejecutado, pues no le parecía bien llevar a un senador romano para celebrar su triunfo. En cambio, a Alejandro lo conservó para la procesión. Lúculo envió cartas a Roma dando cuenta de todos estos hechos, las ciñó con laurel como es costumbre después de las victorias, y entonces se apresuró hacia Bitinia.

78 A Mitrídates, cuando navegaba hacia el Ponto, le sobrevino una segunda tormenta y perdió unos diez mil hombres y alrededor de sesenta naves. Las restantes fueron diseminadas según las desvió a cada una la fuerza del viento, y él mismo, al haberse abierto una vía de agua en la nave capitana, embarcó, pese a la oposición de sus amigos, en un pequeño barco de piratas. Éstos le pusieron a salvo en Sinope, desde donde navegó remolcado hasta Amisos y envió a pedir auxilio a su yerno Tigranes el armenio y a su hijo Macares, que reinaba en el Bósforo, dándole prisa a ambos en que le socorrieran. Ordenó, además, a Diocles que llevara oro y muchos regalos a los escitas vecinos, pero éste desertó a Lúculo con los regalos y el oro. Lúculo, a su vez, después de su victoria, avanzaba con decisión, sometiendo todo cuanto encontraba a su paso, y se aprovisionaba sobre el terreno. Como era un país rico y llevaba mucho tiempo sin guerra, el precio de un esclavo fue pronto de cuatro dracmas, el de un buey, de una, y las cabras, ovejas, vestidos y las demás cosas, en proporción. Lúculo sitió Amisos y Eupatoria, ciudad que había construido Mitrídates junto a Amisos y la

había llamado así a partir de su sobrenombre[47], y la tenía por sede de su reino. Con otro ejército asedió Temiscira, que recibe su nombre de una de las Amazonas[48] y está situada junto al río Termodonte. Los sitiadores de esta última llevaron torres contra sus habitantes, amontonaron terraplenes y cavaron túneles tan grandes que en ellos bajo tierra tuvieron lugar grandes combates; los temiscirios, por su parte, abriendo desde arriba boquetes en ellos, arrojaban osos, otras bestias salvajes y enjambres de abejas contra los trabajadores. Los que cercaban Amisos soportaban otro tipo de dificultades, pues sus habitantes los repelían con bravura, hacían frecuentes salidas contra ellos y los incitaban a combates singulares. Mitrídates les enviaba numerosas provisiones, armas y tropas desde Cabira, en donde invernaba y reunía otro ejército; se unieron a él cuarenta mil infantes y cuatro mil jinetes.

79 Cuando llegó la primavera, Lúculo avanzó a través de las montañas contra Mitrídates. Éste había establecido puestos de vigilancia en avanzada para impedir el paso a Lúculo y para que le mantuvieran al corriente, en todo momento, de lo que ocurriese, mediante señales de fuego. Al frente de esta guardia avanzada, estaba Fénix, un hombre que pertenecía al linaje real de Mitrídates, el cual, una vez que Lúculo estuvo cerca, avisó a Mitrídates con señales de fuego y desertó a Lúculo con sus fuerzas. Y Lúculo, atravesando ya sin temor

---

47 Recuérdese que Mitrídates tuvo como sobrenombre Eupátor.

48 Las Amazonas eran un pueblo de mujeres famosas por sus dotes guerreras. Descendían del dios de la guerra Ares y de la ninfa Harmonía. Su reino se ubica ya en el Cáucaso, ya en Tracia o en la Escitia meridional (en las llanuras de la margen izquierda del Danubio). A las niñas les cortaban un seno para que no les estorbase en la práctica del arco o en el manejo de la lanza, costumbre que explica su nombre (*a-mazôn* «la que no tiene seno»).

las montañas, descendió a Cabira, pero tuvo lugar un combate entre su caballería y la de Mitrídates y, al ser derrotado, retrocedió de nuevo a las montañas. Pomponio, su prefecto de caballería, fue conducido, herido, a presencia de Mitrídates, y cuando el rey le preguntó qué favor podría devolverle, si le salvaba la vida, le contestó: «Uno de mucho valor, si tú te hicieras amigo de Lúculo, pero si continuas siendo su enemigo, no tendré en cuenta siquiera tu pregunta». Ésta fue la respuesta de Pomponio y, en consecuencia, los bárbaros deseaban matarlo, pero el rey dijo que él no cometería violencia contra el valor vencido por el infortunio. Después, durante varios días sucesivos, Mitrídates desplegó su ejército en orden de batalla, pero Lúculo no descendió a pelear, así que buscó un camino que subiera hacia él dando un rodeo. Entretanto, un escita llamado Olcabas, que había desertado a Lúculo desde hacía mucho tiempo y había salvado a muchos hombres durante el combate ecuestre y, por esta razón, se había hecho acreedor a participar en la mesa de Lúculo, de sus confidencias y secretos, llegó a su tienda alrededor del mediodía, mientras aquél estaba descansando, e intentó forzar la entrada. Llevaba, como era su costumbre, un puñal corto en el cinto. Cuando le impidieron el paso, se irritó y dijo que un asunto urgente le apremiaba a levantar al general, pero los servidores replicaron que no había nada más necesario para Lúculo que su seguridad. Entonces, subió de inmediato al caballo y cabalgó hasta Mitrídates, bien fuera porque había urdido un atentado contra Lúculo y creía que se había hecho sospechoso, bien lleno de ira por pensar que había sido ultrajado. Olcabas reveló a Mitrídates que otro escita llamado Sobadaco planeaba desertar a Lúculo, así que Sobadaco fue apresado.

80 Lúculo, que rehuía el descenso directo a la llanura, dado que los enemigos eran superiores en caballería,

pero no veía otro camino de circunvalación, encontró en una cueva a un cazador que conocía los senderos de las montañas. Sirviéndose de él como guía, dio un rodeo por sendas no frecuentadas por nadie más allá de la cabeza del ejército de Mitrídates y descendió, evitando también en esta ocasión la llanura a causa de la caballería. Al fin, estableció su campamento interponiendo ante él un torrente de agua. Como estaba falto de provisiones, envió a Capadocia a por víveres y sostuvo escaramuzas contra los enemigos, hasta que, en cierta ocasión, cuando las fuerzas reales habían sido puestas en fuga, Mitrídates vino corriendo desde su campamento y, llenándolos de reproches, les hizo volverse, con lo cual causó tanto temor a los romanos, que huyeron hacia las montañas y no se dieron cuenta, durante mucho tiempo, de que los enemigos habían abandonado la persecución, sino que cada uno creía que su compañero de fuga que venía tras él era un enemigo, hasta tal punto estaban atemorizados. Mitrídates envió noticias escritas de esta victoria por todas las regiones de alrededor, después ordenó que una buena parte de la caballería y, sobre todo, la más valerosa tendiera una emboscada a los que llevaban las provisiones para Lúculo desde Capadocia, con la esperanza de que, al faltarle los alimentos, sufriera lo mismo que había sufrido él en torno a Cízico.

Y, ciertamente, era una gran idea privar a Lúculo 81
de los alimentos que sólo podía recibir de Capadocia. Sin embargo, los jinetes del rey, cuando se encontraron con los destacamentos de vanguardia del convoy en un desfiladero, no aguardaron a que prosiguieran su avance hasta un lugar más ancho, con lo que inutilizaron a su propia caballería como suele ocurrir en los lugares angostos. Los romanos, a su vez, trocando con toda rapidez su orden de marcha en formación de combate, mataron a algunas de las tropas reales, siendo favore-

cidos por la dificultad del terreno al combatir a pie; a otros, los despeñaron contra las rocas, y a otros, los dispersaron en fuga. Unos pocos que llegaron durante la noche al campamento y dijeron que eran los únicos supervivientes, acrecentaron el rumor de la importancia de la derrota, aunque ésta era grande en realidad. Mitrídates se enteró de la misma antes que Lúculo y, como esperaba que éste le atacaría de inmediato aprovechando que él había perdido tantos jinetes, planeó la fuga por causa de su miedo y comunicó al punto su decisión en su tienda a sus amigos. Éstos, antes de que fuera dada la señal, enviaron cada uno fuera del campamento, todavía de noche, a toda prisa sus pertenencias particulares, así que se produjo una gran aglomeración de animales de carga comprimiéndose junto a las puertas. Al percibirlo el ejército y reconocer a los que llevaban la impedimenta, se imaginó toda clase de cosas absurdas, y movidos por el miedo y la irritación de que no se les hubiera comunicado nada a ellos, se lanzaron a la carrera contra su propia fortificación, la demolieron y huyeron en todas direcciones, puesto que era una llanura, sin orden, por donde pudo cada uno y sin aguardar las órdenes del general o de sus oficiales. Cuando Mitrídates se dio cuenta de que todo se estaba produciendo antes de tiempo y en pleno desorden, se lanzó fuera de la tienda hacia ellos e intentó dirigirles la palabra. Sin embargo, nadie le escuchó ya y, arrollado por la multitud, cayó al suelo y, subido de nuevo al caballo, huyó con unos pocos a las montañas.

82 Lúculo, enterado del éxito de su aprovisionamiento y al ver la huida de los enemigos, envió a muchos jinetes en persecución de los fugitivos. A continuación, rodeó con su infantería a los que todavía estaban reuniendo la impedimenta por el campamento y ordenó a aquélla que no saqueara nada por el momento, sino que se entregara a una matanza indiscriminada; pero éstos,

cuando vieron numerosos objetos de oro y plata y vestidos muy ricos, desobedecieron la orden. Aquellos otros que casi tenían al mismo Mitrídates en sus manos golpearon en la albarda a una de las mulas que llevaba el oro y, al caer éste, se apiñaron en torno a él y dejaron que aquél huyera a Comana. Desde aquí huyó hacia Tigranes con dos mil jinetes. Éste no lo admitió en su presencia, pero ordenó que le fuera dispensado un tratamiento real en sus dominios. Mitrídates, en el momento en que había perdido incluso la esperanza total en su reino, envió al eunuco Baco a su palacio, para que diera muerte de la manera que pudiera a sus hermanas, esposas y concubinas, las cuales fueron muertas a espada, con venenos y en la horca lamentando su aciaga suerte. Y los comandantes de las guarniciones de Mitrídates, al ver estos sucesos, se pasaron en bloque a Lúculo, a excepción de unos pocos. A estos últimos los atacó Lúculo y los sometió, y navegando en torno a las ciudades del Ponto, se apoderó de Amastris, Heraclea y otras.

Sinope, en cambio, persistía en su resistencia con 83
todo vigor y sus habitantes sostuvieron una batalla naval con éxito; pero, cuando fueron sitiados, prendieron fuego a sus naves más pesadas y huyeron embarcando en las más ligeras. Con todo, Lúculo dejó libre a la ciudad de inmediato, debido a que tuvo el siguiente sueño; se dice que Autólico[49], cuando combatía con Hércules contra las Amazonas, fue desviado hasta Sinope por una tormenta y gobernó la ciudad, y una estatua suya muy venerada daba oráculos a los sinopenses. Éstos no tuvieron tiempo de llevársela con ellos en su huida y

[49] Era hijo de Hermes y de Quione, o tal vez, de Estilbe. Recibió de su padre el don de robar sin ser sorprendido nunca, por lo que sus robos son numerosos. Enseñó a Hércules el arte de la lucha.

la envolvieron con tela de lino y cordeles. Lúculo, que no sabía nada de ello ni había sido advertido previamente por nadie, creyó ver en sueños que le llamaba el propio Autólico, y, al día siguiente, cuando algunos pasaban junto a él llevando la estatua envuelta, ordenó que la desataran y vio lo que creyó haber visto durante la noche. Tal fue su sueño. Después de Sinope, Lúculo restituyó Amisos a sus habitantes que habían escapado de igual manera por mar, pues se había enterado de que ellos habían sido asentados allí por los atenienses cuando éstos detentaban el dominio del mar, y que habían tenido, en un principio, un régimen democrático, pero después fueron vasallos de los reyes persas, y que, tras volver a la democracia por orden de Alejandro, habían vuelto a ser esclavos de los reyes del Ponto. Por estas razones, Lúculo se compadeció de ellos y, tratando de emular el favor mostrado por Alejandro hacia la raza ática, concedió la libertad a la ciudad y llamó rápidamente a sus habitantes para que regresaran.

De este modo, Lúculo, tras haber devastado Sinope y Amisos, volvió a entregarlas a sus habitantes. Después, entabló relaciones de amistad con Macares, el hijo de Mitrídates, que reinaba en el Bósforo y le había enviado una corona de oro, y exigió a Tigranes la entrega de Mitrídates. Tras regresar de nuevo a la provincia de Asia, que aún debía parte de la multa impuesta por Sila, les fijó como impuesto la cuarta parte de los frutos y otras tasas sobre el número de esclavos y fincas urbanas [50], y realizó un sacrificio triunfal, como si hubiera culminado con éxito la guerra.

84 Después de los sacrificios, emprendió una campaña contra Tigranes [51], que no le había entregado a Mi-

---

50 Cf. Rostovtzeff, II, pág. 1071, y pág. 1141, n. 28.

51 Sobre esta campaña, cf. E. Will, II, págs. 413-417, con bibliografía.

trídates, con dos legiones escogidas y quinientos jinetes. Habiendo cruzado el Éufrates, exigió sólo lo necesario a aquellos pueblos bárbaros por los que atravesaba, pues sus habitantes no estaban en guerra ni deseaban sufrir ninguna desgracia, sino dejar que Lúculo y Tigranes solventaran entre ellos la cuestión. Nadie advirtió a Tigranes de que Lúculo marchaba contra él, pues el primero que lo dijo fue colgado por aquél, por creer que trataba de perturbar a las ciudades. Pero, tan pronto como lo supo al fin, envió por delante a Mitrobarzanes con dos mil jinetes para contener el avance de Lúculo. Encargó a Manceo de la defensa de Tigranocerta, ciudad que, según he dicho antes, el rey había fundado, en aquella región, en su propio honor y a la que había llamado a los principales habitantes de su país bajo pena de confiscación de cuantos bienes no transfiriesen a ella. La rodeó con murallas de cincuenta codos de alto, cuya base estaba llena de establos de caballos. En los suburbios, erigió un palacio, construyó grandes parques, muchas reservas de caza y lagos, y en las cercanías, levantó una sólida fortaleza. Tras haber encargado, entonces, a Manceo de todo esto, se dedicó a recorrer el país reuniendo un ejército. Lúculo, al primer ataque, puso en fuga a Mitrobarzanes y lo persiguió, y Sextilio, a su vez, encerró a Manceo en Tigranocerta, saqueó el palacio de inmediato, pues estaba desprovisto de murallas, rodeó con un foso la ciudad y la fortaleza, apostó máquinas contra ellas y minó las murallas con túneles.

Mientras Sextilio estaba entregado a estas tareas, 85
Tigranes reunió doscientos cincuenta mil soldados de infantería y cincuenta mil jinetes, de los cuales envió seis mil a Tigranocerta. Éstos forzaron el paso a través del centro de las líneas romanas hasta el fuerte y, tras apoderarse de las concubinas del rey, regresaron. Con el resto del ejército, Tigranes en persona marchó contra

Lúculo. Mitrídates, que entonces por vez primera compareció ante él, le aconsejó que no trabara combate con los romanos, sino que, hostigándoles tan sólo con la caballería y devastando la tierra en derredor, intentara reducirlos por hambre, si podía, de la misma manera que también él, reducido por Lúculo a una necesidad extrema en las cercanías de Cízico, había perdido su ejército sin combatir. Pero Tigranes, riéndose de su generalato, avanzó preparado para el combate y, al ver el escaso número de las tropas romanas, dijo con sorna lo siguiente: «Si éstos son embajadores, son muchos, pero si son enemigos, resultan del todo insuficientes.» Lúculo, cuando vio una colina muy bien situada detrás de Tigranes, ordenó a la caballería que hiciera un ataque frontal contra aquél y que se atrajera hacia ella al enemigo y se retirara voluntariamente, para que la formación de los bárbaros se rompiera al perseguirlos. Él, a su vez, dio un rodeo con la infantería y subió a la colina sin ser visto. Y, tan pronto como observó que los enemigos estaban diseminados en muchas direcciones como consecuencia de su persecución, en la creencia de que habían vencido, y que todas sus bestias de carga estaban al pie de la montaña, gritó: «Hemos vencido, soldados», y cargó a la carrera, él el primero, contra aquéllas. Éstas huyeron de inmediato en medio de la confusión y se precipitaron contra la infantería, la cual, a su vez, lo hizo contra la caballería y, al momento, se produjo una fuga total. Los que habían sido atraídos a una gran distancia en su persecución por la caballería romana, perecieron cuando ésta volvió grupas contra ellos y les atacó, y las bestias de carga, presas de la confusión, se precipitaron contra los demás. Oprimidos todos unos contra otros en una multitud tan grande y sin saber con exactitud dónde había comenzado la derrota, tuvo lugar una gran matanza. Nadie se detuvo a saquear, pues Lúculo lo había prohibido

bajo amenazas, hasta el punto de que, a pesar de que pasaron junto a brazaletes y collares en su camino, continuaron matando a lo largo de ciento veinte estadios, hasta que les cogió la noche. Entonces, se volvieron y se entregaron al saqueo, pues Lúculo había dado ya su permiso.

Cuando Manceo vio desde Tigranocerta la derrota 86
que se había producido, desarmó a todos los griegos que servían a sus órdenes como mercenarios, porque sospechó de ellos, y éstos, temiendo ser arrestados, se pusieron en camino juntos, provistos de estacas, y acamparon al aire libre. Manceo condujo contra ellos a los bárbaros armados y, entonces, aquéllos, ciñéndose con sus túnicas el brazo izquierdo a manera de escudo, se lanzaron con osadía contra los bárbaros y se apropiaron de las armas de todos aquellos que mataban. Una vez que estuvieron suficientemente armados, en la medida que era posible, se apoderaron de algunos espacios intermedios entre las torres y, llamando a los romanos de fuera, les acogían cuando subían.

De este modo fue apresada Tigranocerta y fue saqueada una gran cantidad de riquezas, como era natural en una ciudad construida recientemente y fundada según unos planes ambiciosos.

Tigranes y Mitrídates recorrieron diferentes regio- 87
nes y reunieron otro ejército, cuyo mando fue puesto en manos de este último por considerar Tigranes que las desgracias que le habían ocurrido le habrían servido de lección. Enviaron también emisarios al rey de Partia[52] solicitando su ayuda. Lúculo, por su parte, envió o otros pidiendo a los partos que se aliaran con él o se mantuvieran al margen de la lucha entre ambos. El rey de los partos hizo acuerdos secretos con cada uno, pero no se dio prisa en ayudar a ninguno de los

[52] Se trata de Fraates III.

dos. Mitrídates fabricó armas en cada ciudad y reclutó a casi la totalidad de la población armenia, y tras seleccionar a los más bravos de entre ellos hasta un número de setenta mil soldados de infantería y la mitad de caballería, licenció a los demás. Después de dividirlos por escuadrones y cohortes de la forma más aproximada a la formación italiana, los entregó a oficiales del Ponto para que los ejercitaran. Al aproximarse Lúculo, Mitrídates mantuvo unidas a toda la infantería y a una parte de la caballería sobre una colina, pero Tigranes, con el resto de la caballería, atacó a los forrajeadores romanos y fue derrotado. Desde entonces, los romanos forrajeaban con menor recelo, cerca incluso del propio Mitrídates, y acampaban no lejos de él. De nuevo se levantó una gran nube de polvo indicando el ataque de Tigranes; y el plan era coger a Lúculo en medio de ambos. Pero éste, al darse cuenta, envió a lo más selecto de su caballería para que, adelantándose muchísimo, trabaran combate con Tigranes y le impidieran que trocase su columna de marcha en formación de batalla. Entretanto, él incitó a la lucha a Mitrídates y empezó a rodearlo con un foso, pero no consiguió que luchara. Finalmente, llegó el invierno y puso fin a las tareas de todos.

88 Tigranes se retiró al interior de Armenia y Mitrídates se apresuró hacia lo que le quedaba de su propio reino en el Ponto con cuatro mil soldados de su ejército y otros tantos que tomó de Tigranes. Lo siguió Lúculo, que también se retiró a causa de la falta de provisiones. Sin embargo, Mitrídates se le anticipó y atacó a Fabio[53], quien había sido dejado por Lúculo allí como comandante de aquella zona, lo puso en fuga y mató a quinientos hombres. Entonces, Fabio libertó a cuantos esclavos había en el campamento y combatió,

[53] M. Fabio Adriano.

de nuevo, durante todo el día, pero el combate se inclinaba otra vez en sentido adverso a él, hasta que Mitrídates, golpeado por una piedra en una rodilla y herido por un dardo en un ojo, fue retirado a toda prisa del combate. Durante muchos días permanecieron tranquilos ambos ejércitos, unos, por temor de la vida de su rey, y otros, a causa de la gran cantidad de heridas recibidas. A Mitrídates lo curaban los agaros, una tribu escita, que usaban del veneno de las serpientes como medicina y, por esta razón, siempre acompañaban al rey. Triario, otro general de Lúculo, llegó entonces junto a Fabio con su propio ejército y recibió de éste el mando y la dignidad del rango. Cuando, poco tiempo después, él y Mitrídates iban a combatir, un huracán, como no se recordaba otro, arrancó de cuajo las tiendas de ambos, se llevó las bestias de tiro y estrelló contra las rocas a algunos hombres, y entonces, se retiraron unos y otros.

Una vez que se anunció, sin embargo, que Lúculo 89
estaba en camino, Triario se apresuró a emprender la acción antes de su llegada y atacó, todavía de noche, los puestos de avanzada de Mitrídates. Durante mucho tiempo estuvo equilibrado el combate, pero el rey, imponiéndose a la parte del enemigo que estaba colocada contra él, decidió la batalla y, tras dispersar las filas enemigas, encerró a su infantería en una fosa cenagosa en la que perecieron al no poderse mantener de pie. A continuación, se lanzó en persecución de los jinetes por la llanura, aprovechándose con ardor del impulso de su éxito, hasta que un centurión romano, que cabalgaba a su lado como si fuera un siervo suyo, le infirió una profunda herida en el muslo con la espada, pues no esperaba poder llegar a su espalda a través de la coraza. A éste lo hicieron pedazos de inmediato los que estaban cerca, pero Mitrídates fue llevado a retaguardia

y sus amigos hicieron volver al ejército de su brillante victoria con rapidez no exenta de pesar. La confusión se apoderó de los que luchaban, por lo inesperado del toque de retirada y el temor de que alguna otra desgracia hubiera ocurrido en otro lado. Cuando se enteraron, rodearon, al punto, el cuerpo del rey, puestos en pie en la llanura, y mostraban su consternación. Finalmente, Timoteo, su médico, después de haberle contenido la sangre, lo mostró, incorporándolo, igual que se mostró también Alejandro, cuando había sido curado, sobre una nave a los macedonios que temían por su vida en la India. Mitrídates, tan pronto como volvió en sí, censuró a aquellos que habían tocado a retirada del combate y condujo, de nuevo, al ejército ese mismo día contra el campamento romano. Pero los romanos habían huido ya de él también, presa del pánico. Cuando fueron expoliados los cadáveres, aparecieron veinticuatro tribunos y ciento cincuenta centuriones, una cantidad tan grande de oficiales como difícilmente habían perdido los romanos en una sola derrota.

90 Mitrídates se retiró a la Armenia que hoy llaman los romanos Armenia Menor, recogiendo todas las provisiones fáciles de transportar y destruyendo las que no podía llevarse, para impedir que Lúculo, que iba tras él, pudiera coger algo sobre la marcha. Un senador romano, llamado Atidio, que había huido de su patria hacía ya mucho tiempo junto a Mitrídates a causa de un proceso judicial y se había granjeado su amistad, fue apresado entonces por conspirar contra él. A éste, el rey lo mató sin torturarlo, en atención a su antigua dignidad de senador romano, pero a sus cómplices, los atormentó de manera terrible. En cambio, a cuantos libertos habían sabido de las intenciones de Atidio, los dejó marchar indemnes, puesto que se habían limitado a servir a su amo. Cuando Lúculo estaba ya acampado

junto a Mitrídates, el procónsul de Asia[54] envió heraldos, por distintas partes de la provincia, para proclamar que los romanos acusaban a Lúculo de haber prolongado la guerra más allá del tiempo necesario y que los soldados de su ejército quedaban licenciados y se confiscarían los bienes de los que no obedecieran. Una vez publicadas estas noticias, el ejército se disolvió de inmediato, a excepción de unos pocos, que, por ser muy pobres y no temer al castigo, permanecieron junto a Lúculo.

Y de esta forma, también la guerra de Lúculo contra 91
Mitrídates tuvo un final en absoluto seguro ni decidido. Pues los romanos, perturbados por la sublevación de Italia y acosados por el hambre a causa de que el mar estaba infestado de piratas, no consideraron oportuno mantener otra guerra de tanta magnitud hasta haber puesto fin a sus preocupaciones más perentorias. Cuando Mitrídates se percató, a su vez, de ello, invadió Capadocia y fortificó su propio reino. Los romanos se lo consintieron, en tanto que estuvieron dedicados a limpiar el mar de piratas; pero, cuando lo hubieron logrado y mientras Pompeyo el destructor de los piratas se encontraba aún en Asia, volvieron a tomar de inmediato la guerra contra Mitrídates y otorgaron el mando de la misma a Pompeyo. Por lo cual, puesto que sus operaciones en el mar, antes de la guerra con Mitrídates, constituyen una parte del conjunto general de su campaña y no tienen un lugar propio en ninguna otra parte de mi historia, me pareció adecuado introducirlas en este lugar y analizarlas tal como ocurrieron.

Cuando Mitrídates hizo la guerra por vez primera 92
a los romanos y conquistó la provincia de Asia —pues Sila estaba ocupado en Grecia con otros asuntos—, pen-

[54] Sobre este personaje, cf. VIERECK, 1962, pág. 500, n. al pasaje.

sando que no iba a poder conservarla por mucho tiempo la devastó en su totalidad con toda clase de procedimientos, como ya dije antes, y envió piratas al mar. Éstos, en un principio, con naves pequeñas y escasas en número, recorrían las costas y las castigaban con sus saqueos como auténticos piratas; pero, cuando la guerra se prolongó, se hicieron más numerosos y navegaron en barcos mayores. Y, tras haber disfrutado de grandes ganancias, no desistieron ya, ni siquiera cuando Mitrídates, derrotado, hizo la paz y se retiró. Pues, habiendo sido privados de los medios de vida y de la patria a causa de la guerra y reducidos a una total falta de recursos, sacaron provecho del mar en vez de hacerlo de la tierra, al principio con pinazas y hemiolias, después navegando en flotillas con barcos de dos bancos de remos y con trirremes guiados por jefes piratas a modo de generales de una guerra auténtica; atacaban a las ciudades desprovistas de murallas, minaban o derribaban los muros de otras o las tomaban por asedio y las saqueaban, y a los ciudadanos más ricos, se los llevaban a sus bases de refugio para obtener un rescate por ellos. Y, teniendo ya a menos el nombre de piratas, llamaban al producto de sus robos recompensas de la guerra; además, tenían artesanos encadenados a sus tareas y no cesaban de reunir materiales de madera, bronce y hierro. Excitados por el afán de lucro y resueltos a permanecer en su condición de piratas, se igualaron a los reyes, a los tiranos y a los grandes ejércitos, y juzgando que si todos se reunían en un cuerpo único serían invencibles, construyeron naves y toda clase de armas, sobre todo en aquella parte de Cilicia llamada Traquea, la cual habían elegido como base común para amarrar sus barcos y como campamento. Tenían, por todas partes, fuertes, riscos fortificados, islas desiertas y bases para sus naves, pero considera-

ban su principal lugar de reunión la parte de la costa de Cilicia, que era abrupta y carecía de puertos y estaba erizada de altas montañas. Por lo cual, todos fueron llamados bajo el nombre común de cilicios. Tal vez comenzó esta calamidad de la piratería con los hombres de la Cilicia Traquea, a los que se unieron sirios, chipriotas, panfilios, pónticos y gentes de casi todos los pueblos orientales, los cuales, a causa del rigor y de la duración de la guerra de Mitrídates, prefirieron cometer fechorías a recibir daño y eligieron, para ello, el mar en vez de la tierra.

Por consiguiente, en un tiempo brevísimo fueron 93
muchas decenas de miles de hombres, y no sólo dominaron ya el mar oriental, sino todo el que se extiende hasta las columnas de Hércules. Vencieron a algunos pretores romanos en un combate naval y, entre ellos, sobre todo, al pretor de Sicilia en la misma costa siciliana. No se podía navegar por ningún mar y la tierra estaba falta de cultivo a causa de la interrupción del comercio. Y la ciudad de Roma era la que más sentía lo desastroso de la situación, pues sus súbditos estaban exhaustos y ella misma sufría penosamente por el hambre en razón de su populosidad. Sin embargo, les parecía una tarea ingente y difícil acabar por completo con una cantidad tan grande de fuerzas navales repartidas en forma de círculo por la totalidad de la tierra y el mar, con una organización de estructura liviana para poder huir con facilidad, y que no tenían como base de operaciones ninguna patria o lugar definido ni había nada que pudieran considerar como algo particular o suyo propio, sino aquello que en cada momento les venía por azar a las manos.

Por tanto, al ser totalmente atípica la naturaleza de esta guerra no sometida a ninguna ley y en la que no había nada cierto ni visible, causaba a la vez una

sensación de impotencia y de temor. Murena [55] los atacó sin llevar a cabo nada memorable y tampoco hizo nada Servilio Isaúrico [56], que fue el sucesor de Murena. Y los piratas desembarcaron ya con desprecio en las mismas costas de Italia, en los alrededores de Brindisi y Etruria, y se llevaron a unas jovencitas, de familias nobles, que iban de viaje, y a dos pretores con sus propias enseñas [57].

94 Una vez que los romanos no pudieron soportar por más tiempo el daño y la vergüenza de estos hechos, eligieron a Gneo Pompeyo, que era el hombre que entonces gozaba entre ellos de la máxima reputación, general por tres años, de acuerdo con la ley [58], con plenitud de poderes en todo el mar dentro de las columnas de Hércules y, en la tierra, hasta una distancia de cuatrocientos estadios hacia el interior desde la costa. Enviaron órdenes escritas a todos los reyes, jefes, pueblos y ciudades para que ayudaran en todo a Pompeyo y, a éste, le permitieron reclutar un ejército y reunir dinero. Le proporcionaron, además, un gran ejército de entre los mismos ciudadanos por medio de una leva, todas las naves que tenían y dinero por valor de seis mil talentos áticos. Tan grande y difícil creían que era vencer a tantas fuerzas en una extensión tan amplia de mar, que podían ocultarse con facilidad y retirarse con rapidez a tantos escondrijos y atacar de nuevo sin ser vistos. Nunca, antes que Pompeyo, se hizo a la mar un hombre elegido

---

[55] L. Licinio Murena.

[56] P. Servilio Vatia Isaúrico. Cf. detalles y bibliografía en E. Will, II, págs. 408-410.

[57] Una de las jóvenes era Antonia, hija del orador M. Antonio (Plutarco, *Pomp.* 24.10). Los pretores eran Sextilio y Belieno (Plutarco, *Pomp.* 24.9).

[58] La *Lex Gabinia*, a comienzos del 67 a. C., le confirió poderes más amplios que los que tuvo Marco Antonio y casi tuvo a su cargo una verdadera monarquía marítima y litoral.

por los romanos con una potestad tan vasta; tuvo, de inmediato, un ejército de ciento veinte mil soldados de infantería y cuatro mil jinetes, y doscientas setenta naves, incluidas las hemiolias; y, en calidad de ayudantes, a veinticuatro miembros de rango senatorial a quienes ellos llaman legados. Pompeyo distribuyó el mar entre ellos y les asignó a cada uno naves, jinetes, tropas de infantería y les invistió con las insignias de pretores, para que cada uno ejerciera un mando total sobre aquella parte que le había sido confiada. Y él, como rey de reyes, recorría sus circunscripciones y cuidaba de que permanecieran en donde habían sido colocados, a fin de evitar que, mientras él perseguía en un lugar a los piratas, fuera desviado hacia otro sin haber completado su obra, sino que siempre hubiera en cualquier lugar tropas que les salieran al encuentro e impidieran que se unieran unos a otros.

Habiendo dispuesto Pompeyo todo de esta forma, 95
puso al frente de Iberia y de las columnas de Hércules a Tiberio Nerón y Manlio Torcuato; los mares de Liguria y la Galia los asignó a Marco Pomponio; África, Cerdeña, Córcega y las islas vecinas fueron encargadas a Léntulo Marcelino y Publio Atilio, y en torno a la misma Italia, colocó a Lucio Gelio y Gneo Léntulo; Plotio Varo y Terencio Varrón asumieron la vigilancia de Sicilia y el Adriático hasta Acarnania, y Lucio Sisena, la del Peloponeso, el Ática, Eubea, Tesalia, Macedonia y Beocia; Lucio Lolio se hizo cargo de las islas griegas, de todo el Egeo y, además, el Helesponto; Pupio Pisón, de Bitinia, Tracia, la Propóntide y la boca del Ponto, y Metelo Nepote, de Licia, Panfilia, Chipre y Fenicia. De este modo fueron distribuidos los pretores a fin de poder atacar, defenderse, vigilar las zonas asignadas y atajar el paso a los piratas que escaparan de las manos de otros, para que éstos no se distanciaran mucho de sus bases durante la persecución ni fueran llevados en

círculo, como en una carrera, alargando así el trabajo. Pompeyo llevó a cabo un periplo para inspeccionar a todos. En primer lugar visitó las bases occidentales en un viaje de cuarenta días y pasó de regreso por Roma. Desde aquí se dirigió a Brindisi y, desde este lugar, navegó por toda la zona oriental en igual espacio de tiempo. De manera que dejó perplejos a todos por la rapidez de su periplo, por la magnitud de sus preparativos y por el miedo a su reputación, hasta el punto de que los piratas que habían confiado en tomar la iniciativa en el ataque o, al menos, hacerle ver que su misión contra ellos no iba a ser fácil, se retiraron, llenos de temor, de las ciudades que sitiaban y escaparon a sus riscos y refugios habituales. De esta forma, sin lucha, quedó limpio el mar, gracias a Pompeyo, y los piratas fueron reducidos en todas partes por los pretores en cada una de sus zonas respectivas.

96 Pompeyo en persona se apresuró hacia Cilicia con tropas de muy diversa clase y gran número de máquinas, puesto que esperaba que iba a necesitar de todo tipo de lucha y de asedio contra riscos fortificados rodeados de precipicios. Pero nada le hizo falta. Pues los piratas, aterrados ante su fama y sus preparativos, confiaron en que si no luchaban lo encontrarían más clemente. En primer lugar, los que ocupaban Crago y Antícrago, sus fortalezas mayores, y después de aquéllos, los cilicios de la montaña y, sucesivamente, todos los demás se pusieron en sus manos. También le entregaron, al mismo tiempo, muchas armas, unas ya acabadas y otras en vías de fabricación, naves, algunas de las cuales todavía estaban en los astilleros a medio construir y otras navegando ya, bronce y hierro, reunidos para la fabricación de estas cosas, telas de lino, cables, madera de distintas clases y una gran cantidad de prisioneros, unos, en espera de ser canjeados mediante rescate y, otros, encadenados a sus respectivos trabajos. Pompeyo

quemó la madera, se llevó las naves y envió a los cautivos a sus patrias respectivas, y muchos de ellos se encontraron allí sus propios cenotafios, al ser tenidos ya por muertos. A aquellos piratas que le parecieron, en especial, que se habían dedicado a este género de vida, no por vileza sino por falta de recursos para vivir a causa de la guerra, los asentó en Malo, Adana, Epifanea o cualquier otra pequeña ciudad deshabitada o poco poblada de la Cilicia Traquea. A algunos de ellos los envió también a Dime en Acaya.

Así fue como la guerra contra los piratas, que se pensaba iba a ser la más difícil, sólo le duró unos pocos días a Pompeyo. Él se apoderó, mediante captura, de setenta y una naves y de trescientas seis que le fueron entregadas en el acto de rendición, así como de unas ciento veinte ciudades, fortalezas y otras bases de operaciones. Alrededor de diez mil piratas perecieron en los combates.

A causa de esta victoria, obtenida tan rápida como 97
inesperadamente, los romanos ensalzaron grandemente a Pompeyo y, mientras estaba aún en Cilicia, lo eligieron [59] general de la guerra de Mitrídates, con los mismos poderes ilimitados para hacer la paz y la guerra en la forma que quisiera y considerar amigos o enemigos de Roma a los que estimara oportunos. Le dieron, además, el mando de todos los ejércitos de allende las fronteras de Italia. Estos poderes a nadie jamás antes que a él le fueron concedidos todos a un tiempo, y tal vez sea esta la razón por la que le designaron con el sobrenombre de Grande, pues ciertamente la guerra de Mitrídates también había sido llevada ya a término por los generales precedentes.

---

[59] En virtud de la *Lex Manilia,* que le confería a Pompeyo, sobre todas las provincias de Asia Menor, poderes más amplios que los de Lúculo, y poderes diplomáticos de los que había carecido su predecesor.

Pompeyo, por consiguiente, tras reunir de inmediato su ejército desde Asia, trasladó su campamento junto a la frontera del territorio de Mitrídates. Éste tenía, por entonces, un ejército propio seleccionado, consistente en treinta mil infantes y tres mil jinetes, que había establecido en la misma frontera de su reino. Pero, al haber devastado Lúculo recientemente el territorio, había escasez de provisiones, así que menudeaban las deserciones. Sin embargo, Mitrídates buscaba a los desertores, los colgaba, les sacaba los ojos y los quemaba y, por miedo a los castigos, disminuyó el número de desertores.

98 A pesar de todo, la falta de provisiones causaba estragos y, por consiguiente, enviando embajadores a Pompeyo, solicitó saber de qué forma podría poner fin a la guerra. Éste le respondió: «En el caso de que nos entregues a los desertores y te rindas sin condiciones.» Cuando Mitrídates conoció la respuesta, comunicó a los desertores lo relativo a ellos y, al ver que tenían miedo, juró que nunca haría la paz con los romanos a causa de su avaricia, y que no les entregaría a nadie ni haría jamás otra cosa que no fuera para provecho común de todos. Éstas fueron sus palabras, y Pompeyo, ocultando en emboscada a una fuerza de caballería, envió a otros para que hostigaran abiertamente a los puestos de avanzada del rey; a éstos les ordenó que provocaran ⟨al enemigo⟩ y que retrocedieran como si estuvieran derrotados. ⟨Así lo hicieron⟩ [60], hasta que los que estaban emboscados los rodearon y los pusieron en fuga, y tal vez se hubieran precipitado a una con los fugitivos en el interior del campamento, si el rey, por temor a que esto ocurriera, no hubiera hecho avanzar la infantería, ante la cual los romanos retro-

60 Sobre estas conjeturas y la posibilidad de que hubiera una laguna en el texto, cf. VIERECK, 1962, págs. 508, n. al pasaje.

cedieron. Éste fue el desenlace de la primera confrontación, en forma de combate ecuestre, entre Pompeyo y Mitrídates.

Agobiado por la falta de provisiones, el rey se retiró 99
contra su voluntad y permitió que Pompeyo penetrara en su reino, con la esperanza de que cuando acampara en la zona devastada sufriera también él de escasez. Pero éste se hacía traer las provisiones desde la retaguardia y, dando un rodeo por la parte que caía al este de Mitrídates, estableció en torno a él una serie de puestos fortificados y muchos campamentos en un círculo de ciento cincuenta estadios, rodeándolo de un foso para que no le fuera fácil ya salir a forrajear. El rey no le atacó mientras llevaba a cabo este trabajo, bien por miedo o por esa obnubilación mental que afecta a todos ante la proximidad de las desgracias. Y, agotado de nuevo por la escasez, mató a cuantas bestias de tiro tenía, conservando tan sólo a los caballos, hasta que, cuando le quedaban alimentos escasamente para cincuenta días, huyó por la noche en medio de un profundo silencio por caminos muy malos. Pompeyo, al darle alcance con dificultad durante el día, atacó su retaguardia y, pese a que los amigos del rey le apremiaron también en esta ocasión para que desplegara sus tropas para el combate, no luchó, sino que rechazó, sólo con la caballería, a los que estaban próximos y acampó, hacia el atardecer, en la espesura del bosque. Al día siguiente, ocupó un lugar escarpado que tenía una única vía de acceso, para cuya vigilancia designó cuatro cohortes. También los romanos establecieron, a su vez, tropas de guardia para evitar que Mitrídates escapara.

Al amanecer, cada uno de los comandantes mandó 100
empuñar las armas a sus respectivos ejércitos. Las tropas de los puestos de avanzada empezaron a sostener escaramuzas entre sí en la ladera de la montaña, y algunos jinetes de Mitrídates, sin sus caballos y sin

orden previa, corrieron en auxilio de los primeros. Pero, al atacarles en mayor número la caballería romana, los jinetes de Mitrídates, que carecían de monturas, se precipitaron en bloque hacia su campamento, con la intención de montar en sus caballos y hacer frente al ataque romano en igualdad de condiciones. Y sus compañeros, que todavía estaban cogiendo las armas, cuando los vieron, desde arriba del monte, subiendo a la carrera y con gritos, sin saber lo que había ocurrido y pensando que ellos huían, dejaron sus armas y huyeron, por creer que el campamento había sido ya capturado por aquel otro lado. Sin embargo, como el lugar carecía de una vía de salida, al volverse se entrechocaban unos con otros, hasta que, finalmente, se despeñaron por los precipicios. De esta forma fue destruido, presa de la confusión, el ejército de Mitrídates a causa de la temeridad de los que decidieron correr en auxilio de sus tropas de vanguardia sin haber recibido ninguna orden para ello. A Pompeyo le resultó fácil la restante tarea de matar y apresar a los hombres que estaban ya desarmados y encerrados en un lugar escarpado. Fueron muertos alrededor de diez mil y capturado el campamento con todo su material de guerra.

101 Mitrídates, forzando el paso hacia los riscos, acompañado tan sólo por su guardia personal, consiguió huir y se encontró con algunos jinetes mercenarios y unos tres mil soldados de infantería, que lo siguieron, al punto, hasta la fortaleza de Sinorex, donde él había acumulado una gran suma de dinero. Allí distribuyó, entre los que habían huido con él, regalos y la paga de un año, y llevándose consigo unos seis mil talentos, se apresuró hacia las fuentes del Éufrates, con la idea de atravesar, desde allí, hasta el país de los colcos. En una marcha sin tregua cruzó el Éufrates alrededor del cuarto día y, tres días más tarde, dispuso en formación y bajo armas a las tropas que le habían acompaña-

do o se habían unido a él y penetró en Armenia por Cotene. Allí rechazó a los cotenos e iberos, que trataron de impedir su penetración con dardos y hondas, y avanzó hasta el río Apsaro. Algunos piensan que los iberos de Asia son antepasados de los iberos europeos, otros, que son sus colonos y otros, que tan sólo tienen el mismo nombre pues sus costumbres y lengua son diferentes. Mitrídates invernó en Dioscuria, en la Cólquide, ciudad a la que los colcos consideran como un recuerdo de la participación de los Dioscuros[61] en la expedición que realizaron allí los Argonautas. En aquel lugar concibió el proyecto ambicioso e impropio de un fugitivo de circundar todo el Ponto, Escitia, el mar de Azov, llegar al Bósforo y quitarle el reino a su hijo Macares, que había sido ingrato con él. Y de esta forma, entrar en confrontación, de nuevo, desde el frente, contra los romanos y combatirlos, desde Europa, mientras estaban en Asia, interponiendo entre ellos el estrecho que piensan que se llama Bósforo porque Ío lo atravesó a nado cuando escapaba, convertida en vaca, de los celos de Hera[62].

A pesar de que Mitrídates ponía sus afanes en un proyecto tan quimérico, imaginaba, no obstante, que podía realizarlo y se puso en camino a través de tribus escitas belicosas y extrañas, en parte con el consentimiento de éstas y en parte por la fuerza. Tan respetado y temido era todavía, pese a ser un fugitivo y un hombre caído en el infortunio. Pasó a través de los heníocos 102

[61] Los Dioscuros son los «hijos de Zeus», Cástor y Pólux. Nacieron de los amores de Zeus y Leda y son hermanos de Helena, así como de Clitemnestra.

[62] Ío, doncella argiva sacerdotisa de la Hera de Argos y que fue amada por Zeus. Éste la convirtió en vaca para sustraerla a los celos de Hera, la cual envió un tábano para aguijonearla y la obligó a emprender una larga peregrinación. El nombre del Bósforo querría decir «el paso de la vaca».

que lo acogieron amistosamente y, en cambio, a los aqueos los puso en fuga y los persiguió. Se cuenta que éstos, cuando regresaban de Troya, fueron desviados por una tormenta hacia el interior del Ponto y que sufrieron allí toda suerte de desgracias a manos de los bárbaros, por ser de raza griega; y, cuando enviaron en busca de naves a su patria y su solicitud no fue tenida en consideración, concibieron un odio tal hacia la raza griega, que sacrificaban, a la manera escita, a cuantos griegos apresaban. En un principio, a todos, a causa de su ira; con el tiempo, sólo a los más ilustres, y después, a unos pocos elegidos a suerte. Basten estas referencias respecto a los aqueos de Escitia. Mitrídates penetró, después, en el territorio del Azov, en el que existen numerosos reyezuelos, todos los cuales le dieron acogida, lo acompañaron e intercambiaron con él muchos presentes en razón a la fama de sus hechos, de su reino y de su poder, que todavía conservaba en grado digno de ser tenido en cuenta. Incluso estableció con ellos una alianza con vista a otros nuevos proyectos, tales como marchar a Macedonia a través de Tracia y, desde allí, a Panonia e invadir Italia cruzando los Alpes, y concertó el matrimonio de sus hijas con los más poderosos de estos reyezuelos para consolidar esta alianza. Cuando su hijo Macares se enteró de que él había realizado un viaje tan grande, en tan poco tiempo y a través de tribus salvajes y de las llamadas Puertas Escitas, que no habían sido franqueadas por nadie jamás, le envió algunos emisarios para justificarse, diciendo que él había actuado de forma conciliadora con los romanos por necesidad. Sin embargo, como conocía su carácter bronco en extremo, escapó al Quersoneso del Ponto, tras prender fuego a las naves para impedir que su padre lo persiguiera. Y, cuando este último envió contra él otras naves, anticipándose a su destino se suicidó. Mitrídates mató a todos aquellos

amigos suyos que había dejado en puestos de responsabilidad a la hora de su partida, pero, en cambio, dejó indemnes a los de su hijo, por entender que ellos habían servido a una amistad privada.

Así estaban las cosas de Mitrídates. Pompeyo, a su 103
vez, persiguió de inmediato a Mitrídates en su huida hasta el país de los colcos; pero, después, pensando que él nunca lograría circundar el Ponto, ni el mar de Azov ni podría ya acometer grandes empresas una vez que había sido expulsado de su reinó, se internó en la Cólquide para conocer el país que había recibido la visita de los Argonautas, de los Dioscuros y de Hércules. Deseaba, en especial, ver el lugar en el que se decía que Prometeo había sido castigado en el monte Cáucaso. Muchos arroyos que bajan del Cáucaso arrastran polvo de oro invisible en sus aguas y los naturales del país colocan pellejos de oveja, de vellón espeso, en la corriente y recogen el polvo de oro prendido en ellos. Y, quizás, la piel de vellón de oro de Eetes[63] era una similar a éstas. Todas las tribus vecinas acompañaron a Pompeyo en su viaje de exploración, pero Orezes, el rey de los albanos, y Artoces, rey de los iberos, le tendieron una emboscada con setenta mil hombres junto al río Cirno, que desemboca en el mar Caspio por doce bocas navegables[64], recibiendo las aguas de muchos ríos, el mayor de los cuales es el Araxes. Sin embargo, Pompeyo, dándose cuenta de la emboscada, ponteó el río y acorraló a los bárbaros en un bosque de gran espesura. Estas tribus son muy hábiles para luchar en los bosques ocultándose y atacando sin ser

[63] Eetes era hijo del sol y de la oceánide Perseide; recibió de su padre el reino de Corinto, que dejó por el de la Cólquide. Frixo le regaló un toisón de oro por haberle acogido en su reino y haberlo desposado con una de sus hijas. Este toisón fue el motivo de la expedición de los Argonautas.

[64] Su navegabilidad es un error de Apiano.

vistos, así que Pompeyo rodeó con su ejército el bosque, le prendió fuego y persiguió a los fugitivos, hasta que todos le llevaron presentes y rehenes en señal de sumisión. Y celebró, después, un triunfo en Roma por estos sucesos. Entre los rehenes y prisioneros de guerra fueron halladas muchas mujeres que tenían tantas heridas como los hombres. Éstas eran tenidas por Amazonas, ya sea porque las Amazonas fueran alguna tribu vecina de ellas, llamadas entonces como aliadas, o bien porque los bárbaros de esta parte llamaran, en general, Amazonas a cualquier mujer guerrera.

104 Cuando regresó de aquellos lugares, Pompeyo hizo una expedición contra Armenia, convirtiendo en objeto de acusación contra Tigranes el hecho de que había sido aliado de Mitrídates. Y estaba ya cerca de la residencia real de Artaxata. Tigranes, sin embargo, tenía decidido no combatir por más tiempo. Él había tenido tres hijos de la hija de Mitrídates, de los que el propio Tigranes había matado a dos: uno, en una batalla cuando hacía la guerra a su padre, y otro, en una cacería cuando, después de caer su padre, se desentendió de él y se colocó la diadema mientras estaba aquél todavía en el suelo. El tercero, Tigranes, que, durante la cacería pareció condolerse más con el accidente paterno, recibió una corona de éste, pero al cabo de un corto tiempo desertó también e hizo la guerra contra él y, derrotado, se refugió al lado de Fraates, el rey de los partos, que había sucedido recientemente a su padre Síntrico en el reino de su país. Cuando Pompeyo estuvo cerca, el joven Tigranes, después de comunicar su intención a Fraates y recibir la aprobación de éste, que también deseaba la amistad de Pompeyo, huyó como suplicante al lado de este último, y eso que era el nieto de Mitrídates. Pero la fama de la justicia y buena fe de Pompeyo era grande entre los bárbaros, así que, confiando en ella, también Tigranes, el padre, acudió sin aviso

previo de heraldo para someter todos sus asuntos a la decisión de Pompeyo y presentar quejas ante él contra su hijo. Pompeyo ordenó a los tribunos y a los oficiales de caballería que salieran al encuentro como un acto de cortesía, y los que estaban con Tigranes, por temor a que su viaje se había hecho sin el anuncio previo del heraldo, emprendieron la huida de vuelta, pero Tigranes avanzó y se postró a los pies de Pompeyo, como ante un superior, siguiendo la costumbre bárbara. Hay quienes cuentan que fue llevado por los lictores cuando lo mandó a buscar Pompeyo. Como quiera que sea, él se presentó, dio explicaciones acerca de su pasado y regaló seis mil talentos a Pompeyo, cincuenta dracmas a cada soldado, mil a los centuriones y diez mil a los tribunos.

Pompeyo le perdonó por sus hechos pasados, lo **105**
reconcilió con su hijo y dispuso que este último reinara en Sofene y Gordiene, las cuales son llamadas ahora por los romanos, como se sabe, Armenia Menor, y que el padre lo hiciera en el resto de Armenia y, a su muerte, le sucediera su hijo. Le ordenó que cediera ya el territorio adquirido recientemente por la guerra, y, en consecuencia, entregó la parte de Siria comprendida entre el Éufrates y el mar, pues Tigranes ocupaba este territorio y una parte de Cilicia que había tomado a Antíoco Pío después de haberlo expulsado. Poco después, aquellos armenios que habían desertado de Tigranes cuando éste estaba en camino para ir al encuentro de Pompeyo y que estaban recelosos por este hecho, persuadieron al hijo de aquél, que todavía se encontraba al lado de Pompeyo, de que realizara un atentado contra su padre. El joven Tigranes fue capturado y encadenado, y como en el intervalo había tratado de sublevar a los partos contra Pompeyo, éste lo llevó en la celebración de su triunfo y, después, le dio muerte. Pompeyo, estimando que toda la guerra había sido ya totalmente

terminada, fundó una ciudad en el lugar en que obtuvo una victoria sobre Mitrídates, la cual fue llamada, en recuerdo de este hecho, Nicópolis y se encuentra en la Armenia Menor. Concedió a Ariobarzanes el reino de Capadocia y le añadió Sofene y Gordiene, que habían sido apartadas para el hijo de Tigranes; y ahora éstas son administradas como parte de Capadocia; le dio, además, la ciudad de Castabala y algunas otras de Cilicia. Ariobarzanes, sin embargo, entregó a su hijo[65] la totalidad de su reino, mientras estaba vivo aún. Muchos cambios tuvieron lugar hasta la época de Augusto, bajo el cual[66] este reino, igual que los demás, se convirtió en provincia romana[67].

106 Pompeyo, tras franquear el monte Tauro, hizo la guerra a Antíoco el rey de Comagene hasta que éste se unió a él en comunidad de amistad. También combatió contra Darío, el medo, porque antes había ayudado a Antíoco o a Tigranes y lo puso en fuga. Luego luchó contra los árabes nabateos, cuyo rey era Aretas, y contra los judíos, porque su rey Aristobulo se había sublevado, hasta que tomó Jerusalén, la ciudad más santa para ellos. Avanzó contra aquellas partes de Cilicia que aún no eran súbditas de Roma, contra el resto de Siria que se encuentra en torno al Éufrates y se llama Celesiria, Fenicia y Palestina, y contra Idumea e Iturea y todas las otras zonas de Siria cualesquiera que sean sus nombres, y a todas las trajo en sumisión a los romanos sin luchar. Ello no se debió a que tuviese ningún motivo de acusación contra Antíoco, el hijo de Antíoco Pío[68], que estaba presente y solicitaba recuperar

---

65 Ariobarzanes II Filópator.

66 En realidad, fue bajo Tiberio.

67 Véase, sobre esta campaña de Armenia, E. WILL, II, páginas 421-423.

68 El texto manuscrito da «Antíoco el Piadoso», lo que es un error, pues se trata de Antíoco XIII el Asiático (cf. el mismo

el reino de su padre, sino porque consideró que, puesto que él había despojado a Tigranes, el vencedor de Antíoco, de este territorio, el mismo pertenecía a los romanos por derecho de conquista. Mientras él estaba ocupado en organizar todas estas cosas, llegaron embajadores de Fraates y Tigranes, los cuales habían entablado una guerra entre sí. Los de Tigranes pedían ayuda a Pompeyo, como amigo que era de ellos, y los embajadores del rey parto buscaban establecer vínculos de amistad entre éste y el pueblo romano. Pompeyó no juzgó conveniente hacer la guerra a los partos sin un decreto de Roma y envió mediadores a ambos para que arreglaran las diferencias entre ellos[69].

En tanto que él estaba entregado a estos meneste- **107**
res, Mitrídates había completado su circunvalación del Ponto y se había apoderado de Panticapeo, un enclave comercial de Europa en la boca del Ponto. Allí, junto al estrecho, dio muerte a su hijo Jifares a causa del siguiente delito cometido por su madre: Mitrídates tenía una fortaleza[70] en la que, en tesoros subterráneos ocultos, muchas arcas de bronce atadas con cadenas de hierro guardaban gran cantidad de dinero. Estratonice, una de las concubinas o esposas de Mitrídates, que estaba al corriente de los tesoros y había sido encargada de la custodia de la fortaleza, puso ésta en manos de Pompeyo, mientras Mitrídates estaba de viaje todavía alrededor del Ponto, y le reveló los tesoros ocultos, con la única condición de que Pompeyo perdonara la vida a Jifares si lo apresaba. Aquél se apoderó del

APIANO, *Sir.* 49). Por este motivo, tal vez, Schweighäuser corrigió el texto por «Antíoco el hijo del Piadoso», que es la conjetura que hemos seguido. De todas formas, no está clara la paternidad de Antíoco el Asiático.

69 Sobre la política parta de Pompeyo y la creación de la provincia de Siria, cf. E. WILL, II, págs. 424-430.

70 Sinorex (o Sinoria). Cf. *Mi.* 101.

dinero, le prometió la salvación de su hijo y le permitió que se llevara, además, sus pertenencias privadas. Al enterarse de lo ocurrido, Mitrídates mató a Jifares junto al estrecho, mientras la madre lo contemplaba desde la orilla opuesta, y arrojó su cadáver insepulto. Cometió este ultraje contra el cuerpo de su hijo para atormentar a la que le había ofendido. Después envió embajadores a Pompeyo, que aún permanecía en Siria e ignoraba que él hubiera completado su periplo, para que le prometiesen que él pagaría tributo a los romanos a cambio de que le permitieran conservar el reino de su padre. Cuando Pompeyo ordenó que viniera él a pedirlo en persona, del mismo modo que había ido Tigranes, Mitrídates respondió que nunca accedería a ello, mientras fuera Mitrídates, pero que enviaría a algunos de sus hijos y amigos. Sin embargo, al tiempo que decía esto, estaba reclutando un ejército promiscuo de esclavos y libres y construía muchas armas, proyectiles y máquinas sin respetar ningún bosque ni a los bueyes utilizados para arar, a fin de aprovechar sus nervios. Impuso también tributos sobre todos, incluso sobre aquellos que contaban con recursos escasísimos, y sus servidores cometieron violencia contra muchos, sin que Mitrídates lo supiera, pues tenía el rostro ulcerado por una enfermedad y sólo permitía que lo vieran los tres eunucos que lo cuidaban.

108 Tan pronto como se curó de su enfermedad y tuvo reunido al ejército, integrado por seiscientas cohortes escogidas de seiscientos hombres cada una, además de una gran multitud de tropas de diversa clase, naves y plazas fuertes que habían apresado sus generales durante su enfermedad, hizo cruzar el estrecho a una parte de su ejército hasta Fanagoria, otro enclave comercial en la boca del Ponto, con la intención de ocupar la entrada desde uno y otro lado, mientras Pompeyo seguía todavía en Siria. Pero Cástor de Fanagoria, ultra-

jado en cierta ocasión por Trifón, un eunuco del rey, atacó y mató a éste cuando entraba en la ciudad y concitó a la multitud a luchar por la libertad. Ésta, aunque la ciudadela había sido ya tomada por Artafernes y otros hijos de Mitrídates, apiló madera en torno a ella y le prendió fuego. Finalmente, Artafernes, Darío, Jerjes, Ojatres y Eupatra, hijos, todos, de Mitrídates, por temor al fuego se rindieron y fueron hechos prisioneros. De entre ellos, sólo Artafernes frisaba los cuarenta años de edad, los demás eran jóvenes de gran belleza. Sin embargo, Cleopatra, otra hija de Mitrídates, opuso resistencia, y su padre, admirado de su coraje, envió muchas birremes y la rescató. Todas las fortalezas vecinas que habían sido ocupadas no hacía mucho por Mitrídates, ante el acto de osadía de los de Fanagoria, se sublevaron contra éste, entre ellas Quersoneso, Teodosia, Ninfeo y cuantas otras gozan de una posición privilegiada en torno al Ponto para fines militares. Mitrídates, al ver que las defecciones eran numerosas y puesto que sospechaba de su ejército por temor a que no le fuera fiel a causa de la obligatoriedad del servicio, de lo gravoso de los impuestos y por la desconfianza que siempre tienen los soldados hacia los jefes a los que no asiste la suerte, envió a sus hijas, a cargo de los eunucos, como esposas de los príncipes escitas, pidiéndoles que le enviaran ya rápidamente un ejército. Les daban escolta quinientos hombres de su mismo ejército, los cuales, cuando estaban a escasa distancia de Mitrídates, mataron a los eunucos que las llevaban —pues de siempre habían sentido aversión hacia ellos, que gozaban de enorme ascendencia sobre el rey—, y condujeron a las jóvenes hacia Pompeyo.

Aunque Mitrídates había perdido tantos hijos, tantas **109**
fortalezas, todo su reino y no era ya capaz de combatir contra nadie, ni siquiera creía poder alcanzar la alianza con los escitas, sin embargo, ni aun entonces existía

ningún rastro de humildad en sus planes adecuado a su desdichada situación. Antes bien, se propuso ir al país de los galos, cuya amistad había cultivado desde mucho tiempo atrás con este propósito, e invadir Italia junto con aquéllos, pues esperaba que muchas zonas de la misma Italia se pondrían de su parte por odio a los romanos, ya que se había informado de que Aníbal también había seguido esta política cuando combatía en Iberia y que, por ello, había causado el máximo terror a los romanos. Conocía, además, que en fecha muy reciente casi toda Italia se había sublevado contra los romanos por odio hacia ellos y le había hecho la guerra durante mucho tiempo e, incluso, se había unido al gladiador Espartaco para combatirles, a pesar de que era un hombre que no gozaba de ninguna reputación. Reflexionando sobre todas estas cosas, se apresuró hacia los galos. Pero, aunque su osadía podría reportarle la máxima gloria, el ejército vacilaba, sobre todo, por la propia magnitud de la misma, ante una campaña de larga duración y conducidos a una tierra extraña, contra unos hombres a los que ni siquiera eran capaces de vencer en la suya propia. Pensaban también que Mitrídates, tras haber perdido su esperanza en todo, quería morir realizando alguna empresa, en forma digna de un rey, antes que en la inactividad; pero, con todo, lo soportaban con firmeza y permanecían tranquilos, ya que, ni siquiera en las desgracias, había en el rey algún rasgo mezquino o despreciable.

110 En aquel estado de cosas y de ánimo, Farnaces, el hijo más querido para Mitrídates y que había sido designado en numerosas ocasiones por él como sucesor de su reino, ya fuera porque tenía miedo de esta expedición y por el reino, pensando que todavía habría perdón de los romanos, pero que éste estaría totalmente perdido si su padre llegaba a realizar la expedición contra Italia, o bien llevado por otros motivos y aspira-

ciones ya calculadas, organizó una conspiración contra su padre. Cuando los que participaban de sus planes fueron capturados y sometidos a tormento, Menófanes convenció a Mitrídates de que no era oportuno, a punto ya de emprender la expedición, matar al hijo más querido todavía para él. Le dijo que tales mutaciones eran producto del clima de las guerras y que, cuando éstas acababan, se aquietaban aquéllas. El rey se convenció y otorgó el perdón a su hijo. Pero éste, por temor a la cólera de su padre y, sabiendo que el ejército vacilaba en emprender la expedición, se dirigió en primer lugar, durante la noche, a los desertores romanos que estaban acampados muy cerca de Mitrídates y, tras exagerarles cuán grande sería el riesgo para ellos si iban a Italia, lo cual sabían ya de por sí perfectamente, y prometerles de su parte muchas cosas si se quedaban, los indujo a desertar de su padre. Cuando éstos fueron persuadidos, Farnaces envió emisarios aquella misma noche hacia los otros campamentos cercanos. Éstos también aceptaron su propuesta, y al amanecer, los desertores, en primer lugar, levantaron un clamor que fue secundado por los que sucesivamente estaban más cerca. Incluso los miembros de las fuerzas navales se sumaron a éstos, y no, tal vez, porque todos ellos hubieran sido advertidos de antemano, sino porque eran veleidosos y estaban siempre prestos a despreciar al desafortunado y a colocar sus esperanzas en cada momento en lo nuevo. Otros, aunque desconocían la conspiración, pensando que todos estaban corrompidos y que, si se quedaban ellos solos no podrían oponer resistencia seria ante un número mayor, por miedo y por necesidad más que por una decisión voluntaria, se unieron al clamor de los demás. Mitrídates, despertado por el griterío, envió a algunos a preguntar qué deseaban los que estaban gritando. Y estos últimos, sin ocultarlo, respondieron: «Que sea rey tu hijo, un hombre joven en vez de un

viejo gobernado por eunucos y que ha matado ya a muchos de sus hijos, generales y amigos.»

111 Cuando Mitrídates supo esto, salió fuera de su tienda para dialogar con ellos, y al mismo tiempo, un cierto número de tropas corrió desde un puesto de guardia hacia los desertores. Pero éstos dijeron que no se acercaran hasta que hubieran cometido un acto irreparable como prueba de su fidelidad, y al mismo tiempo, les indicaban a Mitrídates. Sin embargo, ya ellos, precisamente, se habían anticipado a matar el caballo del rey cuando huía y aclamaban a Farnaces como rey, como si ya hubieran vencido, y uno, cogiendo una hoja ancha de papiro de un templo, lo coronó con ella en vez de la diadema. El rey, al ver estas cosas desde un pórtico elevado, envió un mensajero tras otro a Farnaces pidiéndole permiso para huir en seguridad. Y, como no regresó ninguno de los enviados, temiendo ser entregado a los romanos, hizo un postrero elogio de su guardia personal y de los amigos que todavía permanecían a su lado y los envió al nuevo rey, y aconteció que a algunos de éstos los mató el ejército de manera inesperada cuando se acercaban. Entonces, el propio Mitrídates extrajo una bolsa con veneno que siempre llevaba en la funda junto a su espada y lo mezcló. Dos de sus hijas, unas niñas aún que se criaban juntas, llamadas Mitrídatis y Nisa, y que habían sido prometidas en matrimonio a los reyes de Egipto y Chipre, le suplicaron tomar el veneno antes que él e insistieron con vehemencia y le impidieron que bebiera hasta que no lo hubieron hecho ellas. El veneno hizo efecto en ellas de inmediato, pero no así en Mitrídates, aunque éste se movía con rapidez a propio intento, a causa de su costumbre de ingerir otras drogas de las que se servía continuamente como una protección contra los envenenadores; estas drogas, por cierto, todavía se las conoce con el nombre de «drogas mitridáticas». Así pues, al ver a Bituito, un oficial

galo, le dijo: «Muchas veces me beneficié de tu diestra contra los enemigos, pero obtendré el máximo beneficio de ella si me matas ahora, cuando corro el peligro de ser llevado en una procesión triunfal romana, yo quien durante tantos años fui el dueño absoluto y rey de un reino tan vasto, pero que soy incapaz de morir por medio de un veneno, por haberme protegido como un necio contra él con otras drogas. Pues yo que me previne y protegí contra todos aquellos venenos que puede un hombre tomar en su vida cotidiana no lo hice contra el más penoso y familiar para todos los reyes, la infidelidad de su ejército, de sus hijos y de sus amigos.» Y Bituito, movido a compasión, prestó al rey el servicio que deseaba.

Así murió Mitrídates, que era el decimosexto des- 112
cendiente de Darío, el hijo de Histaspes, el rey de los persas, y el octavo[71] de aquel Mitrídates que se rebeló contra los macedonios y adquirió el reino del Ponto. Vivió sesenta y ocho o sesenta y nueve años y reinó durante cuarenta y siete de éstos, pues le llegó el poder cuando era un huérfano. Sometió a los pueblos bárbaros vecinos y a una buena parte de Escitia y combatió encarnizadamente a los romanos durante cuarenta años, a lo largo de los cuales se apoderó muchas veces de Bitinia y Capadocia, hizo incursiones en la provincia de Asia, Frigia, Paflagonia, Galacia y Macedonia. Invadió Grecia y llevó a cabo en ella muchas e ilustres acciones militares y dominó el mar desde Cilicia hasta el Adriático, hasta que, finalmente, Sila le confinó de nuevo en el reino paterno, tras perder ciento sesenta mil de sus hombres. Sin embargo, a pesar de verse afectado por un desastre de tal magnitud, renovó con facilidad la guerra. Habiendo cruzado sus armas con los

---

[71] En realidad, el sexto (cf. APIANO, *Mi.* 9; también, VIERECK, 1962, pág. 522, n. al pasaje).

mejores generales romanos, fue derrotado por Sila, Lúculo y Pompeyo, aunque en muchas ocasiones fue, incluso, superior a éstos. Hizo prisioneros y paseó como trofeo a Lucio Casio, Quinto Opio y Manio Aquilio; a este último lo mató por ser el responsable de la guerra y a los otros dos los entregó a Sila. Venció a Fimbria, a Murena, al cónsul Cota, a Fabio y a Triario. Su espíritu fue siempre, incluso en la adversidad, grande y sufrido, y ni siquiera en la derrota dejó de intentar cualquier vía de ataque contra los romanos. Concertó tratados con los samnitas y galos y envió embajadores a Sertorio en Iberia. Herido en su cuerpo muchas veces por los enemigos y por otros que conspiraron contra él, no desistió, por ello, de ningún proyecto, incluso cuando era ya de edad avanzada. Tampoco le pasó inadvertida ninguna de las conspiraciones, ni siquiera la última, sino que después de haberla consentido voluntariamente, murió como consecuencia de ella. Tan ingrata resulta la vileza que ha encontrado el perdón. Fue sanguinario y cruel con todos y mató a su madre, hermano, a tres hijos y a tres hijas. Fue grande de cuerpo, como lo muestran las armas que envió a Nemea y Delfos, y robusto, hasta el punto de cabalgar y disparar flechas hasta el final de su vida y recorrer mil estadios en un solo día cambiando a intervalos de cabalgadura; incluso condujo un carro tirado por dieciséis caballos a la vez. Cultivó la educación griega, por lo cual conocía los ritos sagrados griegos, y amaba la música. Y, aunque era sobrio en muchos aspectos y sufrido en el trabajo, sólo cedió a los placeres de las mujeres.

113 De esta suerte murió Mitrídates, que llevó los sobrenombres de Eupátor y Dioniso. Cuando los romanos se enteraron de su muerte, celebraron una fiesta, porque se habían librado de un enemigo difícil. Farnaces envió el cadáver de su padre a Pompeyo, en Sinope, sobre una trirreme, junto con los que cogieron a Manio y muchos

rehenes de raza griega y bárbara, y le pidió que le permitiera retener el reino de su padre o, al menos, ser rey sólo del Bósforo, cuya realeza había recibido su hermano Macares de su padre Mitrídates. Pompeyo proveyó de fondos para los gastos del funeral de Mitrídates y ordenó a sus servidores que lo enterraran con pompas regias y depositaran su cuerpo en las tumbas reales en Sinope, porque le admiraba por la grandeza de sus hazañas y le tenía por el rey más importante de entre los de su tiempo. Hizo a Farnaces amigo y aliado del pueblo romano, por haber librado a Italia de una gran tarea, y le permitió que fuera rey del Bósforo, con excepción de los de Fanagoria, a los cuales dejó libres e independientes, porque fueron los primeros en oponerse a Mitrídates, cuando éste había recobrado su fuerza y poseía naves, otro ejército y bases de operaciones, y porque se convirtieron, para los demás, en los líderes de la sublevación y fueron los causantes de la destrucción de Mitrídates.

Pompeyo, al haber limpiado el mar de piratas y 114
haber destruido al rey más importante en una sola guerra, así como al haber luchado, además de la guerra del Ponto, con los colcos, albanos, iberos, armenios, medos, árabes, judíos y otros pueblos orientales, hizo avanzar los límites del imperio romano hasta Egipto. Sin embargo, no penetró en el interior de este último país, pese a que se había sublevado contra su rey[72] y éste lo había llamado en su ayuda y le había enviado regalos, dinero y vestidos para todo el ejército. Quizás temió la magnitud de este reino, todavía próspero, o quiso precaverse de la envidia de sus enemigos o de la prohibición de los oráculos o a causa de otras razones que haré públicas en mi historia de Egipto. A algunos de los pueblos conquistados les concedió la independen-

---

[72] Tolomeo XII Auletes.

cia en razón a que eran aliados; a otros, los condujo de inmediato bajo la potestad de Roma, y otros, se los dio a distintos reyes: a Tigranes, Armenia; a Farnaces, el Bósforo; a Ariobarzanes, Capadocia y todos los territorios que antes mencioné; a Antíoco, el de Comagene, le puso al frente de Seleucia y de todos aquellos territorios de Mesopotamia que él mismo había conquistado. Hizo a Deyótaro[73] y a otros, tetrarcas de los galogrecos, los cuales ahora son gálatas limítrofes con los capadocios. Convirtió en príncipe de Paflagonia a Átalo y de los colcos, a Aristarco. Designó a Arquelao[74] como sacerdote de la diosa venerada en Comana, cargo que precisamente equivale a la dignidad real. A Cástor de Fanagoria lo inscribió como amigo del pueblo romano, y a otros, les dio también mucho territorio y dinero.

115 Fundó, además, ciudades: en Armenia Menor, Nicópolis, en recuerdo de la victoria; en el Ponto, Eupatoria, la cual había fundado el propio Mitrídates Eupátor y le había puesto su nombre, pero la había destruido después por haber acogido a los romanos. Pompeyo la reconstruyó y la llamó Magnópolis. En Capadocia volvió a construir Mazaca, que había sido totalmente devastada por la guerra. Restauró otras ciudades en muchos lugares, que habían sido destruidas o dañadas, en el Ponto, Palestina, Celesiria y Cilicia, país en el que precisamente había asentado a la mayor parte de los piratas y cuya antigua ciudad de Solos ahora se llama Pompeyópolis. En la ciudad de Talaura, que Mitrídates tenía como almacén de objetos de menaje y muebles, fueron encontradas dos mil copas para beber, fabricadas en la piedra llamada ónice con incrustaciones de

---

73 Ya era tetrarca (cf. *Mi.* 75), Pompeyo lo hizo rey (cf. ESTRABÓN, XII 3, 13).

74 Se trata del hijo de aquel otro Arquelao que había sido general de Mitrídates.

oro, gran cantidad de copas para enfriar el vino, vasos en forma de cuerno para beber, lechos y asientos ricamente ornamentados, bridas de caballo, arneses para el pecho y la grupa de las cabalgaduras, todas ellas, adornadas por igual con piedras preciosas y oro. El acarreo de estos objetos, a causa de su cantidad, se prolongó por espacio de treinta días. Una parte de estos enseres había sido heredada de Darío, el hijo de Histaspes; otra procedía del reino de los Tolomeos y consistía en todos aquellos objetos que Cleopatra había depositado en la isla de Cos y que sus habitantes habían entregado a Mitrídates; y otra serie de ellos habían sido fabricados o reunidos por el propio Mitrídates, que, como en otras cosas, había sido también un enamorado de la belleza en los objetos de ajuar.

Cuando finalizó el invierno, Pompeyo repartió re- 116
compensas entre su ejército por la victoria final; a cada soldado le dio mil quinientos dracmas áticos y a los oficiales, una cantidad proporcional a ésta. Dicen que la suma total repartida ascendió a dieciséis mil talentos. A continuación se dirigió a Éfeso, realizó la travesía hasta Italia y se apresuró hacia Roma, después de haber licenciado a su ejército en Brindisi con destino a sus hogares, medida, que por ser eminentemente popular, causó un gran impacto entre los romanos. Al aproximarse a la ciudad, le salieron al encuentro, en forma gradual, en primer lugar, los jóvenes cuando más lejos estaba de ella y, sucesivamente, diversas comitivas según podía cada uno en razón de su edad; en último lugar acudió a recibirle el senado, lleno de admiración por los hechos realizados. Pues nunca nadie antes que él, además de vencer a un enemigo de tal categoría, se había apoderado de tantos e importantes pueblos y había puesto los límites del imperio romano en el Éufrates. Fue recompensado con el triunfo más espléndido y famoso de los celebrados hasta aquella fecha,

cuando tenía treinta y cinco años de edad. Duró dos días consecutivos y estuvieron representados en la procesión gentes de muchos pueblos procedentes del Ponto, Armenia, Capadocia, Cilicia, toda Siria, además de albanos, heníocos, aqueos de Escitia e iberos orientales. Condujo al interior de los puertos setecientas naves, en perfecto estado de conservación, e hizo desfilar, en la procesión triunfal, carros tirados por parejas de caballos y literas cargadas de oro y de otros diversos objetos de adorno, entre ellos, el lecho de Darío, el hijo de Histaspes, el trono del mismo Eupátor, su cetro y una imagen suya de oro sólido de ocho codos de alto, así como setenta y cinco millones de monedas de plata acuñada. También hizo desfilar un número incontable de carros cargados con armas y rostros de navíos y una gran cantidad de prisioneros y piratas, ninguno de ellos encadenado, sino vestidos a la usanza de sus países respectivos.

117 Delante del mismo Pompeyo marchaban todos cuantos sátrapas, hijos y generales de los reyes, contra los que él había luchado, estaban presentes, unos, como prisioneros de guerra y otros, cedidos en calidad de rehenes, alrededor, en total, de trescientos veinticuatro. Allí estaban Tigranes, el hijo de Tigranes, cinco hijos de Mitrídates, llamados Artafernes, Ciro, Ojatres, Darío y Jerjes, y sus hijas Orsabaris y Eupatra. Formaban también parte de la comitiva Oltaces, el portador del cetro de los colcos, Aristobulo, el rey de los judíos, los tiranos de los cilicios, las reinas de los escitas, tres jefes de los iberos, dos de los albanos y Menandro, el laodiceo, que había sido prefecto de caballería de Mitrídates. Eran llevadas imágenes de los que no estaban presentes, de Tigranes y de Mitrídates en actitud de lucha, de derrota y de fuga. Incluso estaba representado el asedio de Mitrídates y su huida silenciosa durante la noche; por último, se mostraba la forma como murió

y estaban pintadas, a un lado, las hijas que eligieron morir con él. Había, además, dibujos de los hijos e hijas que murieron antes que él, e imágenes de los dioses bárbaros ataviados a la usanza patria. También era portada una tabla con la siguiente inscripción: «Fueron capturadas ochocientas naves con espolones de bronce[75]. Fueron fundadas ocho ciudades en Capadocia; veinte en Cilicia y Celesiria; y en Palestina, la que ahora se llama Seleucia. Fueron vencidos los reyes: Tigranes, el armenio; Artoces, el ibero; Orezes, el albano; Darío, el medo; Aretas, el nabateo; Antíoco, el comageno.» Éstos eran los hechos que recogía la inscripción. Pompeyo iba montado sobre un carro inscrustado con piedras preciosas, con una clámide, según dicen, perteneciente a Alejandro de Macedonia, si es que alguno se lo cree. Parece, más bien, que fue encontrada entre aquellos objetos de Mitrídates que, a su vez, los de Cos recibieron de Cleopatra. Lo acompañaban, detrás del carro, los oficiales que habían participado en sus campañas, unos a caballo y otros a pie. Cuando llegó hasta el Capitolio, no mató a ninguno de los prisioneros, como acostumbraban a hacer otros de los que celebraban triunfos, sino que los envió de regreso a sus patrias a expensas públicas, con excepción de los reyes y de aquellas personas de sangre real. De entre éstos, sólo Aristobulo fue matado de inmediato[76] y Tigranes, después. Así fue su triunfo.

De este modo, los romanos, después de haber des- 118
truido al rey Mitrídates al cabo de casi cuarenta años, redujeron a la condición de súbditos suyos a los bitinios, capadocios y todos aquellos pueblos limítrofes con

---

75 Error de Apiano. Cf. VIERECK, 1962, pág. 528, n. al pasaje.

76 Error de Apiano. Aristobulo fue llevado a Roma y participó en el triunfo de Pompeyo, pero escapó posteriormente y fue reenviado a Italia.

ellos que habitaban junto al Ponto Euxino. En esta misma guerra, aquellas partes de Cilicia que no eran súbditas de ellos y las conocidas bajo el nombre genérico de Siria, como Fenicia, Celesiria, Palestina y la zona interior hasta el río Éufrates, que nada tenían que ver con Mitrídates, se las anexionaron, como consecuencia del impulso de esta victoria, e impusieron, de inmediato, tributos sobre unas y, con posterioridad, sobre otras. A Paflagonia, Galacia, Frigia, Misia, país fronterizo con Frigia, además de Lidia, Caria, Jonia y toda aquella otra parte de Asia que está en torno a Pérgamo, junto con la antigua Grecia y Macedonia de las que habían sido despojados por Mitrídates, las recobraron al punto. Y a la mayoría de ellas, que nunca les habían pagado tributo, las hicieron tributarias. Por todo lo cual, me parece también, sobre todo, que ellos consideraron a esta guerra como grande y llamaron a la victoria que la siguió una gran victoria y dieron a Pompeyo, el general que la llevó a cabo, el título de Grande, su apelativo particular hasta la fecha presente, a causa de la gran cantidad de pueblos que ellos recobraron o se anexionaron, de su larga duración, cuarenta años, y por la osadía y capacidad de resistencia del propio Mitrídates que les había demostrado tener recursos para todo.

119 Un hombre que contó, en muchas ocasiones, con una flota de más de cuatrocientas naves, y a veces, con cincuenta mil jinetes y doscientos cincuenta mil soldados de infantería, y con máquinas y proyectiles en proporción al número de fuerzas citado. Combatieron, como aliados suyos, el rey de Armenia y los príncipes de los escitas que habitan en torno al Ponto y al mar de Azov y, desde aquí, hasta el Bósforo tracio. Anduvo en tratos con los líderes romanos que en su época, sobre todo, sostuvieron entre sí guerras civiles y sublevaron Iberia contra los romanos. Cultivó la amistad con los galos, con la secreta intención de invadir Italia por aquella

parte. Desde Cilicia hasta las columnas de Hércules llenó el mar de piratas, los cuales colapsaron los intercambios comerciales y las rutas de navegación entre las ciudades y las hicieron padecer penosamente de hambre durante mucho tiempo. En una palabra, nada, en absoluto, factible para un hombre dejó él de ejecutar o planear, al provocar esta máxima conmoción desde el oriente hasta el occidente que perturbó, por así decirlo, al mundo entero, que se vio envuelto en guerras o entró en alianza con otros o fue sometido a las incursiones piráticas o afectado por las desgracias de los vecinos. Tan grande y diversa fue esta sola guerra y tantos beneficios procuró, al finalizar, a los romanos, pues tras ella fijaron los límites de su hegemonía desde el occidente hasta el río Éufrates. No fue posible diferenciar todos los hechos de la misma pueblo por pueblo, pues tuvieron lugar al mismo tiempo y estuvieron implicados unos con otros. Sin embargo, aquellos que, a pesar de todo, pudieron ser deslindados están expuestos cada uno por separado.

Farnaces sitió a los de Fanagoria y a las regiones 120
vecinas al Ponto. Los primeros se vieron obligados a combatir a causa del hambre y los derrotó en el combate, pero no les infligió daño alguno, sino que los hizo amigos y, después de tomar rehenes, se retiró. Poco después se apoderó de Sinope y, con los ojos puestos en Amisos, hizo la guerra a Calvino, el general romano, cuando precisamente Pompeyo y César estaban enzarzados en guerra uno contra otro, hasta que Asandro, un enemigo suyo, lo expulsó de Asia, mientras los romanos estaban ocupados aún en sus asuntos. Después, luchó contra el propio César, cuando éste había derrotado a Pompeyo y regresaba de Egipto, cerca del monte Escotio, en donde su padre había derrotado a los romanos a las órdenes de Triario. Fue derrotado y huyó con mil jinetes a Sinope. César no lo persiguió por falta

de tiempo, pero envió contra él a Domicio, y Farnaces entregó a éste la ciudad, pues le permitió marchar, bajo acuerdo, con los jinetes. A pesar de la oposición de sus hombres, mató a los caballos y, embarcando en una nave, huyó al Bósforo, donde reunió a un contingente de tropas de los escitas y de los saurómatas y se apoderó de Teodosia y Panticapeo. De nuevo, lo atacó Asandro, por el odio existente entre ellos, y sus jinetes fueron derrotados, al carecer de caballos y desconocer las características del combate a pie. Farnaces combatió solo con valentía, hasta que murió a causa de las heridas, a la edad de cincuenta años y después de haber sido rey del Bósforo durante dieciséis años.

121 Así perdió Farnaces su reino, que Gayo César entregó a Mitrídates de Pérgamo por haberle ayudado sin reservas en Egipto. Pero ahora forman parte del imperio romano[77] y cada año es enviado por el senado un pretor para gobernar el Ponto y Bitinia. Aunque César les reprochó, a los que tenían sus posesiones como dádivas de Pompeyo, que habían combatido contra él al lado de aquél, no obstante los mantuvo en las mismas, a excepción del sacerdocio de Comana, que transfirió de Arquelao[78] a Licomedes. Poco tiempo después, todos estos territorios y los que César y Marco Antonio habían entregado a otros fueron convertidos en provincias romanas a raíz de la conquista de Egipto por Augusto César, puesto que los romanos necesitaban de pretextos nimios contra cada uno de ellos. Por lo cual, como después de la guerra de Mitrídates su dominio se extendió desde los iberos, que habitan junto a las columnas de Hércules, hasta llegar al Ponto Euxino, y a las arenas que bordean Egipto y hasta el río Éufrates, la

---

[77] Se refiere a los habitantes de aquellos territorios que, en otro tiempo, habían estado bajo Mitrídates.

[78] Hijo de Arquelao, sacerdote de Comana.

victoria fue llamada grande con toda razón y a Pompeyo, el general bajo cuyo mandato se obtuvo, se le otorgó el sobrenombre de Grande. Y, como ellos poseían África hasta Cirene —pues la propia Cirene la había legado en su testamento a los romanos su rey Apión, que era un bastardo del linaje de los Lágidas—, sólo les faltaba Egipto para completar el periplo completo del mar interior [79].

---

79 Mar Mediterráneo.

ÍNDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre África*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates.*

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

ÍNDICE GENERAL

Págs.